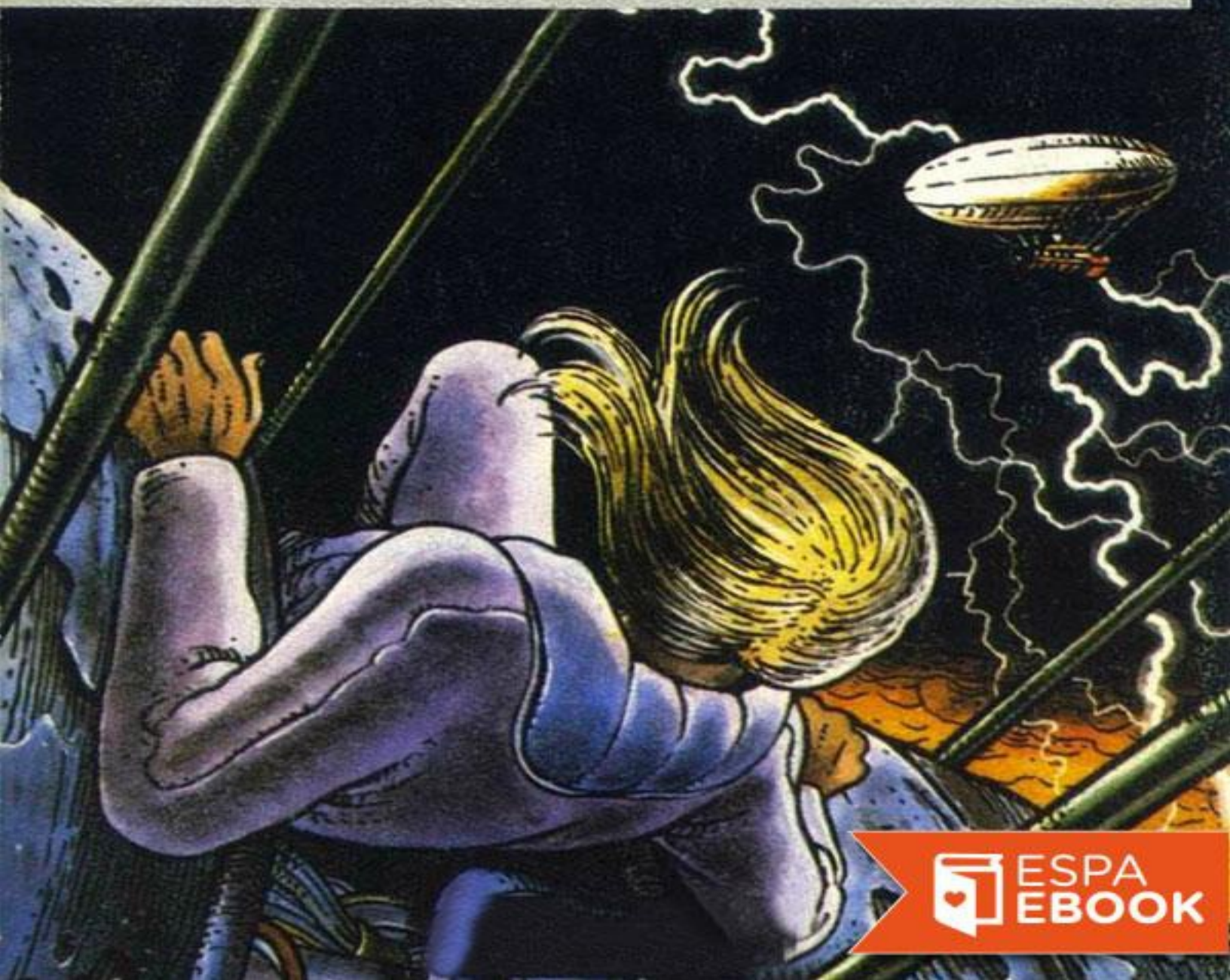


Philip José Farmer

EL OSCURO DESIGNIO

Cyrano de Bergerac, Jack London, Tom Mix, Richard Burton, Mark Twain... juntos en una fabulosa aventura en busca de la Torre de las Nieblas.
"Todos los personajes son o han sido reales. Si el nombre de usted no se cita, eso no quiere decir que no esté ahí"



El Río serpentea a lo largo de treinta y dos millones de kilómetros por el mundo que recibe su nombre, el fabuloso Mundo del Río donde ha sido resucitada toda la humanidad que ha vivido a lo largo del tiempo sobre la Tierra. El porqué de esta resurrección, el quién ha remodelado este mundo/río y lo ha poblado de seres humanos de todas las épocas, son misterios que corren de boca en boca. Como corre de boca en boca la leyenda de las fuentes del Río, allá en el Polo Norte del planeta, y la misteriosa Torre de las Nieblas que se yergue en el centro mismo del mar polar, un mar rodeado de infranqueables montañas. Y así, en aras de esa leyenda, en todo el Mundo del Río se inician expediciones para alcanzar esa mítica torre.

Utilizando los más variados medios: barcos, globos, dirigibles, y tripulados por las más heterogéneas personalidades: el famoso explorador Sir Richard Francis Burton, el literato Samuel Clemens, más conocido como Mark Twain, el legendario espadachín Savynien de Cyrano II de Bergerac, el novelista Jack London, el célebre astro de cine Tom Mix... y una multitud de personajes más, todos a la conquista del gran objetivo: saber quienes son los Éticos, sus motivaciones y sus metas.



Philip José Farmer

El oscuro designio

El mundo del río - 3

ePub r1.0

Yorik 22.06.13

Título original: *The dark design*

Philip José Farmer, 1977

Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Yorik

ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

Y el tejedor sigue moviendo sin cesar su telar, cuya trama y cuya urdimbre es el miserable Hombre.

Tejiendo el inimitable negro designio, tan oscuro que dudamos e que corresponda a un plan.

—*La Kasîdah de Hâjî Abdû al-Yazdi.*

«La sentencia primero... el veredicto después».

—*Alicia en el País de las Maravillas.*

Aunque algunos de los nombres de la serie del Mundo del Río son ficción, los personajes son o han sido reales. Puede que usted no se halle mencionado, pero está aquí.

A Sam Long y a mi ahijado David, hijo del doctor Docter

Introducción

Este libro es el volumen III de la serie del Mundo del Río. Originalmente, tenía que ser la conclusión de una trilogía. Sin embargo, el manuscrito tenía más de 400.000 palabras de extensión. Publicado en un solo volumen, hubiera sido demasiado pesado e incómodo para el lector.

Por este motivo, el editor y yo mismo decidimos dividirlo en dos. El volumen IV, El laberinto mágico, seguirá a este libro. Concluirá definitivamente con esta fase de la serie, explicando todos los misterios elaborados en los primeros tres volúmenes, uniendo todas las conclusiones en un solo nudo, gordiano o de los otros.

Cualquier otra novela acerca del Mundo del Río después del volumen IV no debe ser considerada como parte del flujo principal de la serie. Todas ellas serán «flujos colaterales», historias no directamente relacionadas con el misterio y la búsqueda de las cuatro primeras. Mi decisión de escribirlas está basada en mi creencia —mía y de muchos otros— de que el concepto del Mundo del Río es demasiado grande como para comprimirlo dentro de cuatro volúmenes. Después de todo, tenemos un planeta en el cual un solo río, o un mar muy largo y estrecho, recorre 16.000.000 de kilómetros. Más de treinta y seis mil millones de personas viven en sus orillas, seres humanos que existieron desde la Antigua Edad de Piedra hasta la primera mitad de la Era Electrónica.

No hay espacio en los primeros cuatro volúmenes para efectuar la crónica de todos los acontecimientos que pueden interesar al lector. Por ejemplo, los resucitados no se hallan distribuidos a lo largo del Río de acuerdo con la secuencia cronológica en la que nacieron en la Tierra. Hay una considerable mezcla de razas y nacionalidades de diferentes siglos. Tomemos como ejemplo uno de los muchos miles de bloques que hay a lo largo de las orillas. Puede ser un área de diez kilómetros de largo, y la gente incluida en ella puede comprender un 60 por ciento de chinos del siglo XVII después de Cristo, y un 1 por ciento de hombres y mujeres de cualquier tiempo y lugar.

¿Cómo puede esa gente conseguir formar un estado viable a partir de la anarquía? ¿Cómo pueden tener éxito, o fracasar, en sus esfuerzos por organizarse y formar un cuerpo que pueda defenderse contra los estados hostiles? ¿Qué problemas van a tener que resolver?

En el libro que tiene usted en sus manos, Jack London, Tom Mix, Nur ed-din el-Musafir, y Peter Jairus Frigate, navegan en el Abigarrado II Río arriba. Hay una considerable caracterización de Frigate y Nur en los volúmenes III y IV. De todos modos, no hay espacio suficiente para desarrollar completamente los caracteres de los demás. Las historias «colaterales» quizá me den la ocasión de hacerlo.

También me permitirán relatar cómo la tripulación del Abigarrado encuentra a algunos representantes mayores y menores de diversos campos de las actividades humanas. Entre ellos figurarán tal vez da Vinci, Rousseau, Karl Marx, Ramsés II, Nietzsche, Bakunin, Alcibíades, Eddy, Ben Jonson, Li Po, Nichiren Daishonin, Asoka, un ama de cueva de la Era Glacial, Juana de Arco, Gilgamesh, Edwin Booth, Fausto, y otros.

Para algunos resulta evidente que Peter Jairus Frigate se parece notablemente al autor. Es cierto que yo soy la base de ese personaje, pero Frigate tiene aproximadamente la misma similaridad conmigo que David Copperfield tiene con Charles Dickens. Los rasgos físicos y psíquicos del autor

son tan sólo un trampolín para proyectar la realidad a la pararealidad... a la ficción.

Pido disculpas a los lectores por los finales melodramáticos de los primeros tres volúmenes. La estructura de la serie era tal que no podía emular la de la serie Fundación de Isaac Asimov. En ella cada volumen parecía tener una conclusión definitiva, el misterio parecía quedar resuelto, sólo para revelar en la secuela que el final anterior era falso o engañoso. Espero terminar la serie, de los volúmenes I al V (o posiblemente VI) antes de que llegue mi tiempo de tenderme y descansar mientras aguardo el momento de subir al fabuloso barco fluvial.

PHILIP JOSÉ FARMER

Los sueños rondaban el Mundo del Río.

El sueño, Pandora de la noche, era incluso más generoso que en la Tierra. Allá, había sido esto para ti y eso para tu vecino. Mañana, eso para ti y esto para el de la puerta de al lado.

Aquí en este interminable valle, a lo largo de estas incesantes orillas del Río, volcaba el arca de los tesoros, inundando a todo el mundo con una lluvia de presentes: terror y placer, recuerdos y anticipación, misterio y revelación.

Miles de millones de seres se agitaban, murmuraban, gruñían, gemían, reían, gritaban, se despertaban debatiéndose y volvían a dormirse.

Poderosos motores golpeaban las paredes, y extrañas cosas se retorcían asomándose por los agujeros. A menudo no se retiraban sino que se quedaban; fantasmas negándose a desaparecer al canto del gallo.

Y, por alguna razón, los sueños recurrían con una mayor frecuencia aquí que en el planeta madre. Los actores del nocturno Teatro del Absurdo insistían en prolongar sus contratos, representando cosas que ellos, y no los patronos, ordenaban. Los espectadores no podían ni silbar ni aplaudir, ni tirar huevos ni billetes de banco ni salir, ni charlar con sus vecinos de asiento ni dormir.

Entre este público cautivo se hallaba Richard Francis Burton.

La bruma, gris y remolineante, formaba el escenario y telón de fondo. Burton estaba de pie en el foso de la orquesta, como un isabelino demasiado pobre como para permitirse asiento. Sobre él había trece figuras, todas sentadas en sillas que flotaban en la bruma. Una de ellas hacia frente a las demás, que estaban dispuestas en un semicírculo. Aquel hombre era el protagonista... él mismo.

Había una catorceava persona allí, aunque permanecía de pie entre bastidores y sólo podía ser vista por Burton en el foso. Era una forma negra y amenazadora que, de tanto en tanto, reía cavernosamente.

Una escena casi idéntica se había producido antes, una vez en la realidad y muchas veces en sus sueños, aunque ¿quién podía estar seguro de qué era qué? Allí estaba, el hombre que había muerto setecientos setenta y siete veces en un vano esfuerzo de eludir a sus perseguidores. Y allí estaban sentados los doce que se llamaban a sí mismos los Éticos.

Seis eran hombres; seis mujeres. Excepto dos, todos poseían pieles profundamente oscuras o fuertemente pigmentadas, y pelo negro o marrón oscuro. Los ojos de dos hombres y una mujer eran ligeramente rasgados, lo que le hacía pensar que tal vez fueran eurasiáticos. Es decir, si resultaba que eran originarios de la Tierra.

Sólo dos de los doce habían sido nombrados durante la breve inquisición... Loga y Thanabur. Ningún nombre parecía pertenecer a ningún lenguaje de los que conocía, y conocía al menos un centenar. Sin embargo, las lenguas cambian, y era posible que pertenecieran al siglo cincuenta y dos después de Cristo. Uno de sus agentes les había dicho que procedía de esa época. Pero Spruce se hallaba bajo amenaza de tortura y podía haber mentido.

Loga era uno de los pocos con la piel comparativamente pálida. Puesto que estaba sentado y no había, (ni había habido) nada material contra lo que medirlo, tanto podía ser alto como bajo. Su cuerpo era fuerte y musculoso, y su pecho estaba cubierto de pelo rojo. Sus cabellos eran rojos como el pelaje de un zorro. Tenía unos rasgos irregulares y pronunciados, una barbilla prominente y muy hendida; una mandíbula masiva, una nariz larga y aquilina; unas espesas cejas amarillo pálido; anchos y gruesos labios; y ojos verde oscuro.

El otro hombre de piel clara, Thanabur, era obviamente el jefe. Su físico y su rostro eran tan parecidos al de Loga que podían pasar por hermanos. Su pelo, sin embargo, era marrón oscuro. Un ojo era verde, de un extraño verde hoja.

El otro ojo había mirado fijamente a Burton cuando Thanabur había vuelto por primera vez su rostro hacia él. En vez del verde similar que había esperado, vio una joya. Parecía como un enorme diamante azul, una resplandeciente y multifacetada piedra preciosa encajada en la órbita.

Se sintió inquieto cada vez que aquella joya se volvió hacia él.

¿Cuál era su finalidad? ¿Qué veía en él que un ojo vivo no podía ver?

De los doce, sólo tres habían hablado: Loga, Thanabur, y una rubia delgada pero de prominente pecho y grandes ojos azules. Por la forma en que ella y Loga se hablaban, Burton dedujo que podían ser marido y mujer.

Observándose desde el foso de la orquesta, Burton notó de nuevo que justo encima de las cabezas

de cada uno de ellos, su otro yo incluido, había un globo. Todos los globos giraban, eran de muchos cambiantes colores, y emitían brazos hexagonales verdes, azules, negros y blancos. Luego los brazos se encogían dentro de los globos, sólo para ser reemplazados por otros.

Burton intentó relacionar las girantes esferas y la mutación en los brazos con las personalidades de los tres y de sí mismo, con su apariencia física, con el tono de sus voces, con el significado de sus palabras, con sus actitudes emocionales. Fracasó en encontrar alguna relación significativa.

Cuando la primera escena, la real, había tenido lugar, no había visto su propia aura.

Los diálogos no eran exactamente los mismos que en la escena original. Era como si el Hacedor de Sueños hubiera reescrito el guión.

Loga, el hombre del pelo rojo, dijo:

—Teníamos a un cierto número de agentes buscándole. Eran un número lamentablemente reducido, considerando los treinta y seis mil millones seis millones nueve mil seiscientos treinta y siete candidatos que están viviendo a lo largo del Río.

—¿Candidatos para qué? —dijo el Burton en el escenario. En la primera representación, él no había formulado aquella pregunta.

—A nosotros nos corresponde saberlo y a usted descubrirlo —dijo Loga.

Loga exhibió unos dientes que parecían inhumanamente blancos. Al cabo de un rato dijo:

—No teníamos ni idea que estuviera usted escapándose a través del suicidio. Pasaron los años. Teníamos otras cosas que hacer, así que sacamos a todos los agentes del Caso Burton, como lo llamábamos, excepto algunos estacionados a ambos extremos del Río. De alguna forma, usted sabía de la Torre Polar. No lo descubrimos hasta más tarde.

Burton, el observador, pensó: Pero no lo supisteis por X.

Intentó acercarse a los actores a fin de poder verlos desde más cerca. ¿Cuál era el Etico que lo había despertado en el lugar de prerresurrección? ¿Cuál lo había visitado durante una tormentosa noche iluminada por los relámpagos? ¿Cuál era el que le había dicho que debía ayudarlo? ¿Cuál era el renegado al que Burton conocía tan sólo como X? Se debatía contra las húmedas y frías brumas, tan etéreas y sin embargo tan poderosas como las cadenas mágicas que debían contener al monstruoso lobo Fenrir hasta Ragnarok, el juicio de los dioses.

—Hubiéramos terminado atrapándole, de todos modos —dijo Loga—. Entienda, cada espacio en la burbuja de restauración, el lugar en el que usted despertó incomprensiblemente durante la fase de prerresurrección, posee un contador automático. Todo candidato con un número de muertes superior a la media es sometido a estudio más pronto o más tarde. Normalmente más tarde, puesto que andamos cortos de manos.

»No teníamos ni idea de que era usted quien había alcanzado el sorprendente número de setecientos setenta y siete muertes. Su espacio en la burbuja de PR estaba vacío cuando lo comprobamos en nuestra investigación estadística. Los dos técnicos que lo vieron cuando se despertó en la cámara de PR lo identificaron por su... fotografía.

»Dispusimos entonces su resurrector de modo que, la próxima vez que su cuerpo tuviera que ser recreado, una alarma nos lo notificara, y pudiéramos traerlo hasta este lugar.

Pero Burton no había muerto de nuevo. De alguna forma, lo habían localizado mientras estaba aún

vivo. Aunque había escapado de nuevo, lo habían atrapado. ¿Había sido realmente así? Quizá, mientras huía en medio de la noche, había resultado muerto por un relámpago. Y ellos le estaban aguardando en la burbuja PR. Aquella enorme cámara que suponía estaba en algún lugar en las profundidades, bajo la superficie de aquel planeta o en la Torre del mar polar.

—Efectuamos una cuidadosa investigación de su cuerpo. Escrutamos incluso todos los componentes de su... psicomorfo. O aura, si lo prefiere así.

Señaló hacia el destellante y girante globo encima del Burton que estaba sentado en la silla frente a él.

Luego el Etico dijo algo extraño.

Se volvió y escrutó entre la bruma, y señaló a Burton, el observador.

—No descubrimos ningún indicio en ningún lado.

La figura oscura entre bastidores dejó escapar una risita.

El Burton en el foso de la orquesta gritó:

—¡Ustedes creen que sólo son doce! ¡En realidad son trece! ¡Un número que trae mala suerte!

—Es la calidad, no la cantidad, lo que importa —dijo la voz fuera del escenario.

—No recordará usted nada de lo que ocurra aquí abajo cuando lo enviemos de vuelta al valle del Río —dijo Loga.

El Burton en la silla dijo algo que no había dicho en la el inquisición original.

—¿Cómo pueden hacerme olvidar?

—Hemos hecho pasar sus recuerdos como si fueran una cinta grabadora —dijo Thanabur. Hablaba como si estuviera dando una conferencia. ¿O estaba avisando a Burton porque él era X?—. Por supuesto, tomó bastante tiempo hacer desfilar todos sus recuerdos de los siete años que lleva aquí. Y requirió una enorme suma de energía y materiales. Pero la computadora programada por Loga desenrolló sus recuerdos a una gran velocidad y se detuvo tan sólo cuando fue usted visitado por ese maldito renegado. Así, sabemos exactamente lo que ocurrió entonces, tal como usted recuerda que ocurrió. Hemos visto lo que usted vio, oído lo que usted oyó, sentido lo que tocó, olido lo que olió. Incluso hemos experimentado sus emociones.

»Desgraciadamente, la visita se produjo de noche, y el traidor estaba hábilmente disfrazado. Incluso su voz estaba filtrada por un distorsionador que impidió a la computadora analizar sus esquemas vocales... los de él o ella. Y digo él o ella porque todo lo que usted vio fue una forma pálida sin rasgos identificables, ni sexuales ni de otro tipo. La voz parecía masculina, pero una mujer pudo haber utilizado un transmisor para hacerla identificable con la de un hombre.

»El olor corporal era también falso. La computadora lo analizó, y es obvio que estaba alterado por un complejo químico.

»En pocas palabras, Burton, no tenemos ni idea de quién de entre nosotros es el renegado, ni tampoco del porqué él o ella está actuando contra nosotros. Es casi inconcebible que alguien que sepa la verdad pueda intentar traicionarnos. La única explicación es que esa persona está loca. Y eso, también, es inconcebible.

El Burton en el foso sabía, de alguna forma, que Thanabur no había pronunciado esas palabras durante la primera actuación, el auténtico drama. Sabía también que estaba soñando, que en algunas

ocasiones era él quien ponía palabras en boca de Thanabur. Las frases del hombre estaban construidas con los propios pensamientos, especulaciones y fantasías que eran pensamientos posteriores de Burton.

El Burton en la silla convirtió ahora en palabras algunos de ellos.

—Si pueden ustedes leer la mente de una persona, reproducir la grabación, si lo prefieren... ¿por qué simplemente no leen sus propias mentes? ¿Han pensado ustedes en eso? Seguro que haciéndolo descubrirían a su traidor.

—Nos hemos sometido a esa lectura, por supuesto —dijo Loga, evidentemente incómodo. Pero... Se alzó de hombros y abrió los brazos, con las palmas de sus manos hacia arriba.

—De modo —dijo Thanabur— que la persona que usted llama X tiene que haberle estado mintiendo. No es uno de nosotros sino alguien de segundo orden, un agente. Estamos llamándolos a todos ellos para explorar sus mentes. Eso toma tiempo, sin embargo. Aunque tenemos gran cantidad de él. El renegado será descubierto.

El Burton en la silla dijo:

—¿Y qué ocurrirá si ninguno de los agentes es culpable?

—No sea ridículo —dijo Loga—. En cualquier caso su recuerdo del despertar en la burbuja de prerresurrección será borrado. De igual modo, sus recuerdos de la visita del renegado y todos los acontecimientos posteriores a esa visita se convertirán en un espacio en blanco. Lamentamos realmente tener que llevar a cabo este acto de violencia. Pero es necesario, y llegará un momento, esperamos, en el que podremos repararlo.

—Pero... —dijo el Burton en la silla— tendré varios recuerdos del lugar de prerresurrección. Olvidan ustedes que he pensado a menudo en él entre el momento en que desperté allí y la visita de X. Además, he hablado con mucha gente de ello.

—Oh, ¿pero le han creído realmente? —dijo Thanabur—. Y si lo hicieron, ¿qué pueden hacer al respecto? No, no deseamos extirpar todos sus recuerdos de su vida aquí. Eso le causaría una gran perturbación; lo apartaría de todos sus amigos. Y... —aquí Thanabur hizo una pausa— podría frenar sus progresos.

—¿Progresos?

—Ya es hora de que descubra usted lo que significa eso. El loco o loca que pretende estar ayudándole le está utilizando para sus propios fines. No le ha dicho que estaba desperdiciando sus posibilidades de vida eterna colaborando con sus designios. El o ella, sea quien sea el traidor, es malvado. ¡Malvado, malvado!

—Vamos, —dijo Loga—. Todos sentimos lo mismo al respecto, pero no debemos olvidar que el... desconocido es un enfermo.

—Ser un enfermo es, en un cierto sentido, ser malvado —dijo el hombre con el ojo-joya.

El Burton en la silla echó hacia atrás su cabeza y lanzó una fuerte y larga risa.

—¿Así que no lo saben ustedes todo, sucios bastardos?

Se puso en pie, con la bruma gris sosteniéndole como si fuera sólida, y gritó:

—¡No quieren ustedes que alcance las fuentes del Río! ¿Por qué? ¿Por qué?

—*Au revoir* —dijo Loga—. Perdónenos por esta violencia.

Una mujer apuntó un corto y delgado cilindro azul al Burton en el escenario, y éste se derrumbó. Dos hombres, llevando únicamente faldellines blancos, emergieron de la bruma. Recogieron el inanimado cuerpo y se lo llevaron con ellos.

Burton intentó de nuevo alcanzar a la gente sobre el escenario. Fracasó, agitó un puño hacia ellos, y gritó:

—¡Nunca me tendréis, monstruos!

La figura oscura entre bastidores aplaudió, pero sus manos no produjeron ningún sonido.

Burton había esperado verse situado en la zona donde había sido atrapado por los Éticos. En vez de ello, despertó en Theleme, el pequeño estado que él había fundado.

Aún más inesperado resultó el comprobar que no había sido privado de sus recuerdos. Lo recordaba todo, incluso la conversación con los doce Éticos.

De alguna forma, X había conseguido engañar a los otros.

Más tarde, empezó a pensar en si no le habrían mentido y no habían tenido en ningún momento la intención de manipular su memoria. Aquello no tenía sentido, pero tampoco sabía nada de cuales eran sus intenciones.

Había habido un tiempo en el que Burton era capaz de jugar dos partidas de ajedrez al mismo tiempo con los ojos vendados. Eso, sin embargo, no requería más que talento, saberse las reglas, y estar familiarizado con el tablero y las piezas. No conocía las reglas de este juego, como tampoco conocía las posibilidades de todas las piezas.

El oscuro designio no seguía ningún plan.

Gruñendo, Burton se despertó a medias.

Por un momento no supo dónde estaba. Estaba rodeado de oscuridad, una oscuridad tan densa que casi la sentía dentro de él.

Unos sonidos familiares le tranquilizaron. El barco golpeteaba contra el muelle, y el agua chapoteaba contra el casco. Alice respiraba pausadamente a su lado. Tocó su suave y cálida espalda. Se oían leves pasos arriba, Peter Frigate en su guardia nocturna. Quizá se estaba preparando para despertar a su capitán. Burton no tenía la menor idea de la hora que era.

Había otros ruidos reconocibles. Tras la mampara de madera gorgoteaban los ronquidos de Kazz y de su compañera, Besst. Y luego, del compartimiento siguiente al de ellos, llegó la voz de Monat. Hablaba en su idioma nativo, pero Burton no pudo distinguir las palabras.

Indudablemente, Monat estaba soñando en su lejano Athaklu. En aquel planeta con su «brutal y extraño clima» que giraba en torno a la gigantesca estrella naranja, Arcturus.

Permaneció tendido por un momento, rígido como un cadáver, pensando: Aquí estoy yo, un hombre de ciento un años en el cuerpo de un joven de veinticinco.

Los Éticos habían ablandado las endurecidas arterias de los candidatos. Pero no habían sido capaces de hacer nada por la aterosclerosis del alma. Esta reparación había sido dejada aparentemente al candidato.

Los sueños iban hacia atrás en el tiempo. La investigación de los Éticos era reciente. Pero ahora estaba soñando que experimentaba de nuevo el sueño que había tenido justo antes de que despertara a la Última Trompeta. Sin embargo, se estaba observando a sí mismo en el sueño; era a la vez participante y espectador.

Dios estaba inclinado sobre él mientras permanecía tendido sobre la hierba, tan débil como un bebé recién nacido. Esta vez, Él no llevaba la larga, negra y bifurcada barba, y no iba vestido como un gentleman inglés del año cincuenta y tres del reinado de la Reina Victoria. Su único atuendo era una toalla azul enrollada en torno a su cintura. Su cuerpo no era alto, como en el sueño original, sino corto y ancho y fuertemente musculado. Los pelos de Su pecho eran densos, rizados y rojos.

La primera vez, Burton había mirado al rostro de Dios y se había visto a sí mismo. Dios tenía su mismo pelo liso y negro, el mismo rostro arábico con los profundos y oscuros ojos como puntas de lanza surgiendo de una cueva, los pómulos altos, los gruesos labios, y el prominente mentón con un profundo hoyo en el centro. Sin embargo, Su rostro ya no llevaba las cicatrices de la lanza somalí que le había atravesado a Burton la mejilla, rompiéndole varios dientes, rozando con su filo su paladar, y clavando su punta en la otra mejilla.

El rostro parecía familiar, pero no podía identificar a su propietario. Por supuesto, no era el de Richard Francis Burton.

Dios seguía llevando su bastón de hierro. Estaba clavando su punta en las costillas de Burton.

—Vas retrasado. Hace mucho que ha vencido el plazo de tu deuda, ¿sabes?

—¿Qué deuda? —dijo el hombre sobre la hierba.

El Burton que estaba observando se dio cuenta de pronto de que la bruma estaba torbellineando a

su alrededor, poniendo velos entre los dos hombres que estaban ante él. Y una pared gris, expandiéndose y contrayéndose como si fuera el pecho de un jadeante animal, se había alzado tras ellos.

—Debes la carne —dijo Dios. Pinchó las costillas del hombre sobre la hierba. De alguna forma, el Burton que estaba de pie sintió el dolor—. Debes la carne y el espíritu, que son una y la misma cosa.

El hombre sobre la hierba forcejeó por ponerse en pie. Dijo, jadeando:

—Nadie puede golpearme y marcharse sin luchar conmigo.

Alguien se rió, y el Burton de pie se dio cuenta de la figura alta e imprecisa que había entre la bruma más allá.

—Paga —dijo Dios—. De otro modo, me veré obligado a ejecutar.

—¡Maldito usurero! —dijo el hombre sobre la hierba—. Ya he conocido a los de tu clase en Damasco.

—Este es el camino a Damasco. O debería serlo.

La figura sombría se rió de nuevo. La bruma lo envolvió todo. Burton despertó, sudando, oyendo el último de sus gemidos.

Alice se volvió y dijo soñolienta:

—¿Tienes otra pesadilla, Dick?

—Estoy bien. Vuelve a dormirte.

—Tienes muchas pesadillas últimamente.

—No más que en la Tierra.

—¿Quieres hablar de ello?

—Cuando sueño, no hago más que hablar.

—Pero siempre de ti mismo.

—¿Quién me conoce mejor? —Se rió suavemente.

—¿Y quién puede engañarte mejor? —dijo ella, un poco ásperamente.

Él no respondió. Tras unos cuantos segundos, ella volvía a respirar con el suave ritmo de los tranquilos. Pero no olvidaría lo que se había dicho. Burton esperó que la mañana no trajera consigo otra pelea.

A él le gustaba discutir; le permitía estallar. Últimamente, sin embargo, sus peleas lo habían dejado insatisfecho, preparado para empezar otra inmediatamente.

Era tan difícil discutir con ella sin ser oído por todo el mundo en aquel pequeño barco. Alice había cambiado mucho durante los años que llevaban juntos, pero aún seguía manteniendo su aborrecimiento de gran dama hacia, como lo expresaba ella, lavar sus trapos sucios en público. Sabiendo esto, él la empujaba demasiado, gritaba, rugía, extrayendo placer de verla encogerse. Luego, se sentía avergonzado de haber tomado ventaja sobre ella, porque la había hecho avergonzarse.

Todo lo cual lo ponía aún más furioso.

Los pasos de Frigate sonaron en la cubierta. Burton pensó en relevar a Frigate antes de hora. No se sentía capaz de volverse a dormir; había sufrido de insomnio durante la mayor parte de su vida de

adulto en la Tierra, y aquí también. Frigate se sentiría agradecido de poder irse a la cama. Le costaba mantenerse despierto cuando estaba de guardia.

Cerró los ojos. La oscuridad se vio reemplazada por el grisor. Ahora se vio a sí mismo en aquella colosal cámara sin paredes, suelo ni techo. Desnudo, estaba flotando en posición horizontal en el abismo. Como si estuviera suspendido en un invisible e insensible espetón, giraba lentamente. En sus giros, vio que había cuerpos desnudos arriba, a los lados, y abajo. Como él, sus cabezas y regiones púbicas estaban afeitadas. Algunos estaban incompletos. Un hombre cerca de él tenía un brazo derecho al que le faltaba la piel desde el codo hacia abajo. Girando, vio otro cuerpo que no tenía piel en absoluto y ningún músculo en la cara.

Y a cierta distancia había un esqueleto con un amasijo de órganos flotando dentro de él.

Por todas partes, los cuerpos estaban unidos entre sí a la cabeza y a los pies por barras rojas de aspecto metálico. Surgían del invisible suelo y ascendían hacia el invisible techo. Formaban hileras hasta tan lejos como podía ver, y entre cada par de barras flotaban los girantes cuerpos, línea tras línea de durmientes, cuerpos hasta el fondo, cuerpos hasta arriba, durante tanto espacio como el ojo podía abarcar.

Formaban líneas verticales y horizontales extendiéndose hasta el infinito gris.

Esta vez, observando, sintió algo del mismo asombro y terror que en el momento de aquel su primer despertar.

Él, el capitán Sir Richard Francis Burton, cónsul de Su Majestad en la ciudad de Trieste en el Imperio Austrohúngaro, había muerto un domingo, el 9 de octubre de 1890.

Ahora estaba vivo en un lugar que no se parecía a ningún cielo ni infierno del que jamás hubiera oído hablar.

De todos los millones de cuerpos que podía ver, él era el único vivo. O despierto.

El girante Burton debía estarse preguntando por qué habría sido favorecido con aquel inusitado honor.

El Burton observador conocía el porqué.

Era el Etico al que Burton llamaba X, cuya categoría desconocía, el que lo había despertado. El renegado.

Ahora el hombre suspendido había tocado una de las barras. Y aquello había roto alguna especie de circuito, y todos los cuerpos entre las barras habían empezado a caer, Burton entre ellos.

El observador sintió casi tanto terror como cuando todo aquello había ocurrido por primera vez. Era un sueño primigenio, el sueño universal humano de estar cayendo. Indudablemente provenía del primer hombre, medio mono, medio sentiente, para quien la caída era una terrible realidad y no solamente una pesadilla. El medio mono había saltado de una rama a otra, pensando en su orgullo que podía vencer al abismo. Y había caído debido a su orgullo, que había distorsionado su juicio.

Del mismo modo que la caída de Lucifer había sido provocada por su orgullo.

Ahora aquel otro Burton había sujetado la barra y estaba colgando mientras los demás cuerpos, aún girando lentamente, caían a su alrededor, una catarata de carne.

Entonces miró hacia arriba y vio una máquina aérea, un objeto verde en forma de canoa, descendiendo rápidamente por el espacio entre varias hileras. No tenía alas, ni nada que la

propulsara, sostenida aparentemente por algún tipo de fuerza desconocida por la ciencia de sus días.

En su proa había un símbolo: una espiral blanca que terminaba apuntando a la derecha y de cuyo extremo brotaban filamentos blancos.

En la realidad, dos hombres habían mirado por el borde de la máquina volante. Y entonces, bruscamente, los cuerpos que caían empezaron a frenar su caída, y una invisible fuerza tiró de él y alzó sus pies y le obligó a soltarse de la barra. Flotó hacia arriba, girando, pasó por el lado de la canoa y se inmovilizó sobre ella. Uno de los hombres apuntó un objeto de metal con la forma de un lápiz hacia él.

Gritando con rabia y odio y frustración, aquel Burton gritó:

—¡Mataré! ¡Mataré!

La amenaza era vacía, tan vacía como la oscuridad que neutralizaba su furia.

Ahora, sólo un rostro miraba por el borde de la máquina. Aunque no podía ver el rostro del hombre, Burton pensó que le parecía familiar. Fueran cuales fuesen sus rasgos, pertenecían a X.

El Etico se rió.

Burton se alzó bruscamente y agarró a X por la garganta.

—¡Por el amor de Dios, Dick! ¡Soy yo, Pete!

Burton abrió sus manos que rodeaban el cuello de Frigate.

La luz de las estrellas, tan brillante como la de la Luna llena en la Tierra, penetraba por la puerta abierta, silueteando a Frigate.

—Es tu turno de guardia, Dick.

—Por favor, no hagáis tanto ruido —murmuró Alice.

Burton se deslizó fuera de la cama y tomó a tientas sus ropas colgadas de una percha. Se estremeció, aunque estaba sudando. Su pequeña cabina, recalentada por la radiación de dos cuerpos durante toda la noche, estaba enfriándose ahora. La fría bruma estaba penetrando en ella.

—¡Brrr! —dijo Alice, y se oyó un ruido que indicaba que estaba arrebujándose en las toallas. Burton tuvo un atisbo de su blanco cuerpo antes de volver a quedar tapado. Miró a Frigate, pero el americano estaba dirigiéndose ya hacia la escalera. Fueran cuales fuesen sus defectos, no era un voyeur. Aunque realmente no hubiera podido reprochárselo si hubiera echado una mirada. Estaba más que medio enamorado de Alice. Nunca lo había dicho, pero era algo que resultaba obvio para Burton, para Alice y para Loghu, la compañera de cama de Frigate.

Si había alguien a quien pudiera echársele la culpa, ese era Alice. Hacía mucho tiempo que había perdido su pudor victoriano. Aunque indudablemente ella lo negaría, era probable que, subconscientemente por supuesto, hubiera querido provocar a Frigate con una rápida visión de su cuerpo.

Burton decidió no plantearse la cuestión. Aunque se sentía irritado contra Frigate y contra Alice, pasaría como un estúpido si decía algo al respecto. Alice, como la mayoría de la gente, se bañaba desnuda en el Río, en apariencia indiferente de los demás. Frigate la había visto centenares de veces sin ropa.

El traje nocturno estaba compuesto por un cierto número de gruesas toallas unidas entre sí por cierres magnéticos situados bajo el tejido. Burton los soltó y arregló las toallas de modo que formasen una especie de túnica con capucha que envolvía su cuerpo y piernas. Se ciñó un cinturón de piel de pez cornudo con varias fundas conteniendo un cuchillo de pedernal un hacha de cuarzo y una espada de madera. Los bordes de esta última estaban incrustados con pequeñas puntas de pedernal, y su punta era un aguzado cuerno de pez cornudo. Tomó de un armero una pesada lanza de fresno con punta de cuerno, y subió la escalera.

Cuando llegó a cubierta, descubrió que su cabeza quedaba por encima de la niebla. Frigate era de su misma altura, y su cabeza parecía flotar incorpórea por encima de los algodonosos jirones de bruma. El cielo era brillante, aunque el Mundo del Río no tenía luna. Resplandecía a causa de las estrellas y de las enormes y brillantes nubes de gas. Frigate tenía la convicción de que aquel planeta se hallaba cerca del centro de la galaxia de la Tierra. Pero podía pertenecer a otra galaxia, por lo que sabía todo el mundo.

Burton y sus amigos habían construido una nave y habían navegado desde Theleme. El *Hadji II*,

al contrario de su predecesor, era un cúter, de un solo palo y velas áuricas. A bordo iban Burton, Hargreaves, Frigate, Loghu, Kazz, Besst, Monat Grrautut, y Owenone. Esta última era una mujer de la antigua Pelasgia prehelénica que no tenía ningún inconveniente en compartir la cama del arcturiano. Con su peculiar tripulación (no siempre había tenido Burton un talento afortunado para reunir un heterogéneo grupo de seguidores), había viajado Río arriba durante veinticinco años. Uno de los hombres con el cual había compartido muchas aventuras, Lev Ruach, había decidido quedarse en Theleme.

El *Hadji II* no había llegado tan lejos como Burton había esperado. Puesto que había tan poco espacio disponible, los miembros de la tripulación permanecían en un contacto demasiado estrecho los unos con los otros. Había sido necesario realizar largas estancias en las orillas para permitirles enfriar su fiebre de las cabinas.

Burton había decidido que ya era tiempo de otra larga parada en libertad cuando el barco penetró en aquella zona. Era uno de los raros lugares en los que el Río se ensanchaba, formando un lago de treinta kilómetros de longitud por casi diez de anchura. En su extremo occidental el lago se estrechaba hasta formar un paso de unos trescientos metros de ancho. La corriente espumeaba a su través, pero afortunadamente el viento dominante soplaba allí en la misma dirección que el barco, corriente arriba. Si el *Hadji II* hubiera tenido que navegar contra el viento, hubiera habido demasiado poco espacio para las bordadas.

Tras contemplar el paso, Burton pensó que podía atravesarlo, aunque iba a ser delicado. De todos modos, ya era tiempo de tomarse un largo descanso. En vez de abordar una de las orillas, había detenido el barco a lo largo de una de las hileras de rocas que emergían en medio del lago. Formaban como altos montículos en forma de espira, con un poco de tierra en sus bases. Algunos de ellos tenían piedras de cilindros, y en torno a ellas había grupos de chozas.

La isla-espira más cercana a la hilera tenía algunos muelles flotantes. Hubiera sido más conveniente que hubieran estado situados en la parte de atrás de la corriente, pero no era este el caso, de modo que el barco amarró de lado junto a uno de ellos. Fue asegurado con cuerdas a los pilotes y contra los paragolpes, bolsas de resistente piel de pez cocodrilo llenas de hierba. Los habitantes de la isla se les acercaron cautelosamente. Burton los tranquilizó rápidamente acerca de sus pacíficas intenciones, y les preguntó educadamente si su tripulación podía utilizar su piedra de cilindros.

Los isleños eran tan sólo una veintena... gente pequeña y de piel oscura cuyo lenguaje nativo era desconocido para Burton. Hablaban una forma degradada de Esperanto, sin embargo, por lo cual la barrera del lenguaje era pequeña.

La piedra de cilindros era una masiva estructura de granito gris vetado de rojo en forma de seta. Su superficie superior llegaba a la altura del pecho de Burton, y contenía setecientas indentaciones redondas formando círculos concéntricos.

Poco antes de la puesta del sol, cada persona puso en uno de los poco profundos hoyos su alto cilindro de metal gris. Los habitantes del Mundo del Río de habla anglosajona lo llamaban grial, pandora (o en forma abreviada, dora), cornucopia, jarra de la comida, cilindro del maná, etc. El nombre más popular había sido acuñado por los misioneros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Le llamaban en Esperanto pandoro. Aunque el metal era tan delgado como una hoja de papel de

periódico excepto en su base, era indeformable, irrompible e indestructible.

Los propietarios de los cilindros retrocedieron una cincuentena de pasos y aguardaron. Muy pronto, intensas llamas azules brotaron de la parte superior de la piedra, elevándose un poco por encima de los seis metros. Simultáneamente, cada una de las piedras alineadas en la orilla del lago escupieron fuego y retumbaron.

Un minuto más tarde, algunos de los pequeños habitantes de piel oscura de la isla treparon sobre la piedra y bajaron los cilindros. El grupo se sentó bajo un cobertizo de bambú, junto a un fuego de bambú y maderos recuperados del agua, y abrió la tapa de sus cilindros. Dentro había departamentos conteniendo tazas y platos hondos, todo ello lleno con licor, comida, cristales de café instantáneo o té, cigarrillos y puros.

El cilindro de Burton contenía comida eslovena e italiana. Su primera resurrección se había producido en un área formada en su mayor parte por gente que había muerto en la zona de Trieste, y sus cilindros les proporcionaban normalmente el tipo de comida al que estaban acostumbrados en la Tierra. Casi cada diez días, sin embargo, los cilindros servían algo completamente distinto. A veces era comida inglesa, francesa, china, rusa, persa o de cualquier otra de un centenar de naciones. Ocasionalmente ofrecía platos que eran francamente repugnantes, como carne de canguro, tostada en su superficie y cruda por dentro, o gusanos vivos. Burton había obtenido esa comida aborigen australiana un par de veces.

Esta noche la taza de licor contenía cerveza. Odiaba la cerveza, de modo que la cambió por el vino de Frigate.

Los cilindros de los isleños contenían comida que a Burton le recordó mucho la cocina mexicana. Sin embargo, los tacos y tortillas estaban rellenos de carne de venado, no de buey.

Mientras comían y hablaban, Burton interrogó a los lugareños. Por sus descripciones, supuso que eran indios precolombinos que habían vivido en un ancho valle en el desierto del sudoeste del país. Estaban compuestos por dos tribus distintas hablando idiomas interrelacionados pero mutuamente ininteligibles. Pese a ello, los dos grupos habían vivido pacíficamente uno al lado del otro y habían formado una sola cultura, cada grupo distinguiéndose del otro tan sólo por unos pocos rasgos.

Decidió que era el pueblo que los indios pima de su tiempo llamaba los hohokam, los Antepasados. Su cultura había florecido en la zona que los colonos blancos llamarían más tarde el Valle del Sol. Era allí donde se había fundado el poblado de Phoenix en el Territorio de Arizona, un poblado que, según lo que le habían contado, se había convertido en una ciudad de más de un millón de habitantes a finales del siglo XX.

Esa gente se llamaba a sí misma los ganopo. En su época terrestre habían cavado largos canales de irrigación con utensilios de madera y piedra y habían convertido el desierto en un jardín. Pero habían desaparecido bruscamente, dejando a los arqueólogos americanos la tarea de explicar el porqué. Se habían avanzado varias teorías al respecto. La más ampliamente aceptada era que unos invasores beligerantes procedentes del norte los habían borrado de la existencia, aunque no había ninguna evidencia de ello.

Las esperanzas de Burton de descubrir aquel misterio se vieron pronto disipadas. Aquella gente había vivido y muerto antes de que su sociedad llegara a su final.

Todos permanecieron despiertos hasta tarde aquella noche, fumando y bebiendo alcohol hecho de los líquenes que recubrían la parte baja de su roca espira. Contaron historias, la mayor parte obscenas y absurdas, y se revolcaron por el suelo riendo a mandíbula batiente. Burton, cuando contaba historias árabes, procuraba no utilizar referencias no familiares o explicarlas si eran lo suficientemente sencillas como para ser comprendidas. Pero nadie tuvo ningún problema en captar las historias de Aladino y su lámpara maravillosa o de cómo Abu Hasan dejó escapar un viento.

Esta última era una de las preferidas de los beduinos. Burton la había contado a menudo sentados en torno a un fuego de boñigas de camello secas, y conseguido que sus oyentes se revolcaran de risa pese a haberla oído miles de veces.

Abu Hasan era un beduino que había abandonado su vida nómada para convertirse en un mercader en la ciudad de Kaukaban, en el Yemen. Se hizo rico, y tras la muerte de su esposa sus amigos le animaron a casarse de nuevo. Tras alguna resistencia, cedió ante las presiones y arregló un matrimonio con una hermosa joven. Hubo un gran festín con arroz de varios colores y sorbetes de sabores variados y cabritos rellenos de nueces y un camello asado entero.

Finalmente, llegó la hora al recién desposado de dirigirse a la habitación donde le aguardaba su esposa, vestida con los más ricos ropajes. Se alzó lentamente y con dignidad de su diván, pero ¡ay!, estaba tan lleno de comida y de bebida que cuando echó a andar hacia la cámara nupcial, hete aquí que dejó escapar una ventosidad, grande y terrible.

Oyendo aquello, los invitados se volvieron unos a otros y hablaron en voz alta, pretendiendo no haberse dado cuenta de aquel pecado social. Pero Abu Hasan se sintió enormemente humillado, y así, pretextando una necesidad urgente de la naturaleza, bajó a las caballerizas, ensilló un caballo, y salió huyendo, abandonando su fortuna, su casa, sus amigos y su esposa.

Luego tomó un barco para la India, donde se convirtió en capitán de la guardia de un rey. Al cabo de diez años estaba abrumado por una nostalgia tan terrible que se sintió a las puertas de la muerte, de modo que se encaminó hacia su hogar disfrazado de miserable fakir. Tras un largo y peligroso viaje, llegó cerca de su ciudad, y la contempló desde las colinas que dominaban sus murallas y torres con los ojos llenos de lágrimas. Sin embargo, no se atrevió a aventurarse dentro de la ciudad hasta que se convenciera de que él y su desgracia habían sido olvidados. De modo que vagó por los alrededores durante siete días y siete noches, escuchando furtivamente las conversaciones de las calles y del mercado.

Transcurrido aquel tiempo, dio la casualidad de que estaba sentado a la puerta de su choza, pensando en que quizá debiera aventurarse dentro de la ciudad bajo su propia personalidad, cuando oyó a una muchachita decir:

—Oh madre mía, dime el día en que nací, porque una de mis compañeras necesita saberlo para leer mi futuro.

Y la madre respondió:

—Naciste, oh hija, la misma noche en que Abu Hasan soltó su viento.

El oyente, apenas oyó esas palabras, se alzó de su sitio y salió huyendo, diciéndose a sí mismo:

—Realmente, tu ventosidad se ha convertido en una fecha histórica, que será recordada eternamente.

Y no dejó de viajar y vagar hasta que llegó a la India, donde vivió en su autoimpuesto exilio hasta que murió y la bondad de Dios cayó sobre él.

Esta historia era siempre un gran éxito, pero antes de contarla Burton tenía que prologar su historia con la explicación de que para los beduinos de aquella época expulsar una ventosidad en público era considerado como una afrenta. De hecho, era preciso que todos los que estuvieran a su alcance pretendieran que no se había producido nada, puesto que el desgraciado al que le ocurría el percance podía llegar a matar a aquél que le llamara la atención sobre el hecho.

Burton, sentado con las piernas cruzadas ante el fuego, observó que incluso Alice parecía divertirse con la historia. Era una victoriana pura, educada en una familia anglicana profundamente religiosa, cuyo padre había sido un obispo hermano de un barón, descendiente de Juan de Gante, cuarto hijo de Eduardo III, y su madre la nieta de un conde. Pero el impacto de la vida en el Mundo del Río y una larga asociación íntima con Burton habían disipado muchas de sus inhibiciones.

Luego había contado la historia de Simbad el Marino, aunque tuvo que adaptarla a las experiencias de los ganopo. Nunca habían visto el mar, de modo que el mar se convirtió en un río, y el ave roc que se llevó a Simbad se convirtió en una gigantesca águila real.

Los ganopo, a su vez, contaron historias de sus mitos de la creación y las aventuras procaces de un héroe popular, el astuto Jefe Coyote.

Burton les preguntó acerca de la adaptación de su religión a la realidad de aquel mundo.

—Oh Burton —le dijo su jefe—, este no es en absoluto el mundo después de la muerte que habíamos imaginado. No es un lugar donde el maíz crezca más alto que la cabeza de un hombre en un día y el ciervo y la liebre nos proporcionen una buena caza pero nunca escapen de nuestras lanzas. Ni nos hemos reunido con nuestras mujeres e hijos, ni con nuestros padres y abuelos. Ni los grandes antepasados, los espíritus de las montañas y del río, de las rocas y de los arbustos, se pasean ante nosotros y nos hablan.

»Pero no nos quejamos. De hecho somos mucho más felices que en el mundo que abandonamos. Tenemos más comida, y mejor comida, de la que teníamos allí, y no tenemos que trabajar para conseguirla, aunque sí tuvimos que luchar para conservarla en los primeros días que pasamos aquí. Tenemos mucha más agua de la que necesitamos, podemos pescar hasta saciarnos, y no conocemos las fiebres que nos mataban o nos dejaban inválidos, como tampoco conocemos los dolores y achaques de la vejez y la debilidad que traían consigo.

En aquel momento el jefe frunció el ceño, y con sus siguientes palabras una sombra cayó sobre la audiencia y las sonrisas se borraron.

—Decidme, extranjeros, ¿habéis oído algo acerca del regreso de la muerte? ¿De la muerte eterna, quiero decir? Nosotros vivimos en esta pequeña isla y no recibimos muchos visitantes. Pero de los pocos que hemos recibido, y de aquellos con quienes hemos hablado cuando hemos visitado las orillas, hemos oído algunas historias extrañas y turbadoras.

»Dicen que desde hace algún tiempo nadie de los que mueren es resucitado de nuevo. Una persona resulta muerta, y él o ella no se despiertan al día siguiente, sus heridas curadas, su cilindro a su lado, en cualquier lugar de la orilla lejos del escenario de su muerte. Decidme, ¿es cierto, o es simplemente una de esas historias que a la gente le gusta contar para preocupar a los demás?

—No lo sé —dijo Burton—. Es cierto que hemos viajado a lo largo de miles de kilómetros... Quiero decir, hemos pasado junto a un número incontable de piedras de cilindro durante nuestro viaje. Y durante el pasado año hemos observado eso de lo que hablas.

Hizo una pausa por un momento, pensando. Desde el segundo día mismo después de la gran resurrección, las resurrecciones secundarias, o traslaciones, como se las llamaba generalmente, no habían dejado de producirse. La gente resultaba muerta o se suicidaba o tenía accidentes fatales, pero, al amanecer del día siguiente, se hallaba de nuevo viva. Siempre se descubrían muy lejos del lugar anterior, a menudo en una zona climática distinta.

Muchos atribuían esto a una intervención sobrenatural. Muchos más aún, entre los cuales se contaba Burton, no creían que hubiera ningún milagro tras ello, sino alguna ciencia avanzada. No había necesidad de apelar a lo sobrenatural. «No hay que recurrir a los fantasmas», por citar al inmortal Sherlock Holmes. Las explicaciones físicas bastaban.

Burton sabía por experiencia propia, aparentemente la única, que el cuerpo de una persona muerta podía ser duplicado. Lo había visto en el enorme espacio donde se había despertado por un breve espacio de tiempo. Los cuerpos eran reconstruidos a partir de alguna especie de grabación, sus heridas sanadas, la carne enferma regenerada, los miembros restaurados, los estragos de la vejez reparados, la juventud devuelta.

En algún lugar bajo la corteza de aquel planeta había un inmenso convertidor termiónico energía-materia. Probablemente, era alimentado por el calor del núcleo de ferromágneto. Su maquinaria operaba a través del complejo de piedras de cilindros, cuyas raíces se enterraban profundamente en la tierra, formando un circuito tan complejo que hacía tambalearse a la mente que pensaba en él.

El registro de las células de una persona muerta, ¿estaba asegurado por algo que había en las propias piedras? ¿O era conseguido, como sugería Frigate, por invisibles satélites orbitales que mantenían su vigilancia sobre cada ser vivo, del mismo modo que se suponía que Dios era consciente hasta de la caída de una hoja?

Nadie lo sabía, o si lo sabía, se guardaba el secreto para sí mismo.

La conversión energía-materia a través del sistema de piedras de cilindros explicaba también la forma en que aparecían los alimentos que cada ciudadano del Mundo del Río encontraba en su

cilindro tres veces al día. La base de cada uno de los cilindros metálicos debía ocultar un pequeño convertidor y un menú electrónico. La energía era transmitida a través del complejo de las piedras de cilindros a los cilindros. Y allí la electricidad se convertía en materia compleja: carne de buey, pan, lechuga, etc., e incluso lujos: tabaco, marijuana, alcohol, tijeras, peines, encendedores, lápiz de labios, goma de los sueños.

Las ropas parecidas a toallas también eran proporcionadas vía piedras, pero no a través de los cilindros. Aparecían en un ordenado montón cerca del cuerpo resucitado y el cilindro.

Tenía que existir alguna especie de mecanismo bajo las raíces subterráneas del complejo de piedras. Este, de alguna forma, podía proyectar a través de varios metros de tierra la enormemente complicada configuración de moléculas de cuerpos humanos, cilindros, y ropas, exactamente a un centímetro por encima del nivel del suelo.

Literalmente, la gente y las cosas se formaban del aire.

Burton se había preguntado algunas veces qué ocurriría si la traslación se producía en una zona ocupada por otro objeto. Frigate decía que se produciría una terrible explosión. Esto nunca había ocurrido, al menos que supiera Burton. Por lo tanto, el mecanismo «sabía» como evitar este entremezclar de moléculas.

Existía sin embargo, como había hecho notar Frigate, el volumen de atmósfera que el cuerpo recién formado tenía que desplazar. ¿Cómo se evitaba que las moléculas de aire no se mezclaran fatalmente con las moléculas del cuerpo?

Nadie lo sabía. Pero el mecanismo debía apartar de alguna forma el aire, crear un vacío dentro del cual aparecían el cuerpo, el cilindro y las ropas. Tenía que ser además un vacío perfecto, algo que la ciencia de finales del siglo XX no había conseguido producir.

Y lo hacía silenciosamente, sin la explosión de una masa de aire repentinamente desplazada.

La cuestión de cómo eran grabados los cuerpos aún no tenía ninguna respuesta satisfactoria. Hacía muchos años, un agente capturado de los Éticos, un hombre que se hacía llamar Spruce, había dicho que una especie de cronoscopio, un instrumento que podía mirar hacia atrás en el tiempo, grababa las células de los seres humanos. De todas las personas que habían vivido desde aproximadamente dos millones de años antes de Cristo hasta el 2008 después de Cristo.

Burton no lo creía. No parecía posible que nada pudiera ir atrás por el tiempo, corporal o visualmente. Frigate había expresado también su incredulidad, diciendo que probablemente Spruce había utilizado la palabra «cronoscopio» en un sentido figurado. O quizá había mentido.

Fuera cual fuese la verdad, la resurrección y la comida de los cilindros podían ser explicada en términos puramente físicos.

—¿Qué ocurre, Burton? —preguntó educadamente el jefe—. ¿Has sido atrapado por un espíritu?
Burton sonrió.

—No —dijo—, sólo estaba pensando. Nosotros también hemos hablado con mucha gente que decía que nadie había sido trasladado a sus zonas en el último año. Por supuesto, tal vez esto sólo signifique que los lugares por los que hemos viajado no hayan tenido ningún traslado. Es posible que sigan habiendo traslados en otros lugares. Después de todo, el Río puede ser...

Hizo una pausa. ¿Cómo podía expresar el concepto de un Río que posiblemente tuviera diez

millones de kilómetros o más a una gente que no comprendía ningún número más allá de veinte?

—Puede ser tan largo que un hombre que navegara de un extremo del Río hasta el otro necesitara más años para hacerlo que las vidas juntas de tu abuelo, tu padre y tú mismo en la Tierra.

»De modo que, aunque se produzcan tantas muertes como hojas de hierba hay entre dos piedras de cilindros, eso sigue sin ser mucho comparado con el número de personas que viven a lo largo del Río. Aunque hemos viajado mucho trecho, seguimos sin haber llegado demasiado lejos en comparación con la longitud del Río. De modo que pueden existir muchas zonas donde los muertos han seguido reapareciendo.

»Además, no muere tanta gente ahora como en los primeros veinte años. La mayor parte de los pequeños estados se han establecido permanentemente. Actualmente existen pocos estados esclavistas. La gente ha creado estados en los cuales se mantiene el orden entre sus propios ciudadanos y se les protege de otros estados. La gente malvada que anhelaba el poder y la comida y los bienes de los demás fueron muertos. Es cierto que aparecieron en otro lugar, pero en otras zonas se hallaron sin aquellos que los apoyaban. Las cosas se han ido asentando, aunque, por supuesto, siguen produciéndose accidentes, la mayoría en la pesca, y se producen muertes individuales, aunque generalmente por motivos pasionales.

»Pero no se producen tantas muertes actualmente como antes. Es posible que las zonas por las cuales hemos cruzado sean simplemente zonas en las cuales por una coincidencia no se han producido traslaciones.

—¿Crees realmente eso? —dijo el jefe—. ¿O lo estás diciendo simplemente para que nos sintamos mejor?

Burton sonrió de nuevo.

—No lo sé.

—Quizá —dijo el jefe— sea como nos dicen los chamanes de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Que este mundo es tan sólo un alto en el camino, una parada intermedia en nuestro camino a otro mundo mejor. Un mundo mucho mejor. Los chamanes dicen que cuando una persona se vuelve realmente buena aquí, mucho mejor de lo que era en la Tierra, se dirige a un mundo donde moran realmente los grandes espíritus. Aunque los chamanes insisten en que tan sólo existe un gran espíritu. No puedo creer eso, puesto que todo el mundo sabe que hay muchos espíritus, tanto altos como bajos.

—Eso es lo que dicen —respondió Burton—. ¿Pero cómo pueden saber ellos más que tú o yo?

—Dicen que uno de los espíritus que construyeron ese mundo se les apareció al hombre que fundó su iglesia. Ese espíritu le dijo al hombre que las cosas eran así.

—Quizá el hombre que proclama eso esté loco o sea un mentiroso —dijo Burton—. En cualquier caso, me gustaría hablar yo mismo con ese espíritu. Y tendría que demostrarme que es realmente un espíritu.

—A mí no me preocupan esas cuestiones —dijo el jefe—. Es mejor dejar a los espíritus solos, para gozar de la vida tal como se presenta y ser buenos para la tribu.

—Quizá ésta sea la mejor actitud —dijo Burton.

Pero no creía en ello. Si lo creyera, ¿por qué se obcecaría tanto en subir hasta las fuentes del Río

y el mar que había detrás de las montañas que rodeaban el Polo Norte, el mar que se decía tenía en su centro una imponente torre donde vivían los ocultos hacedores y gobernantes de aquel mundo?

—No pretendo ofenderte, Burton —dijo el jefe—, pero soy uno de los que pueden ver dentro de las personas. Tú sonríes y cuentas historias divertidas, pero estás turbado. Estás furioso. ¿Por qué no dejas de viajar en ese pequeño barco y te estableces en algún lugar? Tienes una buena mujer, de hecho todo lo que cualquier hombre necesita. Este es un buen sitio. Hay paz, y los ladrones son desconocidos, excepto algún viajero ocasional. No hay peleas a no ser entre dos hombres que desean demostrar que el uno es más fuerte que el otro o entre un hombre y una mujer debido a que no pueden seguir soportándose mutuamente. Cualquier persona sensible se sentiría feliz en esta zona.

—No me siento ofendido —dijo Burton—. De todos modos, para comprenderme, deberías haber oído la historia de mi vida, aquí y en la Tierra. E incluso entonces puede que no me comprendieras. ¿Cómo podrías hacerlo, cuando yo no me comprendo a mi mismo?

Burton guardó silencio, pensando en otro jefe de una tribu primitiva que le había dicho más o menos lo mismo. Aquello ocurría en 1863, cuando Burton, como cónsul de Su Majestad en la isla del África occidental de Fernando Poo y el Golfo de Biafra, visitó a Gélélé, rey de Dahomey. La misión de Burton era hablar con el rey para detener los cruentos sacrificios humanos anuales y el comercio de esclavos. Su misión había fracasado, pero él había recogido datos suficientes como para escribir dos libros.

El borracho, sanguinario, lascivo rey había actuado despóticamente con él, mientras que cuando Burton había visitado Benin su rey había crucificado a un hombre en su honor. Sin embargo, se habían entendido bien, considerando las circunstancias. De hecho, en una visita anterior, Burton había sido nombrado capitán honorario de la guardia amazónica del rey.

Gélélé había dicho que Burton era un buen hombre pero demasiado irritable.

La gente primitiva era buena leyendo los caracteres. Tenían que serlo para sobrevivir.

Monat, el arcturiano, notando que la introspección de Burton estaba haciendo descender el buen ambiente de la ocasión, empezó a contar historias de su planeta nativo. Monat había asustado un poco a los isleños al principio, debido a su origen obviamente no humano. Sin embargo, no había tenido ningún problema en granjearse su confianza, puesto que sabía exactamente cómo hacer que un ser humano se sintiera a sus anchas. Lo cual era lógico; no había hecho otra cosa cada día de su vida en el Mundo del Río.

Al cabo de un rato, Burton se levantó y dijo que su tripulación deseaba irse a la cama. Dio las gracias a los ganopo por su hospitalidad, pero dijo que había cambiado de opinión acerca de quedarse algunos días. Su intención original de descansar allí mientras estudiaba a los isleños había desaparecido.

—Nos gustaría mucho que os quedarais aquí —dijo el jefe—. Unos cuantos días o varios años. Lo que prefiráis.

—Te doy las gracias por eso —dijo Burton. Y citó las palabras de un personaje de Las mil y una noches—: «Alá me ha afligido con el amor al viaje».

Y luego se citó a sí mismo:

—«Los viajeros, como los poetas, son en su mayor parte una raza irritable».

Eso al menos le hizo reír, y regresó al barco sintiéndose menos taciturno. Antes de irse a la cama, sorteó las guardias. Frigate protestó diciendo que no era necesaria una guardia en un lugar tan aislado, donde además los pocos habitantes que había parecían ser honestos. Su protesta no consiguió nada, lo cual no le sorprendió. Sabía que Burton pensaba que la codicia era el motor de las acciones humanas.

Burton estaba pensando en esto y en otros acontecimientos de la última noche, incluidos los sueños. No se fue inmediatamente a la cama, sino que se quedó un rato levantado, fumando un puro, con Frigate a su lado. El conjunto de arracimadas estrellas y grandes nubes de gas empezaron a palidecer mientras observaban. El amanecer llegaría dentro de media hora. Su luz barrería la mayor parte de los objetos celestes, convirtiéndolos en fantasmas imprecisos por algún tiempo hasta que el sol surgiera finalmente de detrás de las montañas del norte.

Podían ver la bruma, cubriendo como una algodonosa sábana el Río y las llanuras de ambas orillas. Lamía las colinas cubiertas de árboles, en cuyas laderas se veían unas pocas luces. Más allá de las colinas del valle estaban las montañas, inclinadas en un ángulo de cuarenta y cinco grados durante los primeros trescientos metros, luego ascendiendo verticalmente, lisas como un espejo, hasta una altura superior a los tres mil metros.

Durante su primer año allí, Burton había calculado que las montañas debían tener unos seis mil metros de altura. No fue el único en cometer ese error cuando sólo se disponía de los ojos para efectuar los cálculos. Después de que fue posible construir burdos pero efectivos instrumentos de medición, había determinado que las paredes de las montañas eran, en general, la mitad de altas de lo que había pensado. Su roca azul grisácea o negra creaba una ilusión. Quizá era debido a que el valle era tan estrecho, y las paredes hacían que sus moradores se sintieran aún más pequeños.

Aquel era un mundo de ilusiones, físicas, metafísicas, y psicológicas. Casi como la Tierra.

Frigate había encendido un cigarrillo. Había dejado de fumar hacía un año, pero ahora, como dijo, «el estado de gracia lo había abandonado». Era casi tan alto como Burton. Sus ojos eran color avellana. Su pelo era casi tan negro como el de su compañero, aunque reflejaba tonalidades rojizas a la luz del sol. Sus rasgos eran irregulares: arcos supraciliares prominentes, una nariz recta de tamaño medio pero de anchas aletas, labios gruesos, el superior muy largo, mentón hendido. Este último parecía recesivo debido a la mandíbula sorprendentemente corta.

En la Tierra había sido, entre otras muchas cosas, uno de esos raros pero vigorosos especímenes que coleccionaban toda la literatura existente de, acerca o relacionada con Burton. El mismo había escrito una biografía suya, pero finalmente la había novelizado como un inquieto caballero para la reina.

La primera vez que se habían encontrado, Burton se mostró desconcertado cuando Frigate se identificó a sí mismo como un escritor de ciencia ficción.

—¿Qué demonios es eso?

—No me pida que defina la ciencia ficción —había dicho Frigate—. Nunca nadie ha sido capaz de proporcionar una definición completamente satisfactoria. De todos modos, es... era... era un género literario en el cual la mayor parte de las historias ocurrían en un hipotético futuro. Era llamado ciencia ficción porque se suponía que la ciencia jugaba un importante papel en ellas. El desarrollo de la ciencia en el futuro, eso es. Esa ciencia no estaba confinada a la física y a la química, sino que incluía también extrapolaciones sociológicas y psicológicas con referencia a la época del autor.

»De hecho cualquier historia que se desarrollara en el futuro era ciencia ficción. De todos modos, una historia escrita en 1960, por ejemplo, que proyectaba un futuro de 1984, seguía siendo clasificada como ciencia ficción en 1984.

»De todos modos, una historia de ciencia ficción podía estar situada también en el presente o en el pasado. Pero se suponía que la historia era posible porque estaba basada en la ciencia de la época del autor, y éste simplemente extrapolaba, con mayor o menor rigor, lo que la ciencia podía desarrollar.

»Desgraciadamente, esta definición incluía historias en las cuales la ciencia no existía o había sido pobremente comprendida por el autor.

»De todos modos (hay un gran número de «de todos modos» en la ciencia ficción), había una gran cantidad de historias acerca de cosas que era imposible que ocurrieran, para las cuales no había ninguna base científica en absoluto. Como el viaje por el tiempo, los mundos paralelos, y los viajes a mayor velocidad que la de la luz. Estrellas vivientes, Dios visitando la Tierra en carne y huesos, insectos tan altos como edificios, diluvios a escala planetaria, esclavitud a través de la telepatía, y una lista realmente interminable.

—¿Cómo fue que se la denominara ciencia ficción?

—Bueno, realmente, existía ya mucho tiempo antes de que un hombre llamado Hugo Gernsback le pusiera esta etiqueta. ¿Ha leído usted las novelas de Julio Verne y el Frankenstein de Mary Shelley? Esas obras eran consideradas como ciencia ficción.

—A mí me parecieron únicamente obras de fantasía —había dicho Burton.

—Sí, pero toda ficción es fantasía. La diferencia entre la fantasía mundana, lo que nosotros llamamos literatura general, y la ciencia ficción, es que la literatura general trataba de cosas que podían haber ocurrido. Siempre estaban situadas en el pasado o en el presente.

»Las historias de ciencia ficción trataban de cosas que no podían haber ocurrido o eran altamente improbables. Algunas personas deseaban denominarla literatura especulativa, pero el término nunca acabó de cuajar.

Burton nunca había comprendido exactamente qué era la ciencia ficción, pero tampoco le importaba demasiado. Frigate no sabía explicarse claramente tampoco, pero podía proporcionar numerosos ejemplos.

—Realmente —había dicho Frigate—, la ciencia ficción era una de las muchas cosas que no existen pero que pese a todo tienen un nombre. Hablemos mejor de cualquier otra cosa.

Burton se había negado a abandonar el tema.

—¿Entonces se dedicaba usted a una profesión que no existe?

—No, la profesión de escritor de ciencia ficción existía. Era la ciencia ficción per se la que no existía. Esto empieza a sonar como un diálogo de Alicia en el país de las maravillas.

—Y el dinero que ganaba usted con sus escritos, ¿tampoco existía?

—Casi. Bueno, eso es una exageración. No me moría de hambre, pero tampoco iba por ahí con un Cadillac chapado en oro.

—¿Qué es un Cadillac?

Pensando ahora en todo aquello, Burton encontró extraño que la mujer que dormía con él fuera la

Alice que había inspirado a Lewis Carroll dos obras maestras.

Repentinamente, Frigate dijo:

—¿Qué ocurre?

Burton miró hacia el este, hacia donde el Río se estrechaba. Contrariamente a las zonas más arriba y más abajo, aquella parte carecía de orillas. Altas colinas se alzaban bruscamente en toda su longitud, mostrando sus lisas paredes. Más acá de aquella garganta algo —no, dos objetos— se movían lentamente hacia ellos, aparentemente suspendidos encima de la bruma.

Trepó por una escalera de cuerda para ver mejor. Los dos objetos no estaban suspendidos en el aire. Su parte inferior estaba simplemente oculta por la bruma. El más cercano era una estructura de madera, que parecía tener una figura humana en su parte superior. El segundo, mucho más atrás, era un objeto grande, redondo, negro.

—¡Pete! —llamó—. ¡Creo que es una balsa! ¡Y muy grande! ¡Avanza al impulso de la corriente, y se dirige directamente hacia nosotros! Hay una torre con un piloto en ella. Pero no se mueve, simplemente está ahí. Seguro que...

Sí, seguro que estaba dormido. El hombre en la torre no se había movido. Si estuviera despierto, hubiera visto que la balsa seguía directamente un rumbo de colisión.

Burton se sujetó con un brazo a la cuerda, colocó sus manos formando bocina, y avisó a gritos. La figura reclinada contra la barandilla de la torre no se movió. Burton dejó de gritar.

—¡Despierta a todo el mundo! —aulló a Frigate—. ¡Inmediatamente! ¡Debemos sacar el barco del camino!

Bajó rápidamente y saltó por el lado que daba al muelle. Allí, donde su cabeza estaba por debajo de la bruma, no se veía absolutamente nada. Pasando una mano por el casco, sin embargo, pudo encontrar los pilotes donde estaba amarrado el barco. Cuando había soltado ya dos amarras, oyó a los otros en cubierta, arriba. Gritó a Monat y Kazz que saltaran al muelle por el otro lado y soltaran las amarras de allí.

En su precipitación, se golpeó con uno de los pilotes y durante varios segundos dio saltos sujetándose la rodilla. Luego reanudó su trabajo.

Una vez completada su parte, retrocedió siguiendo la línea del casco. Alguien había bajado la pasarela. Subió a bordo, deslizando las manos por las cuerdas que formaban la barandilla. Ahora podía ver la parte superior de las cabezas de las mujeres y el rostro del americano.

—¿Qué ocurre? —dijo Alice.

—¿Has sacado las pértigas? —preguntó Frigate.

—Sí.

Volvió a trepar por la escalera de cuerdas. Los dos objetos seguían el mismo rumbo de antes, que los llevaría contra los muelles. El hombre de guardia en la torre no se había movido.

Ahora se oían voces procedentes de la isla. Los ganopo se habían despertado y estaban haciendo preguntas.

La cabeza y los hombros de Monat brotaron por entre el grisor. Parecía un monstruo deslizándose fuera de la niebla en una novela gótica. Su cráneo era similar al de un ser humano, pero los rasgos le hacían parecer tan sólo semihumano. Sus gruesas cejas negras se curvaban hacia abajo hasta alcanzar

los protuberantes pómulos, donde se ensanchaban hasta cubrirlos. Unas delgadas membranas que se agitaban con los movimientos de su cabeza colgaban de la parte inferior de las aletas de su nariz. En la punta de esta había un muñón de cartílago. Sus labios eran como los de un perro, delgados, negros, y parecidos a cuero. Sus orejas, sin lóbulos, tenían las circunvoluciones de una concha marina.

Kazz estaba gritando algo cerca de Monat. Burton no podía verle puesto que era el segundo tripulante más bajo del barco, con su metro y medio de altura. Luego se acercó, y Burton pudo distinguir su achaparrada figura.

—¡Sacad las pértigas y empujad el barco para apartarlo de los muelles! —aulló Burton.

—¿Dónde infiernos están? —gritó Besst.

—Las saqué de su perchero —dijo Frigate—. Están en cubierta, debajo de él.

—Seguidme —dijo Burton, y maldijo cuando tropezó con algo y cayó de bruces. Volvió a ponerse inmediatamente en pie, sólo para golpearse contra alguien. Por su aspecto, pensó que debía tratarse de Besst.

Tras una cierta confusión, varios de ellos tomaron las pértigas y se situaron en los costados del barco. A las órdenes de Burton, apoyaron sus extremos contra el muelle, ya que no había suficiente espacio entre el casco y el lado del muelle para apoyarlas contra el fondo de roca. Puesto que tenían que luchar contra la corriente, que era más fuerte en medio del lago, sólo pudieron mover el barco muy lentamente. Una vez alejados del muelle, bajaron las pértigas hasta el agua y empujaron contra el fondo rocoso. Pero las pértigas resbalaron en la desnuda roca.

Burton ordenó que hicieran girar la proa del barco. Una vez hecho esto, los hombres de las pértigas del lado de babor acudieron a estribor para ayudar a los otros a impedir que el barco fuera empujado de nuevo contra la isla. En este punto, tanto la playa como el fondo cesaban bruscamente. Ahora tenían que mantener las pértigas horizontales y empujar contra la pared de la espira.

Burton oyó una voz desconocida y miró hacia atrás. La oscura figura en la torre se estaba moviendo ahora, y gritaba algo hacia la bruma. Otras voces, más débiles que la del piloto, surgieron de abajo.

El gran objeto redondo y oscuro se hizo aún más grande. A la luz de las estrellas parecía como la cabeza de un gigante. Estimó que la distancia entre la torre y el otro objeto sería de unos cien metros. Eso significaba que la balsa que los acarreaba era enorme. No tenía ni idea de su tamaño, y esperaba no descubrirlo hasta que su barco estuviera a salvo al otro lado de la isla.

Justo antes de volver a su tarea, vio a otro hombre aparecer en la torre. Estaba agitando las manos, y su aguda voz dominaba la del otro hombre.

—¡Viene directo hacia nosotros! —gritó Frigate.

Burton no le culpó por sonar lleno de pánico. El también se sentía desvariado. En aquel momento, una masa incalculable estaba avanzando directamente hacia el *Hadji II*, a una velocidad incalculable.

—¡Empujad con todas vuestras fuerzas! —aulló—. ¡Nos van a aplastar si no lo hacéis!

Por aquel entonces el bauprés, la larga lanza que se proyectaba hacia adelante en la proa del barco, había llegado al nivel de la isla. Una decena más de empujones les permitirían tomar la curva, y el *Hadji II* se vería arrastrado por la corriente al otro lado de la espira, lejos del peligro.

Los gritos procedentes de la balsa eran más fuertes y se oían más cercanos. Burton se permitió echar una mirada hacia la torre. Estaba sólo a unos ciento veinticinco metros de distancia. Además, la torre parecía haberse ladeado un poco. Maldijo. Aquello significaba que la balsa había girado ligeramente, o la habían hecho girar, para desviar su rumbo y evitar chocar contra la isla en su parte central. Desgraciadamente, lo había hecho hacia la izquierda en vez de hacia la derecha.

—¡Empujad más fuerte! —gritó Burton.

Se preguntó dónde estaría situada la torre. ¿Estaba en la parte delantera de la balsa, o en la trasera? Si era lo último, entonces una gran parte de la balsa estaría por delante de la torre. Aquello significaría que en algún lugar bajo la bruma la parte delantera de la balsa estaba ya muy cerca del barco.

En cualquier caso, la balsa no iba a poder evitar el chocar contra la isla. Pero esto no le preocupaba si podía evitar que chocara contra el barco.

Un hombre en la torre estaba gritando órdenes en un idioma desconocido hacia algún lugar oculto en la bruma.

La proa del *Hadji II* había pasado ya la espiro. Pero allí la fuerte corriente en el ángulo empujaba el barco contra la pared rocosa, y sus pértigas resbalaban en la roca, más lisa que la que acababan de dejar atrás.

—¡Empujad, hijos de la gran puta, empujad! —tronó Burton.

Hubo un retumbar, un brusco ladearse de la cubierta, un acercamiento hacía la roca. Burton se sintió arrojado contra una resplandeciente dureza que lo convirtió en algo interiormente blando y negro. Oscuramente, tuvo consciencia de caer sobre cubierta, quedar tendido de espaldas, intentar ponerse en pie en el tenebroso grisor. A su alrededor sonaron gritos. Eso, y el restallar del casco quebrándose y una explosión final, el impacto de la parte delantera de la balsa contra la roca, fueron las últimas cosas que oyó.

La bruma cegaba a Jill Gulbirra.

Manteniéndose cerca de la orilla derecha del Río, apenas podía entrever las piedras de cilindros. Parecían ominosas, como gigantescas setas en una enorme desolación.

La próxima tenía que señalar el final de su odisea. Las había estado contando a medida que las pasaba, las había contado durante toda la noche.

Un fantasma en una canoa fantasmal, remaba sin cesar. El viento había cesado, pero ella lo revivía un poco, creando una especie de pseudoviento con su propio movimiento, avanzando contracorriente. El aire, pesado y húmedo, rozaba su rostro como velos ectoplásmicos.

Vio un fuego junto a la piedra que tenía que señalar su destino. Primero había sido una pequeña chispa. Luego había crecido, haciéndose más pálido, el fantasma de un fuego. De sus alrededores le llegaban voces de hombres. Voces desencarnadas.

Ella misma, pensó, debía parecer el espíritu de una monja. Blancos ropajes unidos entre sí mediante cierres magnéticos ocultos envolvían su cuerpo. Un cuadrado de tela formaba una capucha sobre su cabeza, de modo que nadie podía distinguir su rostro entre la bruma más que como un hueco algo más oscuro en el oscuro grisor.

Sus pocas pertenencias estaban apiladas en el fondo de la canoa. En su húmeda e informe lanosidad, eran como dos pequeñas bestezuelas, la una blanca, la otra gris. Cerca había un alto cilindro de metal gris, su «caja de la comida». Más allá había un hatillo, un fardo de tela conteniendo varios artículos. Una flauta de bambú. Un anillo de madera de roble con una piedra de jadeita pulida, un regalo de su amante, su amante desaparecido pero muerto tan sólo en un cierto sentido... al menos por lo que ella sabía. Una bolsa de piel de pez dragón, llena de artefactos y recuerdos. Atado al fardo, pero invisible en aquella oscuridad, había un estuche de cuero conteniendo un arco de tejo y un carcaj con flechas.

Bajo su asiento había una lanza, un mango de bambú con una punta de cuerno de pez dragón. A su lado, dos pesados bumerangs y una bolsa conteniendo dos hondas de cuero y cuarenta piedras.

A medida que el fuego se hacía más brillante, las voces crecieron en intensidad. ¿Quiénes eran? ¿Guardias? ¿Jueguistas borrachos? ¿Esclavistas esperando apoderarse de alguien como ella? ¿Cazadores madrugadores esperando atrapar alguna presa que les complaciera?

Sonrió inexorablemente. Si deseaban violencia, iban a conseguirla.

De todos modos, sonaban más bien como borrachos. Si lo que le habían contado Río abajo era cierto, aquél era un territorio pacífico. Ni Parolando ni ninguno de sus estados vecinos practicaban la esclavitud de cilindros. Según sus informaciones, podría haber llegado allí tranquilamente a plena luz del día. Sería bien recibida, y sería libre de quedarse o irse, a voluntad. Además, era cierto que los parolandol estaban construyendo una gigantesca aeronave.

Pero la desconfianza era una segunda naturaleza en ella, aunque no podía culpársele por eso, teniendo en cuenta las terribles experiencias por las que había pasado. De modo que había preferido dar primero un vistazo al amparo de la oscuridad. Era algo que resultaba más trabajoso e inconveniente, y podía revelarse totalmente inútil. Pero una tenía que efectuar su elección entre

supervivencia y efectividad, aunque a largo plazo la supervivencia no significaba más que una optimización de la efectividad, por mucho tiempo y esfuerzo que requiriera.

La muerte ya no era un acontecimiento temporal en el valle del Río. Las resurrecciones parecían haberse interrumpido, y con su cese había vuelto el antiguo terror.

Ahora el fuego era lo suficientemente brillante como para poder divisar la enorme seta. El resplandor estaba a un lado. Cuatro siluetas, recortadas en negro, se movían entre las llamas. Podía notar el olor a bambú y pino, y creyó captar una vaharada a puro. ¿Por qué los Misteriosos Donantes proporcionaban también esos asquerosos puros?

Estaban hablando en algo parecido a un inglés degradado. O habían estado bebiendo, o el inglés no era su idioma natal. No. La voz que resonaba ahora entre la bruma pertenecía a un americano.

—¡No! —estaba gritando el hombre—. ¡Por los sagrados anillos llameantes del maldito Saturno, no! ¡No se trata de mi ego, condenados y hediondos engreídos! ¡Quiero construir el mayor de todos los dirigibles jamás contruidos, una nave fabulosa, la auténtica reina de los aires, un coloso, un leviatán! ¡Mayor que todo lo que la Tierra o el Mundo del Río haya visto nunca o llegue a ver jamás! ¡Una nave que haga que a todo el mundo se le salten los ojos, que les haga sentirse orgullosos de ser seres humanos! ¡Una belleza! ¡Un maravilloso behemot de los aires! ¡Unico! ¡Cómo nada que haya existido antes! ¿Qué? ¡No me interrumpas, Dave! ¡Estoy volando alto, y seguiré volando hasta que lo consigamos! ¡Y luego, más aún!

—¡Pero Milt!

—¡No me vengas con peros! Necesitamos uno grande, muy grande, el más grande, por razones científicas puramente lógicas. ¡Dios mío, hombre, tenemos que ir más arriba y más lejos de lo que haya hecho nunca ningún dirigible! ¡Necesitamos un radio de autonomía de quizá diecisiete mil kilómetros, depende de dónde esté el barco! ¡Y sólo Dios sabe qué vientos vamos a encontrar! ¡Y únicamente dispondremos de una oportunidad! ¿Me entendéis, Dave, Zeke, Cyrano? ¡Una sola oportunidad!

Su corazón empezó a latir locamente. «Dave» había hablado con acento alemán. Debían ser precisamente los hombres a los que estaba buscando. ¡Vaya suerte! No, no suerte. Había sabido cuántos kilómetros debía recorrer, había contado las piedras de cilindros a lo largo de la orilla, conocía su destino. Y le habían dicho exactamente dónde estaba el cuartel general de Milton Firebrass. Y sabía que David Schwartz, el ingeniero austríaco, era uno de los lugartenientes de Firebrass.

—Va a tomar demasiado tiempo, demasiados materiales —dijo un hombre en voz muy alta. Su modo de hablar era el de un nativo del Maine. ¿Había algo, o era tan sólo su superactiva imaginación, del murmullo del viento en los aparejos, de las cuerdas y de la madera en una nave en plena navegación, del resonar del oleaje, del chasquear de las velas, en aquella voz? Imaginación, por supuesto.

—Tranquila, Jill —se dijo a sí misma. Si Firebrass no le hubiera llamado Zeke, no hubiera recibido aquellas abrumadoras imágenes de un velero navegando en plena mar. Debía tratarse de Ezekiel Hardy, capitán de un ballenero de New Bedford, muerto por un cachalote frente a las costas del Japón en...¿1833?, y que había convencido a Firebrass de que iba a ser un excelente piloto o

timonel en la nave aérea. Tras un adecuado entrenamiento, por supuesto. Firebrass debía hallarse realmente falto de tripulación como para aceptar a un capitán de un buque ballenero de principios del siglo XIX. Probablemente el hombre jamás había visto un globo, quizá ni siquiera un barco fluvial a vapor.

Los rumores decían que Firebrass había tenido poco éxito en encontrar una tripulación con experiencia en vuelo. Hombres, por supuesto. Siempre hombres. De modo que había aceptado candidatos que parecían en disposición de asimilar un entrenamiento. Pilotos de avión. Tripulantes de globos. Marineros. Mientras tanto, la voz se había corrido arriba y abajo por el Río, a lo largo de sesenta mil kilómetros, quizá cien mil:

Firebrass deseaba hombres más-ligeros-que-el-aire. Siempre hombres.

¿Qué sabía el propio Firebrass acerca de construir y pilotar un saco lleno de gas? Puede que hubiera viajado a Marte y Ganímedes, y orbitado Júpiter y Saturno, pero ¿qué tenía que ver todo esto con dirigibles? David Schwartz, era cierto, había diseñado y construido el primer auténtico dirigible rígido.

También había sido el primero en dotarlo de una estructura y una superficie completamente de aluminio. Esto ocurrió en 1893, sesenta años antes de que ella naciera. Luego había empezado a construir una aeronave mejor... ¿en Berlín, 1895?... pero el trabajo había quedado parado cuando Schwartz murió... ¿en enero de 1897?

No estaba segura de ello ahora. Treinta y un años en el Río habían borrado mucho los recuerdos de la Tierra.

Se preguntó si Schwartz sabía lo que había ocurrido después de su muerte. Probablemente no, a menos que hubiera encontrado a algún fanático de la aeronáutica, un loco de los zepelines. La viuda de Schwartz había proseguido su trabajo, pese a lo cual ninguno de los libros que Jill había leído mencionaba su nombre de pila o su nombre de soltera. Era tan sólo Frau Schwartz. Había conseguido sin embargo construir una segunda aeronave, pese a ser tan solo una mujer. Y había sido algún estúpido hombre el que había hecho volar la nave de aluminio (que se parecía más que a ninguna otra cosa a una botella termo), se había sentido presa del pánico, y la había estrellado contra el suelo.

Todo lo que había quedado del sueño de Schwartz y de la devoción de su esposa fue una retorcida masa de metal plateado. No se podía soñar libremente cuando un gran falo, un cerebro liliputiense, y un coraje de ratón estaban a los controles. Ahora bien, si el estúpido hubiera sido una mujer, su nombre hubiera quedado registrado en la historia. ¿Ven lo que pasa cuando una mujer abandona la cocina? Si Dios hubiera querido...

Jill Gulbirra tembló, sintiendo un ardiente dolor en el pecho. Cálmate, murmuró. Tranquilízate, o vas a estropearlo todo.

Salió de su ensoñación. Mientras había estado reviviendo el sueño de Frau Schwartz, había dejado que la canoa siguiera libremente Río abajo. El fuego se había vuelto más pequeño y las voces más débiles, pero no se había dado cuenta de ello. Será mejor que estés algo más atenta, se dijo a sí misma. Siempre tenía que estar despierta, o jamás convencería a los poderes decisorios de que estaba cualificada para ser uno de los miembros de la tripulación. ¿Para ser la capitana?

—¡Tenemos todo el tiempo que queramos! —estaba tronando Firebrass—. ¡No hay ningún

contrato con el gobierno, ninguna asignación monetaria, ningún proyecto con sello de urgencia! Pasarán treinta y siete años o más antes de que Sam alcance el final del Río. Nosotros sólo necesitaremos dos años, quizá tres, para completar nuestro monstruo. Mientras tanto, utilizaremos el dirigible pequeño para el entrenamiento. ¡Y cuando estemos preparados, partiremos hacia el límpido cielo azul y hacia el brumoso mar del Polo Norte, donde vive no Santa Claus, sino alguien que nos ha dado regalos que hacen que San Nicolás parezca el peor tacaño del mundo! ¡Hacia la Torre de las Nieblas, el Auténtico Gran Cilindro!

El cuarto hombre habló entonces. Tenía una agradable voz de barítono, pero era evidente que el inglés no era su idioma natal. ¿Cuál era? Parecía tener acento francés bajo algunos aspectos, pero... Sí, por supuesto. Aquél debía ser Savinien de Cyrano de Bergerac, si podía creer lo que había oído de centésima mano. Sólo que no parecía posible que pronto pudiera estar hablando directamente con él. Quizá no pudiera, puesto que había tantos farsantes en el Río.

Hubo un momento de silencio, el silencio que sólo los habitantes del valle del Río conocían... cuando la gente mantenía sus bocas cerradas. Ningún pájaro, ningún animal (especialmente ningún perro ladrando), ningún monstruo mecánico rugiendo, petardeando, zumbando, chirriando, ningún bocinazo, ninguna sirena aullante o ululante, ningún rechinar de frenos, ninguna radio a toda potencia, ningún tocadiscos aullando su música. Sólo el agua lamiendo la orilla y luego el chapoteo de un pez saltando fuera y volviendo a caer. Y el crujir de la madera en el fuego.

—¡Ah! —dijo Firebrass—. ¡Espléndido! ¡Mejor que cualquiera que haya probado en la Tierra! ¡Y gratis, gratis! ¿Pero cuándo, cuándo van a presentarse esos hombres de los aires? ¡Necesito más hombre con experiencia, auténticos aeronautas!

Schwartz hizo chasquear su lengua —Jill pudo verle ahora alzar la botella— y dijo:

—¡Vamos! ¡No te preocupes tanto por eso!

La canoa tocó la orilla, y Jill bajó sin ladearla. El agua le llegaba por encima de la cintura, pero las ropas selladas magnéticamente mantenían el frío líquido fuera. Se acercó a la orilla tirando de la larga y pesada canoa, hasta salir completamente del agua. Entonces dejó la canoa en el suelo y la arrastró hasta que toda su longitud estuvo en seco. La ribera estaba tan sólo a treinta centímetros por encima del nivel del agua. Vaciló por un instante, planeando su entrada, luego decidió no ir armada.

—Oh, finalmente los encontraré —estaba diciendo Firebrass.

Ella se acercó, haciendo deslizar sus pies sobre la corta hierba.

—Soy quien estás buscando —dijo en voz alta.

Los cuatro se volvieron, y uno trastabilló y hubiera caído de no sujetarse a otro. Se la quedaron mirando, sus bocas y ojos agujeros negros en medio de la palidez. Como ella, iban cubiertos con ropas, pero las suyas eran brillantemente coloreadas. Si ella hubiera sido un enemigo, hubiera podido clavar una flecha en cada uno antes de que pudieran coger sus armas... si es que las tenían. Entonces vio que llevaban pistolas, aunque ahora estaban sobre el borde del remate en forma de seta de la piedra de cilindros.

¡Pistolas! ¡Hechas de acero! ¡Así pues, era cierto!

Entonces, repentinamente, vio un espadín, una larga y aguzada hoja de acero, brotar en la mano del más alto de los cuatro hombres. Su otra mano echó hacia atrás su capucha, revelando un largo y

bronceado rostro con una gran nariz. Tenía que ser el fabuloso Cyrano de Bergerac.

Cyrano dijo algo en francés del siglo XVII, de lo que sólo pudo comprender unas pocas palabras.

Firebrass echó también hacia atrás su capucha.

—¡He estado a punto de mearme en los calzones! ¿Por qué no nos has avisado de tu llegada?

Ella bajó también su capucha.

Firebrass avanzó unos pasos y la examinó con sorpresa.

—¡Es una mujer!

—De todos modos, soy tu hombre —dijo Jill.

—¿Qué dices?

—¿Acaso no entiendes el inglés? —dijo ella, furiosa.

Pero su irritación era más contra sí misma. Se sentía tan excitada, mientras pretendía mantenerse exteriormente tranquila, que había hablado en su dialecto toowoomba. Igual hubiera podido hablar en inglés shakespeariano. Repitió lo que había dicho en el americano del medio oeste standard que tan penosamente había aprendido.

—De todos modos, soy tu hombre. Por cierto, mi nombre es Jill Gulbirra.

Firebrass se presentó y presentó a los demás, y luego dijo:

—Necesito otro trago.

—A mí también me iría bien uno —dijo Jill—. Es una mentira que el alcohol la caliente a una, pero da esa sensación, y eso es lo importante.

Firebrass se inclinó y tomó una botella... el primer objeto de cristal que Jill veía en años. Se la tendió, y ella bebió el escocés sin limpiar el gollete. Después de todo, no había gérmenes de enfermedades en el Río. Y ella no sentía ningún prejuicio acerca de beber de una botella que había estado en la boca de un seminegro. ¿No era su abuela una aborígen? Por supuesto, los abos no eran negros. Eran caucasianos arcaicos de piel negra.

¿Por qué estaba pensando estas cosas?

Cyrano, la cabeza inclinada hacia adelante, la espalda curvada, avanzó hacia ella. La miró de arriba a abajo, sacudió la cabeza y dijo:

—*Mordioux*, su pelo es más corto que el mío! ¡Y no lleva maquillaje! ¿Estáis seguros de que es una mujer?

Jill hizo circular el escocés por el interior de su boca y lo engulló. Era delicioso, y calentaba todo el camino que recorría.

—Vamos a verlo —dijo el francés. Puso una mano sobre su pecho izquierdo, y apretó suavemente.

Jill lanzó un puño contra el duro vientre del hombre. Cyrano se dobló, y Jill alzó su rodilla contra su mandíbula. El hombre se derrumbó pesadamente.

—¿Qué infiernos? —dijo Firebrass, y se la quedó mirando.

—¿Cómo reaccionarias si yo te palpara los testículos para ver si eras un hombre?

—Simplemente me hubiera excitado, cariño —dijo Firebrass. Lanzó una carcajada y empezó a danzar en torno a ella, mientras los otros dos hombres se lo quedaban mirando como si pensarán que se había vuelto loco.

Cyrano se apoyó en el suelo con manos y rodillas y luego se puso en pie. Tenía el rostro enrojecido y refunfuñaba en voz baja. Jill sintió deseos de retroceder, sobre todo después de que él recogiera su espadín. Pero se mantuvo en su sitio, y dijo con voz firme:

—¿Siempre te tomas tales familiaridades con las mujeres a las que no conoces?

Cyrano se estremeció. Su rojez desapareció, y su refunfuñar se convirtió en una sonrisa.

—No, madame, y mis disculpas por mis modales tan inexcusables. No suelo beber, puesto que no me gusta ver mi mente enturbiada y volverme grosero. Pero esta noche estábamos celebrando el aniversario de la partida del Barco Fluvial.

—Está bien —dijo Jill—. Pero procura que no vuelva a producirse.

Aunque sonreía, Jill se maldijo a si misma por haber empezado de tan mala manera su relación con un hombre por el que sentía una tan gran admiración. No era culpa suya, pero no podía esperar que él la perdonara por haberlo puesto fuera de combate tan fácilmente ante testigos. El ego de ningún macho podía sobrevivir a algo así.

La bruma estaba disipándose. Ya no necesitaban la luz del fuego para ver el rostro de los demás. Sin embargo, más abajo de sus cinturas, las espirales algodonosas de color gris blancuzco aún eran densas. El cielo era cada vez más brillante, aunque faltaban todavía algunas horas antes de que el sol iluminara los picos del este. Las grandes sábanas blancas de gas que cubrían una sexta parte del cielo se habían desvanecido junto con las estrellas más pequeñas. Miles de las gigantes llameaban aún rojas, verdes, blancas, azules, pero su intensidad, como chorros de gas desvaneciéndose lentamente, iba disminuyendo.

Hacia el oeste, una docena de estructuras asomaba por entre la bruma. Los ojos de Jill se abrieron mucho, aunque había oído hablar de ellas a través de los rumores y del telégrafo de los tambores. Algunos eran edificios de cuatro y cinco plantas hechos con láminas de acero y aluminio. Fábricas. Pero el coloso era un gran edificio de aluminio, un hangar.

—Es el mayor que haya visto nunca —murmuró.

—Aún no has visto nada —dijo Firebrass. Hizo una pausa, luego prosiguió, pensativamente—: ¿Así que has venido para enrolarte?

—Ya lo he dicho antes.

Él era El Hombre. Podía aceptarla o rechazarla. Pero ella nunca había sido capaz de ocultar su irritación ante la estupidez. Ante ella había un hombre que poseía un doctorado en astrofísica y una licenciatura en ingeniería electrónica. Y los Estados Unidos no enviaban a torpes al espacio, aunque puede que tampoco fueran demasiado brillantes. Quizá era el licor lo que lo había vuelto estúpido. Como ocurría con todos los hombres. Y con todas las mujeres, se apresuró a recordarse a si misma. Seamos honestos.

Estaba cerca de ella, arrojándole al rostro su aliento de whisky. Era una cabeza más bajo que ella, con unos hombros anchos, unos musculosos brazos y un desarrollado pecho que contrastaban curiosamente con unas largas y delgadas piernas. Sus grandes ojos eran marrones, con el blanco cruzado por muchas venillas. Su cabeza era ancha, su frente abultada, su cabello color bronce tan rizado que era casi como lana, su piel de un bronce rojizo. Se suponía que era mulato, pero los genes caucasianos e indios onondaga parecían ser los dominantes. Podía pasar por un provenzal o un catalán. O simplemente por alguien del sur de Europa.

La miró de arriba a abajo. ¿Se suponía que su descarada mirada era un desafío a que le hiciera sufrir el mismo castigo que a Cyrano?

—¿Qué estás pensando? —dijo Jill—. ¿Mis cualidades como oficial de una nave aérea? ¿O qué tipo de cuerpo hay debajo de esas informes toallas?

Firebrass soltó una carcajada. Cuando se recuperó, dijo:

—Ambas cosas.

Schwartz parecía incómodo. Era bajo y delgado, con ojos azules y pelo marrón. Jill lo miró fijamente, y él desvió la vista. Ezekiel Hardy era, como Cyrano, casi tan alto como ella. Tenía un rostro estrecho, altos pómulos, pelo negro. La miró con unos duros ojos azul pálido.

—Lo repetiré porque es algo que necesita quedar bien claro —dijo ella—. Soy tan buena como

cualquier hombre, y estoy dispuesta a probarlo. Y he caído como llovida del cielo. Soy graduada en ingeniería, y puedo diseñar una aeronave de la A a la Z. Tengo 8342 horas de vuelo en cuatro tipos distintos de dirigibles. Puedo ocupar cualquier puesto, incluido el de capitán.

—¿Qué pruebas tenemos de ello? —dijo Hardy—. Puedes estar mintiendo.

—¿Dónde están tus papeles? —dijo Jill—. Y aunque tú seas capitán de un ballenero, ¿eso qué prueba? ¿Qué aptitudes da eso para tripular un dirigible?

—Vamos, vamos —dijo Firebrass—. No os reventéis discutiendo. Te creo, Gulbirra. No creo que seas uno de los muchos impostores con los que he tenido que enfrentarme.

»Pero déjame dejar bien sentada una cosa. Tú estás malditamente mejor cualificada que yo, en este momento al menos, para gobernar la nave. Pero sea como sea, yo soy el capitán, el jefe, el que manda. Y voy a llevar este asunto desde el principio hasta el fin. En tierra y ahí arriba. No he renunciado a ser el ingeniero jefe del barco de Clemens para ocupar una posición menor en este proyecto.

»Soy el capitán Firebrass, y no lo olvides nunca. Si esto está bien así, lo firmaremos y lo sellaremos con sangre, y saltaré de alegría dándote la bienvenida a bordo. Puedes convertirte incluso en mi primer oficial, mi principal colaboradora, sin que esto comporte ninguna implicación sexual, aunque no puedo prometerte esto todavía. Falta aún mucho para completar la tripulación de la nave.

Hizo una pausa, inclinó la cabeza, y entrecerró los ojos.

—Primer paso. Tienes que jurar por tu honor personal, y por Dios, si es que crees en alguno, que obedecerás las leyes de Parolando. No se admiten añadidos de si, y, o pero.

Gulbirra vaciló. Se humedeció los labios, notándolos secos. Deseaba —no, anhelaba— aquella aeronave. Podía imaginarla incluso ahora. Flotaba sobre ellos, arrojando su sombra sobre ella y Firebrass, brillando plateada allá donde el imaginario sol incidía en ella.

—No estoy dispuesta a sacrificar ninguno de mis principios —dijo. Habló con voz tan fuerte que sobresaltó a los hombres—. ¿Son iguales los hombres y las mujeres aquí? ¿Hay alguna discriminación en sexo, raza, nacionalidad, y cosas así? ¿Especialmente en sexo?

—No —dijo Firebrass—. Teórica y legalmente, no hay ninguna. En la realidad sí la hay, a nivel particular, por supuesto. Y hay, como ha habido siempre y en todas partes, discriminación basada en la competencia. Aquí tenemos altos estándares. Si eres una de esas que piensa que una persona debe obtener un trabajo simplemente por el hecho de que él, o ella, pertenece a un grupo que ha sufrido discriminación, entonces olvídale. O vete de aquí.

Ella permaneció en silencio por un momento. Los hombres la miraron atentamente, obviamente conscientes de la lucha que se estaba produciendo en su interior.

Firebrass sonrió de nuevo.

—No eres la única que sufre por esto —dijo—. Deseo, como imagino que tú también lo deseas, que formes parte de nuestra tripulación. Pero tengo mis principios, como tú tienes los tuyos.

Señaló con el pulgar a Schwartz y Hardy.

—Míralos a ellos. Ambos pertenecen al siglo XIX. Uno es un austríaco; el otro es de Nueva Inglaterra. Pero no solamente me han aceptado como capitán, sino que además son buenos amigos. Quizá aún sigan creyendo, en lo más profundo de sí mismos, que soy un negro vanidoso, pero le

hundirían los dientes a cualquiera que me llamara eso. ¿No es así, amigos?

Asintieron.

—Treinta y un años en el Mundo del Río cambian a una persona. Si ésta es capaz de cambiar. Así que, ¿qué dices? ¿Deseas oír la constitución de Parolando?

—Por supuesto. No tomaré ninguna decisión hasta saber dónde me meto.

—Fue formulada por el gran Sam Clemens, que marchó con su barco, el *Mark Twain*, hace casi un año.

—¿El *Mark Twain*? Eso suena más bien egocéntrico, ¿no?

—El nombre fue elegido por votación popular. Sam protestó, aunque no muy fuerte. De todos modos, me has interrumpido. Existe una regla no escrita de que nadie debe interrumpir al capitán. Así que sigamos. Nosotros, el pueblo de Parolando, declaramos por la presente...

No hubo ninguna vacilación ni, por lo que Jill pudo observar, ningún error en el largo recitado. La casi total falta de palabra escrita había obligado a la población instruida a confiar en la memoria. Una habilidad que antiguamente había florecido entre los preliteratos, y los actores, era ahora un bien general.

Mientras las palabras ascendían hacia el cielo, el cielo fue haciéndose más brillante. La bruma descendió hasta las rodillas. El suelo del valle seguía aún cubierto por lo que a distancia parecía como nieve. Las bases de las colinas más allá de las llanuras ya no se veían distorsionadas. La alta hierba de las colinas, los arbustos, los árboles de hierro, robles, pinos, tejos, y también bambúes, ya no parecían una pintura japonesa, brumosa, irreal y lejana. Las enormes flores que crecían en las enredaderas que serpenteaban por entre las ramas de los árboles de hierro empezaban a tomar color. Cuando el sol las iluminara, resplandecerían con vívidos rojos, verdes, azules, negros, blancos, amarillos, franjas y diamantes de entremezclados colores.

Los precipicios occidentales eran de piedra negroazulada en la que se destacaban enormes manchas de líquenes verde-azulados. Aquí y allá, estrechas cataratas caían plateadas por las laderas de las montañas.

Todo aquello le resultaba familiar a Jill Gulbirra. Pero cada mañana despertaba en ella la misma sensación de temor y maravilla. ¿Quién había formado aquel valle del Río de varios millones de kilómetros de largo? ¿Y por qué? ¿Y cómo y por qué ella, en compañía de unos treinta y cuatro a treinta y siete mil millones de personas, habían sido resucitadas sobre aquel planeta? Todo el mundo que había vivido entre el año 2.000.000 antes de Cristo y el 2008 después de Cristo parecía haber sido resucitado de entre los muertos. La excepción eran los niños que habían muerto antes de los cinco años y los retrasados mentales. Y también, probablemente, los locos incurables, aunque había dudas acerca de la definición de incurables.

¿Quién era la gente que había hecho todo esto? ¿Y por qué? Había rumores e historias, extraños, inquietantes, enloquecedores, de gente que había aparecido entre los lázaros. Brevemente. Misteriosamente. Eran llamados, entre otras cosas, los Éticos.

—¿Estás escuchando? —dijo Firebrass. Jill fue consciente de que todos la estaban mirando.

—Puedo repetir, casi palabra por palabra, todo lo que acabas de decir —respondió.

No era cierto. Pero había captado —manteniendo un oído abierto, como una antena recibiendo

una sola frecuencia— todo lo que había considerado importante.

La gente estaba empezando a salir de las cabañas, desperezándose, tosiendo, encendiendo cigarrillos, dirigiéndose hacia las letrinas de paredes de bambú, o caminando hacia el Río, los cilindros en la mano. Los más atrevidos llevaban tan sólo una toalla; la mayoría iban cubiertos de la cabeza a los pies. Beduinos del valle del Río. Fantasmas en un espejismo.

—De acuerdo —dijo Firebrass—. ¿Estás dispuesta a prestar juramento? ¿O tienes alguna reserva mental?

—Nunca he tenido reservas mentales —dijo ella—. ¿Puedes decir tú lo mismo? ¿Respecto a mí, me refiero?

—De todos modos no importa. —Firebrass sonrió de nuevo—. Este juramento es sólo preliminar. Estarás a prueba durante tres meses, luego la gente votará sobre ti. Pero yo puedo vetar el voto. Entonces efectuarás el juramento final, si eres aceptada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

No le gustaba, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No iba a retroceder ahora. Además, aunque no lo supieran, ellos también estaban a prueba, en lo que a ella se refería.

El aire se hizo más cálido. El cielo occidental fue volviéndose más brillante, haciendo desaparecer todas las estrellas menos las más brillantes. Sonaron cornetas. La más próxima estaba en lo alto de una torre de bambú de seis pisos de alto en mitad de la llanura y el que la tocaba era un alto y delgado negro llevando una toalla escarlata en torno a la cintura.

—Auténtico cobre —dijo Firebrass—. Hay algunos depósitos de cobre y zinc un poco más arriba. Hubiéramos podido quitárselos a sus propietarios, pero en vez de ello los comerciamos. Sam no nos dejaba utilizar la fuerza a menos que fuera necesario.

»Al sur de aquí, donde estaba antes Soul City, había grandes depósitos de criolita y bauxita. Los ciudadanos de Soul City no quisieron mantener su parte del trato... estábamos cambiando armas de hierro por mineral... así que fuimos y lo tomamos. De hecho —agitó la mano—, Parolando se extiende ahora a lo largo de sesenta y cuatro kilómetros a ambos lados del Río.

Los hombres se quitaron todas las ropas excepto las que rodeaban su cintura. Jill se quedó con una falda corta a rayas verdes y blancas y una estrecha banda de ropa, casi transparente, cubriéndole los pechos. Habían parecido árabes del desierto; ahora eran polinesios.

Los habitantes de las llanuras y de las bases de las colinas se estaban reuniendo en la orilla del Río. Un cierto número se despojó de todas sus ropas y se echó al agua, lanzando gritos ante el frío y salpicándose los unos a los otros.

Jill vaciló un momento. Había sudado durante todo el día y toda la noche remando en la canoa. Necesitaba un baño, y más pronto o más tarde debería desnudarse por completo. Arrojó sus toallas y corrió hacia la orilla, y se lanzó al agua de un solo golpe. Tras nadar de vuelta, tomó una pastilla de jabón de una mujer y se enjabonó la parte superior del cuerpo. Salió del agua tiritando, y se secó frotando vigorosamente.

Los hombres la miraron abiertamente, viendo a una mujer muy alta, esbelta, de largas piernas, pechos pequeños, anchas caderas, muy bronceada. Tenía un pelo corto, recio, de un marrón rojizo, y grandes ojos también marrón rojizos. Su rostro, como ella sabía muy bien, no era nada

extraordinario. Era pasable excepto por los dientes demasiado grandes y salidos y una nariz un poco demasiado larga y aquilina. Los dientes eran una herencia de su abuela aborígen. No había nada que pudiera hacer al respecto. Ni tampoco pretendía hacerlo.

La mirada de Hardy estaba clavada en su vello púbico, que era extraordinariamente largo, denso, y de color de jengibre. Bien, debería conformarse con aquello, y estaba lo más cerca que iba a estar nunca de él.

Firebrass fue a un lado de la piedra de cilindros y regresó con una lanza. Justo debajo de la punta de acero, sujeto al mango, había un gran hueso, una vértebra de pez cornudo. Clavó fuertemente la lanza en el suelo, junto a la canoa de ella.

—El hueso significa que es mi lanza, la del capitán —dijo—. La clavo en el suelo junto a la canoa para decirle a todo el mundo que no puede tocarla sin permiso. Hay muchas cosas como ésta que deberás aprender. Mientras tanto, Schwartz puede mostrarte tu alojamiento y luego acompañarte a una visita. Nos encontraremos de nuevo al mediodía bajo aquel árbol de hierro de ahí.

Señaló hacia un árbol a unos cien metros hacia el oeste. De trescientos metros de altura, tenía un nudoso tronco de color gris, con grandes ramas de casi cien metros, y enormes hojas parecidas a orejas de elefante con franjas rojas y verdes. Sus raíces seguramente se hundían más de cien metros en el suelo, y su incombustible madera era tan dura que se resistía a las sierras de acero.

—Lo llamamos El Jefe. Nos encontraremos allí.

Las cornetas sonaron de nuevo. La gente se organizó en una formación militar bajo la dirección de oficiales. Firebrass subió encima de la piedra de cilindros. Permaneció allí de pie, observando, mientras la gente se reunía. Los cabos informaron a los sargentos y los sargentos a los tenientes, y éstos al ayudante. Luego, de Hardy a Firebrass. Un momento más tarde, la formación fue disuelta. Sin embargo, no se marcharon. Firebrass bajó de la piedra en forma de seta, y los cabos ocuparon su lugar. Fueron colocando los cilindros en las depresiones de la superficie de la piedra.

Schwartz estaba al lado de Jill. Carraspeó.

—¿Gulbirra? Me haré cargo de tu cilindro.

Ella lo tomó de su canoa y se lo tendió. Era un cilindro de metal, de cuarenta y cinco centímetros de ancho por setenta y cinco de alto, pesando vacío poco más de medio kilo. Tenía una tapa que, una vez cerrada, sólo podía ser abierta por su propietario. Tenía también un asa curvada en la tapa. Atada a ella con una cuerda de fibra de bambú estaba su identificación, un pequeño dirigible de tierra cocida, con sus iniciales a ambos lados.

Schwartz ordenó a un hombre que colocara el cilindro en la piedra. El hombre lo hizo rápidamente, mirando constantemente hacia los picos del este. Pero tenía dos minutos de margen todavía. Al término de ese tiempo, el sol surgiría sobre las cimas. Unos pocos segundos más tarde, la piedra en forma de seta escupiría llamas azules de más de nueve metros de altura. El ruido de la descarga eléctrica se mezclaría con el trueno de cada una de las piedras a ambos lados del Río hasta tan lejos como podía verse. Todos aquellos años no habían acostumbrado a Jill ni a la visión ni al sonido del fenómeno. Aunque lo esperaba, se sobresaltó ligeramente. El rugido rebotó contra el reflector de las montañas, resonó de nuevo, y murió con un rumor sordo.

Todo el mundo tenía su desayuno.

Estaban al pie de una colina. La alta hierba parecida al esparto había sido cortada recientemente, dejándola a un centímetro y medio de largo.

—Tenemos algunas máquinas para hacer esto, aunque mucha parte del trabajo aún lo hacemos con hoces —dijo David Schwartz—. Hacemos cuerdas con la hierba.

—No tenemos máquinas allá de donde vengo —dijo Jill—. Usamos hoces de piedra. Pero también hacemos cuerdas con ella, por supuesto.

Hacía frío allí a la sombra. Las ramas de un árbol de hierro se extendían cubriendo un pequeño poblado, un conjunto de cabañas de bambú redondas o cuadradas. Muchas de ellas estaban techadas con las hojas verde y escarlata del árbol de hierro. Una escalera de cuerda colgaba de la rama más baja del coloso, a treinta metros de altura. Cerca de ella, había una cabaña edificada sobre una plataforma asentada entre dos ramas. Había otras escaleras de cuerda, y otras plataformas y cabañas aquí y allá.

—Quizá te sea asignada una tras tu período de prueba —dijo Schwartz—. Mientras tanto, esta es tu casa.

Jill entró por la puerta que el otro le señalaba. Al menos, no tenía que agacharse para entrar. Había mucha gente que era baja y construía entradas poco altas.

Dejó su cilindro y sus bultos en el suelo. Schwartz la siguió al interior.

—Pertenece a una pareja que resultó muerta por un pez dragón. Salió fuera del agua como si hubiera sido disparado por un cañón. De un mordisco se llevó toda la parte delantera de la barca de pesca. Desgraciadamente, la pareja estaba precisamente en aquel extremo, y fueron tragados en el mismo bocado.

»Fue lamentable también que ocurriera después de que cesaran las resurrecciones. No van a aparecer en ningún otro lugar, supongo. ¿Has oído algo acerca de nuevos lázaros? ¿Recientemente?

—No, no he oído nada —dijo ella—. Nada creíble, al menos.

—¿Por qué supones que se han detenido? ¿Tras todos esos años?

—No lo sé —dijo ella secamente. Hablar de aquello la hacía sentir intranquila. ¿Por qué les había sido retirado tan repentinamente el don de la inmortalidad?—. Al infierno con ello —dijo finalmente. Miró a su alrededor. El suelo estaba cubierto de hierba que le llegaba casi hasta la ingle. Las hojas arañaban sus piernas. Tendría que cortar la hierba muy cerca del suelo y luego traer tierra para cubrirla. Incluso entonces las hojas no morirían. Las raíces eran tan profundas y estaban tan interconectadas que la hierba podía florecer sin necesidad del sol. Aparentemente podía extraer su sustento de las raíces de aquella expuesta a la luz.

Había una hoz de acero colgada de una percha en la pared. El acero era tan común allí que aquella herramienta, de un valor incalculable en cualquier otro lugar, no había sido robada.

Recorrió la cabaña, lentamente, de modo que los afilados bordes de la hierba no hirieran sus piernas. Encontró dos vasijas de arcilla —orinales— entre la alta hierba. Una jarra para agua estaba sobre una mesa de bambú que la presión de la creciente hierba aún no había conseguido volcar. Un collar de vértebras de pez colgaba de otra percha. Dos catres de bambú, y almohadas y colchones

hechos de piezas de ropa unidas magnéticamente rellenas con hojas, estaban parcialmente ocultos entre la hierba. Cerca de ellos había un arpa hecha con un caparazón de tortuga e intestinos de pez.

—Bien, no es mucho —dijo—. Pero peor es nada, ¿no?

—Al menos es bastante grande —dijo Schwartz—. Hay espacio suficiente para ti y tu compañero... cuando encuentres uno.

Jill tomó la hoz de la percha y dio un golpe contra la hierba. Los tallos cayeron como si hieran cabezas.

—¡Ja!

Schwartz la miró como si se preguntara si él no iba a seguir a continuación.

—¿Por qué supones que deseo un amante?

—¿Por qué, por qué, por qué? Bueno, todo el mundo aquí lo tiene.

—Todo el mundo no —dijo ella. Volvió a colgar la hoz en su percha—. ¿Cuál es la siguiente etapa de la gira?

Había esperado que, cuando estuvieran solos en la cabaña, él le preguntara si quería acostarse con él. Muchos hombres lo hacían. Era evidente ahora que le gustaría proponérselo, pero que no tenía el valor suficiente para hacerlo. Sintió alivio mezclado con desprecio. Luego se dijo que era un extraño sentimiento, más bien contradictorio. ¿Por qué tenía que despreciar a alguien por el hecho de que se comportara como esperaba que lo hiciera?

Quizá también había presente algo de decepción. Cuando un hombre se mostraba demasiado agresivo, pese a sus advertencias, le golpeaba en la nuca con el filo de su mano, le estrujaba los testículos, le pateaba el estómago mientras él se revolcaba por el suelo. No importaba cuán grande y fuerte fuese el hombre, siempre era tomado por sorpresa. Todos estaban indefensos, al menos mientras duraba la agonía del dolor de los testículos. Luego... bien, la mayoría de ellos la dejaban sola. Algunos habían intentado matarla, pero ella estaba preparada. No sabían lo hábil que era con un cuchillo... o con cualquier otra arma.

David Schwartz no sabía por cuán poco había escapado de un profundo dolor en sus testículos y en su ego.

—Puedes dejar tranquilamente tus cosas aquí. Todavía hemos tenido nunca un caso de robo.

—Tomaré el cilindro. Me siento nerviosa si no puedo mantenerlo al alcance de mi vista.

Él se alzó de hombros y tomó un puro de la bolsa de piel que colgaba de su hombro. Uno de los ofrecimientos matutinos de su cilindro.

—No aquí dentro —dijo ella suavemente—. Esta es mi casa, y no deseo que apeste.

Él pareció sorprendido, pero se alzó nuevamente de hombros. Tan pronto como hubieron salido, sin embargo, lo encendió. Y se trasladó de su lado izquierdo hacia el contrario al viento, chupando vigorosamente, arrojando el humo en su dirección.

Jill reprimió la observación que tanto deseaba hacer. Hubiera sido indiscreto ofenderlo demasiado, darle una oportunidad de convertirse en su enemigo. Después de todo, estaba a prueba; era una mujer; no podía permitirse el lujo de enemistarse innecesariamente con un hombre de tan alta posición, un buen amigo de Firebrass. Pero no pensaba renunciar a sus principios, no tenía intención de inclinar la cabeza ni un milímetro.

¿O sí? Había tenido que doblegarse multitud de veces en la Tierra porque había deseado convertirse en un oficial de aeronave. Y había sonreído, y luego se había marchado a casa y había roto platos y tazas y había escrito palabras sucias en las paredes. Infantil, pero satisfactorio. Y aquí estaba, en una situación similar, con sus sueños convirtiéndose lentamente en realidad a medida que iban llegándole los rumores. No podía ir a ningún otro lugar, porque no había ningún otro lugar. Allí era el único sitio donde podía ser construida una aeronave. Y era una oportunidad única, porque habría un solo viaje.

Schwartz se detuvo en la cima de la colina. Señaló hacia una avenida formada por hileras de pinos. A su final, a medio camino en la ladera de la colina opuesta, había un largo cobertizo.

—Las letrinas de tu zona —dijo—. Cada mañana deberás vaciar aquí tu vaso de noche, y será lo primero que hagas. La orina en un orificio y los excrementos en el contiguo.

Hizo una pausa, sonrió, y dijo:

—Normalmente los que se hallan a prueba tienen que retirar los excrementos de aquí cada dos días. Deben llevarlos a la montaña, a la fábrica de pólvora. Los excrementos son dados como alimento a los gusanos de la pólvora. El producto final de su digestión es nitrato de potasio, y...

—Lo sé —dijo ella, hablando entre dientes apretados—. No soy tonta. De todos modos, ese proceso es utilizado únicamente donde hay azufre disponible.

Schwartz oscilaba sobre sus talones, chupando alegremente su puro, echando hacia afuera la barriga. Si hubiera tenido tirantes, los hubiera hecho chasquear.

—La mayoría de los que están en período de prueba pasan al menos un mes trabajando en la fábrica. Es desagradable, pero es una buena disciplina. Además, desanima a aquellos que no sienten dedicación.

—Non carborundum illegitimus —dijo ella.

—¿Qué? —dijo Schwartz, por un ángulo de su boca.

—Un proverbio yankee. Latín de entrecasa. Traducción: No dejes que los bastardos te pisen. Puedo enfrentarme a cualquier cosa... si vale la pena. Luego vendrá mi turno.

—Eres dura.

—Muy cierto. Una tiene que serlo si quiere sobrevivir en un mundo de hombres. A veces llegué a pensar que las cosas serían diferentes aquí. No lo han sido ni lo son, pero lo serán.

—Todos hemos cambiado —dijo Schwartz, con voz lenta y algo triste—. No siempre para mejor. Si me hubieras dicho en 1893 que iba a estar escuchando a una mujer, a una mujer de clase elevada, no a una puta o a una operaria textil, vomitando sucia y subversiva...

—En vez de servil, quieres decir —observó ella secamente.

—Déjame terminar. Subversiva podredumbre sufragista. Y si me hubieras dicho que esto no iba a importarme particularmente, te hubiera respondido que eras una mentirosa. Pero vive para aprender. O, en nuestro caso, muere para aprender.

Hizo una pausa y la miró. El lado derecho de la boca de Jill se curvó; sus ojos se entrecerraron.

—Podría decirte que te fueras a tomar viento —dijo—. Pero prefiero que sigamos siendo buenos amigos. Aunque no tires demasiado de la cuerda, de todos modos.

—No has comprendido todo lo que he dicho —respondió él—. He dicho que ahora no me

importa demasiado. Y he dicho, vive para aprender. No soy el David Schwartz de 1893. Espero que tú no seas la Jill Gulbirra de... ¿cuándo moriste?

—En 1983.

Bajaron caminando la colina en silencio, Jill llevando su cilindro al extremo de su lanza, apoyada contra su hombro. Schwartz se detuvo en una ocasión para señalar un arroyo que bajaba de las colinas. Su fuente era una catarata en las montañas. Llegaron a un pequeño lago entre dos colinas. Un hombre permanecía sentado en un bote de remos en mitad del lago, con una caña de pescar de bambú en su mano, el flotador derivando lentamente hacia unos arbustos que colgaban sobre la orilla. Jill tuvo la impresión de que era japonés.

—Tu vecino —dijo Schwartz—. Su auténtico nombre es Ohara, pero prefiere ser llamado Piscator. Está loco por Izaak Walton, al que puede citar de memoria. Dice que un hombre necesita tan sólo un nombre en este mundo, y ha elegido Piscator, Pescador en latín. Es un fanático de la pesca, como puedes ver. Por eso ha sido encargado de la pesca del pez dragón del Río en Parolando. Pero hoy es su día libre.

—Eso es interesante —dijo ella. Schwartz, tenía la impresión, estaba llevando el diálogo hacia algo desagradable para ella. Su sonrisa parecía sádica.

—Probablemente será el primer oficial de la aeronave —dijo él—. Era un oficial naval japonés, y durante la primera parte de la Primera Guerra Mundial fue asignado a la Marina Británica como observador y recibió entrenamiento a bordo de dirigibles. Más tarde, fue observador en una aeronave de la marina italiana que efectuó incursiones de bombardeo sobre bases austríacas. De modo que, como puedes ver, tiene suficiente experiencia como para situarse muy alto en la lista de candidatos.

—Y es un hombre. —Jill sonrió, aunque hervía por dentro—. Y aunque mi experiencia es muy superior a la suya, sigue siendo un hombre.

Schwartz retrocedió unos pasos.

—Estoy seguro de que Firebrass establecerá su lista de oficiales únicamente por sus méritos.

Ella no respondió.

Schwartz agitó su mano en dirección al hombre del bote. Este se alzó de su asiento y, sonriendo, hizo una inclinación con la cabeza. Luego volvió a sentarse, pero no antes de dirigir a Jill una mirada que pareció barrerla como un radar metafísico, situando su lugar en el mundo, identificando su constitución psíquica.

Imaginaciones, por supuesto. Pero Jill pensó que Schwartz estaba en lo cierto cuando dijo:

—Un hombre extraordinario, ese Piscator.

Los negros ojos del japonés parecieron producir ardientes agujeros en su espalda mientras se alejaban.

Tinieblas en el exterior. En el interior, una noche retorciéndose como serpientes de pálida luz, culebreantes e indistintas. Un poco más tarde, en un lugar donde no existía el tiempo, un brillante rayo taladró la oscuridad como surgido de las lentes de un proyector cinematográfico. La luz era un susurro en el aire; en la mente de ella, era un grito. El film estaba siendo proyectado sobre un osciloscopio de rayos catódicos; había una serie de letras, palabras rotas, signos, y símbolos, todo ello parte de un indescifrado código. Quizá: indescifrable.

Peor aún, parecía estarse proyectando a la inversa, rebobinándose a... ¿la realidad? Era un documental hecho para la televisión para rebobinar al bobo espectador alrededor del tubo bobo. Sin embargo, ir hacia atrás era una excelente técnica. Las imágenes destellaban para sugerir, para reverberar, para crear ecos, para evocar, para lanzar intimidación tras intimidación con rapidez electrónica. Como hojear las páginas de un libro ilustrado desde el final hasta el principio. Pero el texto, ¿dónde estaba el texto? ¿Y en qué estaba pensando cuando pensaba en las imágenes? No había imágenes. Ningún guión, pero tenía que ser reunido a partir de sus varios pedazos. Oh, muchos pedazos. Casi lo tenía, pero se había escapado deslizándose de nuevo.

Gimiendo, despertó. Abrió los ojos y escuchó la lluvia golpeando contra el techo de paja.

Entonces recordó la primera parte del sueño. Era un sueño de un sueño, o lo que ella creía que era un sueño aunque no estaba segura. Estaba lloviendo, y ella se había despertado a medias o así lo parecía. La cabaña estaba a veinte kilómetros de ésta, pero era casi idéntica, y el mundo fuera de la cabaña, tal y como lo veía a la luz de los ocasionales destellos de los relámpagos, no difería mucho de éste. Se había dado la vuelta, y su mano no había encontrado la esperada carne. Se había sentado y había mirado a su alrededor. El estallido de un relámpago, lo suficiente cerca como para sobresaltarla, mostró que Jack no estaba en la cabaña.

Se había levantado y encendido una lámpara de aceite pescado. No sólo no estaba allí, sino que sus ropas, armas, cilindro habían desaparecido.

Salió corriendo a la tormentosa noche para buscarle.

Nunca lo encontró. Había desaparecido, y nadie sabía donde ni por qué.

La única persona que hubiera podido ser capaz de decírselo había desaparecido también la misma noche. El también había abandonado a su compañera de cabaña sin decir una palabra acerca de sus intenciones. Resultaba evidente para Jill que se habían marchado juntos. Sin embargo, por lo que ella sabía, tan sólo se conocían ocasionalmente.

¿Por qué la había abandonado Jack, tan silenciosa y cruelmente?

¿Qué le había hecho ella?

¿Era posible que Jack hubiera decidido que no podía seguir viviendo con una mujer que no aceptaba jugar un papel de segunda fila en sus relaciones? ¿Se había visto apresado de nuevo por el anhelo de viajar? ¿Impulsado por ambos motivos, simplemente se había levantado y se había ido, por usar uno de sus vulgares americanismos?

Fuera cual fuese la verdad, no viviría nunca más con ningún hombre, nunca más. Jack era el mejor, y el último era el mejor, como debía ser, pero no había sido lo suficientemente bueno.

Estaba aún sumida en su reacción emocional cuando conoció a Fátima, la pequeña turca ojinegra, una de los centenares de concubinas de Mohammed IV (que había gobernado Turquía de 1648 a 1687), y que nunca había ido a la cama con él. Sin embargo, no había sufrido mucho por la falta de satisfacción sexual. El Serrallo estaba lleno de compañeras prisioneras que preferían como amantes a su propio sexo, bien por inclinación natural, bien por condicionamiento. Se convirtió en la favorita de Kosem, la abuela de Mohammed, aunque ésta no era abiertamente homosexual en sus relaciones.

Pero Turban, la madre de Mohammed, buscaba arrebatarse a Kosem el control del gobierno, y finalmente Kosem fue víctima de una partida de asesinos enviados por Turhan, que la estrangularon con los cordones de la cortina de su propia cama. Fátima tuvo la mala fortuna de hallarse junto a Kosem cuando ocurrió esto, y compartió su misma suerte.

Jill recibió a la sexy pequeña turca como compañera de cabaña después de que Fátima se peleara con su amante, una bailarina francesa de ballet (muerta en 1873). Jill no estaba enamorada de ella, pero era sexualmente excitante y, tras un cierto tiempo, empezó a sentir aprecio por ella. Fátima, sin embargo, era ignorante y, peor aún, era imposible enseñarle nada. Era egoísta y seguiría siendo siempre así, era infantil y seguiría siendo siempre así. Jill empezó a cansarse de ella tras un año. Pese a todo, se sintió tremendamente dolida cuando Fátima fue violada y luego golpeada hasta morir por tres sículos borrachos (¿nacidos el año 1000 antes de Cristo?). Su dolor se vio intensificado por la realización (la creencia, puesto que no había ninguna prueba) de que Fátima estaba realmente muerta. Las resurrecciones, aparentemente, se habían detenido. Ninguna persona muerta aparecía ya al día siguiente al amanecer, lejos de la escena de su muerte.

Antes de sucumbir a su pesar, sin embargo, Jill había plantado una flecha en cada uno de los asesinos de Fátima. Ellos tampoco volverían a alzarse.

Años más tarde, había oído rumores de que se estaba construyendo un gran dirigible Río arriba. No sabía si eran ciertos o no, pero sólo había una forma de confirmarlo.

De modo que allí estaba, aunque le hubiera tomado un largo tiempo llegar.

De EL INDISCRETO, un periódico de cinco páginas. Propietario y editor: el estado de Parolando. Director: C.S. Bagg. En el ángulo superior izquierdo, encima de la cabecera, está la noticia standard:

CAVEAT LECTOR

Por ley, el lector debe depositar este periódico en un barril público de reciclaje al día siguiente de haberlo recibido. En caso de emergencia, puede ser utilizado como papel higiénico. Recomendamos la página de Cartas al director como más apropiadas para esta finalidad. Primera infracción: reprimenda pública. Segunda: confiscación de todo el alcohol, tabaco y goma de los sueños durante una semana. Tercera: exilio permanente.

Con grandes titulares, en la sección de *Recién Llegados*:

JILL GULBIRRA

Damos la bienvenida, pese a la reticencia de algunos a nuestro último candidato femenino a la ciudadanía. El pasado domingo, esta alta bebedora de agua surgió de entre la bruma de antes del amanecer y se dirigió a cuatro de nuestras más prominentes figuras públicas. Pese a su seguro estado de embriaguez y posiblemente a sus pensamientos lascivos, dos circunstancias conducentes a la confusión mental, el cuarteto comprendió finalmente que su inesperado huésped había viajado aproximadamente unos 32.180 kilómetros (o 20.000 millas, para ustedes tontos y vejestorios). Hizo el viaje sola y en una canoa (sin haber sido violada ni remojada ni una sola vez), y realizó toda su odisea únicamente para asegurarse de que nuestro proyecto de nave aérea iba por los caminos adecuados. Aunque sin exigir exactamente que fuera designada capitana del dirigible cuando llegara el momento de formar la tripulación, sí dejó entender que sería bueno para todo el mundo que ella obtuviera ese puesto.

Tras unos cuantos resoplidos del divino producto de Caledonia, el cuarteto se recuperó parcialmente de esta embestida. (Un testigo nos describe su apariencia: «Con aspecto de amazona, y un comportamiento de nervios de reluciente bronce y tripas de blindaje de hierro que no parecen propios de una mujer digna de ese nombre»).

Los cuatro famosos le pidieron sus credenciales. Ella se las proporcionó, y si son válidas son realmente impresionantes. Un prominente ciudadano entrevistado al respecto por nuestro intrépido reportero Roger «Nellie» Bligh, afirma que es realmente lo que proclama ser. Aunque nunca llegó a conocerla personalmente en su existencia terrestre, leyó sobre ella en varios periódicos, y en una ocasión la vio por la televisión (un invento

de mediados del siglo xx que nuestro director no vivió lo suficiente como para ver, y que según todo lo que le han contado puede dar gracias de habérselo perdido).

Parece que, a menos que esta mujer posea un notable parecido físico con la genuina Jill Gulbirra, no es uno de los numerosos farsantes que forman una plaga en este valle del Río desde hace demasiado tiempo.

La Oficina de Estadísticas Vitales (que algunos llaman Mortales) nos ha proporcionado la siguiente información. Gulbirra, Jill (ningún segundo nombre). Hembra. Nombre natal: Johnetta Georgette Redd. Nacida el 12 de febrero de 1953 en Toowoomba, Queensland, Australia. Padre: John George Redd. Madre: Marie Bronze Redd. Herencia: irlandesa/escocesa, francesa (judía), australiana aborígen. Soltera en la Tierra. Estudió en Canberra y Melbourne. Graduada en 1973 por el Instituto de Tecnología de Massachusetts, título de perito en ingeniería aeronáutica. Licencia de piloto comercial, para aparatos de hasta cuatro motores. Licencia de piloto de globos aerostáticos. Ingeniero, navegante a bordo de un dirigible de carga de la Alemania Occidental sirviendo al gobierno nigeriano en 1977-78. Piloto de dirigible para la empresa Goodyear, Estados Unidos, en 1979. Piloto de dirigible para el jeque de Kuwait en 1980-81. Instructora de dirigibles para la British Airways Systems en 1982. En 1983 se convirtió en la única mujer cualificada como capitán de aeronaves en el mundo occidental. Reunió 8.342 horas de vuelo en aeronaves.

Murió el 1 de abril de 1983 después de Cristo, a causa de un accidente de automóvil cerca de Howden, Inglaterra, justo antes de tomar el mando de la recién construida aeronave rígida Willows-Goodens.

Profesión: obvia, tras lo dicho más arriba.

Talentos: flauta, tiro al arco, esgrima, kendo, lanza larga, artes marciales, insultos.

También se defiende bien con las manos, puesto que dejó fuera de combate a uno de nuestros distinguidos ciudadanos, Cyrano «Narizotas» de Bergerac, junto al bufet, empezando con un golpe a la barriga y terminando con un rodillazo a la mandíbula, que lo dejó *hors de combat* y sin habla. Este fenómeno ocurrió a resultas de poner él una de sus manos (sin permiso) sobre una de las tetas de ella. Normalmente, el fogoso francés hubiera desafiado a cualquiera que lo tratara tan brutalmente a un duelo a muerte (fuera de los límites de Parolando, por supuesto, ya que el duelo es ilegal en todo nuestro estado). Pero es tan chapado a la antigua que se hubiera sentido, por decirlo de algún modo, «*comme un imbécile*» si hubiera tenido que luchar con una mujer. Además, reconoce que se equivocó al efectuar sus avances sin ninguna invitación «verbal» u «ocular».

Una hora después de la cena, ayer, este intrépido emprendedor se presentó ante la puerta de la cabaña de Gulbirra y llamó. Hubo algunos gruñidos, y luego una voz irritada dijo:

—¿Qué infiernos quiere?

Aparentemente, la futura entrevistada no demostraba el menor interés hacia la

identidad del que había llamado.

—Señorita Gulbirra, soy Roger Bligh, periodista de El Indiscreto. Me gustaría entrevistarla.

—Bien, tendrá que esperar. Estoy en el orinal.

Este periodista encendió un puro para pasar el tiempo. Planeó también utilizar su extremo encendido más tarde para disipar los aromas en la cabaña. Tras algún tiempo, durante el cual oyó el chapotear de agua en un recipiente, oyó:

—Adelante, pase. Pero deje la puerta abierta.

—Encantado —dijo este humilde servidor.

Encontró a su sujeto sentado en una silla junto a la mesa y fumando un porro. Entre el puro y la marihuana y los aromas residuales de la reciente ocupación del sujeto y el humo de varias velas de cera de pescado, ni las condiciones de visibilidad ni las olfativas eran las óptimas.

—¿Miss Gulbirra?

—No. Miz.

—¿Qué significa ese título?

—¿Me lo pregunta simplemente para conocer mi punto de vista, o realmente no lo sabe? Está lleno de gente de mi época aquí. Seguro que se ha encontrado usted con algún que otro Miz antes.

Este informador confesó su ignorancia.

En vez de iluminar a Mr. Bligh, el sujeto dijo:

—¿Cuál es la posición de las mujeres en Parolando?

—¿Durante el día o por la noche? —dijo Mr. Bligh.

—No se haga el listo conmigo —dijo Miz Gulbirra—. Déjeme decírselo lisa y llanamente para que su mente pueda captar con toda exactitud de qué estoy hablando. Legalmente, es decir, teóricamente, las mujeres tienen igualdad de derechos aquí. Pero en la práctica, en la realidad, ¿cuál es la actitud del macho hacia la hembra?

—Más bien lasciva, me temo —respondió el intrépido.

—Voy a darle todavía otra oportunidad —dijo el sujeto—. Luego será cuestión de suerte y gravedad lo que primero aterrice en el suelo al otro lado de la puerta: si su culo, o su apestoso cigarro.

—Mis disculpas —dijo el intrépido—. Pero, después de todo, estoy aquí para entrevistarla a usted, no viceversa. ¿Por qué no les pregunta a sus conciudadanas femeninas lo que opinan de la actitud masculina hacia ellas? Además, ¿está usted aquí para acaudillar una cruzada sufragista o para ayudarnos a construir y tripular, como un solo hombre (si se me permite la expresión), el proyectado dirigible?

—¿Está usted burlándose de mí?

—Eso es lo último que se me ocurriría —dijo rápidamente el incorruptible—. Somos completamente modernos aquí, aunque los representantes de finales del siglo xx constituyan tan sólo un pequeño porcentaje de la población. El estado se halla dedicado

a la construcción de la aeronave. Para conseguir esto, durante las horas de trabajo se mantiene una estricta disciplina. Pero un ciudadano puede hacer lo que más le plazca durante sus horas libres, siempre que con ello no cause un daño a otra persona. De modo que volvamos al asunto. ¿Qué es una Miz, para evitar en el futuro interpretaciones erróneas?

—¿Realmente no me está tomando el pelo?

—Lo juraría sobre un montón de Biblias, si existieran todavía.

—Bien, en pocas palabras, es un título que adoptaron los miembros del movimiento de liberación femenina en los años sesenta como título genérico equivalente al Mr. del varón. Miss y Mrs eran demasiado indicativos de actitudes sexuales masculinas. Ser una Miss significaba no estar casada, lo cual automáticamente evocaba desprecio, consciente o inconsciente, por parte del macho, si la Miss había rebasado la edad casadera. Implicaba que a la mujer le faltaba algo, y también que la Miss debía estar muriéndose de ganas de convertirse en Mrs, es decir, alguien sin identidad propia, contemplada como un apéndice de su marido, un ciudadano de segunda clase. Incidentalmente, ¿por qué una Miss tiene que ser identificada por el nombre de su padre? ¿Por qué no por el de su madre?

—En ese último caso —respondió nuestro intrépido—, el nombre seguiría siendo el de un hombre, el nombre del padre de la mujer.

—Exactamente. Por eso cambié mi nombre de Johnetta Georgette Redd... observará que mis dos nombres de pila son feminizaciones de nombres masculinos... por el de Jill Gulbirra. Mi padre organizó un escándalo al respecto, incluso mi madre protestó fuertemente. Pero ella era una típica tía Dora... con el cerebro completamente lavado.

—Interesante —dijo Mr. Bligh—. ¿Gulbirra? ¿Qué clase de nombre es ése? ¿Eslavo? ¿Y por qué lo eligió?

—No, es un nombre aborigen australiano, pedazo de estúpido. Un gulbirra es un canguro que caza perros y se los come.

—¿Un canguro carnívoro? Creía que todos eran vegetarianos.

—Bueno, realmente, puede que no haya existido nunca. Pero los abos proclamaban que había existido en las llanuras del interior. Puede que sea un animal mítico, pero ¿cuál es la diferencia? Es el simbolismo lo que cuenta.

—¿Así que usted se identifica con el gulbirra? Puedo imaginar lo que simbolizan los perros.

En este punto, Miz Gulbirra sonrió tan terriblemente que su corresponsal se sintió impulsado a echar un trago del coraje embotellado que siempre lleva en su bolsa de costado.

—No se trata de que haya elegido el nombre debido a que me identifique con él, o simpatice con la cultura negra —dijo la Miz—. Soy una cuarta parte abo, pero eso ¿qué significa? Era una cultura machista y chauvinista de punta a rabo, las mujeres eran meros objetos, sujetos a esclavitud, ellas hacían todo el trabajo duro y a menudo eran

golpeadas por sus padres y maridos. Un montón de machos caucasianos se han mostrado sentimentales acerca de la destrucción de la sociedad abo, pero yo personalmente pienso que fue una buena cosa. Naturalmente, deploro los sufrimientos que vinieron con su desintegración.

—El deplorar, al contrario que el desflorar, es algo que normalmente se produce sin dolor —dijo Mr. Bligh.

—¡Virginidad! Ese es otro mito machista, inventado únicamente para aumentar el ego del macho y reforzar sus opiniones acerca del derecho de propiedad —dijo amargamente Miz Gulbirra—. Afortunadamente, esa actitud cambió considerablemente durante mi vida. Pero aquí hay todavía montones de cerdos, verracos fósiles, los llamo yo, que...

—Todo eso es muy interesante —se atrevió a interrumpir el intrépido—. Pero puede reservar usted sus opiniones para la página de Cartas al director. Mr. Bagg imprimirá cualquier cosa que usted diga, no importa lo insolente que sea. Nuestros lectores, de momento, sólo desean saber cuáles son sus planes profesionales. Simplemente cómo se ve usted misma contribuyendo al Proyecto Aeronave, tal como se lo llama oficialmente. ¿En qué punto de la jerarquía cree que puede encajar?

En aquel momento, el acre y pesado aroma de la marihuana dominaba a todos los demás. Una luz salvaje y feroz brillaba en los ojos dilatados por la droga. Su corresponsal creyó necesario expandir su intrepidez, que se encogía rápidamente, con otro trago de la botella divina.

—Bajo toda lógica, y en función a los derechos que me confieren mi superior conocimiento, experiencia y capacidad —dijo ella lenta pero fuertemente—, debería estar a cargo del proyecto. ¡Y debería ser la capitana de la aeronave! He comprobado las cualificaciones de todo el mundo, y no hay la menor duda de que soy con mucho la mejor cualificada.

»Así que, ¿por qué no puedo ser encargada de la construcción? ¿Por qué ni siquiera he sido considerada como candidata a capitana? ¿Por qué?

—No me lo diga —respondió su intrépido reportero. Posiblemente se sentía abiertamente envalentonado por la lava líquida que recorría sus venas, amortiguando sus de otro modo finas sensibilidades—. No me lo diga. Déjeme hacer una suposición. ¿Podría ser, entienda, estoy solamente avanzando una explicación, podría ser que fuera usted relegada a una posición inferior simplemente porque tan sólo es una mujer?

El sujeto miró a su corresponsal, dio otra chupada a su porro, introdujo el humo profundamente en sus pulmones, haciendo que sus pequeños pechos se alzaran brevemente, y por fin, con el rostro azulado por la falta de oxígeno, descargó los residuos humosos por la nariz. Su intrépido reportero recordó los grabados de dragones que había visto a lo largo de su existencia terrestre. Sin embargo, puesto que aunque valeroso no era temerario, prefirió no hacer ninguna observación acerca de la semejanza.

—Ajá, lo ha captado —dijo ella—. Quizá, después de todo, no sea usted tan denso. Entonces, sujetándose al borde de la mesa como si quisiera estrujar la madera, se puso en pie.

—¿Pero qué quiere dar a entender por tan sólo una mujer?

—Oh, se trata únicamente de mi verbalización de sus propios pensamientos —dijo apresuradamente el intrépido—. Estaba siendo irónico. O más bien...

—Si yo fuera un hombre —dijo ella—, lo cual, gracias a Dios, no soy, hubiera sido nombrada al menos segundo de a bordo sobre la marcha. Y usted no estaría sentado aquí burlándose de mí.

—Oh, se equivoca respecto a eso —dijo su intrépido reportero—. No estoy burlándome de usted. De todos modos, hay un punto que puede que usted no haya tenido en cuenta. Su sexo no representa ninguna diferencia; aunque tuviera usted los testículos más grandes en 40.000 kilómetros a la redonda, no conseguiría el puesto.

»Mucho antes de que fuera construido el Barco Fluvial... el segundo, quiero decir, no el que robó el Rey Juan... se aceptó que Firebrass se haría cargo del proyecto de la nave aérea. Está incluso en la Constitución de Parolando, que tiene usted que conocer, puesto que él mismo se la recitó de memoria capítulo a capítulo. Usted lo sabía, y prestando juramento lo aceptó. Así que dígame, ¿por qué todos estos lamentos ahora?

—¿Después de todo esto no lo comprende, pobre payaso? —dijo ella—. El asunto es que esa regla, esa arrogantemente imperiosa ley, no hubiera debido ser creada nunca.

Su corresponsal tragó un poco más de esa divina materia que anima-y-cauteriza, y dijo:

—El asunto es que fue creada. Y si aparece un hombre doblemente cualificado que usted, deberá aceptar igualmente el hecho de que nunca podrá llegar más arriba que a segundo. Puede ser el jefe de ayudantes de construcción del capitán Firebrass y primer oficial de la nave. Pero eso es todo.

—No hay nadie dos veces más cualificado que yo —dijo ella—, a menos que se presente un oficial del Graf Zeppelin. Escuche, empiezo a sentirme cansada de todo esto.

—Hace mucho calor y hay mucho humo aquí —dijo su corresponsal, secándose el sudor de su frente—. Sin embargo, me gustaría obtener algunos detalles más acerca de usted, detalles de su vida terrestre, ya sabe, cosas de interés humano. Y también la historia de lo que le ocurrió inmediatamente después del Día de la Resurrección. Y...

—¿Espera usted que empiece a volar gracias a este porro y por la simple influencia de su irresistible encanto masculino y su virilidad? —dijo ella—. ¿Está acaso preparándose para seducirme?

—Dios no lo quiera —dijo—. Esta es una visita estrictamente profesional. Además...

—Además —dijo ella, y ahora era ella la que sonreía burlonamente—, está usted asustado ante mí, ¿no? Todos son iguales. Tienen que ser los dominantes, los

superiores. Si encuentran a una mujer con más sesos, una que es capaz de dominarles en una lucha, que es claramente superior, entonces sus ínfulas escapan como el aire de un globo hinchado en exceso. Un globo con una pequeña colita.

—Vamos, Miz Gulbirra, realmente... —dijo su arrojado reportero, sintiendo que le ardía el rostro.

—Lárguese, hombrecito —dijo el sujeto.

Su corresponsal pensó que era prudente obedecer aquella orden imperativa. La entrevista, aunque incompleta desde nuestro punto de vista, se dio por terminada.

Jill tomó al día siguiente El Indiscreto de la ventanilla de distribución en la parte exterior del edificio del periódico. Varias personas que obviamente habían leído ya las noticias le sonrieron, algunas burlonamente. Abrió el periódico en la página de Recién llegados, sospechando lo que iba a encontrar allí, irritada antes de leerlo.

Las páginas crujieron en sus temblorosas manos. La entrevista era infame, aunque hubiera debido saber que un hombre de finales del siglo XIX como Bagg imprimiría aquella basura. ¿Qué había sido en la Tierra, director de algún asqueroso periodicucho dedicado a la prensa amarilla en cualquier miserable ciudad fronteriza del territorio de Arizona? Sí, eso era. Tombstone. Firebrass le había dicho algo al respecto.

Lo que realmente la irritaba era la fotografía. No se había dado cuenta de ello, pero alguien entre la multitud aquella primera mañana de su llegada le había tomado una foto. Allí estaba, inmobilizada en una postura ridícula, casi obscena. Desnuda, inclinada hacia adelante, sus pechos colgando como las ubres de una vaca, la toalla sujeta entre una mano tras ella y la otra delante, secándose con un movimiento de vaivén la entrepierna. Estaba mirando hacia arriba, la boca abierta, y toda ella parecía nariz y dientes.

Seguramente el fotógrafo había obtenido otras fotos. Pero Bagg había elegido precisamente ésta para exponerla al ridículo público.

Estaba tan furiosa que casi olvidó tomar el cilindro. Agitándolo con una mano, pensando en cómo podía aplastarle los sesos a Bagg con él, el periódico estrujado en la otra —estaba dispuesta a metérselo por el ano y empujar hasta que le saliera por la boca—, caminó a paso de carga hacia el edificio. Pero cuando llegó a la puerta se detuvo.

—¡Vamos, Jill! —se dijo a sí misma—. Estás reaccionando tal como esperan que lo hagas, tal como están seguros que lo harás. Tómalo con calma; no seas un perro de Pavlov. Seguro, te sentirías mejor si pudieras hacerle dar una cuantas vueltas a su despacho a base de patadas en el culo. Pero eso podría arruinarlo todo. Has soportado cosas peores, y siempre te has salido dignamente de ellas.

Caminó lentamente hacia su casa, la mano que sujetaba el cilindro apoyada contra el otro brazo. A la luz cada vez más débil, leyó el resto del periódico. Ella no era la única a la que Bagg había calumniado, injuriado y vilipendiado. El propio Firebrass, aunque tratado suavemente en el artículo a ella dedicado, era severamente criticado en otro lugar, y no solamente por Bagg. La página vox pop contenía un cierto número de cartas firmadas de ciudadanos indignados por la política de Firebrass.

Cuando abandonaba la llanura e iniciaba el camino ascendente por entre las colinas, alguien la llamó con voz suave. Se volvió, y vio a Piscator. Él sonrió mientras avanzaba hacia ella y decía con acento de Oxford:

—Buenas tardes, ciudadana. ¿Puedo acompañarte? ¿No estaremos mejor haciéndonos mutua compañía que solos? ¿O quizá no?

Jill no pudo evitar una sonrisa. El hombre había hablado tan gravemente, con un estilo casi del siglo XVII. Su impresión quedaba reforzada por su sombrero, un alto cilindro que se estrechaba en su

parte superior y con una amplia ala circular. Le recordó los sombreros de los Peregrinos de Nueva Inglaterra. Estaba hecho de la piel rojo oscuro del pez rojo, llamado también pez sin escamas. Algunos colgantes de aleación de aluminio oscilaban en el borde del ala. Llevaba ropas negras echadas sobre sus hombros y sujetas a la altura de su garganta. Una tela verde oscuro le servía de faldellín, y sus sandalias eran de piel de pez rojo.

Sobre el hombro llevaba una caña de pescar de bambú. En la otra mano sujetaba el asa de su cilindro. Con un brazo sujetaba un periódico contra su cuerpo. Un cesto de mimbre colgaba de una correa de su otro hombro.

Era alto para un japonés, la parte más alta de su cabeza le llegaba a Jill a la nariz. Y sus facciones eran atractivas, no demasiado mongólicas.

—Supongo que has leído el periódico —dijo ella.

—Desgraciadamente, la mayor parte de él —dijo Piscator—. Pero no te sientas ofendida. Como dijo Salomón de aquellos que hacen mofa y escarnio, Proverbios XXIV, 9: Son una abominación para el hombre.

—Prefiero para la humanidad —dijo ella.

Él pareció perplejo.

—¿Pero qué...? Oh, si, obviamente es ese hombre lo que no te gusta. Pero utilizado así, hombre significa a la vez hombres, mujeres y niños.

—Sé que lo significa —dijo ella, como si lo estuviera repitiendo por milésima vez, lo cual era cierto—. Sé que lo significa. Pero la utilización de la palabra hombre condiciona al que habla y al que escucha a pensar en el hombre tan sólo como en la parte masculina de la humanidad. La utilización de humanidad o personas condiciona a la gente a pensar en el *Homo Sapiens* como en algo que incluye a ambos sexos.

Piscator inspiró profundamente a través de sus apretados dientes. Ella esperaba que dijera: «Está bien, si usted lo dice...», pero no lo hizo. En vez de ello, dijo:

—Llevo en este cesto tres sabrosas tencas, si puedo llamarlas así. Son notablemente parecidas en apariencia y sabor a los peces terrestres de ese nombre. No son tan deliciosas como los timalos, si puedo llamarlos también así, que se pescan en los arroyos de montaña. Pero son muy deportivos, son astutos, y saben dar guerra.

Ella decidió que debía haber estudiado su inglés con el libro *The Compleat Angler*.

—¿Qué te parecería compartir conmigo algunos de estos pescados esta noche? Estarán en su punto a las 16:00 horas del reloj de agua. Tendré también una buena provisión de flor de cráneo.

Aquel era el nombre local del alcohol hecho a partir de los líquenes rascados de la ladera de la montaña. Eran sumergidos en agua, a razón de tres partes por una, y luego se maceraban en la solución flores de árbol de hierro mezcladas con alcohol. Cuando las flores le habían proporcionado al líquido un color púrpura y un olor a rosas, estaba a punto para ser servido.

Jill vaciló durante varios segundos. No le importaba la soledad... la mayor parte del tiempo. Al contrario de la mayoría de sus contemporáneos, no se sentía desesperada ni presa del pánico si se veía abandonada a sus propios recursos. Pero había sido su única compañía durante demasiado tiempo. El viaje Río arriba le había llevado cuatrocientos veinte días, y durante la mayor parte del

tiempo había estado completamente sola durante el día. Por la noche, comía y charlaba con desconocidos. Había pasado junto a una cantidad estimada de 501.020.000 personas, y no había visto ningún rostro al que hubiera conocido en la Tierra o en el Mundo del Río. Ninguno.

Pero raras veces se había acercado lo suficiente a las orillas durante el día como para reconocer los rasgos de un rostro. Sus encuentros sociales por la noche quedaban limitados a un escaso número de personas. Lo que era una agonía mental, o lo hubiera sido si ella se hubiera permitido tal emoción, era el que quizá había pasado junto a algunas personas a las que había amado en la Tierra o, al menos, de las que había sido amiga. Había algunas de ellas a las que hubiera deseado mucho ver de nuevo.

Quizá la que más deseaba volver a encontrar fuese Marie. ¿Qué habría sentido Marie cuando supo que sus celos insensatos habían sido los responsables de la muerte de su amante, Jill Gulbirra? ¿Se habría sentido abrumada por el dolor, quizá la culpabilidad la habría hecho terminar con su vida? Marie, después de todo, era propensa al suicidio. O mejor, para ser exactos, era propensa a tomar la cantidad suficiente de píldoras como para poner en peligro su vida, pero no las suficientes como para que no pudiera recibir a tiempo asistencia médica que la salvara. Marie había estado a las puertas de la muerte al menos tres veces, por lo que Jill sabía. Pero no demasiado cerca.

No, Marie debería haberse sumido en el abatimiento y en los autorreproches durante al menos tres días. Entonces debería haber tragado como unas veinte píldoras de fenobarbital y llamado a su mejor amiga, probablemente otra amante, pensó Jill, el pecho doliéndole, ¡la muy zorra!, y esta debería haber llamado al hospital, y entonces le habrían hecho un lavado de estómago y le habrían dado antídotos, y mientras tanto su amiga habría estado aguardando ansiosamente fuera, y luego se habría sentado a la cabecera de la cama mientras Marie desvariaba semiinconsciente, atontada por las drogas pero no lo suficientemente atontada como para no trabajar deliberadamente sobre las emociones de su amante. No sería sólo simpatía lo que buscaría evocar. La pequeña zorra sádica aprovecharía la ocasión para lanzar algunas hirientes observaciones a su amante, haciendo algunos reproches que más tarde proclamaría no recordar haber hecho.

Luego Marie sería llevada a su apartamento por su amante, que se ocuparía tiernamente de ella durante un tiempo, y luego... Jill no se atrevía a fantasear respecto a aquel luego.

En todas estas ocasiones tenía que echarse a reír, aunque amargamente, de sí misma. Hacía treinta y un años desde que se había marchado violentamente de la casa y conducido a toda velocidad, los neumáticos aullando, y se había pasado casi sin darse cuenta tres semáforos en rojo, y luego... luego las cegadoras luces y el bocinazo ensordecedor y el enorme camión, y su salvaje crispación sobre el volante de su Mercedes-Benz, la helada náusea en su interior, la certeza de la inexorabilidad y...

Y se había despertado entre incontables otros, desnuda, su cuerpo de treinta años convertido en uno de veinticinco y desprovisto de algunas taras e imperfecciones... en las orillas del valle del Río. Una pesadilla en el paraíso. O en lo que hubiera podido ser un paraíso si tantos seres humanos no hubieran insistido en convertirlo en un infierno.

Hacía de eso treinta y un años. El tiempo había borrado muchos recuerdos dolorosos, pero no aquél. Debería haber podido superar ya su furia y su pesar entremezclados. Hubieran debido haber retrocedido más allá del horizonte de las cosas que importaban. No hubiera debido sentir la más

mínima emoción cada vez que pensaba en Marie. Pero la sentía.

Se dio cuenta de pronto de que el japonés la estaba mirando. Evidentemente estaba aguardando su respuesta a algo que acababa de decir.

—Lo siento —dijo—. A veces, me pierdo en el pasado.

—Yo también lo siento —dijo él—. A veces... si uno utiliza la goma de los sueños como un medio de escapar a recuerdos dolorosos o desgarrantes o a estados físicos indeseables, en vez de conseguirlo... uno se pierde.

—No —dijo ella, intentando mantener la irritación alejada de su voz—. Se trata tan sólo de que he estado sola demasiado tiempo, y he caído en el hábito de la ensimismación. Porque, cuando navegaba en la canoa Río arriba, lo hacía de forma automática. A veces me daba cuenta de que había recorrido diez kilómetros sin ser consciente de ello, sin saber siquiera lo que había ocurrido durante ese lapso de tiempo.

»Pero ahora que estoy aquí, donde tengo un trabajo que requiere una constante alerta mental, observará que puedo estar tan atenta a todo como cualquiera.

Añadió eso porque sabía que Piscator podía informar de aquello a Firebrass. Las distracciones no podían ser toleradas en un oficial de aeronave.

—Estoy seguro de que sí —dijo Piscator. Hizo una pausa, sonrió, y dijo—: Incidentalmente, no te preocupes por la competencia conmigo. Yo no soy ambicioso. Me sentiré satisfecho con el rango o posición que reciba, porque sé que eso concordará con mis habilidades y experiencias. Firebrass sabe lo que se hace.

»Me siento curioso acerca de nuestro destino, la llamada Torre de las Nieblas, o Gran Cilindro, o cualquiera de la otra docena de nombres que tiene. De hecho, me siento ansioso de viajar hasta allí, para averiguar en qué reside el misterio de este mundo. Ansioso pero no demasiado ansioso, si comprendes lo que quiero decir. Admito de buen grado que no poseo tus cualificaciones, de modo que preveo ya hallarme situado en un grado inferior al tuyo.

Jill Gulbirra permaneció en silencio por un momento. Aquel hombre pertenecía a una nación que prácticamente esclavizaba a sus mujeres. Al menos, en la época de él (1886-1965). Era cierto que después de la Primera Guerra Mundial se había producido un cierto grado de liberación. Pero él, teóricamente, tenía que seguir manteniendo la misma actitud que los hombres japoneses chapados a la antigua mostraban hacia sus mujeres. Lo cual era una terrible actitud. Por otra parte el Mundo del Río había cambiado a la gente. A alguna gente.

—¿Realmente no te importa? —dijo—. Creo que, en lo profundo, sí te importará.

—Raramente miento —dijo él—. Y cuando lo hago es sólo para no herir los sentimientos de alguien o para no perder tiempo con los estúpidos. Creo que sé lo que estás pensando. ¿Te ayudaría saber que uno de mis maestros en Afganistán era una mujer? Pasé diez años como discípulo suyo antes de que ella decidiera que no era tan estúpido como cuando había llegado y que podía ir al encuentro de mi siguiente jeque.

—¿Qué es lo que estabas haciendo allí?

—Me sentiré muy feliz de discutir esto contigo en alguna otra ocasión. Por el momento, déjame asegurarte que no siento ningún prejuicio contra las mujeres ni contra los no japoneses. Hubo un

tiempo en que sí los sentía, pero esa estupidez desapareció de mí hace mucho. Por ejemplo, hubo un tiempo, algunos años después de la Primera Guerra Mundial, en que fui monje zen. Pero antes de seguir, ¿sabes lo que es el Zen?

—Había muchos libros al respecto en los años 1960 —dijo Jill—. Leí algunos.

—Sí. ¿Y sabes algo más después de leerlos de lo que sabías antes? —dijo él, sonriendo.

—Un poco.

—Eres sincera. Como estaba diciendo, me retiré del mundo después de renunciar a la marina, y fijé mi residencia en un monasterio en Ryukyu. Al tercer año, un hombre blanco, un húngaro, vino al monasterio como humilde novicio. Cuando vi cómo era tratado, comprendí súbitamente lo que había sabido siempre de forma inconsciente pero me había resistido a sacar a la luz. Y era que muchos años de la disciplina zen no habían despojado a nadie en el monasterio, ni discípulos ni maestros, excepto yo mismo, de sus prejuicios raciales. Sus prejuicios nacionales, debería decir, puesto que mostraban hostilidad e incluso desprecio también por los chinos y los indochinos, que son mongólicos como ellos.

»Tras ser honesto por primera vez conmigo mismo, tuve que reconocer que la práctica del zen no me había proporcionado nada que valiera la pena, ni a mí ni a los demás. Por supuesto, debes saber ya que el Zen no tiene objetivos. Tener objetivos es frustrar la posibilidad de alcanzar esos mismos objetivos. ¿No es eso contradictorio? Sí, lo es.

»También es una estupidez, como ese asunto de vaciarse uno. Quizá el estado de quedarse vacío no sea una estupidez, pero sí lo son los métodos de conseguirlo, por lo que a mí respecta. Y así, una mañana, me fui del monasterio y tomé un barco para la China. E inicié mi largo vagabundeo, atraído por alguna inaudible voz hacia el Asia Central. Y desde allí... bueno, ya es suficiente por el momento. Puedo seguir contándotelo más tarde, si quieres.

»Veo que estamos acercándonos a nuestras casas. Será mejor pues que nos digamos adiós, hasta esta noche. Pondré dos antorchas fuera, de modo que puedas verlas desde tu ventana, para anunciarte que nuestra pequeña reunión está lista.

—No he dicho que vaya a ir.

—Pero de todos modos habías aceptado ya —dijo él—. ¿No es cierto?

—Sí, pero ¿cómo lo sabías?

—No se trata de telepatía —dijo él, sonriendo de nuevo—. Una cierta actitud, una cierta relajación de los músculos, la dilatación de tus pupilas, una determinada entonación de tu voz, indetectable excepto para los muy entrenados, me dijeron que deseabas unirme a la fiesta.

Jill no dijo nada. Ni ella misma había sabido que se sentía complacida por la invitación. Como tampoco estaba segura de ello ahora. ¿Estaba engañándola Piscator?

Había un árbol de hierro que crecía en la cima de una colina a unos doscientos metros de la cabaña de Jill. La cabaña de Piscator estaba cerca de la cima, anidada entre la parte superior de dos raíces. Su parte trasera se apoyaba en un relieve del suelo; su parte frontal estaba anclada sobre pilotes de bambú para evitar que se deslizara por la inclinada pendiente.

Jill ascendió la colina hasta la cabaña. Se metió debajo de la estructura y ascendió una escalera de bambú que penetraba en la cabaña a través del suelo en su parte central.

El edificio era más grande que la mayoría en aquella zona, tres habitaciones en la planta baja y otras dos en el primer piso. Según un vecino, en su tiempo había albergado a una comuna. Como todas las organizaciones no religiosas compuestas por occidentales, aquélla se había disuelto tras un tiempo. Entonces Piscator había ocupado la cabaña, aunque Jill no comprendía por qué un hombre podía desear una casa tan grande. ¿Era debido a que era un símbolo de prestigio? Él no parecía ser del tipo de hombres que se preocupan por tales cosas.

A lo largo de la barandilla de la escalera había brillantes lámparas de acetileno cuyas pantallas de intestino de pescado arrojaban una luz blanca, verde o escarlata. Piscator, en la parte alta de los escalones, sonrió e hizo una inclinación de cabeza a Jill. Llevaba una especie de kimono formado por toallas de varios colores. En su mano sujetaba un ramo de grandes flores cogidas de las enredaderas que cubrían las ramas altas del árbol de hierro.

—Bienvenida, Jill Gulbirra.

Ella le dio las gracias, respirando profundamente el fuerte aroma de las flores, que le recordaba la madreselva, con un ligero toque de cuero viejo. Una combinación peculiar pero agradable.

Al alcanzar la parte superior de la escalera, se encontró en la habitación más grande de la casa. Su techo tenía unas tres veces su altura; de él colgaba una multitud de lámparas japonesas. El suelo de bambú estaba cubierto aquí y allá con esterillas echas con fibra de bambú. Los muebles eran de bambú, ligeros y sencillos, con almohadones en los asientos de las sillas. Algunos de los brazos de los sillones y las patas de la mesa y las vigas que sostenían el techo eran sin embargo de roble y tejo. En ellos habían sido tallados cabezas de animales, demonios, peces del Río y seres humanos. No parecían haber sido hechos por un japonés. Probablemente habían sido esculpidos por un ocupante anterior.

Esparcidos por el suelo había altos jarrones, estrechos en su centro y anchos en su boca. Versiones más pequeñas remataban pequeñas mesitas redondas de largas patas. Habían sido hechos con rueda de alfarero, horneados, y esmaltados o pintados. En algunos jarrones había dibujos geométricos; otros mostraban escenas marinas de la vida en la Tierra. Los botes llevaban velas latinas; los marineros eran árabes. Delfines azules asomaban sus cuerpos en un mar azul verdoso; un monstruo abría su boca para tragar una nave. Sin embargo, puesto que había grandes peces llamados delfines en el Río, y el colosal dragón del Río tenía un ligero parecido con el monstruo, era posible que el artista hubiera querido representar la vida del Río.

Las puertas a las habitaciones contiguas estaban cubiertas con tintineantes ristras de vértebras de pez cornudo blancas y rojas; emitían un ligero campanilleo cuando eran agitadas. Tapices de fibras

de enredaderas de los árboles de hierro entretejidas colgaban de las paredes, y transparentes Intestinos de peces dragón, tensados en marcos de bambú, cubrían cada ventana.

En su conjunto, aunque había algunas cosas, como las lámparas de acetileno, que no podían hallarse en otro lugar, la estancia era una variación de lo que muchos llamaban Cultura Ribereña, y otros Fluviopolinesia.

Las luces de las lámparas apenas traspasaban las densas nubes de tabaco y marijuana. Una banda tocaba suavemente en un pequeño estrado en un rincón. Ofrecían sus servicios a cambio de alcohol y como un medio de divertirse un poco ellos mismos al tiempo que hacían algo útil. Los músicos golpeaban o rascaban tambores, soplaban una flauta de bambú, una ocarina de cerámica; pulsaban un arpa hecha con una concha de tortuga y entrañas de pescado; tocaban un violín de intestinos de pescado y madera parecida al tejo con un arco construido con los cilios bucales parecidos a cerdas de caballo del delfín azul; martilleaban un xilófono; soplaban un saxofón, una trompeta.

La música era irreconocible, al menos para Jill. Pero pensó que derivaba de alguna pieza india centro o sudamericana.

—Si esto fuera un *tete-a-tete*, en vez de una fiesta más amplia, hubiera podido ofrecerte té, querida —dijo Piscator—. Pero no es posible. Mi cilindro no me proporciona té diariamente, sino tan sólo un saquito pequeño una vez a la semana.

No había cambiado tanto como para no echar en falta la ceremonia del té, tan querida por todos los japoneses. Jill lamentaba también lo escaso de esa hierba aromática. Como la mayoría de los componentes de su nación, tenía la sensación de que faltaba algo vital cuando no podía tomarse un té en el momento preciso.

Piscator sumergió un vaso en una enorme fuente de cristal llena de flor de cráneo y se lo tendió. Ella dio un sorbo mientras él le decía lo feliz que se sentía de tenerla allí. Sonaba como si realmente fuera sincero. Ella empezó a encontrarlo más simpático, aunque tuvo que recordarse que procedía de una cultura que condicionaba a los hombres a mirar a las mujeres como objetos de trabajo y placer. Luego se advirtió a sí misma —¿por diezmilésima vez?— que no debía caer en la misma culpa de prejuicio de los demás. Primero encuentra los hechos y luego estúdialos antes de emitir tu juicio.

Su anfitrión le hizo dar la vuelta a la sala, presentándole brevemente a todo el mundo. Firebrass le hizo un signo con una mano desde un rincón. Cyrano sonrió reservadamente e hizo una inclinación de cabeza. Se había encontrado con ellos varias veces desde aquella mañana, pero ellos se habían mostrado más bien reservados, aunque sin dejar de ser educados. A ella no le gustaban las cosas de aquel modo. Después de todo, él había pedido disculpas, y ella se sentía muy curiosa respecto a aquel llamativo personaje del siglo XVII.

Dijo hola a Ezekiel Hardy y a David Schwartz, a los que veía cada día en la oficina de dentro del hangar y en las fábricas cercanas. Hardy y Schwartz se mostraban bastante amistosos; habían aprendido que ella era absolutamente competente en su campo. En muchos campos, de hecho. Jill había conseguido refrenar su impaciencia y su irritación ante la ignorancia de ellos y su presunta superioridad. Aquello había dado sus frutos, pero no sabía cuánto tiempo podría reprimirse aún.

—No tapes la botella —se decía a sí misma—. Vacíate.

¿Cuántas veces había hecho eso, o había intentado hacerlo? Y había parecido funcionar tantas

veces, aunque no siempre, de todos modos. Sin embargo, ahí estaba este japonés, Ohara, que se hacía llamar con el ridículo nombre de Piscator —que extravagante—, diciéndole que el Zen era una estupidez. Bueno, no exactamente una estupidez. Pero sí había señalado que había sido sobreestimado. A ella no le había gustado oírlo. La golpeaba un poco más abajo de la cintura de su autoestima; la hería. Lo cual no tendría que ser así. Hubiera debido reírse de ello, aunque sólo fuera interiormente. Pero él parecía tan seguro de sí mismo.

Una de las mujeres que le fueron presentadas era Jeanne Jugan. Piscator mencionó que en sus tiempos había sido sirvienta en su Francia nativa pero que se había convertido en una de las fundadoras de la orden religiosa Católica Romana de las Hermanitas de los Pobres, que se estableció en 1839 en Bretaña.

—Yo soy su discípula —dijo Jugan, señalando con la cabeza a Piscator.

Jill enarcó las cejas.

—¡Oh! —No tuvo posibilidad de proseguir la conversación.

Piscator la llamó a otro lado con un ligero toque en su codo.

—Puedes hablar más tarde con ella.

Jill se preguntó a que religión, secta o disciplina mental en particular pertenecía Piscator. No era miembro de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Estos llevaban siempre el emblema de una vértebra en espiral de un pez cornudo o su reproducción en madera colgando de su cuello con un cordón.

Sin embargo, la siguiente persona a la que conoció sí llevaba este emblema, tres, de hecho, indicando que era un obispo. Samuelo, bajo, de piel muy oscura y rostro de halcón, había nacido en algún momento en mitad del siglo II después de Cristo. Había sido un rabino de la comunidad judía de Nehardea en Babilonia. Según Piscator, había sido famoso en su tiempo por su conocimiento de la ley tradicional y por algunas investigaciones científicas. Uno de sus logros había sido la compilación de un calendario del año hebreo. Su principal motivo de fama, sin embargo, estaba centrado en sus esfuerzos por ajustar la ley judía a la ley del país en que vivían los judíos de la Diáspora.

—Su principio era: La ley del estado es la ley válida —dijo Piscator.

Samuelo presentó a su esposa, Rahelo. Era aún más baja que él, aunque de piel no tan oscura, y tenía gruesos labios y rollizas piernas, pero un rostro de sorprendente sensualidad. Respondiendo a las preguntas de Jill, dijo que había nacido en el ghetto de Cracovia en el siglo XIV después de Cristo. Piscator le contaría más tarde a Jill que Rahelo había sido raptada por un noble polaco que la había mantenido prisionera por un año en su castillo. Cansado de ella, la había arrojado fuera, aunque no sin darle antes una bolsa de monedas de oro. Su esposo la había matado a causa de que no había tenido la valentía de suicidarse para lavar su deshonor.

Samuelo envió corriendo a Rahelo varias veces a buscarle un vaso de un bol lleno con jugo de flores no alcohólico. También le hizo un gesto para que le encendiera su puro. Ella obedeció rápidamente y luego volvió a adoptar su posición tras él.

Jill sintió deseos de patear a Rahelo por aceptar sin protestas su antigua degradación y a Samuelo por su antigua complacencia. Podía visualizarlo en sus plegarias, dándole gracias a Dios por no haber nacido mujer.

Más tarde, Piscator le dijo:

—Estabas furiosa con el obispo y su esposa.

Ella no le preguntó cómo lo sabía. Dijo:

—Debe haber sido una tremenda impresión para él despertarse aquí y descubrir que no era uno

de los elegidos de Dios Que todo el mundo, adoradores de ídolos, caníbales, comedores de cerdo, perros infieles no circuncisos, todos eran hijos de Dios, todos estaban aquí, todos habían sido elegidos.

—Todos nos sentimos tremendamente impresionados —dijo Piscator—. Y aterrados. ¿Tú no?

Ella se lo quedó mirando por un momento, luego se echó a reír y dijo:

—Por supuesto. Yo era atea, y sigo siéndolo. Estaba segura de que tan sólo era un montón de carne que se convertiría a mi muerte en un montón de polvo. Y me encontré con esto. Me sentí terriblemente asustada cuando me desperté aquí. Pero al mismo tiempo, bueno, no al principio sino un poco después, me sentí aliviada. Así que, pensé, esta es la vida eterna. Luego, más tarde, vi tales cosas extrañas, y me di cuenta de que nos hallamos en un lugar tan extraño, nada parecido al cielo ni al infierno, ya sabes...

—Lo sé —dijo él. Sonrió—. Me pregunto lo que pensó Samuelo cuando vio que los goyim no circuncidados de la Tierra resucitaban aquí sin sus prepucios. Eso debió resultarle tan desconcertante como el hecho de que a los hombres ya no volviera a crecerles la barba. Por una parte, Dios realizó un briss sobre todos los gentiles que lo necesitaban, de modo que tenía que ser un dios judío. Por otra parte, un hombre ya no podía seguir llevando la barba que Dios le exigía, así que seguramente no podía ser un dios judío.

»Fueron, y son, estas cosas las que hubieran debido y deberían cambiar nuestras formas de pensar —dijo Piscator.

Se acercó a ella, mirándola con sus ojos marrón oscuro ocultos entre hendiduras de carne.

—Los de la Segunda Oportunidad tienen algunas excelentes ideas acerca del porqué hemos sido arrancados de la muerte y del quién lo ha hecho. No están muy equivocados respecto al camino, o caminos, que uno debe tomar para alcanzar su destino. Un destino que la humanidad desea y cuya puerta de acceso nos ha sido abierta por nuestros desconocidos benefactores. Pero exactitud quiere decir rigurosidad. La inexacta Iglesia se ha desviado del camino principal o, podríamos decir, del único camino. Lo cual no quiere decir que no haya más que un solo camino.

—¿De qué estás hablando? —dijo ella—. Suenas tan raro como los de la Segunda Oportunidad.

—Volveremos sobre ello... si es que quieres volver sobre ello —dijo él. Se disculpó y se dirigió hacia la gran mesa, donde se puso a hablar con un hombre que acababa de entrar.

Jill se dirigió insensiblemente hacia Jeanne Jagan, con la pretensión de preguntarle qué quería decir al calificarse a si misma como discípula de Piscator. De Bergerac, sin embargo, le cortó el paso. Ahora sonreía ampliamente.

—¡Oh, Miz Gulbirra! Debo pedirte nuevamente perdón por aquel infortunado incidente. Fue el licor lo que me hizo comportarme de forma tan imperdonable, aunque espero que mi comportamiento sí sea perdonable, por bárbaro que te pareciera. Raramente bebo más de una o dos onzas, puesto que abomino el embotamiento de mis sentidos. El alcohol lo convierte a uno en un cerdo, y yo no adoro particularmente a ese animal, aunque me encante bien cortado a lonchas y frito en una sartén o asado en un espetón. Pero esa noche estábamos pescando...

—No vi ningún equipo de pesca —dijo ella.

—Estaba al otro lado de la piedra de cilindros. Y la bruma era densa, ¿recuerdas, *mademoiselle*?

—Miz.

—Y empezamos a hablar de cosas de la Tierra, de lugares, de gente a la que habíamos conocido, de amigos que habían terminado mal, de niños que habían muerto, de nuestros padres que no nos comprendían, de nuestros enemigos, del porqué estábamos aquí, y de todas esas cosas, ¿comprendes? Empecé a sentirme deprimido, pensando en todo lo que hubiera podido ser en la Tierra, especialmente en todo lo que mi prima Madeleine y yo hubiéramos podido hacer si yo hubiera sido más maduro o no hubiera sido tan ingenuo por aquella época. Y de ese modo...

—Te emborrachaste —dijo ella, el rostro grave.

—Y te ofendí, Miz, aunque te juro que estaba convencido de que no eras una mujer. La bruma, esas ropas informes, mi propia insensatez...

—Olvidalo —dijo ella—. Sólo que... creí que nunca me perdonarías el haber sido derrotado por una mujer ante terceros. Tu ego...

—¡Por favor, no caigas en los estereotipos! —gritó Cyrano.

—Tienes razón —dijo Jill—. Odio caer en ellos, y no hago otra cosa durante todo el tiempo. Sin embargo... la mayoría de la gente vive inmersa en estereotipos, ¿no?

Permanecieron allí, hablado durante un rato. Jill sorbió la pasión púrpura, sintiendo que sus entrañas iban caldeándose lentamente. Los humos de marijuana se hacían más densos, y ella colaboraba a esa densidad dando largas chupadas al porro que ardía entre sus dedos. Las voces se hacían más fuertes, y había muchas más risas. Algunas parejas estaban bailando ahora, sus brazos rodeando el cuello del otro, moviéndose lánguidamente al compás de la música.

Piscator y Jugar parecían ser los únicos que no estaban bebiendo. Piscator estaba fumando ahora un cigarrillo, el primero, pensó Jill, que había encendido desde que ella entrara.

La combinación del licor y el porro habían formado un agradable halo a su alrededor. Tuvo la impresión como si su cuerpo estuviera irradiando una luz rojiza. Las nubes de humo estaban adquiriendo casi corporeidad. A veces, por el rabillo del ojo, creía tener el atisbo de una forma precisa, un dragón, un pez humo, incluso, en una ocasión, un dirigible. Pero cuando volvía su cabeza hacia ella, sólo podía ver masas amorfas.

Cuando vio una bañera metálica flotar hacia un lado, supo que ya era suficiente. No más alcohol ni hierba el resto de la noche. La razón de la aparición de la bañera era evidente, puesto que Cyrano había estado hablándole del crimen y su represión en la Francia de su época. Un reo, por ejemplo, era atado a una enorme rueda. Entonces el verdugo rompía sus brazos y sus piernas con una barra de hierro, a veces reduciéndolos a pura pulpa. Los criminales ejecutados eran colgados de cadenas en las plazas públicas y dejados allí hasta que sus cadáveres se pudrían y caían de las cadenas. A otros se les extraían las entrañas y éstas eran exhibidas en grandes bañeras en lugares públicos para que los ciudadanos recordaran claramente lo que les ocurría a los transgresores de la ley.

—Y en las calles las cloacas estaban a cielo abierto, Miz Gulbirra. No era extraño que aquellos que tenían dinero se empaparan en perfumes.

—Yo creía que era porque apenas se bañaban.

—Cierto —dijo el francés—. Quiero decir, cierto que no nos bañábamos a menudo. El baño era considerado como algo insalubre y no cristiano. Pero uno puede llegar a habituarse al olor de los

cuerpos no lavados. Yo ni siquiera me daba cuenta de ello puesto que, como podríamos decir, estaba inmerso en el asunto, y tan inconsciente de él como un pez en el agua. Pero aquí, ¡hélas!, es distinto. Llevamos tan poca ropa encima y tenemos el agua tan a mano, y cuando uno encuentra a tanta gente que no puede soportar el olor de un cuerpo humano sin lavar llega a adquirir nuevos hábitos. Yo mismo, ahora, debo confesar que al principio no veía razón alguna para cambiar mis costumbres, pero después de algunos años encontré a una mujer de la que me enamoré casi tan apasionadamente como me había enamorado de mi prima. Se llamaba Olivia Langdon...

—¿No te referirás a la esposa de San Clemens?

—Oh, sí. Aunque naturalmente eso no significaba nada para mí cuando la conocí, y sigue sin tener ningún significado. Comprendí que él era un gran escritor del Nuevo Mundo... me hablaron mucho de todo lo que había ocurrido desde que yo morí en la Tierra... pero aquello no me preocupó demasiado. Olivia y yo vagabundeamos mucho por el Río, y repentinamente nos hallamos enfrentados a la clásica situación que teme tanta gente. Nos encontramos con el anterior esposo, el terrestre, de mi compañera de cabaña.

»Por aquel entonces, aunque yo seguía enamorado de ella, mi pasión se había enfriado un tanto. Cada uno de nosotros hacía cosas que irritaban, incluso exasperaban, al otro. Era algo normal. Es algo normal aquí, cuando un hombre y una mujer que proceden no sólo de distintas naciones sino también de distintos tiempos se unen. ¿Cómo puede una persona del siglo XVII congeniar con otra del siglo XIX? Bueno, a veces se producen excepciones, pero añadir diferencias temporales a las diferencias que existen ya naturalmente entre los individuos da origen a casos difíciles, a veces incluso irremediables.

»Livy y yo nos hallábamos Río arriba cuando oímos hablar del barco que estaba siendo construido. Yo había oído ya rumores acerca de un meteorito que había caído por allí, pero no sabía que era Sam Clemens quien se había hecho cargo de él. Deseaba convertirme en un miembro de la tripulación, y especialmente deseaba conseguir una espada de acero que poder esgrimir de nuevo.

»Y así, mi querida Miz Gulbirra, vinimos a este lugar. La impresión que recibió Sam fue por supuesto abrumadora. Sentí pena por él, durante un tiempo, y lamenté haber forzado ese reencuentro que no era sin embargo un reencuentro. Olivia no demostraba ninguna inclinación a abandonarme por Clemens, pese a que nuestra pasión ya no era lo que había sido. Se sentía culpable por no amarle ya. Lo cual era extraño, puesto que en la Tierra se habían amado profundamente.

»Pero se habían producido muchas fricciones, incluso auténticas hostilidades, entre ellos. Ella decía que cuando se hallaba en las últimas etapas de su enfermedad no deseaba ni siquiera verlo. Aquello le había dolido a él mucho, pero ella no había podido remediarlo. Le pregunté por qué en los últimos momentos ni siquiera le habla permitido entrar en su habitación de enferma. Ella respondió que no lo sabía. Quizá fuera debido a que su único hijo varón había muerto a causa de la negligencia de Sam. Una negligencia criminal, lo llamaba ella, aunque nunca había utilizado, ni siquiera pensado, esa palabra en la Tierra.

»Le dije que todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo y en otro planeta. ¿Por qué alimentaba todavía en su pecho tanto resentimiento? ¿Acaso importaba aún? ¿Acaso el pequeño... he olvidado su nombre...?

—Langdon —dijo Jill.

—¿... acaso el pequeño Langdon no había resucitado también de la muerte? Y ella dijo que tal vez sí, pero que ella nunca volvería a verlo. Había muerto a la edad de dos años, y nadie por debajo de los cinco años había sido resucitado, no al menos allí. Quizá sí en otro mundo. En cualquier caso, aunque hubiera sido resucitado allí, ¿qué posibilidades tenía ella de encontrarlo de nuevo? Y aunque así fuera, ¿qué hubiera ocurrido? Él habría crecido y sería un adulto ahora, ni siquiera la recordaría. Sería una extraña para él. Y sólo Dios sabía en qué tipo de hombre se habría convertido. Tal vez hubiera resucitado entre caníbales o indios primitivos americanos, y ni siquiera supiera hablar inglés o comportarse en la mesa.

Jill sonrió y dijo:

—Eso suena a Mark Twain, y no a su esposa.

Cyrano le devolvió la sonrisa y dijo:

—Realmente ella no dijo eso. Soy yo quien ha refraseado sus palabras. Por supuesto, en sus sentimientos había mucho más que la muerte accidental de su hijo. En verdad, no puedo culpar a Clemens. Como un escritor que era, se mostraba muy distraído cuando estaba rumiando una historia. Yo también soy así. No se dio cuenta de que las mantas que cubrían al bebé habían caído a un lado y que el frío aire estaba soplando directamente sobre el niño. Estaba conduciendo su caballo de forma automática por la nieve mientras su mente vagabundeaba por otro mundo... el de sus ficciones.

»Sin embargo, Olivia estaba convencida de que él no era tan distraído como pretendía. Insistía en que no podía ser cierto, en que una parte de su mente al menos hubiera debido observar la situación del bebé. Él no deseaba realmente un hijo. Al contrario de la mayoría de los hombres, prefería las niñas. Además, el niño había estado enfermo desde su nacimiento, era una molestia. Para Sam, quiero decir.

—Eso es algo a su favor —dijo Jill—. El que prefiriera las niñas quiero decir. Aunque, para ser honesta, supongo que resulta tan neurótico preferir las niñas que los niños. De todos modos, no tenía ese chauvinismo masculino...

—Tienes que comprender —dijo Cyrano— que Olivia no era consciente de todas esas cosas durante su existencia terrestre. Al menos, eso es lo que ella decía, aunque sospecho que se había visto asaltada por tales pensamientos, se sintió avergonzada de ellos, y los relegó a lo más profundo y oscuro de su alma. Pero fue aquí, en este valle, cuando se convirtió en una adicta a masticar la soi-dísant, la llamada goma de los sueños, donde comprendió sus auténticos sentimientos.

»Y así, aunque seguía amando a Clemens, de una cierta manera empezó a odiarlo aún más.

—¿Dejó de utilizar la goma de los sueños?

—Sí. La trastornaba demasiado. Aunque de tanto en tanto tenía algunas visiones extáticas o fantásticas, las experiencias horribles eran demasiado numerosas.

—Hubiera debido seguir con ello —dijo Jill—. Pero bajo un control adecuado. Sin embargo...

—¿Sí?

Jill frunció los labios, luego dijo:

—Quizá yo sea la menos adecuada para efectuar un juicio crítico. Yo dispuse de un guru, una hermosa mujer, la mujer más sabia y mejor que haya tenido nunca, pero que no pudo evitar el que me

metiera de cabeza en... bien, no vale la pena entrar en ello... fue demasiado... ¿desalentador? No, aterrador. Me acobardé. Así que no debería criticar a nadie, de ninguna de las maneras. He pensado en volver a tomarla de nuevo, pero no confío en el método de usarla que preconizan los de la Segunda Oportunidad, aunque proclamen que es una técnica excelente y completamente segura. No puedo confiar enteramente en una gente que tiene sus creencias religiosas.

—Yo era un librepensador, un libertino, como decíamos en mi época —dijo Cyrano—. Pero ahora... no sé. Quizá después de todo exista Dios. De otro modo, ¿cómo explicar la existencia de este mundo?

—Hay un montón de teorías —dijo Jill—. Y sin duda las habrás oído todas.

—La mayor parte, como mínimo —dijo Cyrano—. Esperaba oír alguna nueva de ti.

En aquel momento, varias personas invadieron la conversación. Jill se apartó del grupo y fue de un lado para otro, buscando otro grupo, una colonia temporal a la que unirse. En el Mundo del Río, como en la Tierra, todos los cócteles o reuniones eran iguales. Una hablaba brevemente, intentando hacerse oír por encima de todas las conversaciones y la música, yendo de grupo en grupo hasta haber dado una vuelta completa. Si una se sentía intrigada o incluso interesada respecto a alguien, la única solución era quedar para verse, con él o con ella, en algún otro lugar y momento, cuando una pudiera tener la oportunidad de una conversación tranquila y sin interrupciones.

En los viejos tiempos, hacía ya mucho, cuando era mentalmente joven, a menudo se había encontrado con hombres o mujeres en tales reuniones que la habían fascinado. Pero siempre había estado llena de alcohol o yerba o ambas cosas y por ello tremendamente receptiva. Era fácil sentirse atraída por una mente o un cuerpo... o por ambas cosas al mismo tiempo. Luego, la sobriedad traía consigo normalmente la lucidez. Una decepción. No siempre. Sólo la mayor parte de las veces.

Todos los cuerpos tenían allí veinticinco años de edad. Cronológicamente, ella tenía sesenta y uno. Algunos de los reunidos allí era posible que tuvieran realmente ciento treinta y dos o incluso más. Los más jóvenes no podían tener más de treinta y seis.

El índice de cordura y de sabiduría tenía que ser pues alto, si era cierto que la edad comporta el buen juicio. No había hallado que eso fuera cierto para la mayoría de la gente en la Tierra. La experiencia era algo difícil de evitar, aunque mucha gente había conseguido mantenerla a un nivel mínimo. Pero ganar experiencia no significaba ganar sabiduría, la cual significa comprender los mecanismos básicos de la humanidad. La mayoría de los ancianos que había conocido estaban gobernados por los reflejos condicionados de cuando habían tenido diecinueve años.

De modo que era de esperar que la gente no se hubiera beneficiado mucho tampoco de sus experiencias aquí. Sin embargo, los sucesivos martillazos de la muerte y la resurrección habían roto los sellos de las mentes de muchos.

Para empezar, absolutamente nadie había esperado este tipo de postvida. Ninguna religión había descrito un lugar así ni unas condiciones como éstas. Sin embargo, para ser sinceros, todas las religiones que prometían paraísos e infiernos eran notablemente vagas a la hora de proporcionar detalles. Quizá no tan notablemente, puesto que muy pocas personas habían proclamado realmente haber visto el mundo postmortem.

Y evidentemente no había nada sobrenatural en aquel lugar ni en la resurrección de los muertos en él. Todo —bueno, no todo, pero si casi todo— podía ser explicado en términos físicos, no metafísicos. Pero eso no había impedido que la gente esbozara nuevas teorías religiosas o remodelara algunas de las antiguas.

Esas religiones que no poseían perspectivas escatológicas relativas a la resurrección o la inmortalidad en el sentido occidental, como el budismo, el hinduismo, el confucianismo o el taoísmo, quedaron desacreditadas. Aquellas que las poseían, como el judaísmo, el islamismo o el cristianismo, quedaron igualmente desacreditadas. Pero aquí, como en la Tierra, la muerte de una gran religión era al mismo tiempo el nacimiento de otra nueva. Y había aquí, por supuesto, minorías

que se negaban obcecadamente, pese a todas las evidencias, a admitir que su fe había quedado invalidada.

Jill, de pie cerca de Samuelo, el ex rabino, en la actualidad obispo de la Iglesia de la Segunda Oportunidad, se preguntaba cuál habría sido su reacción el primer año en aquel mundo. No había venido ningún Mesías a salvar al Pueblo Elegido, ni por supuesto ningún Pueblo Elegido que se hubiera reunido en el Jerusalén de la Tierra. No había ningún Jerusalén, ni ninguna Tierra.

Aparentemente, el desmoronamiento de su fe no lo había desmoronado a él. De alguna forma había sido capaz de aceptar que estaba equivocado. Pese a ser un superortodoxo rabino de los tiempos antiguos, poseía una mente flexible.

En aquel momento Jeanne Jujan, que oficiaba como anfitriona, ofreció a Samuelo y a Rahelo un plato de brotes de bambú y de filetes de pescado. Samuelo miró al pescado y dijo:

—¿Qué es eso?

—Pejesapo —dijo Jeanne.

Samuelo frunció los labios y agitó la cabeza. Jeanne pareció desconcertada, puesto que evidentemente el obispo estaba hambriento y sus dedos estaban tan sólo a unos centímetros de los brotes de bambú. Los brotes de bambú, por lo que Jill sabía, no eran tabú para la ley mosaica. Pero estaban en el mismo plato que los prohibidos peces sin escamas, por lo que estaban contaminados.

Sonrió. Era mucho más fácil cambiar la religión de una persona que sus hábitos alimentarios. Un judío o un musulmán devotos podía abandonar su credo, pero no por eso dejaría de sentir náuseas si se le ofrecía un plato de cerdo. Un hindú al que Jill había conocido se había vuelto ateo en el Mundo del Rio, pero seguía sin ser capaz de comer carne. Jill, aunque descendía parcialmente de negros aborígenes, no se sentía con ánimos de comer gusanos, pese a que lo había intentado. La herencia genética no tenía nada que ver con la dieta, por supuesto; era la herencia social la que determinaba la elección de las comidas. Aunque no siempre. Algunas personas podían adaptarse más fácilmente que otras. Y siempre estaban los gustos particulares. Jill había dejado de comer cordero desde el momento mismo en que había abandonado la casa de sus padres. Lo odiaba. Y prefería una hamburguesa a un rosbif.

El hecho, pensó mientras emergía de su ensoñación, del mismo modo que un buceador emerge del agua, el hecho es que somos lo que comemos. Y comemos lo que comemos a causa de lo que somos. Y todo ello está determinado parcialmente por nuestro entorno y parcialmente por nuestra constitución genética. Toda mi familia excepto yo adoraba el cordero. Una de mis hermanas compartía mi indiferencia hacia el rosbif y mi preferencia por las hamburguesas.

Todos mis hermanos y hermanas, por lo que sé, son heterosexuales. Yo soy la única bisexual. Y no es que lo desee. Deseo ser una cosa o la otra, pero mi puerta se abre en ambos sentidos, y lo hace en dirección a uno u otro lado según de donde sople el viento. Mi viento interno sopla de este a oeste o viceversa, y mi puerta basculante se abre en consecuencia en uno u otro sentido.

En realidad, ella no deseaba ni una cosa ni la otra. Pero si tuviera que elegir —¿y por qué no debería hacerlo?—, elegiría amar a otra mujer, el ser lo que los ingleses llaman un *woman lover*.

Woman lover. ¿Por qué no decirlo claramente: lesbiana? El inglés era el mejor idioma del mundo, pero también tenía sus fallos. A menudo era demasiado ambiguo. *Woman lover* podía

significar un hombre que amaba a las mujeres, un hombre o una mujer que amaba a las mujeres, o una mujer que era una amante.

Al fin lo había dicho. Lesbiana. Y no sentía ninguna vergüenza ante ello. ¿Y qué pasaba con Jack? Ella lo había amado. Entonces...

Había emergido de su ensoñación sólo para volver a hundirse en ella de nuevo.

Al otro lado de la estancia, Firebrass, mientras hablaba con otros, no dejaba de mirarla. ¿Había notado su tendencia a convertirse en una estatua, los hombros hundidos, la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda, los párpados entrecerrados, y los ojos ligeramente introspectivos? Y si lo había hecho, ¿había decidido que era demasiado distraída y por lo tanto indigna de su confianza?

Pensar en aquello le hizo sentir un asomo de pánico. ¡Oh, Dios, si la rechazaba como candidata sólo porque de tanto en tanto se quedaba pensativa! ¡Ella no era así cuando estaba de servicio! Nunca. ¿Pero cómo convencer a Firebrass de eso?

Debería estar alerta, actuar siempre como si estuviera al acecho, extrovertida, preparada, eficaz. Como si fuera una girl scout.

Se dirigió hacia el círculo en cuyo centro se hallaba el obispo Samuelo. El hombrecillo de tez oscura estaba contando algunas historias de La Viro. Jill había oído un cierto número de ellas, puesto que había acudido a varias reuniones de la Iglesia de la Segunda Oportunidad y hablado con sus misioneros. En Esperanto, el idioma oficial de la Iglesia, La Viro significaba El Hombre. Era llamado también La Fondito, El Fundador. Aparentemente, nadie conocía su nombre terrestre, o éste no era considerado importante por los miembros de la Iglesia de la Segunda Oportunidad.

La historia de Samuelo se refería al desconocido que se había acercado a La Viro en una noche tormentosa, en una cueva arriba en las montañas. El desconocido había revelado que era uno de los que habían remodelado aquel planeta convirtiéndolo en un largo valle fluvial y que luego habían resucitado a la gente de la Tierra.

El desconocido había dado instrucciones a La Viro para que fundara la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Le había dado también varios principios que predicar, y le había dicho que después de que los hubiera difundido arriba y abajo por el valle del Río le proporcionaría más revelaciones. Por lo que ella sabía, esas nuevas «verdades» aún no habían llegado.

Pero la Iglesia se había extendido por todas partes. Sus misioneros habían viajado a pie y en barco. Algunos, se decía, habían hecho el trayecto en globos. Los medios de transporte más rápidos habían sido la muerte y la resurrección.

Realmente, aquellos que habían matado a los predicadores de la Segunda Oportunidad habían prestado un servicio a su Iglesia. Habían garantizado que la fe se difundiera por todo el Mundo del Río mucho más rápidamente.

El martirio era un excelente método de viaje, pensó Jill. Pero se necesitaba un gran valor para morir por la religión de uno ahora que los muertos seguían estando muertos. Había oído además que recientemente se había producido una gran desafección de la Iglesia. No sabía si era debido a la permanencia de la muerte ahora, o simplemente porque el movimiento había perdido buena parte de su empuje.

Uno de los componentes del grupo era un hombre al que no había sido presentada. Piscator, sin

embargo, lo había sealado desde el otro lado de la estancia y había dicho:

—John de Greystock. Vivió durante el reinado de Eduardo I de Inglaterra. ¿Siglo XIII? He olvidado mucho de la historia inglesa, aunque la estudié intensamente cuando era un cadete naval.

—Eduardo reinó desde 1270 aproximadamente hasta principios de los años 1300, creo —dijo Jill—. Recuerdo que reinó treinta y cinco años, y que murió cuando tenía sesenta y ocho. Lo recuerdo porque era una larga vida por aquellos tiempos, especialmente para un inglés. Aquellos castillos fríos y ventosos, ya sabes.

—Greystock fue nombrado barón por Eduardo y lo acompañó en sus expediciones contra los gascones y los escoceses —dijo Piscator—. Realmente no sé mucho de él. Excepto que fue gobernador de La Civito de La Animoj, *Soul City* en inglés, un pequeño estado a unos cuarenta kilómetros Río abajo. Vino aquí antes que yo, no mucho después de que el Rey Juan le robara a Sam Clemens su barco. Se alistó en el ejército de Parolando, ascendió rápidamente en sus filas, y se distinguió durante la invasión de *Soul City*.

—¿Por qué invadió Parolando *Soul City*? —preguntó Jill.

—*Soul City* había efectuado un ataque por sorpresa contra Parolando. Deseaba apoderarse del control del hierro del meteorito, y también del No Se Alquila. Casi tuvieron éxito. Pero Clemens y algunos de los otros hicieron volar la gran presa. Había sido construida para retener el agua de un arroyo de montaña y utilizarla para generar electricidad. La destrucción de la presa liberó varios millones de litros de agua. Los invasores fueron arrasados, juntos con miles de habitantes de Parolando. El agua barrió también las fábricas de aluminio y acero y las arrojó al Río. Pero el barco fluvial pudo ser recuperado casi sin daños.

»Clemens tuvo que reconstruirlo casi todo a partir de la nada. Durante nuestra situación de vulnerabilidad, los habitantes de *Soul City* se aliaron con algunos otros estados y atacaron de nuevo. Fueron rechazados, pero con grandes pérdidas. Los de Parolando necesitaban desesperadamente la bauxita, la criolita, el cinabrio y el platino de *Soul City*. Era la única fuente en todo el Valle. La bauxita y la criolita eran necesarias para hacer más aluminio. El cinabrio es un mineral de mercurio, y el platino es utilizado para los contactos eléctricos de varios aparatos científicos, y es un catalizador indispensable en varias reacciones químicas.

—Sé todo eso —dijo Jill, con una cierta aspereza.

—Discúlpame —dijo Piscator, sonriendo ligeramente—. Tras el fracasado ataque de los habitantes de *Soul City*, Greystock fue nombrado coronel. Y después de la victoriosa invasión de *Soul City* por parte de Parolando, fue hecho gobernador del terreno conquistado. Clemens deseaba un hombre duro y despiadado, y como la mayoría de los señores feudales Greystock lo era.

»Sin embargo, hace varias semanas, *Soul City* ha solicitado voluntariamente convertirse en uno de los estados miembros de los Estados Unidos de Parolando, con igualdad de derechos que el estado madre.

»Naturalmente —y aquí Piscator esbozó una retorcida sonrisa—, en estos momentos la fuente de minerales en *Soul City* está casi agotada. El Proyecto Aeronave ya no necesita para nada a *Soul City*. Y también, a través de un proceso que Greystock llama desgaste, un término muy eufemístico, me temo, la conformación original de la población de aquel país ha cambiado considerablemente. Hubo

un tiempo en que la mayoría estaba constituida por negros americanos de mitades del siglo XX, con una minoría de árabes medievales, fanáticos wahhabis, y dravidianos de la antigua India. Debido a las guerras y al férreo gobierno de Greystock, en la actualidad la mitad de la población es blanca.

—Suena como algo realmente salvaje —dijo ella—. Con las debidas disculpas a los salvajes.

—Ha tenido que sofocar varias rebeliones. Nadie estaba obligado a quedarse en Soul City, ya sabes. Clemens no toleraba la esclavitud. Todo el mundo tenía la posibilidad de marcharse, irse pacíficamente y con todas sus posesiones a cualquier otro lugar. Muchos ciudadanos de allí se quedaron aquí, juraron lealtad a Parolando, pero se convirtieron en sabotadores.

—¿Guerra de guerrillas?

—Difícilmente —dijo Piscator—. Ya sabes que la topografía del lugar no es muy adecuada para las actividades guerrilleras. No. Parece que un cierto número de ciudadanos de Soul City pensaron que el sabotaje podía ser un excelente medio de distraerse.

—¿Distraerse?

—Les proporcionaba algo que hacer. Era mejor que dirigirse a otra parte del Río. Además, muchos de ellos deseaban vengarse.

»Para ser justos con Greystock, él normalmente se contentaba con echar de su territorio a los sabotadores que capturaba. En realidad, los echaba al Río. Bueno, eso es historia, y ocurrió antes de que yo llegara aquí. De todos modos, Greystock ha venido aquí porque desea ser uno de los miembros de la tripulación de la aeronave.

—¡Pero él no posee ninguna cualificación!

—Cierto... en un sentido. No proviene de una cultura altamente tecnológica, hablando relativamente. Pero es inteligente y curioso, y puede aprender. Y aunque en sus tiempos fue barón de Inglaterra y gobernador de Soul City, está dispuesto a ser un simple tripulante. La idea de volar le fascina. Es algo tan parecido a la magia... para él. Firebrass le ha prometido que podrá ir... si no consigue suficientes hombres cualificados Naturalmente, si por casualidad la tripulación del Graf Zeppelin o del Shenandoah se presentara...

Piscator había sonreído.

Greystock medía metro ochenta de altura, mucho para la época medieval. Su pelo era negro, largo y liso; sus ojos, grandes y grises; sus cejas, densas; su nariz, ligeramente aquilina. Sus rasgos armonizaban entre sí formando un rostro áspero, pero atractivo. Sus hombros eran anchos; sus caderas, estrechas; sus piernas, muy musculosas pero largas.

En aquel momento estaba hablando con Samuelo, y su sonrisa y su tono eran ambos sarcásticos. Piscator había dicho que Greystock odiaba a los sacerdotes, aunque había sido una persona muy devota durante su existencia terrestre. Aparentemente, nunca había perdonado a los clérigos por pretender falsamente conocer la verdad acerca de la postvida.

Utilizando el Esperanto, Greystock dijo:

—Pero seguramente tendrá usted alguna idea de quién y qué era La Viro en la Tierra. ¿A qué raza pertenecía? ¿A qué nacionalidad? ¿Cuándo había nacido, cuándo murió? ¿Era prehistórico, antiguo, medieval, o de cuál de los pueblos que más tarde llamaron modernos? ¿Qué había sido en la Tierra, un religioso, un agnóstico, un ateo? ¿Cuál era su actividad o profesión? ¿Y su educación? ¿Estaba

casado? ¿Había tenido hijos? ¿Era homosexual?

»¿Fue un desconocido en su tiempo? ¿O era, tal vez, Cristo? ¿Y es por eso por lo que ahora permanece anónimo, sabiendo que ya nadie creería Sus mentiras una segunda vez?

Samuelo frunció el ceño, pero dijo:

—Sé muy poco acerca de ese Cristo; sólo lo que me han dicho, y no es demasiado. Todo lo que sé de La Viro es lo que he oído de boca en boca. Dicen que es muy alto, de piel blanca aunque muy morena, y algunos dicen que su origen puede ser persa.

»Pero todo esto es irrelevante. No es su antiguo entorno o su apariencia física lo que importa. Lo realmente importante es su mensaje.

—¿Que he oído multitud de veces de boca de los predicadores de su maldita Iglesia! —dijo Greystock—. ¿Y que no creo más que esas asquerosas falsedades que los asquerosos monjes ofrecían en mi propio tiempo diciendo que eran las verdades de Dios!

—Es su privilegio, aunque no su derecho —dijo Samuelo.

Greystock pareció desconcertado. Jill tampoco comprendió lo que quería decir el otro.

—¿Todos ustedes los sacerdotes dicen estupideces! —exclamó Greystock en voz muy alta, y se marchó con el ceño fruncido.

Piscator, observándole, sonrió.

—Un hombre peligroso. Pero interesante. Deberías conseguir de él que te contara la historia de su viaje con un arcturiano.

Jill alzó las cejas.

—Sí, conoció a un ser que vino a la Tierra procedente de un planeta de la estrella Arcturus. Aparentemente, este ser vino con algunos otros en una nave espacial en el año 2002 después de Cristo. Pero se vio obligado a matar a casi toda la humanidad. El también murió, creo. Es una historia horrible, pero verídica.

»Firebrass puede proporcionarte los detalles. Estaba en la Tierra cuando ocurrió.

Deseosa de hablar con Greystock, Jill se encaminó por entre la multitud hacia él. Pero fue detenida por Firebrass antes de que pudiera alcanzar al inglés.

—Un mensajero acaba de decirme que hemos conseguido establecer radiocontacto con el Mark Twain. ¿Te gustaría asistir a la conversación? Puede que tengas la oportunidad de hablar con el gran Sam Clemens en persona.

—¡Por supuesto que me gustaría! —dijo ella—. Y gracias por la invitación.

Jill siguió a Firebrass hasta el jeep, que estaba cerca del pie de la escalera. Estaba hecho de aluminio y acero y llevaba neumáticos de nilón. Su motor de seis cilindros funcionaba con alcohol de madera.

Había cinco pasajeros: Firebrass, Gulbirra, de Bergerac, Schwartz y Hardy. El jeep partió rápidamente, siguiendo los estrechos valles por entre las colinas. Sus brillantes faros mostraban la hierba, cortada a máquina, muy corta, y cabañas aquí y allá, plantaciones del increíblemente prolífico bambú, cuyas plantas alcanzaban a veces más de treinta metros de altura. Dejando atrás las colinas, aceleró por la llanura que descendía suavemente hacia el Río.

Jill podía ver las luces de la fábrica de aluminio, la laminadora de acero, la destilería, el taller de soldadura, la armería, la fábrica de pólvora, la planta de cemento, y el edificio del gobierno. Este último alojaba las oficinas del periódico y la estación de radio, y los altos oficiales del gobierno tenían allí sus alojamientos.

El colosal hangar estaba Río abajo, a favor del viento con respecto a los demás edificios. Arriba en las montañas, hacia el este, había hileras de luces. Correspondían a la presa que se estaba construyendo para reemplazar a la otra que Clemens había volado.

El jeep pasó junto al hangar. Una locomotora de vapor que quemaba alcohol, pasó traqueteando, tirando de tres vagones planos cargados con vigas de aluminio. Penetró en el iluminado hangar, se detuvo, y el garfio de una grúa móvil se cernió sobre el último vagón. Los operarios se afanaron a su alrededor sujetando las vigas al garfio con cables de acero.

El «Ayuntamiento» era el edificio situado más al norte. El jeep se detuvo ante su porche. Todos bajaron y pasaron entre dos enormes columnas dóricas. Jill pensaba que el edificio era una abominación, arquitectónicamente hablando. No encajaba en absoluto con ninguno de los que le rodeaban. Vista desde lejos, aquella zona parecía como si el Partenón y una sección del Ruhr hubieran sido teleportadas a una remota parte de Tahití.

Las oficinas de Firebrass ocupaban toda la parte izquierda de un enorme corredor. Seis hombres montaban guardia ante su entrada, cada uno de ellos armado con un rifle de un solo tiro que disparaba balas de plástico de calibre .80. Llevaban también dagas y machetes. La «cabin» de radio era una gran habitación cerca de la sala de conferencias y el *sancta sanctorum* de Firebrass. Entraron en ella, para encontrar a varios hombres de pie en torno al operador. Este estaba ajustando diales en el gran panel que tenía delante. Al oír abrirse de golpe la puerta gracias al excesivo empujón dado por su comandante, alzó la vista.

—He estado hablando con Sam —dijo—. Pero lo he perdido hará unos treinta segundos. Espera,

creo que lo he recuperado.

Una serie de chirridos y crujidos brotó del altavoz. Repentinamente, las interferencias descendieron de tono, y pudo oírse una voz por encima del ruido de fondo. El operador hizo un ajuste final y dejó su silla a Firebrass.

—Firebrass al habla. ¿Eres tú, Sam?

—No. Un momento.

—Aquí Sam —dijo una agradable voz arrastrando las palabras—. ¿Eres tú, Milt?

—Claro que lo soy. ¿Cómo estás, Sam? ¿Cómo van las cosas?

—Hasta el día de hoy, Milt, el diario electrónico de a bordo dice que hemos viajado 792.014 millas. Puedes convertirlo en kilómetros si quieres. Yo prefiero el antiguo sistema, y pensamos que... bueno, tú ya lo sabes. No está mal para un viaje de tres años, ¿eh? Pero sigue siendo muy lento. Un caracol podría llegar al Polo Norte mucho más aprisa que nosotros, si pudiera ir en línea recta. O, perdóname, en una gran curva. Tendría tiempo de construir un hotel para nosotros y hacer una enorme fortuna alquilando habitaciones a las morsas hasta que nosotros llegáramos. Incluso aunque el caracol viajara a un ritmo de tan sólo una milla cada veinticuatro horas y nosotros siguiéramos con nuestra media de ochocientas millas diarias.

»En cuanto a... —chirrido, crujido— pocos problemas.

Firebrass aguardó a que la recepción se aclarara de nuevo antes de volver a hablar.

—Entonces, ¿todo va bien, Sam?

—Sobre ruedas —dijo Sam—. No ha ocurrido nada fuera de lo común. Lo cual significa que constantemente se han producido emergencias, siempre ha habido problemas, pero ningún motín entre la tripulación. He tenido que echar a puntapiés a alguno de tanto en tanto. Si las cosas siguen así, cuando alcancemos el millón de millas yo seré la única persona a bordo que salió de Parolando.

Más crujidos. Luego Jill oyó una voz tan profunda, tan cavernosa, que sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Qué? —dijo Sam—. Oh, si, te olvidé, cosa que no es fácil teniendo tu aliento de alcohol soplando constantemente en mi nuca. Joe dice que él también sigue aquí. Quiere decirte hola. Di hola, Joe.

—Hola, Milt.

El retumbar de un trueno en un barril.

—¿Cómo eztá todo el mundo? Bien, ezpero. Aquí eztoy yo, y él eztá un poco trizte porque zu amiga lo abandonó. Pero volverá, eztoy zeguro. Zam zigue teniendo ezoz maloz zueños acerca de Hachazangrienta. Yo le he dicho que tenía que dejar de beber, y azí ze zentiria mejor. No tiene ninguna ezcuza para beber, puezto que me tiene a mí a zu lado que zoy un ejemplo viviente de zobriedad.

Jill miró a Hardy.

—¿Qué significa...? —dijo.

Hardy sonrió.

—Zi, cecea un poco —dijo—. Joe Miller es tan grande como dos Goliats puestos juntos, pero cecea. Joe pertenece a una especie de subhumanos que Sam ha denominado Titanthropus clemensi,

aunque realmente creo que la raza de Joe es simplemente una variante gigantesca del *Homo sapiens*. De todos modos, se extinguió aproximadamente hace de unos cincuenta mil a unos cien mil años. Él y Sam se encontraron hace muchos años, y desde entonces han sido grandes amigos. Damón y Pitias. Roland y Oliver.

—Más bien Abott y Costello, o Laurel y Hardy —murmuró alguien.

—¿Hardy? —dijo Hardy.

—Silencio —dijo Firebrass—. De acuerdo, Sam. Todo en órbita aquí. Hemos conseguido un nuevo candidato de primera clase, un auténtico oficial de élite. Australiano. Se llama Jill Gulbirra. Tiene más de ochocientas horas de experiencia en dirigibles y un título de ingeniero. ¿Qué te parece?

Crujidos. Luego:

—¿Una mujer?

—Exacto, Sam. Ya sé que no había mujeres piloto de barcos fluviales ni ingenieras de ferrocarriles en tus días. Pero en mi tiempo teníamos mujeres que pilotaban aviones y que eran jockeys e incluso astronautas.

Jill se recuperó de su sorpresa y avanzó unos pasos.

—Déjame hablar con él —dijo—. Quiero decirle algo a ese hijo de puta.

—No está haciendo ninguna objeción —dijo Firebrass, alzando la vista hacia ella—. Sólo está sorprendido. Tranquilízate.

»¿De qué te preocupas? Todo va bien. Y aunque él no estuviera de acuerdo, no podría hacer nada. Yo soy aquí el Número Uno.

»Sam, ella dice que le alegra oír tu voz.

—Ya lo he oído —dijo Sam, con una risita—. Escucha... —crujidos, zumbidos, silbidos—... cuando?

—La estática ha enviado al infierno tu última frase —dijo Firebrass—. Y estamos perdiendo el contacto. No creo que podamos mantenerlo durante mucho rato. Así que vayamos aprisa. Todavía me falta mucho para tener completa la tripulación, pero tengo un año por delante antes de que la gran aeronave esté terminada. Por entonces puede que ya disponga de los suficientes elementos. Y si no, ¿qué importa? Los pilotos de aeroplano y los mecánicos están a diez centavos la docena, y pueden ser entrenados para operar un dirigible.

»Escucha...

Hizo una pausa, miró a su alrededor —aunque Jill no pudo adivinar el porque— y dijo:

—¿Has sabido algo de X? Has...

La estática sumergió de nuevo su voz, la desmenuzó, y masticó y tragó los pedazos. Tras intentar durante varios minutos más restablecer el contacto con Clemens, Firebrass abandonó.

—¿Qué es eso acerca de X? —preguntó Jill a Hardy.

—No lo sé —dijo el hombre de Nueva Inglaterra—. Firebrass dice que es un chiste privado entre Sam y él.

Firebrass desconectó la radio y se levantó de su asiento.

—Se está haciendo tarde, y mañana tenemos mucho que hacer. ¿Quieres que Willy te acompañe a casa, Jill?

—No necesito que nadie me proteja —dijo ella—. Y no me importa caminar. No, gracias.

Envuelta en sus toallas unidas por sus cierres magnéticos, caminó cruzando la llanura. Antes de alcanzar la primera colina, vio las nubes amontonarse en el brillantemente iluminado cielo nocturno. Tomó una barrita de goma de los sueños de su bolsa de costado, la partió por la mitad, y metió una parte en su boca. Hacía años que había masticado la última.

Mientras se pasaba la blanda pasta parecida al chicle de uno a otro lado de su boca, se preguntó por qué repentinamente, casi involuntariamente, había decidido probarla de nuevo. ¿Cuál era su motivo secreto? Había sido casi un acto inconsciente. Si no hubiera adquirido la costumbre de observarse de cerca a sí misma, ni siquiera se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo.

Los relámpagos empezaron a destellar por el norte. Luego la lluvia cayó como si hubieran derramado un enorme depósito. Se cubrió la cabeza con la capucha y encogió los hombros. Sus pies desnudos estaban empapados, pero las ropas que cubrían su cuerpo rechazaban las gotas.

Abrió la puerta de su cabaña y entró. Se quitó la bolsa que llevaba en bandolera, la abrió, y sacó el pesado encendedor de metal que le proporcionaba su cilindro dos veces al año. Tanteó hasta que encontró la mesa que contenía una lámpara de alcohol, un obsequio de Firebrass. Un relámpago le mostró su situación, y su claridad le permitió localizar la lámpara.

Algo tocó su hombro.

Gritó y se volvió, dejando caer el encendedor. Lanzó su puño derecho hacia adelante. Una mano sujetó su muñeca izquierda. Alzó la rodilla, apuntando a la ingle que suponía estaba en su trayectoria. Golpeó contra una cadera, y otra mano sujetó su otra muñeca. Dejó de ofrecer resistencia, engañando así a su atacante. Este rió y la atrajo hacia sí. Ahora podía verlo vagamente a la luz de los relámpagos que iluminaban débilmente el interior de la cabaña. Su nariz estaba junto a ella y muy cerca, aunque un poco por debajo, ya que el hombre era ligeramente más bajo.

Inclinó rápidamente la cabeza y mordió la punta de la nariz, y giró salvajemente la cabeza. El hombre lanzó un grito y la soltó. Retrocedió tambaleándose, agarrándose la nariz.

Ella le siguió, y esta vez alzó su pierna directamente al blanco preciso. Aunque no llevaba zapatos, sus dedos endurecidos por el mucho caminar descalza acertaron en los genitales, y el hombre cayó al suelo retorciéndose, olvidando su nariz y bajando sus manos al nuevo foco de dolor.

Jill siguió avanzando y saltó violentamente sobre él, aterrizando en su costado. Las costillas del hombre restallaron sordamente. Apartándose de él, se inclinó y lo sujetó por ambas orejas. Él intentó alzar las manos, pero ella las apartó de un golpe. Las orejas se rasgaron con un ruido rechinante.

El hombre, ignorando sus dañados genitales y sus costillas rotas, consiguió ponerse en pie. Jill le golpeó a un lado del cuello con el filo de su mano. Su adversario se derrumbó, y ella se dirigió a la mesa y encendió la lámpara con el encendedor que había recogido con mano temblorosa. La mecha prendió rápidamente, y la llama brilló alta cuando ella giró el regulador de paso del lado de la lámpara. Tras ajustar la luminosidad, Jill se volvió, y dejó escapar un nuevo grito.

El hombre se había alzado de nuevo y había tomado una lanza de la pared, y la estaba apuntando contra ella.

La lámpara voló de manos de Jill en un instantáneo reflejo homicida. Golpeó al hombre en la cara, rompiéndose y derramando el alcohol que contenía.

Las llamas estallaron. El hombre lanzó un grito y corrió ciegamente —sus ojos estaban ardiendo— hacia ella. Jill gritó. Sólo entonces lo reconoció.

—¡Jack! —aulló. Y él estaba ya sobre ella, rodeándola con sus incendiados brazos, derribándola de espaldas y asfixiándola con su peso. Incapaz de respirar por un instante, pero en el frenesí de escapar de aquel feroz abrazo, ella se retorció para liberarse y rodó sobre sí misma, apartándose. Sus ropas a prueba de fuego la protegieron de las llamas.

Antes de que pudiera ponerse en pie de nuevo, sin embargo, él había agarrado el borde de sus ropas y tirado de él. Los cierres magnéticos se soltaron con un chasquido. Desnuda, Jill saltó sobre sus pies y corrió hacia la lanza, en el suelo allá donde él la había dejado caer. Se inclinó para recogerla, pero Jack estaba ya sobre ella, sujetándola por detrás, sus manos ardiendo estrujando sus pechos, su llameante erección penetrándola profundamente. Sus gritos conjuntados resonaron por las paredes de la cabaña, pareciendo crecer en intensidad a cada eco. Se sentía arder, calcinar, en su interior, en sus nalgas, en sus pechos, y en sus oídos... como si los ecos fueran llamas también. No podía hacer otra cosa más que girar y girar sobre sí misma, hasta que la pared la detuvo.

Jack estaba ahora a cuatro patas, sosteniéndose tambaleante sobre manos y rodillas, el pelo carbonizado, el cráneo ennegrecido y cuarteado, la piel abierta mostrando una sangrante carne enrojecida y unos huesos blancocenicientos. La única iluminación era el fuego que aún consumía su rostro y su pecho y su vientre y su pene, hinchado con la pasión del odio... y los relámpagos que cuarteaban la tierra allá afuera.

Estaba de nuevo en pie y corría hacia la puerta para salir al exterior, donde la bendita lluvia apagaría el fuego y calmaría sus quemaduras externas. Pero, de algún modo, él consiguió sujetarla por el tobillo. Cayó pesadamente, perdiendo nuevamente el aliento. Y Jack estaba de nuevo sobre ella, murmurando extraños sonidos chirriantes —¿su lengua había ardido también?—, y ambos se vieron envueltos otra vez en fuego.

Se sintió deslizar a lo largo de un interminable grito de pura agonía hacia una profundidad insondable, un orificio que se expandía rápidamente para recibirla mientras caía irremediabilmente hacia el centro de aquel mundo y hacia el corazón de todas las cosas.

El rostro de Jack se inclinaba sobre ella. Incorpóreo, flotaba libremente como un globo. Su rizado pelo rojizo, su amplio y agraciado rostro, sus brillantes ojos azules, su poderosa mandíbula, sus gruesos labios sonrientes...

—¡Jack! —murmuró, y entonces el rostro se disolvió y transformó en otro, unido a un cuerpo.

El rostro era amplio y agraciado, los pómulos altos, los ojos negros, el pelo liso y negro también.

—¡Piscator!

—Te oí gritar. —Se inclinó sobre ella y tomó sus manos—. ¿Puedes levantarte?

—Creo que sí —dijo ella temblorosamente. Lo consiguió sin demasiada dificultad gracias a su ayuda. Se dio cuenta de que los truenos y los relámpagos habían cesado. Tampoco llovía, aunque el agua seguía goteando de los aleros. La puerta estaba abierta, mostrando únicamente oscuridad. Las nubes aún no habían desaparecido. No, podía distinguirse ya silueta de una colina emergiendo de pronto. Más allá, el cielo parecía rasgarse y mostraba el telón de fondo de una enorme nebulosa constelada por miles de estrellas gigantes.

Fue consciente también de que estaba desnuda. Bajó los ojos y vio que sus pechos estaban enrojecidos, como si los hubiera expuesto demasiado cerca de un fuego. La rojez fue disipándose lentamente mientras miraba.

—Creí que te habías quemado ligeramente —dijo Piscator—. Tus pechos y tu zona púbica estaban como hinchados y enrojecidos. Pero no había señal alguna de fuego.

—El fuego venía del interior, de dentro de mí —dijo ella—. La goma de los sueños.

Él alzó las cejas.

—Oh —dijo.

Ella se echó a reír.

Él la acompañó hasta su camastro, y ella se tendió con un suspiro de alivio. El ardor dentro de su vagina había disminuido también. Piscator se movió de un lado para otro en la cabaña, cubriéndola con toallas, trayéndole un vaso de agua de lluvia del barril de bambú colocado fuera de la entrada. Jill bebió el agua, sujetando el tazón con una mano, apoyándose en el codo del otro brazo.

—Gracias —dijo—. No hubiera debido masticar esa goma. Estaba deprimida, y cuando me siento así me produce extraños efectos. Todo parecía tan real, tan horrible. Nunca he sospechado de su realidad, aunque era algo claramente imposible.

—Los de la Segunda Oportunidad utilizan la goma de los sueños en su terapia —dijo él—, pero siempre bajo supervisión. Parece dar resultados beneficiosos. Pero nosotros sólo la usamos en los estadios iniciales de la educación con algunas personas.

—¿Nosotros?

—Al Ahl al-Hagg, los seguidores de lo Real. Lo que vosotros, los occidentales, llamáis sufíes.

—Lo suponía.

—No es extraño, puesto que ya hablamos de ello.

Ella jadeó y dijo:

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Debe haber sido la goma —murmuró ella—. He terminado con ella. Nunca más.

Se sentó bruscamente en el camastro y dijo:

—No le dirás nada a Firebrass de esto, ¿verdad?

El ya no sonreía.

—En este momento estás sufriendo algunos trastornos psíquicos graves. Ocasionar quemaduras, estigmas, en tu propio cuerpo, únicamente por medios mentales... bien...

—No usaré la goma nunca más. No estoy haciendo una promesa vacía, ¿sabes? No soy una adicta. Soy mentalmente estable.

Estás profundamente trastornada —dijo él—. Sé honesta conmigo, Jill. Puedo llamarte Jill, ¿me lo permites? ¿Has sufrido ataques similares a éste? De ser así, ¿cuántos, y cuán serios han sido? Es decir, ¿cuánto tiempo duraron? ¿Cuánto tiempo necesitaste para recuperarte de ellos?

—No he sufrido ningún ataque recientemente, como dices —murmuró ella.

—Muy bien. No diré nada a nadie. Es decir, si no vuelve a producirse algo así. ¿Serás sincera conmigo y me lo dirás si vuelves a sufrir alguno? No pretenderás poner en peligro la nave sólo porque deseas desesperadamente formar parte de su tripulación.

—No, nunca haría algo así —dijo ella. Pero le costó pronunciar aquellas palabras.

—Entonces dejaremos las cosas así, por el momento.

Ella se inclinó hacia adelante de nuevo, apoyándose sobre un codo, ignorando el hecho de que las toallas se deslizaban hacia un lado dejando sus pechos desnudos.

—Vamos, Piscator. Sé sincero tú también. Si recibes un rango inferior al mío, como es probable, si Firebrass concede los puestos de acuerdo con la experiencia, ¿no te sentirás agraviado por servir bajo mis órdenes?

—En absoluto —dijo él, sonriendo.

Ella se echó hacia atrás y volvió a cubrirse con las toallas.

—Procedes de una cultura que mantenía a las mujeres en una posición muy inferior. Sus mujeres se hallaban prácticamente al nivel de las bestias de carga. Ellas...

—Eso fue en el pasado, el lejano y muerto pasado —dijo él—. Y nunca fui, ni lo soy, un machista típico, nipón o no. No deberías estereotipar. Al fin y al cabo, eso es lo que más odias, contra lo que has luchado durante toda tu vida, ¿no? El estereotipar.

—Tienes razón —dijo ella—. Pero es un reflejo condicionado.

—Creo haberlo dicho ya antes. Pero la repetición es útil en la educación. Deberías aprender a pensar de forma distinta.

—¿Y cómo debo hacerlo?

Él vaciló, luego dijo:

—Lo sabrás cuando lo intentes. Y a quién acudir.

Jill se dio cuenta de que Piscator estaba esperando que le pidiera que le aceptara como discípula suya. Pero no pensaba hacer nada de eso. Simplemente, no creía en ninguna religión organizada. Aunque el sufismo no era una religión, sus miembros eran religiosos. No había ningún sufi ateo.

Ella era atea. Pese a haber resucitado, no creía en la existencia de un Creador. Como mínimo, no

creía en la existencia de un Creador que estuviera personalmente interesado en ella o en ninguna otra criatura en particular. La gente que creía en un Dios que consideraba a los seres humanos como hijos Suyos —¿por qué siempre tenía que ser él... por qué Dios tenía que tener sexo, y además masculino?—, la gente que creía en Él estaba engañada. Aquellos que creían en Dios podían ser inteligentes, pero sus mentes estaban sumidas en la ignorancia. Las ruedas de la parte de su cerebro correspondiente a la religión habían sido puestas en punto muerto, y giraban libres. O el circuito de la religión había sido desconectado del circuito principal de la inteligencia.

Aquella era una mala analogía. La gente utilizaba su inteligencia para justificar el fenómeno no inteligente y basado en las emociones llamado religión. Y a menudo lo hacía de forma brillante. Pero, en lo que a ella se refería, de una forma totalmente inútil.

—Ahora será mejor que duermas —dijo Piscator—. Estupendo. Si me necesitas, llámame sin ningún reparo.

—Tú no eres médico —dijo ella—. ¿Por qué debería...?

—Tienes posibilidades. Y aunque a veces actúas estúpidamente, no eres estúpida. Aunque te engañes a ti misma de tanto en tanto, y sigas haciéndolo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Él hizo una rápida inclinación de cabeza y salió, cerrando la puerta a sus espaldas. Ella fue a llamarle, pero se contuvo. Había deseado preguntarle qué estaba haciendo cerca de la cabaña cuando la había oído. Era demasiado tarde. Y no tenía importancia. Sin embargo... ¿qué estaba haciendo por aquí? ¿Había intentado seducirla? Ni pensar en violación, por supuesto. Ella era más fuerte que él, y aunque él probablemente dominaba las artes marciales, ella también. Además, la posición de Piscator como futuro oficial de la aeronave se vería seriamente comprometida si ella lo acusaba de algo así.

No, él no pretendía ni seducirla ni violarla. Además, no daba la impresión de ese tipo de hombre. Por otra parte, por muy encantadoramente que actuaran, ¿no buscaban en el fondo todos lo mismo? Pero no, había algo en él... odiaba utilizar la palabra imprecisa y completamente acientífica de vibraciones, pero era la más adecuada. No radiaba esa longitud de ondas calificada como «malas vibraciones».

Fue entonces cuando se dio cuenta de que él no le había pedido que le describiera su experiencia. Si se había sentido curioso, había sabido dominarse. Quizá había creído que era a ella a quien correspondía decidir si quería compartir los detalles con él. Era un hombre muy sensitivo, muy perceptivo.

¿Qué significaba aquel horrible ataque de Jack? ¿Que ella tenía miedo de él, de los hombres en general? ¿O del sexo masculino? ¿O del propio sexo cuando se presentaba en forma masculina? No podía creerlo. Pero la ¿ilusión?, ¿alucinación?, ¿visitación?, había revelado ciertos sentimientos de odio y destrucción. No sólo hacia los hombres en general y hacia Jack en particular. Lo había incendiado a él, pero al mismo tiempo se había incendiado y violado a sí misma... en un cierto modo. Lo cual no tenía sentido. Seguro que ella no deseaba subconscientemente ser violada. Sólo una mujer mentalmente enferma desearía eso.

¿Se odiaba a si misma? La respuesta era: sí, a veces. ¿Pero quién no?

Un rato más tarde, se hundió en un inquieto sueño. En un determinado momento, soñó con Cyrano de Bergerac. Estaban luchando con espadas. La girante punta del arma de él la deslumbraba, y entonces la espada de ella saltó de su mano, y él hundió profundamente su arma en el ombligo de ella. Bajó la mirada sorprendida, mientras el arma penetraba y luego era retirada, pero de su ombligo no brotó ni una gota de sangre. En vez de ello, se hinchó y se hinchó, y al cabo de un tiempo el tumor expulsó un pequeño puñal.

El shock del agua fría hizo recuperar completamente el conocimiento a Burton. Por un minuto estuvo completamente debajo de la superficie, sin saber cuál era el camino hacia arriba en la oscuridad.

Sólo había una forma de averiguarlo. Tras cinco brazadas, sintió que la presión en sus oídos aumentaba. Invirtiendo su posición, nadó en lo que esperaba fuera la dirección opuesta. Por todo lo que sabía, se estaba moviendo horizontalmente. Pero la presión cesó, y justo cuando temía no poder contener más tiempo la respiración, emergió a la superficie.

Al mismo tiempo, algo golpeó violentamente contra la parte de atrás de su cabeza, dejándolo semiinconsciente de nuevo. Agitó las manos hasta que tropezaron con un objeto, y se aferró a él. Aunque no podía ver nada en la bruma, reconoció la cosa a la que se había sujetado. Un enorme tronco.

A su alrededor había una inmensa barahúnda, gritos, aullidos, alguien cerca de él pidiendo socorro. Soltó su presa tan pronto como hubo recuperado todos sus sentidos, y nadó hacia la mujer que gritaba pidiendo ayuda. Cuando estuvo cerca reconoció la voz de Loghu. Unas cuantas brazadas lo llevaron junto a ella, lo suficientemente cerca como para entrever su rostro.

—Tranquila —dijo—. Soy yo, Dick.

Ella se agarró a sus hombros, y los dos se hundieron. Burton se debatió, la obligó a soltarle, giró en torno a ella y la sujetó por detrás.

Loghu dijo algo en su tokhariano nativo. Él le respondió en la misma lengua:

—No te asustes. Todo está bien.

Loghu, jadeando, dijo:

—Me he sujetado a algo. No voy a hundirme.

Él la soltó y miró. Otro tronco. La colisión debía haber soltado algunos de los troncos delanteros de la balsa. ¿Pero dónde estaba su barco, y dónde la balsa? ¿Y dónde estaban Loghu y él?

Parecía probable que hubieran caído en el orificio producido cuando los troncos delanteros de la balsa se soltaron. Pero seguramente la corriente había arrastrado la parte intacta contra la roca, aplastándolo todo entre ella y la roca. ¿Habían sido llevados más allá de la esquina de la espira, y estaban derivando ahora con la corriente?

Si era así, estaban en medio de una maraña de troncos y pedazos de madera del barco. No dejaban de golpear contra él y Loghu.

Ella gimió y dijo:

—Creo que tengo una pierna rota, Dick. Me duele terriblemente.

El tronco al que estaban agarrados era muy largo y grueso, y sus extremos eran tan distantes que no podían verlos entre la bruma. Tenían que clavar los dedos en la rugosa corteza para mantener su presa. No iba a pasar mucho tiempo antes de que se vieran obligados a soltar su asidero.

Repentinamente, la voz de Monat surgió entre el grisor.

—¡Dick! ¡Loghu! ¿Estáis ahí?

Burton gritó, y un momento más tarde algo chocó contra el tronco. Golpeó sus dedos, haciéndole

lanzar un grito de dolor y soltar su presa. Se hundió en el agua. Braceó para volver a la superficie, y entonces el extremo de una pértiga brotó como una serpiente lista para atacar de entre la bruma. Rozó su mejilla izquierda. Un poco más a la derecha y le hubiera dado de lleno, quizá le hubiera partido el cráneo.

La agarró y gritó que tiraran de él.

—Loghu está aquí también —dijo—. ¡Ve con cuidado con esa pértiga!

Fue arrastrado por Monat hasta el borde de la balsa, donde Kazz lo izó con un solo movimiento. Luego Monat lanzó de nuevo la pértiga hacia la oscuridad. Un minuto más tarde Loghu era izada también. Estaba semiinconsciente.

—Envuélvela con algunas ropas. Manténla caliente —dijo a Kazz.

—Sí, Burton—*naq* —dijo el Neanderthal. Se volvió y fue envuelto por la bruma.

Burton se sentó en la húmeda y lisa superficie de la balsa.

—¿Dónde están los demás? ¿Está bien Alice?

—Están todos excepto Owenone —dijo Monat—. Alice parece tener algunas costillas rotas. Frigate se golpeó la rodilla En cuanto al barco, ya no existe.

Antes de que pudiera recobrase de la impresión, vio llamear antorchas. Se acercaron a ellos, lanzando la suficiente luz como para distinguir a sus portadores. Eran una docena de caucasianos bajos y de rostros oscuros con narices anchas picudas, vestidos de la cabeza a los pies con ropas a franjas de muchos colores. Sus únicas armas eran cuchillos de pedernal, todos enfundados.

Uno de ellos habló en una lengua que Burton pensó era semítica. Si lo era, sonaba como una antigua forma de esa familia lingüística. Podía comprender alguna palabra aquí allá, sin embargo. Respondió en Esperanto, y el que hablaba cambió a éste.

Siguió un rápido diálogo. Aparentemente, el hombre en la torre se había dormido porque había estado bebiendo. Había sobrevivido a la caída desde la torre cuando la balsa se había estrellado contra la isla y los había arrojado a él y al hombre que Burton había visto subir.

Este segundo hombre no había tenido tanta suerte. Se había roto el cuello. En cuanto al piloto, su suerte no había durado mucho. Había sido arrojado por la borda por sus coléricos compañeros.

Los grandes ruidos rechinantes que Burton había oído antes de que su barco recibiera el impacto procedían de la colisión de la proa en forma de V de la balsa contra los muelles y luego la dura roca de la playa. Esto había hecho que la mitad delantera de la V fuera levantada y la mayoría de las cuerdas de piel de pez que mantenían unidos los troncos entre sí se rompieran. La V había absorbido también la mayor parte del impacto, impidiendo de este modo que el resto de la balsa se despedazara.

Una sección del lado noroeste había sido arrancada, pero se había mantenido en su lugar obligado por el cuerpo principal de la balsa. Era un amasijo de masivos troncos lo que había impactado contra la *Hadji II*, aplastando la mitad inferior de su parte trasera. Tras el golpe, la parte delantera del barco se había hundido en el agua, mientras que la parte trasera, destrozada por el impacto, se desmoronaba y caía sobre —y entre— el amasijo de troncos.

Burton había sido lanzado hacia delante contra la roca por el impacto, había caído en cubierta, y luego se había deslizado por ella hasta el agua.

Por supuesto, la tripulación podía considerarse afortunada de que ninguno hubiera resultado muerto o seriamente herido. No, Owenone aún no había aparecido.

Había muchas cosas de que ocuparse ahora. En primer lugar, los heridos debían ser atendidos. Se dirigió hacia el lugar donde se hallaban los otros, bajo el resplandor de tres antorchas. Alice le rodeó el cuello con sus brazos y lloró cuando él la abrazó.

—No me aprietes —le dijo ella—. Me duele el costado.

Un hombre avanzó hasta él y le dijo que le habían encargado que se ocupara de ellos. Las dos mujeres fueron transportadas por algunos de los hombres de la balsa, mientras Frigate, gruñendo, les seguía apoyado en Kazz. Por aquel entonces la luz del día era ya lo suficientemente intensa como para que pudieran ver con claridad. Tras avanzar unos sesenta metros, se detuvieron ante una gran cabina de bambú techada con las enormes hojas del árbol de hierro. Toda la estructura estaba asegurada a la balsa mediante cuerdas de cuero atadas a clavijas fijadas en los troncos.

Dentro de la cabina había una plataforma de piedra sobre la que ardía un pequeño fuego. Los heridos habían sido acomodados en literas de bambú cerca de él. Por aquel entonces la bruma se había ido disipando. La luz era mucho más intensa, y todos se sobresaltaron al oír un ruido como de un millar de cañones disparando al mismo tiempo. Por mucho que oyeran aquel ruido, siempre les sobresaltaba.

Las piedras de cilindros habían escupido su energía.

—Nos hemos quedado sin desayuno —dijo Burton.

Alzó bruscamente la cabeza.

—¡Los cilindros! ¿Alguien recogió los cilindros?

—No, se perdieron con el barco —dijo Monat. Su rostro se crispó dolorosamente, y sollozó—. ¡Owenone debe haberse ahogado!

Se miraron los unos a los otros a la luz de las llamas. Sus rostros estaban aún pálidos tras las pruebas sufridas; pese a ello, perdieron aún algo más de su color.

Algunos gruñeron. Burton maldijo. El también sentía pesar por Owenone, pero él y su tripulación se habían convertido en mendigos, dependientes de la caridad de los demás. Era preferible estar muerto que sin cilindro, y en los viejos días aquellos que perdían el suyo podían, y a menudo lo hacían, suicidarse. Al día siguiente despertaban, lejos de sus amigos y compañeros, pero al menos con su fuente de comida y lujos.

—Bueno —dijo Frigate—, siempre podemos comer pescado y pan de bellotas.

—¿Por el resto de nuestras vidas? —dijo sarcásticamente Burton—. Lo cual puede significar eternamente, por lo que sabemos.

—Intenta simplemente mirar el lado bueno de las cosas —dijo el americano. Aunque admito que no es muy alentador.

—¿Por qué no os preocupáis de las cosas que realmente importan? —dijo Alice—. Por el momento, me gustaría que alguien se ocupara de mis costillas, y estoy segura de que la pobre Loghu desearía que alguien volviera a poner en su sitio y entablillara su hueso roto.

El hombre que los había traído hasta allí dio las órdenes necesarias para que los heridos fueran atendidos. Una vez hecho esto, y los dolores de sus pacientes aliviados con goma de los sueños, salió

fuera. Burton, Kazz y Monat le siguieron. Por aquel entonces el sol había hecho desaparecer casi toda la bruma. Dentro de unos momentos no quedaría nada.

La escena era impresionante. Toda la proa en forma de V de la balsa había desaparecido cuando su punta había barrido la playa y los amarraderos y su parte de babor había chocado contra un ángulo de la espira. Los muelles y las barcas de los ganopo habían resultado destruidos, enterrados en algún lugar entre el montón de maderos que llenaba ahora la playa. La parte principal de la balsa se había metido al menos una docena de metros en la orilla. Varios centenares de ocupantes de la balsa estaban de pie en aquel extremo de la estructura, hablando animadamente entre sí pero sin hacer nada constructivo.

A la izquierda, los troncos liberados se hablan amontonado contra la escarpada pared de la espira por la acción de la corriente. No había la menor señal del *Hadji II* ni de Owenone. Las esperanzas de Burton de ser capaz al menos de recuperar algunos cilindros se revelaron vanas.

Miró a la balsa en torno a él. Aunque había perdido su parte delantera, seguía siendo inmensa. Debía tener al menos doscientos metros de largo por ciento veinte de ancho. Su popa tenía también forma de V.

En su centro estaba el enorme objeto, negro, redondo, que había visto flotar por encima de la bruma. Era la cabeza de un ídolo de casi diez metros de alto. Negro, rechoncho y feo, dominaba la balsa. Estaba sentado con las piernas cruzadas, y su columna vertebral tenía crestas como las de los lagartos. Su cabeza era la de un demonio, sus azules ojos brillantes, su enorme boca abierta mostrando unos dientes blancos y afilados como los de un tiburón.

Los dientes, supuso Burton, debían haber sido extraídos de un pez dragón y clavados en aquellas encías.

En mitad de su enorme barriga había un orificio redondo. En su interior, un hogar de piedra resplandecía con el fuego de un pequeño montón de maderos. Su humo ascendía por el interior del cuerpo y surgía en volutas por las orejas como de murciélago del ídolo.

Delante, cerca del extremo de la balsa, la torre de vigilancia estaba volcada sobre un lado, sus tensores rotos en su base por la fuerza de la colisión. Un cuerpo yacía todavía a su lado.

Había algunas grandes construcciones aquí y allá, con varias otras más pequeñas entre ellas. Unas cuantas de las pequeñas se habían desmoronado, y una de las grandes construcciones estaba peligrosamente ladeada.

Contó diez altos mástiles con velas cuadradas, y otros veinte más cortos con velas áuricas. Todas las velas estaban recogidas.

A lo largo de los bordes de la balsa había soportes con botes de varios tamaños.

Detrás del ídolo estaba la construcción más grande de todas. Supuso que era el alojamiento del jefe, o quizá un templo. O ambas cosas a la vez.

En aquel momento resonaron trompetas y batieron tambores. Viendo a la gente dirigirse hacia la gran construcción, Burton decidió unirse a ella. Se congregaron entre el ídolo y la estructura. Burton se quedó detrás, desde donde podía observar lo que ocurría y al mismo tiempo examinar la estatua. Un discreto rascar con un cuchillo de pedernal reveló que era de adobe, recubierto con una capa de pintura negra. Se preguntó cómo se habría obtenido la pintura para el cuerpo, ojos y encías. Los

pigmentos eran raros allí, para gran dolor de los artistas.

El jefe, o el sumo sacerdote, era más alto que los demás, aunque seguía siendo media cabeza más bajo que Burton. Llevaba una capa y un faldellín a franjas azules, negras y rojas, y una corona de madera de roble de seis puntas. Su mano derecha sostenía una larga vara de roble. Habló desde una plataforma situada en la entrada de la construcción, haciendo numerosos gestos con la vara, sus negros ojos brillando fieramente, su boca derramando un torrente de palabras del que Burton no comprendió absolutamente nada. Tras casi media hora bajó de la plataforma, y la gente se repartió en varios grupos de trabajo.

Algunos acudieron a la isla para recuperar los troncos que se habían desprendido de la proa y apilarlos en el cuerpo principal. Otros acudieron a la parte posterior, donde la popa en forma de V se unía a la parte principal. Sacaron enormes remos y los fijaron a una serie de soportes. Luego, como un grupo de galeotes, trabajando al ritmo de los golpes de un tambor, empezaron a remar.

Aparentemente, estaban intentando hacer girar la parte trasera de la balsa para que la corriente la empujara de lado y la liberara así de la orilla. Tan pronto como la balsa presentara lo suficiente de su lado de estribor a la corriente, acabaría de girar y se vería libre de la isla.

Esto era la teoría, pero la práctica falló. Resultó evidente que primero habría que despejar la masa de troncos delantera y levantarla lo suficiente como para que se liberara de la playa.

Burton sintió deseos de ir a hablar con el jefe, pero este se había dirigido hacia el ídolo y estaba postrado ante él, haciendo rápidas inclinaciones y cantándole. Una de las cosas más importantes que había aprendido Burton en su vida era que resultaba peligroso, en cualquier circunstancia, interrumpir un ritual religioso.

Se limitó pues a ir de aquí para allá, deteniéndose ocasionalmente para examinar los botes, canoas y pequeñas barcas de vela alineadas en sus soportes a lo largo de todo el borde de la balsa. Luego dedicó su atención a las grandes construcciones. La mayoría de ellas tenían puertas que estaban cerradas y aseguradas desde el exterior. Tras comprobar que nadie le observaba, penetró en varias de ellas.

Dos eran almacenes de pescado seco y pan de bellotas. Otra estaba llena de armas. Otra era un hangar para botes conteniendo dos piraguas a medio terminar y el costillar de una canoa. Esta última sería recubierta a su debido tiempo con piel de pez. La quinta construcción contenía una gran variedad de utensilios: cajas de roble llenas de artículos de comercio, huesos espiralados y los cuernos como de unicornio del pez cornudo, montones de piel de pez —y humana—, tambores, flautas de bambú, arpas con tripa de pez cornudo como cuerdas, cráneos convertidos en copas, cuerdas de fibras y piel de pez, montones de intestinos desecados de pez dragón, ideales para fabricar velas, lámparas de piedra para quemar aceite de pescado, cajas de lápices labiales, maquillajes, marijuanas, cigarrillos, puros, encendedores (todo ello indudablemente reunido a lo largo de tratos comerciales u como tributo), casi unas cincuenta máscaras rituales, y multitud de otros artículos.

Cuando penetró en la sexta construcción, sonrió. Allí era donde se guardaban los cilindros. Los altos depósitos de metal gris estaban alineados en estantes de madera, aguardando a sus propietarios. Contó trescientos cincuenta. Un cilindro para cada uno de los aproximadamente trescientos diez

ocupantes de la balsa quería decir que había cilindros extra.

Una inspección de pocos minutos le mostró que todos excepto treinta estaban marcados. Los marcados tenían cuerdas atadas a las asas de sus tapas, a cuyos otros extremos colgaban tablillas de tierra cocida llenas de símbolos cuneiformes. Eran los nombres de sus propietarios. Examinó algunas de las marcas grabadas en las tablillas, que se parecían a las que había visto en fotografías de documentos asirios y babilónicos.

Intentó alzar las tapas de un cierto número de los cilindros etiquetados, pero fracasó, por supuesto. Había alguna especie de mecanismo que impedía que nadie excepto su propietario pudiera abrir un cilindro. Había varias teorías para explicar aquello, una de las cuales era que un dispositivo sensitivo en el interior del cilindro detectaba el campo eléctrico de la piel de su propietario y activaba entonces el mecanismo de apertura.

Sin embargo, los cilindros sin etiqueta eran de distinto tipo. Algunos los llamaban «comodines».

Cuando más de treinta y seis mil millones de muertos en la Tierra se habían despertado de pronto enteros y jóvenes a lo largo de la inmensa extensión del Río, habían encontrado a su lado un cilindro personal. Al mismo tiempo, cada una de las piedras de cilindros tenía en su depresión central un cilindro. Este, aparentemente, había sido puesto allí por los resucitadores para mostrar a los nuevos ciudadanos cómo funcionaban los cilindros.

Cada piedra había vomitado ruido y luz, y cuando el trueno y el relámpago habían cesado, la gente curiosa se había encaramado a las piedras para mirar los cilindros que había en ellas. Sus tapas fueron alzadas, y su contenido quedó expuesto. ¡Maravilla de maravillas, regocijo de regocijos! El hueco interior contenía una serie de compartimientos ocupados por platos y tazas llenos de comida y artículos varios.

La siguiente vez que las piedras lanzaron sus descargas, los cilindros particulares estaban puestos en ellas, y esta vez también proporcionaron lo que sus dueños necesitaban y más aún, aunque la naturaleza humana es de tal forma que alguna gente se quejó de que no hubiera más variedad.

Los cilindros comodines, los que habían servido originalmente de muestra en las piedras, se volvieron pronto muy valiosos; la gente engañaba y robaba y mataba por obtenerlos. Si una persona disponía de un cilindro privado y un comodín, él o ella conseguía dos veces más comida y lujos que lo que se suponía le correspondía.

El propio Burton nunca había conseguido uno... pero ahora había treinta de ellos allí, en la estantería ante él.

El problema de los cilindros perdidos quedaba resuelto... si podía conseguir que el jefe se los entregara. Después de todo, su balsa era responsable de la pérdida de su barco y sus cilindros. Estaba en deuda con la tripulación del *Hadji II*.

Hasta este momento, él y su tripulación habían sido tratados correctamente. Podía pensar en otros grupos que habían encontrado a lo largo del camino que no hubieran hecho nada por ellos excepto arrojarlos por la borda... después de violar en masa a las mujeres y quizá incluso sodomizar a los hombres.

Sin embargo, debía haber un límite a la hospitalidad de la gente de la balsa. Los cilindros comodines no eran una propiedad común. Este grupo debía haberlos robado a alguien. Donde fuera

que los hubiesen obtenido, debían estarlos guardando para emergencias, como reserva para los que pudieran perderse, o como tributo si se tropezaban con algún grupo particularmente hostil y poderoso.

Burton abandonó la construcción, cerró la puerta tras él, y echó a andar pensativamente. Si le pedía al jefe que le entregara siete de aquellos cilindros, lo más probable era que se negara. Además, aquello le haría sospechar, y seguramente pondría guardias ante aquella construcción. Sin mencionar el hecho de que podía ponerse nervioso ante la presencia de unos ladrones potenciales y llegar a pedirles, educadamente o no, que abandonaran la balsa.

Pasando junto al ídolo, vio que el jefe había dejado de rezar y se dirigía hacia la isla. Aparentemente, su intención era supervisar las actividades allí.

Burton decidió pedirle los cilindros ahora. No servía de nada retrasar las cosas.

El hombre que se sienta sobre su culo se sienta sobre su fortuna.

Su nombre nativo era Mutu-Sha-Ili, lo cual significaba «Hombre de Dios», pero para aquellos que hablaban Esperanto era Metusael, es decir, Matusalén.

Durante un momento delirante, Burton se preguntó si se hallaría frente al modelo del longevo patriarca del Antiguo Testamento. No. Metusael era babilonio, y nunca había oído hablar de los hebreos hasta que había llegado al Mundo del Río. Había sido un inspector de graneros en la Tierra, pero aquí era el fundador y la cabeza visible de una nueva religión, y el comandante de la enorme balsa.

—Una noche, hace muchos años, mientras una tormenta azotaba fuera, yo estaba durmiendo. Y un dios vino hasta mí en mi sueño, un dios llamado Rushhub. Yo jamás había oído hablar de este dios, pero me dijo que antiguamente había sido un poderoso dios de mis antepasados. Sus descendientes, sin embargo, lo habían abandonado, y durante mi vida en la Tierra tan sólo un pequeño poblado en las fronteras del reino había seguido adorándolo.

»Pero los dioses no mueren, aunque adopten otras formas y nuevos nombres, o incluso se conviertan en entes sin nombre, y había seguido viviendo en los sueños de mucha gente a lo largo de muchas generaciones. Ahora había decidido que ya era tiempo de abandonar el mundo de los sueños. De modo que me dijo que debía levantarme y salir y predicar la sagrada palabra de Rushhub. Debía reunir a mi alrededor a un grupo de fieles y construir una enorme balsa y llevar a mi gente Río abajo en ella.

»Tras muchos años, quizá varias generaciones tal como entendíamos la palabra generaciones en la Tierra, llegaríamos al final del Río, donde se vacía en un orificio en la base de las montañas que rodean la cima de este mundo.

»Allí, deberíamos penetrar bajo tierra, una enorme y oscura caverna, y luego saldríamos a un resplandeciente mar rodeando una región en la que podríamos vivir eternamente en paz y felicidad con los propios dioses y diosas.

»Pero antes de botar la balsa debíamos construir una estatua del dios Rushhub, y colocarla luego sobre la balsa, y adorarla como el símbolo de Rushhub. Por lo cual puedes ver que, al contrario de lo que dicen muchos, no somos idólatras que confunden el símbolo físico del dios por el cuerpo de propio dios.

Burton pensó que el hombre estaba loco, aunque era lo suficientemente discreto como para no decirlo. El y su tripulación habían caído en manos de fanáticos. Afortunadamente, el dios le había dicho a Metusael que sus adoradores no debían herir a nadie a menos que fuera en defensa propia. De todos modos, sabía por experiencia que la expresión «defensa propia» podía significar cualquier cosa que una persona o grupo desease que significara.

—El propio Rushhub me dijo que justo antes de entrar es el mundo subterráneo, debíamos romper el ídolo en pedazos pequeños y arrojarlos al Río. No dijo el porqué debíamos hacerlo. Simplemente dijo que, en el momento en que alcanzáramos la caverna, comprenderíamos.

—Todo esto está muy bien para vosotros —dijo Burton—. Pero tú eres responsable de la destrucción de nuestro barco. Y a causa de ello hemos perdido también nuestros cilindros.

—Lo siento sinceramente, pero es muy poco lo que puedo hacer por ti al respecto. Lo que te ocurrió es la voluntad de Rushhub.

Burton sintió deseos de abofetear al hombre. Dominándose, dijo:

—Tres de los míos han resultado heridos y por el momento no pueden valerse por sus propios medios. ¿Puedes al menos proporcionarnos un bote con el cual podamos alcanzar la orilla?

Metusael le miró con resplandecientes ojos negros, y señaló hacia la isla.

—Aquí está la orilla, y en ella hay una piedra de cilindros. Haré que tus heridos sean trasladados allí, y te proporcionaré algo de pescado seco y pan de bellotas. Mientras tanto, por favor, no me molestes con más peticiones. Tengo trabajo que hacer. Debemos devolver nuestra balsa al Río. Rushhub me dijo que no debíamos retrasar nuestro viaje por ninguna razón.

»Si tardamos demasiado, puede que encontremos las puertas a la región de los dioses cerradas para siempre. Entonces nos veremos abocados a lamentarnos y llorar ante las puertas y a arrepentimos en vano por nuestra falta de fe y determinación.

En aquel momento Burton llegó a la conclusión de que cualquier cosa que hiciese estaría justificada. Aquella gente le debía mucho, y él en cambio no les debía nada.

Metusael se marchó. De pronto se detuvo y señaló a Monat, que acababa de salir de su alojamiento.

—¿Qué es esto?

Burton avanzó hacia él y dijo:

—Es un hombre de otro mundo. El y algunos de los de su raza viajaron desde una lejana estrella hasta la Tierra. Eso ocurrió más de un centenar de años después de que yo muriera, quizá mil años después de que tú murieras. Vino en son de paz, pero la gente de la Tierra descubrió que él poseía una... droga que podía impedir que las personas envejecieran. Le exigieron que les comunicara su secreto, pero él se negó. Dijo que la gente de la Tierra ya tenía bastantes problemas sin la superpoblación. Además, a una persona no se le debe dar la oportunidad de vivir eternamente a menos que realmente se la merezca.

—Entonces estaba equivocado —dijo Metusael—. Los dioses nos han dado a nosotros la posibilidad de vivir eternamente.

—Sí, en un cierto sentido. Aunque, según tu religión, tan sólo un grupo muy pequeño, exactamente los que ocupan esta balsa, serán realmente inmortales. ¿No estoy en lo cierto?

—Parece duro dicho así —admitió Metusael—, pero de este modo son las cosas, ¿y quiénes somos nosotros para cuestionar los motivos y los métodos de los dioses?

—Sin embargo, es un hecho que sólo conocemos los deseos de los dioses a través de los seres humanos que hablan por ellos. Aún no he encontrado a ninguna persona cuyos motivos o métodos no sean a mi juicio cuestionables.

—La ignorancia es la madre de todas las dudas.

—Aparte esto —dijo Burton, sonriendo para ocultar su irritación—, los arcturianos, Monat y los suyos, fueron atacados por la gente de la Tierra. Resultaron muertos, pero antes de morir Monat causó la muerte de casi toda la población de la Tierra.

Hizo una pausa. ¿Cómo podía explicarle a aquel ignorante que los arcturianos habían dejado su

nave madre en órbita en torno a la Tierra? ¿Y que Monat había transmitido una señal por radio a la nave orbital, y que ésta había proyectado un rayo de energía de una frecuencia tal que sólo los seres humanos habían resultado muertos?

Ni él mismo acababa de comprenderlo, puesto que en su época cosas como la radio y las naves espaciales no existían todavía.

Metusael tenía ahora los ojos muy abiertos. Mirando a Monat, dijo:

—¿Acaso es un gran mago? ¿Mató a toda esa gente a través de sus poderes?

Por un momento, Burton estudio la posibilidad de utilizar la supuesta magia de Monat como una palanca. Quizá consiguiera sacarle a aquel hombre un bote y los cilindros comodín necesarios amenazándole. Pero, aunque Metusael podía ser ignorante, y loco, no carecía de inteligencia. Podía preguntar por qué Monat, si era un mago tan poderoso, no habla protegido al Hadji II de la destrucción, y a sus compañeros de las heridas. También podía preguntar por qué Burton necesitaba un bote, puesto que seguramente Monat podía proporcionarle la posibilidad de volar por los aires.

—Sí, los mató a todos —dijo Burton—. Pero él también murió, y despertó en estas orillas, sin saber cómo ni por qué. Sus instrumentos mágicos quedaron en la Tierra, por supuesto. Sin embargo, dice que encontrará los materiales para hacer más instrumentos como aquellos algún día, y así recuperará sus poderes y será tan poderoso y mortífero como siempre. Aquellos que le trataron mal y se burlaron de él tendrán buenas razones para temerle.

Dejemos que Metusael digiriera esto.

Metusael sonrió y dijo:

—Hasta entonces...

Burton comprendió. La balsa estaría ya muy lejos por aquel entonces.

—Además, Rushhub protegerá a su gente. Un dios es más poderoso que un hombre, incluso que un demonio de las estrellas.

—¿Por qué entonces Rushhub no avisó de este accidente? —dijo Burton.

—No lo sé, pero estoy seguro de que acudirá a mí en mi sueño y me dirá el porqué. Nada le ocurre al pueblo de Rushhub sin un propósito.

Metusael se fue. Burton regresó a su alojamiento para inspeccionar su tripulación. Kazz salía en el momento en que Burton iba a entrar. Se había quitado todas sus ropas excepto su faldellín, revelando un cuerpo muy peludo, rechoncho, de fuertes huesos y poderosos músculos. Su cabeza estaba inclinada hacia adelante al extremo de un rechoncho cuello parecido al de un toro. Su frente era estrecha y hundida; su cráneo amplio y aplastado; su rostro ancho. Sus arcos supraorbitales eran gruesos, formando como unas viseras óseas encima de unos hundidos ojillos marrón oscuro. La nariz era aplastada pero con grandes fosas nasales. Sus abultadas mandíbulas hacían sobresalir sus finos labios. Sus masivas manos parecían capaces de reducir a polvo una piedra.

Pese a su terrible apariencia, no hubiera conseguido más que una mirada distraída en el East End de Londres en la época de Burton, si hubiera ido convenientemente vestido.

Su nombre completo era Kazzintuitruaabems. En su idioma nativo, significaba El-Hombre-Que-Mató-Al-Largos-Dientes-Blancos.

—¿Qué ocurre, Burton-naq?

—Tú y Monat, venid conmigo.

Cuando estuvieron en la cabina, preguntó a los demás cómo se sentían. Alice y Frigate dijeron que podían caminar pero no correr. El caso de Loghu era evidente. No sufría dolor porque la goma de los sueños se había encargado de atajarlo, pero no se recuperaría por completo hasta dentro de cuatro o cinco días. Se necesitaba ese tiempo para que un hueso roto se soldara de nuevo. Aquella fantástica rapidez de curación era debida a causas desconocidas, quizá a algo que había en su comida.

Fuera cual fuese la razón, los huesos se curaban, los ojos y dientes se regeneraban, los músculos heridos y la carne quemada se renovaban, todo ello con una rapidez que al principio había asombrado a los habitantes del valle. Ahora ya se daba por sentado.

Burton apenas había tenido tiempo de explicarles la situación cuando aparecieron doce hombres armados. Su capitán dijo que tenía órdenes de escoltarlos a la isla. Dos hombres pusieron a Loghu sobre unas parihuelas y la llevaron fuera. Frigate, apoyado en Monat y Kazz, cojeó tras ellos. Caminaron con alguna dificultad por entre los amasijos de troncos hasta la orilla. Allí fueron recibidos por los ganopo, todos furiosos pero impotentes.

Loghu fue llevada a una cabaña, y los guardias se fueron. No, sin embargo, antes de que su capitán le advirtiera a Burton que él y su tripulación debían mantenerse alejados de la balsa.

—¿Y si no lo hacemos? —dijo Burton con voz fuerte.

—Entonces seréis arrojados al Río. Quizá con una piedra atada a vuestros pies. El poderoso Rushhub nos ha ordenado no derramar sangre excepto en defensa propia. Pero no ha dicho nada acerca de ahogar a nuestros enemigos.

Poco antes de la descarga del mediodía de la piedra de cilindros, una cierta cantidad de pescado seco y pan de bellotas le fue entregada a Burton.

—Metusael dice que esto os impedirá moriros de hambre hasta que podáis pescar más peces y fabricar más pan.

—Me guardo mi agradecimiento para transmitírselo personalmente —dijo Burton al capitán—. Aunque puede que no le guste la forma.

—¿Esto fue una baladronada vacía, o planeas algún tipo de venganza? —le preguntó luego Monat.

—La venganza no es un plato de mi afición —dijo Burton—. De todos modos, intento conseguir que no nos quedemos sin cilindros.

Pasaron dos días. La parte frontal de la balsa estaba aún por reparar. El amasijo de troncos, sin embargo, había sido retirado, y la balsa había sido echada hacia atrás varios metros en dirección al agua. Pero era un trabajo largo y fastidioso. Todos los ocupantes de la balsa, excepto su líder, empujaban en la proa con ayuda de pequeños troncos como palancas. Desde el amanecer hasta el anochecer, las palabras babilónicas equivalentes al «¡Arriba! ¡Uno, dos, tres, arriba!», resonaban en cientos de bocas.

Cada masivo esfuerzo sólo conseguía hacer retroceder la inmensamente pesada balsa un milímetro o dos. A menudo, las piedras alojadas entre la roca y la playa y el extremo delantero de la balsa se deslizaban un poco, y la balsa, impulsada por la corriente, volvía a adentrarse en la playa. A

veces, las cuñas se partían, y todo lo ganado se perdía de nuevo.

Puesto que el viento soplaba a contracorriente, se desplegaron las velas de los mástiles. Metusael esperaba que el viento ascendente diera a los levantadores alguna ventaja. La teoría hubiera funcionado si la espora rocosa no bloqueara la mayor parte de la brisa.

Al llegar la mañana del tercer día, la balsa había sido empujada hacia atrás casi un metro. A ese ritmo, se necesitarían otros siete días para liberarla por completo.

Mientras tanto, los ganopo estaban muy atareados. Incapaces de conseguir un bote de Metusael, enviaron a cuatro de sus mejores nadadores a la orilla. Alcanzaron la orilla derecha, y allí explicaron la situación y recibieron prestado un pequeño bote de remos. Regresaron con una flotilla de veinte botes conducidos por los jefes del estado local y sus mejores guerreros. El jefe de todos ellos, un alto indio shawnee, miró a su alrededor y luego conferenció con los ganopo. Burton y Monat asistieron a la conferencia.

Se habló mucho: quejas de los ganopo, ofrecimiento de variados consejos, y un discurso por parte de Burton. Este les habló de la gran cantidad de mercancías que llevaba la balsa, omitiendo mencionar los cilindros comodín, y sugirió que quizá los babilonios estuvieran dispuestos a compartir parte de sus bienes si los locales les enviaban los suficientes hombres como para liberar la balsa.

El shawnee pensó que era una buena idea. Habló con Metusael, que se mostró cortés pero dijo que no necesitaba ayuda.

Malhumorado, el shawnee regresó a la isla.

—Esos narices-de-águila no tienen muy buen sentido —dijo—. ¿No se dan cuenta de que podemos tomar todo lo que tienen sin tener que darles nada a cambio? Han hundido los botes y los muelles de los ganopo, y no han ofrecido nada como compensación. Han hundido la nave de estos extranjeros, que les costó un año construir y por la que tuvieron que dar mucho tabaco y alcohol a cambio de la madera necesaria. Han hecho que uno de los miembros de su tripulación muriera. Han causado también la pérdida de sus cilindros. Una persona sin cilindro es como una persona muerta.

»¿Y qué han ofrecido como pago? ¡Nada! Se han burlado de los ganopo y de los extranjeros. Son un pueblo malvado, y deben ser castigados como tales.

—Sin mencionar los valiosos artículos que el jefe y sus amigos obtendrán —murmuró Burton en inglés a Monat.

—¿Qué decías? —preguntó el jefe.

—Estaba diciéndole a mi amigo, el hombre de las estrellas, que tenéis una gran sabiduría y que sabéis lo que es correcto y lo que no. Y que lo que les hagáis a los narices-de-águila será merecido y justo, y que el gran espíritu os sonreirá.

—Vuestro idioma dice mucho en muy pocas palabras.

—La lengua de mi pueblo no es bífida.

Y Dios me perdone por esta observación, pensó Burton.

Aunque el shawnee no dijo lo que pensaba hacer, a Burton le resultó evidente que estaba planeando una incursión con todas sus fuerzas. Quizá aquella misma noche.

Burton llamó a los demás a su cabaña.

—No estéis tan deprimidos. Creo que vamos a tener cilindros después de todo, perdiendo así nuestro status de mendigos. De todos modos, tenemos que actuar esta noche. ¿Qué opináis, Loghu, Pete, Alice? ¿Estáis dispuestos a un poco de acción? ¿Un poco de acción quizá fuerte?

Los tres respondieron que podían andar. Correr estaba aún más allá de sus posibilidades.

—Muy bien. Eso es lo que haremos, si no tenéis objeción. Y aunque tengáis alguna, lo haremos de todos modos.

Tomaron su comida de la noche, pescado y pan, algo que les repugnaba antes incluso de llevarlo a sus bocas. Los ganopo, sin embargo, fueron lo suficientemente amables como para proporcionarles unos cuantos cigarrillos y tanto alcohol de liquen como desearan. Antes de penetrar en su cabaña, supuestamente para retirarse para la noche, Burton dio un paseo por la playa. Los babilonios estaban o en sus alojamientos o hablando en pequeños grupos ante ellos. Estaban cansados después de tres días de duro y frustrante trabajo, y pronto estarían todos dormidos. Todos, por supuesto, menos los guardias estacionados a lo largo del perímetro de la balsa. Mantendrían encendidas antorchas de pino empapadas en aceite de pescado y caminarían arriba y abajo a su luz, aguardando su relevo.

Los grupos más numerosos estaban en la parte delantera. Metusael los había situado allí para asegurarse de que la gente de Burton no intentara deslizarse a bordo para robar sus posesiones. El hombrecillo de piel oscura lo observó atentamente mientras Burton caminaba despreocupadamente ante él. Sonrió y le dedicó un saludo. El babilonio no se lo devolvió.

Comprobada la situación, Burton regresó a su cabaña. Por el camino se cruzó con el jefe ganopo, que estaba sentado ante su propia choza fumando una de las pequeñas pipas de brezo que los cilindros ofrecían una vez al año.

Burton se acuclilló a su lado.

—Estoy pensando, oh jefe, que esta noche la gente de la balsa puede que sufra una gran sorpresa.

El jefe se quitó la pipa de la boca y murmuró:

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que el jefe del pueblo de la orilla norte esté preparando una incursión contra el pueblo de la balsa. ¿Has oído algo al respecto?

—Ni una palabra. El gran jefe de los shaawanwaaki no me hace confidencias. De todos modos, no me sentiré sorprendido si él y sus guerreros quieren vengar las ofensas y los insultos que nosotros los ganopo, que nos hallamos bajo su protección, hemos sufrido de los narices-de-águila.

—Si efectúan esa incursión que sugieres, ¿cuándo crees que la iniciarán con más probabilidad?

—En los tiempos antiguos, cuando los shaawanwaaki guerreaban contra el pueblo de la orilla sur, cruzaban el Río justo antes del amanecer. Las nubes son aún densas en ese momento, y su aproximación no puede ser vista. Pero inmediatamente después de haber tomado tierra, el sol sale y las nubes arden y desaparecen bajo su calor. Entonces los shaawanwaaki pueden ver y golpear.

—Eso es lo que pensaba —dijo Burton—. De todos modos, hay algo que me preocupa. Es cosa fácil cruzar un río o incluso un lago pequeño entre la bruma y encontrar la otra orilla. Pero ésta es una pequeña isla que puede resultar difícil de encontrar entre las nieblas. Es cierto que la torre de roca es muy alta, pero los que efectúen la incursión se hallarán inmersos en la bruma y no podrán verla.

El jefe sacudió la ceniza de su pipa y dijo:

—Eso no es problema mío.

—Hay un reborde en la espira —dijo Burton—. Está en la parte norte, pero un saliente de la roca impide que los de la balsa puedan verlo. También les impediría ver una fogata. Una fogata que

cualquiera en la parte norte del Río podría ver incluso a través de la bruma. ¿Es por eso por lo que algunos de los ganopo han estado tan atareados durante todo el día llevando bambúes y madera de pino hacia aquel reborde?

El jefe sonrió:

—Tienes la curiosidad de un gato montés y los ojos de un halcón. Sin embargo, le prometí al jefe de los shaawanwaaki que no diría una palabra acerca de sus intenciones.

Burton se puso en pie.

—Comprendo. Muchas gracias por tu hospitalidad, jefe, nos volvamos a ver o no.

—Si no en este mundo, quizá en el próximo.

Era difícil conciliar el sueño. Tras horas de dar vueltas y revueltas, se sorprendió siendo despertado a sacudidas por Monat. Burton se soltó de los tres dedos y un pulgar de la mano del arcturiano y se puso en pie. Monat, que procedía de un planeta con una rotación también de veinticuatro horas, poseía un cronómetro biológico en su cabeza. Burton confiaba siempre en él para que los despertara a la hora precisa.

Se prepararon, hablando en voz baja mientras bebían el café instantáneo. Los cristales, un regalo de los isleños, entraban en ebullición al disolverse en el agua.

Tras repasar una vez más su plan, salieron de la cabaña e hicieron sus necesidades. La cabaña estaba lo bastante alta como para quedar por encima de la bruma, permitiéndoles ver un ligero resplandor en la parte alta de la espira. Los shaawanwaaki, incluso a través de la niebla, serían capaces de ver aquel débil resplandor. Era todo lo que necesitaban.

Frigate y Burton eran los únicos que llevaban su atuendo completo cuando el *Hadji II* se hundió. Los demás, sin embargo, llevaban ropas que les habían sido proporcionadas por los ganopo. Envueltos en ellas de la cabeza a los pies, caminaron por entre la bruma. Burton iba delante, una mano en la de Alice, la de ella en la de Frigate, y así toda la hilera. Guiado por su extraordinario sentido de la orientación, Burton los condujo hasta el borde del agua. Ahora podían ver el resplandor de las antorchas en la neblina.

Burton tomó su cuchillo de pedernal. Kazz llevaba una maza que se había fabricado a partir de un tronco de pino con un cuchillo prestado por un ganopo. El cuchillo de Frigate había pertenecido a la mujer Neanderthal, Besst. Los demás iban desarmados.

Burton avanzó cautelosamente hasta llegar al borde de la balsa. Había espacio suficiente entre las antorchas alineadas en su perímetro como para trepar a ella sin ser vistos. Procedió a hacerlo hasta que estuvo fuera del alcance de la vista y el oído de los guardias. Entonces aguardó mientras, uno tras otro, los demás le seguían.

—Esta es la parte más fácil —dijo—. A partir de ahora deberemos avanzar a ciegas hasta la siguiente antorcha. Tengo la localización de las distintas construcciones y de la situación de los botes en mi cabeza, pero con esta bruma... bien, seguidme.

Pese a su aparente seguridad, durante un tiempo vagaron de un lado para otro. Luego, bruscamente, la masiva figura negra del ídolo, con su fuego en su horadado vientre, estuvo frente a ellos. Se detuvieron por el espacio de un minuto, estimando el probable número de pasos desde la estatua hasta la construcción que albergaba los cilindros.

—Veo algunas luces a la derecha —dijo Kazz.

Manteniéndose a distancia de las antorchas, Burton condujo a los otros hasta que vio las cuadradas paredes y el techo cónico de la estructura que servía de almacén. De la parte delantera de la construcción les llegaban las voces de los guardias, hablando en voz baja, pateando el suelo de tanto en tanto para mantenerse en calor. Tras ir a la parte de atrás, tocando su pared con los dedos para mantener el contacto, Burton se detuvo en uno de los lados.

Allí sacó de debajo de sus ropas un ovillo de cuerda de piel que le había dado el jefe ganopo, que no le había preguntado para qué la necesitaba. Monat y Frigate también llevaban cuerda. Burton unió sus extremos y los ató para hacer una sola cuerda. Mientras Alice sujetaba un extremo, él penetró en la oscuridad con Frigate, Monat, Loghu y Kazz. Sabía que había un bote fijado en el borde de la balsa justo al otro lado del almacén. Esta vez, se dirigió directamente hacia su objetivo.

Procurando moverse lenta y silenciosamente, él y los otros soltaron la amplia canoa de sus sujeciones. Podía contener diez personas, de modo que, aunque hecha de ligero pino y de delgada piel de pez, era pesada.

Una vez la canoa estuvo en el agua y las pértigas colocadas en ella, todos regresaron excepto Loghu. Su misión era impedir que la canoa se alejara de la balsa.

Siguiendo la cuerda, regresaron rápidamente al almacén.

En el momento en que llegaban allí, Kazz lanzó un gruñido y dijo:

—¡Viene alguien!

Las llamas de cuatro antorchas se hicieron visibles.

—¡Es el cambio de la guardia! —dijo Burton.

Tuvieron que dirigirse hacia el otro lado de la construcción, ya que los cuatro hombres armados avanzaban directamente hacia ellos.

Burton alzó la vista. ¿Era su imaginación, o la bruma era menos oscura allá arriba?

Aguardaron, algunos de ellos sudando pese al húmedo y frío aire. Los guardias intercambiaron algunas palabras, alguien debió contar un chiste, a juzgar por las risas, luego los hombres relevados dijeron buenas noches. Las antorchas mostraron que dos de ellos se dirigían a sus alojamientos en la parte delantera. Los otros dos se fueron en dirección opuesta, obligando a los invasores a retirarse rápidamente.

Burton, observando desde la esquina, dijo:

—Esos dos se están separando. Kazz, ¿crees poder atrapar a uno de ellos?

—Sin dificultad, Burton-naq —dijo Kazz, y desapareció.

Las dos antorchas estaban ya casi fuera de su vista cuando Burton vio caer una de ellas. Un minuto más tarde volvió a alzarse, haciéndose más brillante a medida que se aproximaba.

Por aquel entonces, Burton había trasladado el grupo desde el lado hasta la parte trasera del almacén. No deseaba que un guardia que pasara por la parte frontal pudiera ver la antorcha.

Kazz se había echado hacia atrás la capucha. Sus grandes dientes como fichas de dominó brillaban a la luz de las llamas. En una mano llevaba la pesada lanza de roble rematada con un largo cuerno de pez cornudo que le había tomado al guardia. Su cinturón llevaba ahora un cuchillo de cuarzo encajado en un pesado mango de madera y un hacha de hoja de pedernal. Se los pasó a Frigate

y Alice. Su maza pasó al arcturiano.

—Espero que no lo hayas matado —susurró Monat.

—Eso depende de lo resistente que sea su cráneo —dijo Kazz.

Monat hizo una mueca. Sentía una aversión casi patológica a la violencia, aunque podía ser un efectivo luchador en defensa propia.

—¿Te molesta tu pierna? —preguntó Burton a Frigate—. ¿Crees que podrás manejar esa hacha con la misma efectividad de siempre?

—Creo que sí —dijo Frigate. Estaba temblando de pies a cabeza, aunque estaría bien de nuevo cuando empezara la pelea. Como el arcturiano, odiaba la lucha física.

Burton les dijo lo que tenían que hacer, luego condujo a Kazz y Alice por uno de los lados hacia el frente. Los otros fueron por el lado opuesto.

Burton atisbó por la esquina. Los cuatro guardias estaban de pie muy juntos, unos frente a otros, charlando. Un momento más tarde, una antorcha apareció por la otra esquina. Los guardias no la vieron hasta que estuvo cerca. Tan pronto como Burton los vio volverse hacia ella, dando el alto, avanzó.

Kazz, con el rostro disimulado por la capucha, estaba ya casi junto a ellos antes de que le ordenaran que se detuviera. Probablemente los guardias pensaban que era uno de los hombres relevados, que había vuelto por algún motivo.

Cuando fue descubierto el error, ya era demasiado tarde para ellos. Kazz sujetó su lanza justo por debajo de la punta de cuerno y, utilizándola como pica, golpeó con su otro extremo al guardia en el lado del cuello.

Burton, sujetando su cuchillo con su mano izquierda, golpeó con el filo de su derecha la nuca de otro hombre. No tenía intención de matar, y había ordenado al sanguinario Kazz que evitara utilizar la aguzada punta de su lanza en todo lo que le fuera posible.

El hacha de Frigate surgió girando del grisor y golpeó a un tercero en el pecho. No fue lanzada con demasiada precisión, o quizá Frigate intentaba no matar, en cuyo caso fue un excelente lanzamiento. El frente romo, no el borde afilado, fue el que golpeó, y el hombre cayó de espaldas, perdido el resuello. Antes de que pudiera recobrarse era puesto fuera de combate por un salvaje puntapié de Burton en un lado de su cabeza.

Al mismo tiempo que los demás, Monat atacó, y el cuarto guardia se derrumbó con un golpe en la cabeza.

Hubo un momento de silencio mientras aguardaban, intentando averiguar si alguien había oído la pelea. Luego tomaron las antorchas de cubierta, y Burton abrió la puerta. Los caídos fueron arrastrados dentro, donde Monat los examinó.

—Muy bien. Todos están vivos.

—Algunos de ellos volverán en sí demasiado pronto —dijo Burton—. Vigílalos, Kazz.

Alzó una antorcha sobre el estante donde se hallaban los cilindros comodín.

—Ya no seremos más mendigos.

Vaciló. ¿Debían tomar únicamente siete cilindros? ¿Por qué no todos treinta? Los extras podían ser utilizados para comerciar a cambio de madera y velas para el nuevo barco que deberían

construir.

Honor pero no honores, era su divisa, pero aquél era un asunto de restitución, no un robo.

Dio la orden, y cada uno tomó cinco cilindros. Colocaron la ancha asa de uno de ellos sobre su cabeza, dejándolo colgar hacia atrás de su cuello, y sujetaron otros dos en cada mano. Luego abandonaron el almacén, cerraron la puerta, y siguieron la cuerda de piel hasta la canoa. Las antorchas fueron dejadas en cubierta, fuera del almacén.

—¿No es ya tiempo de que ataquen los indios? —dijo Loghu.

—Yo diría más bien que ya ha pasado —respondió Monat.

Alejaron la canoa de la balsa, luego empezaron a usar la pértigas. Su destino era la orilla sur, donde intentarían seguir Río arriba hasta antes del amanecer. Burton estaba preocupado por los cilindros extra. Si las autoridades locales los veían, podían apoderarse de ellos. Y aunque no lo hicieran siempre habría alguien que los codiciara.

Sólo había una forma de ocultarlos. Los cilindros extra fueron llenados de agua. Cortaron tiras de cuerda, y un extremo de cada una de ellas fue atado a una de las asas. El otro extremo fue atado a la parte superior del armazón de la canoa a través de un agujero practicado en la piel.

El peso de la canoa era grande, pero afortunadamente estaban cerca de la orilla. Se detuvieron en un complejo de amarraderos cerca de una piedra de cilindros y ataron la canoa a un poste bajo el muelle.

Se sentaron bajo la piedra y aguardaron. Llegó el amanecer, y con él cientos de ciudadanos. El grupo de Burton se presentó y solicitó permiso para utilizar la piedra. Le fue concedido de buen grado, puesto que los habitantes de la orilla sur eran pacíficos. De hecho, les gustaban los extranjeros, una fuente constante de noticias y de rumores.

La bruma se disipó. Burton subió encima de la piedra y miró hacia la espiro. Su base estaba a unas dos millas náuticas y media de distancia, lo cual, desde aquella altitud, ponía el horizonte a cuatro millas más allá. Podía ver las grandes construcciones de la balsa y el ídolo, pero las llamas que había esperado ver surgir de ellas no existían. Quizá los shaawanwaaki no habían prendido fuego a la balsa. Después de todo, puede que desearan conservarla intacta hasta que pudieran llevarla a la orilla y desmantelaría. Sus troncos eran valiosos.

En vez de marcharse aquel día, decidió que podían quedarse. Aquella tarde llegó un grupo de ganopo, entre ellos el jefe. Burton le preguntó.

El jefe se echó a reír.

—Esos cabezas de tortuga de shaawanwaaki fallaron completamente la balsa. No pudieron ver el fuego, aunque no comprendo cómo no lo vieron. Fuera como fuese, dieron vueltas durante horas y horas, y cuando la bruma se alzó descubrieron que la corriente los había llevado cinco piedras más allá de la isla. ¡Vaya partida de ineptos!

—¿Dijeron algo los babilonios acerca de la piragua desaparecida? ¿Sin mencionar los guardias a los que tuvimos que golpear un poco?

Burton pensó que era mejor no decir nada sobre los cilindros.

El jefe se echó a reír de nuevo.

—Sí, vinieron bramando a la orilla antes de que la piedra llameara. Estaban muy furiosos,

aunque no dijeron el porqué. Nos golpearon un poco, pero las magulladuras y los insultos no nos preocuparon porque nos sentíamos felices de que les hubierais dejado como estúpidos. Registraron a fondo toda la isla, pero no os encontraron, por supuesto. Lo que si encontraron fueron las cenizas del fuego, y nos preguntaron qué significaban. Les dije que era un fuego ceremonial.

»No me creyeron. Supongo que debieron sospechar la verdad. No tenéis que preocuparos de posibles grupos de búsqueda tras vuestras huellas. Todos ellos, incluido Metusael, están esforzándose en reflotar la balsa hoy. Deben esperar otro ataque esta noche.

Burton preguntó al jefe por qué los shaawanwaaki no atacaban de día. Podían abrumar fácilmente con su número a los babilonios.

—Es debido a que hay un pacto entre los estados de esta zona para proteger a los extranjeros. Hasta ahora siempre ha sido respetado, y por buenas razones: los demás estados podrían sentirse impulsados a declararle la guerra al agresor. De todos modos, los shaawanwaaki esperaban mantener esto en secreto. Si eran descubiertos, pensaban decir que la gente de la balsa se había negado a pagar compensaciones por los daños que nos habían causado.

»No sé. Quizá los shaawanwaaki abandonen finalmente la idea. Claro que hay muchos entre ellos a quienes les gustaría alguna buena incursión para distraerse un poco.

Burton nunca llegó a saber lo que les ocurrió a los babilonios. Decidió que debían marcharse aquel mismo día. Cuando la canoa estuvo en camino, los cilindros fueron sacados, vaciados, y colocados en el fondo de la embarcación.

Tras viajar doscientos kilómetros, Burton encontró una zona adecuada para la construcción de un barco. Aquello río venía determinado por la madera disponible, ya que todos los lugares estaban llenos de pinos, robles, tejos y bambú. Lo que resultaba difícil ahora era encontrar pedernal y cuarzo para cortar la madera. Incluso al principio, esas piedras se veían restringidas a ciertas zonas, algunas muy ricas, otras comparativamente pobres, y muchas careciendo por completo de ellas. Las guerras por el pedernal habían sido cosa común en los viejos días.

Los minerales eran aún más raros en la actualidad. Duros como eran, el pedernal y el cuarzo se rompían, y apenas se oía de nuevos yacimientos. Como resultado de todo ello, el fin del año 32 D.D.R. (Después del Día de la Resurrección) había marcado también el final de la construcción de grandes barcos. Al menos, en los países por los que Burton había pasado y presumía que era igual en todas partes.

El área en que se detuvieron era una de las pocas que aun disponía de reservas. Sus habitantes, una mayoría de algonquinos de la época precolombina y una minoría de pictos prerromanos, eran muy conscientes del valor de sus piedras. Su jefe, un menomini llamado Oskas, parlamentó largamente con Burton. Finalmente, llegaron al acuerdo de que el precio mínimo era siete mil cigarrillos de tabaco, quinientos de marijuana, dos mil quinientos puros, cuarenta paquetes de tabaco de pipa, y ocho mil copas de licor. También sugirió que deseaba dormir con la rubia, Loghu, cada cinco días o así. En realidad, preferiría que fuera cada noche, pero no creía que a sus tres mujeres les gustara.

Burton necesitó un cierto tiempo para recuperarse de su impresión. Dijo:

—La decisión corresponde a ella. De todos modos, no creo que ni ella ni su hombre estén de acuerdo. Además, estás pidiendo mucho. Ninguno de mi grupo tendría ni alcohol ni tabaco durante un año.

Oskas se alzó de hombros y dijo:

—Bien, si crees que no vale tanto...

Burton llamó a conferencia y le dijo a su tripulación lo que pedía Oskas. Kazz fue quien más objetó.

—Burton—*naq*, he vivido toda mi vida en la Tierra, cuarenta y cinco veranos, sin whisky ni nicotina. Pero aquí me he aficionado a ello, y si me paso un día sin ellos estoy dispuesto, como tú dices, a subirme por las paredes. Tú sabes que he intentado quitarme de ambos vicios varias veces, y antes de una semana estaba dispuesto a arrancarme la lengua a mordiscos. Era como un oso de las cavernas con una espina en su pata.

—No lo he olvidado —dijo Besst.

—Si no hubiera alternativa, tendríamos que hacerlo —dijo Burton—. Sería o eso o no tener el barco. Pero afortunadamente tenemos los cilindros extra.

Volvió junto a Oskas y, tras fumar una pipa, volvieron a los negocios.

—La mujer con el pelo amarillo y los ojos azules dice que la única parte de ella que podrás obtener es su pie, y que después quizá pases un buen tiempo sin poder sentarte sobre tu culo.

Oskas rió estrepitosamente y se palmeó los muslos.

Cuando se hubo secado las lágrimas, dijo:

—Qué lástima. Me gustan las mujeres con espíritu, aunque no con demasiado espíritu.

—Ocurre que hace algún tiempo conseguí un cilindro comodín. Estoy dispuesto a cambiarlo contigo por un lugar en el cual poder construir nuestro barco y los materiales precisos para construirlo.

Oskas no preguntó cómo lo había conseguido, aunque resultaba evidente que pensaba que Burton lo había robado.

—Si es así —dijo sonriendo—, entonces haremos trato.

Se puso en pie.

—Veré que las cosas sean arregladas inmediatamente. ¿Estás seguro de que esa rubia no está simplemente haciéndose valer?

El jefe tomó el cilindro y lo llevó a la sala del tesoro, donde lo añadió a los veintiuno que ya poseía, y que había ido recolectando a lo largo de los años en beneficio propio y de sus lugartenientes.

Allí, como en todas partes, la gente especial se aseguraba la obtención de privilegios especiales.

Fue preciso un año para construir otro cúter. Cuando estaba medio terminado, Burton decidió no llamarlo como sus antecesores, el Hadji I y el Hadji II. Ambos habían tenido un mal fin y, aunque lo negara, era supersticioso. Tras unas cuantas charlas con su tripulación, se llegó al acuerdo de que Snark era un nombre conveniente. A Alice le gustaba el nombre debido a su asociación con Lewis Carroll, y estuvo de acuerdo con Frigate en que era el más apropiado.

Sonriendo, recitó parte del discurso del Hombre de la Campana en *La caza del Snark*:

*Había comprado un gran mapa representando el mar,
sin el menor vestigio de tierra:
Y la tripulación se alegró mucho cuando descubrió
que era un mapa que todos podían entender.*

*¿Por qué complicarse la vida con los Polos y el Ecuador de Mercator
Trópicos, Zonas y Meridianos?
Así dijo el Hombre de la Campana; y la tripulación respondió
¡No son más que signos convencionales!*

*¡Otros mapas tienen tales formas, con sus islas y cabos,
que tenemos que darle las gracias a nuestro capitán
de que (dijo la tripulación) nos haya comprado
un perfecto y absoluto mapa en blanco!*

Burton se echó a reír, pero no estaba seguro de que Alice no estuviera insultando de soslayo sus habilidades como capitán. Últimamente, las cosas no iban tan bien como antes entre ellos.

—¡Esperemos que el viaje en el nuevo barco no sea otra agonía en ocho ataques! —gritó Alice.

—Bueno —dijo Burton, sonriéndole salvajemente—, este Hombre de la Campana sabe lo suficiente como para no confundir el timón con el bauprés.

»Ni —añadió— existe la Regla 42 en el código del barco: Nadie puede hablarle al Timonel.

—La cual —dijo Alice, borrando su sonrisa— fue decretada por el propio Hombre de la Campana. Y el Timonel no puede hablar con nadie.

Hubo un corto silencio. Todos sintieron la tensión entre los dos, y parecieron inquietos, temiendo otra violenta explosión del temperamento de su capitán.

Monat, deseoso de evitarlo, se echó a reír. Dijo:

—Recuerdo ese poema. Me sentí impresionado especialmente por el «Sexto ataque, el sueño del abogado». Dejadme ver, oh, sí, el cerdo era sometido a juicio por haber abandonado su pocilga, y el Snark, vestido con toga, peluca y gola, estaba defendiéndolo:

*La acusación nunca había sido claramente expresada,
y parecía que el Snark había empezado,
y llevaba hablando ya tres horas antes de que nadie sos pechara,
de qué se acusaba al pobre cerdo.*

Hizo una pausa, miró a su alrededor, y dijo:

—Ya lo tengo. Esa otra cuarteta fue la que más me impresionó:

*Pero su gran júbilo resultó bruscamente enfriado
cuando el carcelero les informó entre lágrimas,
que la sentencia no tendría el menor efecto,
puesto que el cerdo había muerto hacía años.*

Todos se echaron a reír, y Monat dijo:

—De algún modo, estos versos expresan toda la esencia de la justicia terrestre, en su letra, si no en su espíritu.

—Estoy sorprendido —dijo Burton— de que en tu corta estancia en la Tierra consiguieras no sólo leer tanto sino también recordarlo todo tan bien.

—La caza del Snark era un poema. Creo que se puede comprender mucho mejor a los seres humanos a través de su poesía y su literatura que a través de sus estudios y ensayos. Por eso me tomé la molestia de memorizarla.

»De todos modos, fue un amigo terrestre el que me facilitó ésta. Dijo que era una de las mejores obras metafísicas de que podía enorgullecerse la humanidad. Me preguntó si nosotros los arcturianos teníamos algo parecido.

—¿Seguro que no se estaría burlando? —dijo Alice.

—Creo que no.

Burton agitó la cabeza. Él había sido un voraz lector, y tenía una memoria casi fotográfica. Pero había vivido en la Tierra sesenta y nueve años, mientras que Monat había vivido allí tan solo del 2002 al 2008 después de Cristo. Y sin embargo, durante los años que habían viajado juntos, Monat

había evidenciado un conocimiento que ningún ser humano hubiera podido acumular en un siglo.

La conversación terminó porque ya era tiempo de volver al trabajo en el barco. Burton no olvidó sin embargo las otras observaciones al parecer hirientes de Alice. Volvió a sacar el tema cuando fueron a acostarse.

Ella le miró con sus grandes y oscuros ojos, unos ojos que parecían ya dispuestos a retirarse a otro mundo. Ella siempre se refugiaba en otro lado cuando él atacaba, y era esto lo que lo irritaba hasta el punto de ponerlo al rojo vivo.

—No, Dick, no estaba insultándote. Al menos, no lo hacía conscientemente.

—Pero estabas haciéndolo inconscientemente, ¿no? Esto no es una disculpa. No puedes argüir que no tienes control de esa parte de ti. Lo que tu inconsciente piensa es exactamente lo que tu consciente es. Peor aún. Tú puedes rechazar tus pensamientos conscientes, pero lo que realmente crees es lo que cree esa oscura parte de ti.

Empezó a caminar arriba y abajo, su rostro parecido al de un demonio a la pálida luz que desprendía el pequeño fuego de la chimenea de piedra.

—Isabel me adoraba, y sin embargo no tenía miedo de discutir violentamente conmigo, de decírmelo cuando pensaba que yo estaba haciendo algo equivocado. Pero tú... tú te guardas tu resentimiento hasta que se pudre por completo y entonces sale hediondo de ti. Y eso hace las cosas aún peores.

»No hay nada malo en una buena pelea de tanto en tanto con gritos y discusiones. Es como una tormenta de truenos, que asusta cuando se produce, pero que cuando se marcha ha limpiado el aire.

»El problema contigo es que fuiste educada para ser una dama. Nunca debías alzar airada tu voz, siempre debías mostrarte tranquila y fría y controlada. Pero esa sombría entidad, ese cerebro oculto, esa herencia de tus antepasados simios, está aullando aferrada a los barrotes de su jaula. E, incidentalmente, te aúlla a ti. Pero tú, tú no puedes admitir eso.

Alice perdió su mirada soñadora y empezó a chillarle.

—¡Eres un mentiroso! ¡Y no me compares con tu esposa!

¡Convinimos que no nos compararíamos nunca con el esposo o la esposa del otro, pero tú lo sacas a relucir cada vez que quieres ponerme furiosa! No es cierto que me falte pasión. Tú y todo el mundo deberíais saberlo, y no me refiero tan sólo a la cama.

»Pero no estoy dispuesta a irritarme por cada pequeña palabra e incidente. Cuando me encolerizo realmente es porque la situación lo exige. Porque vale la pena encolerizarse por ello. Tú... tú estás en un estado de cólera perpetuo.

—¡Eso es una mentira!

—¡Yo no miento!

—Entonces volvamos al asunto —dijo él—. ¿Qué es lo que hay en mi capacidad de comandante que no te gusta?

Ella se mordió los labios, luego dijo.

—No se trata de cómo gobiernas el barco o cómo tratas a tu tripulación. Esto resulta obvio, todo el mundo está de acuerdo en que lo haces bien. No, lo que me inquieta es el dominio, o la falta de él, que tienes sobre ti mismo.

Burton se sentó.

—Sigamos con esto —murmuró—. ¿Qué es lo que quieres decir exactamente?

Ella se inclinó hacia adelante en su silla hasta que su rostro quedó muy cerca del de él.

—Por una parte, tú no puedes permanecer en un mismo lugar más de una semana. Antes de que hayan pasado tres días ya empiezas a mostrarte inquieto. Al séptimo día eres como un tigre dando vueltas en su jaula, como un león golpeándose la cabeza contra los barrotes.

—Evítame las comparaciones zoológicas —dijo él—. Además, sabes que he permanecido en un mismo lugar durante más de un año.

—Sí, cuando estás construyendo un barco. Cuando tienes un proyecto en marcha, uno que te permita viajar aún más rápidamente. E incluso entonces, realizas cortos viajes, dejando que los demás sigamos trabajando en el barco. Tienes que ir a ver eso y aquello, investigar rumores, estudiar extrañas costumbres, rastrear un idioma que no conoces. Nunca importa, siempre hay una excusa. Tienes que marcharte.

»Tienes una enfermedad en el alma, Dick, esa es la única forma en que puedo describirlo. No puedes soportar el permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Pero no es debido al lugar. ¡Nunca! Es a ti mismo a quien no puedes tolerar. ¡Debes echar a correr para huir de ti mismo!

Él se puso en pie y empezó a pasear de nuevo arriba y abajo.

—¡Así que dices que no puedo soportarme a mí mismo! ¡Vaya tipo digno de compasión! ¡No se ama a sí mismo, lo cual significa que nadie puede amarle tampoco!

—¡Estupideces!

—¡Sí, todo lo que acabas de decir son puras estupideces!

—La estupidez está en ti, no en lo que yo digo.

—Si no puedes soportarme, ¿por qué no te vas?

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Alice.

—¡Porque te quiero, Dick! —dijo.

—Pero no lo suficiente como para soportar mis insignificantes excentricidades, ¿no?

Ella alzó las manos.

—¿Insignificantes?

—Siento la pasión por los viajes. ¿Y qué? ¿Me lo reprocharías también si tuviera alguna dolencia física, digamos por ejemplo pie de atleta?

Ella sonrió indulgente.

—No, te diría que te libraras de él. Pero esto no es simplemente una dolencia, Dick. Es una compulsión.

Se alzó y encendió un cigarrillo. Agitándolo bajo la nariz de él, dijo:

—Mira esto. En mi época, en la Tierra, jamás me hubiera atrevido a fumar, ni siquiera lo habría pensado. Una dama no hacía tales cosas. Especialmente una dama cuyo esposo pertenecía a la aristocracia y cuyo padre era un obispo de la iglesia anglicana. Ni tampoco bebería licores fuertes, ni por supuesto en exceso. ¡Y jamás se me hubiera ocurrido bañarme desnuda en público!

»Pero aquí estoy, Alice Pleasance Liddell Hargreaves del estado de Cuffnells, la más victoriana de las mujeres aristócratas, haciendo todo esto y mucho más. Pero mucho más, puesto que hago cosas

en la cama que ni siquiera las novelas francesas a las que tan aficionado era mi esposo se atrevían a describir.

»Yo he cambiado. ¿Por qué tú no puedes?

»Para ser sincera, Dick, estoy cansada de viajar, siempre yendo de un lado para otro, encerrada en el interior de un pequeño barco, sin saber nunca lo que va a traer el día de mañana. No soy cobarde, tú lo sabes. Pero me gustaría encontrar un lugar donde se hablara inglés, donde la gente fuera de mi propia clase, donde hubiera paz, donde pudiera aposentarme, echar raíces. ¡Estoy tan cansada de viajar eternamente!

Burton se sintió emocionado por sus lágrimas. Apoyó una mano sobre el hombro de Alice y dijo:

—¿Qué podemos hacer al respecto? Yo necesito moverme sin cesar. Mira, mi...

—¿Isabel? Yo no soy ella. Soy Alice. Te quiero, Dick, pero no soy tu sombra, siguiéndote a todas partes donde vayas, presente cuando hay luz, ausente cuando hay oscuridad, un mero apéndice.

Se dirigió a aplastar su cigarrillo a medio fumar en un cenicero de tierra cocida. Volviéndose hacia él, dijo:

—¡Pero eso no es todo! Hay algo más que me preocupa mucho. Me duele que no confíes enteramente en mí. Tienes un secreto, Dick, un secreto muy profundo, muy oscuro.

—Quizá tú puedas decirme cuál es. Yo realmente no lo conozco.

—¡No mientas! Te he oído hablar en sueños. Tiene algo que ver con esos éticos, ¿no es cierto? Algo que te ocurrió y que no le cuentas a nadie, algo que pasó en algún momento durante todos esos años que estuviste ausente.

»Te he oído murmurar acerca de burbujas, acerca de suicidarte setecientas setenta y siete veces. Y he oído nombres que nunca mencionas cuando estás despierto. Loga. Thanabur. Y hablas de Equis, el misterioso desconocido. ¿Quiénes son esa gente?

—Sólo el hombre que duerme solo puede mantener un secreto —dijo Burton.

—¿Por qué no me lo cuentas? ¿No confías en mí, después de todos esos años?

—Lo haría si pudiera. Pero podría ser demasiado peligroso para ti. Créeme, Alice, no he dicho nada porque no puedo decir nada. Es por tu propio bien. Es inútil discutir. No hablaré, y me irritaré mucho si persistes en preguntarme.

—Muy bien entonces. Pero mantén tus manos quietas sobre ti mismo esta noche.

Pasó mucho tiempo antes de que Burton consiguiera dormirse. En algún momento de la noche se despertó, consciente de que había estado hablando. Alice estaba sentada en la cama, mirándole fijamente.

Oskas, medio borracho como de costumbre, visitó a Burton durante la hora de la comida. A Burton no le importaba, especialmente porque el jefe llevaba consigo un pellejo conteniendo al menos dos litros de bourbon.

—¿Has oído los rumores de este gran barco blanco que se dice está viniendo de más abajo del Río? —preguntó el indio.

—Sólo un sordo no los habría oído —dijo Burton, y se sirvió una generosa dosis de whisky. Tenía un olor a vino y pasaba suavemente, sin necesidad de diluirlo con agua. Pero los cilindros no proporcionaban nada que no fuera lo mejor.

—¡Ahhh! —dijo; y luego—: Me cuesta creer esa historia. Por la descripción, el barco está propulsado por ruedas de paletas. Eso significa que sus motores son de hierro. Dudo que nadie haya podido reunir el suficiente mineral como para fabricar motores de ningún tamaño. Además, he oído que el casco del barco está hecho de metal. No hay bastante hierro en todo el planeta como para construir un barco tan grande. Si es tan grande como dicen los rumores.

—Estás lleno de dudas —dijo Oskas—. Eso es malo para el hígado. De todos modos, si la historia es cierta, entonces el gran barco llegará hasta aquí algún día. Me encantaría poseer un barco así.

—Tú y muchos millones. Pero si puede construirse un barco así, entonces su constructor dispondrá también de armas de hierro, quizá armas de fuego. Tú nunca has visto ninguna aunque hayas tenido bombas de pólvora. Las armas de fuego son tubos metálicos que pueden lanzar proyectiles de metal a grandes distancias. Algunas de ellas pueden disparar tan rápido que un hombre no podría disparar su arco antes de ser alcanzado diez veces. Y además están los cañones. Son tubos gigantescos que lanzan enormes bombas hasta más lejos que las montañas.

»Puedes imaginar que ha habido otros que habrán intentado arrebatarse ese barco a sus propietarios, y que habrán muerto antes incluso de llegar a distancia de flecha de él. Además, ¿qué harías con él si lo consiguieras? Se necesita gente entrenada para hacer funcionar un barco así.

—Eso se podría conseguir —dijo Oskas—. Tú, por ejemplo. ¿Tú podrías hacerlo funcionar?

—Probablemente.

—¿Estás interesado en ayudarme a conseguirlo? Sería espléndido contigo. Serías el primero de mis lugartenientes.

—No me gusta la guerra —dijo Burton—. Y tampoco soy codicioso. De todos modos, sólo para seguir la conversación, digamos que puedo estar interesado. Así es como yo lo haría.

Oskas quedó fascinado por el intrincado pero fantástico plan que proponía Burton. Cuando se fue, dijo que le enviaría a Burton más whisky. Tenían que hablar más sobre el asunto. Sonriendo ampliamente, Oskas se fue tambaleándose.

Burton pensó que el jefe era muy crédulo. De todos modos, no le importaba seguirle la corriente si con ello lo hacía feliz.

La verdad es que Burton tenía algunos planes propios.

Si la historia era cierta, entonces el barco era un medio de viajar mucho más aprisa que a vela.

De alguna forma, tenía que ser admitido a bordo. No por la fuerza, sino por la astucia. El principal problema era que no tenía la menor idea de cómo conseguir aquello.

Por una parte, el barco podía no pararse, y probablemente no lo haría, en aquella zona. Por otra parte, era posible que no hubiera sitio para más gente. Además, ¿para qué querría su capitán admitirles a él y a su tripulación a bordo?

Permaneció silencioso durante todo el resto del día, absorto en sus pensamientos. Después de irse a la cama, permaneció largo tiempo despierto considerando todas las posibilidades. Una de las cosas que tomó en consideración fue la de seguir adelante con el plan de Oskas. Luego, en el último momento, siempre podía traicionarle. Eso lo congraciaría con el capitán del barco.

Rechazó aquello casi instantáneamente. En primer lugar, incluso aunque Oskas fuera rapaz y traicionero, él, Burton, se sentiría deshonrado si le engañaba. En segundo lugar, resultaba inevitable que muchos de los hombres de Oskas resultarían muertos y heridos. No deseaba sentirse responsable de ello.

No, tenía que existir otra forma.

Finalmente, la encontró. Su éxito dependía de detener el barco o al menos llamar la atención de aquellos que iban a bordo. Cómo podría conseguirlo si pasaban de noche era algo que no sabía. Pero de alguna forma lo haría.

Sonriendo, se durmió.

Pasaron dos meses. Dentro de otra semana, el Snark sería botado. Mientras tanto, los detalles acerca del cada vez más próximo barco de paletas iban llegando paulatinamente. Llegaban por los tambores, por el humo, por el fuego, y por las señales de los espejos de mica. Uniendo todos los detalles, Burton se había formado una idea del barco. Probablemente era más grande que cualquiera de las barcos fluviales del Mississippi de su tiempo. Era indudablemente de metal, y viajaba al menos a veinticinco kilómetros por hora. A veces, había sido visto yendo dos veces más rápido. Los cálculos eran burdos, por supuesto, ya que ninguno de los observadores disponía de un cronómetro. Pero se podían contar los segundos mientras recorría el espacio de una piedra de cilindros a la siguiente. Burton había supuesto por los primeros informes que se trataba de un barco de vapor. Sin embargo, mensajes posteriores dijeron que rara vez cargaba madera. Había a bordo una caldera que calentaba el agua de los baños y producía vapor para las armas de fuego. Burton no podía comprender cómo el vapor podía impulsar las balas. Monat sugirió que el arma utilizaba un sistema sincronizado para introducir los proyectiles en el cañón, donde era impulsado a intervalos regulares vapor a considerable presión.

Los motores del barco utilizaban electricidad, que tomaba de las piedras de cilindros cuando emitían su descarga.

—Entonces no sólo disponen de acero, sino también de cobre para el bobinado de los motores eléctricos —dijo Burton—. ¿De dónde habrán obtenido todo ese metal?

—El barco puede ser en su mayor parte de aluminio —dijo Frigate—. Y el aluminio puede ser utilizado también para los bobinados, aunque no es tan eficiente como el cobre.

Llegaron más datos. El barco llevaba pintado su nombre en ambos lados con grandes letras romanas negras. *Rex Grandissimus*. «El más grande los reyes» en latín, es decir, el más grande en

modales o en estilo de vida. Su comandante, según los informantes, no era otro que el hijo de Enrique II de Inglaterra y Leonor, esposa divorciada de Luis VII de Francia, hija del Duque de Aquitania. El Rey Juan, llamado Juan Sin Tierra, era el capitán. Tras la muerte de su famoso hermano, Ricardo Corazón de León, Juan se había convertido en *Joannes Rex Angliae et Dominus Hiberniae*, etc. También había ganado una reputación tan mala que en la realeza británica se creó una ley no escrita de que ningún heredero al trono podía llevar jamás el nombre de Juan.

Al saber por primera vez el nombre del capitán, Burton le dijo a Alice:

—Uno de tus antepasados manda el barco de paletas. Quizá podamos apelar a su afecto familiar para conseguir que nos acepte a bordo. De todos modos, por lo que dice la historia, no parece sentir mucha lealtad familiar. Acaudilló una rebelión contra su padre, y se dice que mató a su sobrino Arturo, que Ricardo había nombrado heredero de la corona.

—No fue peor que cualquier otro rey de aquella época —dijo Alice—. E hizo algunas cosas buenas, pese a lo que la gente piensa. Reformó la moneda, apoyó el desarrollo de la marina, hizo todo lo que pudo por fomentar el comercio, animó la terminación del Puente de Londres. Fue también distinto de los monarcas de su tiempo en el sentido de que era un intelectual. Leía libros latinos e historias francesas en lengua original, y allá donde iba se llevaba consigo su biblioteca.

»En cuanto a su oposición a la Carta Magna, eso también ha sido mal interpretado. La revolución de los barones no fue en interés de la gente común; no fue un movimiento democrático. Los barones deseaban privilegios especiales para sí mismos. La libertad por la cual lucharon era la libertad de explotar a sus súbditos sin oposición por parte del rey.

»Luchó duramente contra los barones, y guerreó para mantener las provincias francesas bajo la corona de Inglaterra. Pero no había forma en que pudiera salirse de aquello; había heredado viejos conflictos de su padre y hermano.

—¡Bien! —dijo Burton—. Haces que parezca como un santo.

—Estaba lejos de ser eso. Pero estaba más interesado por Inglaterra, por el bienestar del pueblo, que cualquiera de los anteriores reyes anglonormandos.

—Debes haber leído y pensado mucho sobre él. Tus opiniones van en contra de todo lo que yo he leído.

—Tuve mucho tiempo para leer cuando viví en Cuffnells. Y sé formarme mis propias opiniones.

—Mejor para ti. Sin embargo, queda el hecho de que de alguna forma este monarca medieval se ha hecho con el control del mayor artefacto, de la más soberbia máquina, de este mundo. Podré apañármelas con él cuando esté en su presencia. El problema es, ¿cómo puedo conseguir esto último?

—Querrás decir, ¿cómo podemos conseguir esto último?

—Correcto. Mis disculpas. Bien, ya veremos.

El Snark fue botado al Río entre muchos vítores y tragos.

Burton no se sentía tan feliz como hubiera debido sentirse. Había perdido interés en él.

Durante las celebraciones, Oskas lo llevó aparte.

—No pretenderás irte pronto, espero. Cuento contigo para que me ayudes a apoderarme del gran barco.

Burton sintió deseos de enviarlo al infierno. Aquello, sin embargo, no hubiera sido diplomático,

puesto que el jefe podía decidir confiscar el Snark para sí mismo. Peor aún, podía dejar de resistirse a la tentación de llevarse a Loghu a su cama. Durante aquel año le había causado a la mujer algunas molestias, aunque no había efectuado ningún avance violento. Ni si quiera cuando estaba realmente borracho, lo cual era a menudo, le había pedido abiertamente que se fuera con él.

Se habían producido varios momentos críticos cuando parecía como si fuera a tomarla por la fuerza. Frigate, cuya naturaleza lo era todo menos beligerante, había llegado a estudiar incluso la posibilidad de desafiarle en una ocasión a un duelo, aunque en el fondo pensaba que era una forma estúpida de resolver el problema. Pero el honor lo exigía, su hombría lo exigía, no había ninguna otra forma excepto que él y Loghu se marcharan furtivamente alguna noche. No deseaba abandonar a la gente con la que tanto había intimado durante tantos años.

Loghu le había dicho:

—No, lo único que conseguirías sería que te mataran, o matar al salvaje y provocar que su gente te matara a ti. Déjame a mí.

Entonces Loghu había sorprendido a todo el mundo, principalmente a Oskas, desafiándolo a una lucha a muerte.

Tras recobrase de la impresión, Oskas había estallado en estruendosas carcajadas.

—¿Qué? ¿Yo luchar con una mujer? Pego a mis esposas cuando me hacen irritar, pero jamás lucharía con ninguna. Si aceptara tu reto, terminaría contigo enseguida, pero todo el mundo se reiría de mí: ya no sería Oskas, La Garra de Oso sino el Hombre Que Luchó Con Una Mujer.

—¿Qué arma escoges? —había dicho Loghu—. ¿Tomahawk? ¿Lanza? ¿Cuchillo? ¿Las manos desnudas? Me has visto en algunas contiendas, sabes que soy buena con todas las armas. Es cierto que eres más grande y más fuerte, pero yo conozco muchos trucos que tú no. He tenido algunos de los mejores instructores del mundo.

Lo que no mencionó era que él estaba muy intoxicado por el alcohol, muy gordo, y en muy bajas condiciones.

Si hubiera sido un hombre quien le hubiera hablado así Oskas hubiera saltado sobre él. Aún borracho como estaba, sabía que se hallaba en un dilema. Si mataba a aquella mujer, se convertiría en el hazmerreír de todos. Si no aceptaba el desafío, dirían que tenía miedo de ella.

Monat, sonriendo, dio un paso adelante.

—Jefe, Loghu es muy amiga mía. Yo también soy amigo tuyo. ¿Por qué no dejamos este asunto? Después de todo, es el alcohol el que habla en ti, no tú, Oskas, el jefe, el más poderoso guerrero de la Tierra y a lo largo de todo el Río. Nadie podrá reprocharte que te niegues a luchar con una mujer.

»De todos modos, no es correcto que molestes a la mujer de otro hombre. No lo harías si no estuvieras repleto de whisky. De modo que te digo que en el futuro no debes tratar a esta mujer de ningún modo excepto con el respeto que tú exiges de los demás hombres hacia tus mujeres.

»Como Burton te dijo en una ocasión, yo fui en mi tiempo un gran mago. Sigo teniendo aún algunos poderes, y no vacilaré en usarlos si sigues molestando a Loghu. Lo haré a disgusto, pues siento un gran respeto hacia ti. Pero lo haré si tengo que hacerlo.

Oskas se puso pálido bajo su oscura piel y el fluir del whisky calentando su sangre. Dijo:

—Sí, tiene que ser la bebida. Nadie puede culparme por lo que hago cuando estoy borracho.

No se dijo más aquella noche, y al día siguiente Oskas proclamó haber estado tan borracho que no recordaba nada de la fiesta.

Durante varios meses, se mostró frío pero cortés con Loghu. Más tarde, empezó de nuevo a hacerle observaciones, aunque no la tocaba. Aquello podía deberse a lo que Loghu le había dicho, en privado por supuesto, a fin de que no tuviera que avergonzarse ante nadie, de que le rajaría la barriga de arriba a abajo si ponía una mano sobre ella. Tras lo cual, por supuesto, le aplastaría los testículos.

Ella dijo luego que él solamente se había echado a reír. Sin embargo, él sabía que, si daba pie para ello, Loghu no vacilaría en hacer lo que había dicho. Sin embargo, Oskas sentía una pasión compulsiva hacia ella. Ahora que se acercaba el momento en que Loghu iba a marcharse, le seguía de nuevo los pasos.

Burton, hablando ahora con él, tenía eso en mente. No quería hacerle pensar que le quedaba poco tiempo para llevarse a Loghu a la cama.

—No, no vamos a irnos. Seguiremos el plan que he elaborado para ti, y yo y mi gente estaremos entre la vanguardia cuando abordemos el barco.

»Sin embargo, como bien sabes, es esencial que atacemos en el momento en que esté parado para cargar energía de una piedra. Si está moviéndose no tendremos ninguna posibilidad. He calculado la zona donde el barco se detendrá lo más cerca de este lugar. No puedo decirlo exactamente. Pero si puedo predecir con cuatro o cinco piedras de error dónde se detendrá al atardecer.

»Nuestro barco necesita un viaje de prueba. Tengo el propósito de realizarlo mañana. Navegaré Río abajo hasta donde se detendrá el gran barco, y estudiaré la situación. Necesitamos saber las características del terreno si queremos atacar el poderoso barco con algunas posibilidades de éxito.

»¿Te gustaría venir con nosotros?

Oskas lo había estado observando con ojos entrecerrados. Ahora su rostro se distendió, y sonrió.

—Por supuesto que iré con vosotros. No voy a lanzarme ciegamente a una batalla.

Aquello tranquilizaba a Oskas de su no formulada sospecha de que el Snark no regresaría de su viaje de pruebas. Sin embargo, dispuso a cuatro hombres en una cabaña cercana para mantener el barco bajo vigilancia, aunque no le dijo nada de ello a Burton. Aquella noche, toda la tripulación se deslizó furtivamente entre la bruma en dirección a las colinas. Allí, recuperaron los cilindros comodín de un agujero en la base de la montaña y los llevaron al barco, donde los guardaron en un escondrijo secreto detrás de lo que parecía una sólida mampara.

Al día siguiente, tras el desayuno, Oskas subió a bordo con siete de sus mejores guerreros. Atestaban el barco, pero Burton no se quejó. Empezó a hacer circular alcohol de líquenes aromatizado con hojas de árbol de hierro machacadas. Su tripulación había recibido órdenes de mantenerse completamente abstemia. Mediada la tarde, el jefe y sus hombres estaban estropajosa y carcajeantemente borrachos. Ni siquiera la comida había bastado para serenarlos un tanto. Burton animó a sus huéspedes a seguir bebiendo. Aproximadamente una hora antes de que tuvieran que detenerse para cenar, los indios iban tambaleándose de un lado para otro o permanecían tendidos sobre cubierta roncando profundamente.

Fue fácil empujar a los que aún seguían conscientes al agua, y luego arrojar a los inconsciente

tras ellos. Afortunadamente, la impresión del agua fría los despertó a todos. De otro modo, Burton se hubiera sentido obligado a recogerlos y a llevarlos hasta la orilla.

Oskas, chapoteando en el agua, agitó su puño y lo maldijo en menomini y Esperanto. Riendo, Burton dobló su pulgar y todos sus dedos menos el índice y alzó su mano hacia arriba. Luego tendió su mano hacia adelante con el primero y cuarto dedos extendidos, el antiguo signo del «mal de ojo», un signo que en los tiempos modernos había pasado a significar «mierda para ti».

Oskas se puso aún más violento y colorista en su descripción de las muchas formas en que iba a vengarse.

Kazz, sonriendo, le tiró al jefe su cilindro con tanta precisión que le dio en mitad de la cabeza. Los guerreros tuvieron que sumergirse tras él. Cuando volvieron a subirlo a la superficie, tuvieron que sostenerle entre dos hasta que recuperó el conocimiento.

Kazz pensó que haberle hecho un chichón en la cabeza a Oskas había sido muy divertido. Lo hubiera encontrado aún más divertido si el jefe se hubiera ahogado. Sin embargo, entre sus compañeros de tripulación era un hombre sociable, amable y servicial en el que cualquiera podía confiar. Era un primitivo, y todos los primitivos, civilizados o no, eran gente tribal. Sólo la tribu consistía en seres humanos, y sólo en ella eran tratados como tales. Fuera de la tribu, aunque algunos podían seguir siendo considerados como amigos, no eran en absoluto humanos. Así, no tenían por qué ser tratados como si fueran completamente humanos.

Aunque el Neanderthal había perdido a su tribu en la Tierra, la había recuperado en la tripulación del Snark. Esa era su familia, su tribu.

El Snark no recaló allá donde Burton le había dicho a Oskas que aguardaría al barco de paletas. Hubiera sido una estupidez hacer eso. Oskas podía haber vuelto rápidamente a su territorio alquilando o robando un bote. Luego podía regresar con más guerreros antes de la llegada del Rex Grandissimus.

El cúter navegó más allá de la parada señalada y prosiguió Río abajo durante dos días. Mientras tanto, su tripulación vio y oyó mensajes enviados por Oskas vía heliógrafo, fuego y señales de humo, y tambores. El jefe afirmaba que el grupo de Burton le había robado cigarrillos y alcohol y luego lo había secuestrado. Oskas ofrecía una recompensa a cualquiera que pudiera detener y retener a los «criminales» hasta que él llegara para tomarlos bajo su custodia.

Burton tenía que actuar rápidamente para contrarrestar aquello, aunque era dudoso que ninguna autoridad de los pequeños estados ante los que cruzaban pudiera arrestar a la tripulación del Snark. Oskas no era popular debido a los problemas que había causado a lo largo de los años. Sin embargo, algunos individuos podían organizar grupos privados.

Burton fue a la orilla con una caja de tabaco y licor y algunos anillos de roble. Con ellos pagó al jefe de la rama local de la compañía de señales para que enviara un mensaje de su parte. Decía que Oskas mentía, y que la verdad era que el jefe había intentado tomar por la fuerza a una mujer miembro de la tripulación y que debido a eso ella y sus compañeros se habían visto obligados a marcharse. Oskas los había perseguido, pero su canoa de guerra había sido hundida cuando había intentado abordar al Snark.

Burton añadió luego que sabía que el jefe y sus consejeros poseían un gran tesoro, un conjunto de cilindros comodín que alcanzaba al menos un número de cien.

Eso era una mentira, puesto que Oskas, en una ocasión en que estaba borracho, le había dicho a Burton que tenía tan solo veinte. A Burton no le importaba exagerar la verdad. Así la atención sería desviada de él al jefe. Su gente oiría esto, y se organizaría un pandemónium. Indudablemente exigirían que el producto de los cilindros comodín fuera añadido a las reservas comunales. Además, ahora Oskas tendría que preocuparse de los ladrones. No sólo de aquellos de entre su propia gente, sino de los que procedentes de otros estados acudirían con la intención de robar los cilindros.

Oskas iba a estar muy ocupado como para pensar en venganzas.

Burton dejó escapar una risita al pensar en aquello.

El Snark llegó a una zona donde la corriente del Río disminuía considerablemente su velocidad. Burton había encontrado muchos de aquellos lugares, zonas donde el Río parecía no ser capaz de seguir fluyendo. En la Tierra aquello hubiera significado que el Río se habría extendido formando un lago, inundando el Valle.

Sin embargo, después de pasar por la casi muerta corriente, el cúter llegó a una zona donde el agua ganaba velocidad. De nuevo estaba corriendo hacia la lejana desembocadura, esa legendaria gran caverna que conducía al mar del Polo Norte. Había un cierto número de explicaciones a ese fenómeno, ninguna de las cuales había demostrado ser lo suficientemente válida.

Una era que había bastantes variaciones en la gravedad local como para permitir que el ímpetu

del Río dominara la falta de gradiente hacia abajo. Aquellos que se inclinaban por esa teoría decían que los desconocidos constructores de aquel mundo debían haber instalado instrumentos subterráneos que causaban un debilitamiento del campo gravitatorio en las zonas apropiadas.

Otros sugerían que el agua era bombeada bajo gran presión desde conducciones profundamente hundidas en el Río.

Una tercera escuela especulaba que el incesante flujo de la corriente estaba causado por una combinación de bombas de presión y generadores «antigravitatorios».

Una cuarta mantenía que Dios había decretado que el agua fuera hacia arriba si era necesario, y así no había por qué preocuparse por el fenómeno.

La mayoría de la gente ni siquiera pensaba en ello.

Fuera cual fuese la causa, el Río nunca detenía su curso a lo largo de sus muchos millones de kilómetros.

Al final del segundo día, el Snark se detuvo en la localidad donde debería pararse también el gran barco de metal. Las noticias allí eran de que el Rex había interrumpido su viaje durante varios días. Su tripulación estaba tomando un breve descanso en tierra.

—¡Excelente! —dijo Burton—. Mañana partiremos a su encuentro, y tendremos todo un día para hablar con el capitán Juan para que nos enrole.

Aunque sonaba animado, no se sentía así. Si su plan no funcionaba, tendría que hacer pasar el Snark por la zona de Oskas a plena luz del día, ya que la brisa nocturna era insuficiente. Advertido por el sistema de señales de que estaba llegando, el jefe podría estarle esperando con todas sus fuerzas. Burton tenía la impresión de que hubieran tenido que ir Río arriba tras haberse desembarazado de los indios y navegado más allá de su territorio. Sin embargo, el barco de paletas hubiera podido rebasar al Snark en pleno viaje y Burton no hubiera tenido ninguna posibilidad de hablar con su comandante. Cada día tiene su cosa mala, y los mejores planes de los ratones y de los hombres pueden estropearse en cualquier momento. Disfruta esta noche y preocúpate mañana del mañana. Pero aquello no alejaba sus preocupaciones.

Los habitantes del lugar eran en su mayoría holandeses del siglo XVI, con una minoría de antiguos tracios, y el habitual pequeño porcentaje de gente de muchos lugares y tiempos. Burton encontró a un flamenco que había conocido a Ben Jonson y Shakespeare, entre otros personajes famosos. Estaba hablando con él cuando un recién llegado se unió a los que estaban sentados en torno al fuego. Era un caucasiano de mediana estatura, cuerpo delgado, pelo negro, y ojos azules. Permaneció allí por un minuto, mirando intensamente a Frigate. Luego sonrió ampliamente y corrió hacia él.

—¡Pete! —gritó en inglés—. ¡Por el amor de Dios, Pete! ¡Soy yo, Bill Owain! ¡Pete Frigate, por los cielos! ¡Eres tú, ¿verdad, Pete?!

Frigate pareció desconcertado. Dijo:

—¿Sí? Pero tú, tú eres... ¿cuál has dicho que era tu nombre?

—¡Bill Owain! ¡En nombre de Cristo, no puedes haberme olvidado, soy Bill Owain, tu viejo amigo! Te ves algo distinto, Pete. Por un momento no he estado seguro. ¡No te pareces en nada a como te recordaba!

—¡Bill Owain! ¡Claro! ¡No te reconocí al principio, ha pasado tanto tiempo!

Se abrazaron, y empezaron a hablar rápidamente, riendo de tanto en tanto. Cuando se separaron, Frigate presentó a Owain.

—Es mi viejo compañero de colegio. Estuvimos juntos hasta el cuarto grado de la escuela primaria. Fuimos juntos al mismo colegio en Peoría, y seguimos siendo amigos después durante varios años. Cuando finalmente me establecí en Peoría, después de trabajar por todo el país, acostumbábamos a vernos de tanto en tanto. No muy a menudo, puesto que cada uno teníamos nuestra vida y pertenecíamos a círculos distintos.

—Pese a todo —dijo Owain—, no comprendo cómo no me has reconocido inmediatamente. Pero yo tampoco estaba seguro de ti, de todos modos. Te recordaba de otro modo. Tu nariz es un poco más larga y tus ojos son más verdes y tu boca no es tan gruesa y tu barbilla parece más pronunciada. Y tu voz... ¿recuerdas como todo el mundo te gastaba bromas porque era idéntica a la de Gary Cooper? No suena como antes, como recuerdo que sonaba. Demasiado para la memoria de uno, ¿eh?

—Si, demasiado para la memoria de uno. Ya sabes, Bill, que la mía nunca fue muy buena. Además, nos recordábamos mutuamente como hombres de mediana edad y luego viejos, y ahora tenemos el aspecto de cuando cumplimos los veinticinco. Además, no llevamos las ropas que llevábamos entonces. Pero es un shock, realmente es un shock, encontrar a alguien al que conociste en la Tierra. ¡Me he quedado pasmado!

—¡Yo también! ¡Y además, no estaba seguro! ¿Sabes que eres la primera persona con la que me he encontrado a la que conociera de la Tierra?

—Para mí eres el segundo —dijo Frigate—. Pero el otro fue hace treinta y dos años, y era un tipo al que mejor no hubiera vuelto a encontrar.

Ese, pensó Burton, debía ser aquel hombre llamado Sharkko. Un editor de libros de ciencia ficción de Chicago, que había estafado a Frigate a través de un contrato más bien complicado. El asunto había durado varios años, al final de los cuales la carrera de escritor de Frigate había quedado destruida. Pero una de las primeras personas que Frigate había encontrado tras su resurrección era Sharkko. Burton no había presenciado el encuentro, pero Frigate había contado cómo se había vengado dándole al tipo un puñetazo en la nariz.

El propio Burton sólo se había encontrado con una persona que hubiera conocido en la Tierra, pese a que sus amistades allá habían sido numerosas y esparcidas por todo el mundo. También había sido un encuentro del que hubiera prescindido tranquilamente. El hombre había sido uno de los portadores de su expedición en busca de las fuentes del Nilo. Camino del lago Tangañica (Burton y su compañero Speke eran los primeros europeos en verlo), el porteador había comprado una esclava, una muchachita de unos trece años. Ella se había puesto demasiado enferma como para continuar con ellos, y el porteador le había cortado la cabeza antes de permitir que cualquier otro se convirtiera en su propietario.

Burton no había estado presente para impedir el asesinato, y no hubiera sido prudente castigar luego al hombre. Tenía el derecho legal de hacer lo que quisiera con su esclava. Sin embargo, Burton lo castigó por otras cosas, como pereza, hurtos y negligencia en el manejo de las cargas, y le aplicó el látigo cada vez que se le presentó la oportunidad.

Ahora, Owain parecía recordar incidentes y amigos mucho mejor que Frigate. Aquello era

sorprendente, puesto que Frigate tenía muy buena memoria.

—¿Recuerdas cómo acostumbrábamos a ver los programas del Princesa, del Columbia y del Apolo? —decía Owain—. ¿Recuerdas aquel sábado que decidimos comprobar cuántas películas éramos capaces de ver en un solo día? Primero fuimos a un programa doble en el Princesa, luego a otro doble en el Columbia, después a uno triple en el Apolo, y finalmente acudimos al programa de medianoche del Madison.

Frigate sonrió y asintió. Pero su expresión evidenciaba que no recordaba nada de aquello.

—Y luego aquella vez que fuimos a St. Louis con Al Everhard y Jack Dirkman y Dan Boobin. El primo de Al nos consiguió algunas citas: todas enfermeras, ¿recuerdas? Fuimos hasta el cementerio... ¿cómo se llamaba?

—Que me aspen si lo recuerdo —dijo Pete.

—Sí, pero apuesto a que no has olvidado cómo tú y aquella enfermera os desnudasteis, y estuviste persiguiéndola por todo el cementerio, y tropezaste con una lápida y te caíste de bruces sobre una corona, y te pusiste la cara perdida con los rasguños de las espinas de las rosas. ¡Apuesto que no has olvidado eso!

Frigate sonrió embarazosamente.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—¡Seguro que eso te hizo arriar velas! ¡Y todo lo demás que ocurrió luego! ¡Ja, ja!

Hubo más recuerdos. Tras un rato, la charla se desvió hacia sus reacciones al despertar en las orillas del Río. Los demás se unieron a ella, puesto que era uno de los tópicos favoritos de conversación. Aquel día había sido tan aterrador, tan alucinante, tan extraño, que nadie lo olvidaría nunca. El horror, el pánico, y la confusión, aún estaban en ellos. A veces Burton se preguntaba si la gente seguiría hablando tanto de la experiencia a causa de que la recapitulación era una forma de terapia. Esperaban liberarse del trauma a través de una descarga verbal.

Había un consenso general acerca de que todo el mundo había actuado algo estúpidamente aquel día.

—Recuerdo lo absurdamente formal y digna que me sentí en aquel momento —dijo Alice—. Y yo no era la única. Sin embargo, la mayoría de la gente estaba histérica. Todos nos hallábamos sumidos en un gran shock. Lo sorprendente es que nadie murió de un ataque al corazón. Una creería que despertarse aquí en este extraño lugar, tras haber muerto, era suficiente como para morirse otra vez... como mínimo.

—Quizá —dijo Monat—, justo antes de la resurrección, nuestros anónimos benefactores inyectaron algún tipo de droga en todos nosotros de modo que aliviara el impacto de la impresión. Además, la goma de los sueños hallada en nuestros cilindros pudo actuar como una especie de anestesia postoperatoria. Aunque debo decir que sus efectos dieron origen a algunos comportamientos realmente salvajes.

Alice miró entonces a Burton. Incluso después de todos aquellos años, aún enrojecía ante el recuerdo de aquella noche. Todas sus inhibiciones sociales habían desaparecido por espacio de algunas horas, y habían actuado como visiones cuya única dieta hubiera sido cantárida. O como si sus más secretas fantasías hubieran tomado el control.

La conversación se centró entonces en el arcturiano. Anteriormente, pese a su amigable actitud, había tenido que enfrentarse constantemente a la reserva mental que siempre había hallado en su primer contacto con desconocidos. Su obvio origen no humano hacía que la gente se sintiera intimidada o repelida.

Ahora le hicieron preguntas acerca de su vida en su planeta nativo y su experiencia en la Tierra. Algunos pocos habían oído la historia de cómo los arcturianos se habían visto obligados a eliminar a casi la totalidad de la población de la Tierra. Ninguno de los presentes, sin embargo, excepto Frigate, vivía cuando la nave arcturiana llegó a la Tierra.

—¿Saben? —dijo Burton—, todo esto resulta peculiar, aunque supongo que era algo que debía esperarse. Había, según Pete, ocho mil millones de personas viviendo en la Tierra en el año 2008 después de Cristo. Sin embargo, aparte Monat y Frigate y otra persona, nunca me he encontrado con nadie de los que vivieron en aquel momento. ¿Alguno de vosotros sí?

Nadie. De hecho, los únicos habitantes de la zona que habían vivido pasados los años setenta del siglo XX eran Owain y una mujer. Ella había muerto en 1982, él en 1981.

Burton agitó la cabeza.

—Tiene que haber al menos treinta y seis mil millones de personas a todo lo largo del Río. La inmensa mayoría tendría que ser aquellos que vivieron entre 1983 y 2008. Sin embargo, ¿dónde están?

—Quizá haya alguno en la próxima piedra de cilindros —dijo Frigate—. Después de todo, Dick, nadie ha hecho un censo. Lo que es más, nadie es capaz de hacerlo. Pasamos cada día junto a centenares de miles de personas, pero ¿con cuántas de ellas tienes oportunidad de hablar? Unas cuantas docenas al día. Más pronto o más tarde terminarás encontrando a uno de ellos.

Especularon durante un rato acerca de quiénes les habían resucitado y cómo lo habían hecho, y el porqué de todo el asunto. Hablaron también del porqué el crecimiento del pelo facial en los hombres había sido inhibido, el porqué todos los hombres habían despertado circuncidados, y el porqué todas las mujeres tenían el himen intacto en el momento de la resurrección. En cuanto a lo de no necesitar afeitarse, la mitad de los hombres creían que era una buena cosa, mientras que la otra mitad se lamentaba de no poder llevar bigotes y barbas.

Había también una cierta sorpresa ante el hecho de que los cilindros tanto de hombres como de mujeres proporcionaban ocasionalmente lápices labiales y otros cosméticos.

Frigate dijo que creía que a sus benefactores probablemente no les gustaba afeitarse, y que ambos sexos se pintaban el rostro. Esta era, para él, la única explicación razonable.

Entonces Alice sacó a relucir la experiencia de Burton en la burbuja de prerresurrección. Aquello llamó la atención de todo el mundo, pero Burton dijo que no recordaba nada de aquello. Había sufrido un golpe en la cabeza que le había borrado todo recuerdo.

Como siempre, mientras contaba esa mentira, captó la ligera sonrisa de Monat dirigida a él. Sospechaba que el arcturiano sabía que estaba prevaricando. Sin embargo, nunca había dicho nada al respecto. Respetaba las razones de Burton, aunque no supiera exactamente cuáles eran.

Frigate y Alice recontaron pues la historia de Burton tal como la recordaban. Cometieron varios errores, que él, por supuesto, no pudo corregir.

—Si eso es así —dijo un hombre—, entonces la resurrección no es una cosa sobrenatural. Fue efectuada mediante métodos científicos. ¡Sorprendente!

—Sí, lo es —dijo Alice—. ¿Pero por qué ya no seguimos resucitando? ¿Por qué la muerte, la muerte permanente, ha regresado?

Un sombrío silencio pensativo cayó durante un minuto sobre la concurrencia.

Kazz lo rompió diciendo:

—Hay una cosa que Burton-naq no ha olvidado. Es el asunto con Spruce. El agente de los Éticos.

Aquello suscitó nuevas preguntas.

—¿Qué son los Éticos?

Burton tomó un largo trago de escocés y se lanzó a contar la historia. En un determinado momento, dijo, él y su grupo habían sido capturados por esclavistas de cilindros. No era necesario explicar el significado de este término. Todo el mundo había tenido alguna que otra experiencia con ellos.

Burton contó cómo su barco había sido atacado y cómo habían sido encerrados dentro de una empalizada, de la que no salían más que para trabajar, vigilados por una considerable guardia. Todo su tabaco, marijuana, goma de los sueños y licor les eran arrebatados por sus captores. Además, estos se quedaban con la mitad de su comida, dejando a sus prisioneros apenas la dieta mínima.

Al cabo de algunos meses, Burton y un hombre llamado Targoff habían acaudillado una revuelta que había conseguido vencer a los esclavistas.

—Unos pocos días después de nuestra liberación, Frigate, Monat y Kazz acudieron a mí. Tras los efusivos saludos de rigor, Kazz empezó a hablarme excitadamente.

»—Hace mucho tiempo, antes de que yo pudiera hablar bien el inglés —me dijo—, vi algo. Intenté decírtelo entonces, pero no me comprendiste. Ahora he visto a un hombre que tampoco tiene eso en su frente.

»Mi amigo aquí, mi *naq*, como lo denomina él en su idioma nativo, me señaló el centro de su frente y luego el de la frente de cada uno de nosotros. Luego, Kazz prosiguió:

»—Sé que tú no puedes verlo. Pete y Monat tampoco pueden. Nadie puede. Pero yo lo veo en la frente de todo el mundo. Excepto en la de ese hombre que intenté atrapar hace tanto tiempo. Luego, un día, vi a una mujer que tampoco lo tenía, pero no te dije nada. Ahora, he visto a una tercera persona que tampoco lo tiene.

»Yo seguía sin comprender. Monat fue quien me lo explicó:

»—Quiere decir que es capaz de captar ciertos símbolos de caracteres que todos nosotros llevamos grabados en la frente. Puede verlos tan sólo bajo la brillante luz del sol y desde un cierto ángulo. Pero todo el mundo al que ha visto aquí lleva esos símbolos... excepto los tres que ha mencionado.

»Frigate añadió que, de algún modo, Kazz era capaz de ver un poco más allá en el espectro luminoso, algo que los no neanderthales no podían hacer. Hasta el ultravioleta, de hecho, puesto que los símbolos eran azulados. Al menos así es como Kazz los describió. Todos nosotros, excepto algunos individuos, parece ser que llevamos esta señal. Como si fuéramos ganado marcado. Desde entonces, Kazz, y su mujer Besst, han estado observando las frentes de toda la gente con la que se han cruzado, cuando las condiciones de iluminación eran las adecuadas, por supuesto.

Esta noticia, como siempre, despertó el asombro, la indignación y la furia de los presentes. Burton aguardó a que el furor decreciera antes de seguir hablando.

—Algunos de ustedes, los que vivieron a finales del siglo xx, es probable que sepan que el llamado hombre de Neanderthal ha sido reclasificado. Los antropólogos decidieron que no se trataba de una especie separada, sino de una variante del *Homo sapiens*. Sin embargo, del mismo modo que se diferenciaban algo de él en su aspecto físico y en su dentadura, también lo hacían en la habilidad de ver dentro del ultravioleta.

—Yo no soy una Neanderthal pero soy una mujer —dijo Besst—, de modo que también tengo esta habilidad.

Burton sonrió y prosiguió:

—El Movimiento de Liberación Femenina ha penetrado en la Vieja Edad de Piedra. De todos modos, déjenme precisar que los acontecimientos demostraron que Quienquiera-que-fuese que construyó este mundo y nos marcó con, es una manera de decirlo, la marca de la bestia, no sabía que el *Homo neanderthalis* tenía una distinta habilidad visual. Eso significa que Quienquiera-que-sea no es omnisciente.

»Para acortar mi narración. Le pedí la identidad de la persona a quien le faltaba el símbolo.

Frigate me la proporcionó: ¡Robert Spruce!

»Spruce había sido también un esclavo de cilindro. Proclamaba ser un inglés nacido en 1945. Eso era casi todo lo que yo sabía de él.

»Dije que debíamos cogerlo e interrogarlo. Frigate me contestó que habría que atraparlo, puesto que probablemente se había ido. Al parecer, Kazz le había dicho a Spruce que había observado el hecho de que a Spruce le faltaba la marca en la frente. Spruce se había puesto pálido, y unos minutos más tarde se había marchado apresuradamente. Frigate y Monat habían enviado grupos en su busca, pero por el momento no había sido hallado.

»Tuve la impresión de que su huida era una admisión de culpabilidad, aunque ignoraba de qué era culpable. Unas pocas horas más tarde, fue descubierto escondido en las colinas. Fue traído ante el recién formado consejo de nuestro recién formado estado. Spruce estaba pálido y temblaba, aunque nos miraba desafiante a los ojos.

»Le informé de que sospechábamos que era un agente de los Éticos, si no un Etico mismo. Le dije también que íbamos a recurrir a todos los medios, incluida la tortura, para arrancarle la verdad. Esto era una mentira, puesto que no hubiéramos sido mejores que los hombres que nos habían esclavizado si hubiéramos recurrido a ella. Spruce, sin embargo, no lo sabía.

»—Puede que os neguéis a vosotros mismos la vida eterna si me torturáis —dijo Spruce—. Como mínimo os hará retroceder mucho en vuestro camino, retrasará el objetivo final.

»Le pregunté cuál era aquel objetivo final, pero ignoró la pregunta. En vez de ello, dijo:

»—No podemos soportar el dolor. Somos demasiado sensibles.

»Hubo un cierto intercambio de palabras, pero se negó a responder a nuestras preguntas. Finalmente, uno de los consejeros sugirió que lo colgáramos encima de un fuego. Entonces habló Monat. Le dijo a Spruce que procedía de una cultura bastante más avanzada que la de la Tierra. Tenía la impresión de que estaba mucho más cualificado para hacer suposiciones respecto a la verdad que el resto de nosotros, y nadie se lo discutió. Monat dijo que deseaba evitarle el dolor del fuego y también el dolor de traicionar a los suyos. Quizá Monat pudiera hacer algunas especulaciones acerca de los Éticos y sus agentes, y Spruce pudiera simplemente afirmar o negar esas especulaciones. De esta forma, Spruce no estaría traicionando realmente a nadie, fuera quien fuese.

Bill Owain dijo:

—Ese es un trato muy peculiar.

—Cierto. Pero Monat esperaba impulsarlo a hablar. Entiéndanlo, no íbamos a utilizar ningún método inquisitivo brutal. Si no podíamos asustarlo, entonces intentaríamos la hipnosis. Tanto Monat como yo somos mesmeristas expertos. Sin embargo, tal como funcionaron las cosas, no tuvimos que recurrir a ello.

»—Mi teoría —dijo Monat— es que eres un terrestre. Procedes de una era cronológicamente muy posterior al año 2001 después de Cristo. De hecho, eres un descendiente de las escasas personas que sobrevivieron al rayo de la muerte proyectado por nuestra nave orbital. —Monat suponía que la tecnología y la energía requeridos para construir aquel planeta convirtiéndolo en un inmenso valle fluvial tenía que ser muy avanzada. Sugirió que Spruce había nacido en el siglo I después de Cristo.

»Spruce respondió que había que añadir dos mil años.

»Entonces Monat dijo que no todo el mundo había sido resucitado. No había espacio suficiente en aquel mundo. Era sabido que ningún niño que hubiera muerto antes de la edad de cinco años estaba allí. Y aunque no podía ser probado, era de suponer que los imbéciles e idiotas tampoco habían sido resucitados allí. Como tampoco lo había sido nadie que viviera después del año 2008 después de Cristo, con excepción del propio Spruce.

»¿Dónde estaba esa gente?

»Spruce respondió que estaban en otro lugar, y que eso era todo lo que iba a decir al respecto.

»Monat le preguntó entonces cómo había sido registrada la gente de la Tierra. Es decir, qué instrumento habían utilizado los Éticos para grabar nuestros cuerpos. Puesto que resultaba obvio que se habían utilizado métodos científicos, no sobrenaturales, para resucitarnos, aquello significaba que todo el mundo, desde la Edad de Piedra hasta el año 2008 después de Cristo, había sido observado de alguna manera, y la estructura de cada célula del cuerpo de una persona había sido registrada, y este registro había sido almacenado en algún lugar para ser utilizado más tarde en la recreación del cuerpo.

»Monat dijo que esas grabaciones debieron ser colocadas en un convertidor energía-materia, a partir del cual fue duplicado el cuerpo. Los efectos de heridas, daños y enfermedades que habían causado la muerte fueron anulados. Los miembros y órganos amputados fueron restaurados. Yo mismo vi algunos de esos procesos regenerativos cuando desperté en el espacio de prerresurrección. Además, todos aquellos que habían rebasado los veinticinco años fueron rejuvenecidos.

»Monat especuló más tarde que los cuerpos en la burbuja de prerresurrección eran destruidos después de que el proceso de regeneración fuera completado. Pero las grabaciones de los nuevos cuerpos habían quedado registradas, y esas grabaciones son las que fueron usadas en la etapa final, la gran resurrección, cuando todos nosotros aparecimos juntos y a la vez en aquel día que nunca va a ser olvidado.

»Monat suponía que la resurrección era conseguida a través del metal del sistema de las piedras de cilindros. Es decir, todas las piedras se hallan conectadas muy profundamente en el suelo, formando un circuito de alguna especie, y la energía es proporcionada por el núcleo incandescente de ferroníquel de este planeta.

»—Pero la gran pregunta es, ¿por qué? —dijo entonces Monat.

»—Si vosotros tuvierais el poder de hacer todo esto —dijo Spruce—, ¿no pensaríais que es vuestro deber ético?

»Monat dijo que creía que sí. Pero que devolvería a la vida tan sólo a aquellos que se merecieran una segunda vida.

»Spruce, entonces, se puso furioso. Respondió que Monat se estaba erigiendo en alguien igual a Dios. Todo el mundo, no importaba lo estúpido, egoísta, mezquino, brutal, etcétera, que fuera, tenía derecho a una segunda oportunidad de redimirse, de hacer algo realmente valioso. Esto era algo que nadie podía hacer por ellos; tenían que ser ellos mismos quienes, de algún modo, se elevaran por encima de sus propias ataduras morales.

»Monat preguntó a Spruce cuánto tiempo iba a tomar el proceso. ¿Mil años? ¿Dos mil? ¿Un millón?

»Spruce se puso aún más furioso y gritó: —¡Estaréis aquí durante todo el tiempo necesario para vuestra rehabilitación!

»Luego hizo una pausa, mirándonos fijamente como si nos odiara, y dijo: —El contacto continuado con vosotros hace que incluso los más fuertes de entre nosotros tomemos vuestras características. Nosotros mismos debemos pasar por una rehabilitación. Ya en este momento, no me siento limpio...

»Uno de los consejeros, deseando presionarle, pidió que fuera colgado sobre el fuego hasta que hablara sinceramente.

»Spruce gritó: —¡No, no lo haréis! ¡Debería haber hecho esto hace ya mucho! ¿Quién sabe lo que...?

Burton hizo una dramática pausa.

—¡Entonces Spruce cayó muerto!

Hubo jadeos de sorpresa, y alguien dijo:

—¡Mein Gott!

—Sí, pero eso no es el fin de la historia. El cuerpo de Spruce fue retirado para hacerle la autopsia. Parecía demasiada coincidencia que hubiera sufrido un ataque cardiaco. No sólo era demasiado conveniente para él, sino que era algo sin precedentes.

»Mientras se efectuaba la autopsia, discutimos lo que había ocurrido. Algunos creían que nos había estado mintiendo. O, al menos, dándonos tan sólo verdades a medias. Yo estaba de acuerdo con una cosa. Que había gente en el Valle que eran agentes de los Éticos, o quizá los propios Éticos. Esos no llevaban la marca en sus frentes.

»Pero parecía probable que no íbamos a poder volver a distinguirlos más utilizando los peculiares poderes de visión de Kazz. Spruce iba a ser resucitado allá donde tuvieran su cuartel general. Informaría a los demás de que ahora sabíamos lo de los símbolos. Y, por supuesto, pondrían la marca en sus agentes.

»Eso iba a tomar tiempo, y mientras tanto Kazz podía detectar a otros. Pero esto no se produjo. Ni él ni Besst volvieron a ver a nadie sin marca. Esto, por supuesto, no significa tampoco gran cosa. Tenían que efectuar su observación desde muy cerca y bajo ciertas condiciones para poder ver la marca.

»Tres horas más tarde, el cirujano informó. No había nada fuera de lo común en Spruce. Nada que lo distinguiera de ningún otro miembro de la especie *Homo sapiens*.

Burton hizo una nueva pausa dramática.

—¡Excepto por un pequeño detalle! ¡Una esfera negra muy pequeña! El doctor la encontró en la superficie del prosencéfalo. Estaba unida a los nervios cerebrales por unos hilos extremadamente finos. Esto nos llevó a la conclusión de que Spruce había literalmente pensado, o deseado, morir.

»De alguna forma, la esfera interactuaba con sus procesos mentales de tal modo que podía pensar en su propia muerte. Quizá pensara en una especie de secuencia codificada, y eso liberara un veneno en su sistema. El doctor no pudo encontrar ninguna prueba de eso, pero le faltaban los medios químicos necesarios para efectuar un análisis completo.

»En cualquier caso, el cuerpo de Spruce no mostraba ningún daño. Algo había detenido su

corazón, pero el doctor no supo hallar cuál había sido la causa.

—Entonces, ¿puede seguir habiendo gente de ésa entre nosotros? —dijo una mujer—. ¿Aquí, ahora, en este grupo?

Burton asintió, y todo el mundo empezó a hablar a la vez. Tras quince minutos de esta babel, se puso en pie e indicó a su tripulación que ya era hora de irse a la cama. De camino al cúter, Kazz lo llevó a un lado.

—Burton-naq, cuando mencionaste que tú y Monat erais hipnotistas... bueno, eso me hizo pensar en algo. Nunca se me había ocurrido antes... quizá no tenga la menor importancia... pero...

—¿Bien?

—No es nada, estoy seguro. Sólo que resulta curioso. Mira, le dije a Spruce que podía ver que no llevaba ningún signo en su frente. Se fue unos pocos minutos más tarde, pero pude oler el miedo en su sudor. Había otras personas allí, todas tomando su desayuno. Targoff, el doctor Steinborg, Monat, Pete, y unos cuantos más. Targoff dijo que había que convocar al consejo, pero eso no fue hasta un cierto tiempo después de que Spruce se hubiera ido. Monat y Pete estuvieron de acuerdo. Pero dijeron que deseaban hacerme antes algunas otras preguntas. Ya sabes, cómo eran las marcas y todo eso. ¿Eran todas iguales o diferían las unas de las otras?

»Les dije que diferían. Muchas de ellas eran... ¿cómo lo dices tú?... similares, sí, eso es. Pero cada una... infiernos, sabes como son, te las he dibujado varias veces.

—Aparte el hecho de que dan la impresión como de ideogramas chinos —dijo Burton—, no se parecen a nada que yo haya visto nunca. Sospecho que se trata de símbolos de un sistema numeral.

—Sí, ya sé eso. El asunto es que Monat y Frigate me llevaron aparte antes de que fuéramos a buscarte para decirte lo que había ocurrido. De hecho, fuimos a la cabaña de Monat.

Kazz hizo una pausa. Impaciente, Burton le urgió:

—¿Y?

—Estoy intentado recordar. Pero no puedo. Fuimos a su cabaña, ¡y eso es todo!

—¿Qué quieres decir con «eso es todo»?

—Burton-naq, quiero decir que eso es todo. No recuerdo nada más de lo que pasó en aquella cabaña. Recuerdo haber cruzado la puerta. Lo siguiente que recuerdo es estar andando con Monat, Pete, y otros consejeros hacia tu cabaña.

Burton se sintió ligeramente impresionado, aunque no tenía la menor idea de su causa.

—¿Quieres decir que no recuerdas nada desde el momento en que entraste hasta que volviste a salir?

—Quiero decir que no recuerdo haber salido. De repente ahí estaba, a un centenar de pasos de la casa de Monat y alejándome de ella, hablando con Monat.

Burton frunció el ceño. Alice y Besst estaban de pie en el muelle, mirando hacia atrás como si se preguntaran por qué los dos hombres se habían rezagado.

—Esto es muy extraño, Kazz. ¿Por qué no me has hablado de ello antes? Después de todo, han pasado varios años desde que ocurrió. ¿Acaso no lo pensaste hasta ahora?

—No, no lo pensé. ¿Verdad que es curioso? Ni un solo pensamiento. Ni siquiera hubiera recordado el haber entrado en la cabaña si Loghu no hubiera dicho algo al respecto el otro día. Ella

me vio entrar, pero no estaba con el grupo aquel día, de modo que no supo hasta más tarde lo que estaba pasando.

»Lo que ocurrió era que ella estaba en la entrada de la cabaña de ella y Frigate. Frigate, Monat y yo nos dirigíamos a la cabaña de Frigate. Cuando descubrieron que ella estaba ahí, fueron a la de Monat. Fue una casualidad que ella mencionara eso ayer. Estábamos hablando de cuando éramos esclavos de cilindros, y eso trajo a colación el asunto Spruce. Fue entonces cuando me preguntó de qué habíamos hablado Monat, Pete y yo. Dijo que algunas veces se había preguntado por qué deseaban hablarme en privado.

»Nunca se había referido antes a ello porque no lo había considerado importante. Seguía sin considerarlo importante, pero sentía curiosidad, y puesto que hablábamos del asunto, recordó preguntármelo. Ya sabes lo curiosas que son las mujeres.

Las mujeres tienen la curiosidad de los gatos —dijo Burton, y dejó escapar una risita—. En cambio, los hombres tienen la curiosidad de los monos.

—¿Qué? ¿Qué significa esto?

—No lo sé, pero suena como profundo. Ya pensaré luego en alguna explicación. Así pues, ¿fueron las observaciones de Loghu lo que te hizo recordar los acontecimientos anteriores y posteriores a tu entrada en la cabaña de Monat?

—No exactamente, Burton—*naq*. Pero lo que me dijo me hizo pensar. Me estrujé realmente el cerebro. Podía oírse el rasgarse de los tejidos. Finalmente, pude recordar, de una forma imprecisa, nuestra intención de ir a la cabaña de Pete. Luego pude recordar a Loghu allí, y a Monat diciendo que utilizáramos su cabaña. Y tras un rato... pude recordar lo demás.

»Cuando estabas hablando hace un momento, ¿no te diste cuenta que yo estaba sentado allá junto al fuego, con el ceño fruncido, como si tuviera toda una tormenta dentro de mi cabeza?

—Sí, pero pensé que era debido a que habías comido y bebido demasiado, como siempre.

—Eso también. Pero eso no produce tantos truenos dentro de mi cabeza. Estaba estrujándome el cerebro.

—Una vez recordado todo esto, ¿les has dicho algo a Monat y a Frigate al respecto?

—No.

—No lo hagas.

Kazz tenía una frente aplastada, pero no por eso dejaba de ser inteligente.

—¿Crees que hay algo raro en ellos?

—No lo sé —dijo Burton—. Odio pensarlo. Después de todos esos años, y además son buenos amigos. Al menos...

—Parece imposible —dijo Kazz. Sonaba como si su corazón estuviera a punto de romperse.

—¿Qué es lo que parece imposible?

—No lo sé. Pero es algo malo.

—Quizá no —dijo Burton—. Puede que exista alguna buena explicación, aparte de la que estoy pensando. De todos modos, no le hables de esto a nadie.

—No lo haré. Sólo que... escucha, los dos tienen símbolos en sus frentes. Siempre los han tenido. De modo que, si sus agentes no los tenían por aquel entonces, Pete y Monat no pueden ser

agentes.

Burton sonrió. Los pensamientos de Kazz eran los suyos propios. Sin embargo, tenía que averiguar aquello. ¿Cómo podía hacerlo sin poner a los otros dos en guardia? Por supuesto, era posible que no tuvieran nada que ocultar.

—Si, lo sé. No olvides que Besst ha visto también sus símbolos. Así que tenemos una doble confirmación, aunque no la necesitamos.

»De cualquier modo, mantén la boca cerrada hasta que yo diga lo contrario.

Siguieron andando hacia el Snark. Kazz dijo:

—No sé. Tengo una mala sensación cuando pienso en esto. Desearía haber mantenido mi boca cerrada. Loghu no hubiera tenido que hacerme recordar nada.

Burton paseaba arriba y abajo por cubierta, en medio de la bruma. Aunque notaba su cuerpo caliente bajo sus ropas, su rostro estaba helado. Una corriente inusualmente fría de aire habla penetrado en aquella área, y como resultado de ello las brumas habían ascendido hasta media altura del mástil. No podía ver nada más allá de sus brazos extendidos.

Por lo que sabía, todo el mundo a bordo menos él estaba durmiendo. Su única compañía eran sus pensamientos. Tendían a desparramarse como si fueran ovejas en la ladera de una colina. Burton tenía que luchar duramente para traerlos de vuelta, disponerlos en una hilera ordenada, mantenerlos avanzando hacia los pastos. ¿Y qué eran los pastos? Una comida amarga.

Tenía veintitrés años de recuerdos que cubrir. Era un proceso selectivo, concentrado en Monat y Frigate. ¿Qué acciones, qué palabras podían ser sospechosas? ¿Qué podía encajar en aquel endiablado rompecabezas?

Había muy pocos elementos disponibles. Debía haber más, pero no podía descubrirlos, ni siquiera darse cuenta de que eran realmente piezas.

Aquel terrible y alegre día, el día en que habían despertado de entre los muertos, al primero que había encontrado había sido al arcturiano. De toda la gente que había encontrado aquel día, Monat era el que más calmada y racionalmente había actuado. Se había hecho cargo de la situación sorprendentemente aprisa, había comprobado lo que les rodeaba, e inmediatamente había comprendido la finalidad de los cilindros.

La segunda persona en la que Burton se había fijado especialmente había sido el Neanderthal, Kazz. Este, sin embargo, no había intentado hablar con Burton al principio. Simplemente lo había seguido durante un tiempo. Peter Frigate había sido la segunda persona en hablar con Burton. Y, ahora que Burton volvía a pensar en ello, Frigate se había mostrado más bien tranquilo y casual en su actitud y sus modales. Era algo extraño, teniendo en cuenta que Frigate decía que sufría de ansiedad e histeria.

Acontecimientos posteriores habían parecido confirmar esto. Sin embargo, de tanto en tanto, y de forma consistente en los últimos veinte años, Frigate había superado sus ansiedades. ¿Había conseguido realmente el dominio de sí mismo, o simplemente había abandonado su papel, había dejado de actuar?

Realmente, era una coincidencia demasiado asombrosa el que la segunda persona a la que Burton hubiera encontrado fuera el autor de una biografía suya. ¿Cuántos biógrafos suyos habían existido? ¿Diez o doce? ¿Cuáles eran las posibilidades de que uno de ellos resucitara a tan sólo unos metros de él? Doce en treinta y seis mil millones.

De todos modos, entraba dentro del campo del azar; no era imposible.

Luego Kazz se había unido al grupo en torno a Burton. Luego Alice. Luego Lev Ruach.

Hoy, mientras Kazz estaba al timón, Burton se había parado junto a él y le había interrogado. ¿Había hablado Kazz con Monat y Frigate durante el Día de la Resurrección, cuando Burton no estaba por los alrededores? ¿Recordaba en ellos algo sospechoso?

Kazz había agitado su cabeza de recia osamenta.

—Estuve con ellos varias veces cuando tú no estabas a la vista. Pero no recuerdo nada extraño en ellos. Es decir. Burton—*naq*, no había nada más extraño que todo lo extraño que nos rodeaba. Todo era extraño aquel día.

—¿Observaste las marcas en las frentes de la gente aquel día?

—Sí, unas cuantas. Cuando el sol estaba en el cenit.

—¿Y las de Monat y Frigate?

—No recuerdo haberlas visto aquel día. Pero tampoco recuerdo haber visto la tuya. La luz tenía que reflejarse en un cierto ángulo.

Burton había sacado de su bolsa de costado un papel de bambú, un hueso de pescado agudamente afilado, y una botella de madera llena de tinta. Se había hecho cargo del timón mientras Kazz dibujaba las marcas que había visto en las frentes del arcturiano y del americano. Ambas eran tres líneas paralelas horizontales cruzadas por tres líneas paralelas verticales yuxtapuestas a una cruz enmarcada por un círculo. El grosor y la longitud de las líneas eran idénticos excepto en los extremos. Las líneas de Monat se ensanchaban a la derecha; las de Frigate, a la izquierda.

—¿Y el signo de mi frente? —había dicho Burton.

Kazz había dibujado cuatro líneas onduladas paralelas horizontales al lado de un símbolo que se parecía al (&) comercial. Debajo había una corta y delgada línea recta horizontal.

—Los de Monat y Pete son sorprendentemente parecido —había dicho Burton.

A petición de Burton, Kazz había dibujado entonces los símbolos de las frentes de todos los miembros de la tripulación Ninguno se parecía a los demás.

—¿Recuerdas el de Lev Ruach?

Kazz había asentido, y un momento más tarde le había tendido a Burton el dibujo. Se sintió decepcionado, aunque sin ninguna razón consciente para ello. El símbolo de Ruach no se parecía en nada al de sus primeros sospechosos.

Ahora, paseando por cubierta, Burton se preguntaba por qué había esperado que fuera similar a los otros dos. Algo cosquilleaba en la parte de atrás de su cerebro, alguna sospecha que no podía rascarse. Había algún nexo de unión entre los tres, pero se escapaba de entre sus manos cuando estaba a punto de agarrarlo.

Ya había pensado bastante. Ahora era el momento de actuar.

El Neanderthal era un bulto blanco tendido en el suelo, apoyado contra la cabina, envuelto en toallas. Guiándose por lo ronquidos de su amigo, Burton se dirigió hacia él y lo sacudió. Kazz se despertó inmediatamente con un sobresalto.

—¿Ya es la hora?

—Ya es la hora.

Primero, sin embargo, Kazz tenía que orinar por encima de la borda. Burton prendió una linterna de aceite de pescado y bajaron la pasarela hasta el muelle. Desde allí avanzaron cautelosamente por la llanura, en dirección a una cabaña vacía que habían observado a unos doscientos pasos de distancia. No la encontraron al primer momento, pero tras dar una cuantas vueltas la localizaron. Después de entrar, Burton cerró la puerta. Un montón de leños y de astillas habían sido colocados por Kazz en el hogar de piedra aquella mañana. En un minuto llameaba un pequeño fuego. Kazz se

sentó en una silla de mimbre y bambú cerca del fuego. El humo provocado por poco tiro de la chimenea le hizo toser.

Era fácil colocar a Kazz en trance hipnótico. Había sido uno de los sujetos de Burton durante años, cuando Burton entretenía a los habitantes del lugar que visitaban mostrándoles sus poderes como mesmerista.

Ahora que Burton pensaba en ello, Monat y Frigate siempre habían estado presentes en estas ocasiones. ¿Se habían sentido nerviosos? Si era así, habían sabido disimularlo muy bien.

Burton hizo retroceder a Kazz directamente al momento que había mencionado al grupo que estaba desayunando que Spruce no tenía marca en la frente. Haciéndole avanzar en el tiempo a partir de allí, lo llevó hasta el punto en que el Neanderthal había entrado en la cabaña de Monat. Allí encontró la primera resistencia.

—¿Estás ahora en la cabaña?

Kazz, mirando fijamente al frente, los ojos aparentemente vueltos hacia el pasado, dijo.

—Estoy ante la puerta.

—Adelante, entra, Kazz.

El Neanderthal agitó con un esfuerzo la cabeza.

—No puedo, Burton—*naq*.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—¿Hay algo en la cabaña a lo que le tengas miedo?

—No lo sé.

—¿Te ha dicho alguien que hay algo malo en la cabaña?

—No.

—Entonces no tienes nada que temer. Kazz, tú eres un hombre valiente, ¿no?

—Sé que lo soy, Burton—*naq*.

—Entonces, ¿por qué no puedes entrar?

Kazz agitó la cabeza.

—No lo sé. Algo...

—¿Algo qué?

—Algo... me dice... me dice... no puedo recordar.

Burton se mordió el labio inferior. La madera encendida crujió y chisporroteó.

—¿Quién te lo dice? ¿Monat? ¿Frigate?

—No lo sé.

—¡Piensa!

Kazz frunció el ceño. Empezó a sudar.

La madera chisporroteó de nuevo. Al oír el chisporroteo, Burton sonrió.

—¡Kazz!

—¿Sí?

—¡Kazz! Besst está en la cabaña, ¡y está gritando! ¿Puedes oírla gritar?

Kazz se envaró y miró a uno y otro lado, los ojos muy abiertos, las aletas de su nariz distendidas,

los labios fruncidos.

—¡La oigo! ¿Qué le ocurre?

—¡Kazz! ¡Hay un oso en la cabaña, y está a punto de atacar a Besst! ¡Toma tu lanza y entra y mata al oso, Kazz! ¡Salva a Besst!

Kazz se puso en pie y, aferrando con las manos una lanza imaginaria, saltó hacia delante. Burton tuvo que apartarse rápidamente para evitar ser arrollado. Kazz tropezó con la silla y cayó de bruces.

Burton hizo una mueca. ¿Iba a salir de su trance a causa del choque? No, Kazz se estaba poniendo en pie e iba a echar a correr de nuevo.

—¡Kazz! ¡Estás en la cabaña! ¡Aquí está el oso! ¡Mátalo, Kazz! ¡Mátalo!

Gruñendo, Kazz aferró la lanza fantasma con ambas manos y la lanzó.

—¡Aieeee! ¡Aieeee! —Siguió una confusa mezcolanza de sonidos. Burton, que había aprendido su lengua nativa, los comprendió—: ¡Soy el Hombre-Que-Mató-Al-Largo-Dientes-Blancos! ¡Muere, Peludo-Que-Duermes-Todo-El-Invierno! ¡Muere, pero perdóname! ¡Debo hacerlo, debo hacerlo! ¡Muere! ¡Muere!

Burton alzó la voz:

—¡Kazz! ¡Se ha marchado! ¡El oso ha salido de la cabaña, Besst está a salvo ahora!

Kazz dejó de blandir su lanza. Permaneció de pie, muy envarado, mirando a un lado y a otro.

—¡Kazz! Han pasado tan sólo unos minutos. ¡Kazz! Besst se ha ido. ¡Ahora estás dentro de la cabaña! Dentro, ¿comprendes? ¡No tienes nada que temer! Has entrado en la cabaña, ahora no tienes nada que temer. ¿Quién más está contigo?

»Kazz, estás en la cabaña unos pocos minutos después que vieras que Spruce no tenía ninguna marca en su frente ¿Quién más está en la cabaña contigo?

El Neanderthal había perdido su expresión feroz. Miró torpemente a Burton.

—¿Quién? Monat y Pete, por supuesto.

—Muy bien, Kazz. Ahora... ¿quién te habla primero?

—Monat.

—Cuéntame lo que te dice. Y cuéntame lo que te dice Frigate también.

—Frigate no dice absolutamente nada. Sólo Monat.

—Dime lo que te dice... lo que te está diciendo.

—Monat dice: «Ahora, Kazz, no vas a recordar nada de que ocurra en esta cabaña. Vamos a hablar durante un minuto y luego nos iremos. Cuando salgamos no recordarás ni haber venido aquí ni haberte ido de aquí. Todo lo que ocurra en este espacio de tiempo quedará en blanco. Si alguien te pregunta acerca de esto, le dirás que no recuerdas nada. Y no estarás mintiendo porque lo habrás olvidado todo. ¿No es así, Kazz?»

El Neanderthal asintió con la cabeza.

—«Además, Kazz, para estar más seguros, no recordarás tampoco la primera vez que te dije que olvidaras que habías mencionado que yo y Frigate tampoco teníamos marcas. ¿Recuerdas esta ocasión, Kazz?»

Kazz negó con la cabeza.

—«No, Monat».

Suspiró profundamente.

—¿Quién ha suspirado? —dijo Burton.

—Frigate.

Era evidentemente un suspiro de alivio.

—¿Qué más está diciendo Monat? Dime también lo que dices tú.

—«Kazz, cuando te hablé por primera vez, poco después de que nos dijeras a Frigate y a mí que no teníamos signos, te dije también que me contaras lo que pudiera decirte Burton acerca de encontrarse con una misteriosa persona. Me refiero a una persona que puede que se llame a sí misma un Etico...»

—¡Ajá! —dijo Burton.

—«¿Recuerdas eso, Kazz?»

—«No».

—«Por supuesto que no. Te dije que no lo recordaras. Pero ahora te digo que lo recuerdes. ¿Lo recuerdas, Kazz?»

Siguió un silencio de casi veinte segundos. Luego, el Neanderthal dijo:

—«Sí, ahora lo recuerdo».

—«Muy bien, Kazz. Ahora olvídalo de nuevo, aunque lo que te he dicho sigue siendo una orden. ¿Correcto?»

—«Sí, correcto».

—«Ahora, Kazz, ¿te ha hablado alguna vez Burton de ese Etico? ¿O de alguien, hombre o mujer, que afirme ser uno de aquellos que nos trajeron de vuelta de entre los muertos?»

—«No, Burton—*naq* nunca me dijo nada de eso».

—«Pero si, en el futuro, lo hace, vendrás a mí y me lo comunicarás. Sin embargo, sólo lo harás cuando no haya nadie a nuestro alrededor. Donde nadie pueda oírnos. ¿Comprendes?»

—«Sí, comprendo».

—«Si por alguna razón yo no estoy disponible, si no puedes acudir a mí porque esté muerto o me haya ido de viaje, se lo dirás a Peter Frigate o a Lev Ruach en vez de a mí. ¿Comprendes?»

—¡También Ruach! —dijo Burton en voz baja.

—«Si, comprendo. Se lo diré a Peter Frigate o a Lev Ruach en vez de a ti».

—«Y sólo se lo dirás cuando no haya nadie a su alrededor, donde nadie pueda oírnos. ¿Comprendido?»

—«Si, comprendido».

—«Y no le dirás a nadie más nada de esto, sólo se lo dirás a Frigate, a Ruach o a mí mismo. ¿Comprendido?»

—«Sí, comprendido».

—«Muy bien, Kazz. Excelente. Ahora nos iremos, y cuando haga chasquear dos veces mis dedos, no recordarás ni esto ni la primera vez. ¿Comprendido?»

—«Sí, comprendido»

—«Kazz, es preciso también... ¡Oh! Alguien nos está llamando. No hay tiempo para inventar ninguna excusa. ¡Vámonos!»

Burton tuvo que imaginar lo que significaba aquella última observación. Monat debía haber estado a punto de decirle a Kazz lo que debía decir si alguien le preguntaba de qué habían hablado en la cabaña. Aquella interrupción había sido buena para Burton. Si Kazz hubiera tenido alguna historia razonable, Burton nunca hubiera llegado a sospechar.

—Siéntate, Kazz —dijo Burton—. Ponte cómodo. Quédate aquí un minuto. Voy a irme. Luego vendrá Monat, y hablará contigo.

—Entiendo.

Burton salió de la cabaña y aguardó un minuto. Hubiera debido adoptar la personalidad de Monat cuando empezó la sesión. Eso hubiera vencido la resistencia de Kazz más rápidamente, y Burton no hubiera tenido que recurrir al truco de Besst y el oso.

Volvió a entrar y dijo:

—Hola, Kazz. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, Monat. ¿Cómo estás tú?

—Estupendamente. Bien, Kazz. Voy a seguir allá donde se paró tu amigo Burton. Vamos a volver a esa primera vez en que hablé contigo, inmediatamente después de que te diera cuenta de que Frigate y yo no teníamos marcas en nuestras frentes. Ahora recordarás aquel momento, Kazz, porque yo, Monat, te pido que lo recuerdes.

»De modo que vas a volver al segundo después de que se lo dijeras a Monat. ¿Estás ya ahí?

—Sí, ahí estoy.

—¿Dónde estáis tú, Monat, y Frigate?

—Estamos cerca de una piedra de cilindros.

—¿Qué día, o noche, es?

—No comprendo.

—Quiero decir, ¿cuántos días han pasado desde el Día de la Resurrección?

—Tres días.

—Cuéntame lo que ocurre después de que tú hayas dicho lo de la falta de la marca.

Hablando monótonamente, Kazz describió los acontecimientos inmediatamente posteriores a aquel momento. Monat había dicho que él y Frigate deseaban hablar en privado con él. Habían caminado cruzando la llanura y se habían dirigido a las colinas. Allá, tras un gigantesco árbol de hierro, Monat había clavado sus ojos en Kazz. Sin la utilización de ninguna ayuda mecánica, sin siquiera informar a Kazz de lo que estaba haciendo, Monat lo había hipnotizado.

—Era como si algo oscuro fluyera de él hacia mí, algo oscuro e irresistible.

Burton asintió. Había visto a Monat demostrar su poder, su «magnetismo animal», como era conocido en tiempos de Burton. Era un mesmerista más fuerte que Burton, lo cual constituía una razón por la cual Burton nunca había permitido que el arcturiano intentara hipnotizarle. De hecho, Burton había tomado precauciones contra ser cogido desprevenido por Monat. A través de una elaborada autohipnosis, se había dicho a sí mismo que nunca debía permitir ser mesmerizado por Monat. Sin embargo, era posible que Monat fuera lo suficientemente poderoso como para vencer esa barrera, por lo que Burton se había mostrado siempre extremadamente cauteloso acerca de quedarse a solas con él.

Aquellas precauciones estaban basadas en el miedo a que Monat pudiera descubrir el secreto de la visita del Etico. Ese era el secreto de Burton, algo que deseaba que nadie conociera. Por aquel

entonces no tenía ni la menor idea, por supuesto, de que Monat era uno de Ellos.

Se preguntó si Frigate no sería también un experto hipnotizador. Nunca había mostrado ningún indicio de que lo fuera. Sin embargo, siempre se había negado a permitir que Burton practicara el mesmerismo con él. Su excusa había sido que no podía soportar el pensar en perder su autocontrol.

Kazz recordó que, durante el transcurso de la sesión, Monat le había hecho notar a Frigate la habilidad del Neanderthal para ver los símbolos.

—«Nunca se nos ocurrió pensarlo. Tendremos que comunicarlo al Cuartel General tan pronto como tengamos ocasión».

De modo, pensó Burton, que Monat y Frigate estaban en comunicación de tanto en tanto con los Éticos. ¿Cómo lo conseguían? ¿Mediante aterrizajes preestablecidos de las máquinas volantes que Burton había entrevisto en una ocasión? ¿Esas máquinas que parpadeaban dentro y fuera de la visibilidad cuando cruzaban el cielo?

Los dos hombres debían haber estado observándole muy de cerca. Esa era una de las razones por las cuales el Misterioso Extraño lo había visitado de noche durante una tormenta. El Etico debía haber sabido que Monat y Frigate se hallaban en el grupo de Burton. Pero nunca los había mencionado, no lo había puesto en guardia.

Quizá tenía intención de hacerlo, pero le había faltado el tiempo. Había dicho que los Éticos llegarían pronto con sus máquinas volantes. Y se había marchado bruscamente. Pero pese a todo, hubiera debido mencionar un asunto tan grave. Unas pocas palabras lo hubieran puesto sobre aviso. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Era posible que no supiera que Monat y Frigate estaban con él? Y Ruach también. No debía olvidar a Ruach.

¿Por qué había tenido tres agentes asignados a él? ¿No era bastante con uno? Además, ¿por qué el trabajo había sido encargado a alguien tan llamativo como el arcturiano?

Fueran cuales fuesen las razones, el asunto de la falta de signos en las frentes de los tres agentes era muy importante. Evidentemente, los Éticos, de primer o segundo orden, no tenían tales marcas. Ahora que eran conscientes de que los neanderthales podían observar este detalle, se habían asegurado de que Kazz no dijera nada al respecto.

Más aún, Monat le había dicho a Kazz que desde aquel momento vería las marcas en las frentes de él mismo y de sus dos colegas.

¿Por qué entonces no habían instalado también una orden de que Kazz viera esos signos igualmente en todo el mundo que no los llevara?

Quizá pensó que aquello no sería necesario. Las posibilidades de encontrarse con otros neanderthales, que nunca habían sido un pueblo numeroso, eran escasas. Y ya se encargarían ellos mismos de no ponerse a su alcance, si se presentaba la circunstancia.

La explicación podía ser simple. Monat no había estado demasiado equivocado pensando que los encuentros con otros neanderthales iban a ser raros. De hecho, Burton no habría visto más de un centenar. Todos ellos excepto Kazz y Besst habían pasado rápidamente y a una respetable distancia durante el día.

Pero habían encontrado a Besst.

Intentó recordar las circunstancias exactas bajo las cuales se había producido el encuentro. Hacía

tres años de ello, y habían ido a la orilla una tarde. Era una zona poblada principalmente por chinos del siglo XIV después de Cristo y antiguos eslavos. Besst estaba viviendo con un chino, pero desde el primer momento se hizo evidente que deseaba irse al barco con Kazz. Era casi oscuro, así que no podía haber notado nada fuera de lo normal en Frigate y Monat... excepto el hecho de que el último no era humano, por supuesto.

Kazz y ella habían permanecido charlando hasta última hora de la noche. Cuando su compañero de cabaña ordenó a la mujer que entrara con él, ella se había negado. Hubo un momento de tensión cuando pareció como si el chino fuera a atacar a Kazz. La discreción venció. Se dio cuenta de que, aunque era más grande que el Neanderthal, también era mucho más débil. Aunque muy bajo, los masivos huesos y músculos de Kazz lo hacían más fuerte que cualquiera excepto los más poderosos de los hombres modernos. Además, su brutal rostro era suficiente para asustar a cualquiera.

Ambos se fueron a bordo para pasar la noche juntos. Debieron dormirse poco antes del amanecer. ¿Pudo haberla hipnotizado Monat entonces? Probablemente. Burton no sabía cómo podían haber ocurrido las cosas. Pero Besst nunca había hecho la menor alusión a las marcas de Frigate y Monat.

Kazz terminó su relato de la sesión. Era breve, y tal como Burton había esperado.

Envió a Kazz en busca de Besst, diciéndole que fuera muy discreto. A los pocos minutos estaba de vuelta con ella. Burton le dijo que satisfaría más tarde su curiosidad. Por el momento, ¿le dejaría hipnotizarla? Soñolienta, ella aceptó, y se sentó en la silla que había ocupado Kazz.

Tras decirle que él era Monat, la hizo retroceder hasta el momento en que fue mesmerizada por Monat. Como había supuesto, había ocurrido después de que ella y Kazz se hubieran dormido. Monat simplemente le había descrito las marcas que había hecho ver hipnóticamente a su compañero sobre las frentes de los tres agentes. Luego, le había ordenado que viera las mismas marcas. Todo el proceso se desarrolló muy rápida y tranquilamente.

Monat y su colega habían sido afortunados. Antes de que Kazz encontrara a Spruce, había visto a otras dos personas sin las marcas. Sin embargo, la primera vez había sido el Día de la Resurrección. Había llamado al hombre, preguntándole por qué no llevaba marca. El hombre había huido, probablemente no debido a que comprendiera lo que Kazz estaba diciendo sino debido a que malinterpretó las intenciones del Neanderthal.

Más tarde, después de encontrarse con Burton, Kazz había intentado decirle lo que había visto, pero ninguno de los dos podía hablar todavía el lenguaje del otro. Y Kazz simplemente lo había olvidado los siguientes días, cuando todos estaban demasiado ocupados en sobrevivir.

La segunda persona a la que había visto sin la marca era una mujer, una mongola. El encuentro se había producido al mediodía, y la mujer simplemente había salido del Río, donde estaba bañándose. Kazz había intentado hablar con ella, pero el compañero de la mujer, que llevaba la marca en la frente, se la había llevado con él. Evidentemente, se sentía celoso. Una vez más, las intenciones de Kazz eran malinterpretadas.

En aquel momento, Burton y los demás estaban hablando con el jefe local en la casa del consejo. Kazz se había quedado fuera para vigilar el barco. Tras la marcha de la mujer, Kant recibió la oferta de algunos tragos de alcohol de líquenes por parte de varias personas que deseaban que les hablara un poco. Nunca antes habían visto a un Neanderthal, y el licor era una forma de desatar las lenguas.

Kazz, fácilmente inducido y seducido por el alcohol gratis, estaba medio borracho cuando sus compañeros de tripulación regresaron. Burton le recriminó tan ásperamente su estado que Kazz nunca volvió a emborracharse cuando estaba de guardia.

También olvidó a la mujer.

Tras sacar a Besst de su trance, Burton permaneció un rato sentado, pensativo. Besst y Kazz se agitaban nerviosos lanzándose miradas interrogativas. Finalmente, Burton tomó una decisión. No servía de nada seguir manteniéndolo todo en secreto. No tenía por qué ocultarle las cosas a Alice y a lo demás. No le debía nada al Extraño, y el hecho de que no hubiera vuelto a aparecer podía significar que él, Burton no tenía razón alguna para mantener el silencio. Además, aunque era por naturaleza reservado, en estos momentos sentía deseos de compartir sus experiencias.

Aunque planteó sólo las líneas generales, le tomó más de una hora. Besst y Kazz se quedaron desconcertados, e hicieron multitud de preguntas. Alzó una mano reclamando silencio.

—¡Más tarde! ¡Más tarde! Por el momento, las preguntas debemos hacérselas a ellos. El arcturiano es más duro, así que vayamos a por Frigate primero.

Les dijo lo que debían hacer. Kazz protestó:

—¿Por qué primero no ponemos fuera de combate a Monat? ¿Y sí se despierta mientras nos encargamos de Frigate?

—No deseo hacer más ruido del imprescindible. Si Loghu o Alice nos oyen, se organizará un buen barullo.

—¿Un qué?

—Un follón. Vamos.

Los tres emprendieron el camino de vuelta en medio de la bruma. Burton pensó en algunas preguntas que deseaba hacerle a Frigate. Por ejemplo, Monat, Frigate y Ruach debían haber sabido que Spruce era un agente. Habían tenido montones de oportunidades de hablar con él mientras eran esclavos. Y Monat había tenido muchas oportunidades, tras la revuelta, de hipnotizar a Kazz para ponerle una marca a Spruce. ¿Por qué no lo había hecho?

Si Monat no hubiera podido tratar a Kazz después de la revuelta, al menos hubiera podido decirle a Spruce que abandonara inmediatamente la zona. O como mínimo que se pusiera una banda en torno a la cabeza para evitar que se notara la falta de la marca.

¿Era posible que Spruce no hubiera sabido que ellos también eran agentes? Podían ser tan numerosos que cada uno de ellos sólo conociera a unos pocos. Pero seguro que todos conocían a Monat.

Se detuvo, y contuvo la respiración.

El Misterioso Extraño nunca había dicho nada acerca de tener sus propios agentes. Era un renegado, y era posible que hubiera alistado con él a algunas pocas personas escogidas. ¿Podía haber sido Spruce una de ellas? ¿Y podía de algún modo haberlo descubierto Monat? ¿Y se habría librado de él simplemente no diciendo nada de las habilidades visuales de Kazz?

Aquello no parecía probable. Si Monat había descubierto que Spruce estaba del lado del Extraño —¿y cómo podía haberlo hecho?—, ¿por qué no había hipnotizado simplemente a Spruce? Eso le hubiera permitido identificar al Extraño suponiendo, por supuesto, que Spruce supiera quién era.

Pero había otra posibilidad. Monat conocía la habilidad de Spruce de suicidarse a través de la esfera en su cerebro. Así, no le había preocupado que Spruce se pudiera ver obligado a divulgar alguna información.

Además, podía utilizar así a Spruce como mensajero. Podía haberle entregado alguna información para que transmitiera al Cuartel General cuando Spruce fuera resucitado... siempre que el Cuartel General fuera el de los Éticos.

Monat había tomado parte en el interrogatorio de Spruce. Lo divertido que debía haberse sentido. Además, era Monat quien había hecho a Spruce algunas de las preguntas clave.

¿Había sido preparado Spruce por Monat para proporcionar las respuestas que había dado? ¿No serían todo ello mentiras?

Si así era, ¿para qué las mentiras? ¿Para qué mantener a todos los resucitados en la oscuridad?

Era muy posible que Spruce, actuando bajo las órdenes de Monat, se hubiera asegurado deliberadamente de que Kazz lo descubriera.

Por aquel entonces, habían llegado los tres a bordo del Snark. Los dos neanderthales se quedaron arriba. Burton se dirigió hacia las cabinas y, contando las puertas de los compartimientos, se detuvo ante la de Frigate y Loghu. Abrió suavemente la puerta y entró. El compartimiento era muy reducido, lo suficientemente amplio como para contener dos literas una encima de la otra y el espacio para subir y bajar de ellas. Estos compartimientos eran los únicos lugares donde era posible algo de intimidad. Incluso las defecaciones se hacían en ellos, en los orinales de bambú que se colocaban un lado sobre un estante.

Frigate dormía normalmente en la litera de arriba. Burton avanzó, la mano por delante. Lo despertaría suavemente, susurrándole que era su turno de guardia, y luego lo seguiría cubierta. Allí Kazz lo noquearía, y podrían llevarlo a la cabaña.

Puesto que sería imposible evitar que se suicidara cuando hubiera recuperado por completo el sentido, Burton había decidido intentar mesmerizarlo a medida que se recobrara. Podía ser arriesgado, pero tendría que intentarlo. Frigate, al contrario de Spruce, podía no sentirse inclinado al suicidio ahora que ya no había más resurrecciones.

Sin embargo, Burton no estaba seguro de que los agentes de los Éticos no fueran resucitados.

Sus dedos tropezaron contra el blando borde de la litera. Reptaron por las toallas que servían de colchón. Se detuvieron.

Frigate no estaba en la litera.

Burton siguió palpando las ropas aunque sabía que no había nadie en la litera. Estaban todavía calientes. Se quedó inmóvil por un minuto. ¿Habría ido Frigate arriba a hacer sus necesidades para no desvelar a Loghu? ¿O se había despertado antes de tiempo y había decidido hablar unos minutos con su capitán antes de empezar la guardia?

¿O había...? Burton se sintió curioso. ¿Se habría deslizado fuera de la litera y ahora estaría con Alice?

Sintiéndose avergonzado de sí mismo, rechazó esta idea. Alice era honesta. Nunca lo traicionaría. Si deseaba otro amante, lo hubiera dicho. Se lo hubiera dicho a él, y luego lo habría abandonado. No creía tampoco que Frigate le hiciera nunca algo así, aunque lo considerara

mentalmente.

Se inclinó hacia la litera inferior y adelantó la mano hasta sentir el contacto de la tela. Sus dedos exploraron, siguieron una curva —el pecho de Loghu bajo las toallas— y luego se enderezó y salió de la cabina cerrando la puerta tras él.

Silenciosamente, el corazón latiéndole tan aprisa que casi no podía creer que no se oyera por todo el barco, se dirigió al compartimiento de Monat. Con el oído pegado a la puerta, escuchó. Silencio. Se envaró, abrió la puerta, y palpó la litera superior. Monat no estaba allí, pero podía estar durmiendo en la litera inferior. De ser así, su respiración no era audible.

Sus manos recorrieron una cama que no había sido ocupada. Maldiciendo en voz baja, regresó a cubierta.

Kazz surgió de entre la bruma con el puño alzado.

—¡Wallah! ¿Qué ocurre?

—Los dos se han ido —dijo Burton.

—Pero... ¿cómo puede haber ocurrido?

—No lo sé. Quizá Monat sabía que algo no iba bien. Es la persona más sensitiva que jamás haya conocido; puede leer tu más ligera expresión, detecta la menor inflexión en tu voz. O tal vez te oyó despertar a Besst, investigó, y sospechó la verdad. Por lo que sé, puede haber estado escuchándonos en la cabaña desde el otro lado de la puerta.

—Ni yo ni Besst hicimos el menor ruido. Fuimos tan silenciosos como una comadreja acechando a un conejo.

—Lo sé. Busquemos por ahí. Mira si falta algún bote.

Se encontraron al otro lado del barco.

—Todos los botes están en su sitio.

Burton despertó a Loghu y a Alice. Mientras tomaban café ardiendo, les explicó todo lo que le había ocurrido con relación a los Éticos. Se mostraron sorprendidas, pero se mantuvieron en silencio hasta que él hubo terminado. Entonces llovieron las preguntas, pero dijo que las respondería más tarde. Pronto amanecería, lo cual significaba que tenían que poner sus cilindros en la piedra para el desayuno.

Alice era la única que no había dicho nada. Era evidente por sus entrecerrados ojos y sus apretados labios que estaba furiosa.

—Lamento haber tenido que ocultarte todo esto —dijo Burton—. Pero estoy seguro de que comprenderás lo necesario que era. ¿Qué hubiera ocurrido si te lo hubiera contado todo y luego los Éticos te hubieran atrapado, como hicieron conmigo? Hubieran podido leer tu mente y descubrir que se habían equivocado al pensar que habían borrado porciones importantes de mi memoria.

—Nunca lo han hecho —dijo ella—. ¿Por qué deberían haberlo hecho?

—¿Cómo sabes que no lo hicieron? —dijo él—. Si lo hubieran hecho, tú no lo recordarías.

Aquello la impresionó. No habló de nuevo hasta después del desayuno.

Tomaron éste en un clima muy poco habitual. Normalmente, el sol hacía desaparecer rápidamente la bruma. El cielo permanecía despejado durante el resto del día en la zona tropical o hasta media tarde en las zonas templadas. En aquel sector, las nubes se arracimaban muy rápidamente, llovía durante quince minutos o así, y luego las nubes desaparecían.

Esta mañana, sin embargo, negras masas de nubes se establecieron entre el sol y el suelo. Restallaron algunos relámpagos, como si fragmentos del brillante cielo que había encima cayeran por entre las nubes. Los truenos eran el murmullo de un gigante tras las montañas. Una luz pálida se extendió por todo el paisaje, bañándolo todo con una luz amarillo oscuro. Los rostros en torno a la piedra parecían como si una maldición hubiera caído sobre ellos.

Kazz y Besst inclinaban temerosamente la cabeza hacia su comida y miraban a su alrededor como si aguardaran algún visitante indeseado. El Neanderthal murmuró en su lengua nativa:

—El-Oso-Que-Recoge-A-Los-Malvados está caminando por aquí.

Besst casi gimió:

—Debemos encontrar alguna cabaña para ocultarnos. No es bueno estar cerca del agua cuando él camina.

Los demás habitantes del lugar parecían a punto de correr a buscar refugio también. Burton se puso en pie y dijo con voz fuerte:

—¡Un momento, por favor! ¡Estoy interesado en saber si a alguno de vosotros os falta algún bote!

—¿Por qué? —quiso saber un hombre.

—Dos miembros de mi tripulación han desertado esta noche, y es posible que hayan robado un bote para alejarse.

Olvidando la cercana tormenta, el grupo se esparció para mirar a lo largo de la orilla. Al cabo de un minuto, un hombre informó que su piragua había desaparecido.

—Ya deben estar muy lejos ahora —dijo Kazz—. ¿Pero habrán ido Río arriba o Río abajo?

—Si hay un sistema de señales en esta zona, podremos saberlo muy pronto —dijo Burton—. A menos, por supuesto, que hayan amarrado su bote en algún lugar y hayan subido a las colinas para ocultarse.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Dick? —quiso saber Alice—. Si nos quedamos aquí para buscarles, no podremos entrar en contacto con el *Rex*.

Burton reprimió el impulso de decirle que no hacía falta que le señalaran lo obvio. Ella aún estaba hirviendo por dentro; no tenía sentido avivar el fuego.

—Monat y Frigate pueden permanecer ocultos durante todo el día de hoy y salir por la noche y robar otro bote. Puede resultar inútil atraparles. No, intentaremos abordar el barco de paletas. Pero los encontraremos algún día, y cuando lo hagamos...

—¿Los haremos pedazos? —dijo Kazz.

Burton se alzó de hombros y abrió los brazos.

—No lo sé. Ellos tienen ventaja. Pueden caer muertos ante nosotros o mentirnos. Hasta que alcancemos la Torre...

Alice recitó entonces, los ojos oscurecidos por su acostumbrada ensoñación:

*Si bajo su consejo tuviera que desviarme
hacia ese ominoso sendero que, dicen todos,
oculta a la Oscura Torre. Y sin embargo, de buen grado,
me desvié hacia donde él indicaba; ni orgullo
ni esperanza me animaban hacia el fin descrito,
si no la alegría de la existencia de algún fin.*

*Porque, por haber vagado por todo el mundo,
por haber buscado durante todos estos años,
mi esperanza era tan sólo un fantasma insoportable
de la alegría que hubiera podido reportarme el éxito...
Apenas intenté reprimir el salto
que dio mi corazón al presagiar el fracaso.*

*Allí estaban, alineados en las colinas, reunidos
para asistir a mis últimos momentos: un marco vivo
¡para un nuevo cuadro! en una tela de llamas.
Los vi, y supe quiénes eran. Y sin embargo
llevé valientemente el cuerno a mis labios y soplé,
»El caballero Rolando a la Oscura Torre llega...«*

Burton sonrió salvajemente.

—Browning hubiera pensado... debe pensar... que este mundo es más extraño aún que el pintado en su poema fantástico. Aprecio tus sentimientos, Alice, aunque él los expresara primero. Muy bien, iremos a la Torre Oscura.

—No sé de qué estaba hablando Alice —dijo Kazz—. De todos modos, ¿cómo vamos a hacerlo para abordar ese barco?

—Si el Rey Juan tiene sitio para nosotros, le ofreceré nuestro tesoro, nuestros cilindros comodín. Esto atraería incluso al alma menos codiciosa.

—¿Y si no tiene sitio?

Guardó silencio por un momento. Aquel picor en la parte de atrás de su cerebro, aquella sensación de que había olvidado algún nexo de unión entre los agentes, había vuelto mientras Alice estaba hablando. Y ahora vió, o creyó ver, la manera de rascar aquel picor, el tipo de cadena que unía a todos los agentes.

¿Cómo se reconocían entre sí? Monat no ofrecía ningún problema; no necesitaba identificación. ¿Pero qué tipo de seal secreta usarían los agentes humanos para identificarse entre ellos?

Si poseyeran la habilidad de un Neanderthal, podrían ver la señal negativa, la falta de un signo, en las frentes de sus colegas. Pero supongamos que carecían de esta habilidad. Spruce se había mostrado sorprendido cuando había descubierto el talento óptico de Kazz. Aunque no lo había dicho, su actitud había indicado que nunca había oído hablar de algo así. Evidentemente, se utilizaban máquinas para detectar y traducir los símbolos al significado que correspondiera. Lo cual probablemente se hacía en la burbuja de Preresurrección, o dondequiera que estuviese el Cuartel General.

Si, pues, no podían ver los símbolos a ojo desnudo, tenían que disponer de otros medios de identificación.

Supongamos, simplemente supongamos, que había una fecha límite. Un período de tiempo a partir del cual ninguna persona de la Tierra había sido resucitada, no al menos en este planeta. Según Monat, Frigate, Ruach y Spruce, esta fecha límite era el año 2008 después de Cristo.

¿Qué ocurriría si esta no era la fecha verdadera? ¿Si era anterior al 2008 después de Cristo?

No tenía la menor idea de cuál podía ser la verdadera fecha, puesto que nunca había encontrado a nadie, excepto los agentes, que afirmaran haber visto más allá del año 1983 después de Cristo. A partir de ahora, preguntaría a todos los de finales del siglo xx que encontrara. Y si 1983 era la última fecha en que todo el mundo había muerto, entonces podría estar razonablemente seguro de que éste era el punto límite.

De este modo... quizá los Éticos habían hallado una forma que les aseguraba identificarse instantáneamente entre sí. El que todos ellos habían vivido en el año 2008 después de Cristo. Y, por supuesto, había una historia inventada de los acontecimientos desde 1983, o cualquiera que fuese la fecha, hasta 2008.

Lo cual significaba que quizá no fuera cierto que los arcurianos hubieran matado a la mayor parte de la humanidad ese año. La terrible carnicería tal vez nunca hubiera ocurrido. De hecho, todo lo que había oído acerca de los años 1983-2008 podía ser una mentira. Sin embargo, estaba Monat. Él no era terrestre. No había ninguna razón por la que creer que no había venido de un planeta de la constelación del Boyero.

Por el momento, no había ninguna forma de explicar su presencia en el Mundo del Río.

Mientras tanto, Burton poseía dos medios de descubrir a un Etico. Uno era Kazz; el otro era la

historia del 2008.

Sin embargo... la humanidad vivía no sólo en un mundo como si, sino que también era un mundo pero si... sin embargo, también era posible que los agentes hubieran sido reclutados de un tiempo más allá de 1983, y así sus historias podían ser ciertas.

Había demasiadas posibilidades. Por ejemplo, ¿cómo podía saber que Monat, Frigate y Ruach le habían dicho la verdad acerca de lo que les había ocurrido cuando habían estado separados de él? Había aquel incidente cuando Frigate dijo que había encontrado al editor que lo había estafado en la Tierra. Frigate dijo que se había tomado su venganza después de tanto tiempo dándole un puñetazo en la nariz.

Frigate exhibía algunas magulladuras, supuestamente originadas en la lucha con Sarkko y su pandilla. Pero podía habérselas producido en algún otro conflicto. Frigate temía por naturaleza la violencia, física o verbal. Podía fantasear una venganza, pero nunca haberla llevado a cabo.

Supongamos, simplemente supongamos, que los agentes adoptaban disfraces basados en auténticas vidas de terrestre. ¿Por qué no podía existir un autentico Peter Jairus Frigate en algún lugar de este planeta? El pseudo Frigate podía estar pretendiendo ser el hombre que había demostrado un interés tan grande por la vida de Burton. Ese podía ser un medio de acercarse a Burton, de asegurarse de que Burton le permitiría estar cerca de él. Después de todo, le resultaba difícil a alguien mostrarse indiferente hacia su biógrafo, hacia una persona que parecía admirarle, casi adorarlo.

Sin embargo, ¿para qué podía ser necesario a un agente adoptar un disfraz así? ¿Por qué no presentarse bajo una personalidad completamente nueva?

Quizá no fuera necesario, pero sí simplemente más cómodo, más conveniente. Puesto que la posibilidad de que un agente se encontrara con la persona que pretendía ser era más bien remota.

Había tantas posibilidades, tantas preguntas sin respuesta.

—¡Dick! —dijo Alice—. ¿Qué te ocurre?

Volvió de su ensoñación con un sobresalto. Todo el mundo, excepto su tripulación y el hombre cuyo bote había sido robado, se habían ido. El hombre parecía como si deseara pedir compensaciones pero vacilaba porque no tenía a nadie que le respaldara.

El viento estaba erizando las aguas del Río y agitando las hojas de los techos de las cabañas. El Snark golpeteaba contra las protecciones de su muelle. La luz se había transformado de un amarillo oscuro a un gris pálido, haciendo que todos los rostros parecieran aún más fantasmagóricos. Los relámpagos cruzaban el agua mostrando sus dientes, y los truenos rugían como un oso en una caverna. Kazz y Besst estaban obviamente deseando que diera la orden de ir a buscar refugio. Los demás sólo estaban un poco menos nerviosos.

—Estaba pensando —dijo—. Habéis preguntado qué vamos a hacer si el Rey Juan no tiene sitio para nosotros. Bien, los monarcas tienen medios para hacer sitio si lo desean. Y si se niega encontraré alguna forma de subir a bordo. ¡No estoy dispuesto a verme detenido por nada ni por nadie!

Un relámpago cayó cerca, restallando como si una parte del mundo acabara de hacerse pedazos. Kazz y Besst precedieron al grupo en su huida hacia el edificio más próximo.

Burton, de pie en medio de la fuerte lluvia que siguió inmediatamente al relámpago, se rió de

ellos.

—¡Hacia la Torre Oscura! —gritó.

En el sueño, Peter Jairus Frigate avanzaba penosamente entre la bruma. Estaba desnudo; alguien le había robado sus ropas. Tenía que llegar a casa antes de que saliera el sol y disipara la bruma y lo expusiera al ridículo del mundo.

La hierba era húmeda y rasposa. Tras un rato se sintió cansado de andar por la orilla de la carretera, y penetró en el pavimento de asfalto. De tanto en tanto, a medida que avanzaba caminando con fatiga, la bruma se aligeraba un tanto, y podía ver árboles a su derecha.

De alguna manera, sabía que estaba muy lejos de su país. Su hogar estaba a gran distancia. Pero si andaba lo bastante rápido, podía llegar antes del amanecer. Entonces debería entrar en casa sin despertar a sus padres. Las puertas y ventanas estarían cerradas, lo cual significaba que tendría que arrojar piedras contra la ventana del segundo piso de la parte de atrás. El ruido despertaría a su hermano, Roosevelt.

Pero su hermano, aunque sólo tenía dieciocho años, era ya un gran bebedor, un mujeriego, yendo de un lado para otro en su ruidosa motocicleta con sus poco recomendables compañeros de chaquetas de cuero de la destilería de Hiram Walker. Era domingo por la mañana, y debía estar roncando fuertemente, llenando el pequeño dormitorio del ático que compartía con Peter con apestosos aromas de whisky.

Roosevelt había sido llamado así por Theodore, no por Franklin Delano, al que su padre odiaba. James Frigate abominaba al «hombre de la Casa Blanca» y adoraba al The Chicago Tribune, que le era entregado a la puerta cada domingo. Su hijo mayor detestaba sus editoriales, el tono general del periódico, excepto las historietas. Desde que había aprendido a leer, había esperado ansiosamente cada domingo por la mañana, inmediatamente después del cacao, los pastelillos, el tocino y los huevos, para leer las aventuras de Chester Gump y de sus amigos en busca de la ciudad de oro; Moon Mullins; Annie la Huerfanita y su gran Papá Warbucks y sus compañeros, el colosal mago Punjab y el siniestro El Aspid, y el señor Am, que se parecía a Santa Claus, era tan viejo como la Tierra, y podía viajar por el tiempo. Y luego estaban Barney Google y el Sonriente Jack y Terry y los Piratas. ¡Delicioso!

¿Y qué estaba haciendo pensando en esos grandes personajes de las tiras cómicas mientras caminaba desnudo por una carretera secundaria en la oscuridad, bajo nubes que amenazaban lluvia? No era difícil imaginarse el porqué. Despertaban en él un sentimiento de calor y de seguridad, incluso de felicidad, con la barriga llena por la deliciosa cocina de su madre, la radio sonando suave, su padre sentado en el mejor sillón leyendo las opiniones del «Coronel Blimp». Peter estaba espatarrado en el suelo del salón con la página de las historietas abierta ante él, su madre atareada en la cocina dando de comer a sus dos hermanos más pequeños y a su hermana que era un bebé. La pequeña Janette, a la que adoraba y que luego crecería y tendría tres maridos e innumerables amantes y un millar de borracheras de whisky, la maldición de los Frigate.

Todo esto estaba ahí delante, desvaneciéndose ahora de su mente, absorbido por la bruma. Ahora estaba durmiendo en la habitación de delante, feliz... no, eso también se desvanecía... estaba fuera de la casa, en el patio trasero, desnudo y temblando por el frío y el terror de ser descubierto sin sus

ropas y ninguna forma de explicar lo que le había ocurrido. Estaba arrojando piedrecitas contra la ventana, esperando que el ruido que producían no despertara a sus hermanos y hermana pequeños que dormían en el pequeño dormitorio abajo y a un lado del dormitorio del ático.

La casa había sido en un tiempo una escuela rural de una sola clase en las afueras de Peona en mitad de Illinois. Pero la ciudad había crecido, las casas habían ido floreciendo a su alrededor, y ahora los límites de la ciudad estaban a un kilómetro hacia el norte. En algún momento durante la expansión de aquella zona se le había añadido un segundo piso e instalación sanitaria. Era la primera casa en la que había vivido en la cual había un baño completo en el interior. De alguna forma, aquella casa antes campestre se había convertido en la granja cerca de México, Missouri. Allí él, a la edad de cuatro años, había vivido con su madre, su padre y su hermano pequeño y la familia del granjero que les había alquilado dos habitaciones a los Frigate.

Su padre, electricista e ingeniero técnico (un año en el Instituto Politécnico Rose de Terre Haute, Indiana, y un diploma de la Escuela Internacional por Correspondencia), había trabajado durante un año en la planta generadora de electricidad de México. Era en el patio de la granja que había detrás de la casa donde Peter se había sentido horrorizado al descubrir que los pollos comían animales y que él comía pollos que comían animales. Aquella había sido la primera revelación de que el mundo estaba basado en el canibalismo.

Aquello no era cierto, pensó. Un caníbal era una criatura que se comía a su propia especie. Se giró y volvió a sumirse en el sueño, vagamente consciente de que había estado medio despierto entre segmentos de su sueño y meditando sobre cada uno de ellos antes de pasar al siguiente. O había estado volviendo a soñar todo el sueño cada vez. En una misma noche podía tener idéntico sueño varias veces. O un mismo sueño podía volver un cierto número de veces a lo largo de varios años.

Las series eran su especialidad, tanto en sueños como en la ficción. En una ocasión, durante su carrera como escritor, había llegado a tener veintiuna series simultáneas en marcha. Había completado diez de ellas. Las otras aún seguían esperando, todas dejadas en suspenso cuando el gran editor que está en los cielos las canceló todas arbitrariamente.

Así en la vida como en la muerte. Nunca podría —¿nunca? Bueno, difícilmente— terminar ninguna. El gran incompleto. Había sido consciente de ello por primera vez cuando, siendo tan sólo un turbado adolescente, había derramado todas sus torturas y ansiedades ante su consultor de primer grado, que resultaba ser también su profesor de psicología.

El profesor... ¿cuál era su nombre? ¿O'Brien? Era un hombre joven, delgado y bajo, con unos modales inquietos y un pelo rojo aún más inquieto. Y siempre llevaba una corbata de pajarita.

Y ahora Peter Jairus Frigate estaba caminando entre la bruma, y no había ningún sonido excepto el ulular de un distante búho. Repentinamente, un motor rugió, dos luces brillaron débilmente frente a él, luego se hicieron más brillantes, y el motor gritó al mismo tiempo que él. Se echó hacia un lado, flotando, flotando lentamente, mientras la negra masa del automóvil avanzaba parsimoniosamente hacia él. Mientras braceaba en el aire, a unos centímetros de altura, giró la cabeza hacia el vehículo. Ahora podía ver, más allá del resplandor de sus faros, que se trataba de un Duesenberg, el largo, bajo y elegante turismo que conducía Cary Grant en la película que había visto la semana pasada, La pareja invisible. Una masa informe estaba sentada tras el volante, con los ojos como único rasgo

visible. Eran los ojos azul pálido de su abuela alemana, la madre de su madre, Wilhelmina Kaiser.

Y entonces gritó de nuevo porque el coche había abandonado la carretera y se dirigía directamente hacia él, y no habla forma de evitar que le golpeará.

Se despertó gimiendo. Eve dijo adormilada:

—¿Has tenido un mal...? —y su voz se fundió en un murmullo y en un suave ronquido.

Peter saltó de la cama, una estructura de cortas patas con un armazón de bambú y tiras de cuerda para sostener el colchón hecho de toallas magnéticamente unidas rellenas de hojas tratadas. El suelo de tierra estaba cubierto con toallas unidas entre sí. Las ventanas estaban cerradas con paneles parecidos a la mica hechos con la membrana intestinal del pez cornudo. Sus cuadros brillaban débilmente con la luz reflejada del cielo nocturno.

Se dirigió tambaleante hacia la puerta, la abrió, salió fuera, y orinó. La lluvia seguía goteando del techo de paja. A través de un paso entre las colinas podía ver un fuego ardiendo bajo el techo de una torre de guardia. Silueteaba la figura de un guardia inclinado sobre la barandilla y mirando hacia el río. Las llamas se reflejaban en los mástiles y los aparejos de un barco que nunca antes había visto. El otro guardia no estaba en la torre, lo cual significaba que había bajado junto al barco. Debía estar interrogando al capitán de la embarcación.

Todo debía estar en orden, puesto que no sonaban los tambores de alarma.

De vuelta a la cama, reconsideró el sueño. Su cronología estaba mezclada, lo cual no era de extrañar en un sueño. Por una parte, en 1937, su hermano Roosevelt tenía tan sólo dieciséis años. La motocicleta, el trabajo en la destilería, y las rubias oxigenadas, estaban aún a dos años de distancia. La familia ya ni vivía en aquella casa, se había trasladado a una nueva y más grande a unas cuantas manzanas de distancia.

Estaba también aquella amorfa y siniestra masa oscura en el coche, la cosa con los ojos de su abuela. ¿Qué significaba? No era la primera vez que se había sentido horrorizado por una cosa negra y encapuchada con los ojos casi desprovistos de color de la abuela Kaiser. Ni era la primera vez que había intentando imaginar por qué se le aparecía siempre con aquel horrendo aspecto.

Sabía que había venido de Galena, Kansas, a Terre Haute, para ayudar a su madre a cuidar de él poco después de su nacimiento. Su madre le había dicho que su abuela lo había cuidado también cuando tenía cinco años. No recordaba, sin embargo, haberla visto nunca antes de los doce, cuando había venido a su casa para una visita. Pero estaba convencido de que le había hecho algo horrible a él cuando era niño. O algo que había parecido horrible. Sin embargo, era una vieja dama encantadora, aunque un poco propensa a la histeria. Y tampoco ejercía ningún control sobre los niños de su hija cuando se quedaban a su cuidado.

¿Dónde estaría ahora? Había muerto a los setenta y siete años, después de un largo y doloroso cáncer de estómago. Pero había visto fotografías de ella cuando tenía veinte años. Una rubia pequeñita cuyos ojos tenían un vivo color azul, no las desteñidas cosas llenas de venillas rojas que recordaba. La boca era fina y severa, pero todos los adultos en su familia tenían labios adustos. Aquellos fotograbados de color amarronado mostraban siempre rostros que parecían haber sufrido duramente pero que no por eso se dejaban abatir.

Los victorianos, a juzgar por sus fotografías, tenían narices afiladas y aspecto rígido. La familia

de su abuela alemana estaba hecha de la misma materia. Perseguida por sus vecinos luteranos y por las autoridades debido a que se había convertido a la iglesia baptista, abandonaron Oberellen, Turingia, hacia la tierra prometida. (La familia de Peter, por ambos lados, siempre había optado por la religión de la minoría, normalmente una religión más bien extravagante. Quizá les gustaban los problemas).

Tras años de trasladarse de un lugar a otro, sin encontrar nunca una sola calle pavimentada de oro, tras trabajar hasta deslomarse, conocer la más abyecta miseria, y la muerte de muchos hijos y finalmente de los padres y abuelos, los Kaiser lo consiguieron. Se convirtieron en granjeros prósperos y en propietarios de tiendas de maquinaria en Kansas City.

¿Había valido la pena? Los supervivientes decían que sí.

Wilhelmina era una hermosa rubia de ojos azules de diez años de edad cuando llegó a América. A los dieciocho años se había casado con un hombre de Kansas que tenía veinte años más que ella, probablemente para escapar de la pobreza. Se decía que el viejo Bill Griffiths era medio cherokee, y que había formado parte de las guerrillas de Quantrell, pero había mucha maledicencia en la familia de Peter, por ambos lados. Siempre estaban intentando hacerse mejores, o peores, de lo que realmente eran. Fuera cual fuese el pasado del viejo Bill, la madre de Peter nunca había querido hablar de él. Quizá tan sólo fuera un ladrón de caballos.

¿Dónde estaría Wilhelmina ahora? Ya no debía ser la arrugada y encorvada vieja que había conocido. Debía ser una atractiva y maciza joven, aunque siempre con sus acuosos ojos vacíos y siempre hablando el inglés con un fuerte acento alemán. Si se cruzara con ella, ¿la reconocería? Probablemente no. Y si la reconocía, ¿qué podría decirle ella de los traumas que le había infligido a su nieto cuando era pequeño? Nada. Ni siquiera recordaría lo que para ella no debían haber sido más que incidentes menores. O, si los recordaba, seguramente no admitiría que habían sido perjudiciales para él. Si, por supuesto, tenían realidad en algún otro sitio aparte de su cabeza.

Durante un breve asomo de psicoanálisis, Peter había intentado penetrar en las densas sombras de su reprimida memoria hasta el drama original en el cual su abuela había tenido un papel tan importante. El esfuerzo había fracasado. Unos intentos más extensos de dianética y cientología habían dado el mismo resultado negativo. Se había deslizado hasta más allá de los episodios traumáticos como un mono por un poste engrasado, hasta llegar a rebasar su nacimiento y penetrar en sus vidas anteriores.

Tras haber sido una mujer parturienta en un castillo medieval, un dinosaurio, un prevertebrado en el océano postprimigenio, y un pasajero del siglo XVIII en un coche de caballos cruzando la Selva Negra, Peter había abandonado la cientología.

Las fantasías eran interesantes, y revelaban algo de su carácter. Pero su abuela se le escapaba.

Aquí, en el Mundo del Río, había probado la goma de los sueños como un arma para atravesar las densas sombras. Bajo la guía de un gurú, había masticado media tableta, una gran cantidad, y se había sumergido en busca de la perla oculta en las profundidades de su subconsciente. Cuando despertó de algunas horribles visiones, halló a su gurú, golpeado y sangrante, tendido inconsciente en el suelo de la cabaña. No había ningún misterio acerca de quién le había hecho aquello.

Peter había abandonado la zona tras asegurarse de que su guía viviría sin consecuencias serias.

No podía quedarse en un lugar donde no sentiría otra cosa excepto culpabilidad y vergüenza cuando viera a su gurú. El hombre se había mostrado muy benévolo, de hecho estaba incluso dispuesto a proseguir las sesiones... siempre que Peter permaneciera atado durante su transcurso.

No podía enfrentarse a la violencia que había sentido agazapada en lo más profundo de sí mismo. Era su miedo a la violencia que había en sí mismo lo que le hacía temer tanto la violencia de los demás.

El fallo, querido Bruto, no reside en las estrellas sino en nuestros asquerosos genes. O en el fracaso de la conquista de uno mismo.

El fallo, querido Bruto, reside en nuestro miedo a conocernos a nosotros mismos.

La siguiente, casi inevitable escena en este drama de recuperación era la seducción de Wilhelmina. Qué fácil era pensar en esta fantasía como en algo potencialmente real, puesto que era posible que llegara a encontrarse con ella. Después de algunas preguntas recíprocas, descubrirían que eran abuela y nieto. Luego hablarían largamente, y él le contaría lo que le había ocurrido a su hija y a su esposo (el padre de Peter), y a sus nietos y a sus bisnietos y a sus tataranietos. ¿Se sentiría horrorizada cuando supiera que una bisnieta se había casado con un judío? Indudablemente. Cualquiera que hubiera nacido en un medio rural en 1880 se sentiría inclinado a esos profundos prejuicios. ¿Y si le contaba que su hermana, la de él, se había casado con un japonés? ¿O que un hermano y un primo en primer grado se habían casado con mujeres católicas? ¿O que una bisnieta se había convertido al catolicismo? ¿O que un bisnieto se había convertido al budismo?

Por otra parte, el Mundo del Río podía haber cambiado sus actitudes, como había hecho con muchos. De todos modos, la mayoría se habían vuelto psicológicamente más fosilizados de lo que eran cuando vivían en la Tierra.

Pero volvamos con la fantasía.

Tras unos cuantos tragos y una larga charla, ¿a la cama?

Racionalmente, uno no podía objetar nada contra el incesto aquí. No podía haber descendencia.

¿Pero cuándo piensa la gente racionalmente en tales situaciones?

No, lo que había que hacer era no decir nada acerca de su parentesco hasta después de haber pasado por la cama.

Entonces, todo el edificio se derrumbó. Revelar aquello le haría sentirse terriblemente avergonzado. Sería cruel. Y no importaba cuánto deseara la venganza, no podía hacerle aquello a ella. A nadie. Además, se vengaría de un acto que sólo creía que se había producido. Incluso si se había producido realmente, podía tratarse de algo que sólo un niño podía haber pensado que era terrible. O algo mal interpretado por su mente infantil. O algo que ella, siendo un producto de su tiempo, hubiera considerado siempre como algo natural.

Era excitante pensar en hacer el amor con la propia abuela de uno. Pero, en realidad, eso simplemente no se produciría. Se sentía atraído sexualmente tan sólo hacia las mujeres inteligentes, y su abuela había sido una campesina ignorante. Vulgar además, aunque no en un sentido obsceno o irreligioso. Recordaba cuando venía a comer con la familia el Día de Acción de Gracias. En una ocasión, había estornudado, y la mucosidad había ido a parar a su blusa, y ella simplemente la había limpiado con su mano y luego había restregado ésta contra su falda. Su padre se había echado a reír,

su madre se había sentido herida, y él había perdido el apetito.

Así se disolvió toda la fantasía, ahogada en desánimo.

Pero podía haber cambiado.

Al infierno con todo ello, se dijo a sí mismo, y se volvió de lado y se durmió.

Los tambores batieron, y las trompetas de madera resonaron. Peter Frigate se despertó entre las brumas de otro sueño.

Era tres meses después de Pearl Harbour, y él era cadete en el Campo Randolph y estaba siendo triturado por su instructor de vuelo.

El teniente, un joven alto con un delgado bigote y unos grandes pies, era casi tan histérico como la abuela Kaiser.

—¡La próxima vez que gire a la izquierda cuando yo le digo que gire a la derecha, Frigate, le hago aterrizar inmediatamente, interrumpiendo el maldito vuelo, y me niego a volver a subir ahí arriba con usted! ¡Puede buscarse otro instructor al que no le importe una mierda si su estúpido estudiante lo mata o no! ¡Por Cristo, Frigate, podíamos habernos matado los dos! ¿No ha visto ese avión a su izquierda? ¿Es usted un suicida? ¡La próxima vez hágalo solo, pero no cuando yo y otros dos más vengamos con usted! ¡Y hágalo en su tiempo libre, y fuera de este campo, y no con una propiedad del gobierno! ¿Qué infiernos pasa con usted, Frigate? ¿Acaso me odia?

—No he podido oírle bien, señor —dijo Peter. Aunque estaba sudando dentro de sus pesadas ropas de vuelo en la sobrecalentada sala, estaba temblando, y sentía unos irresistibles deseos de orinar—. Parece que mi laringófono no funciona bien.

—¡Su laringófono funciona perfectamente! ¡Yo puedo oírle sin ninguna dificultad! ¡Y a sus orejas no les ocurre nada! Pasó usted su chequeo médico hace tan sólo dos semanas, ¿no? ¡Todos ustedes, mierda de cadetes, son examinados cuando son transferidos aquí! ¿Usted no lo ha sido?

Peter asintió y dijo:

—Sí, señor, al igual que usted.

El teniente, con el rostro enrojecido y los ojos saltones, se lo quedó mirando.

—¿Qué quiere decir con esto? ¿Está insinuando que yo también he sido una mierda de cadete?

—No, señor —dijo Peter, sintiendo el sudor gotear por sus sobacos—. Nunca me atrevería a decir «mierda» refiriéndome a usted, señor.

—¿Entonces qué es lo que diría? —dijo el teniente, casi gritando.

Peter miró por el rabillo del ojo a los otros cadetes e instructores. La mayoría de ellos no prestaban atención, o pretendían no hacerlo. Algunos estaban sonriendo.

—Nunca diría nada —dijo Peter.

—¿Qué? ¿Porque no vale la pena mencionarme, por eso? Frigate, ¿está empezando a exasperarme! No me gusta su actitud ni en tierra ni en el aire. ¡Pero volvamos al tema aunque usted intente evitarlo! ¿Por qué infiernos no podía oírme cuando yo sí podía oírle a usted? ¿Es acaso porque no deseaba usted oírme?

»¡Bien, eso es peligroso, Frigate! Y aterrador también. ¡Usted me aterriza horriblemente! ¿Sabe cuántos de esos BT-12 de rechonchas alas entran en barrena cada semana? Esos hijos de puta tienen predilección por entrar en barrena, cadete. Incluso cuando un instructor le dice a su estudiante sesos de mono que entre en barrena deliberadamente, y mantiene su mano en la barra del timón listo para tomar el control, ¡a veces esos hijos de puta se niegan a salirse de ella!

»Así que puedo asegurarle que cuando le digo que gire a la derecha no tengo la intención de hacerle entrar en barrena y pillarle así desprevenido. ¡Podemos encontrarnos todos a seis metros bajo tierra antes de que yo pueda frenar la caída! De acuerdo, ¿qué es lo que pasa con sus orejas?

—No lo sé —dijo Peter miserablemente—. Quizá sea cera. Siempre se me forma cera en los oídos. Es una cosa de familia, señor. Tengo que ir a que me saquen tapones de cera cada seis meses.

—¡Voy a sacarle más cosas que cera, amigo, y no solamente de sus orejas! ¿No examinó sus orejas el doctor? ¡Seguro que lo hizo! ¡Así que no me cuente que es cera! ¡Simplemente no quiere oírme! ¿Y por qué? ¡Dios sabe por qué! ¿O quizá me odia tanto que no le importa morir también con tal de que yo venga con usted? ¿Es eso?

Peter no se hubiera sorprendido de ver al teniente sacando espuma por la boca.

—No, señor.

—¿No, señor, qué?

—No, señor, a todo lo que ha dicho.

—¿Quiere decir que lo está negando todo? ¿Qué no giró a la izquierda cuando yo le dije que girara a la derecha? ¡No me llame mentiroso!

—No, señor.

El teniente hizo una pausa, luego dijo:

—¿Por qué está sonriendo, Frigate?

—No sabía que estuviera sonriendo —dijo Peter. Aquello era cierto. Se sentía realmente desmoralizado, tanto mental como físicamente. ¿Por qué debería sonreír?

—¡Está loco, Frigate! —gritó el teniente. Un capitán, de pie frente a él, frunció el ceño. Pero no hizo nada por intervenir—. No quiero verle de nuevo, Frigate, hasta que me traiga un certificado de un doctor de que sus orejas están bien. ¿Ha oído eso?

Peter asintió.

—Sí, señor, lo he oído.

—Se quedará en tierra hasta que yo tenga ese informe. Pero lo quiero aquí a la hora del vuelo, mañana, cuando subamos de nuevo ahí arriba. ¡Qué Dios me ayude!

—Sí, señor —dijo Peter, y casi saludó. Aquello hubiera podido ser otra excusa para una nueva andanada del instructor. No se saludaba en la sala de vuelos.

Miró hacia atrás mientras revisaba su paracaídas. El capitán y el teniente estaban hablando animadamente. ¿Qué estarían diciendo de él? ¿Que había que quitárselo de encima?

Quizá fuera lo mejor. Realmente, no podía oír a su instructor. Sólo la mitad de las frenéticas palabras del teniente le llegaban inteligiblemente por el laringófono. No era debido a la cera. Ni a la altitud. Ni a nada físicamente deficiente en su audición.

Pasarían años antes que comprendiera que él simplemente no deseaba oír al teniente.

—Él tenía razón —dijo Peter.

—¿Quién tenía razón? —dijo Eve. Estaba sentada en la cama, apoyada en un brazo, mirándole. Su cuerpo estaba cubierto con gruesas toallas multicolores unidas entre sí, y la capucha enmarcaba aún su rostro.

Peter se sentó y se desperezó. El interior de la cabaña estaba oscuro; los tambores y las

trompetas a lo largo de la orilla sonaban débilmente. Más cerca, un vecino estaba aporreando su tambor hecho de piel de pez y bambú como si estuviera intentando despertar al mundo entero.

—Nada.

—Estabas gruñendo y murmurando.

—La Tierra está siempre con nosotros —dijo él, y la dejó que imaginara por si misma lo demás. Tomó consigo el orinal de noche para llevarlo al depósito vecino, que se hallaba a un centenar de pasos de distancia. Allí saludó a un buen número de hombres y mujeres, todos realizando la misma tarea. Vaciaron el contenido de los orinales en un gran carro de bambú. Tras el desayuno, sería arrastrado fuera del edificio por un equipo de hombres y llevado hasta las colinas al pie de las montañas. Allí los excrementos serían tratados para obtener potasio para la pólvora negra. Frigate trabajaba allí dos días al mes, y cuatro días en las torres de centinela.

Había una piedra de cilindros justo al otro lado de la colina donde se asentaba su cabaña. Normalmente, él y Eve llevaban sus cilindros allá. Aquella mañana, sin embargo, deseaba charlar con la tripulación del barco que había llegado durante la noche. Eve no objetaría nada si iba solo hasta allá, puesto que ella tenía que terminar una serie de collares hechos de vértebras de pez cornudo y huesos espiralados de varios colores, que tenían una gran demanda como ornamentos. Ella y Frigate los vendían a cambio de tabaco y licor y pedernal. Frigate también fabricaba bumerangs y, ocasionalmente, piraguas y canoas.

Frigate llevaba su cilindro en la mano izquierda y su lanza de tejo con punta de pedernal en la otra. Un cinturón de piel de pez atado a su cintura contenía una funda con un hacha de cuarzo. Un carcaj de flechas, con punta de pedernal y plumas hechas con delgados huesos finamente tallados, colgaba de su hombro. Un arco de tejo, envuelto en papel de bambú, estaba atado al carcaj para protegerlo de la humedad de primera hora de la mañana.

El pequeño estado del que era ciudadano, Ruritania, no estaba en guerra ni bajo amenaza de guerra. La ley que requería que todo el mundo tuviera sus armas a mano era un recuerdo de los viejos días de turbulencia. A las leyes obsoletas les costaba tanto morir aquí como en la Tierra. La inercia social estaba en todas partes, aunque su resistencia al cambio variaba de estado a estado.

Frigate caminó entre las cabañas esparcidas por la llanura. Centenares de personas, cubiertas como él de cabeza a pie contra el frío, se le unieron. Casi media hora después de la Salida del sol, empezaron a quitarse sus prendas. Mientras comían el desayuno, Frigate miró en busca de rostros nuevos. Había quince, todos ellos de la recién llegada goleta, la Abigarrado. Estaban sentados formando un grupo, comiendo charlando con aquellos que se mostraban interesados en los extranjeros. Peter se sentó con ellos para observar y escuchar.

El capitán, Martín Farrington, conocido también como el Frisco Kid, era un hombre musculoso de mediana altura. Su rostro agraciado parecía irlandés. Su pelo tenía un color rojo bronce y era muy rizado; sus ojos, grandes y azul profundo; su mandíbula, fuerte. Hablaba enérgicamente, sonriendo menudo, soltando chistes sin cesar. Su Esperanto era fluido pero no perfecto, y era evidente que prefería el inglés.

Su segundo de a bordo, Tom Rider, conocido también como Tex, medía aproximadamente unos cinco centímetros menos que Frigate, cuya estatura era de metro ochenta.

Era lo que los escritores de las revistas pulp de los años jóvenes de Frigate llamaban un hombre «rudamente hermoso». No tan musculoso como el capitán, se movía rápida pero graciosamente con una confianza que Frigate envidiaba. Su oscuro pelo era recio, y su bronceada piel tan morena que hubiera podido pasar por un indio onondaga. Su Esperanto era perfecto, pero, como Farrington, le complacía encontrar algunos que hablaran inglés entre su auditorio. Su voz era la de un agradable barítono que combinaba el hablar arrastrado del sudoeste con la pronunciación del medio Oeste.

Frigate aprendió mucho acerca de la tripulación simplemente escuchando sus desenfadados relatos sobre sí mismos. Formaban la habitual heterogénea colección que podía encontrarse en los grandes barcos que vagaban arriba y abajo por el Río. La mujer del capitán era una caucasiana sudamericana del siglo XIX; la del segundo de a bordo una ciudadana de la ciudad romana de Afrodita del siglo II después de Cristo. Frigate recordó que sus ruinas habían sido descubiertas por los arqueólogos en Turquía allá por los años 1970.

Dos miembros de la tripulación eran árabes. Uno era Nur el-Musafir (El viajero). El otro había sido la esposa de un capitán de una nave de Arabia del Sur que había comerciado con el imperio sudafricano de Monomotapa en el siglo XII después de Cristo.

El tripulante chino había terminado su vida terrestre ahogándose cuando la flota invasora de Qubilay Kan fue destruida por una tormenta en su camino al Japón.

Había dos representantes del siglo XVIII, Edmund Tresillian, un originario de Cornualles que perdió una pierna en 1759 durante la captura, por parte de la Vestal de Hood, de la nave francesa Bellona, a la altura del cabo Finisterre. Sin pensión, y con una mujer y siete hijos, se vio reducido a la mendicidad. Sorprendido robando una bolsa, había muerto de fiebres en prisión mientras esperaba la celebración de su juicio. El segundo hombre, «Pelirrojo» Cozens, había sido guardiamarina del Wager, un mercante reconstruido que efectuaba su comercio con las Indias Orientales y que acompañó a la flotilla del almirante Anson en su viaje alrededor del mundo. Se había hundido frente a las costas de Patagonia. Tras innumerables sufrimientos y privaciones, parte de su tripulación había vuelto a la civilización, donde el gobierno español en Chile los mantuvo en prisión durante un cierto tiempo. Sin embargo, el pobre Cozens fue muerto de un disparo por el capitán Cheap, que le tomó erróneamente por un amotinado, pocos días después del naufragio.

John Byron, el abuelo del poeta, también un guardiamarina por aquel entonces, había criticado a Cheap por esto en La narración del Honorable John Byron (comodoro en la última expedición alrededor del mundo), conteniendo un relato de las grandes penalidades sufridas por él mismo y sus compañeros en las costas de Patagonia, desde el año 1740 hasta su llegada a Inglaterra en 1746, etc., Londres, 1768.

Frigate había poseído una primera edición de este libro, en el que había encontrado la descripción de un animal encontrado por Byron que tenía que ser un perezoso gigante.

Le hubiera gustado encontrarse con Byron. El hombrecillo tuvo que ser increíblemente resistente como para sobrevivir a esas experiencias. Más tarde, había llegado a almirante, siendo apodado «Capitán Mal Tiempo» por sus marineros. Cada vez que se hacía a la mar, su flota era alcanzada por alguna terrible tormenta.

Otros miembros interesantes de la tripulación eran un millonario de Rhode Island de finales del siglo XX que había sido patrón de yate, un turco del siglo XVIII, un segundo contramaestre que había muerto de sífilis, una enfermedad común en su tiempo entre los marineros; y Abigail Rice, esposa terrestre de un primer contramaestre de principios del siglo XIX en un ballenero de New Bedford. Binns, el patrón de yate, y Mustafá, el turco, estaban obviamente enamorados el uno de otro.

Como Peter descubriría más tarde Cozens, Tresillian y Chang compartían a Abigail Rice. Eso hizo a Frigate preguntarse a qué se dedicaría la mujer mientras su esposo se pasaba de dos a tres años cazando ballenas. Quizá a nada que no tuviera derecho a hacer. Quizá había sido tan reprimida sexualmente en la Tierra que aquí había estallado.

Y luego estaba Umslopogaas, Pogaas para abreviar. Era un swazi, hijo de un rey de esa nación sudafricana que había sido enemiga del gran pueblo zulú. Había vivido durante la expansión de los británicos y los boers y las conquistas del sanguinario genio militar, Shaka. En la Tierra, había matado doce guerreros en duelos; aquí, al menos a cincuenta.

Hubiera pasado inadvertido por la historia, pese a sus proezas guerreras, de no haber formado parte, ya en su edad madura, de la expedición de sir Theophilus Shepstone. Con Shepstone iba un hombre joven, H. Rider Haggard, que se sintió muy atraído por el altivo aspecto y las extraordinarias historias del viejo swazi. Haggard iba a immortalizar a Umslopogaas en tres novelas, Nada el lirio, Ella y Allen, y Allan Quatermain. Sin embargo, convirtió al swazi en un zulú, lo cual no debió gustar mucho a su modelo.

Ahora Pogaas estaba al lado del barco, apoyándose en un hacha de pedernal de largo mango. Era alto y delgado, y sus piernas eran extraordinariamente largas. Sus rasgos no eran negroides sino camíticos, labios delgados, nariz de halcón, pómulos altos. Parecía bastante amistoso, pero había algo en su comportamiento que decía a todo el mundo excepto a los más indiferentes que no podía confiarse mucho en él. Era también la única persona de la tripulación que no colaboraba en el manejo del barco. Su especialidad era la lucha.

Frigate oyó sonar campanillas cuando descubrió la identidad de aquel hombre. ¡Imagínense! ¡Umslopogaas!

Después de hablar con varios miembros de la tripulación, Frigate fue al encuentro de los dos oficiales. Por lo que estos le dijeron, no tenían prisa alguna por llegar a ningún lugar. El capitán, sin embargo, comentó que le gustaría alcanzar las fuentes del Río algún día. Lo cual, dijo, sería dentro de un centenar de años o así.

Frigate se decidió por fin a preguntarle al capitán acerca de sus orígenes terrestres. Farrington dijo que había nacido en California, pero no dio ni la fecha ni el lugar de su nacimiento. Rider dijo que él había nacido en Pensilvania en 1880. Si, de hecho, había pasado mucho tiempo, la mayor parte de su vida, en el Oeste.

Frigate dejó escapar una ahogada exclamación. Había pensado que ambos hombres le eran familiares. Sin embargo, llevaban el pelo más largo que en la Tierra, y la ausencia de sus ropas terrestres les proporcionaba un aspecto distinto. Lo que Rider necesitaba era un gran sombrero blanco de ala ancha, un traje estilo Oeste con muchos adornos, y un par de botas de vaquero con espuelas. Y un caballo al que montar.

Cuando niño, Frigate lo había visto con ese atuendo y montado en un caballo. Eso había sido durante un desfile precediendo a un circo... ¿Sells y Floto? No importaba. Frigate estaba con su padre en la calle Adams, justo al sur del tribunal de justicia, y esperaba ansiosamente a que su héroe favorito de las películas del Oeste apareciera cabalgando en su corcel. Y allí estaba el héroe, pero aquel día había bebido demasiado, y se cayó del caballo. No se hizo daño, y volvió a subirse a la silla, y siguió cabalgando entre las risas y los vítores entremezclados de los espectadores. Debió haberse quitado de encima la borrachera después de aquello, puesto que hizo una gran demostración de cabalgada y manejo del lazo en el Gran Show del Salvaje Oeste que era el número fuerte del espectáculo.

En aquella época Frigate consideraba a los borrachos como unos leprosos morales, y por ello hubiera debido sentirse completamente desilusionado con respecto a Rider. Sin embargo, su adoración por Rider era tan intensa que llegó incluso a perdonarle. ¡Qué pequeño mojigato había sido!

Frigate conocía muy bien también la cara de Farrington puesto que había visto multitud de veces su retrato en biografías y en contraportadas de sus libros. Frigate había empezado a leer sus libros a la edad de diez años, y cuando tenía cincuenta y siete había contribuido con un prólogo a una edición de los relatos de fantasía y ciencia ficción de Farrington.

Por alguna razón, ambos héroes estaban viajando con nombres falsos. Él, Peter Frigate, no iba a traicionarles... no a menos que tuviera que hacerlo. No, ni siquiera entonces, pero si tenía que amenazarles con hacerlo lo haría. Haría cualquier cosa con tal de ser admitido a bordo del Abigarrado.

Al cabo de un rato, el Frisco Kid anunció que él y Tex estaban dispuestos a entrevistarse con cualquiera que deseara enrolarse como marinero. Instalaron dos sillas plegables al final del muelle, y se formó una «cola de empleo» frente a los oficiales sentados. Frigate se puso inmediatamente a la cola. Había tres hombres y dos mujeres delante de él. Aquello le daba la oportunidad de escuchar el interrogatorio y decidir lo que iba a contestarles a sus futuros patronos.

El Frisco Kid, sentado en una silla plegable de bambú y fumando un cigarrillo, miró a Frigate de arriba a abajo.

—Peter Jairus Frigate, ¿eh? Americano. Del Medio Oeste. ¿Correcto? Pareces bastante fuerte, pero ¿cuál es tu experiencia náutica?

—No mucha en la Tierra —dijo Peter—. Acostumbraba ir en un bote pequeño por el río Illinois. Pero he navegado mucho aquí. Estuve tres años en un gran catamarán de un solo palo, y luego pasé un año en una goleta de dos mástiles como la suya.

Aquello era mentira. Había navegado en un dos palos tan sólo durante tres meses. Pero era bastante para que se supiera los aparejos de memoria.

—Hmmm. Esos veleros, ¿efectuaban viajes locales o se dedicaban a viajes largos?

—Largos —dijo Frigate. Se alegraba de no haberse referido a los veleros como «barcos». Algunos marineros eran muy estrictos acerca de la distinción entre «barcos» y «veleros». Para Frigate, cualquier cosa que navegara por el Río era un barco. Pero Farrington había navegado por los siete mares, aunque aquí ya no hubiera mares.

—En esta área —añadió— el viento sopla normalmente de la parte alta del Río. De modo que navegamos de bolina casi todo el tiempo.

—Sí, cualquiera puede navegar con el viento —dijo Martin Farrington.

—¿Por qué quieres enrolarte? —preguntó de pronto Rider.

—¿Por qué? Estoy harto de la vida aquí. No me siento satisfecho haciendo lo mismo día tras día. Yo...

—Tú sabes cómo son las cosas a bordo de un velero —dijo Farrington—. Hay muy poco espacio disponible, y te pasas la mayor parte del tiempo con un reducido número de personas, siempre las mismas. Y en el fondo también es hacer lo mismo día tras día.

—Lo sé, naturalmente —dijo Frigate—. Bueno, por una parte, me gustaría viajar hasta el final del Río. El catamarán donde estaba se dirigía hacia allí, pero fue quemado durante un ataque de los esclavistas. La goleta fue hundida por un pez dragón que algunos locales a los que estábamos ayudando intentaban capturar. De nuevo la historia de Moby Dick y del Pequod.

—¿Y tú eras Ismael? —dijo Rider.

Frigate lo miró. Se suponía que Rider era capaz de recitar de memoria largos párrafos de Shakespeare, que poseía una cierta erudición literaria. Pero eso podía ser simple publicidad de Hollywood.

—¿Quiere decir si fui el único superviviente? No, seis de nosotros ganamos la orilla. Fue terrible, de todos modos.

—¿Quiénes...?

Farrington se interrumpió, carraspeó, y miró a Rider. Rider alzó sus gruesas y oscuras cejas. Evidentemente, Farrington estaba estudiando como plantear la cuestión.

—¿Quiénes eran los capitanes de esos dos veleros?

—El capitán del catamarán era un francés llamado DeGrasse. El capitán de la goleta era un sucio

hijo de puta llamado Larsen. Un noruego de ascendencia danesa. Había sido capitán de un barco dedicado a la caza de focas, creo.

Nada de lo dicho acerca de Larsen era cierto. Pero Peter no pudo resistir la tentación de observar la reacción de Farrington.

El capitán achicó los ojos, luego sonrió. Dijo lentamente:

—Ese Larsen, ¿tenía el apodo de Lobo?

Peter mantuvo su rostro impasible. No iba a caer en esa trampa. Si Farrington pensaba que estaba buscando una rápida identificación por todos los medios para congraciarse con él, no lo aceptaría a bordo.

—No. Si tenía algún apodo, era el de «Bastardo». Medía un metro noventa de altura y era muy moreno para un escandinavo. Sus ojos eran tan negros como los de un árabe. ¿Lo conoce?

Farrington se relajó. Aplastó su cigarrillo en un cenicero de tierra cocida, y encendió otro.

—¿Eres bueno con ese arco? —dijo Rider.

—Llevo treinta años practicando. No soy Robin Hood, pero puedo disparar seis flechas en veinte segundos con una razonable precisión. He estudiado las artes marciales durante veinte años. Nunca he buscado pelea, y procuro evitarlas si es posible. Pero me he hallado inmerso en unos cuarenta conflictos importantes, y un montón de otros menos importantes. He sido herido seriamente en cuatro ocasiones.

—¿Cuándo naciste? —preguntó Rider.

—En 1918.

Martin Farrington miró a Rider, luego dijo:

—Supongo que viste un montón de películas cuando eras chico.

—Como todo el mundo.

—¿Qué educación recibiste?

—Obtuve una licenciatura en artes en literatura inglesa con filosofía como complementaria, y siempre he sido un apasionado de la lectura. ¡Señor, cuánto echo en falta el leer!

—Yo también —dijo Farrington.

Hubo una pausa. Al cabo, Rider dijo:

—Bueno, nuestros recuerdos de la Tierra disminuyen a cada día que pasa.

Lo cual significaba que si Frigate había visto a Rider en las películas y a Farrington en las contraportadas de sus libros, era probable que ya no los recordara. La pregunta del capitán acerca de su educación, sin embargo, podía tener un doble interés. Era probable que deseara a un marinero que pudiera hablar inteligentemente de varios temas. En la Tierra, los compañeros de navegación de Farrington habían sido brutales e ignorantes, no exactamente afines a él. Lo mismo que le había ocurrido a él hasta que había ido a la universidad.

—Parece que en total tenemos a diez con los que entrevistarnos —dijo Farrington—. Efectuaremos nuestra elección después de hablar con todo el mundo. Te haremos saber nuestra decisión después del mediodía.

Peter deseaba desesperadamente ser elegido pero temía que el demostrar demasiada ansiedad pudiera ser contraproducente. Puesto que, por alguna razón, estaban viajando bajo seudónimo, podían

desconfiar de alguien que se mostrara demasiado ansioso por firmar. Cualquiera sabía.

—Hemos olvidado algo —dijo Rider—. No tenemos sitio más que para una persona. No podrás llevarte contigo a tu mujer. ¿De acuerdo?

—No hay ningún problema.

—Podrás tomar turnos con Abigail —dijo Rider—, si no te importa compartirla con otros tres. Y si ella quiere, por supuesto. Pero hasta ahora no ha mostrado antipatía hacia nadie.

—Es una mujer deliciosa —dijo Peter—. Pero ese tipo de cosas no me atraen.

—Quizá te guste más Mustafá —dijo Farrington, sonriendo—. No ha dejado de mirarte ni un solo instante.

Frigate volvió los ojos hacia el turco, que le hizo un guiño, y enrojeció.

—Eso aún me atrae menos.

—Sólo tienes que dejarlo bien sentado, y ni él ni Binns te molestarán —dijo Farrington—. Yo no soy homo, pero he visto sodomía a montones. Cualquier hombre que navegue bajo un mástil la ha visto; todas las naves, militares o comerciales, han sido un nido de víboras de sodomía desde Noé. Esos dos son auténticos hombres, aparte su falta de interés hacia el otro sexo. Y son condenadamente buenos marineros. De modo que simplemente diles que se mantengan a distancia. Si, por supuesto, te aceptamos. Pero no queremos ninguna queja por falta de diversión a bordo. Puedes saciarte cuando recaemos, y si perdemos a un hombre tal vez puedas traerte a una mujer para compañera de cama. Aunque ha de ser un buen marino. Todo el mundo ha de ganarse el sustento en este velero.

—Considero a Abigail mucho más atractiva que el segundo contraestre —dijo Frigate.

Farrington y Rider se echaron a reír, y Frigate se alejó.

Permaneció por un tiempo en la zona del muelle. Este era una bahía poco profunda que había sido acondicionada con gran trabajo. Piedras cortadas de la base de las montañas habían sido bajadas hasta la orilla y utilizadas para formar la línea del muelle. Desde la orilla se proyectaban también muelles de madera, pero esos albergaban principalmente pequeños botes, piraguas y catamaranes. Dos enormes balsas con mástiles estaban amarradas también a ellos. Eran utilizadas para la pesca del pez dragón. Un cierto número de canoas de guerra, capaces de albergar cuarenta hombres cada una, estaban amarradas cerca de las balsas. Los botes y las piraguas estaban siendo sacadas para la pesca. Al mediodía, el Río estaría lleno de embarcaciones, pequeñas y grandes.

El Abigarrado era lo suficientemente grande como para ser amarrado al muelle de piedra. Estaba anclado a la boca de la bahía, detrás del dique de enormes losas de roca negra. Era una hermosa nave, larga y baja, hecha de roble y pino. No había ni un solo clavo en ella, y las clavijas habían sido cortadas con pedernal. Las velas estaban hechas con la piel externa del pez dragón tratada, tan delgadas que eran translúcidas. El mascarón de proa era una sirena de opulentos pechos enarbolando una antorcha.

La nave era una maravilla, y la principal maravilla era cómo su tripulación había conseguido que no les fuera arrebatada. Mucha gente había muerto por barcos mucho peores.

Sintiéndose ansioso, volvió a pasar junto a Farrington y Rider. Las entrevistas no habían terminado. Se había corrido la voz, y ahora había al menos una veintena de hombres y una decena de mujeres haciendo cola. Si aquello continuaba, los interrogatorios durarían todo el día. No había nada

que pudiera hacer al respecto, así que se alzó de hombros y regresó a casa. Eve estaba fuera, lo cual le alegró. No había ninguna necesidad de decirle lo que estaba haciendo hasta que supiera si se iba o no. Si era rechazado, no le diría nada.

Parte de sus deberes como ciudadano ruritano era ayuda en la fabricación de alcohol. Valía la pena que fuera a cumplir con media jornada. El trabajo le impediría pensar y preocuparse. Caminó por los pasos por entre las colinas hasta que estos desaparecieron. Le quedaban todavía cuatro colinas que franquear, cada una de ellas más alta que la anterior. Los árboles eran densos allí; las cabañas, pocas. Finalmente llegó a la cima de la colina más alta, que formaba la base de la montaña. Su lisa piedra ascendía verticalmente hasta una altura estimada de mil doscientos metros. Una cascada retumbaba a un centenar de metros de distancia, derramando miles de litros por minuto en un estanque. Desde aquí, el agua discurría en un amplio canal que serpenteaba su camino entre las colinas hasta el Río.

Frigate pasó junto a las calderas y el equipo de piedra, madera y cristal, y el olor de alcohol. Subió por una escalerilla de bambú hasta una plataforma colocada contra un área de piedra de la que aún no habían sido extraídos los líquenes. Se presentó al encargado, que le entregó un rascador de cuarzo. El encargado tomó de un depósito un palo de pino con las iniciales de Frigate grabadas en él. Tenía talladas líneas horizontales y verticales alternativas, las primeras indicando el número de días que había trabajado, las segundas el número de meses.

—El año próximo vamos a tener que utilizar madera para rascar los líquenes —dijo el encargado—. Estamos reservando el cuarzo y el pedernal para las armas.

Peter asintió y se dedicó al trabajo.

Dentro de poco, las reservas de pedernal se habrían agotado. La tecnología del Mundo del Río iría hacia atrás. En vez de progresar de la edad de madera a la edad de piedra, la humanidad invertiría el proceso.

Frigate se preguntó cómo iba a hacer para sacar sus armas con punta de pedernal del estado. Según la ley, si se embarcaba en el barco de Farrington debería dejar sus preciosas piedras detrás.

El tiempo de trabajo de Frigate era calculado por el encargado. Aparte el sol, había pocos relojes de cualquier tipo. El poco cristal disponible era utilizado en el proceso de fabricación del alcohol, de modo que ni siquiera había relojes de arena. Incidentalmente, la arena utilizada para fabricar el vidrio había tenido que ser importada de un estado a ochocientos kilómetros Río abajo. Esto había costado a Ruritania varios cargamentos de tabaco y licor y montones de pieles y huesos de pez dragón y pez cornudo. El tabaco y el licor eran proporcionados por los ciudadanos de sus cilindros, como contribución. Frigate había tenido que privarse de fumar y beber durante dos meses durante aquel tiempo de sacrificio. Cuando hubo pasado, siguió su abstinencia de fumar, intercambiando sus cigarrillos y puros por whisky. Pero, como ocurría generalmente en la Tierra y ahora también aquí, había vuelto a caer en las garras del Demonio de la Nicotina.

Trabajó duramente, rascando la planta verdeazulada de la negra roca y metiéndola en cubos de bambú. Otros bajaban mediante cuerdas los cubos hasta el suelo, donde sus contenidos eran vaciados en cubas.

Poco antes del mediodía, paró para la hora de la comida. Antes de bajar por la escalerilla, miró

por encima de las colinas. Allá a lo lejos, el blanco casco del Abigarrado brillaba al resplandor del sol. De alguna forma, se prometió, estaría a bordo cuando largara amarras.

Peter regresó a la cabaña, observó que Eve no estaba allí, y bajó a la llanura. La cola de aspirantes no parecía más corta que antes. Regresó al borde de la llanura, donde la hierba corta se interrumpía bruscamente para dejar paso a la hierba larga de las colinas. ¿Qué era lo que señalaba la línea de demarcación? ¿Acaso había algunos productos químicos en el suelo de las colinas que impedían que la hierba de las llanuras lo invadiera? ¿O era viceversa? ¿O ambas cosas? ¿Y por qué?

El campo de tiro al arco estaba a medio kilómetro al sur de la zona de los muelles. Practicó con un blanco de hierba montado sobre un trípode de bambú durante media hora. Luego fue a la zona del gimnasio y corrió un poco, practicó el salto de longitud, el judo, el karate y la lucha con lanza durante un par de horas. Terminado este tiempo, estaba sudoroso y cansado. Pero se sentía lleno de alegría. Era maravilloso poseer un cuerpo de veinticinco años, del que habían desaparecido el cansancio y la debilidad de la madurez y la vejez, los dolores y achaques, la grasa, las hernias, las úlceras, los dolores de cabezas, la miopía, siendo sustituidos por la habilidad de correr o nadar rápidamente y mucho rato, por la urgencia del deseo sexual cada noche (y buena parte del día).

Lo peor que había hecho en la Tierra había sido aceptar un trabajo burocrático como escritor técnico a la edad de treinta y ocho años, y luego, a los cincuenta y uno, convertirse en un escritor a tiempo completo. Hubiera debido quedarse en la acería. Era un trabajo monótono, pero mientras su cuerpo estaba ocupado manejando las pesadas y calientes planchas, su mente trabajaba fabulando historias. Por las noches podía leer o escribir.

Era cuando había empezado a sentarse en su sillón durante todo el día cuando había empezado a beber tanto. Y sus lecturas habían disminuido también. Era demasiado fácil después de haber estado trabajando ante una máquina de escribir durante ocho horas diarias sentarse ante la televisión todas las noches con un vaso de bourbon o escocés al lado. La televisión, lo peor que había podido ocurrirle al siglo XX. Después de la bomba atómica y la superpoblación, por supuesto.

No, se dijo a sí mismo, no era justo culpar a la televisión. Él no tendría que haberse embobado delante de la pantalla. Hubiera podido utilizar la misma autodisciplina que le permitía escribir para apagar el televisor excepto en algunas ocasiones muy seleccionadas. Pero el síndrome de la indolencia se había apoderado de él. Además, había programas en la televisión que eran realmente excelentes, a la vez entretenidos y educativos.

Sin embargo, aquel mundo era bueno en que no había televisión ni automóviles ni bombas atómicas ni producto nacional bruto ni hojas de salario ni hipotecas ni facturas médicas. Ni polución del agua ni del aire, y casi nada de polvo. Y a nadie le importaba un pimiento ni el comunismo ni el socialismo ni el capitalismo, puesto que no existían. Bueno, eso no era completamente cierto. La mayor parte de los estados practicaban una especie de comunismo primitivo.

Caminó hasta el Río y se metió en él, limpiándose el sudor. Luego trotó a lo largo de la orilla (no se permitía construir cabañas dentro de un límite de treinta metros) hasta la zona portuaria. Vagó por allí hasta la hora de la cena, hablando con algunos amigos. Mientras tanto, observaba a los dos hombres del Abigarrado. Seguían entrevistando aún a la gente, aunque lubricaban sus gargantas con frecuentes libaciones. ¿Iba a acabarse la cola alguna vez?

Justo antes de la hora de la cena, Farrington se puso en pie y anunció en voz alta que no iba a tomar más solicitudes. Los que estaban aún en la cola protestaron, pero él dijo que ya tenía bastante.

En aquel momento el jefe de Ruritania, el «Barón» Thomas Bullitt, apareció con sus consejeros. Bullitt había gozado de una cierta fama en su tiempo. En 1775 había explorado las cataratas del río Ohio, en la zona donde después se levantaría Louisville, Kentucky. Comisionado por la universidad William and Mary de Virginia, había cartografiado la zona. Y luego había desaparecido de la historia. Su ayuda de campo, Paulus Buys, un holandés del siglo XVI, iba con él. Ambos invitaron a la tripulación del Abigarrado a una fiesta en su honor aquella noche. La razón principal de la invitación era oír las aventuras del barco. Los habitantes del Río gozaban con la charla y los relatos excitantes, puesto que sus diversiones eran limitadas.

Farrington aceptó, pero dijo que seis de los miembros de su tripulación deberían quedarse en la nave como guardias. Frigate siguió a los hombres hasta una gran zona techada, el Auditorio de la Ciudad. Antorchas y fogatas disipaban la oscuridad, y una orquesta tocaba mientras empezaba la variedad local de la contradanza. Frisco y Tex permanecieron por allá unos momentos, hablando con los prohombres de la ciudad y sus esposas y amigos íntimos. Frigate, como miembro del populacho, no fue admitido en el círculo sagrado. Sabía, sin embargo, que la celebración iba a hacerse mucho menos formal un poco más tarde. Mientras aguardaba en la cola para recibir el litro de alcohol puro gratuito que se concedía por persona en tales celebraciones, se le unió su compañera de cabaña.

Eve Bellington le hizo una seña y luego se colocó en la cola doce personas tras él. Era alta, maciza, con pelo negro y ojos azules, un melocotón de Georgia. Nacida en 1850, había muerto dos días antes de cumplir los ciento un años. Su padre era un rico plantador de algodón con una distinguida hoja de servicios como mayor en la caballería confederada. La plantación Bellington fue incendiada durante la marcha de Sherman a través de Georgia, y los Bellington se habían encontrado arruinados. Su padre marchó entonces a California, donde encontró el suficiente oro como para comprar una parte de una firma naviera.

Eve se había alegrado de ser rica de nuevo, pero pese a todo no perdonó a su padre el haberlas abandonado a su madre y a ella, dejándolas a sus propios recursos durante la ocupación y los primeros días de la Reconstrucción.

Durante la ausencia de su padre, Eve y su madre habían vivido con el hermano de su padre, un apuesto hombre que sólo tenía diez años más que Eve. La había violado (sin demasiada resistencia por parte de ella, había admitido Eve) cuando tenía quince años. Cuando su madre descubrió que su hija estaba embarazada, había disparado contra su tío a las piernas y a los genitales. Sobrevivió unos cuantos años como un eunuco inválido en prisión.

Entonces la señora Bellington se trasladó a Richmond, Virginia, donde su esposo se reunió con ellas. El hijo de Eve y su tío creció alto y apuesto, y adorado por su madre. Tras una furiosa pelea con su tío abuelo, se marchó de casa para probar fortuna en el Oeste. Una carta de Silver City, Colorado, fue lo último que Eve supo de él. Desapareció en algún lugar de las montañas Rocosas, según el informe enviado por un detective.

La madre de Eve había muerto en un incendio, y su padre de un ataque al corazón mientras intentaba rescatar a su madre. El primer marido de Eve murió de cólera poco después, y antes de cumplir los cincuenta años había perdido otros dos maridos y seis de sus diez hijos.

Su vida había sido la de una heroína de una novela en la cual hubieran colaborado Margaret Mitchell y Tennessee Williams, le dijo Pete. A ella no pareció gustarle mucho la observación.

Tras más de treinta años en el Mundo del Río, Eve había conseguido vencer sus prejuicios hacia los negros y su odio hacia los chaquetas azules. Incluso había llegado a enamorarse de un yankee. Peter nunca le dijo que su bisabuelo había servido en un regimiento de Indiana que había participado en la «vergonzosa» marcha con Sherman. No deseaba enfriar su afecto.

Peter avanzó en la cola y recibió el alcohol en su bol de tierra cocida. Mezcló una parte de alcohol con tres partes de agua en un recipiente de bambú y retrocedió para hablar con Eve, que seguía aún en la cola. Le preguntó dónde había estado todo el día. Ella respondió que había estado paseando por ahí, pensando.

Él no le preguntó en qué había estado pensando. Lo sabía. Ella estaba intentando encontrar un modo de romper sus relaciones de una forma que no fuera demasiado dolorosa. Llevaban alejándose el uno del otro desde hacía meses, mientras su amor se enfriaba irremediabilmente. Peter también había estado pensando sobre eso. Pero los dos esperaban a que el otro tomara la iniciativa.

Peter dijo que la vería más tarde, y empujó entre la ruidosa multitud hacia Farrington. Rider estaba en la pista de baile, girando y gritando con la mujer de Bullitt.

Peter aguardó hasta que el capitán terminara de contar una de sus aventuras en el Yukon en 1899, en plena fiebre del oro. La historia de Farrington, que implicaba la pérdida de algunos de sus dedos a causa del escorbuto, se convirtió de algún modo en una experiencia hilarante.

—Señor Farrington —dijo Peter—, ¿ha tomado usted ya su decisión?

Farrington hizo una pausa, con la boca abierta ya para empezar otra historia. Sus enrojecidos ojos parpadearon.

—¡Oh, sí! —dijo—. Usted es... este... hummm... Frigate, ¿no? Peter Frigate. Ese que había leído tanto. Sí, Tom y yo hemos tomado nuestra decisión. Anunciaremos nuestra elección en algún momento de la fiesta.

—Espero ser yo —dijo Peter—. Realmente deseo ir con ustedes.

El entusiasmo es algo que tiene gran importancia —dijo Farrington—. La experiencia aún cuenta más. Ponga las dos cosas juntas, y tendremos un auténtico marinero.

Peter inspiró profundamente y se lanzó de cabeza.

—Esta incertidumbre me está matando. ¿Puede al menos decirme si he sido eliminado? Si lo he sido, podré ahogar mi pena.

Farrington sonrió.

—¿Realmente significa tanto para usted? ¿Por qué?

—Bien, deseo llegar hasta el final del Río.

Farrington enarcó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Espera hallar allí la respuesta a todas sus preguntas?

—No deseo millones, deseo respuestas a mis preguntas —dijo Peter—. Es una cita de un personaje de *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski.

El rostro de Farrington se iluminó.

—¿Eso sí que es grande! He oído hablar de Dostoievski, pero nunca he tenido la suerte de leerlo. No creo que hubiera ninguna traducción de sus obras al inglés en mi época. Al menos, nunca encontré ninguna.

—Nietzsche admitió que había aprendido mucho acerca de psicología leyendo a los escritores rusos —dijo Peter.

—Nietzsche, ¿eh? ¿Lo conoce usted bien?

—Lo he leído en inglés y en alemán. Fue un gran poeta, el único filósofo alemán que podía escribir en una prosa que no era indigesta. Bueno, eso no es justo, Schopenhauer podía escribir cosas que no te dejaban dormir y te llevaban incluso hasta el ataque de nervios en tu deseo por llegar al final de la frase. De todos modos, no estoy de acuerdo con el concepto del *Übermensch* de Nietzsche. El hombre es una cuerda tendida sobre el abismo que separa al animal del superhombre. Quizá no sea esta la cita exacta; hace tanto tiempo desde que leí por última vez Así hablaba Zarathustra.

»De todos modos, sí creo que el hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre. Pero el superhombre en el que estoy pensando no es el de Nietzsche. El auténtico superhombre, hombre o mujer, es la persona que consigue librarse por sí mismo de todos los prejuicios, neurosis y psicosis, que se da cuenta de todo su potencial como ser humano, que actúa naturalmente sobre las bases de la bondad, la compasión y el amor, que piensa por sí mismo y se niega a seguir a la manada. Ese es el genuino superhombre con el que estoy compenetrado.

»Ahora, tome usted el concepto nietzschiano de superhombre tal como nos lo presenta Jack London en su novela *El lobo de mar*.

Peter hizo una pausa, y luego preguntó:

—¿La ha leído?

Farrington sonrió.

—Varias veces. ¿Qué opina de Lobo Larsen?

—Creo que es más superhombre el de London que el de Nietzsche. Era la idea que tenía London de cómo debía ser el superhombre. Nietzsche se hubiera sentido abrumado por la brutalidad de Larsen. Sin embargo, London lo hace morir de un tumor cerebral. Y supongo que London quería mostrar con ello que hay algo inherentemente corrompido en el Larsen superhombre. Quizá eso es lo que quería transmitirle al lector. Si lo hizo, pasó por encima de las cabezas de los críticos literarios sin que ninguno se apercibiera de ello. Nunca comprendieron el significado de la forma de morir de Larsen. También creo que London estaba mostrando igualmente que el hombre, incluso el superhombre, tiene sus raíces en su naturaleza animal. Forma parte de la Naturaleza, y no importa cuáles sean sus realizaciones mentales, no importa cuánto desafie a la Naturaleza, no puede escapar a

los hechos físicos. Es un animal, y por ello está sujeto a las enfermedades, como el tumor cerebral. Así caen los poderosos.

»Pero creo que Lobo Larsen era también, en algunos aspectos, lo que Jack London hubiera deseado ser. London vivía en un mundo brutal, y pensaba que se tenía que ser un superbruto para sobrevivir. Sin embargo, London poseía empatía; sabía que tenía que pertenecer al pueblo del abismo. Pensaba que las masas podrían encontrar alivio a sus sufrimientos, y realizar su potencial humano, a través del socialismo. Luchó por ello a lo largo de toda su vida. Al mismo tiempo, era un poderoso individualista. Esto entraba en conflicto con su socialismo, y cuando esto ocurrió, sus creencias socialistas perdiera la batalla. No era ninguna Emma Goldman.

»De hecho, su hija Joan lo criticó por eso en su estudio de su vida.

—No lo conozco —dijo Farrington—. Debió ser escrito después de que yo muriera. ¿Sabe usted algo más sobre ella, que le ocurrió tras la muerte de London, cómo murió?

—Conocí a un intelectual en Londres que la conoció muy bien —dijo Peter.

En realidad, el intelectual sólo había mantenido una breve correspondencia con ella y se habían encontrado una vez. Peter no le importaba exagerar las cosas si eso podía abrirle entrada al barco.

—Fue una socialista muy activa. Murió en 1971, creo. Su libro sobre su padre era muy objetivo, especialmente teniendo en cuenta que él se había divorciado de su madre para unirse otra mujer más joven.

»De todos modos, creo que London deseaba ser un Lobo Larsen porque eso le hubiera proporcionado una cierta insensibilidad a las desgracias de aquel mundo. Un hombre que no sufre por los demás no puede hacerse daño a sí mismo. A menos, él lo creía así. En realidad, aún se hacía más daño.

»London puede que se diera cuenta de esto y, de hecho, intentó incluir esa idea en sus libros. Al mismo tiempo, deseaba ser un Larsen, incluso aunque eso significara helarse por dentro, es decir, convertirse en un superbruto. Pero los escritores poseen contracorrientes en su mar psíquico, como todos los seres humanos. Es por eso por lo que, cuando los críticos han terminado con ellos, los grandes escritores siguen siendo un enigma. Cuando los cielos estén colgados y los océanos ahogados, el único secreto seguirá siendo el hombre.

—¡Me gusta eso! —exclamó Farrington—. ¿Quién lo escribió?

—E. E. Cummings. Otra de sus frases que es mi favorita ¡Escuchad! Hay un universo endiabladamente bueno aquí lado... ¡vayamos a él!

Peter pensó que quizá se estaba pasando un poco. Farrington, sin embargo, parecía estar disfrutando.

Una vez Frigate estuviera en el barco, podría plantear temas que quizá irritaran e incluso encolerizaran a Farrington. Por ejemplo, el conocimiento que tenía el hombre de Nietzsche provenía principalmente de conversaciones con un amigo: Strawn-Hamilton. Aparentemente había intentado en algunas ocasiones leer al filósofo en inglés. Pero se había sentido tan cautivado por las frases poéticas y los slogans que no había entrado en la auténtica filosofía. Había tomado de Nietzsche lo que le había gustado y había ignorado el resto... como había hecho Hitler. Aunque esto no quería decir que Farrington fuera un Hitler.

¿Qué era lo que su hija había dicho? «Los alegres efimeros...» «el Superhombre...» «¡viven peligrosamente!... son más potentes que el vino».

En cuanto a los conocimientos de Farrington sobre el socialismo, no había leído nada de Marx excepto El manifiesto comunista. Pero, como su hija había dicho, ignorar a Marx era una práctica común entre los socialistas americanos de entonces.

Había muchas otras cosas que discutir... y que desdeñar. London había deseado el socialismo sólo en beneficio de los pueblos germánicos. Creía firmemente que los hombres eran superiores a las mujeres. Que la fuerza creaba el derecho. Y no era, en un cierto sentido de la palabra, un auténtico artista. Escribía sólo por dinero, y si hubiera tenido suficiente dinero hubiera dejado de escribir. Al menos había proclamado que lo haría. Frigate lo dudaba. Cuando se es escritor una vez, se es siempre.

—Bien —dijo Peter—, se diga lo que se diga contra London, probablemente Fred Lewis Patton tuvo la última palabra. Dijo que era fácil criticarlo, fácil deplorarlo, pero imposible evitarlo.

A Farrington aquello le gustó aún más. Pero dijo:

—Ya basta de London, aunque me gustaría encontrarme con él algún día. Escuche. Su idea del superhombre suena como la del hombre ideal de la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Incluso suena más como la de uno de los miembros de mi tripulación, ya sabe, el pequeño árabe, aunque realmente no es un árabe. Es un moro español, nacido en el siglo XII después de Cristo. Sin embargo, no pertenece a la Iglesia de la Segunda Oportunidad.

Había señalado con el dedo a un hombre que Frigate había visto entre la tripulación del Abigarrado. Estaba de pie en el Centro de un círculo de ruritanos, con un vaso y un cigarrillo entre sus manos. Parecía estar diciendo algo divertido; al menos los que permanecían a su alrededor se estaban riendo. Mediría metro sesenta de altura y era delgado aunque parecía correoso, y exhibía una gran nariz. Se parecía a un joven Jimmy Durante.

Nur-ed-din el-Musafir —dijo Farrington—. Nur para abreviar.

—En árabe significa Luz-de-la-Fe el-Viajero —dijo Frigate.

—¿Conoce el árabe? —dijo Farrington—. Nunca he podido aprender ningún idioma extranjero excepto el Esperanto.

—Aprendí muchas palabras de las Mil y una noches de Burton.

Hizo una pausa.

—Bien, ¿qué me dice? ¿Estoy eliminado?

—Sí y no —dijo Farrington. Se echó a reír ante la expresión desconcertada de Frigate, y le dio una palmada en el hombro—. ¿Puede mantener la boca cerrada?

—Como un monje trapense.

—Bien, entonces se lo diré, Pete. Tom y yo habíamos elegido a ese enorme polinesio que hay allí. —Indicó a Maui, un gigantesco originario de las islas Marquesas, que parecía real mente un polinesio con sus toallas blancas en torno a su cintura y la enorme flor blanca clavada en su denso, rizado negro pelo—. Fue contramaestre en un ballenero y luego arponero durante treinta años. Da la impresión de ser una máquina de matar en una pelea. Tom y yo convinimos que era con mucho el más cualificado. Pero no sabe nada de libros, y yo necesito gente instruida a mi alrededor. Puede que

suene snob, pero así es.

»Le diré una cosa. He cambiado de opinión. Queda usted enrolado... en lo que a mí respecta. ¡No, espere un minuto! No se ponga tan alegre. Tengo que hablar con Tom de esto. Espere. Volveré enseguida.

Se metió entre los bailarines, tomó a Rider de la mano, y se lo llevó entre protestas hacia un lado. Peter los observó mientras hablaban, Rider miró hacia él varias veces, pero no parecía estar discutiendo.

Peter se alegró de no tener que utilizar su carta escondida. Si no hubiera tenido otra elección, les hubiera dicho que conocía sus verdaderas identidades. No sabía lo que podía llegar a pasar a continuación. Ambos hombres debían tener alguna buena razón para viajar con nombres falsos. Quizá se hubieran apresurado a marcharse, dejándole a él atrás si les amenazaba con descubrirles. O quizá lo hubieran llevado consigo, sólo para mantener su boca cerrada, y luego lo hubieran arrojado por la borda en mitad del Río.

Posiblemente Farrington sospechase algo de lo que pasaba por su mente. Debía haberse preguntado por qué un hombre tan familiarizado con la obra de London no lo había reconocido. En cuyo caso, Farrington podía haber decidido que Frigate estaba jugando algún tipo de juego. Podía haber decidido llevárselo con él Río arriba y luego averiguar cuáles eran sus intenciones.

Sin embargo, Peter no creía correr ningún peligro de ser asesinado. Ni Farrington ni Rider eran asesinos. De todos modos, si bien algunos cambiaban a mejor en aquel mundo, otros cambiaban a peor. Y él no tenía idea de cuán desesperado podía ser aquel juego.

Rider se dirigió hacia él, le estrechó la mano, y le dio la bienvenida a bordo. Unos minutos más tarde, Farrington detuvo la música y anunció su elección del nuevo enrolado. Por aquel entonces, Peter había llevado a Eve al exterior y le había dado la noticia.

Eve permaneció inmóvil por un momento. Luego dijo:

—Sí, sabía que estabas intentando enrolarte en ese barco. No es fácil mantener un secreto aquí, Peter. Lo que más siento es que no me hayas dicho que pensabas marcharte.

—Intenté hablar contigo —dijo él—. Pero te habías ido sin decirme adónde.

Eve se echó a llorar. Los ojos de Peter estaban húmedos. Pero ella secó sus lágrimas, sorbió ruidosamente y dijo:

—No me siento triste porque te vayas, Peter. Siento pena por la muerte de nuestro amor. Hubo un tiempo en que pense que duraría eternamente. Hubiera debido saber mejor que estas cosas no ocurren.

—Yo sigo queriéndote.

—Pero no lo suficiente, ¿verdad? Oh, no te lo estoy reprochando, Peter. Yo siento lo mismo. Es sólo que... Me gustaría que las cosas hubieran terminado de otro modo.

—Encontrarás a algún otro. Al menos, no nos separaremos odiándonos.

—Hubiera sido mejor de ese modo. Es triste cuando dos personas aún se quieren pero no pueden seguir viviendo juntas. Pero cuando ves morir lentamente el amor, enfriarse todo... No puedo soportar la indiferencia.

—Es mejor que las cosas hayan sucedido así —dijo él—. Si aún nos siguiéramos amando, yo me

hubiera quedado o hubiera intentado que nos admitieran a los dos a bordo.

—Y entonces me lo hubieras estado reprochando siempre. No, ésta quizá no sea la mejor forma, pero es la única forma.

Él la atrajo hacia sí para besarla, pero ella le ofreció la mejilla.

—Adiós, Peter.

—No te olvidaré.

—Será mejor que nos olvidemos —dijo ella, y se marchó.

Peter volvió bajo el techado. La gente se arracimó a su alrededor para felicitarle. Pero no se sentía feliz. Eve lo había trastornado, y se sentía incómodo siendo el centro de la atención pública. Luego, Bullitt vino y le estrechó la mano.

—Lamentamos que te vayas, Frigate —dijo—. Has sido un ciudadano modelo. De todos modos, hay algo...

Se volvió hacia el oficial de orden que estaba a su lado y le dijo:

—Señor Armstrong, por favor confisque las armas del señor Frigate.

Peter no protestó, puesto que había prometido entregarlas si abandonaba Ruritania. Sin embargo, no había dado su palabra de que luego no las robara. Eso es lo que hizo aquella misma madrugada, cuando aún era oscuro.

Se dijo a sí mismo que había trabajado demasiado haciéndolas para abandonarlas ahora. Además, había sido herido una vez al servicio de aquel estado. Ruritania le debía aquellas armas.

Habían recorrido apenas un kilómetro Río arriba cuando ya sentía remordimientos y el deseo de regresar y devolverlas. Aquel acceso de honestidad duró todo un día, pero al término del mismo estaba curado.

O creyó que lo estaba. El sueño recurrente volvía de nuevo a él. Esta vez continuaba más allá del punto donde permanecía de pie desnudo fuera de la casa. Seguía arrojando piedras contra la ventana del dormitorio pero no conseguía despertar a Roosevelt. Dio la vuelta a la casa probando puertas y ventanas, y cuando llegó a la puerta delantera encontró que no estaba cerrada con llave. Se deslizó furtivamente a la habitación de delante, luego a la pequeña cocina, y dio los dos pequeños pasos necesarios para alcanzar la puerta opuesta al cuarto de baño. Esto lo condujo al pie de la empinada escalera que subía hasta el desván, una parte del cual había sido acondicionado como un pequeño dormitorio. Tenía que caminar muy lentamente, andando sobre la puntas de los pies. Los peldaños crujían abominablemente si los pisabas en su centro.

Fue entonces cuando vio que las puertas del dormitorio de sus padres y el de los niños pequeños estaban abiertas. La luz de la luna penetraba en ellos. (No importaba si era al amanecer cuando había abierto la puerta delantera. Era un sueño). A su brillante luz vio que el gran lecho de bronce de estilo antiguo estaba vacío. También lo estaba el de su hermana pequeña. Miró por la esquina y vio que las literas de Mungo y James Jr. tampoco estaban ocupadas.

Roosevelt tampoco estaba en su cama.

Presa del pánico, miró afuera por la ventana de atrás. La caseta del perro en el patio trasero también estaba vacía.

Todo el mundo, incluido el perro, había desaparecido sin una palabra.

¿Qué crimen sin nombre había cometido él?

—El dirigible de entrenamiento estará listo dentro de un mes —dijo Firebrass—. Jill Gulbirra es la aeronauta con más experiencia, de modo que ella se hará cargo del entrenamiento. De hecho, la estoy nombrando capitana instructora. ¿Qué tienes que decir de ello, Jill? Si no puedes mandar el grande, al menos nadie podrá discutirte el mando del pequeño. No digas nunca que no he hecho nada por ti.

Los otros hombres le ofrecieron sus felicitaciones, aunque algunos no lo hicieron muy calurosamente. Cyrano parecía realmente contento, y si no hubiera sabido que a ella le desagradaba que la tocaran, sin duda le hubiera dado un fuerte abrazo y la hubiera besado. Movida por un impulso, Jill lo atrajo hacia ella y le dio un rápido apretón. Al fin y al cabo, él estaba haciendo todo lo posible por borrar el comportamiento ofensivo que había mostrado cuando ella llegó a la orilla.

Veinte minutos más tarde, ella, Firebrass, Messnet, Piscator, y diez ingenieros, empezaron a trabajar sobre los planos del gran dirigible. Las especificaciones habían sido determinadas a lo largo de tres semanas de duro trabajo, normalmente de doce a catorce horas al día. En vez de trazar sus líneas sobre el papel, sin embargo, dibujaban sus planos en el tubo de rayos catódicos de una computadora. Esto era mucho más rápido, los errores o alteraciones eran rápidamente borrados, y la propia computadora comprobaba por dos veces las proporciones. Naturalmente, la computadora tenía que ser primero programada, y Jill participó en ello. Le gustaba aquel tipo de trabajo. Era creativo, y le proporcionaba la posibilidad de jugar con relaciones matemáticas.

Sin embargo, provocaba en ella tensiones nerviosas. Para aliviarlas y para mantenerse en buena forma física, Jill se dedicaba a la esgrima al menos dos horas cada día. El ejercicio de la espada no era lo que había sido en la Tierra. El ligero y flexible florete había sido desechado por el más pesado y rígido estoque. Además, cada punto del cuerpo era considerado como blanco, de modo que los combatientes tenían que llevar protecciones acolchadas en sus piernas.

—Aquí no estamos jugando —le dijo Cyrano—. No aprendemos esgrima simplemente para marcar unos tantos. Puede que llegue el día en que tu entrenamiento te sirva para evitar que tu oponente te atraviere, mientras tú lo traspasas a él de parte a parte.

Ella siempre había sido buena en la esgrima. Un gran maestro, un campeón olímpico, le había dicho que podía ser una buena contendiente en competiciones mundiales si simplemente dedicaba el tiempo suficiente a entrenarse. Eso había sido imposible puesto que su trabajo requería mucho tiempo y no podía perderlo en los salones de esgrima. Pero cuando tenía una posibilidad de practicar, lo hacía. Adoraba la esgrima; en algunos aspectos era una especie de ajedrez gimnástico, y ella adoraba también el ajedrez.

Era una gran alegría tomar de nuevo una hoja en la mano y volver a aprender todas las técnicas no utilizadas en mucho tiempo, aunque nunca completamente olvidadas. Y era incluso una alegría mayor el descubrir que podía vencer a la mayor parte de sus oponentes masculinos. Aunque parecía más bien torpe, cuando empuñaba un estoque toda ella se convertía en gracia y fluida velocidad.

Sólo había dos hombres a los que no podía dominar. Uno era Radaelli, el maestro italiano, autor de *Instruzione per la scherma di spada a di sciabola*, un libro publicado en 1885. El otro, el

indiscutido campeón, era Savinien Cyrano de Bergerac.

Aquello había sorprendido a Jill. Por una parte, en tiempos de Cyrano la esgrima aún no se había desarrollado como un arte. No fue hasta finales del siglo XVIII cuando alcanzó la cúspide de su técnica. Cyrano había muerto a mediados del siglo XVII, antes de que el florete fuera inventado, cuando los hombres luchaban, a menudo a muerte, con técnicas en cierto modo primitivas, aunque fueran espectaculares. Habían sido los italianos quienes habían reunido las normas básicas de la moderna esgrima a principios del siglo XVII, pero hasta los inicios del siglo XIX no habían alcanzado las técnicas su máximo esplendor.

Por ese motivo, Cyrano había conseguido una reputación como el más grande espadachín de todos los tiempos sin haber tenido que competir con los más sofisticados espadachines de tiempos posteriores. Jill había supuesto que esa reputación había sido enormemente exagerada. Después de todo, nadie sabía si el famoso incidente de la Porte de Nesle era cierto o no. Nadie excepto el propio francés, y él no quería hablar del asunto.

Sin embargo, había aprendido todos los refinamientos posteriores de Radaelli y Borsody. A los cuatro meses de iniciar su actuación, superaba con mucho a sus mentores. En cinco meses, era imbatible. Por ahora, al menos.

Aunque falta de entrenamiento al principio, Jill había ganado pronto habilidad y le había podido presentar mejor batalla. Ni una sola vez, sin embargo, había podido conseguir más de un punto del total de cinco dentro del límite de seis minutos de un asalto. Y él siempre conseguía cuatro puntos antes de que ella lograra el suyo. Esto le había llegado a hacer creer que él le concedía ese punto para que su derrota no fuese tan estrepitosa. En una ocasión, después de un asalto en el cual ella se puso furiosa a causa de su frustración, lo acusó de paternalismo.

—Aunque estuviera profundamente enamorado de ti y deseara intensamente no herir tus sentimientos —le dijo él—, ¡jamás haría eso! Sería algo deshonesto, y aunque se dice que en la guerra y el amor está permitido todo, yo no estoy de acuerdo con ello. No, has conseguido tus puntos porque realmente eres hábil y rápida.

—Pero si estuviéramos peleando realmente —dijo ella—, sin protección en las puntas, me hubieras matado cada vez. Tú siempre golpeas primero.

Él alzó su máscara y se secó la frente.

—Cierto. ¿Acaso estás pensando en retarme a un duelo? ¿Todavía estás tan furiosa conmigo?

—¿Por ese incidente en la orilla? No. En absoluto.

—¿Por qué, entonces, si puedo preguntártelo?

Ella no respondió, y él alzó las cejas y después sus hombros en un gesto típicamente latino.

Cyrano era mejor que ella. No importaba cuanto practicara, no importaba su esforzada determinación en superarle, porque él era un hombre, porque a ella no le gustaba perder ante nadie, fuese hombre o mujer, siempre perdía. En una ocasión, cuando ella se burló de su ignorancia y de sus supersticiones y lo puso furioso con ello (lo había hecho a propósito), él la atacó con tanto vigor que la tocó cinco veces en un minuto y medio. En vez de perder la cabeza, se había convertido en un ser de fuego frío, moviéndose con precisión y rapidez, haciéndolo todo con una profunda exactitud,

anticipándose unos segundos antes a cada uno de los movimientos de ella.

Fue ella la que resultó humillada.

Merecidamente además, se dijo a sí misma, y pidió disculpas, lo cual fue una doble humillación.

—Me equivoqué terriblemente burlándome de tu falta de conocimiento de las ciencias y de tus erróneas creencias —dijo ella—. No es culpa tuya que nacieses en 1619, y yo no hubiera debido azuzarte con ello. Sólo quería ponerte furioso. Fue una mala acción por mi parte. Te prometo no volver a hacerlo de nuevo, y te pido humildemente perdón. Realmente, no pretendía que las cosas fuesen así.

—¿Entonces dijiste todas esas cosas horribles simplemente como un truco? —murmuró él—.

¿Una forma verbal de conseguir puntos? ¿No había nada personal en esas hirientes observaciones?

Ella vaciló un momento, luego dijo:

—Debo ser sincera. Mi propósito principal era que perdieras la cabeza. Pero yo tampoco estaba muy fría. En ese momento, tenía la impresión de que eras un simplón ignorante, un fósil viviente. Pero era mi propia cólera hablando por mí.

»En realidad, estás muy por delante de tu tiempo. Rechazas las supersticiones y los barbarismos de tu tiempo, tanto como nadie es capaz de rechazar su cultura. Fuiste un hombre excepcional, y te respeto por ello. Y nunca me oirás esas palabras otra vez.

Dudó de nuevo, y luego añadió:

—¿Pero es cierto que te arrepentiste en tu lecho de muerte?

El rostro del francés se volvió rojo. Hizo una mueca y dijo:

—Sí, Miz Gulbirra. Dije efectivamente que lamentaba todas mis blasfemias y mi incredulidad, y le pedí a Dios Su perdón. ¡Yo, que había sido un violento ateo desde la edad de trece años! ¡Yo, que odiaba a los gordos, sebosos, blandos, hediondos, ignorantes, hipócritas, parásitos sacerdotes! ¡Y a su insensible, inclemente, cruel Dios!

»Pero tú no sabes, tú que viviste en una era más libre y más permisiva, ¡tú no sabes los horrores de los fuegos del infierno, de la condenación eterna! ¡Tú no puedes saber qué es tener los fuegos del infierno royéndote, ahogándote! ¡Algo que te han metido desde tu más tierna infancia en tu cuerpo, en tus huesos, en lo más profundo de tu mente!

»Y así, cuando supe seguro que me estaba muriendo a causa de una combinación de esa sucia enfermedad que lleva el encantador y bucólico nombre de sífilis y un golpe en la cabeza recibido de esa viga que me cayó encima accidentalmente o arrojada por algún enemigo mío, yo que sólo deseaba amar a todos los hombres, y a todas las mujeres también... ¿dónde estaba?

»Oh, si, sabiendo con seguridad que iba a morir, y con los terrores de los demonios y las eternas torturas danzando a mí alrededor, llamé a mi hermana, esa puta desdentada y enfermera reseca, y a mi buen, muy buen amigo, Le Bret, y dije sí, me arrepiento, quiero salvar mi alma, y podéis alegraros, mi querida hermana, mi querido amigo, probablemente iré al purgatorio, pero vosotros rezaréis por mí, ¿verdad que lo haréis?

»¿Por qué no debía hacerlo? Yo estaba asustado como nunca lo había estado en mi vida, y sin embargo, y sin embargo, aún no creía por completo que estaba destinado a la condenación eterna. Tenía algunas reservas, créeme. Pero arrepentirme no iba a hacerme ningún daño. Si Cristo estaba

efectivamente disponible para mi salvación, sin costarme un céntimo, fijate bien, y había realmente un infierno y un cielo, entonces yo sería un imbécil si no salvaba mi valiosa piel y ni inapreciable alma.

»Por otra parte, si todo era oscuridad y vacío, una vez uno moría, ¿qué iba a perder? Haría felices a mi hermana y a ese supersticioso Le Bret de buen corazón.

—Escribió un brillante panegírico sobre ti después de tu muerte —dijo ella—. Fue un prefacio a tu Viaje a la Luna, que editó dos años después de que murieras.

—¡Oh! ¡Espero que no hiciera de mí un santo! —exclamó Cyrano.

—No, pero te describió como un magnífico carácter, un noble si no un santo. Sin embargo, otros escritores... bueno, debes haber tenido muchos enemigos.

—¡Que intentaron ensuciar mi nombre y mi reputación después de mi muerte, cuando ya no podía defenderme, los cobardes, los muy cerdos!

—No recuerdo —dijo ella—. Y además, ahora tampoco importa mucho, ¿verdad? Por otra parte, sólo los intelectuales conocen los nombres de tus detractores. Desgraciadamente, la mayoría de la gente sólo te conoce a ti como el romántico, grandilocuente, inspirado, patético, en cierto modo donquijotesco, héroe de una obra que un francés escribió a finales del siglo XIX.

»Durante mucho tiempo hubo la creencia de que estabas loco en la época en que escribiste El viaje a la Luna y el Viaje al Sol. Eso fue debido a que tus libros fueron tan fuertemente censurados. Por aquel tiempo todas las ratas de iglesia royeron tus textos, haciendo que muchos de ellos perdieran todo su sentido. Pero el texto fue finalmente restaurado tanto como fue posible, y cuando yo nací había sido publicada en inglés una versión sin expurgar.

—¡Me alegra oír eso! Sabía por lo que Clemens y otros decían que me había convertido en un literato olímpico, sino un Zeus al menos un Ganímedes, un escanciador en las filas de los exaltados. Pero tu burlona observación de que yo era un supersticioso me ha dolido mucho, mademoiselle. Es cierto, como habrás observado, que yo creía que la luna en su fase menguante aspiraba la médula de los huesos de los animales.

Ahora tú dices que eso es una completa estupidez. Muy bien, lo acepto. Y yo estaba equivocado, como millones de otros contemporáneos míos y Dios sabe cuántos más antes de mi época.

»Pero este es un error minúsculo e inofensivo. ¿Qué importa, qué daño puede hacer a nadie, sostener un error? La superstición, el grave error, que realmente ha causado daño a la gente, a muchos millones de seres humanos, te lo aseguro, era la estúpida, la bárbara creencia en la brujería, en la habilidad de los seres humanos de atraer al mal mediante encantamientos, cantos, gatos negros, y el alistamiento de los demonios sus aliados. Escribí una carta contra tan ignorante y viciosa creencia, contra ese sistema social más bien. Afirmé que las grotescas sentencias legales y las salvajemente crueles torturas y ejecuciones infligidas contra el Mal eran en sí mismas la esencia de ese mal.

»Es cierto que esta carta de la que hablo, Contra los brujos, jamás fue publicada en vida mía. Por muy buenas razones. Hubiera sido torturado y quemado vivo. Sin embargo, circuló entre mis amigos. Y demostraba que yo no era como me has hecho tú. Estaba por delante de mi tiempo en muchos aspectos, aunque no era, por supuesto, la única persona en esa feliz situación.

—Sé todo eso —dijo ella—. Y te pedí disculpas por ello. ¿Quieres que lo haga otra vez?

—No es necesario —dijo él. Su amplia sonrisa le hizo parecer agraciado, o al menos atractivo, pese a su gran nariz.

Jill tomó su cilindro por el asa y dijo:

—Es hora de comer.

Jill sabía algo acerca del hombre llamado Ulises, por algunas referencias oídas ocasionalmente. Se había aparecido sin ninguna noticia previa, al parecer procedente de ningún sitio, cuando las fuerzas de Clemens y del Rey Juan estaban luchando contra los invasores que pretendían apoderarse del metal del meteorito. Había matado al jefe de los enemigos con una flecha bien lanzada, había diezmado a sus oficiales, y así había dado a los defensores la ventaja que necesitaban para la victoria.

Ulises de Itaca proclamaba ser el Ulises histórico en el cual se basó Homero para su personaje mítico. Era uno de los que habían luchado ante las murallas de Troya, aunque afirmaba que la auténtica Troya no era aquella que los eruditos decían que era. Su localización estaba en otro lugar, mucho más al sur, en la costa de Asia Menor.

Jill, al oír aquello por primera vez, no supo si creer que el hombre era el auténtico Ulises o no. Había tantos impostores en el Mundo del Río. Pero había algo que le hizo pensar que podía ser realmente el auténtico itacano. ¿Por qué debería decir que la Troya VII, que todos los arqueólogos y helenistas decían que era la auténtica Ilión, no era la genuina? ¿Por qué proclamar que la Troya histórica estaba en otro lugar?

Fuera cual fuese la razón, ya no estaba por allí. Había desaparecido tan misteriosamente como había aparecido. Agentes enviados tras su rastro habían fracasado. Firebrass había seguido buscándolo después de que Clemens se fuera con el Mark Twain. Uno de los rastreadores, Jim Sorley, había encontrado finalmente algún rastro del griego, aunque sólo evidenciaba que no había sido asesinado por los hombres de Juan.

Jill se había preguntado numerosas veces por qué Ulises se habría presentado voluntario a luchar al lado de Clemens. Por qué un extranjero, ignorante al parecer de las circunstancias de la batalla, se había aliado a una de las fuerzas combatientes y arriesgado su vida por ellas. ¿Qué iba a ganar con ello, especialmente puesto que al parecer no conocía a ninguno de los participantes de ninguna de las dos fuerzas?

En una ocasión le había preguntado esto a Firebrass, y él le había contestado que simplemente no lo sabía. Sam Clemens hubiera podido arrojar alguna luz al respecto, pero nunca había querido decir una palabra sobre el asunto.

Firebrass había añadido:

—De todos modos, Ulises pudo venir aquí por la misma razón que lo hicimos Cyrano y yo. Deseábamos formar parte de la tripulación del barco a paletas para alcanzar el mar polar.

Ella pensó que resultaba extraño que nadie hubiera pensado en construir un dirigible hasta poco antes de que el segundo barco quedara completado. ¿Para qué emplear décadas en viajar hasta la región ártica en una nave de superficie cuando una nave aérea podía hacer el mismo recorrido en unos pocos días?

Firebrass dijo sonriente:

—Es simplemente uno de los misterios de la vida. El hombre, perdón, la humanidad, a veces no puede distinguir la nariz de su propio rostro. Entonces siempre viene alguien y le tiende un espejo.

—Si la humanidad tuviera una nariz como la mía —dijo Cyrano—, nunca hubiera tenido ese problema.

En ese caso, la persona con el espejo ha sido August von *Parseval*. En la Tierra había sido un mayor del ejército alemán, y había diseñado también aeronaves para una compañía alemana. Su tipo de dirigible fue usado tanto por el gobierno alemán como por el inglés entre 1906 y 1914.

Poco antes de que el Mark Twain estuviera a punto para abandonar Parolando, von *Parseval* había llegado allí. Se mostró sorprendido de que nadie hubiera sugerido nunca que un *Luftschiff* sería un medio más rápido de transporte que un barco.

Después de que Firebrass se hubiera pateado mentalmente por su estupidez, había corrido en busca de Clemens, arrastrando al alemán con él.

Sorprendentemente, Clemens dijo que hacía mucho tiempo que había tomado en consideración el construir un dirigible. Después de todo, ¿no había escrito él Tom Sawyer en el extranjero?

¿No habían viajado Tom, Jim y Huckleberry desde Missouri hasta el Sahara en un globo?

Sorprendido, Firebrass le preguntó por qué no lo había mencionado nunca.

—¡Porque sabía que algún estúpido impulsivo dejaría inmediatamente todo el trabajo en el barco, más aprisa que un ladrón deja caer sus palanquetas cuando ve a un policía! ¡Porque hubiera deseado abandonar el Barco Fluvial para dedicar todos sus esfuerzos y materiales a la máquina volante!

»¡No, caballeros! Este barco tiene prioridad sobre cualquier otra cosa, como dijo Noé cuando su esposa deseaba abandonar el trabajo del arca para celebrar la danza de la lluvia.

»¡Por los resplandecientes testículos del toro de Basán, no habrá ningún dirigible aquí! Es un utensilio muy peligroso, muy poco fiable. ¡Ni siquiera podría fumar un puro en él!, y si no puedo hacer eso, ¿para que sirve la vida?

Clemens planteó algunas objeciones adicionales, la mayoría de ellas más serias. Firebrass, sin embargo, se dio cuenta de que Clemens no estaba esgrimiendo su principal razón. Llegar a la Torre no era lo realmente importante para Clemens. Era el viaje en sí lo que le importaba. Construir el más grande Barco Fluvial jamás visto, ser su capitán, su dueño, viajar millones de kilómetros en el espléndido vehículo, ser admirado y adorado y alabado por miles de millones de personas, eso era lo que Sam Clemens deseaba.

Además, deseaba venganza. Deseaba perseguir y luego atrapar y destruir al Rey Juan por haberle robado su primer barco, su primer amor, el No Se Alquila.

Puede que se necesitasen cuarenta años para ir de Parolando a las montañas que rodeaban el mar polar. A Sam no le importaba. No sólo deseaba ser el reverenciado propietario y conductor del mayor y más hermoso Barco Fluvial que la humanidad hubiera visto nunca, sino que deseaba efectuar con él el más largo viaje que ningún barco, ninguna expedición, hubiera emprendido jamás. ¡Cuarenta años! ¡Poned eso en vuestras pipas, Colón, Magallanes, y fumáoslo!

Además, deseaba ver y hablar con cientos de miles de personas. Aquello encantaba a Sam, que se

sentía tan curioso hacia los seres humanos como podía sentirse un ama de casa hacia sus vecinos.

Si efectuaba el viaje en una aeronave, no habría desconocidos con quienes hablar.

Aunque Firebrass era tan gregario como una bandada de patos, no pudo comprender aquella actitud. Él se sentía tan ansioso por resolver el misterio de la Torre. La clave de todo aquello que desconcertaba a la humanidad podía estar allí.

No le señaló a Clemens cuál creía que era la auténtica razón de sus objeciones hacia la aeronave. No sería conveniente. Sam se limitaría a mirarle directamente a los ojos y a negarlo todo.

Sin embargo, Sam sabía que estaba actuando mal. Y así, sesenta días antes de que el Mark Twain emprendiera su marcha, había llamado a Firebrass.

—Después de que yo me vaya, puedes construir tu altamente inflamable locura, si insistes en ello. Por supuesto, eso significa que tendrás que renunciar como ingeniero jefe de la más magnífica creación del hombre. Pero deberás utilizar el dirigible únicamente para observación, como explorador.

—¿Por qué?

—Por los testículos de bronce del candente Baal, ¿para que otra cosa puede ser usado además de para eso? No puede aterrizar sobre la Torre ni en ningún otro lado, ¿no es cierto? Según Joe Miller, las montañas son cortadas a pico, y no hay ninguna playa. Y...

—¿Cómo puede saber Joe que no hay ninguna playa? El mar estaba cubierto por la bruma. Todo lo que vio fue la parte superior de la Torre.

Sam había lanzado una nube de humo que parecía como la exhalación de un dragón rabioso.

—Es lógico que la gente que ha construido ese mar no desee ninguna playa. ¿Construirían un lugar en el que los invasores pudieran varar una barca? Por supuesto que no.

»De todos modos, lo que deseo que hagas es averiguar la configuración del terreno. Observa si hay algún paso entre las montañas aparte del que Joe describió. Descubre si la Torre posee alguna otra entrada además de la del techo.

Firebrass no había discutido. Haría lo que tuviera que hacer cuando llegara al polo. Clemens no tendría ningún control sobre él entonces.

—Me marché, feliz como un perro al que le han quitado todas las pulgas. Le conté a *Parseval* la decisión de Sam, y lo celebramos a lo grande. Pero dos meses más tarde el pobre viejo August fue tragado por un pez dragón. Yo mismo estuve a punto de sufrir la misma suerte.

En este punto de su historia, Firebrass reveló un secreto a Jill.

—Debes prometerme por tu honor no decírselo a nadie. No te lo diría si no fuera porque el barco está ya muy lejos, y no hay ninguna forma en que puedas enviarle la información al Rey Juan. Aunque no creo que lo hicieras tampoco, de todos modos.

—Te prometo guardar el secreto... sea cual sea.

—Bien... uno de los ingenieros era un científico californiano. Sabía como construir un láser con un alcance de cuatrocientos metros. Dentro de este radio, podía partir el Rex en dos. Y disponía de los materiales justos para hacer uno. Así que Sam lo mandó construir.

»Era un proyecto altamente secreto, tan secreto que tan solo hay seis personas en el *Mark Twain* que conozcan su existencia. El láser está oculto en un compartimiento conocido tan sólo por esos

seis, de los cuales Sam es uno, por supuesto. Incluso su amigo Joe no sabe nada de ello.

»Cuando el *Mark Twain* alcance al *Rex*, el láser será sacado y montado sobre un trípode. La batalla será corta y dulce. Dulce para Sam, amargamente corta para Juan. Acortará igualmente de forma tremenda las pérdidas por ambos lados.

»Yo estoy al corriente del secreto porque fui uno de los ingenieros que trabajó en el proyecto. Antes de que estuviera terminado, le pedí a Sam si el láser podía quedarse aquí. Deseaba llevarlo con la aeronave y utilizarlo para abrir una entrada en la Torre si no podíamos penetrar de ninguna otra manera.

»Pero Sam se negó categóricamente. Dijo que si le ocurría algo a la aeronave, el láser se perdería. Yo no podría devolverlo al Mark Twain. Discutí como un loco con él, pero perdí. Y Sam tenía un argumento poderoso. No hay forma de saber qué peligros vamos a correr, ni meteorológicos ni de otra clase.

»Sin embargo, resultó muy frustrante.

Jill iba a preguntarle si no había enviado exploradores en busca de los materiales para construir otro láser, pero en aquel momento la secretaria de Firebrass llamó a la puerta. ¿Podía el señor Firebrass recibir a Piscator?

Firebrass dijo que podía. El japonés entró y, tras preguntar por la salud de ambos, dijo que tenía buenas noticias. Los ingenieros que trabajaban en el aceite diesel sintético podían entregar su primera provisión una semana antes del tiempo previsto.

—¡Esto es estupendo! —exclamó Firebrass. Sonrió a Jill—. ¡Eso significa que podremos hacer despegar al *Minerva* mañana mismo! ¡Iniciar el entrenamiento siete días antes de lo calculado! ¡Fabuloso!

Jill se sintió más feliz aun.

Firebrass propuso un brindis para celebrarlo. Aún no habían tenido tiempo de servir la flor de cráneo, sin embargo, cuando la secretaria entró de nuevo.

Sonriendo ampliamente, dijo:

—No interrumpiría si no fuera tan importante. Creo que tenemos un nuevo tripulante, alguien con mucha experiencia. Acaba de llegar hace unos minutos.

La alegría casi rayana con el éxtasis de Jill se esfumó rápidamente, como aire escapándose de un globo pinchado. Su pecho pareció hundírsele. Hacía un momento, era como si tuviera ya asegurado el puesto de segundo de a bordo. Pero ahí estaba una persona que podía tener tanta experiencia, o incluso más, que ella. Un hombre, por supuesto. Incluso podía tratarse de un oficial del *Graf Zeppelin* o del *Hindenburg*. Un veterano de los grandes dirigibles rígidos tendría mucho más peso, en la estimación de Firebrass, que una mujer que tenía experiencia tan sólo en dirigibles pequeños.

Con el corazón latiéndole fuertemente, miró al hombre que penetró en la oficina tras la secretaria. No lo reconoció, pero aquello no significaba nada. Había montones de personal aeronaval de su tiempo y anteriores al *Hindenburg* cuyas fotografías no había visto nunca. Además, aquellas fotos habían sido de hombres de mediana edad que llevaban trajes civiles o uniformes militares. Y muchos de ellos llevaban pelo en la cara.

—Jefe Firebrass —presentó Agatha Rennick—. Barry Thorn.

El recién llegado llevaba sandalias de piel de pez, un llamativo faldellín a bandas rojas, blancas y azules, y una larga capa negra sujeta al cuello. El asa de su cilindro estaba en una de sus manos, y un gran saco de piel de pez en la otra.

Mediría metro setenta, y la anchura de sus hombros era casi la mitad de su altura. Su físico era masivo, evocando irresistiblemente en Jill la imagen de un toro. Sin embargo sus piernas, aunque muy musculosas, eran largas en proporción a su tronco. Su pecho y brazos eran parecidos a los de un gorila, pero casi no tenía vello pectoral.

Un corto y rizado pelo amarillo enmarcaba su ancho rostro. Las cejas eran de color paja; los ojos, azul profundo. Su cara era larga y recta. Los labios gruesos. Sonriendo, reveló unos dientes blancos. La mandíbula era masiva, terminando en una recia prominencia, profundamente hendida en su centro. Las orejas eran pequeñas y muy pegadas a la cabeza.

Ante la invitación de Firebrass, depositó en el suelo el cilindro y el saco. Flexionó los dedos como si hubiera estado llevando una carga durante mucho tiempo. Probablemente, pensó Jill, había estado remando en una canoa durante largo trecho. Pese a lo ancho de sus manos, los dedos eran largos y finos.

Parecía muy tranquilo pese a hallarse ante extraños y enfrentándose a un interrogatorio sobre sus cualificaciones. De hecho, irradiaba un bienestar y un magnetismo que inevitablemente hizo pensar a Jill en aquel tan sobado y a menudo inapropiadamente empleado término de «carisma».

Más tarde, descubriría que poseía el curioso don de ser capaz de cortar esa irradiación como si fuera la luz de una linterna. Entonces, pese a sus obvias cualidades físicas, parecía casi confundirse con lo que le rodeaba. Un camaleón psíquico.

Jill, mirando a Piscator, vio que se sentía intensamente curioso hacia el extranjero. Sus negros ojos estaban entrecerrados y su cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si estuviera escuchando algún sonido suave y lejano.

Firebrass estrechó la mano de Thorn.

—¡Huau! ¡Vaya apretón! Encantado de tenerte a bordo, amigo, si eres lo que Agatha proclama que eres. Siéntate, deja descansar un poco tus pies. ¿Has viajado mucho trecho? ¿Cuánto? ¿Cuarenta piedras? ¿Quieres algo de comer? ¿Café? ¿Té? ¿Alcohol o cerveza?

Thorn declinó todo excepto la silla. Habló con una agradable voz de barítono, sin las habituales pausas, vacilaciones y frases incompletas que distinguen el habla de la mayoría de la gente.

Al descubrir que Thorn era canadiense, Firebrass cambió del Esperanto al inglés. Tras unas cuantas preguntas y unos pocos minutos, tenía ya una biografía resumida del recién llegado.

Barry Thorn había nacido en 1920 en la granja de sus padres en las afueras de Regina, Saskatchewan. Tras obtener su licenciatura en ingeniería electrónica en 1938, se alistó en la marina británica mientras estaba en Inglaterra. Durante la guerra fue comandante de un dirigible naval. Se casó con una chica americana y, después de la guerra, se fue a vivir a los Estados Unidos porque su esposa, natural de Ohio, insistió en que deseaba estar cerca de sus padres. Además, las oportunidades eran mejores allí para los pilotos de dirigibles.

Obtuvo una licencia de piloto comercial, con la intención de trabajar para las aerolíneas americanas. Pero tras su divorcio abandonó la Goodyear y se convirtió durante varios años en piloto de alquiler en el Yukon. Luego regresó a la Goodyear y se casó de nuevo. Tras la muerte de su segunda esposa, encontró trabajo en una recién formada compañía de aviación de Inglaterra y Alemania del Este. Durante algunos años capitaneó un gran dirigible que remolcaba contenedores flotantes de gas natural desde el Medio Oriente hasta Europa.

Jill le hizo algunas preguntas con la esperanza de que sus respuestas avivaran su memoria. Había conocido a algunos aeronautas de la compañía de Thorn, y tal vez alguno de ellos lo hubiera mencionado. Él respondió que recordaba a uno de ellos... creía. No estaba seguro porque hacía tanto tiempo de ello.

Había muerto en 1983 mientras estaba de vacaciones en Friedrichshafen. No conocía la causa de su muerte. Paro cardíaco, probablemente. Se había ido a dormir una noche, y cuando se había despertado se hallaba tendido desnudo en una orilla del Río... junto con los demás.

Desde entonces había estado vagando arriba y abajo por el Valle. Un día, oyendo el rumor de que Río abajo estaba siendo construido un dirigible gigante, había decidido ir a comprobar por sí mismo si la historia era cierta.

Firebrass, radiante, dijo:

—¡Eso sí que es suerte! Sé bienvenido al grupo, Barry. Agatha, haz lo que sea necesario para acomodar al señor Thom.

Thom estrechó las manos a todo el mundo y se fue. Firebrass casi bailaba de alegría.

—Las cosas están marchando estupendamente.

—¿Cambia esto mi situación? —dijo Jill.

Firebrass pareció sorprendido.

—No. Dije que serías el jefe de instructores y la capitana del *Minerva*. Firebrass siempre cumple sus promesas. Bueno, casi siempre.

»Sé lo que estás pensando. No hice promesas acerca de quién sería el segundo de a bordo del *Parseval*. Eres una buena candidata para el puesto, Jill. Pero es demasiado pronto para decidir sobre eso. Todo lo que puedo decir es: «Que gane el mejor hombre. O la mejor mujer».

Piscator palmeó la mano de Jill. En otras circunstancias, ella hubiera rechazado el gesto. Ahora lo agradeció.

Más tarde, una vez hubieron abandonado la oficina, Piscator dijo:

—No estoy seguro de que Thorn esté diciendo la verdad. No toda, al menos. Su historia puede ser cierta en líneas generales. Pero hay algo que suena a falso en su voz. Puede que esté ocultando alguna cosa.

—Hay veces que me asustas —dijo Jill.

—También puedo equivocarme.

Pero Jill tenía la impresión de que él no creía equivocarse.

Cada día, antes del amanecer, el *Minerva* despegaba para un vuelo de entrenamiento. A veces permanecía en el aire hasta la una del mediodía. A veces no descendía hasta el atardecer. Durante la primera semana, Jill fue el único piloto. Luego cedió su puesto a cada uno de los pilotos que se estaban entrenando, y los oficiales de control de la góndola tomaron por turno los controles.

Barry Thorn no entró en el dirigible hasta cuatro semanas después de que se iniciaran los entrenamientos aéreos. Jill insistió en que acudiera primero a la formación en tierra. Aunque tenía experiencia, no había estado en una aeronave desde hacía treinta y dos años, y cabía suponer que había olvidado mucho. Thorn no objetó nada.

Lo observó atentamente mientras permanecía en el asiento del piloto. Fuera lo que fuese lo que Piscator sospechase de él, Thorn manejaba el aparato como si lo hubiera estado haciendo durante toda su vida. Se mostró igualmente competente en la navegación y en la simulación de emergencias que formaban parte del entrenamiento.

Jill se sintió decepcionada. Había esperado que no fuera todo lo que proclamaba ser. Ahora sabía que estaba hecho de la pasta con que se hacen los capitanes.

Thorn, sin embargo, era un hombre extraño. Parecía congeniar con todo el mundo, y apreciaba las bromas como el que más. Pero él nunca hacía ninguna, y era tremendamente reservado fuera de las horas de servicio. Aunque ocupaba una cabaña a tan sólo veinte metros de la de Jill, nunca había entrado en la de ella o la había invitado a pasar a la suya. En un cierto sentido, esto era un alivio para Jill, pues así no tenía que preocuparse de ningún avance por parte de él. Como sea que no había hecho ningún esfuerzo para conseguir que alguna mujer se trasladara a vivir con él, era probable que fuese homosexual. Pero tampoco parecía interesado, ni sexualmente ni de ningún otro modo, en su propio sexo. Era un solitario, aunque, cuando quería, sabía abrirse y ser realmente encantador. Luego, bruscamente, su personalidad volvía a cerrarse como un puño, y convertirse en una pálida neutralidad, casi una estatua viviente.

Toda la tripulación potencial del *Parseval* estaba sometida a intensa vigilancia. Todos debían someterse a frecuentes tests psicológicos de estabilidad. Thorn pasó tanto las observaciones como los tests como si los hubiera hecho él mismo.

—El que sea un poco extraño en su comportamiento social no quiere decir que no tenga que ser un aeronauta de primera clase —dijo Firebrass—. Es lo que hace un hombre cuando está allá arriba lo que cuenta.

Firebrass y de Bergerac probaron ser pilotos de dirigible innatos. Esto no era sorprendente en el caso del americano, puesto que tenía a sus espaldas muchas horas de vuelo en aviones a chorro, helicópteros y naves espaciales. El francés, sin embargo, procedía de un tiempo en el que ni siquiera existían los globos, aunque sí habían sido imaginados. Los utensilios mecánicos más complicados que había manejado en su vida habían sido el arcabuz de mecha, la llave giratoria del fusil de pedernal, y las pistolas de chispa. Había sido demasiado pobre como para permitirse un reloj, al que en cualquier caso no hubiera podido hacer otra cosa que darle cuerda.

Sin embargo absorbió rápidamente la instrucción en tierra y el vuelo en el aire, sin mostrar

demasiados problemas con la asimilación de las necesarias matemáticas.

Firebrass era muy bueno, pero de Bergerac era el mejor piloto de todos. Jill tuvo que admitirlo relucientemente a sí misma. Las reacciones del francés y su buen criterio en todas ocasiones tenían la rapidez de una computadora.

Otro candidato sorprendente era John de Greystock. Aquel barón medieval se había presentado voluntario para formar parte de la tripulación del *Minerva* cuando este atacara al *Rex*.

Jill se había mostrado escéptica acerca de la habilidad en adaptarse al vuelo aéreo. Pero tras tres meses de vuelo, fue considerado tanto por Firebrass como por Gulbirra como el mejor cualificado para mandar la nave. Era juicioso en el combate, astuto, y sorprendentemente valeroso. Y odiaba al Rey Juan. Habiendo sido herido y arrojado por la borda por los hombres de Juan cuando el *No Se Alquila* fue capturado, ansiaba la venganza.

Jill había llegado a Parolando a finales del mes llamado dektria (decimotercero). Parolando había adoptado un calendario de trece meses puesto que el planeta no tenía ni estaciones ni luna. No había ninguna razón excepto el sentimentalismo para mantener un año de 365 días, pero el sentimentalismo era una buena razón pese a todo. Cada mes estaba formado por cuatro semanas de siete días, veintiocho días en total. Puesto que doce meses eran solo 336 días, se le había añadido un mes extra. Esto daba como resultado un día extra, que era denominado generalmente la Víspera del Nuevo Año, el Último Día, o el Día de los Locos. Jill había tomado tierra tres días antes de éste en el año 31 después de la Resurrección.

Ahora era el mes de enero del año 33, y aunque los trabajos en la gran aeronave ya se habían iniciado, pasaría aún casi otro año antes de que estuviera lista para el vuelo polar. Esto era parcialmente debido a las grandiosas ideas de Firebrass, que habían ocasionado numerosas revisiones de los planos originales.

Por aquel entonces la tripulación ya había sido elegida, pero la repartición de la oficialidad aún no había quedado determinada. De hecho, la lista estaba casi definitivamente cerrada... excepto los puestos de primer y segundo oficiales. Uno correspondería a Thorn y el otro a ella. Esto no le había causado mucha ansiedad —excepto en sus sueños—, puesto que a Thorn no parecía importarle la posición que le correspondiera.

Aquel viernes de enero o Primer Mes, Jill se sentía feliz. Los trabajos en el *Parseval* estaban yendo tan bien que decidió marcharse pronto. Tomó su caña de pescar y se dirigió a pescar el «cacho» en el pequeño lago cercano a su cabaña. Mientras subía la primera de las colinas, vio a Piscator. El también llevaba sus avíos de pescar y un cesto de mimbre.

Lo llamó, y él se volvió pero no le ofreció su habitual sonrisa de saludo.

—Parece como si hubiera algo que te preocupara —dijo ella.

—Lo hay, pero no es un problema mío, excepto en que se refiere a alguien que me gustaría pensar que es mi amigo.

—No estás obligado a decírmelo —murmuró ella.

—Creo que debo hacerlo. Se refiere a ti.

Jill se detuvo.

—¿De qué se trata?

—Acabo de saber por Firebrass que los tests de evaluación psicológica no están terminados. Falta todavía uno, y todos los tripulantes deberán someterse a él.

—¿Es algo por lo que yo deba preocuparme?

Él asintió.

—El test implica hipnosis profunda. Está diseñado para descubrir cualquier residuo de inestabilidad que los anteriores tests puedan haber pasado por alto.

—Sí, pero yo... —Jill se detuvo de nuevo.

—Me temo que eso pueda poner al descubierto estas... alucinaciones que has sufrido de tanto en tanto.

Ella se sintió desfallecer. Por un momento, el mundo a su alrededor pareció desvanecerse. Piscator la sujetó del brazo para sostenerla.

—Lo siento, pero creí que era mejor que estuvieras preparada.

Ella se soltó y dijo:

—Estoy bien. —Y luego—: ¡Maldita sea! ¡No he tenido problemas con ellas desde hace ocho meses! No he tomado goma de los sueños desde aquella vez en que me encontraste en la cabaña, y estoy segura de que los efectos residuales han desaparecido. Además, nunca he tenido esas alucinaciones excepto a última hora de la noche, cuando estoy en casa. No creerás realmente que Firebrass me eliminaría, ¿verdad? ¡No tiene ninguna razón para hacerlo!

—No lo sé —dijo Piscator—. Quizá la hipnosis no consiga poner al descubierto esos ataques. En cualquier caso, si me perdonas por intentar influenciarte, creo que lo que deberías hacer es acudir a Firebrass y explicarle tus trastornos. Y hacerlo antes de que se realicen los tests.

—¿Qué bien puede hacerme eso?

—Si descubre que has estado ocultándole algo, probablemente te echará de inmediato. Pero si eres sincera, y se lo confiesas antes de que el test sea anunciado oficialmente, puede que escuche su versión de los hechos. Yo tampoco creo que representes ningún peligro para la seguridad de la nave. Pero mi opinión no cuenta.

—¡No pienso suplicarle!

—Eso tampoco influenciaría... excepto negativamente.

Ella inspiró profundamente y miró a su alrededor, como si pudiera haber por allí alguna ruta de escape hacia otro mundo cercano. Había estado tan segura, tan feliz hacía sólo un momento.

—Muy bien. No sirve de nada dejarlo para mañana.

—Eso es valiente —dijo él—. Y con sentido común. Te deseo suerte.

—Te veré más tarde —dijo ella, y se alejó, las mandíbulas encajadas.

Sin embargo, cuando hubo subido las escaleras hasta el segundo piso, donde estaban las dependencias de Firebrass, respiraba pesadamente, no por una mala condición física sino por su ansiedad.

La secretaria de Firebrass le dijo que se había ido a sus alojamientos. Jill se sintió sorprendida, pero no le preguntó a Agatha por qué había abandonado tan pronto el trabajo. Quizá él también deseara relajarse un poco.

La puerta de su apartamento estaba en mitad del piso de abajo. Ante ella estaba de guardia la

escolta que normalmente lo acompañaba. Los intentos de asesinato en los últimos seis meses habían hecho eso necesario. Los asesinos potenciales habían resultado muertos en el intento, y así no habían podido proporcionar ninguna información. Nadie lo sabía seguro, pero se creía que el gobernante de un estado hostil Río abajo había enviado a ambos hombres. Jamás había ocultado su deseo de apoderarse de la riqueza mineral de Parolando y de sus maravillosas máquinas y armas. Era posible que esperara que, si eliminaba a Firebrass, sería capaz de invadir Parolando. Pero todo eso era una especulación de Firebrass.

Jill se dirigió hacia el subteniente que mandaba a los cuatro hombres bien armados.

—Deseo hablar con el jefe.

El subteniente, Smithers, dijo:

—Lo siento. Tengo órdenes de que no se le moleste.

—¿Por qué no?

Smithers la miró de una forma curiosa.

—No lo sé, *señor*.

La irritación hizo que Jill olvidara sus miedos.

—¡Supongo que debe haber una mujer ahí!

—No, ni es asunto suyo, *señor* —dijo el subteniente.

Luego sonrió maliciosamente.

—Tiene un visitante —dijo—. Un recién llegado llamado Fritz Stern. Acaba de llegar hace apenas una hora. Es alemán y, por lo que he oído, un genio en zepelines. Le he oído decirle al capitán que era comandante de la NDELAG, signifique lo que signifique eso. Pero lleva más horas de vuelo que usted. Jill tuvo que contenerse para no hundirle los dientes de un puñetazo. Sabía que nunca le había caído bien a Smithers, y sin duda gozaba hurgando en sus heridas.

—NDELAG —dijo, odiándose a sí misma porque su voz estaba temblando— Eso podría ser Neue Deutsche Luftschiffahrts Aktien Gesellschaft.

Su voz pareció alejarse y venir de muy lejos, como de alguna otra persona.

—Había una línea de zepelines llamada DELAG en los tiempos anteriores a la Primera Guerra Mundial. Transportaba pasajeros y carga por toda Alemania. Pero nunca oí hablar de una NDELAG.

—Quizá sea porque la compañía se formó después de que usted muriera —dijo Smithers. Sonrió, disfrutando con su evidente preocupación—. He oído decirle al capitán que se graduó en la Friedrichshafen en 1984. Dijo que terminó su carrera como comandante de un superzepelín llamado *Viktoria*.

Jill se sintió enferma. Primero Thorn, y ahora Stern.

No servía de nada seguir allí. Encajó los hombros y dijo con voz firme:

—Le veré más tarde.

—Sí, *señor*. Lo lamento, *señor* —dijo Smithers, sonriendo.

Jill se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

Se volvió en redondo cuando una puerta restalló y alguien gritó. Un hombre había salido corriendo del apartamento de Firebrass y había cerrado de golpe la puerta tras él.

Se detuvo por unos breves segundos, inmóvil, haciendo frente a los guardias. Estos estaban

sacando sus pesadas pistolas de sus fundas. Smithers había sacado ya a medias la espada de su vaina.

El hombre era tan alto como ella. Tenía un físico agraciado, hombros amplios, cintura estrecha, piernas largas. Su rostro era atractivo pero tosco; su pelo ondulado y color ceniza; sus ojos, grandes y azul profundo. Pero su piel era enfermizamente pálida y la sangre manaba de una herida en su hombro. Llevaba una daga ensangrentada en su mano izquierda. Luego la puerta volvió a abrirse y Firebrass, con un estoque en su mano, apareció. Su rostro estaba contorsionado y su frente sangraba.

—¡Stern! —gritó el subteniente.

Stern echó a correr por el pasillo. Pero no había ninguna escalera a su extremo, sólo una alta ventana. Smithers gritó:

—¡No disparéis! ¡No tiene salida!

—¡Si la tiene si atraviesa la ventana! —gritó Jill.

Al final del pasillo, Stern saltó con un grito, girándose al mismo tiempo de modo que fuera su espalda la que impactara contra el plástico y alzando un brazo para protegerse el rostro. La ventana se negó a ceder. Stern golpeó contra ella con un ruido sordo y rebotó hacia atrás, cayendo de bruces con otro golpe sordo de su rostro. Quedó tendido allí mientras Firebrass, el subteniente, y los guardias tras él, corrían hacia Stern.

Jill les siguió un segundo más tarde.

Antes de que el grupo pudiera alcanzarle, Stern saltó sobre los pies. Miró fijamente a los hombres que corrían hacia él, miró su daga, que había caído al suelo cuando él golpeó la ventana. Luego cerró los ojos y se derrumbó al suelo.

Cuando Jill llegó al lugar de los hechos, Firebrass ya estaba tomándole el pulso al hombre.

—¡Está muerto!

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó el subteniente.

Firebrass se puso en pie.

—Lo que me gustaría poder decir es por qué ocurrió. Todo lo que puedo decir es lo que ocurrió.

Estábamos hablando tranquilamente, bebiendo y fumando, bromeando, y él estaba dándome detalles de su carrera profesional. Todo iba perfectamente bien. Y entonces, de pronto, salta sobre mí, saca su daga, je intenta apuñalarme!

»Debió volverse loco, aunque parecía completamente racional hasta el momento en que atacó. Algo se rompió en él. De otro modo, ¿cómo podría haber caído luego así, muerto de un ataque al corazón?

—¿Un ataque al corazón? —dijo Jill—. Nunca he oído de nadie que haya sufrido un ataque al corazón aquí. ¿Y tú?

Firebrass se alzó de hombros.

—Siempre hay una primera vez —dijo—. Después de todo, las resurrecciones se han detenido también.

—Parece malditamente cianótico para haber sufrido un ataque al corazón —dijo Jill—. ¿Y si tragó algún veneno? No vi que se metiera nada en la boca.

—¿Dónde hubiera podido conseguir cianuro o ácido prúsico o cualquier otro veneno excepto aquí en Parolando? —dijo Firebrass—. Y no llevaba el bastante tiempo en el lugar como para haberlo hecho.

Miró a Smithers.

—Envuelve el cuerpo y llévalo a uno de mis dormitorios. Ven a buscarlo pasada la medianoche y échalo al Río. Los peces dragón darán cuenta de él.

—Sí, señor —dijo Smithers—. ¿Y ese corte en su frente señor? Debería acudir a un médico.

—No. Me lo curaré yo mismo. Y ni una palabra de esto a nadie. ¿Habéis entendido bien, todos? Tú también, Jill. Ni una palabra. No deseo preocupar a los ciudadanos.

Todos asintieron.

—¿Supone que ese bastardo de Burr lo ha enviado también señor? —dijo Smithers.

—No lo sé —murmuró Firebrass—. O prefiero no saberlo. Lo único que quiero es que me libres de él, ¿de acuerdo?

Se volvió hacia Jill.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía algo importante que hablar contigo —dijo ella—. Pero lo dejaré para más tarde. No estás en condiciones de hablar.

—¡Tonterías! —dijo él, sonriendo—. Claro que lo estoy. No pensarás que esto va a trastornarme, ¿verdad? Vamos, entra, Jill, y hablemos una vez me haya curado este rasguño.

Jill se sentó en un sillón demasiado acolchado en la sala del lujoso apartamento. Firebrass

desapareció en el cuarto de baño, regresando al cabo de pocos minutos con un trozo de tela adhesiva blanca cruzándole la frente.

Sonriendo alegremente como si fuera un día como todos los demás, dijo:

—¿Te apetece una copa? Tranquilizará tus nervios.

—¿Mis nervios?

—De acuerdo, nuestros nervios. Admito que estoy un poco nervioso. No soy un superhombre, pese a lo que la gente diga de mí.

Llenó dos altos vasos con el púrpura de la flor de cráneo y cubitos de hielo, mitad por mitad. Ni el hielo ni los vasos, como tampoco la tela adhesiva, podían encontrarse en ningún lugar excepto en Parolando... por lo que ella sabía al menos.

Durante un minuto sorbieron la fría y penetrante bebida, mirándose el uno al otro pero sin pronunciar palabra. Luego Firebrass dijo:

—De acuerdo. Ya basta de cumplidos sociales. ¿Para qué deseabas verme?

Ella apenas fue capaz de hablar. Las palabras parecían enredarse en su garganta, y cuando brotaron al exterior lo hicieron en un torrente.

Tras hacer una pausa para tomar un largo trago, continuó más despacio y más tranquila. Firebrass no la interrumpió, sino que permaneció sentado inmóvil, con sus ojos marrones veteados de verde clavados en los de ella.

—Así que —terminó Jill—, eso es todo. Tenía que decírtelo, pero es la cosa más difícil que haya tenido que hacer nunca.

—¿Por qué te has decidido finalmente a contármelo? ¿Acaso porque hayas oído algo acerca de las hipnosis?

Por un segundo, ella pensó en mentirle. Piscator no la traicionaría, y quedaría mucho mejor si no se veía obligada a admitir la verdad.

—Sí. Oí hablar de ello. Pero llevo ya un cierto tiempo pensando que tenía que decírtelo. Sólo que... sólo que no podía soportar el pensamiento de ser dejada atrás. Y realmente no creo que sea ningún peligro para la nave.

—Sería terrible si sufrieras un ataque durante un momento crucial del vuelo. Tú ya lo sabes, por supuesto. Bien, esa es la forma en que lo veo, Jill. Dejando a un lado a Thorn, tú eres el mejor oficial... oficiala, quiero decir... que tenemos. Al contrario de Thorn, que es un hábil aeronauta pero que no ha hecho de la aeronáutica su vida, tú eres una fanática. Sinceramente, creo que dejarías pasar la mejor sesión de cama redonda por una hora de vuelo. Por mi parte confieso que intentaría compaginar ambas cosas.

»No me gustaría perderte, y si tengo que hacerlo, lo que más me preocupará es que intentes suicidarte. No, no protestes, creo realmente que lo harías. Lo cual te hace desequilibrada en este aspecto. De todos modos, tengo que considerar la seguridad de la nave y la tripulación primero, así que te eliminaría sin pensarlo dos veces si tuviera que hacerlo, sin importar lo que pudiera afectarme.

»Así que voy a ponerte a prueba. Si no tienes ningún otro ataque o alucinación desde ahora hasta que el dirigible despegue para el gran viaje, formarás parte de él.

El único problema al respecto es que deberé depender de tu palabra para saber si has tenido o no un ataque. Bueno, no exactamente. Podría someterte a hipnosis para descubrir si me estás diciendo la verdad. Pero no me gustaría hacerlo. Significaría que no confío en ti, y no deseo a nadie en la nave en quien no pueda confiar en un cien por cien.

Jill sintió deseos de echarse sobre él y abrazarlo. Sus ojos estaban empapados, y casi sollozó de alegría. Pero se mantuvo en su silla. Un oficial no puede abrazar a su capitán. Además, él podía interpretar mal su comportamiento e intentar llevársela a su dormitorio.

Se sintió avergonzada de sí misma. Firebrass nunca se aprovecharía de ninguna mujer. Se rebajaría utilizando su influencia para ello. Al menos, ella lo veía así.

—No acabo de entender eso de la hipnosis —dijo finalmente—. ¿Cómo lo harás para que todos los demás se sometan a ella, si me omites a mí? Eso será una discriminación hacia los otros...

—He cambiado de idea al respecto.

Se puso en pie y se dirigió hacia un escritorio de tapa corredera, lo abrió, se inclinó, y escribió algo en un trozo de papel. Se lo tendió.

—Aquí está. Dale esto al doctor Graves. Te tomará unos rayos X.

Jill se sorprendió.

—¿Para qué demonios?

—Como tu capitán, podría decirte que cerrarás la boca y obedecieras mis órdenes. No lo haré porque te mostrarías resentida por ello. Digamos que es algo que los psicólogos aprendieron en el año 2000 después de Cristo. No puedo darte más explicaciones porque eso podría estropear los resultados de la prueba.

»Todo el mundo se someterá a los rayos X también. Tú tendrás el honor de ser la primera.

—No comprendo —murmuró Jill—. Pero lo haré, por supuesto.

Se levantó.

—Gracias.

—No necesitas dárme las. Y ahora ve rápido a ver al doctor Graves.

Cuando llegó a la oficina del doctor, lo encontró hablando por teléfono. Tenía el ceño fruncido y mordía salvajemente su puro.

—De acuerdo, Milt. Lo haré. Pero no me gusta que no confíes en mí.

Colgó el teléfono y se volvió hacia ella.

—Hola, Jill. Tendrás que esperar hasta que venga el subteniente Smithers. Él tomará las radiografías tan pronto como estén hechas y se las llevará a Firebrass.

—¿Él tiene un cuarto oscuro?

—No. No necesitan revelado. ¿No lo sabías? Son como las fotografías normales, se procesan electrónicamente en el momento mismo de ser tomadas. El propio Firebrass diseñó el equipo. Es un proceso desarrollado en 1998, dijo.

Graves empezó a pasear arriba y abajo, mordiendo su puro como si fuera su peor enemigo.

—¡Maldita sea! ¡Ni siquiera va a dejarme ver esas radiografías! ¿Por qué?

—Me dijo que no quiere que nadie excepto él las vea. Forman parte de los tests de evaluación psicológica.

—¿Cómo infernos puede una radiografía de la cabeza decirle nada a nadie acerca de la psique de un hombre? ¿Acaso está loco?

—Supongo que nos lo contará cuando haya visto todas las radiografías. E incidentalmente, hablando de la psique de un hombre: yo no soy un hombre.

—Estaba hablando en términos abstractos.

Se detuvo, y frunció el ceño más profundamente aún.

—No voy a ser capaz de dormir, preocupado por esto. Me gustaría haber vivido más tiempo. Lancé mi último suspiro en 1980, de modo que no estoy al corriente de los últimos progresos en las ciencias médicas. Pero no importa demasiado, de todos modos. En mis últimos años, ya me era imposible estar al corriente del diluvio de nuevas técnicas que aparecían sin cesar.

Volviéndose hacia Jill, y agitando su puro hacia ella, añadió:

—Hay algo que querría preguntarte, Jill. Algo que ha estado rondándome por la cabeza. Firebrass es el único que yo sepa que ha vivido más allá de 1983. ¿Has encontrado tú alguna vez a alguien más así?

Jill parpadeó, sorprendida.

—N... no. No, ahora que lo pienso, nunca. Excepto Firebrass, claro.

Por un momento había estado a punto de hablarle de Stern. Aquel iba a ser un secreto difícil de guardar.

—Yo tampoco. Es sorprendente, ¿no crees?

—No tanto —dijo ella—. Por supuesto, no he recorrido todo el Río, pero he viajado varios centenares de miles de kilómetros y he hablado con miles de personas. La gente del siglo XX parece estar esparcida un poco por todas partes. Si hubieran sido resucitados en grupos, como otros, nunca habiéramos oído hablar de ellos. Lo cual significa que en alguna parte del Valle puede que encuentres a unos cuantos, pero la mayor parte de la población debe estar en otras partes.

»Así que no es nada sorprendente lo raro que resulta encontrar a gente de después de 1983.

—¿Realmente? Sí, quizá sí. Oh, aquí está Smithers y otros dos gorilas. Pasa a mi gabinete de rayos X, querida, como le dijo la araña a la mosca.

Extractos de varias ediciones de El Indiscreto:

Dmitri «Mitia» Ivanovitch Nikitin es pro tempore tercer oficial piloto del *Parseval*. Nació en 1885 en Gomel, Rusia, de padres de clase media. Su padre era propietario de una fábrica de arneses; su madre enseñaba piano. Sus cualificaciones para su candidatura se basan en su experiencia como jefe piloto del *Russie*, una aeronave francesa construida por la compañía Lebaudy-Juillot en 1909 para el gobierno ruso.

La señorita Jill Gulbirra, jefe instructor de dirigibles, dice que la experiencia de Mitia es más bien limitada desde su punto de vista pero que ha demostrado excelentes habilidades. Sin embargo, según los rumores, es demasiado aficionado a la flor de cráneo. Un buen consejo, Mitia: abandona el alcohol.

... No serán presentadas acusaciones contra el piloto Nikitin por parte de este director. Durante una necesariamente breve entrevista en el hospital, el señor Bagg dijo: «He sido puesto fuera de combate por hombres mejores que ese gordo patán. La próxima vez que entre a paso de carga en mi oficina, estaré preparado. La razón de que no lo haya hecho arrestar no reside en que yo tenga un buen corazón, sin embargo. Sólo deseo tener una oportunidad de aplastarle personalmente los sesos. Hablaré suavemente y llevaré un buen garrote».

... Ettore Arduino es italiano (¿qué otra cosa podía ser?), pero es rubio y tiene ojos azules y podría pasar por sueco siempre que mantenga su boca cerrada y no coma ajo. Como todo el mundo excepto los nuevos ciudadanos saben, entró en Parolando hace dos meses, y fue aceptado inmediatamente para entrenamiento. Posee una ilustre aunque trágica historia, habiendo sido primer jefe mecánico de la aeronave Norge y más tarde de la Italia bajo Umberto Nobile. (Véase página 6 para una minibiografía de este hijo de Roma). La Norge realizó su misión más importante sobrevolando el Polo Norte el 12 de mayo de 1926. Estableció también que no existía ninguna extensión importante de tierra entre el Polo Norte y Alaska, tal como había informado el gran explorador comodoro Robert E. Peary (1856-1920), el primer hombre en alcanzar el Polo Norte (1909). (Aunque Peary iba acompañado por un negro, Matthew Henson, y cuatro esquimales cuyos nombres no recuerdo, y en realidad fue Henson quien primero alcanzó el Polo Norte).

La Italia, tras pasar sobre el Polo, tuvo que enfrentarse a una violenta tormenta a su regreso a King's Bay. Los controles se helaron y quedaron inmovilizados; el desastre parecía inminente. Sin embargo, el hielo se fundió, y la aeronave pudo continuar. Al cabo de un cierto tiempo, la aeronave empezó a caer lentamente. La impotente tripulación se vio obligada a permanecer inactiva mientras la reina de los cielos golpeaba contra la

superficie de hielo. La góndola de control se desprendió, un hecho fortuito que salvó la vida a sus ocupantes. Estos salieron corriendo y, cuando alzaron consternados la vista, vieron que el dirigible, liberado del peso de la góndola, se elevaba de nuevo.

Ettore Arduino fue visto por última vez de pie en la pasarela que conducía al motor de estribor. Como informó uno de los miembros de la tripulación, el doctor Francis Behounek del Instituto de Telegrafía sin Hilos de Praga, Checoslovaquia, el rostro de Arduino era una máscara de absoluta incredulidad. La Italia se alejó flotando, y nunca más volvió a saberse nada de ella ni de los hombres que habían quedado a bordo. En la Tierra, por supuesto.

Arduino relata que murió de frío después de que la Italia cayera por segunda y última vez sobre el hielo. El relato completo de su horrenda experiencia será impreso en el ejemplar del próximo jueves. Tras esta muerte capaz de helar la sangre a cualquiera, ninguna persona razonable esperaría que Ettore se presentara voluntario de nuevo para un viaje por los aires. Pero él no siente ningún temor y ha expresado su ansiedad por participar en otra expedición polar. No nos importa lo que la gente piense de los italianos, y no sentimos nada excepto desprecio por la actitud prevaleciente en Tombstone, donde se ha afirmado como un hecho que todos ellos son unos cobardicas. Personalmente, sabemos que tienen más cojones que sesos, y estamos seguros de que Ettore será uno de los más brillantes miembros de la tripulación.

... se le ha visto remando desesperadamente hacia el centro del Río mientras el señor Arduino disparaba contra él con la nueva pistola Mark IV. O bien esta arma no es lo que pretende ser, o la puntería del señor Arduino estaba muy por debajo de lo normal aquel día.

... su nuevo director acepta la sugerencia del Presidente Firebrass de que este periódico temple el privilegio de la libre expresión con la divina virtud de la discreción.

... el señor Arduino fue puesto en libertad tras prometer que nunca resolvería sus agravios, justificados o no justificados, por la violencia. El recientemente creado Tribunal de Disputas Civiles solucionará tales asuntos a partir de ahora, con el Presidente Firebrass como tribunal de última apelación. Aunque vamos a echar en falta a S. C. Bagg, debemos confesar que...

... Metzinger fue jefe de la División Aeronaval de la Alemania Imperial en 1913. Era Korvettenkapitan del zepelín L-1 cuando este se estrelló el 9 de setiembre de 1913, durante unas maniobras. Fue el primer zepelín naval que se perdió. El desastre no fue debido a ninguna deficiencia por parte de la tripulación o de la nave, sino a la ignorancia en aquella época de las condiciones meteorológicas de los estratos superiores del aire. En otras palabras, la previsión del tiempo era todavía una ciencia primitiva. Una violenta borrasca alzó al L-1 más allá de su altura de equilibrio estático y luego lo lanzó

brutalmente hacia abajo. Con los motores aún girando y soltando lastre, la nave se estrelló contra el mar a la altura de Heligoland. Metzinger murió junto con la mayor parte de la tripulación... — Damos la bienvenida a este experimentado oficial y distinguido caballero a Parolando, pero esperamos que con él no nos traiga la mala suerte.

... ¡Noticia de última hora! Otra veterana aeronauta, Anna Karlovna Obrenova ha venido desde más de 40.000 kilómetros Río arriba. En la breve entrevista que nos concedió antes de ser llevada ante el Presidente Firebrass en su cuartel general, la señorita Obrenova nos hizo saber que había sido capitana del dirigible de transporte Lermontov de la URSS, teniendo 8584 horas de tiempo de vuelo en ésta y en otras aeronaves. Esto excede las 8342 horas de la señorita Gulbirra y las 8452 horas del señor Thorn. Una información completa sobre Obrenova les será ofrecida en nuestro número de mañana. Todo lo que podemos decir por el momento es que es una belleza, un bombón, ¡una auténtica pera en dulce!

Era divertido, aunque no lo bastante como para echarse a reír.

Desde un principio había estado preocupada por el hecho de que un hombre con más horas de vuelo que ella misma pudiera presentarse en Parolando. Uno lo había hecho ya, pero no era agresivo. Su única ambición era estar en la nave y no parecía importarle bajo qué rango.

De alguna forma, jamás se le había ocurrido pensar en la posibilidad de verse desplazada por una mujer. Había tan pocas mujeres aeronautas en su época, y tan poca gente que hubiera vivido después de 1983 había aparecido por allí —sólo uno, de hecho—, que no se había preocupado por aeronautas de esa época. Por lo que Firebrass había dicho, después de 1983 había sido cuando se había producido la gran moda de los enormes dirigibles rígidos. Pero las posibilidades de que algún aeronauta de esa época se presentara allí eran mínimas.

Pero la suerte había jugado dos veces contra ella, y ahí estaba ahora esa Obrenova, una mujer que tenía 860 horas de vuelo como capitana de una gigantesca aeronave soviética.

Y las posiciones de los oficiales aún no habían sido anunciadas. No importaba. Jill estaba convencida de que la pequeña rubia recién llegada sería la primera oficial. Siendo realistas, debía serlo. Si Jill estuviera en el lugar de Firebrass, habría dado ese paso sin dudar.

Por otra parte, tan sólo quedaban dos meses antes de que el *Parseval* despegara para el viaje polar. La rusa podía necesitar un reentrenamiento más prolongado que eso. Después de treinta y cuatro años de vida en el suelo, podía estar algo oxidada. No tendría más que un mes para familiarizarse con las cámaras de gas del *Minerva*. Luego debería dedicar el otro mes a entrenarse en la gran nave con todos los demás.

¿Podía conseguirlo? Por supuesto que podía. Jill no hubiera necesitado tanto tiempo.

Estaba en la sala de conferencias con los candidatos oficiales cuando Anna Obrenova fue introducida por Agatha. Apenas verla, a Jill le dio un vuelco el corazón, como un motor a punto de pararse. Antes de oír el excitado anuncio de Agatha de la identidad de la recién llegada, supo de qué se trataba.

Anna Obrenova era bajita y delgada, pero con largas piernas y pecho abundante. Tenía un largo y reluciente cabello amarillo, ojos azul oscuro, un rostro en forma de corazón, pómulos altos, una boca sensual, y un tono bronceado profundo en la piel. Era, por citar otro artículo del periódico, «una belleza».

Asquerosamente delicada y femenina. Injustamente también.

Exactamente el tipo que los hombres desean simultáneamente proteger y llevarse a la cama.

Firebrass se puso en pie y avanzó hacia ella, el rostro resplandeciente, los ojos chorreando hormonas masculinas.

Pero fue la reacción de Thorn la que sorprendió a Jill. Al ver entrar a Obrenova, saltó en pie y abrió la boca, la volvió a cerrar, la abrió de nuevo, la cerró. Su rubicundo rostro estaba pálido.

—¿La conoces? —preguntó Jill en voz baja.

El hombre se sentó y por un momento se cubrió el rostro con las manos.

Cuando las apartó de nuevo, dijo:

—¡No! ¡Por un segundo creí que era ella! ¡Se parece tanto a mi primera esposa! Aún no puedo creerlo.

Thorn permaneció tembloroso en su silla mientras los demás se apiñaban en torno a Obrenova. Hasta que los otros no hubieron sido presentados no se levantó y estrechó su mano. Entonces le dijo cuán asombrosamente se parecía a su mujer. Ella sonrió —«esplendorosamente» era un cliché, pero no había otro adjetivo apropiado— y dijo, en un inglés con fuerte acento:

—¿Amaba usted a su esposa?

Era una pregunta extraña en aquellas circunstancias. Thorn retrocedió un paso y dijo:

—Sí, mucho. Pero ella me abandonó.

—Lo siento —dijo Obrenova, y no volvieron a cruzar otra palabra en toda la reunión.

Firebrass la hizo sentar y le ofreció comida, cigarrillos y licor. Ella aceptó lo primero pero declinó lo demás.

—¿Significa eso que no tienes vicios? —dijo Firebrass—. Esperaba que al menos tuvieras uno.

Obrenova ignoró la observación. Firebrass se alzó de hombros y empezó a hacerle preguntas. Jill se sintió deprimida mientras escuchaba la enumeración de su experiencia. Había nacido en Smolensk en 1970, había sido educada como ingeniero aeronáutico, y en 1984 se había convertido en piloto de aeronaves. En 2001 había sido ascendida a capitana de la nave de carga y pasajeros Lermontov.

Finalmente, Firebrass dijo que debía estar cansada. Agatha le buscaría un alojamiento.

—Preferiblemente en este edificio —dijo.

Agatha respondió que no había habitaciones disponibles. Tendría que conformarse con una cabaña cerca de las de la señorita Gulbirra y el señor Thorn.

Firebrass pareció decepcionado.

—Bien, quizá podamos encontrar un lugar para ella aquí, más tarde. Mientras tanto, iré contigo, Anna, y me aseguraré que no te den una pocilga.

Jill se sintió aún más deprimida. ¿Cómo podía esperar objetividad de él, cuando se sentía tan obviamente atraído por la rusa?

Por un instante dejó correr sus fantasías. ¿Y si secuestraba a la pequeña rusa y la mantenía bien atada en un lugar oculto hasta el momento del despegue del *Parseval*? Firebrass no retrasaría la fecha de la partida hasta que fuera hallada. Jill Gulbirra sería entonces la primera oficial.

Y si podía hacerle esto a Obrenova, ¿por qué no a Firebrass?

Entonces sería capitana.

Las imágenes evocadas eran agradables, pero no sería nunca capaz de hacerle esto a nadie, por fuertes que fueran sus sentimientos. Violar sus derechos humanos y su dignidad sería violarse, destruirse a sí misma.

Durante la siguiente semana a veces golpeó sus puños contra la mesa y a veces lloró. O ambas cosas a la vez. A la otra semana se dijo a sí misma que era inmadura. Acepta lo que es inevitable y disfruta del resto. ¿Era tan importante para ella el ser finalmente capitana de una aeronave?

Sí, para ella lo era. Para cualquier otra persona en el mundo, no.

Pero tragó su amargura y su resentimiento.

Piscator debió darse cuenta de lo que sentía. Lo descubrió frecuentemente mirándola. Entonces

sonreía o simplemente miraba hacia otro lado. Pero lo sabía, ¡lo sabía!

Pasaron seis meses en vez de dos. Firebrass dejó de intentar conseguir que Obrenova se trasladara a su apartamento. No mantuvo en secreto su deseo, ni ocultó el hecho de que finalmente ella lo había rechazado.

—Algunas veces gamas, otras pierdes —le dijo a Jill con una irónica sonrisa—. Quizá no le gusten los hombres. Conozco una veintena o más que beben los vientos por ella, y se les muestra tan fría como si fuera la Venus de Milo.

—Estoy segura de que no es lesbiana —dijo Jill.

—Lo dice una especialista, ¿eh?

—Maldita sea, sabes que soy ambivalente —dijo ella furiosa, y se alejó.

—¡Indecisa es la palabra exacta! —le gritó él a sus espaldas.

Por aquel entonces Jill había estado viviendo con Abel Park, un hombre alto, musculoso, apuesto e inteligente. Era un Niño del Río, uno de los varios millones de niños que habían muerto en la Tierra con más de cinco años. Abel no recordaba en que país había nacido o cuál había sido su idioma natal. Aunque resucitó en un área en que la mayoría eran hindúes medievales, fue adoptado y educado por una pareja de escoceses, nacidos el siglo XVIII en las Tierras Bajas de Escocia, de origen campesino. Pese a su pobreza, el padre adoptivo había conseguido un doctorado en medicina en Edimburgo.

Abel había abandonado el área cuando sus padres resultaron muertos, y vagó Río abajo hasta llegar a Parolando. A Jill le había caído bien y le había pedido que fuera su compañero de cabaña. El muchachote había aceptado alegremente, y así habían conocido unos meses idílicos. Pero, aunque inteligente, era ignorante. Jill le enseñó todo lo que pudo: historia, filosofía, poesía, e incluso algo de aritmética. Él se sentía ansioso por aprender, pero finalmente la acusó de querer dominarle.

Sorprendida, Jill lo negó.

—Sólo deseo educarte, proporcionarte unos conocimientos que te fueron negados porque moriste demasiado pronto.

—Sí, pero te muestras tan impaciente. Olvidas constantemente que no estoy a tu altura. Cosas que a ti te parecen sencillas, porque siempre has vivido con ellas, son sorprendentes para mí. No tengo tus referencias.

Hizo una pausa. Luego añadió:

—Tú eres una chauvinista del conocimiento. En pocas palabras, una... ¿cómo lo decís vosotros? ... una snob.

Jill aún se sintió más sorprendida. Negó esto también, aunque una posterior reflexión le indicó que quizá él tuviera razón. Por aquel entonces ya era demasiado tarde para reparar el daño. Él la dejó por otra mujer.

Se consoló diciendo que él estaba demasiado acostumbrado a la idea del hombre como jefe. Le resultaba difícil aceptarla a ella como a un igual.

Más tarde, se dio cuenta de que eso era cierto sólo parcialmente. En realidad, ella sentía en lo profundo un cierto desdén hacia él, debido a que no era, mí nunca podría serlo, mentalmente su igual. Había sido una actitud inconsciente, y ahora que se daba cuenta de ello, lamentaba haberla sostenido.

De hecho, se sentía avergonzada por ello.

Después de eso, no hizo ningún esfuerzo por tener más que relaciones de lo más esporádicas. Sus parejas eran hombres y mujeres que, como ella, deseaban tan sólo satisfacción sexual. Normalmente, tanto ella como los otros u otras la obtenían, pero Jill siempre se sentía luego frustrada. Necesitaba un auténtico afecto y compañerismo.

Obrenova y Thorn, observó, debían pertenecer a la misma clase que ella. Al menos, nadie se trasladaba de una forma permanente a sus cabañas. Sin embargo, nunca les había observado demostrar ningún interés por nadie que pudiera ser interpretado como sexual. Por lo que ella sabía, nadie pasaba ni siquiera una noche con ellos.

A Thorn, sin embargo, parecía gustarle la compañía de Obrenova. A menudo Jill los veía hablar animadamente entre ellos. Quizá Thorn estaba intentando hacer de ella su amante. Y quizá la rusa se negaba porque pensaba que sólo iba a ser una sustituta de su primera esposa.

Tres días antes de la gran partida, se decretó una gran fiesta. Jill abandonó la zona de las llanuras porque estaba tan atestada y llena de ruido, con gente venida de arriba y abajo del Río. Estimó que debía haber al menos varios cientos de miles de personas acampando en Parolando, y que serían el doble cuando llegara el momento del despegue del *Parseval*. Se retiró a su cabaña, dejándola tan sólo para ir a pescar un poco. Al segundo día, mientras estaba sentada al borde del pequeño lago, con la mirada vacía perdida en el agua, oyó que alguien se aproximaba.

Su irritación ante la invasión desapareció cuando vio a Piscator. Llevaba una caña de pescar y un cesto de mimbre. Silenciosamente, se sentó a su lado y le ofreció un cigarrillo. Ella negó con la cabeza. Por algún tiempo ambos miraron a la superficie del agua, ligeramente agitada por el viento, rota aquí y allá por el salto de algún pez.

Finalmente, Piscator dijo:

—No queda mucho tiempo antes de que tenga que decir adiós relucientemente a mis discípulos y a todas mis labores piscatorias.

—¿Es tan importante para ti?

—¿Quieres decir, abandonar esta placentera vida por una expedición que puede tener como final la muerte? No lo sabré hasta que ocurra.

Tras un largo silencio, añadió:

—¿Y cómo te va a ti? ¿Ninguna otra experiencia como la de aquella noche?

—No, estoy perfectamente.

—Pero todavía llevas un puñal clavado en tu corazón.

—¿Qué quieres decir con eso? —murmuró ella, volviendo la cabeza para mirarle. Esperó que su asombro no le pareciera a Piscator tan ficticio como se lo parecía a ella misma.

—Hubiera debido decir tres puñales. El puesto de capitán, la rusa, y sobre todo lo demás tú misma.

—Sí, tengo problemas. ¿Pero quién no los tiene? ¿O acaso tú eres la excepción? ¿Eres humano, al menos?

Él sonrió.

—Muy humano —dijo—. Más que la mayoría, puedo decirlo sin que parezca inmodestia. ¿Pero

por qué? Porque he realizado mi propio potencial humano casi en su totalidad. No puedo esperar que lo creas. A menos que tú, algún día... pero ese día puede que no llegue nunca.

»De todos modos, referente a tu pregunta sobre mi humanidad, a veces me he preguntado si algunas personas a las que conocemos son humanos. Quiero decir, ¿pertenecen a la especie *Homo sapiens*?

»¿No es posible, incluso altamente probable, que Quienes Sean los responsables de todo esto tengan agentes entre nosotros? Para qué propósito, no lo sé. Pero pueden ser catalizadores para provocar algún tipo de acción entre nosotros. Por acción, no quiero significar acción física, como la construcción de barcos fluviales y aeronaves, aunque eso puede ser también parte del plan. Me refiero a acción psíquica. A canalizar, podríamos llamarlo, la humanidad. ¿Hacia qué? Quizá hacia una meta en cierto modo parecida a la que postula la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Una meta espiritual, un refinamiento del espíritu humano. O quizá, para utilizar una metáfora cristiano-musulmana, para separar las ovejas de los carneros.

Hizo una pausa, y dio una chupada a su cigarrillo.

—Para seguir con las metáforas religiosas, puede que existan dos fuerzas actuando aquí, una malvada, la otra buena. Una de ellas está trabajando contra la consecución de esa meta.

—¿Qué? —dijo Jill. Y luego—: ¿Tienes alguna prueba de todo eso?

—No, sólo especulaciones. No me interpretes mal. No creo que Shaitán, Lucifer si lo prefieres, esté realmente conduciendo una guerra fría contra Alá, o Dios, al que nosotros los sufíes preferimos denominar El Real. Pero a veces me pregunto si no habrá en un cierto sentido un paralelismo entre... Bueno, todo son especulaciones. Si hay agentes, entonces tienen toda la apariencia de seres humanos.

—¿Sabes algo que yo no sé?

—Probablemente he observado algunas cosas. Tú también lo has hecho, la diferencia estriba en que tú no las has correlacionado hasta formar con ellas un esquema. Un esquema más bien sombrío. Aunque es posible que yo esté contemplando el lado equivocado del esquema. Sí le hiciera dar la vuelta, el otro lado tal vez resplandeciera con luz propia.

—Me gustaría saber de qué estás hablando. ¿Te importaría mostrarme algo de este... esquema?

Él se levantó y arrojó al lago la colilla de su cigarrillo. Un pez emergió, la engulló, y volvió a hundirse con un chapoteo.

—Hay todo tipo de actividad ahí, debajo de este espejo de agua —dijo, señalando al lago—. No la podemos ver porque el agua es un elemento distinto del aire. Los peces saben lo que está ocurriendo ahí abajo, pero eso no nos sirve de mucho a nosotros. Todo lo que podemos hacer es lanzar nuestros anzuelos a la oscuridad y esperar que atrapen algo.

»En una ocasión leí una historia en la cual un pez se sentaba en el fondo de un profundo y oscuro lago y lanzaba su caña de pescar hacia el aire, a la orilla. Y con su cebo pescaba hombres.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir al respecto?

Él asintió y dijo:

—Imagino que asistirás a la fiesta de despedida de Firebrass esta noche.

—Más que una invitación es una orden. Pero odio tener que ir. Va a ser una borrachera monumental.

—No tienes que ensuciarte uniéndote a los cerdos en su bestialidad. Ve con ellos pero no seas uno de ellos. Eso te permitirá gozar de la sensación de que eres superior a todos ellos.

—Eres un asno —dijo ella. Y luego, rápidamente—: Lo siento, Piscator. Yo soy el asno. Me has leído correctamente, por supuesto.

—Creo que Firebrass va a anunciar esta noche el rango de pilotos y oficiales.

Ella contuvo el aliento por un instante.

—Yo también lo creo, aunque no me complace en absoluto saberlo.

—Le concedes demasiada importancia al rango. Y lo que es peor aún, lo sabes pero no puedes hacer nada al respecto. En cualquier caso, creo que tienes excelentes posibilidades.

—Espero que sí.

—Mientras tanto, ¿te importa acompañarme en barca a pescar en el centro del lago?

—No, gracias.

Se puso en pie rígidamente y tiró del sedal. El cebo había desaparecido del anzuelo.

—Creo que voy a ir a casa a incubar un poco todo esto.

—No pongas ningún huevo —dijo él, sonriendo.

Jill dejó escapar un suave resoplido y se marchó. Antes de llegar a su cabaña, pasó por delante de la de Thorn. De ella surgían fuertes e irritadas voces. Las de Thorn y Obrenova.

Así que finalmente se habían juntado. Pero no parecían ser muy felices.

Jill vaciló un momento, casi abrumada por el deseo de escuchar. Luego siguió adelante, pero no pudo evitar oír a Thorn gritar algo en un idioma desconocido para ella. De modo que tampoco hubiera conseguido nada escuchando. ¿Pero cuál era ese idioma? No le sonaba en absoluto como ruso.

Obrenova, con una voz más baja, pero aún lo suficientemente fuerte como para que Jill pudiera oírla, respondió algo en el mismo idioma. Evidentemente, era una petición de que bajara voz.

Siguió un silencio. Jill siguió caminando rápidamente, confiando en que no miraran fuera y pensarán que había hecho lo que había estado a punto de hacer. Ahora tenía algo en lo que pensar. Por lo que sabía, Thorn sólo sabía hablar inglés, francés, alemán y Esperanto. Por supuesto, podía haber aprendido un montón de lenguas durante sus vagabundeos a lo largo del Río. Incluso la persona menos dotada para los idiomas no podía evitar el hacerlo.

De todos modos, ¿por qué hablarían entre si en cualquier otra lengua que no fuera su idioma nativo o el Esperanto? ¿Acaso conocían algún idioma que utilizaban sólo para pelearse a fin de que nadie pudiera entenderles?

Le comentaría esto a Piscator. Quizá tuviera alguna opinión que la iluminara al respecto.

Tal como fueron las cosas, sin embargo, no tuvo ocasión de hacerlo, y cuando el *Parseval* despegó había olvidado por completo el asunto.

Descubrimientos

20 de enero del año 20 después de la Resurrección

Peter Jairus Frigate
 A bordo del *Abigarrado*
 Zona Templada del Sur
 Mundo del Río

Robert F. Rohring
 Río abajo (espero)

Querido Bob:

En trece años en este barco he enviado treinta y una de estas misivas. Cartas de un Lázaro. Cables desde Caronte. Misiva del Mictlán. Conferencia en Po. Perorata desde Tir na nOc. Tonadas desde Tuonela. Alegorías de al-Sirat. Debates desde la Estigia. Inspiraciones desde Issus. Etc.

Ya basta de ampulosidades aliteradas.

Hace tres años arrojé al agua mi Telegrama desde Tártaro. Escribí casi todo lo significativo que me había ocurrido desde que tú moriste en St. Louis a causa de haber vivido demasiado. Naturalmente, no leerás nunca ninguna de estas dos cartas, excepto por una de esas rarísimas casualidades.

Aquí estoy hoy, bajo el brillante sol de la tarde, sentado en la cubierta de una goleta de dos mástiles, escribiendo con una pluma de hueso de pescado y tinta de carbón sobre un papel de bambú. Cuando haya terminado, enrollaré las páginas, las envolveré en una membrana de pez, las meteré en un cilindro de bambú. Clavaré un disco de bambú en el extremo abierto. Rezaré una plegaria a los dioses que quieran oírme. Y tiraré el cilindro por la borda. Ojalá te llegue vía Correo Fluvial.

El capitán, Martin Farrington, el Frisco Kid, está en estos momentos al timón. Su cabello rojizo brilla al sol y se agita con el viento. Parece medio polinesio, medio celta, pero no es ninguna de las dos cosas. Es un americano de ascendencia inglesa y galesa, nacido en Oakland, California, en 1876. Él no me lo ha dicho, pero yo lo sé porque conozco quién es realmente. He visto demasiadas fotos de él para no reconocerle. No puedo divulgar su verdadera identidad porque tiene alguna razón para esconderse tras un seudónimo. (El cual, incidentalmente, está tomado de dos de sus personajes de ficción). Si, fue un famoso escritor. Quizá seas capaz de imaginártelo, aunque lo dudo. Una vez me dijiste que sólo habías leído uno de sus libros, Cuentos de la patrulla de pesca, y creías que era malo. Lamenté que te negaras a leer sus obras más importantes, algunas de las cuales son ahora clásicos.

El y su primer contramaestre, Tom Rider, «Tex», y un árabe llamado Nur, son los únicos miembros que quedan de la tripulación original. Los otros han ido abandonando el barco por una u otra razón: muerte, aburrimiento, incompatibilidad, etc. Tex y el Kid son las únicas dos personas que he encontrado en el Río que pueden ser consideradas como famosas. He estado a punto de conocer a Georg Simon Ohm (habrás oído hablar de los ohmios) y James Nasmyth, el inventor del martillo pilón. Pero Rider y Farrington estaban cerca del principio de la lista de las veinte personas que más me hubiera gustado conocer. Es una lista muy peculiar, pero, siendo yo humano, también soy peculiar.

El auténtico nombre del primer contramaestre no es Rider. Su rostro es algo que nunca hubiera podido olvidar, pese a la ausencia de su sombrero blanco de ala ancha que le hace parecer menos familiar. Fue el gran héroe cinematográfico de mi infancia, compitiendo con mis héroes literarios: Tarzán, John Carter de Barsoom, Sherlock Holmes, Dorothy de Oz, y Ulises. De las 260 películas del oeste que hizo, vi al menos cuarenta. Las vi en esas sesiones de segundo o tercer reestreno en cines de barrio, el Grande, el Princesa, el Columbia y el Apolo, todos ellos en Peoría, todos ellos desaparecidos mucho antes de que yo cumpliera los cincuenta años. Sus películas me proporcionaron algunas de mis mejores horas doradas. No recuerdo los detalles o las escenas de ninguna en particular, todas ellas son como un montaje borroso y parpadeante, con la figura de Rider gigantesca en el centro.

Cuando tenía unos cincuenta y dos años, empecé a interesarme en escribir biografías. Ya sabes que durante muchos años planeé escribir una gran biografía de Sir Richard Francis Burton, el famoso e infame explorador, escritor, traductor, espadachín, antropólogo, etc., del siglo XIX.

Pero exigencias financieras me mantuvieron demasiado ocupado para trabajar mucho en Un inquieto caballero para la Reina. Finalmente, cuando ya estaba preparado para dedicarme por completo al Caballero, vino Byron Farwell con una excelente biografía de Burton. De modo que decidí esperar unos cuantos años, hasta que el mercado pudiera asimilar otra biografía de Burton. Y justo cuando estaba a punto de empezar de nuevo, fue publicada la vida de Burton —probablemente la mejor— de Fawn Brodie.

Así que olvidé el proyecto durante diez años. Mientras tanto, decidí escribir una biografía de mi héroe favorito de la infancia (aunque compartía los honores con Douglas Fairbanks, Senior, mi otro favorito).

Leí un montón de artículos acerca de mi héroe en revistas de cine y del oeste y en recortes de periódicos. Todos ellos lo describían como si hubiera vivido una vida más aventurera y llena de lances que las de los héroes que interpretaba en sus filmes.

Pero seguía sin tener el dinero necesario para dejar de escribir ficción el tiempo suficiente como para viajar a través de todo el país entrevistando a la gente que lo había conocido... aunque la hubiera encontrado. Había algunos que hubieran podido darme detalles de su carrera como Ranger de Texas, como alguacil en Nuevo México, como ayudante del sheriff en el territorio de Oklahoma, como soldado de caballería con Roosevelt en San Juan Hill, como soldado en la insurrección de las Filipinas y la rebelión de los Boxer, como domador de caballos para los británicos y posiblemente como mercenario para ambos bandos en la guerra de los Boer, como mercenario a las órdenes de Madero en México, como artista de rodeo, y como el mejor pagado actor de cine de su tiempo.

Uno no podía confiar en todos los artículos escritos sobre él. Incluso aquellos que afirmaban haberlo conocido bien daban diferentes versiones de su vida. Los artículos evocativos a su muerte estaban llenos de contradicciones. Y sabía que tanto la Fox como la Universal habían añadido un montón de publicidad en las historias que se contaban sobre él, la mayoría de las cuales debían ser comprobadas para eliminar las exageraciones o incluso las más falaces mentiras.

La mujer que creía era su esposa había escrito una biografía de él. Por ella nunca sabrás que se había divorciado y vuelto a casar dos veces antes. O que había tenido dos hijas con otra mujer. O que tenía un «problema con la bebida». O un hijo ilegítimo que era joyero en Londres.

Ella creía que era su primera esposa pero, tal como se demostró luego, era la segunda o la tercera. Nadie puede estar demasiado seguro de eso.

El que para ella siguiera siendo un héroe intachable después de todo esto dice mucho de ella, sin embargo. También dice mucho más de él.

Un buen amigo mío, Coryel Varoll (lo recordarás, un acróbata de circo, juglar, funámbulo, gargantuesco bebedor de cerveza, un fanático de Tarzán) me escribió sobre él. En 1964, creo.

»Recuerdo la primera vez que lo conocí: creí que estaba ante Dios... Muchos años más tarde, después de estar muchas veces con él bajo la misma lona (en el mismo circo quiero decir), la admiración desapareció, pero siguió siempre adorado por la mayoría de la gente y convertido siempre en ídolo por los muchachos incluso después de haber dejado de hacer películas... Sé que sobrio era un tipo estupendo, aunque borracho se peleaba por el menor motivo y hacía algunas de las peores cosas (¿no las hacemos todos?)... Tengo unas cuantas docenas de historias sobre él que nunca han sido publicadas. Te las contaré la próxima vez que nos veamos».

Pero, de algún modo, Cory nunca lo hizo.

Incluso se dudaba de su fecha de nacimiento. Sus estudios y su esposa afirmaban que había nacido en 1880. El monumento cerca de Florence, Arizona (donde murió yendo a ciento treinta por hora en una asquerosa carretera secundaria), dice 1880. Pero hay pruebas en contra que dicen que era en 1870. Tuviera sesenta o setenta años, de todos modos, parecía un joven de cincuenta. Siempre se había mantenido en gran forma.

Uno de los amigos que lo vio poco antes de su fatal accidente dijo que estaba conduciendo un Ford convertible amarillo. Su esposa dijo que era blanco. Así son los testigos oculares. El departamento de publicidad del estudio afirmaba que había nacido y se había educado en Texas. Descubrí por mí mismo que eso no era cierto. Había nacido cerca de Mix Run, Pensilvania, y abandonó el lugar a los dieciocho años para entrar en el ejército.

Justo cuando estaba a punto de escribir al Departamento de la Guerra para pedir una copia de su historial militar —y descubrir por mí mismo qué había hecho en el ejército— apareció una novela escrita por Darryl Ponicsan. Me habían ganado la mano otra vez; de nuevo había llegado demasiado tarde. Aunque el libro era semificción, su autor había efectuado el mismo trabajo de investigación que yo había planeado hacer.

Así que... mi héroe no era el nieto de un jefe cherokee. Ni había nacido en El Paso, Texas. Y, cuando estaba en el ejército, no había sido seriamente herido en San Juan Hill ni herido en las Filipinas.

En realidad, se había alistado al día siguiente de que empezara la guerra hispanoamericana. Estoy seguro —como lo estaba Ponicsan— de que esperaba entrar en acción. No hay duda de que tenía mucho valor y de que deseaba hallarse allá donde las balas fueran más densas.

Sin embargo, fue mantenido en el fuerte y luego honorablemente licenciado. Pese a lo cual volvió a alistarse. Pero tampoco consiguió acción. Así que desertó en 1902.

No fue a África del Sur, como proclamaban los estudios.

En vez de ello, se casó con una joven maestra de escuela y marchó con ella al territorio de Oklahoma. O bien el padre de ella consiguió anular el matrimonio, o ella simplemente lo abandonó y el divorcio nunca llegó a proclamarse. Nadie está seguro de ello.

Mientras trabajaba como camarero en un bar, poco antes de ir a trabajar al Rancho 101 en Oklahoma, se casó con otra mujer. Este matrimonio tampoco funcionó, y aparentemente tampoco se divorció de ella.

La mayoría de lo que afirmaba el departamento de publicidad de los estudios —y el propio Rider— era falso. Esas historias eran inventadas para crear una aureola en torno a un hombre que no la necesitaba. A Rider no le importaban esas historias, quizá incluso él mismo inventara alguna para los estudios. Tras algún tiempo, incluso llegó a creérselas él mismo. Quiero decir, creerlas realmente. Creo que puedo afirmarlo. Le he oído relatar casi todas esas prevaricaciones, y es evidente que en la actualidad la ficción es tan genuina para él como la realidad.

Esta confusión en la distinción entre realidad y fantasía no interfiere en ningún modo con su competencia en la vida real, por supuesto.

Si embargo, rechazó el deseo de la Fox de hacerle pasar como el hijo ilegítimo de Búfalo Bill. Eso hubiera podido provocar investigaciones que hubieran puesto al descubierto toda la verdad.

Y nunca dice ni una palabra acerca de haber sido una gran estrella de cine. Cuenta historias acerca de sus experiencias en películas, pero en ellas siempre es un extra.

¿Por qué está utilizando un seudónimo? No lo sé.

Su tercera esposa lo describió como alto, delgado y moreno. Supongo que a principios de los 1900 podía considerársele como un hombre alto, aunque es más bajo que yo. Su delgado cuerpo contiene músculos de acero. Farrington es más bajo que él pero muy musculoso. Siempre quiere medir su fuerza con Tom, especialmente cuando ha estado (Farrington) bebiendo. Tom acepta. Apoyan un codo sobre la mesa, sujetándose las manos, y luego intentan forzar la mano del otro contra la mesa. Es una larga lucha, pero normalmente gana Tom.

Farrington se echa a reír, pero creo que realmente se siente apenado.

Me he medido con los dos, consiguiendo ganar (o perder) la mitad de las veces. Puedo ganarles a ambos en lanzamiento y en salto. Pero cuando se trata de boxear o de luchar con la pértiga, normalmente salgo perdiendo. No tengo su «instinto asesino». Además, su machismo nunca ha representado demasiado para mí. Aunque quizá sea porque lo he suprimido por un miedo inconsciente a la competición.

En cambio es importante para Farrington. Si lo es para Tom, nunca lo ha dejado entrever.

De todos modos, fue una gran cosa para mí poder estar con los dos. Sigue siéndolo todavía, aunque el constante contacto engendra, sino el desdén, sí la familiaridad.

Tom Rider ha ido arriba y abajo por el Río a lo largo de cientos de miles de kilómetros, y ha sido muerto tres veces.

En una ocasión resucitó cerca de la desembocadura del Río. Por cerca quiero decir que estaba a tan sólo 20.000 kilómetros de distancia. Aquello era la región ártica. La desembocadura del Río está, como sus fuentes, cerca del Polo Norte. Sin embargo, las dos parecen estar diametralmente opuestas, con las aguas brotando de las montañas en un hemisferio y vaciándose en las montañas en otro hemisferio.

Por lo que he oído, hay un mar en torno al Polo Norte, y está vallado por una montaña circular que haría parecer el monte Everest como una verruga. El mar brota en una abertura en la base de las montañas, zigzaguea por todo el hemisferio, rodea finalmente el Polo Sur, y se adentra en el otro hemisferio. Allí se enrosca como una serpiente del antártico hasta el ártico, en un millar o más de vueltas y revueltas, y finalmente se vacía en las montañas polares del norte. (En realidad, es una sola montaña... como el cono de un volcán).

Si dibujara un esbozo del Río, parecería como la Serpiente Midgard de la mitología nórdica, una serpiente de tamaño planetario que se muerde la cola.

Tom dice que las zonas más cercanas a la boca están pobladas principalmente por hombres prehistóricos de las Eras Glaciares, antiguos siberianos, y esquimales. Junto a ellos hay pequeñas cantidades de habitantes de la moderna Alaska, canadienses del norte, y rusos, creo. Y algunos otros de cualquier tiempo y lugar.

Tom, siendo el aventurero que es, decidió viajar hasta la desembocadura. El y otros seis construyeron algunos kayacs y remaron corriente abajo desde la tierra de bruma. Sorprendentemente, la vegetación crecía entre la niebla y en la oscuridad durante todo el camino hasta la desembocadura. Igualmente, las piedras de cilindros se extendían durante más de un millar de kilómetros en las brumas. La expedición celebró su última comida del cilindro en la última piedra y entonces, cargados con su pescado seco y su pan de bellotas y lo que habían reservado de sus cilindros, siguieron remando, con la cada vez más intensa corriente empujándolos hacia su destino.

Los últimos cien kilómetros los recorrieron en una corriente contra la cual era imposible remar. Ni siquiera podían intentar dirigirse a la orilla; las estrechas paredes del cañón caían a pico directamente sobre el agua. Los viajeros se vieron forzados a comer y dormir sentados en sus kayacs.

Parecía como si aquello fuera el fin para todos ellos, lo fue. Se sumergieron en una enorme cueva cuyo techo paredes estaban tan lejos que la antorcha de Tom no conseguía alcanzarlas. Luego, con un horrible rugir, el Río penetró en un túnel. Allí el techo era tan bajo que la cabeza de Tom golpeó violentamente contra él. Eso es todo lo que recuerda. Indudablemente, el kayak fue despedazado contra el mismo techo.

Tom se despertó al día siguiente en algún lugar cerca de la región del Polo Sur.

(Continuación de la carta de Frigate)

—Hay una Torre en medio de un mar rodeado por las montañas polares —dijo Tom.

—¿Una Torre? —dije yo—. ¿Qué quieres decir?

—¿No has oído hablar de eso? Pensé que todo el mundo sabía lo de la Torre.

—Nadie me lo mencionó nunca.

—Bien —dijo, adoptando un aire peculiar—. Es un Río infernalmente largo. Supongo que debe estar lleno de zonas en las que nadie haya oído la historia.

Y procedió a contármela exactamente tal como era, una historia. Sin ninguna prueba. El hombre que se la contó a Tom podía ser un mentiroso, y sólo Dios sabe que aquí hay tantos como los había en la Tierra. Pero este no era un relato oído de un hombre que lo había oído de otro el cual a su vez lo había oído de otro y así sucesivamente. El propio Tom había hablado con el hombre que afirmaba haber visto la torre. Hacía mucho que Tom conocía a aquel hombre, pero nunca había dicho una palabra al respecto hasta una noche en que cogió una gran trompa junto con Tom. Cuando se hubo serenado, se negó a hablar otra vez de ello. Estaba demasiado asustado.

Era un antiguo egipcio, que había formado parte de una expedición mandada por el faraón Akenatón o Ajnatón, como algunos lo pronunciaban. Ya sabes, el que intentó fundar una religión monoteísta allá por el siglo XIII antes de Cristo. Aparentemente, Akenatón fue resucitado en una zona junto con gente de su propia época. El que contó la historia, Pahren, un noble, fue reclutado por Akenatón junto con otros cuarenta. Construyeron un barco para iniciar el camino, sin saber cuán lejos tendrían que ir. O, naturalmente, cuál era su meta, excepto la fuente del Río. Akenatón creía que Atón, Dios, el sol, vivía allí, y que recibiría a cualquier peregrino con grandes honores. Podía, de hecho, trasladarlo al paraíso, un lugar mucho mejor que el Mundo del Río.

Pahren, al contrario del faraón, era un politeísta conservador. Creía en los «auténticos» dioses: Ra, Horus, Isis, toda la Vieja Pandilla. Siguió al faraón, pensando que lo conduciría hasta la morada de los dioses, donde sería castigado por haber abandonado la antigua religión en la Tierra. Justicia poética. Pero él, Pahren, sería convenientemente recompensado por su fe.

Afortunadamente para su búsqueda, la zona donde habían sido resucitados por primera vez se hallaba en el hemisferio norte, muy arriba del Río. Afortunadamente también, cruzaron zonas principalmente habitadas por escandinavos de finales del siglo XX. Estos eran comparativamente pacíficos, de modo que la tripulación del barco no fue esclavizada, y no tuvieron problemas para utilizar las piedras de cilindros.

Cuando ya estaban cerca de las montañas polares, llegaron a una zona poblada por gigantes subhumanos. Al parecer constituían una especie cuyos fósiles jamás habían sido encontrados en la Tierra. De dos y medio a tres metros de altura, lo creas o no. Con narices como probóscides de

monos. Con un lenguaje articulado, aunque su habla era simple.

Cualquiera de esos behemots hubiera podido barrer de la superficie del planeta a toda la tripulación con una sola mano, pero el barco les asustó. Pensaron que se trataba de un monstruo viviente, un dragón. Aparentemente, su zona, que se extendía a lo largo de varios miles de kilómetros, estaba aislada de la zona siguiente por un valle muy estrecho. El Río espumeaba al atravesarlo con una gran presión, creando una corriente contra la cual no podía luchar ningún barco.

Los egipcios no se detuvieron ante esto. Les tomó seis meses, pero lo lograron. Utilizando herramientas de pedernal y algunas herramientas de hierro —había algo de hierro en aquella zona, que cambiaron por licor y tabaco de sus cilindros—, tallaron un estrecho reborde a unos tres metros por encima del agua. Desmontaron el barco pieza a pieza y, acarreado las partes al hombro, se arrastraron por el kilómetro o así que los separaba del otro lado de la angostura.

En la tierra de los gigantes, los egipcios reclutaron a un individuo cuyo nombre no podían pronunciar. Lo llamaría Djehuti (la forma griega de su nombre era Thoth) debido que su larga nariz les recordaba a ese dios. Thoth tenía la cabeza de un ibis, un pájaro de largo pico.

El barco siguió Río arriba, hasta donde se terminaban las piedras de cilindros. Aquella zona estaba en perpetuas nieblas Aunque el Río perdía mucho de su calor mientras cruzaba el mar dentro de las montañas polares, aún seguía conservando el suficiente como para formar nubes cuando se encontraba con un aire más frío.

Llegaron a una catarata que era lo bastante grande como para hacer flotar la luna en ella, según dijo Pahren. El barco tuvo que ser abandonado tras ellos, y por lo que se sabe aún se encuentra en una plataforma en una pequeña caleta resguardada. Seguramente pudriéndose, con toda aquella humedad.

Ahora, aquí viene una de las partes más extrañas del relato. La expedición llegó a un risco que parecía infranqueable. Pero descubrieron un túnel que alguien había horadado a través del risco. Y luego, más tarde, al fondo de otro risco infranqueable, descubrieron el extremo de una cuerda hecha con toallas. Treparon por ella, y gracias a esas dos circunstancias pudieron llegar fácilmente al mar polar que hay más allá de las montañas.

¿Quién hizo el túnel y quién dejó la cuerda? ¿Y por qué? Me parece obvio que alguien preparó el camino para nosotros los terrestres. Dudo que fueran habitantes del Río quienes abrieron el túnel y colgaron la cuerda. La montaña que contenía el túnel era de cuarzo duro. El túnel hubiera estropeado un gran número de herramientas de acero, que de ninguna forma hubieran podido conseguirse en tales cantidades. Además, Pahren dijo que no había cascotes, nada de los fragmentos resultantes de la excavación apilados fuera del túnel. Incluso con herramientas de acero, un equipo no hubiera tenido tiempo de horadar el túnel. No hubieran podido traer consigo comida suficiente para el tiempo que les hubiera requerido terminar el trabajo.

Además, ¿cómo podía alguien haber subido el segundo risco sin ninguna cuerda? ¿Quizá algún misterioso grupo que había precedido a los egipcios lanzó un cohete arrastrando una cuerda? Tan sólo había allá arriba una proyección, una alta y delgada espira de roca, donde la hipotética cuerda con sus hipotéticos garfios pudiera engancharse. Las posibilidades de que el cohete la alcanzara (especialmente cuando era invisible desde abajo) y los garfios se aferraran a ella eran altamente remotas. Además, no había la carcasa de ningún cohete vacío por los alrededores. Quien fuera que

había tendido la cuerda había atado su extremo a la proyección. Y Pahen dijo que parecía como si la misma proyección hubiera sido cortada hasta formar una larga espira.

Fuera como fuese, tras arrastrarse por un saliente rocoso a través de una oscura caverna por la cual soplaban un helado viento, llegaron al mar. Las nubes cubrían el mar de extremo a extremo del ininterrumpido anillo circular que lo rodeaba. Sólo que no era ininterrumpido. Al otro lado debía existir una gran abertura entre dos montañas. Djehuti fue quien lo vio primero; giró un recodo justo en el momento en que el sol cruzaba por ella. Los que estaban detrás de él oyeron un grito, luego un rugido, y después un largo y aterrador alarido. Dieron la vuelta al recodo, y llegaron al borde de la cornisa justo a tiempo para ver el cuerpo de Djehuti desaparecer entre las nubes de abajo.

Más tarde reconstruyeron lo que había ocurrido. Había girado el recodo, y había encontrado un cilindro en el suelo a pocos pasos de él. Sí, un cilindro. Alguien les había precedido. Aparentemente, Djehuti lo vio también, y entonces el sol brilló por la abertura en la montaña. Cegado, o sorprendido, había retrocedido un paso, y había tropezado con el cilindro.

Había apenas la suficiente luz procedente del sol que se ocultaba de nuevo tras las montañas como para tener un atisbo de algo que había en medio del mar. Parecía como el extremo superior de un colosal cilindro surgiendo de entre las nubes. Entonces el sol acabó de ocultarse, y las nubes volvieron a cubrir el gran cilindro.

Probablemente te estarás preguntando cómo pudieron los egipcios ver el sol. Incluso aunque la grieta entre las montañas se extendiera hasta el horizonte, ¿no hubiera quedado cubierto por las nubes? La respuesta es, sí, las nubes lo hubieran cubierto bajo circunstancias normales. Pero se produjo una conjunción de vientos que despejaron momentáneamente las nubes justo en el momento en que el sol cruzaba la abertura. Una infeliz combinación de circunstancias para Djehuti, de todos modos.

Los vientos son peculiares en esa región. Dos veces despejaron las nubes de tal modo que los egipcios pudieron ver, brevemente, la parte superior de la Torre. Sin los rayos directos del sol, en la tenebrosa penumbra del reflejo de los cielos, sólo podían ver una masa oscura. Pero era suficiente. Había un objeto ahí en medio, un enorme objeto. No necesariamente un objeto hecho por la mano del hombre, puesto que no sabemos si los propietarios y operadores de este planeta son humanos. Pero era un artefacto; era demasiado perfectamente cilíndrico como para ser ninguna otra cosa. Aunque, a aquella distancia, hubiera podido ser una espira de roca, supongo.

Pero hubo algo más. Varias horas más tarde los egipcios vieron un objeto surgir de entre las nubes en torno a la Torre.

Era redondo, y para que ellos pudieran verlo desde donde estaban, tenía que ser enorme. Cuando estuvo muy alto, reflejó la luz del invisible sol. Entonces siguió subiendo hasta que se hizo también invisible.

Aquello me excitó realmente. Dije:

—¡Esa Torre podría ser el cuartel general, la base, de Quienes Sean que están detrás de todo esto!

—Eso es lo que el Frisco y yo creemos.

Los egipcios se habían encariñado con Djehuti. Pese a su ogresca apariencia, tenía buen corazón,

y le gustaba bromear. Incluso hacía juegos de palabras en egipcio, lo cual demuestra una considerable inteligencia por su parte. La humanidad es única en el reino animal; es la única especie capaz de jugar con las palabras. *¿Homo agnominatio?* No lo sé. Mi latín se esfuma cada vez más a medida que pasan los días. Si supiera encontrar a un antiguo romano o a un profesor de latín tomaría un curso para refrescar mi memoria.

Volviendo al relato de Pahen. Y a Djehuti. Si no hubiera sido por su gorilesca fuerza, los egipcios no hubieran llegado tan lejos como lo hicieron. Así que rezaron algunas oraciones por él, y siguieron su camino, ahora hacia abajo.

La estrecha cornisa se inclinaba, en líneas generales, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y era muy resbaladiza a causa de la humedad. Era apenas lo suficientemente ancha como para que un hombre caminara por ella, con el hombro pegado a la pared. Había varios lugares en los que se estrechaba, donde había que ponerse de cara a la pared y caminar de lado, la mejilla contra la roca, los talones colgando sobre el abismo, los dedos aferrados a cada aspereza.

A mitad del descenso, Akenatón estuvo a punto de caer. Tropezó en la niebla contra un esqueleto. Si, un esqueleto, indudablemente el del hombre que había abandonado el cilindro. Ninguno de sus huesos parecía estar roto, de modo que supusieron que había muerto de hambre y agotamiento. El faraón recitó una plegaria sobre los huesos, y los arrojó al mar. Al cabo de un rato llegaron al final del sendero. Estaban al nivel del mar. Desesperaban ya, pero Akenatón se aferró a un saliente con una mano y, con una antorcha en la otra, miró más allá de la proyección que les cortaba el paso.

Al otro lado había una abertura, la boca de una caverna. Rodeó el saliente, el agua hasta las rodillas, los pies sobre la cornisa que proseguía bajo el agua. Su antorcha le mostró un liso suelo de roca que se inclinaba hacia arriba en un ángulo de treinta grados. Los otros le siguieron sin vacilar.

Con Akenatón a la cabeza, caminaron pendiente arriba. Sus corazones latían fuertemente, sus pieles estaban heladas, sus dientes castañeteaban. Un hombre —nuestro Pahen— estaba tan asustado que sufrió una diarrea nerviosa.

¿Era aquella la entrada de la morada de los dioses? ¿Estaba Anubis con su cabeza de chacal aguardando para conducirles hasta el gran juez que pesaría en una balanza sus buenas obras contra las malas?

Fue entonces cuando Pahen empezó a pensar acerca de las cosas malas e injustas que había hecho en su vida, sus mezquindades y sus crueldades, sus egoísmos y sus traiciones. Por un momento se negó a continuar. Pero los otros siguieron andando, y la oscuridad empezó a gravitar sobre él, y siguió caminando... aunque a una cierta distancia detrás de los otros.

La cueva se convirtió en un túnel, cuyas paredes de piedra habían sido indudablemente trabajadas con herramientas. Empezó a curvarse suavemente y luego, tras un centenar de metros, desembocó en una enorme cámara circular. Estaba iluminada por nueve lámparas de metal negro montadas sobre altos trípodes. Las lámparas tenían forma esférica, y ardían con una fría y constante luz.

Había varias cosas en la cámara como para sorprenderles. La más cercana, sin embargo, era otro esqueleto. Como el anterior, iba aún vestido. El brazo derecho estaba completamente extendido como si intentara agarrar algo. A su lado había un cilindro. En un primer momento no examinaron los huesos, pero los describiré ahora. Era el esqueleto de una mujer, y el cráneo y algunos trozos de

cuero cabelludo que aún no se habían podrido mostraban que era negra.

Probablemente había muerto de hambre. Era trágicamente irónico, puesto que había muerto a pocos metros de comida.

Después de que su compañero muriera, había seguido adelante, probablemente arrastrándose parte del camino, extrayendo de algún lugar las fuerzas necesarias para mantenerse en pie en los lugares más estrechos. Luego, con la salvación a la vista, había muerto.

Me pregunto quién podía ser. ¿Qué la había impulsado a emprender aquel peligroso viaje? ¿Cuántos de su grupo murieron o volvieron atrás antes de llegar a la enorme cueva a través de la cual las olas del mar polar se vierten al exterior? ¿Cómo cruzaron el país de los peludos colosos de largas narices? ¿Cuál había sido su nombre, y por qué había estado tan firmemente decidida a introducirse en el corazón de la oscuridad?

Quizá hubiera dejado algún mensaje dentro de su cilindro. Sin embargo, la tapa estaba cerrada, de modo que sólo ella podía abrirlo. De todos modos, es muy poco probable que los egipcios hubieran podido leer su escritura. Aquello era antes de que los de la Iglesia de la Segunda Oportunidad esparcieran el Esperanto por todo el mundo. Además, miles de millones de personas que saben hablar este idioma no saben escribirlo.

Los egipcios rezaron una plegaria sobre aquellos huesos y luego inspeccionaron silenciosamente los objetos más grandes que había en la cámara: botes metálicos. Había once, algunos grandes, otros más pequeños, apoyados sobre bajos soportes metálicos en forma de V abiertos por ambos extremos.

Había también reservas de comida. No lo supieron al principio, puesto que nunca antes habían visto recipientes de plástico. Pero unos diagramas sobre hojas de plástico indicaban cómo abrirlos, lo cual hicieron. Contenían carne, pan y vegetales. Comieron de buen grado, y luego durmieron durante largo tiempo, tras el terrible cansancio de su viaje.

Pero tenían la sensación de que los dioses (El Dios, según Akenatón) habían velado por ellos. Les habían preparado un camino, aunque no había sido un camino fácil. El camino a la inmortalidad nunca había sido fácil, y sólo los virtuosos y los persistentes podían recorrerlo. Quizá Djehuti había pecado de alguna forma, y por ello había sido arrojado de la cornisa por los dioses.

Había diagramas, explicaciones de cómo hacerlo empleando únicamente signos, en los botes. Los estudiaron, y luego arrastraron uno de los botes grandes por el túnel. Podía contener a treinta personas, pero cuatro hombres podían alzarlo fácilmente o un hombre fuerte podía tirar de él. Lo echaron al mar en un lugar donde éste estaba moderadamente tranquilo, y el grupo se metió dentro. Había un pequeño tablero de control junto al timón. Aunque era un faraón y por ello estaba por encima de cualquier trabajo de cualquier clase, Akenatón tomó él mismo los controles. Siguiendo las instrucciones diagramadas, pulsó un botón del tablero. Se iluminó una pantalla, y en su centro apareció un perfil de la Torre. Pulsó otro botón, y el bote empezó a moverse por voluntad propia hacia mar abierto.

Todo el mundo estaba asustado, por supuesto, aunque su líder no lo demostraba. Sin embargo, tenían la sensación de que estaban en el lugar correcto y eran bien recibidos... en un cierto sentido. El bote les recordaba la barcaza en la cual, en su religión, los muertos viajan a través de las aguas del Otro Mundo, Amenti (Amenti proviene de Ament, una diosa cuyo nombre significa «lo

Occidental». Llevaba una pluma, como los libaneses, el pueblo al oeste de Egipto. Era probable que fuese una diosa libanesa adoptada por los egipcios. La pluma era también un signo jeroglífico para la palabra «Oeste». En tiempos posteriores, «Occidental» significaba la Tierra de los Muertos, y Ament se convirtió en la diosa del país de los muertos. Era ella quien les daba la bienvenida en la puerta del Otro Mundo. Les ofrecía pan y agua y, si los comían, se convertían en «amigos de los dioses»).

Naturalmente, la comida que encontraron en la cueva les recordó todo esto, del mismo modo que el bote era un análogo de la barcaza utilizada por los muertos en el Otro Mundo. Los egipcios, como muchos otros pueblos, se habían visto desconcertados, si no ultrajados, cuando despertaron de entre los muertos en el Mundo del Río. Aquello no era lo que los sacerdotes les habían dicho que ocurriría después de la muerte. Sin embargo, había algunos paralelismos allí, analogías físicas, con la tierra prometida. Además, el hecho de que hubiera un Río era reconfortante. Siempre habían sido un pueblo ribereño, que había pasado toda su existencia al borde del Nilo. Y ahora habían sido guiados por una divinidad hasta el corazón del Otro Mundo.

Se preguntaron si no hubieran debido llamar al gigante subhumano Anubis en vez de Djehuti. Anubis era el dios con cabeza de chacal que conducía a los muertos por el Mundo Subterráneo hasta el Doble Palacio de Osiris, el Juez, el Pescador de Almas. Sin embargo, Djehuti era el portavoz de los dioses y el conservador de sus archivos. A veces, tomaba la forma de un mono con cabeza de perro. Considerando los rasgos y el pelaje de su compañero, se parecía al avatar de Djehuti.

Nota: Estos dos aspectos de Thoth (Djehuti) indican que puede que se hubiera producido una fusión de dos dioses diferentes en los tiempos primitivos.

Este mundo tenía algunas similitudes con el Otro Mundo. Ahora que estaban en la Morada de Osiris, las similitudes eran aún más sorprendentes. El Mundo del Río podía ser ese país entre el mundo de los vivos y el de los muertos vagamente descrito por los Sacerdotes. Los sacerdotes habían contado confusas y contradictorias historias. Sólo los dioses conocían toda la verdad.

Fuera cual fuese esa verdad, pronto sería descubierta. La Torre no se parecía a su imagen del Doble Palacio de Justicia, pero quizá los dioses habían cambiado las cosas. El Mundo del Río era un lugar de constante cambio, un reflejo del estado mental de los propios dioses.

Akenatón giró el volante hasta que la Torre naranja quedó partida por la línea vertical que dividía la pantalla. A veces, sólo para convencerse a sí mismo de que mantenía el control sobre la velocidad, apretaba el bulbo situado a la derecha de la rueda del timón. La velocidad del bote podía incrementarse o disminuir según la fuerza con que el bulbo fuera apretado.

El bote avanzaba en línea recta por el picado y brumoso mar en dirección a la Torre, a una velocidad aterradora para sus pasajeros. Al cabo de dos horas la imagen en la pantalla se había vuelto enorme. Luego la imagen se convirtió en una llama que cubría toda la pantalla, y Akenatón hizo que el bote siguiera avanzando lentamente. Pulsó un botón, y todos gritaron de miedo y asombro cuando dos objetos redondos en la proa del bote lanzaron hacia adelante dos brillantes chorros de luz.

Frente a ellos había una gigantesca masa... la Torre.

Akenatón pulsó un botón indicado por el diagrama. Lentamente, una puerta ancha y redonda, como un puerto, se abrió en lo que hasta aquel momento había sido una lisa superficie sin ninguna

fisura. El interior estaba iluminado. En él podía verse un enorme corredor, de paredes del mismo metal gris que el exterior.

Akenatón condujo el bote hasta la entrada. Algunos de sus ocupantes se agarraron al umbral. El faraón pulsó el botón que cortaba la invisible energía que movía el bote. Se subió al costado del bote, que quedaba justo por encima del nivel del umbral. Tras saltar al corredor, tomó las cuerdas atadas al interior del casco de la embarcación y las aseguró a unas argollas fijadas en el corredor. Aprensivamente, silenciosamente, los demás le siguieron.

Todos, es decir, excepto Pahren. El terror era ahora casi insoportable. Sus dientes castañeteaban incontroladamente. Sus rodillas temblaban. Su corazón latía en su helada carne como las alas de un pájaro aterrorizado. Su mente funcionaba lentamente, como barro invernal deslizándose por la ladera de una colina calentada por el sol.

Estaba demasiado débil para levantarse del asiento y saltar al corredor. Estaba seguro de que si seguía adelante, se encontraría ante su juez con las manos vacías.

Diré una cosa en favor de Pahren. Dos. Era consciente, y no tuvo miedo de admitírselo a Tom Rider, de ser un cobarde. Para eso se necesita valor.

Akenatón, como si no tuviera nada que temer de su Dios Único, caminaba firmemente hacia el extremo del corredor. Los otros le siguieron temerosamente en un compacto grupo, a una docena de pasos de distancia. Uno volvió la vista hacia atrás y se sorprendió de que Pahren estuviera aún en el bote. Le hizo un gesto para que fuera con ellos. Pahren negó con la cabeza y se aferró más fuertemente a la borda.

Luego, sin el menor grito de nadie, los que estaban en el corredor cayeron de rodillas, se derrumbaron hacia adelante sobre sus manos, intentaron levantarse, fracasaron, y cayeron finalmente de bruces. Quedaron tendidos allá, tan flácidos e inmóviles como muñecos de masilla.

La puerta se cerró lentamente. Lo hizo en silencio, sin dejar ninguna evidencia de que allí había una puerta, ni una ranura, nada, y Pahren se encontró solo en medio de la oscura bruma y el frío mar.

Pahren no perdió tiempo en hacer dar media vuelta al bote. Avanzaba a su misma velocidad de antes, pero no había esta vez ninguna señal en la pantalla, ninguna imagen brillante hacia la cual dirigirse. No pudo encontrar la cueva, y así fue arriba y abajo por la base del acantilado hasta perder las esperanzas en su intento de localizar la cueva. Finalmente, dirigió el bote bordeando el acantilado hasta que llegó a la gran abertura por la cual el mar penetraba en la montaña. Se metió por la larga y enorme caverna, pero cuando llegó a la gran catarata no encontró ningún lugar donde amarrar el bote. Estaba siendo arrastrado hacia la impresionante caída del agua. Pahren recordaba todavía el bramido de las aguas, el girar y girar y girar, y luego... la inconsciencia.

Cuando se despertó de su traslación, estaba tendido desnudo entre la oscura bruma bajo la masa de una piedra de cilindros. Su cilindro —uno nuevo, por supuesto— y un montón de ropas estaban a su lado. Entonces oyó voces. Las imprecisas siluetas de gente acudiendo a colocar sus cilindros en la piedra se aproximaron. Estaba sano y salvo... excepto por el terrible recuerdo de la morada de los dioses.

Tom Rider fue trasladado a la zona de Pahren tras haber sido asesinado por algunos cristianos medievales. Se convirtió en un soldado, conoció a Pahren, que estaba en el mismo pelotón, y oyó su

historia. Rider alcanzó el grado de capitán luego fue muerto de nuevo. Despertó al día siguiente en la zona donde vivía Farrington.

Varios meses más tarde iniciaron juntos su viaje Río arriba en una piragua. Luego se establecieron durante un tiempo en un lugar adecuado para construir el Abigarrado.

¿Cuál es mi reacción a todo esto? Bien, la historia de Pahlen me hace desear el ir a ver por mi mismo si es cierta o no. Si no se lo inventó todo, y Tom dice que Pahlen es un hombre tan impasible y poco imaginativo como una de esas esculturas de madera de un indio que ponían en las tiendas donde vendían tabaco, entonces este mundo, al contrario de Tierra, puede ofrecernos respuestas a las Grandes Preguntas, puede ser un espejo de la Realidad Definitiva.

¡Adelante hacía la Torre!

(Continuación de la carta de Frigate)

Creo que hay más en esa historia de lo que Rider me contó. Por casualidad sorprendí el otro día una conversación entre Frisco y Tex. Estaban en la cabina principal, y la escotilla estaba abierta. Yo estaba sentado con la espalda apoyada contra la cabina, y había encendido un puro. (Sí, como puedes ver, he caído de nuevo en las garras del Viejo Demonio Nicotina). Realmente no estaba prestando mucha atención a sus voces, puesto que estaba ocupado con pensamientos resultantes de una conversación con Nur el-Musafir.

Entonces oí al capitán, que tiene una voz fuerte, decir:

—Sí, pero ¿cómo sabemos que no está utilizándonos por alguna razón personal suya? ¿Alguna razón que le beneficie a él pero no sea buena para nosotros? ¿Y cómo saber que podremos penetrar en la Torre? Esos egipcios no pudieron. ¿Hay alguna otra entrada? Sí es así, ¿por qué no nos la dijo? Dijo que nos contaría más cosas de la Torre más tarde. ¡Pero de eso hace ya dieciséis años! ¡Dieciséis! ¡No hemos vuelto a verle desde entonces!

»Quiero decir, tú no has vuelto a verle. Por supuesto, yo nunca le he visto. De todos modos, quizá le haya ocurrido algo. Quizá lo atraparon. ¡O tal vez ya no nos necesite más!

Rider dijo algo que no pude comprender. Farrington respondió:

—De acuerdo, pero ¿sabes lo que pienso? Creo que él no tenía ni la menor idea de que esos egipcios habían llegado hasta la Torre. O que aquel otro había escapado. Al menos, no cuando habló contigo.

Rider volvió a decir algo. Farrington respondió:

—El túnel y la cuerda y los botones y probablemente el sendero deben haber sido preparados para nosotros. Pero otros llegaron primero.

El viento se hizo más intenso entonces, y no pude oír nada durante uno o dos minutos. Me acerqué un poco más a la escotilla. Farrington estaba diciendo:

—¿Crees realmente que algunos de ellos, uno al menos, pueden estar en este velero? Sí, es posible, Tex, pero ¿quién?

»Pero entonces, ¿por qué no nos ha dicho quienes eran los otros a fin de poder reconocernos mutuamente y actuar juntos? ¿Cuándo nos lo dirá? ¿Dónde nos reuniremos todos? ¿Al final del Río? ¿Qué ocurrirá si llegamos allí y nadie se presenta? ¿Deberemos aguardar un centenar de años o más allí? ¿Qué pasará si...?

Rider interrumpió una vez más. Esta vez debió hablar largo rato. Yo por mi parte tendía el oído todo lo posible, tan encendido por la curiosidad que debía estar brillando como una especie de Fuego de San Telmo. Mustafá, al timón, me estaba mirando con una expresión extraña. Debía saber, o sospechar, que yo estaba espiando. Aquello me hizo sentir intranquilo. Deseaba desesperadamente

oír el resto. Pero si el turco les decía a aquellos dos que yo había estado escuchándoles, podía ser arrojado del barco. Por otra parte, él no podía saber si lo que estaban discutiendo era algo que yo no podía escuchar. Así que di unas profundas chupadas a mi puro y, cuando se apagó, fingí dormirme.

La situación me recordaba la experiencia de Jim Hawkins en el barril de manzanas en La isla del tesoro, cuando oyó a Long John Silver y sus secuaces piratas conspirar para apoderarse de la Hispaniola una vez fuera hallado el tesoro. Sólo que, en este caso, Farrington y Rider no estaban planeando nada en contra de nadie en absoluto. Parecía más bien que alguien planeaba algo contra ellos.

Farrington dijo:

—Lo que me gustaría saber es por qué nos necesita. Es un hombre con más poder que una docena de dioses, y si está luchando contra sus compañeros, ¿qué ayuda puede esperar unos simples mortales como nosotros? Y si nos desea en la Torre, ¿por qué simplemente no nos envía hasta allí?

Hubo otra interrupción, seguida por el golpear entre sí de dos copas del cilindro. Luego Rider dijo con voz fuerte:

—... debe tener unas malditas buenas razones. De todos modos, las descubriremos a su debido tiempo. ¿Y qué otra cosa podemos hacer?

Farrington rió estrepitosamente y luego dijo:

—¡Eso es cierto! ¿Qué otra cosa podemos hacer? Al menos tenemos una finalidad a la que dedicar nuestro tiempo, sea buena o mala. Pero sigo teniendo la sensación de ser explotado, estoy empezando a sentirme harto de eso. Fui explotado por los ricos y por la clase media cuando era joven, y luego, cuando me hice famoso y rico, fui explotado por editores y libreros y luego por mis parientes y amigos. ¡No estoy dispuesto a dejar que nadie me explote aquí en este mundo, me utilice como si yo fuera una bestia tonta que sirve para apalea carbón o salar pescado!

—Tú también te explotaste un poco a ti mismo —dijo Rider—. ¿Y quién no lo ha hecho? Yo gané tanto dinero como tú. ¿Y qué ocurrió? Gasté más del que ganaba en grandes casas y fastuosos coches y malas inversiones y bebida y putas y en pura fachada. Hubiéramos podido ser listos y acumular y guardar nuestro dinero y emplearlo para vivir espléndidamente los últimos años de nuestras vidas. Pero...

Farrington estalló de nuevo en risas.

—Pero no lo hicimos, ¿verdad? No era nuestro estilo, Tex, y sigue sin serlo. ¡Vive intensamente, haz arder la vela por los dos extremos, escupe fuego y belleza como una rueda de fuegos artificiales en vez de arrastrarte como un asno tirando de una noria! Y aunque luego el pobre animal sea dejado en los pastos en vez de ser llevado a la fábrica de cola, ¿qué? ¿Qué pensará mientras esté masticando su hierba? ¿Que ha tenido una larga vida gris y le queda un corto futuro gris?

Más entrechocar de copas. Luego Farrington empezó a decirle a Rider algo acerca de un viaje en tren que había hecho desde San Francisco hasta Chicago. Se habla presentado él mismo a una hermosa mujer que iba acompañada por sus hijos y una doncella. No haría más de una hora desde que se habían visto por primera vez que él y la mujer ya estaban en su compartimiento, donde copularon como visones furiosos durante tres días y tres noches.

Decidí que ya era el momento de marcharme. Me levanté y me dirigí hacia el trinquete, donde

Abigail Rice y Nur estaban hablando. Aparentemente Mustafá no había llegado a sospechar que yo estuviera escuchando furtivamente.

Desde entonces, no he dejado de hacerme preguntas. ¿Quién era aquel él al que se referían? Era obvio que debía tratarse de uno de Aquellos que habían construido este mundo para nosotros y luego nos habían alzado de entre los muertos. ¿Podía ser realmente así? La idea parecía tan tremenda, tan difícil de asimilar. Sin embargo... Alguien tenía que haber hecho esto. Varios Alguien, debería decir. Y eran auténticos dioses, en varios sentidos al menos.

Si Rider dice la verdad, hay una Torre en el mar del Polo Norte. Y por implicación, es una base para Quienes Sean que han hecho este mundo, nuestros dueños secretos. Sí, sé que suena paranoico. O como un relato de ciencia ficción, la mayor parte de los cuales son paranoicos de todos modos. Pero, excepto los muy pocos que se han hecho ricos, los escritores de ciencia ficción estaban convencidos de que sus amos secretos (o no tan secretos) eran sus editores. E incluso los más ricos cuestionaban sus liquidaciones de derechos de autor. Quizá la Torre esté habitada por la camarilla de los supereditores. (Sólo estoy bromeando, Bob. Creo).

Quizá Rider esté mintiendo. O su informante, Pahlen, estuviera mintiendo. No lo creo. Es obvio que Rider y Farrington han sido abordados por uno de esos Quienes Sean. Nunca se les ocurriría inventar esta historia simplemente para engañar a un oyente furtivo.

¿O sí?

¿Hasta dónde puede llegar la paranoia de uno?

No, estaban discutiendo algo que realmente había ocurrido. Si se habían mostrado descuidados, habían dejado la escotilla abierta, no hablaban en voz baja, era algo natural. Después de todos esos años, ¿quién no termina siendo descuidado? Y además, ¿por qué todo el mundo no debería tener derecho a saberlo?

Alguien podía estar buscándoles. ¿Quién? ¿Por qué?

Mi mente se desliza, rueda, vacila. Demasiadas especulaciones, demasiadas posibilidades. Y pienso: ¡huau, vaya historia! Lástima que no pensara en algo así cuando estaba escribiendo ciencia ficción. Pero el concepto de un planeta consistente en un solo río de varios millones de kilómetros de largo a cuyas orillas ha sido resucitada toda la humanidad que haya vivido a lo largo de la historia (o buena parte de ella, al menos) hubiera sido algo demasiado grande para ponerlo en un solo libro. Hubiera necesitado al menos doce libros para desarrollarlo honestamente. No, me alegra no haber pensado en ello.

A la luz de esos nuevos datos, ¿qué debo hacer ahora? ¿Debo enviar esta carta o hacerla pedazos? No caerá en tus manos, por supuesto, no hay la menor posibilidad de ello. ¿En cuáles, entonces?

Probablemente sea recogida por alguien que ni siquiera sepa leer el inglés.

¿Por qué tengo tanto miedo de que caiga en manos equivocadas? Realmente no lo sé. Pero se está produciendo una tenebrosa y secreta lucha bajo la aparentemente simple vida de este Valle. Mi intención es descubrir cuál es. Pero tengo que actuar cautelosamente. Una vocecita me dice que sería mejor que no me metiera en nada de eso.

De todos modos, ¿a quién le estoy escribiendo realmente estas misivas? A mí mismo,

probablemente, puesto que espero sin esperanzas la posible imposibilidad de que una de ellas pueda derivar hasta las manos de alguien a quien yo haya conocido y amado o al menos apreciado.

Y sin embargo, en este mismo momento, mientras contemplo a través del agua a la mucha gente en la orilla, puede que esté mirando directamente a la persona para quien he escrito una de estas cartas. Pero el barco está en mitad del Río en este momento, y estoy demasiado lejos para reconocer a alguien reconocible.

¡Gran Dios, los rostros que he llegado a ver en veinte años! Millones, muchos más de los que vi nunca en la Tierra. Algunos de esos rostros procedían de hace trescientos mil años o más. Indudablemente, los rostros de la mayoría de mis antepasados, algunos de ellos neanderthales. Un cierto número de Horno neanderthalis fueron absorbidos por mestizaje con el Horno sapiens, ya sabes. Y considerando el flujo y reflujo de grandes grupos a través de la prehistoria y la historia, migraciones, invasiones, esclavitud, viajes individuales, algunos, quizá muchos, de los rostros mongoles, amerindios, australoides y negros que he visto correspondan a mis antepasados.

Considera esto. Cada generación de tus antepasados, yendo hacia atrás en el tiempo, dobla su número. Tú naciste en 1925. Tuviste dos padres, nacidos en 1900. (Sí, ya sé que naciste en 1923, y que tu madre tenía cuarenta años cuando te dio a luz. Pero este es un caso idealizado, una generalización).

Los padres de tus padres nacieron en 1875. Eso hace cuatro. Dobla a tus antepasados cada veinticinco años. En 1800, tenías treinta y dos antepasados. La mayoría de ellos ni siquiera se conocían entre sí, pero estaban «destinados» a ser tus tatara-tatarabuelos.

En el año 1700 después de Cristo, tenías quinientos doce antepasados. En 1600 eran 8192 antepasados. En 1500 eran 131.072. En 1400, 2.097.152. En 1300, 33.554.432. En el año 1200 después de Cristo tenías 536.870.912 de antepasados.

Yo también. Y todo el mundo. Si la población mundial era, digamos, dos mil millones en 1925 (no recuerdo si era así), entonces multiplica eso por el número de tus antepasados en el año 1200 después de Cristo. Obtendrás más de mil billones. ¿Imposible? Cierto.

Acabo de recordar que en el año 1600 la población estimada del mundo era de quinientos millones. En el año 1 después de Cristo se estimaba en 138.000.000. Así pues, la conclusión es obvia. Los incestos, cercanos y remotos, estuvieron a la orden del día en el pasado. Sin mencionar el presente. Probablemente desde el mismo inicio de la humanidad. Así, tú y yo estamos emparentados. Y, de hecho, es posible que todos estemos emparentados, y más de una vez. ¿Cuántos chinos y americanos negros nacidos en 1825 eran primos lejanos tuyos y míos? Yo diría que montones.

Así, los rostros que he visto en ambas orillas mientras navegaba a lo largo del Río son mis primos. Hola, Hang Chow. ¿Qué tal, Bulabula? ¿Cómo te va, Hiawata? ¡Salud, og, Hijo del Fuego! Pero aunque ellos supieran eso, no se sentirían más amistosos conmigo. O viceversa. Las discusiones más intensas y los conflictos más sangrientos se producen en las familias. Las guerras civiles son las peores guerras. Las más incivilizadas. La paradoja de las relaciones humanas. Date la vuelta, hermano, para que pueda darte una patada en el trasero.

Mark Twain tenía razón. ¿Has leído alguna vez su Extracto de la visita del capitán Tormenta a los cielos? El viejo Tormenta se sintió impresionado tras cruzar las puertas del Paraíso, porque había

allí demasiados negros. Como todos nosotros, pálidos caucasianos, había imaginado el Cielo como lleno de rostros blancos con aquí y allá algún amarillo, indio o negro. Pero las cosas no eran así. Había olvidado que los pueblos de piel oscura siempre habían superado en número a los blancos. De hecho, por cada rostro blanco que vio había dos oscuros. Y así es como son las cosas. Me quito el sombrero ante ti, Mark Twain. Dijiste las cosas tal como eran en la realidad.

Y aquí estamos nosotros en el Valle del Río, sin saber por qué ni gracias a quién. Exactamente igual que en la Tierra.

Naturalmente, hay montones de gente que dice que ellos sí lo saben. Hay dos iglesias dominantes, la de la Segunda Oportunidad y los nichirenitas, y un millar de sectas de cristianos, musulmanes, judíos, budistas, hindúes y Dios sabe qué, reformados. Los antiguos taoístas y confucionistas dicen que les importa un pimiento; esta es una vida mejor, en su conjunto, que la otra. Los totemistas se sienten un poco decepcionados, pues aquí no hay animales. Pero eso no quiere decir que los espíritus de los totems no estén aquí. Muchos de los salvajes que he encontrado ven a su totem en sueños o visiones. La mayoría de ellos, sin embargo, se han convertido a alguna de las religiones «superiores».

También está Nur el-Musafir. Es un sufi. Estaba tan impresionado como todos por haberse despertado aquí. No se sentía ultrajado, sin embargo, y reordenó sus pensamientos tout de suite. Dice que quienes sean los seres que construyeron este mundo lo hicieron para nuestro bien. De otro modo, ¿por qué se hubieran tomado tanto tiempo y esfuerzo? (En esto, suena como un vocero de un circo. Pero es sincero. Lo cual no quiere decir que sepa de qué está hablando).

No tenemos por qué preocuparnos del Quién o del Cómo, dice. Sólo del Porqué. En este aspecto, suena como uno de los de la Segunda Oportunidad. Pero veo que estoy a punto de terminar mi provisión de papel. Así que *adieu, adiós, selah, anén, salaam, shalom*, y todo lo que quieras. (El inglés *so long* viene de *selang*, la pronunciación de los malayos musulmanes del árabe *salaam*).

Amigable y didácticamente tuyo en las entrañas de Quien-quiera.

PETER JAIRUS FRIGATE

P.S. Sigo sin saber si enviaré esta carta por correo in toto, si la censuraré, o si la utilizaré como papel higiénico.

Por término medio, el Río tenía dos kilómetros y medio de ancho. A veces se estrechaba hasta formar canales comprimidos siempre entre altas montañas; a veces se ensanchaba hasta formar un lago. Fuera cual fuese su amplitud, sin embargo, su profundidad era en todos lados de unos trescientos metros.

En ningún lugar a lo largo del Río se apreciaba erosión del agua en las orillas. La hierba de las llanuras se transformaba en plantas acuáticas al nivel del agua, y estas últimas florecían en los lados y fondo del lecho. Las raíces de éstas se entremezclaban con las raíces de la hierba de la superficie hasta formar una masa interconectada. La hierba no estaba formada por hojas separadas; era una sola y enorme entidad vegetal.

Las plantas acuáticas eran comidas por una multitud de peces desde la superficie hasta el fondo. Muchas especies se movían exclusivamente por los estratos superiores, donde penetraba la luz del sol. Otras, pálidas criaturas pero no por ello menos voraces, pululaban por las capas intermedias. En la oscuridad del fondo había multitud de formas extrañas que se escabullían, reptaban, serpenteaban, chorreaban, nadaban.

Algunas comían las enraizadas cosas de color blanco leproso que parecían flores o eran a su vez rodeadas y digeridas por ellas. Otras, grandes y pequeñas, iban estólidamente de un lado para otro, con las bocas abiertas, recogiendo la vida microscópica que vivía también en los estratos fluidos.

La más grande de todas ellas, enorme como la ballena azul de la Tierra, era un pez carnívoro llamado el dragón de río. Compartía con un colega bastante más pequeño la habilidad de hundirse hasta el fondo y emerger a la superficie sin sufrir ningún daño por el cambio de presión.

La otra criatura tenía varios nombres, aunque generalmente era conocida como «croador». Era del tamaño de un perro policía alemán, tan lento como un perezoso, y con un apetito tan indiscriminado como un cerdo. Era el jefe ingeniero de sanidad del Río, puesto que comía todo lo que no se le resistiera. La mayor parte de su dieta, sin embargo, eran los excrementos humanos.

Era un pez con pulmones, de modo que por las noches hacía alguna que otra incursión a tierra firme. Más de un humano se había aterrado al ver sus enormes ojos rojos protuberantes brillando en la bruma o cuando había tropezado con su viscoso cuerpo cuando se arrastraba en busca de basura e inmundicias. Casi tan estremecedor como su apariencia era su fuerte croar, que evocaba imágenes de monstruos y fantasmas.

En aquel día del año 25 después de la Resurrección, uno de esos asquerosos necrófagos se hallaba cerca de una orilla. Allí, la corriente era menos intensa que en el centro. Pese a ello, sus aletas-patas se agitaban frenéticamente para impedir ser arrastrado hacia atrás. De pronto, su nariz detectó un pez muerto flotando hacia él. Se movió un poco hacia un lado y aguardó a que el cadáver derivara y penetrara en su boca.

Junto al pez, apareció otro objeto inmediatamente detrás. Ambos fueron a parar a la boca del croador, el pescado deslizándose suavemente por su garganta, el otro objeto más grande atorándose un momento antes de ser engullido mediante un convulsivo movimiento.

Durante cinco años, el depósito hermético de bambú conteniendo la carta de Frigate a Rohrig

había sido arrastrado Río abajo. Considerando el enorme número de pescadores y viajeros, hubiera debido ser recogido y abierto hacía mucho. Sin embargo, había sido desdeñado por todas las criaturas excepto por el pez, cuyo objetivo real había sido la deliciosa carroña que le precedía.

Cinco días antes de que el contenedor llegara al final de su viaje, había derivado delante de la zona en la cual vivía su destinatario. Pero Rohrig estaba en una cabaña, rodeado de las esculturas de piedra y de madera que fabricaba para comerciar a cambio de bebida y cigarrillos, roncando bajo los efectos de una gran fiesta.

Quizá fuera sólo coincidencia, quizá existiera algún principio psíquico, un lazo vibratorio entre remitente y destinatario. Fuera cual fuese la causa, Rohrig estaba soñando en Frigate aquella mañana a primera hora. Estaba de vuelta a 1950, cuando era un estudiante universitario sostenido por el gobierno de los Estados Unidos y una mujer que trabajaba.

Era un cálido día de finales de mayo. Estaba sentado en una pequeña habitación, enfrentándose a tres catedráticos. Era el día del ajuste de cuentas. Tras cinco años de trabajo y tensión en las aulas iba a ganar o a perder el premio, un título en literatura inglesa. Si pasaba la defensa oral de su tesis, podría enfrentarse al mundo como profesor de enseñanza secundaria de inglés. Si fracasaba, tendría que estudiar seis meses más y luego intentarlo por segunda y última vez.

Ahora los tres inquisidores, aunque sonriendo, estaban lanzándole preguntas como si fueran dardos y él el blanco... y así era precisamente. Rohrig no estaba nervioso puesto que su tesis versaba sobre poesía medieval galesa, un tema que había elegido porque creía que los profesores sabrían muy poco de él.

Era cierto. Pero Ella Rutherford, una encantadora dama de cuarenta y seis años, aunque con el pelo monstruosamente blanco, lo tenía cogido. Durante algún tiempo habían sido amantes, encontrándose dos veces por semana en el apartamento de ella. Luego, una tarde, se habían enzarzado en una furiosa discusión, estando ambos medio borrachos, acerca de los méritos de Byron como poeta. Rohrig no era entusiasta de la poesía, pero admiraba el estilo de vida de Byron, que consideraba como poético en sí mismo. De todos modos, siempre le gustaba llevar la contraria en una discusión.

Como resultado de todo ello, había salido del apartamento dando un portazo tras decirle algunas cosas realmente crueles. También le había gritado que no deseaba verla nunca más en privado.

La Rutherford creía que él la había seducido únicamente para obtener una buena nota en su curso, y que estaba utilizando la discusión como una excusa para dejar de seguir haciendo el amor con una mujer de mediana edad. Estaba equivocada. Él se sentía compulsivamente atraído por las mujeres mayores. Sin embargo, estaba dándose cuenta de que las exigencias de ella lo agotaban demasiado. Ya no podía seguir satisfaciéndola a ella, a su esposa, a dos estudiantes de segundo año, a dos esposas de sus amigos, a una camarera que le proporcionaba bebidas gratis, y a la encargada del edificio de apartamentos donde vivía.

Cinco podía aguantarlas; ocho no. Se daba cuenta de que se le agotaban el tiempo, las energías y el semen, y estaba empezando a dormirse en clase. Así, había decidido provocar violentas discusiones para terminar con su profesora, una de las alumnas de segundo año (se rumoreaba que tenía la gono), y la esposa de un amigo (era emocionalmente demasiado exigente, de todos modos).

Ahora, la Rutherford, con sus acuosos ojos azules entrecerrados, estaba diciéndole:

—Ha mantenido muy bien su defensa, señor Rohrig. Por ahora.

Hizo una pausa. Él se sintió repentinamente helado. Su ano se contrajo. El sudor empapó su rostro y sus sobacos. Tuvo visiones de ella sentada hasta altas horas de la noche rumiando su venganza, alguna horrible y particularmente humillante venganza.

Los doctores Durham y Pour dejaron de tabalear con sus dedos. Aquello se estaba poniendo interesante. Su colega llameaba, con los ojos de un tigre a punto de saltar sobre un cordero atado a un poste. El rayo iba a golpear, y el infortunado candidato carecía de pararrayos, excepto el que le iban a clavar atravesándolo de parte a parte.

Rohrig se aferró a los brazos de su sillón. El sudor corría por su frente como ratones asustados de un queso suizo; sudor, ácido sudor, mordisqueaba los sobacos de su camisa. ¿Qué infiernos iba a caerle encima?

La Rutherford dijo:

—Parece dominar usted muy bien su tema. Ha efectuado una notable demostración de conocimiento de un aspecto de la poesía más bien oscuro. Estoy segura de que se siente orgulloso de sí mismo. No hemos malgastado nuestro tiempo con usted en las clases.

La zorra marrullera estaba diciéndole que ella había malgastado su tiempo fuera de la clases con él. Pero éste sólo era un golpe de flanco, una observación destinada a herirle pero no a matar. Le estaba preparando para el golpe de gracia. Era raro, si es que ocurría alguna vez, que los profesores que formaban el tribunal examinador felicitaran al candidato durante la tortura. Después quizá, cuando el tribunal había dictaminado que había superado la prueba.

—Ahora... dígame —pronunció lentamente la Rutherford.

Hizo una pausa.

Otra vuelta a la manivela del potro.

—Dígame, señor Rohrig, ¿dónde está exactamente Gales?

Algo dentro de él se soltó y cayó resonando contra el fondo de su estómago. Se dio una palmada en la frente, y gruñó.

—¡Madre de misericordia! ¡Me ha atrapado! ¡Mierda! —La doctora Pur, decana de las profesoras, se puso pálida. Esta era la primera vez en su vida que oía tales palabras.

El doctor Durham, que sollozaba cuando recitaba poesía a sus estudiantes, pareció a punto de desmayarse.

La doctora Rutherford, habiendo lanzado su rayo, sonrió Sin piedad ni clemencia sobre los restos de su víctima. Rohrig se recobró. Rechazó marcharse sin hacer ondear sus banderas, sin que la banda tocara Más cerca de ti mi Dios.

Sonrió como si el oro en la olla al final del arco iris no se hubiera convertido repentinamente en excrementos.

—No sé como lo ha hecho, ¡pero me ha atrapado! De acuerdo, nunca dije que fuera perfecto. ¿Qué va a ocurrir ahora?

Veredicto: fracaso. Sentencia: seis meses de prueba, con otra última y definitiva inquisición al final.

Más tarde, cuando él y la Rutherford estuvieron solos en el vestíbulo, ella dijo:

—Le sugiero que estudie también geografía, Rohrig. Le daré una pista. Gales está cerca de Inglaterra. Pero dudo que mi consejo pueda ayudarle. No podría distinguir ni su propio culo aunque se lo presentaran sobre una bandeja de plata.

Su amigo, Pete Frigate, le estaba aguardando al final del vestíbulo. Pete era uno de los componentes del grupo de viejos estudiantes apodados «Los Barbudos» por una chica de segundo año a la que le gustaba merodear en torno suyo. Todos ellos eran veteranos cuya educación universitaria había sido interrumpida por la guerra. Ellos y sus esposas o amantes llevaban una vida que era calificada por aquel entonces de «bohemia». Eran sin saberlo los precursores de los beatniks y de los hippies.

Cuando Rohrig se le acercó, Frigate lo interrogó con la mirada. Aunque Rohrig estaba a punto de echarse a llorar, consiguió dibujar una gran sonrisa, y luego empezó a reírse a carcajadas.

—¡No vas a creerlo, Pete!

Frigate encontró efectivamente difícil de creer que alguien pasada la escuela elemental no supiera dónde estaba Gales. Cuando quedó finalmente convencido, él también se echó a reír.

—¿Cómo infernos habrá descubierto esa zorra de pelo blanco mi punto flaco? —gruñó Rohrig.

—No lo sé —dijo Frigate—, pero es lista. Escucha, Bob. No te sientas tan mal. Conozco a un distinguido cirujano que no recuerda si el Sol da vueltas alrededor de la Tierra o es la Tierra la que gira en torno al Sol. Dice que no necesita saberlo para hurgar en los cuerpos de la gente.

»Pero un licenciado en literatura inglesa... al menos debería saber... ¡oooh, ja, ja!

En uno de esos saltos incongruentes que a menudo escribe el Guionista de los Sueños, Rohrig se encontró en otro lugar. Ahora estaba entre brumas persiguiendo a una mariposa. Era hermosa, y lo que la hacía tan valiosa era el hecho de que era la única en su especie, y sólo Rohrig sabía que existía. Sus alas eran a rayas azules y oro, sus antenas escarlata, sus ojos esmeraldas verdes. El rey de los enanos la había moldeado en su cueva de las Montañas Negras, y el Mago de Oz la había sumergido en las aguas de la vida.

Aleteando a tan sólo un centímetro de su tendida mano, lo conducía a través de las brumas.

—¡Deténte, maldita hija de puta! ¡Deténte!

Fue tras ella durante lo que le pareció kilómetros. Vagamente, por el rabillo del ojo, pudo ver formas entre las brumas, cosas de pie e inmóviles como si estuvieran esculpidas en piedra. En dos ocasiones distinguió una figura; la una llevaba una corona, la otra una cabeza de caballo.

Repentinamente, se encontró enfrentado a una de ellas. Se detuvo, puesto que parecía imposible por alguna razón rodearla. La mariposa flotó por un momento encima del extremo de la cosa, luego se posó en ella. Sus verdes ojos resplandecieron, y sus patas delanteras frotaron burlonamente sus antenas.

Avanzando lentamente, Rohrig vio que era Frigate quien le estaba bloqueando el paso.

—¡No te atrevas a tocarla! —susurró Rohrig fieramente—. ¡Es mía!

El rostro de Frigate era tan inexpresivo como la visera de la armadura de un caballero. Siempre se mostraba inexpresivo cuando Rohrig caía en uno de sus muchos ataques de furia y la emprendía contra todo aquel que se pusiera ante su vista. Aquello hacía que Rohrig se pusiera aún más furioso,

y ahora alcanzó casi el punto de la absoluta locura.

—¡Fuera del camino, Frigate! ¡Apártate a un lado o te derribaré de un golpe!

La mariposa, sobresaltada por el estallido, echó a volar y se perdió en la bruma.

—No puedo —dijo Frigate.

—¿Por qué no? —retumbó Rohrig, pateando de pura frustración.

Frigate señaló hacia abajo. Estaba de pie sobre un gran cuadrado rojo. Junto a éste había otros cuadrados, algunos rojos, algunos negros.

—Estoy mal situado. No sé lo que va a pasar ahora. Es contra las reglas que esté sobre un cuadrado rojo. ¿Pero quién se preocupa de las reglas? Aparte de las piezas, quiero decir.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Rohrig.

—¿Y cómo podrías? Ni siquiera puedes ayudarte a ti mismo.

Frigate señaló por encima del hombro de Rohrig.

—Es ella quien va a cazarte a ti ahora. Mientras estabas cazando a la mariposa, ella se preparaba para cazarte a ti.

Rohrig se sintió de pronto terriblemente aterrado. Había algo tras él, algo que podía hacerle cosas horribles.

Desesperadamente, intentó avanzar, pasar por encima o alrededor de Frigate. Pero el cuadro rojo lo sujetaba del mismo modo que sujetaba a Frigate.

—¡Estoy atrapado!

Aún podía ver la mariposa, un punto, una mancha de polvo, nada. Desaparecida. Para siempre.

La bruma se había espesado. Frigate era tan sólo una mancha imprecisa.

—¡Yo hago mis propias reglas! —gritó Rohrig. De la bruma frente a él le llegó un suspiro.

—¡Quieto! ¡Va a oírte!

Despertó brevemente. Su compañera de cabaña se agitó.

—¿Qué ocurre, Bob?

—Me estoy ahogando en un mar de incertidumbre.

—¿De qué?

—De indefinición.

Se hundió de nuevo en el océano primigenio donde los dioses ahogados yacían inclinados en ángulos absurdos en el limo, mirándole con fijos ojos de pez bajo sus coronas de algas.

Ni él ni Frigate sabían que podía haber respondido a una de las preguntas de la carta. Rohrig había despertado el Día de la Resurrección muy al norte. Sus convecinos eran escandinavos prehistóricos, indios de la Patagonia, mongoles de la Era Glacial, y siberianos de finales del siglo xx. Rohrig era rápido aprendiendo nuevos idiomas, y pronto habló fluidamente una docena de ellos, aunque nunca llegó a dominar la pronunciación y asesinaba la sintaxis. Como siempre, se sentía en casa en cualquier lado, y pronto se hacía amigo de la mayoría. Durante un tiempo, incluso llegó a convertirse en una especie de chamán. Los chamanes, sin embargo, tienen que tomarse en serio a sí mismos si quieren tener éxito, y Rohrig sólo era serio con sus esculturas. Además, empezaba a cansarse del frío. Era un adorador del sol; sus días más felices habían transcurrido en México, donde era primer contraestre de un pequeño barco costero que transportaba langostinos congelados de

Yucatán a Brownsville, Texas. Se había visto brevemente envuelto en un asunto de contrabando de armas, pero lo había dejado antes que pasar unos cuantos días en una cárcel mexicana. También había abandonado México. Las autoridades no pudieron probar su culpabilidad, pero le sugirieron que lo mejor que podía hacer era abandonar el país.

Estaba a punto de tomar una piragua Río abajo en busca de climas más cálidos cuando llegó al lugar Agatha Croomes. Agatha era una mujer negra, nacida en 1713, muerta en 1783, una esclava liberada, una predicadora baptista en las regiones salvajes del interior, cuatro veces casada, madre de diez hijos, fumadora en pipa. Había resucitado a cien mil piedras de cilindros de distancia, pero ahí estaba. Había tenido una visión, una visión en la cual Dios le decía que acudiera a Su morada en el Polo Norte, donde Él le entregaría las llaves del reino por venir, de la gloria y la salvación eternas, de la comprensión del tiempo y la eternidad, del espacio y la infinitud, de la creación y la destrucción, de la muerte y de la vida. Ella sería también quien arrojara al diablo a las profundidades, lo encerrara allí, y arrojara después las llaves.

Rohrig pensó que estaba loca, pero le intrigó. Además, no estaba seguro de que la solución del misterio de aquel mundo no estuviera en el principio del Río.

Sabía que nadie se había aventurado al país de las brumas que se extendía más al norte. Si acompañaba a su expedición de once miembros, sería de los primeros en alcanzar el Polo Norte. Con un poco de suerte, podría ser incluso el primero. Cuando su meta estuviera a la vista, podía adelantarse rápidamente y plantar en el mismo Polo Norte una estatuilla de piedra de sí mismo, con su nombre grabado en la base.

A partir de entonces, cualquiera que llegara hasta allí sabría que había sido ganado por Robert F. Rohrig. Agatha, sin embargo, no aceptaría llevarlo con ella a menos que creyera en el Señor y en el Libro Sagrado. Odiaba mentir, pero se dijo a sí mismo que en realidad no la estaba engañando. En lo más profundo creía en un dios, aunque no estaba seguro de si su nombre era Jehová o Rohrig. En cuanto a la Biblia, era un libro, y todos los libros decían la verdad en el sentido en que sus autores creían que estaban escribiendo alguna especie de verdad.

Antes de que la expedición alcanzara el final de las piedras de cilindros, cinco de sus miembros se habían vuelto atrás. Cuando alcanzaron la enorme caverna de la que brotaba el Río, cuatro más decidieron que iban a morir de hambre si continuaban adelante. Rohrig siguió con Agatha Croomes y Winglat, un miembro de una tribu amerindia que había cruzado de Siberia a Alaska en algún momento de la Edad de Piedra. Rohrig hubiera preferido volver atrás, pero no estaba dispuesto a admitir que una mujer negra loca y un salvaje paleolítico tenían más valor que él.

Además, las plegarias de Agatha casi le habían convencido de que ella había tenido una auténtica visión. Quizá el Dios Todopoderoso y el dulce Jesús estaban aguardándoles. No era el momento de contrariarles.

Después de arrastrarse por el reborde de la caverna y de que Winglat resbalara y cayera al Río, Rohrig se dijo que estaba tan loco como Agatha. Pero siguió adelante.

Cuando llegaron al lugar donde la cornisa empezaba a descender y se hundía en la bruma, esa bruma que cubría un mar cuyo rumor les llegaba débilmente, estaban muy debilitados a causa del hambre. Ahora ya no había posibilidad de volver atrás. Si no hallaban comida dentro de aquel día,

morirían. Agatha, sin embargo, dijo que la comida estaba al alcance de su mano. Lo sabía porque había tenido una visión mientras dormían en el reborde dentro de la caverna. Había visto un lugar donde había carne y vegetales en abundancia.

Rohrig la observó arrastrarse hacia adelante. Tras un instante, la siguió. Pero dejó su cilindro atrás porque se sentía demasiado débil como para acarrearlo. Si sobrevivía, siempre podía volver para recuperarlo. La estatuilla estaba en el cilindro, y por unos breves segundos pensó en sacarla y llevársela con él. Al infierno con ello, pensó, y siguió adelante por la cornisa.

Nunca llegó a alcanzar a su compañera. La debilidad lo venció; sus piernas y brazos simplemente dejaron de obedecer a su voluntad.

Lo mató la sed antes de que el hambre hiciera su trabajo. Era irónico que el Río hubiera pasado rugiendo junto a él, y no hubiera podido beber debido a que no tenía ninguna cuerda con la que bajar su cilindro y recoger el precioso líquido. Un mar golpeaba contra las rocas en la base de los acantilados, y él no podía descender hasta allí.

A Coleridge le hubiera gustado esto, pensó. Lo hubiera sabido apreciar.

—Ahora nunca sabré las respuestas a mis preguntas —murmuró—. Quizá sea lo mejor. Probablemente no me hubieran gustado.

Ahora Rohrig dormía intranquilo en una cabaña junto al Río en la zona ecuatorial. Y Frigate, de guardia en cubierta de un cúter, estaba sonriendo. Estaba recordando la penosa experiencia de Rohrig mientras defendía su tesis.

Quizá fuera telepatía lo que evocara el incidente en sus mentes al mismo tiempo. La navaja de Occam pierde su filo tan sólo cuando se la utiliza raramente. Llamémosle coincidencia.

El croador se situó directamente en el camino del flotante pez muerto. El cuerpo se introdujo en la enorme boca del anfibio. La carta de Frigate y su envoltorio, sólo a un centímetro detrás del cadáver, fueron engullidos también, y ambos se deslizaron por la garganta y quedaron alojados en el estómago del croador.

Su estómago podía digerir fácilmente basura, excrementos, y carne podrida. Pero las fibras de celulosa del envoltorio de bambú eran demasiado resistentes como para que pudiera convertirlas en una materia asimilable. Tras sufrir agudos dolores durante largo tiempo, el croador murió intentando digerir el envase.

A menudo la letra mata al espíritu. A veces, es el envoltorio quien lo hace.

Casi todo el mundo estaba vitoreando. La gente se apiñaba en torno a Jill, abrazándola y besándola, y por una vez a ella no le importó. Sabía que la mayor parte de los despliegues efusivos eran debidos al alcohol, pero ella también sentía una cálida sensación de su interior. Si no se hubieran sentido complacidos, su alegría ética se hubiera transformado en abierta hostilidad. Quizá no la detestaban tanto como ella había creído. Allí estaba David Schwartz, al que en una ocasión había oído llamarla «Vieja Cara de Hielo», palmeándole la espalda y felicitándola.

Anna Obrenova estaba de pie junto a Barry Thorn, aunque ninguno de los dos había hablado mucho con el otro durante toda la velada. Ella estaba sonriendo como si se sintiera complacida de que Jill Gulbirra hubiera sido elegida por encima suyo. Quizá realmente no le importara. Jill prefería creer que la pequeña rubia ardía interiormente de odio, aunque podía estar equivocada. Anna podía haber adoptado una actitud racional con respecto a ella. Después de todo, era una recién llegada, y Jill había dedicado miles de horas a la construcción de la nave y al entrenamiento de la tripulación.

Firebrass había gritado pidiendo silencio. Las conversaciones y la música se habían detenido finalmente. Entonces había dicho que iba a anunciar la lista de oficiales, y le había sonreído a ella. Aquello la había hecho sentirse enferma. Su sonrisa era maliciosa, estaba segura de ello. Iba a hacerle pagar todas las observaciones hirientes que le había lanzado a lo largo del tiempo. Observaciones justificadas, porque ella no estaba dispuesta a permitir que nadie se le impusiera por el simple hecho de que era una mujer. Pero él estaba en una posición que le permitía tomarse su revancha.

Sin embargo, él había hecho al final lo que debía, y parecía mostrarse feliz de haberlo hecho.

Jill, sonriendo, se abrió camino entre la multitud, abrazó a Firebrass y estalló en lágrimas. Él introdujo su lengua profundamente en la boca de ella y le palmeó el trasero. Esta vez, ella no protestó ante aquellas familiaridades no deseadas. Él no se estaba aprovechando de sus emociones ni mostrándose paternalista. Después de todo, se sentía encariñado con ella, y quizá incluso se sintiera atraído sexualmente por ella. O quizá simplemente se estaba mostrando tal como era.

Anna, aún sonriendo, le tendió su mano y dijo:

—Mis sinceras felicitaciones, Jill. —Jill tomó la delicada y fría mano, sintió un irracional y casi invencible impulso de arrancarle el brazo de cuajo, y dijo:

—Muchas gracias, Anna.

Thorn le hizo un signo con la mano y le gritó algo, felicidades, probablemente. No hizo, sin embargo, ningún esfuerzo por acercarse a ella.

Un momento más tarde, Jill salió tambaleándose y sollozando del salón de baile. Antes de alcanzar su cabaña, se odiaba a sí misma por haber mostrado cuán fuertes eran sus sentimientos. Nunca había llorado en público, ni siquiera en los funerales de sus padres.

Sus lágrimas se secaron cuando pensó en su padre y en su madre. ¿Dónde estarían ahora? ¿Qué estarían haciendo? Sería una gran cosa si pudiera verles. Pero eso era todo: sería una gran cosa verles. No deseaba vivir en la misma zona que ellos. Ya no eran sus viejos padre y madre, con el cabello canoso, el rostro lleno de arrugas, y gordos, preocupados únicamente por sus nietos. Su

aspecto sería tan joven como el de ella, y tendrían muy poco en común con ella, excepto algunas experiencias compartidas. La fastidiarían, y ella los fastidiaría a ellos. Era inútil pretender que la relación hijos-padres no había muerto en el Mundo del Río.

Además, ella recordaba siempre a su madre como una nulidad, un apéndice pasivo de su padre, que era un hombre violento, terco y dominante. Realmente nunca se habían llevado bien, aunque en cierta forma lo había lamentado cuando había muerto. Pero eso era a causa de lo que hubiera podido haber sido, no a causa de lo que fue.

Por lo que sabía, podían estar muertos de nuevo.

¿Acaso importaría?

No, no importaría. Entonces, ¿por qué este segundo derramamiento de lágrimas?

—Bien, amigos, aquí estamos de nuevo. Esta vez es el gran acontecimiento. El despegue definitivo. Directos hacia el Gran Cilindro, la Torre de las Nieblas, la casa de Santa Claus en el Polo Norte, el San Nicolás que nos concedió los dones de la resurrección, la juventud eterna, la comida gratis y el alcohol y el tabaco.

»Debe haber al menos un millón de personas aquí. Las tribunas están llenas, las colinas atestadas, la gente se cae de los árboles. La policía tiene un trabajo infernal en mantener el orden. Es un hermoso día, ¿no es cierto? Este rugir significa realmente algo, y no creo que nadie oiga absolutamente nada de lo que estoy diciendo pese al sistema de amplificadores. Así que, amigos, ¡iros a que os zurzan!

»¡Ajá! Parece que algunos sí han oído eso último. Sólo estaba bromeando, amigos, sólo intentaba llamar vuestra atención. Dejadme hablaros de nuevo del *Parseval*. Ya sé que todos tenéis folletos describiendo esta colosal aeronave, pero la mayoría de vosotros no sabéis leer. No es culpa vuestra. Habláis Esperanto, pero nunca habéis tenido la oportunidad de aprender a leerlo. Así que adelante. Hey, esperad un momento a que remoje el cuero reseco de mi garganta con un poco de flor de cráneo.

»¡Ajá! ¡Esto estuvo bieee-eee-eeen! El único problema es que he estado remojando mi seca garganta desde esta mañana antes del amanecer, y estoy teniendo problemas en mantenerme derecho. Odio pensar en mañana por la mañana, pero al infierno. Uno tiene que pagar por todo lo bueno que tiene este mundo, sin mencionar a todos los demás mundos.

»Aquí está, muchachos, aunque no es necesario que os lo señale. El *Parseval*. Llamado así por Firebrass en honor al hombre que primero sugirió la posibilidad de construir una aeronave, aunque hubo un montón de discusiones al principio acerca de qué nombre íbamos a pintar en sus plateados costados.

»El tercero de a bordo Metzinger deseaba llamarlo el Graf Zeppelin III, en honor al hombre que fue responsable de la primera línea comercial de dirigibles y primer responsable de los zepelines militares.

»La primero de a bordo Gulbirra pensó que debía ser llamado Adán y Eva, en honor a toda la raza humana, puesto que nos representa a todos nosotros. También sugirió Reina de los Cielos y Titania. En fin, un poco de chauvinismo femenino. Titania se parece mucho a Titanic, de todos modos, y ya sabéis lo que le ocurrió a ese barco.

»No, no lo sabéis. Olvidaba que la mayoría de vosotros nunca habéis oído hablar de él.

»Uno de los ingenieros, en este momento he olvidado su nombre, que fue miembro de la tripulación del infortunado Shenandoah, deseaba llamarlo Nube plateada. Este era el nombre del dirigible en un libro titulado Tom Swift y su gran dirigible.

»Otro deseaba llamarlo el Henri Gilford, en honor al francés que hizo volar el primer aparato más ligero que el aire autopropulsado. Es una lástima que el viejo Henri no pueda estar aquí para ver la culminación de la aeronave, la cúspide del arte de los dirigibles, el último y el mejor y el más grande de todos los navíos aéreos. Lastima que toda la raza humana no pueda estar aquí para ser testigo de este desafío a los dioses, ¡el guante volador arrojado contra el rostro de los poderes que

están ahí en lo alto!

»Perdonad un momento, amigos. Una pausa para otra libación en honor a los dioses, pero mejor echarla por mi garganta abajo que al suelo.

»¡Aaaaah! ¡Insuperable, amigos! El licor es gratis, obsequio de la casa, la nación de Parolando en este caso.

»Así que, amigos, vuestro estimado ex-presidente, Milton Firebrass, ex-americano, ex-astronauta, decidió llamar a este coloso el *Parseval*. Puesto que él es el jefe honcho, la gran enchilada, el boss, nadie lo contradijo.

»Así que... oh, sí, había empezado a daros unas cuantas estadísticas. Veamos. El capitán Firebrass deseaba construir el mayor dirigible jamás soñado, y lo hizo. Es también el mayor que se construirá nunca, puesto que no habrá otro. Quizá hubiera debido llamarle El último es el mejor.

»Sea como sea, el *Parseval* mide 820 metros de largo. Su diámetro mayor es de 328 metros. Su capacidad de gas es de 6.360.000 metros cúbicos.

»Su superficie es de duraluminio reforzado, y contiene ocho grandes cámaras de gas con cámaras más pequeñas en el morro y en la cola. Originalmente, tenía que llevar trece góndolas suspendidas fuera del casco, la góndola de control y doce góndolas motoras, conteniendo cada una dos motores. Su montaje exterior era requerido por el altamente inflamable hidrógeno. Pero pruebas con el material del que están hechas las cámaras de gas, la membrana intestinal del pez dragón del Río, demostraron que dejaban escapar algo de gas —¡es una broma, amigos!— y así Firebrass ordenó a sus científicos que fabricaran un material plástico que no dejara escapar, es una forma de decirlo, ninguna ventosidad.

»Así lo hicieron: cuando Firebrass dice salta, todo el mundo establece un nuevo récord... ¿Qué? Mi asistente, Randy, dice que todo el mundo no puede establecer un récord al mismo tiempo. ¿Y a quién le importa? Sea como sea, no se escapa ni un átomo de hidrógeno.

»Así pues, la sala de control y todos los motores se hallan dentro del casco, excepto los del morro y las góndolas de cola.

»El hidrógeno, incidentalmente, es puro en un 99,999 por ciento.

»Además de la tripulación de noventa y ocho hombres y dos mujeres, el *Parseval* llevará dos helicópteros, cada uno de ellos con una capacidad de treinta y dos personas, y un planeador biplaza.

»Pero no habrá ningún paracaídas. Un centenar de paracaídas representan un enorme peso, así que se decidió no cargar ninguno. Eso es tener confianza. Más de la que tengo yo.

»¡Miradlo, amigos! ¡Es realmente grande! ¡El sol resplandece sobre él como si fuera la gloria del propio Dios! ¡Hermoso, hermoso y magnífico!

»¡Un gran día para la humanidad! Aquí está la orquesta, tocando la Obertura del Llanero Solitario. ¡Ja, ja! Es sólo un pequeño chiste, que me llevaría mucho tiempo explicaros, muchachos. En realidad se trata de la Obertura de Guillermo Tell, de Rossini, creo. Elegida por Firebrass como la música más apropiada para el despegue, puesto que se siente prendado por esa pieza. Sin mencionar otras buenas piezas que también le prendan, algunas de las cuales puedo ver en este mismo momento entre vosotros.

»Dame otro vaso de ambrosía, Randy. Randy es mi asistente y mi maestro de ceremonias, amigos,

un escritor de historias de fantasía en la Tierra y ahora jefe inspector del control de calidad de las destilerías en Parolando. Lo cual es como contratar a un lobo para que guarde el rebaño.

»¡Aaaaaaaah! ¡Eso es divino! ¡Y aquí viene el *Parseval* ahora, remolcado fuera del hangar! Su morro está atado al único mástil de amarre móvil del mundo. El despegue se efectuará dentro de unos pocos minutos. Desde aquí puedo ver la gran ventanilla acristalada de la sala de control o puente, situado en el morro.

»El hombre del centro, sentado ante el panel de control... podéis ver su cabeza, estoy seguro... es el piloto jefe Cyrano de Bergerac. En su día fue también escritor, escribió novelas acerca de viajar a la Luna y al Sol. Ahora está a bordo de una máquina aérea como nunca hubiera soñado, del mismo modo que nunca hubiera imaginado tampoco un viaje como éste. Volar hasta el Polo Norte de un planeta que nadie, absolutamente nadie en la Tierra, por lo que yo sé, ha descrito en el más alocado de sus relatos. Ascender por los aires en el más grande zepelín jamás construido, el más grande que será construido nunca. Encaminarse hacia una fabulosa torre en medio de un frío y brumoso mar. ¡Un caballero de los aires, un Galahad post-terrestre, en busca de un gigantesco grial!

»Cyrano está realizando por sí mismo todas las operaciones. La nave está completamente automatizada; sus motores y timones y elevadores se hallan conectados al panel de control mediante sistemas electromecánicos. No hay necesidad de tener hombres en los elevadores y en los timones y un sistema telegráfico de señales para maniobrar la nave como ocurría en los antiguos dirigibles. Un solo hombre podría pilotar la nave durante todo el camino hasta el Polo Norte, si consiguiera permanecer despierto tres días y medio, el tiempo estimado de vuelo. De hecho, teóricamente, la nave podría volar por sí misma sin ninguna alma a bordo.

»Y ahí, a la derecha de Cyrano, está el capitán, el propio Milton Firebrass en persona. Ahora está saludando con la mano al hombre que le ha sucedido como presidente, el siempre popular Judah P. Benjamin, hijo de Louisiana y ex procurador general de los desaparecidos pero no necesariamente lamentados Estados Confederados de América.

»¿Qué? ¡Quítame las manos de encima, amigo! No pretendía ofender a ningún ex ciudadano de los E.C.A. ¡Oficiales, echen de aquí a ese tipo borracho!

»Y ahí, de pie en el lado de la izquierda, está el piloto tercer oficial Mitia Nikitin. Prometió permanecer sobrio durante todo el vuelo y no ocultar ninguna botella de licor detrás de las cámaras de gas, ¡ja, ja!

»A la derecha de Níkitin está el primer oficial Jill Gulbirra. Nos ha dado algún que otro problema en otros tiempos, Miz Gulbirra, pero admiramos...

»Aquí están de nuevo las trompetas. ¡Vaya sonido! Y ahí está el capitán Firebrass, saludándonos con la mano. ¡Hasta pronto, mon capitaine, bon voyage! Manténnos informados por radio.

»Acaban de soltar los cables de la cola. La nave cabecea un poco, pero se estabiliza. Hace un par de horas he visto su equilibrado final. La nave está tan equili-equili-equilibrada que un hombre de pie en el suelo bajo esa gigantesca masa podría alzarla con una sola mano.

»Ahora su morro es soltado del mástil de amarre móvil. Se suelta un poco de lastre de agua. Lo lamento, amigos. Se os advirtió ya, aunque no creo que ninguno de vosotros sea incapaz de soportar una ducha.

»Ahora se está elevando un poco. El viento lo empuja hacia atrás, hacia el sur. Pero los propulsores han entrado ya en funcionamiento y lo están haciendo girar ligeramente hacia el norte.

»¡Ya está en camino! ¡Más grande que una montaña, más ligero que una pluma! ¡En dirección al Polo Norte y a la Torre Oscura!

»¡Dios mío, estoy llorando! ¡Debo haber mojado demasiado mis labios en la copa de néctar!

Allá arriba en el cielo, muy alto, el dirigible centelleaba atravesando el espacio como una aguja.

A una altitud de seis kilómetros, la tripulación del *Parseval* tenía una amplia visión del Mundo del Río. Jill, de pie frente al parabrisas delantero, veía los meandros paralelos de los valles, corriendo orientados al norte y al sur directamente bajo ella pero desviándose en una amplia curva hacia el este a unos veinte kilómetros al frente. Luego las líneas discurrían a lo largo de cien kilómetros como delgados krisis malayos, curvadas hojas colocadas una al lado de la otra antes de volver a girar hacia el nordeste.

De tanto en tanto, el Río lanzaba, como un eco luminoso, un rayo de sol. Los millones de personas a lo largo de sus orillas y en su superficie eran invisibles desde aquella altura, e incluso los barcos más grandes parecían los lomos de peces dragón asomándose a la superficie. El Mundo del Río parecía como si se hallara en la víspera del Día de la Resurrección.

Un fotógrafo en el domo del morro estaba tomando las primeras fotos aéreas de aquel planeta. Y las últimas. Las fotografías serían comparadas con el curso del Río informado vía radio por el Mark Twain. De todos modos, iba a haber grandes lagunas en el mapa trazado por el cartógrafo del *Parseval*. El barco de paletas había viajado hasta muy al sur, hasta el borde de las regiones polares meridionales, varias veces. De modo que el cartógrafo de la aeronave solamente podía comprobar sus imágenes con los mapas transmitidos por los barcos de superficie que habían viajado por el hemisferio norte.

Pero bastaba un giro de su cámara para cubrir zonas por las que viajaría el Mark Twain algún día.

El radar estaba efectuando también mediciones de altitud de las grandes montañas. Hasta el momento, el punto más alto estaba a cuatro mil quinientos metros. En la mayoría de los puntos, las montañas tan sólo tenían tres mil metros de altura. A veces las paredes descendían hasta unos mil quinientos metros solamente. Antes de llegar a Parolando, Jill suponía, como casi todo el mundo al que conocía, que las montañas tenían de cuatro mil quinientos a seis mil metros de altura. Se trataba de estimaciones puramente visuales, por supuesto, y nadie al que conociera había intentado siquiera hacer una medición científica. Hasta que estuvo en Parolando, donde había disponibles instrumentos de finales del siglo XX, no supo la verdadera altitud de las montañas.

Quizá era la comparativa proximidad de las paredes lo que engañaba a la gente. Se alzaban a pico, rectas, tan lisas después de los primeros trescientos metros que eran inescalables. A menudo eran más anchas en la cima que en la base, presentando un voladizo que desanimaba al más osado escalador, aunque dispusiera de pitones de acero. Y esos solamente podían encontrarse en Parolando, que ella supiese.

En su parte más alta, la anchura de las montañas era por término medio de cuatrocientos metros. Este relativamente escaso espesor de dura roca era impenetrable sin herramientas de acero y dinamita. Hubiera sido posible navegar hacia el norte Río arriba hasta que se curvara para uno de sus tramos hacía el sur. Allí, con suficiente material de perforación y equipo de dinamitado, se hubiera podido practicar un orificio en la pared de la montaña. Pero, ¿quién sabía qué invulnerables estratos

podía haber bajo la capa superficial?

El *Parseval* se había enfrentado a los vientos superficiales de la zona ecuatorial, que soplaban hacia el nordeste. Cruzando las zonas de calma tropicales, había aprovechado los vientos de cola de las latitudes templadas. En veinticuatro horas había viajado aproximadamente una distancia igual a la existente desde Ciudad de México hasta el extremo inferior de la Bahía de Hudson, en el Canadá. Antes de terminar el segundo día, se encontraría con los vientos contrarios de la región ártica. Cuán fuertes serían esos vientos era algo que nadie sabía. Sin embargo, los vientos raramente alcanzaban allí las intensidades de los vientos de la Tierra debido a la falta de diferencias térmicas entre las masas de tierra y agua.

Era evidente una diferencia en la altitud de las montañas y la anchura de los valles entre las zonas ecuatoriales y templadas. Las montañas eran generalmente más altas y los valles más estrechos en las regiones más cálidas.

La angostura de los valles y la altura de las montañas hacía que las condiciones climatológicas fueran semejantes a las de los estrechos valles de Escocia. Generalmente, llovía cada día a las 15:00 horas, las tres de la tarde, en las zonas templadas. Normalmente, una tormenta de truenos acompañada de lluvia se producía a las 03:00 horas, las tres de la madrugada, en la zona ecuatorial. Este no era un fenómeno natural en los trópicos, o al menos se creía que no lo era. Los científicos de Parolando sospechaban que algún tipo de máquinas productoras de lluvia ocultas en las montañas causaban esas precipitaciones por encargo. La energía requerida para ello debía ser enorme, colosal, de hecho. Pero los seres que habían podido remodelar este planeta hasta convertirlo en un inmenso Valle Fluvial, que podían proporcionar a unos estimados treinta y seis mil millones de personas tres comidas diarias a través de conversores de energía en materia, podían indudablemente modelar el clima diario.

¿Cuál era la fuente de energía? Nadie lo sabía, aunque generalmente se sospechaba que era el calor del núcleo del planeta.

Se especulaba que había algún tipo de escudo metálico entre la corteza del planeta y sus capas más profundas. La no existencia de actividad volcánica ni terremotos tendía a reforzar esta hipótesis.

Puesto que no había enormes masas de hielo o agua creando diferencias de temperatura comparables a las de la Tierra, las condiciones de los vientos podrían haber sido muy distintas. Sin embargo, el esquema parecía ser terrestre.

Firebrass decidió hacer descender la nave hasta una altitud de tres mil seiscientos metros. Quizá los vientos fueran allí más suaves. Las cimas de las montañas estaban sólo a seiscientos metros por debajo del dirigible, y el efecto de las corrientes ascendentes y descendentes era allí fuerte a aquella hora del día. Pero la habilidad de cambiar rápidamente el ángulo de los propulsores compensaba de alguna forma aquel movimiento de montaña rusa. La velocidad con relación al suelo se incrementaba.

Antes de las 15:00, Firebrass ordenó que la nave fuera elevada por encima de las nubes cargadas de lluvia. Volvió a descender a las 16:00, y el *Parseval* avanzó mayestáticamente por encima de los valles. A medida que el sol descendía, tanto los vientos horizontales como los verticales se debilitaban, y la nave podía avanzar por el aire con menos sacudidas.

Cuando llegara la noche, el hidrógeno de las cámaras se enfriaría, y la nave tendría que alzar el

morro en un ángulo más pronunciado para conseguir una mayor ascensión dinámica que compensara la pérdida de flotabilidad.

La cabina de control presurizada estaba caldeada por calentadores eléctricos. Sus ocupantes, sin embargo, llevaban ropa de abrigo. Firebrass y Piscator estaban fumando puros; la mayoría de los demás, cigarrillos. Los ventiladores aspiraban el humo pero no lo bastante rápido como para que no se notara el olor a puro, que Jill detestaba.

Los detectores de fugas de hidrógeno situados en las cámaras de gas transmitirían inmediatamente su advertencia si se producía alguna pérdida. Sin embargo, el fumar estaba permitido tan sólo en cinco zonas: la góndola de control o puente, una sala a medio camino del eje de la nave, la sala de control auxiliar en el plano de deriva de la cola, y las habitaciones destinadas a alojamiento de la tripulación a proa y popa.

Barry Thorn, primer oficial en la sección de cola, informó de algunas lecturas magnéticas. Según éstas, el Polo Norte del Mundo del Río coincidía con el polo norte magnético. La propia fuerza magnética era mucho más débil que la de la Tierra, tan ligera, de hecho, que sería indetectable si no se dispusiera de los precisos instrumentos conocidos sólo a finales de los años 1970.

—Lo cual significa —dijo Firebrass, riendo— que hay tres polos en un mismo lugar. El Polo Norte, el polo magnético, y la Torre. De modo que, si en nuestra tripulación hubiera alguien que se llamara Polo, tendríamos dentro de poco cuatro polos en un mismo sitio.

La recepción por radio era excelente aquel día. La nave estaba muy alta sobre las montañas, y el emisor-receptor del Mark Twain era arrastrado por un globo cautivo remolcado por el barco.

Aukuso dijo:

—Puede usted hablar, señor.

Firebrass se sentó al lado del samoano.

—Aquí Firebrass, Sam —dijo—. Acabamos de recibir noticias de Greystock. Está en camino, en dirección nordeste, preparado para variar el rumbo en el momento en que descubra la localización del *Rex*.

—En cierto modo espero que no encontréis al Podrido Juan —dijo Sam—. Me gustaría atraparlo con mis propias manos y tener el placer de ahogarlo yo mismo. No es una actitud muy práctica, pero si altamente satisfactoria. No soy un hombre vengativo, Milt, pero esa hiena sería capaz de conseguir que el propio San Francisco lo despeñara de una patada en el culo.

—El *Minerva* lleva cuarenta y seis kilogramos de bombas y seis cohetes con cabezas de combate de nueve kilos —dijo Firebrass—. Si tan sólo dos bombas consiguen un impacto directo, pueden hundir el barco.

—Incluso así, ese rey de los ladrones sería capaz de salirse sano y salvo y ganar la orilla a nado —dijo Clemens—. Tiene la buena estrella de los perversos. ¿Y cómo podría encontrarlo entonces? No, quiero ver su cuerpo. O si es capturado vivo, quiero retorcerle personalmente el cuello.

De Bergerac se inclinó hacia Jill.

—Clemens habla mucho para un hombre que se desmaya ante la violencia —dijo en voz baja—. Es muy fácil hacerlo cuando se tiene al enemigo a seis mil kilómetros de distancia.

Firebrass se echó a reír.

—Bien, si tú no puedes retorcerle el cuello, Sam, Joe es el hombre indicado para el trabajo —dijo.

—No —retumbó una voz inhumanamente profunda—, primero le arrancaré los brazos y las piernas. Luego Zam podrá retorcerle la cabeza para que pueda ver donde está. Pero no creo que le haga mucha gracia.

—Arráncale una oreja de mi parte —dijo Firebrass—. El Viejo Juan casi estuvo a punto de alcanzarme cuando me disparó.

Jill supuso que estaban refiriéndose a la lucha que se produjo a bordo del No Se Alquila cuando Juan se apoderó de él.

—Según los cálculos —dijo Firebrass—, el *Rex* debería estar en la zona que sobrevolaremos dentro de una hora. Tú deberías estar en la misma zona, pero a unos ciento cuarenta kilómetros en línea recta al oeste del *Rex*. Naturalmente, esto sólo son estimaciones. No sabemos si el *Rex* está viajando a la velocidad que puede ir, o si el Rey Juan no habrá decidido anclar para efectuar reparaciones o para pasar una temporada en tierra.

Siguió una hora de conversación. Clemens habló con algunos miembros de la tripulación, a la mayoría de los cuales conocía de antes de abandonar Parolando. Jill observó que no podía hablar con de Bergerac.

Justo cuando Sam iba a cortar la comunicación el operador del radar anunció que el *Rex Grandissimus* estaba en la pantalla.

Flotando a cuatrocientos cincuenta metros de altitud, el *Parseval* dio un rodeo en torno al barco. Desde aquella altura parecía un juguete, pero las fotografías, rápidamente ampliadas, demostraron que era efectivamente el barco del Rey Juan. Era magnífico. Jill pensó que sería un crimen destruir algo tan hermoso, pero no dijo nada. Firebrass y de Bergerac sentían una absoluta aversión hacia el hombre que les había robado su fabuloso Barco Fluvial.

Aukuso transmitió la localización a Greystock, que dijo que el *Minerva* alcanzaría al Rex al día siguiente. Comprobó también la localización del *Mark Twain*.

—Me hubiera gustado sobrevolarlo para que Sam pudiera echarle una buena mirada a la nave que está a punto de hundir al Rex —dijo Greystock.

—No te apartará mucho de tu rumbo el hacerlo —dijo Firebrass—. Y le proporcionará a Sam un gran placer.

Tras cortar la comunicación con Clemens, Firebrass dijo:

—Creo realmente que Greystock se ha embarcado en una misión suicida. El Rex está provisto de cohetes, y lleva dos aeroplanos armados con cohetes y ametralladoras. Todo depende de que Greystock pueda pillar o no al *Rex* por sorpresa. No hay muchas posibilidades de ello si el radar de Juan detecta al *Minerva*. Por supuesto, puede que esté desconectado. ¿Por qué debería estar funcionando? El sonar basta para la navegación diurna.

—Sí —dijo Piscator—. Pero la gente del *Rex* debe habernos visto. Deben estar preguntándose quiénes somos, y puesto que no pueden determinar nuestra identidad, es probable que conecten el radar por precaución.

—Yo también lo creo —dijo Jill—. Pueden imaginar fácilmente que sólo Parolando es capaz de construir un dirigible.

—Bien, ya veremos. Quizá. Cuando el *Minerva* alcance al Rex, nosotros estaremos detrás de las montañas polares. No creo que debamos esperar una buena recepción de radio allí. Tendremos que aguardar hasta que volvamos a estar sobre ellos.

Firebrass parecía pensativo, como si estuviera preguntándose si el *Parseval* iba a volver.

El sol se ocultó tras el horizonte, aunque a aquella altitud el sol permanecía brillante durante largo tiempo. Finalmente, llegó la noche con su cortejo de resplandecientes enjambres estelares y nubes de gas. Jill habló durante algunos minutos con Anna Obrenova antes de retirarse a su cabina. La pequeña rusa parecía muy amistosa, pero había algo en su comportamiento que indicaba que no estaba a gusto. ¿Se sentía realmente resentida porque no había obtenido el puesto de primer oficial?

Antes de dirigirse a sus apartamentos, Jill dio un largo paseo por el corredor semipresurizado que conducía hasta la sección de cola. Allá bebió un poco de café y charló brevemente con algunos de los oficiales. Barry Thorn estaba presente, pero él también parecía un poco nervioso, más reticente aún que lo habitual. Quizá, pensó Jill, se sentía todavía resentido por haber sido rechazado por Obrenova. Si, por supuesto, esta había sido la causa de su discusión.

En aquel momento fue cuando recordó que los dos habían hablado en un idioma desconocido para ella. Ahora no era el momento de preguntarle nada al respecto. Era posible que nunca pudiera

plantear la cuestión. Hacer eso sería admitir que había estado escuchando furtivamente.

Por otra parte, se sentía realmente curiosa. Algún día, cuando no hubiera cosas más importantes que tener en cuenta, se lo preguntaría. Afirmaría que simplemente pasaba por allí camino de su casa —lo cual era cierto—, y había oído tan sólo unas pocas palabras del diálogo. Después de todo, si ella no había podido comprender nada de lo que estaban diciendo, no podía haber estado escuchando, ¿verdad?

Se dirigió a su cabina, donde se metió en su litera y se durmió casi inmediatamente. A las 04:00 horas un silbido por el intercom la despertó. Se encaminó a la sala de control para relevar a Metzing, el tercer oficial. El hombre se quedó por allá un momento, hablando de sus experiencias como comandante del LZ-1, luego se fue. Jill no tenía mucho que hacer, puesto que Piscator era un competente piloto y las condiciones atmosféricas eran normales. De hecho, el japonés había puesto el piloto automático, aunque no dejaba de controlar el panel de indicadores.

Había otras dos personas presentes, los operadores de radio y de radar.

—Deberíamos ver las montañas a las 23:00 —dijo ella.

Piscator se preguntó en voz alta si serían tan altas como había estimado Joe Miller. El titántropo había calculado que tendrían unos seis mil metros. Joe, sin embargo, no era un buen juez apreciando distancias, o, al menos, no lo suficientemente bueno como para convertir distancias en metros.

—Lo sabremos cuando llegemos allí —dijo Jill.

—Me pregunto si los misteriosos ocupantes de la Torre nos permitirán regresar —dijo él—. O siquiera entrar en la Torre.

Aquella cuestión tenía la misma respuesta que las anteriores. Jill no hizo ningún comentario.

—Pienso —dijo Piscator—, que quizá nos permitan sobrevolarla.

Jill encendió un cigarrillo. No se sentía nerviosa, pero sabía que, cuando estuviesen cerca de las montañas, iba a sentirse bastante más inquieta. Aquello representaría entrar en lo prohibido, en lo tabú, en la zona del Castillo Peligroso.

Piscator, sonriendo, sus negros ojos brillando, dijo:

—¿Has considerado alguna vez la posibilidad de que alguno de Ellos pueda estar en esta nave?

Jill casi se atragantó con el humo de su cigarrillo. Cuando hubo despejado sus pulmones tosiendo, dijo jadeando:

—¿Qué demonios quieres decir?

—Podrían tener agentes entre nosotros.

—¿Qué te hace pensar así?

—Es sólo una idea —dijo él—. Después de todo, ¿no es razonable creer que Ellos hayan estado observándonos?

—Creo que has visto más de lo que estás admitiendo. ¿Qué es lo que te hace pensar así? No te hará ningún daño decírmelo.

—Es sólo una especulación ociosa.

—En esta especulación ociosa, como tú dices, ¿hay alguien que tú creas que puede ser uno de Ellos?

—No sería discreto decirlo, aunque hubiera alguien. No me gustaría señalar con el dedo a algún

miembro inocente de la expedición.

—¿No sospecharás de mí?

—¿Sería tan estúpido como para decírtelo? No, sólo estoy pensando en voz alta. Una costumbre más bien lamentable, de la que debería desprenderme.

—No recuerdo haberte oído pensar nunca en voz alta antes.

Ella no prosiguió el tema, puesto que Piscator mostró con toda evidencia que no iba a añadir nada más. Durante el resto de la guardia Jill intentó pensar en lo que él podía haber observado y luego reunido para formar un esquema. El esfuerzo hizo que su cabeza empezara a zumbar, y volvió a la cama sintiéndose muy frustrada. Quizá él simplemente había querido burlarse un poco de ella.

Por la tarde, con sólo dos minutos de diferencia de la hora que había predicho, las cimas de las montañas polares estuvieron a la vista. Parecían como nubes, pero el radar mostró su auténtica naturaleza. Eran montañas. Mejor dicho, eran una única montaña ininterrumpida que rodeaba el mar central. Firebrass, leyendo la indicación de su altura, gruñó.

—¡Casi diez mil metros de alto! ¡Más que el monte Everest!

Había una buena razón para su gruñido, y para que los otros se mostraran inquietos. La aeronave no podía remontarse a más de nueve mil metros, y Firebrass dudaba en llevarla hasta esa altura. Teóricamente, ese era el tope de presión de las cámaras de gas. Ir más arriba significaba que las válvulas automáticas en la parte alta de las cámaras podían soltar hidrógeno. Si no lo hacían, las cámaras podían estallar, habiendo alcanzado su límite de inflado.

A Firebrass no le gustaba llevar la nave hasta el límite de presión. Una inesperada capa caliente de aire podía hacer que el hidrógeno en las cámaras se expandiera aún más, dándole así a la nave una flotabilidad más allá de su límite de seguridad. Bajo esas condiciones, el *Parseval* ascendería rápidamente. El piloto debería actuar con rapidez, apuntando el morro del dirigible hacia abajo e inclinando los propulsores de modo que compensaran el movimiento ascendente. Si esta maniobra fallaba, el gas, expandiéndose bajo la más tenue presión atmosférica, podía dilatar las paredes de las cámaras hasta más allá del punto de ruptura.

Aunque el dirigible soportara sin daños esta situación, su pérdida de gas a través de las válvulas lo haría más pesado. La única forma de aligerar la nave sería desprenderse de lastre. Si era descargado demasiado lastre, el *Parseval* podía adquirir un exceso de flotabilidad.

—Si son así a todo alrededor —dijo Firebrass—, estamos perdidos. Pero Joe dijo...

Se detuvo un instante, pensando, observando la oscura y ominosa masa que se agrandaba por momentos. Bajo ella el valle se enroscaba como una serpiente, cubierto eternamente de brumas en aquella zona fría. Hacía rato que habían pasado la última de la doble línea de piedras de cilindros. Sin embargo, el radar y el equipo de infrarrojos mostraban que crecía vegetación alta en las colinas. Otro misterio más. ¿Cómo podían desarrollarse los árboles entre frías brumas?

—Descendamos a tres mil metros, Cyrano —dijo Firebrass—. Deseo echarle una buena mirada a las fuentes del Río.

Por “mirada” entendía una buena exploración con el radar. Nadie podía ver a través de las masivas y remolineantes nubes que cubrían el enorme orificio en la base de las montañas. Pero el radar mostró una salida colosal para el Río, una abertura de casi cinco kilómetros de ancho por tres y

medio de alto en el punto mayor de la bóveda.

El enorme flujo de agua avanzaba horizontalmente durante tres kilómetros antes de verterse por el borde del acantilado y caer desde una altura de novecientos metros.

—Joe pudo exagerar cuando dijo que uno podía hacer flotar la luna sobre el Río allá donde sale de la caverna —dijo Firebrass—. ¡Pero es impresionante!

—Sí —dijo Cyrano—, es realmente grande. Pero el aire aquí es más bien turbulento.

Firebrass ordenó que el *Parseval* ganara altitud y siguiera un rumbo paralelo a la montaña a una distancia de doce kilómetros. Cyrano tuvo que hacer derrapar al dirigible y girar los propulsores para impedir que la nave fuera arrastrada hacia el sur, y se mantuvo en diagonal a lo largo de la cordillera rocosa.

Mientras tanto, el operador de la radio intentó entrar en contacto con el *Mark Twain*.

—Sigue intentándolo —dijo Firebrass—. Sam deseará saber lo que estamos haciendo. Y yo estoy interesado por averiguar cómo le han ido las cosas al *Minerva*.

Volviéndose hacia los demás, añadió:

—Vamos a buscar esa hendidura en la montaña. Tiene que haber una. Joe dijo que el sol destelló momentáneamente por un agujero o lo que él pensó que era un agujero. No pudo ver la brecha, pero puesto que el sol nunca asciende a más de media altura sobre el horizonte aquí, no podría reflejarse sobre el mar a menos que la abertura se iniciara al nivel del suelo.

Jill se preguntó por qué Ellos habrían erigido una barrera tan enorme sólo para dejar una abertura.

A las 15:05, el radar informó que había una abertura en la vertical. Ahora la aeronave estaba sobrevolando unas montañas en la parte exterior de la pared principal. Esas montañas no formaban parte de la cordillera continua que rodeaba el mar sino que eran picos aislados, algunos de los cuales alcanzaban los tres mil metros. Luego, mientras se acercaban a la abertura, vieron que entre las montañas más bajas y la pared había un inmenso valle.

—Un auténtico Gran Cañón, si es tal como me lo habéis descrito siempre —dijo Cyrano—. Un abismo colosal. Nadie puede descender por sus paredes a menos que disponga de una cuerda de seiscientos metros de largo. Ni puede tampoco trepar por el otro lado. Tiene la misma altura, y sus paredes son tan lisas como el trasero de mi querida.

Al otro lado de las montañas más bajas se alzaba imponente la gran montaña que vallaba el Río. Sí un hombre conseguía superar las primeras alturas y salir del valle, luego iba a tener que cruzar una abrupta cadena montañosa por más de ochenta kilómetros. Tras lo cual debería enfrentarse al infranqueable valle.

—Ginnungagap —dijo Jill.

—¿Qué? —murmuró Firebrass.

—De la mitología escandinava. El abismo primordial en el cual Yamir, el primero creado a la vida, el antepasado de la maligna raza de gigantes, nació.

Firebrass lanzó un gruñido y dijo:

—La próxima vez me dirás que el mar está poblado de demonios.

Firebrass parecía bastante tranquilo, aunque Jill se preguntó si no sería una fachada. A menos que

tuviera nervios sobrehumanos, su cuerpo estaba bajo tensión, la adrenalina derramándose a chorros, la presión sanguínea subiendo. ¿Estaba pensando también, como ella, que debería haber a los controles un piloto mucho más experimentado? La capacidad de juicio y los reflejos del francés eran probablemente más rápidos que los de cualquier otro. Habían sido probados infinidad de veces en emergencias simuladas durante el entrenamiento. Pero... no tenía los necesarios miles de horas de vuelo en dirigible bajo condiciones terrestres, es decir, condiciones rápidamente cambiantes. De hecho, el viaje había sido demasiado tranquilo. Pero el entorno polar era desconocido, y pasar por encima de las montañas podía enfrentar a la nave a repentinas fuerzas inesperadas. No podía. Debía.

Allá en la cima del mundo, los rayos del sol eran más débiles y por lo tanto hacia más frío. El Río se vaciaba en el mar polar al otro lado del anillo circular, despojándose de todo el calor que le quedaba tras miles de kilómetros de vagar por la región ártica. El contacto del frío aire con las cálidas aguas causaba las nieblas que había señalado Joe Miller. Incluso así, el aire era relativamente más frío que fuera de las montañas. La alta presión del aire frío del interior del anillo de montañas fluía hacia el exterior. Joe había descrito los vientos que aullaban a través de los pasos.

Jill deseaba desesperadamente pedirle a Firebrass que reemplazara a Cyrano por ella. O por Ana o por Barry Thom, las únicas otras personas con mucha experiencia. Ambos eran, considerados objetivamente, tan buenos como ella. Pero ella deseaba estar a los controles. Sólo entonces se sentiría tranquila. O tan tranquila como permitiera la situación.

Era probable que Firebrass fuera de la misma opinión. Sin embargo, no lo demostraba, y ella tampoco podía decir nada al respecto. Un código no escrito, de hecho ni siquiera formulado, lo impedía. Era el turno de Cyrano. Ordenarle que entregara los mandos a un piloto más cualificado sería humillarle. Demostraría una falta de confianza, le haría sentir menos «hombre».

Ridículo. Absolutamente ridículo. Toda la misión y un centenar de vidas estaban en juego.

Pese a lo cual, ella no iba a decir nada aunque interiormente pensara que era necesario. Como los demás, estaba ligada por el código. No importaba cuán contrario a la supervivencia fuera. No podía culparle a Cyrano. Además, para ella, sugerir que el hombre fuera reemplazado la avergonzaría a ella también.

Ahora estaban enfrentados a la abertura. No era la fisura en forma de v que habían esperado. Era un círculo perfecto cortado en la pared de la montaña, un agujero de tres kilómetros de diámetro a mil metros por encima de la base. Por él surgían nubes, arrastradas por un viento que, si pudieran oírlo, sería indudablemente «aullante». Cyrano se vio obligado a orientar el dirigible directamente hacia el orificio para impedir ser arrastrados hacia el sur. Pero incluso entonces, con los motores funcionando a toda potencia, el *Parseval* podía avanzar tan sólo a quince kilómetros por hora.

—¡Vaya viento! —dijo Firebrass. Vaciló. El aire que surgía por encima de la montaña añadía su fuerza al que soplabla a través del orificio. Y el piloto tenía que confiar en el radar para controlar la distancia de los lados del agujero.

—Si las montañas no son más anchas que las que hay a lo largo del Río —dijo Firebrass—, podremos cruzarlas más rápido que un perro salta a través de un aro. Sin embargo...

Mordisqueó su puro, luego añadió, entre dientes encajados:

—¡Es como entrar por las puertas del infierno!

La convergencia de los caminos a través del azar era algo que fascinaba a Frigate.

El puro azar había transformado su *in potentio* en *essemis*.

Su padre había nacido y crecido en Terre Haute, Indiana; su madre en Galena, Kansas. No había muchas posibilidades de que se conocieran y dieran como resultado un Peter Jairus Frigate, ¿verdad? Especialmente en 1918, cuando la gente no viajaba mucho. Pero su abuelo, el apuesto, opulento, jugador, mujeriego, bebedor William Frigate, se vio obligado a realizar un viaje de negocios a Kansas City, Missouri. Pensó que su hijo mayor, James, debía empezar a aprender los detalles del manejo de sus varios intereses en el Medio Oeste. Así que se llevó consigo al joven, que en aquel momento tenía veinte años. En vez de hacer el viaje en su nuevo Packard, tomaron el tren.

La madre de Peter estaba por aquel tiempo en Kansas City, viviendo con sus parientes alemanes, mientras asistía a una escuela comercial. Los Hoosier y los Jaybawk nunca habían oído hablar los unos de los otros. No tenían nada en común excepto el hecho de ser seres humanos y vivir en el Medio Oeste, que es una extensión tan grande como muchos países europeos.

Y así, una calurosa tarde, su futura madre fue a un drugstore en busca de un bocadillo y un batido. Su futuro padre se había pasado toda la mañana aburrido escuchando una conferencia de negocios entre su padre y un fabricante de maquinaria agrícola. Cuando llegó la hora de la comida, los dos viejos encaminaron sus pasos hacia el bar. James, no deseando empezar a beber tan pronto, se escabulló al drugstore. Allí fue recibido por los agradables olores de los helados de vainilla y chocolate, el frescor de los dos grandes ventiladores del techo, la visión del largo mostrador de mármol, las revistas en sus estantes, y tres hermosas muchachas sentadas en sillas de rejilla metálica en torno a una pequeña mesa con el sobre de mármol. Las miró, como haría cualquier hombre, joven o viejo. Se sentó y pidió un batido de chocolate y un bocadillo de jamón, luego decidió ir a dar un vistazo a las revistas. Hojeó algunas revistas y una novela de bolsillo de fantasía sobre viajes por el tiempo. Nunca le habían gustado demasiado esas novelas. Había intentado H. G. Wells, Julio Verne, H. Rider Haggard, y Frank Reade, Jr., pero su dura cabeza Hoosier había rechazado todas esas implausibilidades.

En su camino de vuelta, justo cuando pasaba junto a la mesa ante la que se sentaban riendo tontamente las tres muchachas, tuvo que dar un salto hacia un lado para evitar un vaso lleno de coca cola. Una de las chicas, agitando sus manos mientras contaba algo, le había dado un golpe y lo había volcado. Si no hubiera sido tan ágil, toda la pernera de su pantalón hubiera quedado empapada. Pese a todo, no pudo evitar mancharse los zapatos.

La chica se disculpó. James le dijo que no tenía por qué preocuparse. Se presentó, y pidió si podía sentarse con ellas. Las muchachas estaban ansiosas de hablar con un apuesto joven procedente del lejano estado de Indiana. Una cosa condujo a la otra. Antes de que las chicas tuvieran que marcharse hacia la cercana escuela, había concertado una cita con «Teddy» Griffiths. Era la más quieta del trío y en absoluto la más llamativa, pero había algo en su delgado cuerpo y en sus rasgos teutones, en su pelo de india y en sus grandes ojos marrón oscuro, que le atraían.

Afinidad electiva, lo llamaba Peter Frigate, tomándole prestada tranquilamente la frase a Goethe.

Cortejar a una muchacha en aquellos tiempos no era tan sencillo como en los días de Peter. James tuvo que acudir a la residencia de los Kaiser en Locust Street, un largo viaje en tranvía, y ser presentado a su tío y a su tía. Luego se sentaron en el porche delantero con los viejos, tomando helado hecho en casa y pastelillos. Hacia las ocho, él y Teddy fueron a dar un paseo en torno a la manzana, hablando de esto y de aquello. Al regreso, dio las gracias a la familia de ella por su hospitalidad y dijo adiós a Teddy, sin darle ningún beso. Pero se escribieron y, dos meses más tarde, James hizo otro viaje, esta vez en uno de los coches de su padre. Y esta vez se dieron algún que otro achuchón, principalmente en la última fila del cine del barrio.

En su tercer viaje, se casó con Teddy. Se marcharon inmediatamente después de la boda para tomar el tren hasta Terre Haute. James se sentía orgulloso de decirle a su hijo mayor que hubieran debido llamarle Pullman:

—Fuiste concebido en un tren, Pete, así que pienso que hubiera sido de justicia que tu nombre conmemorara ese acontecimiento. Pero tu madre no quiso.

Peter no sabía si creer o no a su padre. Le gustaban tanto las bromas. Además, no podía imaginarse a su madre discutiendo con su padre. James era un hombre bajito, pero un auténtico gallo de pelea que le gustaba ser el rey del gallinero, un Napoleón doméstico.

Esta era la concatenación de acontecimientos que habían deslizado a Peter Jairus Frigate de la potencialidad a la existencia. Si el viejo Williams no hubiera decidido llevarse a su hijo a Kansas City, si James no se hubiera sentido más tentado por los batidos que por la cerveza, si la muchacha no hubiera volcado su vaso de coca cola, no hubiera existido Peter Jairus Frigate. Al menos, no el individuo que ahora llevaba ese nombre. Y si su padre hubiera eyaculado en sueños la víspera, o hubiera utilizado un anticonceptivo la noche de bodas, él, Peter, no hubiera nacido. O si no hubiera habido copulación aquella noche, si hubiera sido abandonada por alguna razón, el óvulo hubiera sido desechado y hubiera terminado su vida en una compresa higiénica.

¿Y qué era lo que tenía aquel espermatozoide en particular, uno entre trescientos millones, para permitirle vencer a todos los demás en su carrera hacia el óvulo?

Quizá regía la ley de que venciera el mejor. Y así había sido. Pero la cosa había ido tan justa, tan justa, que pensar en ello le hacía sudar.

Y luego estaba la horda de sus hermanos y hermanas in potentio, que habían perdido la carrera. Habían muerto, llegando demasiado tarde o no llegando siquiera. Una pérdida de carne y de espíritu. Y cualquiera de los espermatozoides, ¿tenía la misma potencialidad para su imaginación y talento literarios? ¿O estos estaban en el óvulo? ¿O eran una resultante de la fusión de espermatozoide y óvulo, una combinación de genes sólo posible con la fusión de este espermatozoide en particular y este óvulo en particular? Sus hermanos tenían una imaginación más bien pasiva y en absoluto creativa; su hermana poseía una imaginación pasiva, le gustaba la fantasía y la ciencia ficción, pero no sentía ninguna inclinación a escribir. ¿Qué era lo que creaba la diferencia?

El entorno no podía explicarlo. Los demás se habían visto expuestos a las mismas influencias que él. Su padre había comprado esa biblioteca de pequeños libros rojos encuadernados en simlpiel, ¿cómo demonios se llamaba? Era una biblioteca muy popular en todos los hogares en su infancia. Pero no se habían sentido fascinados por las historias que contenía. No se habían enamorado de

Sherlock Holmes y de Irene Adler en Un escándalo en Bohemia, o simpatizado con el monstruo en Frankenstein, o luchando ante las murallas de Troya con Aquiles, o sufrido con Ulises en sus viajes, o descendiendo a las heladas profundidades con Beovulfo para luchar contra Grandel, o acompañado al Viajero a través del Tiempo de Wells, o visitado esas extrañas estrellas de Olive Schneider, o escapado de los mohicanos con Natty Bunnpo. Ni se habían mostrado interesados por los otros libros que sus padres habían comprado, El viaje del peregrino, Tom Sawyer y Huckleberry Finn, La isla del tesoro, Las mil y una noches y Los viajes de Gulliver. Ni habían explorado la pequeña biblioteca del lugar, donde él había espigado lo mejor de Frank Baum, Hans Andersen, Andrew Lang, Jack London, A. Conan Doyle, Edgar Rice Burroughs, Rudyard Kipling, y H. Rider Haggard. Sin olvidar tampoco a los de segunda fila: Irving Grump, A. G. Henty, Roy Rockwood, Oliver Curwood, Jeffrey Farnol, Robert Service, Anthony Hope, y A. Hyatt Verrilí. Después de todo, en su panteón personal, el Neanderthal, Og, y Rudolph Rassendyll, se alineaban casi juntos con Tarzán, John Carter de Barsoom, Dorothy Gale de Oz, Ulises, Holmes y Challenger, Jim Hawkins, Ayesha, Allan Quartermain y Umslopogaas.

En este momento excitaba a Peter el pensar que se hallaba en el mismo barco que el hombre que había proporcionado el modelo para el personaje de ficción Umslopogaas. Y era también compañero de cubierta del hombre que había creado a Buck y a Colmillo Blanco, a Lobo Larsen, el anónimo narrador subhumano de Antes de Adán, y a Smoke Bellew. Le encantaba también hablar diariamente con el gran Tom Mix, inigualado en sus fantásticas aventuras cinematográficas excepto por Douglas Fairbanks, Senior. Si Fairbanks estuviera también a bordo. Pero entonces hubiera sido también delicioso tener a Doyle y a Twain y a Cervantes y a Burton, especialmente a Burton. Y... Seguro que el barco empezaría a estar demasiado lleno. Conténtate con lo que tienes. Pero nunca se contentaba.

¿De qué pensamientos se había desviado? Oh, sí. Del azar, otra palabra para destino.

Él no creía, como creía Mark Twain, que todos los acontecimientos, todos los hombres y mujeres, estuvieran rígidamente predeterminados. «Desde el momento en que el primer átomo del gran mar laurentino golpeó contra el segundo átomo, nuestros destinos quedaron fijados». Twain habían escrito algo así, probablemente en su deprimente ensayo ¿Qué es el Hombre? Esa filosofía era una excusa para huir de la culpabilidad. Para eludir responsabilidades.

Como tampoco creía, como creía Kurt Vonnegut, la encarnación de Mark Twain de finales del siglo xx, que estamos enteramente gobernados por la química de nuestros cuerpos. Dios no era el Gran Taller Mecánico de los Cielos ni el Divino Proveedor de Píldoras. Si es que existía un Dios. Frigate no sabía qué era Dios, y a menudo dudaba incluso de Su existencia.

Dios podía no existir, pero el libre albedrío sí existía. Cierto, era una fuerza limitada, reprimida o influenciada por los condicionamientos del entorno, químicos, daños cerebrales, enfermedades nerviosas, lobotomías. Pero un ser humano no era simplemente un robot proteínico. Ningún robot podía cambiar de opinión, decidir por voluntad propia reprogramarse, liberarse por sí mismo de sus ligaduras mentales.

Además, hemos nacido con distintas combinaciones genéticas, y éstas determinan en cierta medida nuestra inteligencia, aptitudes, inclinaciones, reacciones, en pocas palabras, nuestro carácter. Y el carácter determina el destino, según el antiguo griego Heráclito. Pero una persona, hombre o mujer,

puede cambiar de carácter. En algún lugar dentro de nosotros hay una fuerza, una entidad, que dice: «¡No haré esto!», o: «¡Nadie podrá impedirme que haga esto!», o: «¡He sido un cobarde pero esta vez actuaré como un león!»

A veces uno necesita un estímulo exterior o un estimulador, como hicieron el Hombre de Hojalata y el Espantapájaros y el León Cobarde. Pero el Mago no les dio más que lo que habían tenido desde un principio. Los cerebros de aserrín, salvado, alfileres y agujas, el corazón de seda relleno de aserrín, y el líquido de la botella verde cuadrada etiquetada Valor, eran únicamente antiplacebos.

A través del pensamiento uno puede cambiar sus actitudes emocionales. Frigate creía en ello, aunque su práctica nunca le había demostrado su teoría.

Había sido educado en el seno de una familia adepta a la Ciencia Cristiana. Pero cuando tenía once años sus padres lo habían enviado a una iglesia presbiteriana, puesto que por aquel entonces estaban atravesando una crisis de apatía religiosa. Los domingos por la mañana su madre limpiaba la cocina y cuidaba de los bebés mientras su padre leía el Chicago Tribune. Le gustara o no, él iba a la escuela dominical y luego al sermón.

Así, se había encontrado con dos educaciones religiosas contrarias.

Una de ellas creía en el libre albedrío, en el mal, en la ilusión de la materia y en el Espíritu como única realidad.

La otra creía en la predestinación. Dios elegía aquí y allá a unos cuantos a los que les aseguraba la salvación, y dejaba que los otros se fueran al infierno. No había en su actitud ningún ritmo ni razón. Uno no podía hacer nada para cambiar las cosas. Una vez se había efectuado la elección divina, todo estaba hecho. Uno podía vivir en la pureza, rezando torturadamente y esperando toda la vida. Pero cuando llegaba el final de su vida en la Tierra, uno iba a parar al lugar predestinado para él. Las ovejas, aquellos a quienes Dios había marcado por alguna razón inexplicable con Su gracia, iban a sentarse a Su diestra. Los carneros, rechazados por las mismas misteriosas razones, se deslizaban en su predeterminada caída hacia el fuego, santos y pecadores juntos.

Cuando tenía doce años, había sufrido varias pesadillas en las cuales Mary Baker Eddy y Juan Calvino luchaban por su alma.

No era extraño que, a los catorce años, decidiera romper con ambas religiones. Con todas las religiones. Sin embargo, había seguido siempre el epítome del puritanismo. Ninguna mala palabra escapaba de sus labios; enrojecía si se contaba un chiste sucio. No podía soportar el olor a cerveza o a whisky, y aunque le hubieran gustado, los hubiera rechazado con desprecio. Y disfrutaba de una suprema sensación de superioridad moral haciendo todo eso.

El inicio de su pubertad fue un tormento. En séptimo grado, cuando debía ponerse en pie para recitar cualquier cosa, enrojecía, su pene se ponía rígido contra su bragueta ante la insoportable mirada de los exuberantes pechos de su profesora. Nadie parecía darse cuenta de ello, pero cada vez que se ponía en pie estaba seguro de que aquello traería su desgracia. Y cuando acompañaba a sus padres al cine para ver una película en la cual la heroína llevaba un atuendo atrevido o exhibía el atisbo de una liga, se llevaba las manos a los pantalones para ocultar su erección.

La parpadeante luz de la pantalla podía revelar su pecado.

Sus padres podían adivinar cuáles eran sus pensamientos, y sentirse aterrorizados ante ellos.

Nunca más podría volver a mirarles a la cara.

En dos ocasiones, su padre habló de sexo con él. La primera vez cuando tenía doce años. Aparentemente, su madre había observado huellas de sangre en su toalla de baño, y había hablado de ello con su padre. James Frigate, con muchos aspavientos y gestos y contorsiones faciales, le había preguntado si se masturbaba. Peter se había sentido a la vez horrorizado e indignado. Lo había negado, aunque su padre actuó como si realmente no le creyera.

Las futuras investigaciones revelaron, sin embargo, que, cuando se bañaba, Peter no echaba hacia atrás su prepucio para lavar su parte interna. De hecho nunca se había atrevido tocarse el pene. Como resultado, el esmegma se había ido acumulando bajo la piel. El cómo esto había ocasionado la aparición de sangre era algo que ni él ni su padre sabían. Pero éste le aconsejó que se lavara cuidadosamente esa parte cada vez que se bañara. Al mismo tiempo le dijo que la masturbación roía el cerebro, y le puso como ejemplo el idiota del pueblo de North Terre Haute, un muchacho que se masturbaba en público. Con rostro serio, su padre le dijo que todo el mundo que se había masturbado de joven terminaba su vida como un imbécil babeante. Quizá su padre creyera realmente en aquello. Tantos de su generación lo hacían. O quizá solamente le había retransmitido esa horrible historia, pasada de boca en boca a través de sólo Dios sabía cuántas generaciones, siglos, incluso milenios, para asustar a su hijo.

Peter descubriría más tarde que todo aquello era una mera superstición, un razonamiento de efecto a causa, totalmente inválido. Podía alinearse en el mismo lugar que la creencia de que, si uno comía un bocadillo de mantequilla de cacahuete y mermelada mientras estaba sentado en el water, vendría el diablo y se lo llevaría.

Peter no había mentado. Nunca se había dejado tentar por el pecado de Onán. Aunque no llegaba a comprender por qué se le llamaba onanismo, puesto que Onán nunca se había masturbado. Onán simplemente había utilizado la técnica que Peter había oído llamar a su padre la técnica del expreso IC (Illinois Central). Retirarse a tiempo.

Algunos de sus compañeros de la escuela —los más «atrevidos»— alardeaban de darle a la caña. Uno de ellos, un chico indomable llamado Vernon (murió al estrellarse en 1924 mientras se entrenaba en un bombardero de las Fuerzas Aéreas) había llegado a masturbarse en la parte de atrás de un tranvía cuando regresaban a casa después de un partido de baloncesto. Peter, observándole, se había sentido a la vez enfermo y fascinado. Los otros chicos se habían limitado a reírse.

En una ocasión, él y un amigo, Bob Allwood, tan puritano como él mismo, volvían en tranvía a casa tras asistir a la última sesión de cine. No había nadie más en el vehículo excepto el conductor y una llamativa rubia oxigenada sentada en el asiento delantero. Cuando el tranvía inició el último tramo de la línea en Elizabeth Street, el conductor había bajado la cortinilla en torno a él y a la rubia y había apagado la luz de la cabina. Bob y Pete observando desde la parte de atrás del vehículo, vieron las piernas de la mujer desaparecer. No fue hasta unos minutos más tarde que Peter comprendió lo que estaba ocurriendo. La mujer debía estar sentada en el reborde del parabrisas frontal, o sobre la misma columna de control, cara al operador, mientras éste se la beneficiaba.

Peter no dijo nada sobre ello a Bob hasta que hubieron bajado del tranvía. Bob se negó a creerlo. Peter se sintió sorprendido de su propia reacción. Se había sentido más divertido que otra cosa.

O quizá envidioso fuera más apropiado. Su reacción «adecuada» llegó más tarde. Aquel hombre y su rubia oxigenada irían ambos al infierno, seguro.

Eso había sido hacía mucho tiempo. Había llegado el día en el que Peter había hecho el amor con una mujer ante el altar de una iglesia vacía, aunque estaba borracho cuando hizo esto. Ocurrió en una catedral católica romana en Syracuse, y la mujer era judía. Había sido idea de ella. Odiaba la religión porque creía que los chicos católicos polacos de la escuela secundaria de Boston a la que iba ella la habían molestado varias veces porque era judía. La idea de profanar la iglesia le había parecido a Peter estupenda en aquel momento, pero a la mañana siguiente se había puesto a sudar pensando en lo que hubiera podido haber ocurrido caso de ser descubiertos. Pero hacerlo en una iglesia protestante no le hubiera atraído tanto. Las iglesias protestantes siempre le habían parecido unos lugares estériles. Dios no se dejaba ver por allí. Prefería merodear por los lugares de culto católicos. Peter siempre había tenido una tendencia hacia la religión románica, y había estado dos veces a punto de convertirse. Uno sólo puede blasfemar cuando Dios está ahí, lo cual no dejaba de ser una curiosa actitud. Si uno no creía en Dios, ¿por qué preocuparse por blasfemar?

Y por si eso no fuera suficientemente malo, él y Sarah habían entrado en un cierto número de casas de apartamentos en una calle cuyo nombre no podía recordar ahora. Se trataba de un distrito en su tiempo elegante, donde los ricos habían construido enormes casas llenas de cúpulas y adornos superfluos. Luego se habían ido a otros barrios, y las casas habían sido convertidas en apartamentos. La mayoría de sus actuales habitantes eran gente mayor, viudas y parejas jubiladas. Los dos habían vagabundado por los pasillos de tres edificios donde todas las puertas estaban cerradas a cal y canto y al otro lado no se oía más que el apagado rumor de los aparatos de televisión. Estaban en el tercer piso del cuarto edificio y Sarah estaba arrodillada ante él, manipulando en su bragueta, cuando se abrió una puerta. Una mujer entrada en años asomo la cabeza al pasillo, gritó, y volvió a cerrar la puerta de golpe. Riendo, él y Sarah habían huido a la calle, y habían terminado subiendo al apartamento de ella.

Más tarde, Peter se había preocupado pensando en lo que hubiera podido ocurrir si hubieran sido sorprendidos por la policía. La cárcel, el deshonor público, la pérdida de su trabajo en la General Electric, la vergüenza de sus hijos, la cólera de su mujer. ¿Y si la mujer vieja hubiera sufrido un ataque al corazón? Buscó las columnas necrológicas, y se sintió aliviado al descubrir que nadie de aquella calle había muerto la noche anterior. Aquello era en sí mismo una rareza, puesto que Sarah decía que nunca había podido mirar por la ventana de su apartamento sin ver un cortejo funerario bajando por la calle.

También buscó alguna información del incidente en los periódicos. Si la vieja dama había llamado a la policía, sin embargo, la noticia no había sido reflejada por la prensa.

A los treinta y ocho años, sin embargo, un hombre no tenía que hacer cosas tan infantiles como aquella, se dijo a sí mismo. Especialmente si podía resultar afectada gente inocente. Nunca más. Pero, a medida que pasaban los años, no dejaba de reírse cada vez que pensaba en ello.

Aunque ateo a los quince años, Frigate nunca había sido capaz de librarse por completo de las dudas. Cuando tenía diecinueve años, había acudido a una reunión revivalista con Bob Allwood. Allwood había sido educado en una devota familia fundamentalista. El también se había pasado al

ateísmo, pero aquello sólo le había durado un año. En aquel tiempo, los padres de Bob habían muerto de cáncer. El shock le había conducido a pensar en la inmortalidad. Incapaz de soportar la idea de que su padre y su madre estaban muertos para siempre, que nunca volvería a verlos, había empezado a acudir a sesiones revivalistas. Su conversión se había producido a los dieciocho años.

Peter y Bob acostumbraban a verse a menudo, puesto que habían sido compañeros de juegos en la escuela secundaria y habían ido a la misma escuela superior. Discutían mucho acerca de religión y de la autenticidad de la Biblia. Finalmente, Peter aceptó ir con Bob a una reunión masiva en la cual iba a predicar el famoso reverendo Robert Ransom.

Para gran sorpresa de Peter, se descubrió profundamente afectado, aunque todo ello le viniera por el camino del ridículo. Se sorprendió aún más cuando se halló de rodillas ante el reverendo, prometiendo aceptar a Jesucristo como su Señor.

Esa promesa fue rota antes de un mes. Simplemente, Peter no podía mantenerse mucho tiempo firme en sus convicciones. Según la terminología de Allwood, se había «deslizado de nuevo hacia atrás», había «caído de la gracia».

Peter le dijo a Bob que su primitivo condicionamiento religioso y las apasionadas exhortaciones de los conversos habían sido los responsables de sumirlo en aquella crisis de la fe.

Allwood continuó discutiendo con él, intentando «forcejear con su alma». Peter siguió irredento.

Peter se aproximaba a los sesenta años. Sus amigos y compañeros de escuela iban muriendo; él mismo tampoco gozaba de buena salud. La muerte ya no estaba a mucha distancia. Cuando era joven, había pensado mucho acerca de los miles de millones de personas que le habían precedido, habían nacido, sufrido, reído, amado, llorado, y muerto. Y pensaba también en los miles de millones que vendrían tras él, y serían lastimados, y odiados, y amados, y desaparecerían también. Al final de la Tierra, todos, hombres de las cavernas y astronautas, serían polvo y menos que polvo.

¿Cuál era el significado de todo eso? Sin la inmortalidad, no había ningún significado.

Había gente que decía que la vida era la excusa para la vida, su única razón.

Eran estúpidos, se engañaban a si mismos. No importaba cuán inteligentes fueran en otras materias, eran estúpidos en esto. Se habían puesto unas anteojeras, eran idiotas emocionales.

Por otra parte, ¿por qué tenían que temer los seres humanos la oportunidad de otra vida después de la muerte? Eran unos infelices tan miserables, codiciosos, egoístas e hipócritas. Hasta los mejores lo eran. No conocía a ningún santo, aunque admitía que habían existido y podían existir algunos. Tenía la impresión de que tan sólo los santos merecían la inmortalidad. Pero incluso pese a ello, dudaba de las afirmaciones de aquellos que habían sido premiados con aureolas.

Tomemos a San Agustín, por ejemplo. «Tonto del culo» era la única palabra que encajaba con él. Un monstruo del egocentrismo y de la pedantería.

San Francisco era tan santo como podía serlo cualquier persona. Pero era indudablemente un psicótico. ¡Besar las llagas de un leproso para demostrar humildad!

Sin embargo, como había señalado la esposa de Peter, no hay nadie perfecto.

Y allí estaba Jesús, aunque no había ninguna prueba de que fuera un santo. De hecho, resultaba evidente por el Nuevo Testamento que había restringido la salvación de los judíos únicamente. Pero ellos lo habían rechazado. Y así, San Pablo, descubriendo que los judíos no estaban dispuestos a

abandonar la religión por la cual habían luchado tan duramente y habían sufrido tanto, se volvió hacia los gentiles. Hizo algunos compromisos, y el cristianismo, al que se podría llamar mejor paulismo, había degenerado. Pero San Pablo era un perverso sexual, puesto que la total abstinencia sexual era una perversión.

Eso hacía de Jesús un perverso también.

Sin embargo, algunas personas no estaban sujetas a un poderoso impulso sexual. Quizá Jesús y Pablo habían sido dos de ellos. O quizá habían sublimado sus impulsos hacia algo más importante, su deseo de conseguir que la gente viera la Verdad.

Buda quizá fuera un santo. Heredero de un trono, de riquezas y poder, casado con una encantadora princesa que le había dado hijos, había renunciado a todo. Las miserias y desgracias de los pobres, la rigurosa inevitabilidad de la muerte, lo habían visto vagar por la India, en busca de la Verdad. Y así había fundado el budismo, rechazado finalmente por el mismo pueblo, el hindú, al que había intentado ayudar. Sus discípulos habían llevado sin embargo sus enseñanzas a otros lugares, y allí habían arraigado y se habían desarrollado. Del mismo modo que San Pablo había tomado las enseñanzas de Jesús y las había trasladado de su pueblo nativo para plantarlas como semillas en tierras extranjeras.

Las religiones de Jesús, Pablo, y Buda, habían empezado a degenerar antes de que sus fundadores se hubieran enfriado en sus tumbas. Del mismo modo que la orden de San Francisco había empezado a corromperse antes de que se hubiera corrompido el cuerpo de su fundador.

Una tarde, mientras el Abigarrado navegaba con un buen viento hinchando sus velas, Frigate le comunicó a Nur el-Muafir todos sus pensamientos. Estaban sentados con la espalda apoyada en la mampara del castillo de proa, fumando puros contemplando ociosamente a la gente en las orillas. El Frisco Kid estaba al timón, y los demás estaban hablando o jugando al ajedrez.

—El problema contigo, Peter, uno de los problemas, es que te preocupas demasiado por el comportamiento de los demás. Les asignas ideales demasiado elevados, ideales bajo los cuales ni tú mismo intentas vivir.

—Sé que no puedo vivir bajo ellos, así que no lo pretendo —dijo Frigate—. Pero me preocupa que los demás proclamen que tienen esos ideales y no vivan bajo ellos. Si les muestro que no lo hacen, se irritan.

El pequeño moro dejó escapar una risita.

—Naturalmente. Tu crítica amenaza la imagen que tienen de sí mismos. Si esta imagen es destruida, ellos también resultan destruidos. Al menos, eso es lo que ellos piensan.

—Lo sé —dijo Frigate—. Por eso no he dejado de hacerlo desde hace tiempo. Aprendí en la Tierra a mantenerme callado sobre estos asuntos. Además, la gente se encoleriza mucho algunos incluso me amenazaban violentamente. Y no puedo cortar ni la cólera ni la violencia.

—Y sin embargo eres una persona muy colérica. Y piensa que tu aborrecimiento de la violencia surge de tu temor a ser tú mismo violento. Temías, tienes, miedo a dañar a terceros. Por eso suprimiste esa violencia en ti mismo.

»Pero como escritor, sí podías expresarla. Podías convertirla en algo impersonal, y eso hacías. Hacías lo que jamás te atreverías a hacer en una situación cara a cara.

—Sé todo eso.

—Entonces, ¿por qué no has hecho nunca nada al respecto?

—Lo he hecho. He intentado varias terapias, disciplinas y religiones. Psicoanálisis, dianética, cientología, Zen, meditación trascendental, nichirenismo, terapia de grupo, ciencia cristiana, y cristianismo fundamental. Y me sentí fuertemente tentado a convertirme a la iglesia católica.

—Nunca he oído hablar de la mayoría de esas cosas, por supuesto —dijo Nur—. Ni necesito saber lo que son. El fallo está en ti mismo, independientemente de la validez de todo ello. Tú mismo has admitido que nunca te adheriste largo tiempo a ninguna. No les diste ninguna oportunidad.

—Eso —dijo Frigate— era debido a que, una vez en ellas, podía ver sus defectos. Y tenía la oportunidad de estudiar a la gente que las practicaba. La mayoría de esas religiones y disciplinas lograban efectos beneficiosos en quienes las practicaban. Pero no necesariamente los que ellos proclaman. Y esos practicantes se engañaban a sí mismos acerca de muchos de sus beneficios que proclamaban.

—Aparte todo ello, tú no tenías la perseverancia necesaria —dijo Nur—. Creo que eso era debido a tu miedo a ser cambiado. Tú deseabas el cambio, pero lo temías. Y el miedo vencía siempre.

—También sé eso —dijo Frigate.

—Y sin embargo, no has hecho nada por vencer ese miedo.

—No nada. Un poco.

—Pero no lo suficiente.

—No. De todos modos, a medida que iba envejeciendo, hice algunos progresos. Y aquí he hecho muchos más.

—¿Pero no los suficientes tampoco?

—No.

—¿De qué sirve conocerse uno a sí mismo, si no actúa sobre sus imperfecciones?

—De no mucho —admitió Frigate.

—Entonces tienes que encontrar una forma de hacer que tu voluntad de actuar supere a tu voluntad de no actuar.

Nur hizo una pausa sonriendo, sus negros ojillos brillando.

—Naturalmente, me dirás que ya sabes todo eso. A continuación, me preguntarás si puedo mostrarte el camino. Y yo te responderé que primero debes estar dispuesto a permitirme que te lo muestre. Aún no estás preparado, aunque creas que sí lo estás. Y puede que jamás lo estés, lo cual sería una lástima. Tienes potencialidades.

—Todo el mundo tiene potencialidades.

Nur alzó la cabeza hacia Frigate.

—En un cierto sentido, sí. En otro sentido, no.

—¿Te importaría explicar eso?

Nur se restregó su gran nariz con una mano pequeña y delgada, y luego tiró su puro por encima de la borda. Sacó su flauta de bambú y pareció como si fuera a ponerse a tocar.

—Cuando llegue el momento, si llega alguna vez.

Miró de reojo a Frigate.

—¿Te sientes rechazado? Sí. Sé que reaccionas muy intensamente al rechazo. Lo cual es una de las razones de que siempre hayas intentado evitar situaciones en las cuales pudieras ser rechazado. Aunque entonces me resulta un misterio el porqué llegaste a convertirte en un escritor de ficción. ¿Cómo lo conseguiste? Persististe en tu profesión pese a los rechazos iniciales. Aunque, según tu propia historia, dejaste pasar a menudo largos espacios de tiempo antes de intentarlo de nuevo. Pero persististe.

»Pero tal como están las cosas, te corresponde ahora a ti decidir si te sientes descorazonado por mi rechazo actual. Inténtalo más adelante. Cuando sepas que eres como mínimo un candidato aceptable.

Frigate permaneció en silencio durante largo rato. Nur se llevó la flauta a los labios y comenzó a tocar una extraña melodía, toda altos y bajos. Nur jamás abandonaba su instrumento cuando estaba fuera de servicio. Algunas veces se contentaba con piezas cortas, cancioncillas. Otras veces se sentaba con las piernas cruzadas durante horas sobre el castillo de proa, la flauta silenciosa, los ojos cerrados. En tales ocasiones, su petición de no ser interrumpido era respetada. Frigate sabía que Nur se estaba situando en esas ocasiones en una especie de trance. Pero hasta ese momento sólo le había preguntado al respecto en una sola ocasión.

Nur había dicho:

—No necesitas saberlo. Todavía.

Nur-el-dín ibn Ah el-Hallaq (Luz-de-la-fe, hijo de Ah el barbero) fascinaba a Frigate. Nur había nacido el 1164 después de Cristo en Córdoba, bajo dominio musulmán desde el año 711. La Iberia morisca se hallaba entonces cerca de la apoteosis de la civilización sarracena, que Nur había podido ver en toda su gloria. La Europa cristiana, comparada con la brillante cultura de los musulmanes, se hallaba aún en la Edad Oscura. Arte, ciencias, filosofía, medicina, literatura, poesía, florecían en los grandes centros de población del Islam. Las ciudades occidentales: las ibéricas Córdoba, Sevilla y Granada, y las ciudades orientales: Bagdad y Alejandría, no tenían rivales, excepto en la lejana China.

Los cristianos ricos enviaban a sus hijos a las universidades ricas para darles una educación que no podía obtenerse en Londres, París y Roma. Los hijos de los pobres iban allí mendigar mientras aprendían. Y los cristianos volvían de las escuelas para transmitir aquello de lo que se habían embebido los pies de sus doctos maestros.

La Iberia morisca era un extraño y espléndido país, gobernado por hombres que diferían en grados de fe y dogmatismo. Algunos eran intolerantes y duros. Otros eran amplios de miras, lo bastante tolerantes como para nombrar cristianos y judíos como sus visires, inclinados a las artes y a las ciencias, dando la bienvenida a todos los extranjeros, deseosos de aprender de ellos, flexibles en materia de religión.

El padre de Nur ejercía su oficio en el enorme palacio de las afueras de Córdoba, la cercana ciudad de Medinat al-Zabra. En tiempos de Nur era conocida por todo el mundo, pero en el de Frigate apenas habían quedado unas pocas huellas. Nur había nacido allí y aprendido la habilidad de su padre. Pero deseaba ser algo más y, puesto que era inteligente, su padre utilizó a sus ricos patronos para promocionar a su hijo. Habiendo demostrado su aptitud para la literatura, música, matemáticas, alquimia y teología, Nur acudió a la mejor escuela de Córdoba. Allí se mezcló con los ricos y con los pobres, los importantes y los insignificantes, los cristianos del norte y los negros nubios.

Fue allí también donde conoció a Muyid-eddin ibn el-Arabí. Ese joven tenía que convertirse en el mayor poeta amoroso de su tiempo, y podían encontrarse ecos de sus canciones en las de los trovadores provenzales y germanos. El rico y apuesto joven, tomándole afecto al pobre y feo hijo de un barbero, lo invitó en 1202 a acompañarle a un peregrinaje a la Meca. Durante el viaje a través de África del Norte, se encontraron con un grupo de inmigrantes persas, sufíes. Nur había conocido aquella disciplina antes, pero hablando con los persas, decidió convertirse en discípulo. Sin embargo, en aquel momento, no encontró a ningún maestro que pudiera aceptar la petición de su candidatura. Nur continuó con el-Arabí a Egipto, donde ambos fueron acusados de herejía por los fanáticos y escaparon a duras penas de ser asesinados.

Tras completar su hajj en la Meca, viajaron a Palestina, Siria, Persia y la India. Aquello les llevó cuatro años, al final de los cuales regresaron a su ciudad nativa, pasando un año en el viaje. En Córdoba, ambos fueron durante un tiempo pupilos de una mujer sufí, Fátima bint Waliyya. Los sufíes consideraban como iguales a los hombres y a las mujeres, y aquello escandalizaba a los ortodoxos.

Estos estaban seguros de que si hombres y mujeres se mezclaban socialmente, el resultado no podía ser más que una orgía sexual.

Fátima envió a Nur a Bagdad para que estudiara bajo un famoso maestro allí. Tras algunos meses, su maestro lo envió de vuelta a Córdoba a otro gran maestro. Pero cuando los cristianos tomaron Córdoba, tras una salvaje guerra, Nur se trasladó con su maestro a Granada.

Tras algunos años allí, Nur inició la serie de peregrinaciones que le valieron su *lackab*, su sobrenombre, de el-Musafir, el Viajero. Después de Roma, donde unas cartas de presentación de el-Arabí y Fátima le proporcionaron un salvoconducto, viajó a Grecia, a Turquía, de nuevo a Persia, Afganistán, de nuevo la India, Ceylán, Indonesia, China, y Japón.

Estableciéndose en la sagrada Damasco, se ganó la vida como músico y, como *tasawwuf* o maestro sufi, aceptó un cierto número de discípulos. Al cabo de siete años, partió de nuevo. Remontó el Volga y cruzó Finlandia y Suecia, luego atravesó el Báltico hacia la tierra de los adoradores de ídolos, los salvajes prusianos. Allí, tras escapar a ser sacrificado a la estatua de madera de un dios, siguió su camino hacia el oeste cruzando Alemania. El norte de Francia y luego Inglaterra e Irlanda formaron parte de su itinerario.

En la época en que Nur estaba en Londres, Ricardo I, apodado Corazón de León, reinaba en el país. Ricardo no estaba su Inglaterra entonces, sino empeñado en el asedio del castillo de Chalus en el Limousin, Francia. Ricardo resultó muerto por una flecha lanzada desde el castillo al mes siguiente, y su hermano Juan fue coronado en mayo. Nur asistió a las ceremonias en la ciudad. Algún tiempo después, obtuvo una audiencia con el Rey Juan. Lo encontró un hombre encantador y cultivado, interesado por la cultura islámica y el sufismo. Juan se mostró especialmente fascinado por los relatos de Nur de lejanos países.

—Viajar en esos días era más bien arduo y peligroso —dijo Frigate—. Incluso los pueblos autocalificados como civilizados no ofrecían fiestas campestres precisamente. Los odios religiosos prevalecían por todas partes. ¿Cómo pudiste, un musulmán, solo, sin protección ni dinero, viajar seguro por los países cristianos? ¿Especialmente cuando las Cruzadas estaban en pleno apogeo y el odio religioso se había convertido en algo endémico?

Nur se había alzado de hombros.

—Normalmente me ponía bajo la protección de los dignatarios de la religión del estado de esos países. Y esos me proporcionaban protección civil. Los líderes religiosos estaban más preocupados con lo herejes de su propia fe que con los infieles. En sus propias provincias, al menos.

»En otras ocasiones, mi propia extrema pobreza era mi salvaguardia. Los ladrones no estaban interesados en mí. Cuando viajaba por áreas rurales, me ganaba mi comida y alojamiento y proporcionaba diversión tocando con mi flauta y utilizando mis habilidades como juglar, acróbata y mago. También soy un gran lingüista y podía aprender el lenguaje o el dialecto de un lugar muy rápidamente. También contaba historias y anécdotas. Ya sabes, en todos lados la gente estaba loca por noticias y diversión. En casi todos los lugares me daban la bienvenida, aunque sufrí un cierto número de recepciones hostiles aquí y allá. ¿Qué les importaba que fuera musulmán? Era inofensivo, y les proporcionaba alegría.

»Además, irradiaba una tranquilizadora confianza. Eso es algo que nosotros podemos hacer.

A su regreso a Granada, y descubriendo que la atmósfera había cambiado y era hostil a los sufíes, se dirigió al Jurasan. Tras enseñar allí durante varios años, hizo otro viaje a la Meca. Desde el sur de Arabia viajó en un barco mercante hasta la costa de Zanzíbar y luego hasta el sudeste de África. Tras regresar a Bagdad, vivió allí hasta su muerte a la edad de noventa y cuatro años.

Los mongoles, bajo Hulagu, nieto de Gengis Khan, irrumpieron en Bagdad, asesinando y robando. Durante cuarenta días, centenares de miles de sus ciudadanos fueron masacrados. Nur fue uno de ellos. Estaba sentado en su pequeña habitación tocando con su flauta cuando un soldado rechoncho, de ojos oblicuos e inyectados en sangre, entró. Nur siguió tocando hasta que el mongol abatió su espada contra su cuello.

—Los mongoles devastaron el Oriente Medio —había dicho Frigate—. Nunca en la historia se había producido una tal desolación en tan poco espacio de tiempo. Antes de que se fueran, los mongoles habían matado a la mitad de la población, y lo habían destruido todo, desde canales a edificios. En mis tiempos, seiscientos años más tarde, el Oriente Medio aún no se había recuperado.

—Fueron evidentemente el azote de Alá —había dicho Nur—. Sin embargo, había hombre y mujeres buenos entre ellos.

Ahora, sentado junto al hombrecillo, observando a los masticadores de nueces de betel de tez oscura de la orilla, Frigate pensaba en el azar. ¿Qué destino había cruzado los caminos de un hombre nacido en el medio oeste de América en 1918 y uno nacido en la España musulmana en 1164? ¿Era el destino algo más que simple azar? Probablemente. Pero las posibilidades en contra de que esto ocurriera en la Tierra eran infinito a uno. Luego el Mundo del Río había cambiado las posibilidades, y aquí estaban ellos.

Fue esa tarde, tras su conversación con Nur, que todos acudieron a la cabina del capitán. La nave estaba anclada cerca de la orilla, y lámparas de aceite de pez iluminaban su juego de póker. Después de que Tom Rider se hubiera quedado con toda la última puesta —la moneda de juego eran cigarrillos—, pasaron a la charla. Nur les contó dos historias del mullah Nasruddin. Nasruddin (Águila-de-la-Fe) era una figura de las historias populares musulmanas, un derviche loco, un simple cuyas aventuras eran realmente lecciones de sabiduría.

Nur sorbió su whisky escocés —nunca bebía más de dos dedos al día— y dijo:

—Capitán, tú me contaste la historia acerca de Pat y Mike, el sacerdote, rabino y ministro. Es una historia divertida, pero hay que contársela a una persona cuyo pensamiento sea occidental. Pat y Mike son figuras del folklore del Oeste. Déjame contarte una historia del Este.

»Un día, un hombre acudió a la casa del mullah Nasruddin y lo encontró andando a su alrededor, arrojando migas de pan al suelo.

»—¿Por qué hace eso, mullah? —preguntó el hombre.

»—Estoy manteniendo alejados a los tigres.

»—Pero —dijo el hombre— no hay tigres por aquí.

»—Exactamente. Funciona, ¿no?

Todos rieron, y luego Frigate dijo:

—Nur, ¿cuán vieja es esta historia?

—Tenía al menos doscientos años cuando yo nací. Se originó entre los sufíes como historia de

enseñanza. ¿Por qué?

—Porque —dijo Frigate— oí la misma historia, en una forma diferente, allá por 1950. El protagonista era un inglés, y estaba de rodillas en la calle, trazando con tiza una línea en la acera. Un amigo, acercándose a él, le preguntó:

»—¿Por qué haces esto?

»—Para mantener alejados a los leones.

»—Pero si no hay leones en Inglaterra.

»—¿Lo ves?

—Por Dios, yo oí la misma historia cuando era un chico en Frisco —exclamó Farrington—. Sólo que la mía se refería a un irlandés.

—Muchas de las historias instructivas de Nasruddin se han convertido en simples chistes —dijo Nur—. La gente las cuenta sólo para reír, pero originalmente se contaban para ser tomadas en serio. Aquí hay otra:

»Nasruddin cruzaba la frontera de Persia a la India en su asno muy a menudo. Cada vez, el asno llevaba a lomos grandes sacos de paja. Pero cuando Nasruddin regresaba, el asno no llevaba nada. Cada vez, los guardias fronterizos registraban a Nasruddin, pero no podían encontrar ningún contrabando.

»El guardia siempre le preguntaba a Nasruddin qué era lo que cruzaba. El mullah siempre respondía:

»—Contrabando —y sonreía.

»Tras muchos años, Nasruddin se retiró a Egipto. El aduanero acudió a él y le dijo:

»—Muy bien, Nasruddin. Ahora ya no tienes nada que temer. ¿Qué era lo que pasabas de contrabando?

»—Asnos.

Rieron de nuevo, y Frigate dijo:

—Oí la misma historia en Arizona. Sólo que esta vez el contrabandista era Pancho, y estaba cruzando la frontera entre México y los Estados Unidos.

—Supongo que todas las historias son viejas —exclamó Tom Rider con su acento arrastrado—. Probablemente se iniciaron con los hombres de las cavernas.

—Quizá —dijo Nur—. Pero es una tradición que esas historias fueron originadas por los sufíes mucho antes del nacimiento de Mahoma. Están ideadas para enseñar a la gente cómo cambiar sus formas de pensar, aunque son divertidas en si mismas. Por supuesto, son utilizadas en los primeros y más simples estadios de enseñanza por los maestros.

»Sin embargo, desde entonces esas historias se han esparcido por todas partes, tanto en Oriente como en Occidente. Yo me divertí mucho encontrando algunas de ellas, en distintas formas, contadas en gaélico por los irlandeses. De boca en boca, a través de miles de lenguas y milenios de años, Nasruddin había pasado de Persia a Hibernia.

—Si los sufíes las originaron antes de Mahoma —dijo Frigate—, entonces los sufíes debieron ser en un principio zoroastrianos.

—El sufismo no es un monopolio del islamismo —dijo Nur—. Fue muy desarrollado por los

musulmanes, pero nadie que crea en Dios puede ser un candidato sufi. Sin embargo, los sufíes modifican su método de enseñanza para adecuarlo a las culturas locales. Lo que funcionará para los musulmanes persas en el Jurasan no tiene que funcionar necesariamente para los musulmanes negros del Sudán. Y las diferencias en métodos efectivos pueden ser incluso mayores para los cristianos parisinos. El lugar y el momento determinan la enseñanza.

Más tarde, Nur y Frigate estiraron sus piernas en tierra firme, caminando en torno a una fogata por entre una multitud de charloteantes dravidianos. Frigate dijo:

—¿Cómo puedes adaptar tus medievales métodos íbero-moriscos para enseñar en este mundo? La gente está tan mezclada, procedente de todos los lugares y épocas. No son culturas monolíticas. Además, lo que existe está cambiando constantemente.

—Estoy trabajando sobre esto —dijo Nur.

—Entonces, ¿una de las razones de que no me tomes como discípulo es que aún no estás preparado como maestro?

—Puedes consolarte pensando esto —dijo Nur, y se echó a reír—. Pero sí, es una razón. ¿Sabes?, el maestro debe estar siempre enseñándose a si mismo.

Las nubes grises avanzaban a través del barco, llenando todas las estancias.

Sam Clemens dijo:

—¡Oh, no, no de nuevo! —aunque no sabía por qué decía eso. La niebla no sólo se infiltraba por todas las escotillas y rezumaba en todo lo que pudiera absorber humedad, sino que penetraba en su garganta y envolvía su corazón. El agua lo empapaba, y caían gotas de él, salpicando dentro de su vientre, gorgoteando en su ingle, deslizándose hacia abajo por sus piernas, anegando sus pies.

Estaba saturado por un miedo sin nombre peor que el que hubiera experimentado nunca antes.

Estaba solo en la cabina de pilotaje. Solo en el barco. Estaba de pie junto al panel de control, mirando a través de la ventana. La niebla se aglutinaba contra ella. No podía ver a más de la longitud de un brazo al otro lado del plástico. Sin embargo, de alguna forma, sabía que las orillas del Río estaban vacías de vida. No había nadie ahí afuera. Y él estaba solo en aquel gigantesco barco, la única persona a bordo. Y ni siquiera él era necesario, puesto que los controles estaban conectados a navegación automática.

Solo y solitario como estaba, al menos nadie podría detenerle en su misión de alcanzar las fuentes del Río. No quedaba nadie en el mundo capaz de oponérsele.

Se volvió y empezó a pasear arriba y abajo de lado a lado de la timonera. ¿Cuánto tiempo iba a llevarle aún aquel viaje? ¿Cuándo se levantaría la niebla y el sol volvería a brillar con toda su intensidad y las montañas que rodeaban el mar polar se revelarían por fin? ¿Y cuándo oiría otra voz humana y vería otro rostro?

—¡Ahora! —gritó alguien.

Sam dio un salto como si un muelle acabara de ser soltado bajo sus pies. Su corazón se abrió y se cerró tan rápidamente como el batir de las alas de un colibrí. Arrojó fuera agua y miedo, formando un charco en torno a sus pies. De alguna manera, sin ser consciente de ello, había dado media vuelta y estaba mirando directamente al propietario de la voz. Era una figura sombría entre las nubes que torbellineaban en la timonera. Avanzaba hacia él, luego se detuvo y alzó un impreciso brazo. Unseudópodo accionó un conmutador en el panel.

Sam intentó gritar: «¡No! ¡No!», pero las palabras se atropellaron en su garganta, chocaron entre sí y se hicieron añicos como si estuvieran hechas de fino cristal.

Aunque era demasiado oscuro para ver qué control había tocado la figura, supo que el barco había variado de rumbo y se dirigía ahora a toda velocidad hacia la orilla izquierda.

Finalmente, las palabras surgieron de su boca... chirriantes.

—¡No puedes hacer esto!

Silenciosamente, la masa de sombras avanzó. Ahora podía ver que era un hombre. Era de su misma estatura, pero sus hombros eran mucho más amplios. Y colgado de su hombro llevaba un gran mango de madera. En su punta había un truncado triángulo de acero.

—¡Erik Hachasangrienta! —exclamó.

Entonces empezó la terrible persecución. Huyó a través de todo el barco, a través de todas las estancias de la timonera de tres niveles, cruzando la cubierta de velos, bajando una escalerilla y a

través de todas las estancias de la cubierta de hangares, bajando una escalerilla y a través de todas las estancias de la cubierta de pasajeros, bajando una escalerilla y través de todas las estancias de la cubierta principal, bajando una escalerilla y dentro de las enormes entrañas del barco.

Allí, consciente del agua haciendo presión contra el casco, consciente de que estaba por debajo de la superficie del Río, corrió a través de las muchas estancias, grandes y pequeñas. Pasó entre los gigantescos motores eléctricos que hacían girar las paletas que conducían el barco hacia su destrucción. Desesperadamente, intentó penetrar en el gran compartimiento que contenía las dos lanchas. Arrancaría los hilos del motor de una y tomaría la otra para huir por el Río y alejarse dejando así atrás a su siniestro perseguidor. Pero alguien había cerrado la puerta con llave.

Ahora estaba acurrucado en un pequeño compartimiento, intentando contener su jadeante respiración. Entonces, la compuerta se abrió. La figura de Erik Hachasangrienta se cernió en el grisor. Avanzó lentamente hacia él, la gran hacha sujeta con ambas manos.

—Te lo dije —murmuró Erik, y alzó el hacha. Sam se sentía impotente de moverse, de protestar. Después de todo, era su propia culpa. Se lo merecía.

Se despertó gimiendo. Las luces de la cabina estaban encendidas, y el hermoso rostro de Gwenafra y su largo pelo color miel estaban inclinados sobre él.

—¡Sam! ¡Despierta! ¡Has vuelto a tener otra pesadilla!

—Esta vez casi lo consiguió —murmuro.

Se sentó. Estaban sonando silbatos en las cubiertas. Un minuto más tarde, el intercom dejó oír un sonido. El barco se dirigiría dentro de poco hacia una piedra de cilindros para el desayuno. Sam deseaba quedarse durmiendo hasta tarde, y de buena gana se hubiera perdido el desayuno. Pero como capitán era su deber levantarse a la misma hora que todos.

Saltó de la cama y se dirigió tambaleándose hacia el cuarto de baño. Tras ducharse y cepillarse los dientes, salió. Gwenafra ya estaba vestida con sus ropas de primera hora de la mañana, parecida a un esquimal que hubiera cambiado sus pieles por toallas. Sam se enfundó otro traje similar, pero dejó su capucha echada hacia atrás para ponerse su gorra de capitán. Encendió un corona y arrojó una nube de humo mientras caminaba arriba y abajo.

—¿Ha sido otra pesadilla sobre Hachasangrienta? —preguntó Gwenafra.

—Sí —dijo Sam—. Prepárame algo de café, ¿quieres?

Gwenafra echó una cucharadita de cristales oscuros dentro de una taza de metal gris. El agua hirvió apenas los cristales soltaron calor y cafeína. Tomó la taza.

—Gracias —dijo.

Ella sorbió su propio café, luego dijo:

—No hay razón alguna para que te sientas culpable de aquello.

—Eso es lo que me he dicho a mí mismo un millar de veces —dijo Sam—. Es irracional, pero ¿cuándo el saber esto ha hecho sentirse mejor a nadie? Es lo irracional lo que nos mueve. El Maestro de los Sueños tiene tanto seso como un puercoespín. Pero es un gran artista, por necio que sea, como la mayoría de artistas que conozco. Quizá incluido tu seguro servidor.

No hay ninguna posibilidad de que Hachasangrienta llegue a encontrarte nunca.

—Sé eso. Pero intenta decírselo al Maestro de los Sueños.

Una luz parpadeó; sonó un silbato en un panel situado en una mampara. Sam accionó un conmutador.

—¿Capitán? Aquí Detweiller. Tiempo de llegada a la piedra de cilindros designada: dentro de cinco minutos.

—De acuerdo, Hank —dijo Sam—. Vengo inmediatamente.

Seguido por Gwenafra, abandonó la cabina. Recorrieron un estrecho corredor y, cruzando una escotilla, se hallaron en la sala de control o puente. Estaba en la cubierta superior de la timonera; los otros oficiales estaban repartidos en las cabinas de la segunda y tercera cubiertas.

Había tres personas en la sala de control: Detweiller, que antiguamente había sido piloto fluvial, luego capitán, luego propietario de una compañía de barcos fluviales en el río Illinois, Mississippi; el oficial jefe ejecutivo, John Byron, ex-almirante de la Royal Navy; el brigadier de los marines del barco, Jean Baptiste Antoine Marcellin de Marbot, ex-general de Napoleón.

Este último era un tipo bajo, delgado, de aspecto festivo, pelo marrón, nariz chata, y brillantes ojos azules. Saludó a Clemens e informó en Esperanto.

—Todo preparado, capitán.

—Estupendo, Marc —dijo Sam—. Puedes volver a tu puesto.

El pequeño francés saludó y abandonó la timonera, deslizándose por la barra que unía las cubiertas hasta la cubierta de velos. Allí, las luces mostraban a los marines con uniforme e batalla alineados en su parte central. El portaestandarte llevaba un mástil en cuyo extremo flameaba la enseña del barco, un cuadrado de un azul luminoso con un fénix escarlata en el centro. Cerca de él había hileras de pistoleros, hombres y mujeres llevando cascos de duraluminio gris rematados con penachos de pelo humano untado con grasa, corazas de plástico, botas de cuero hasta las rodillas, y anchos cinturones de donde colgaban revólveres Mark IV.

Tras ellos estaban los lanceros; tras ellos, los arqueros. A un lado había un grupo de bazuqueros.

A uno de los lados había un coloso revestido con una armadura, sujetando una maza de roble que Sam apenas podría levantar con grandes dificultades con las dos manos. Oficialmente, Joe Miller era el guardaespaldas de Sam, pero siempre acompañaba a los marines en estas ocasiones. Su función principal era asustar y maravillar a los lugareños.

—Pero como siempre —decía Sam a menudo—, Joe va demasiado lejos. Los asusta de muerte con sólo merodear por allí.

Este día empezaba como cualquier otro día. Sin embargo, estaba destinado a ser completamente distinto. En algún momento a lo largo del día, el *Minerva* atacaría al Rex Grandissimus. Sam hubiera debido sentirse exultante. No lo estaba. Odiaba la idea de destruir un barco tan hermoso, algo que él mismo había diseñado y construido. Además, iba a verse privado de la alegría que tomar una venganza personal sobre Juan.

Por otra parte, era mucho más seguro de esta forma.

Había una fogata a la derecha, aproximadamente a medio kilómetro de distancia. Revelaba una piedra de cilindros con inconfundible forma de seta y una multitud de ropas blancas a su alrededor cubriendo cuerpos. La bruma sobre el Río era aquí tan baja y tenue como la que encontraban habitualmente. Desaparecería rápidamente apenas el sol se asomara por encima de los picos. El cielo estaba aclarando, limpiándose de las llameantes estrellas gigantes y de las nubes de gas. Siguiendo el procedimiento habitual, el Dragón de fuego III, una lancha anfibia blindada, precedía al barco madre. Cuando alcanzaba una zona en la cual el barco debía recargar su batacitor, su comandante conferenciaba con los habitantes del lugar para utilizar dos piedras de cilindros. La mayoría de los lugareños se sentían complacidos aceptando, a cambio de la remuneración de la sorprendente vista del coloso desde cerca.

Los lugareños que objetaban descubrían que sus piedras de cilindros quedaban temporalmente confiscadas. No podían hacer nada al respecto excepto protestar. El barco poseía un armamento invencible, aunque Clemens se mostraba siempre reluctante a utilizarlo. Cuando se veía obligado a recurrir a la violencia, Clemens evitaba siempre una masacre. Unos cuantos disparos con balas de plástico calibre .80 de las ametralladoras a vapor y unos cuantos disparos más del anfibio blindado que merodeaba junto a la orilla generalmente bastaban. En la mayoría de los casos ni siquiera era

necesario matar a nadie.

Después de todo, ¿qué perdían los habitantes del lugar permitiendo que dos de sus piedras de cilindros fueran utilizados por alguien una sola vez? Nadie se perdía una comida. Siempre había las suficientes depresiones cilíndricas sin usar en las piedras más cercanas como para cubrir el hueco. De hecho, la mayoría de aquellos que renunciaban a su comida ni siquiera se molestaban en ir a la piedra más próxima. Preferían quedarse allí y ver entre oohs y aaahs la magnífica belleza del barco.

Los cuatro enormes motores eléctricos del barco requerían una energía tremenda. Una vez al día, un gigantesco casquete metálico era colocado sobre la piedra de cilindros junto a la cual estaba estacionado el barco. Una lancha llevaba los cilindros de los ocupantes del barco hasta la siguiente piedra para llenarlos. Una grúa montada sobre otra lancha era la encargada de alzar el casquete y colocarlo sobre la piedra. Cuando la piedra lanzaba su descarga, su energía pasaba vía gruesos cables al batacitor. Este era una enorme caja metálica que ocupaba desde las entrañas del barco hasta la cubierta principal. Almacenaba instantáneamente la energía en su función de acumulador. Bajo demanda, iba soltando la energía en su función de batería.

Sam Clemens fue a tierra y habló brevemente con el jefe y personalidades del lugar, que comprendían el Esperanto. Este lenguaje universal se había ido degradando aquí hasta una forma que resultaba difícil pero no imposible de comprender para Sam. Les dio gravemente las gracias por su cortesía, y regresó al barco en su pequeña lancha privada. Diez minutos más tarde, el Dragón de fuego IV volvía con un cargamento de cilindros llenos.

Lanzando silbidos y haciendo sonar todas las campanas para ofrecer a los habitantes del lugar un buen espectáculo, el barco siguió su camino Río arriba. Sam y Gwenafra desayunaron a la cabecera de la gran mesa de nueve lados en el comedor de oficiales en el salón de la cubierta principal. Todos los oficiales, excepto los que estaban de servicio, estaban también allí. Después de algunas órdenes para el día, Sam se retiró a la mesa de billar, donde jugó una partida con el titántropo. Joe no era muy bueno con un palo o con las cartas debido a sus enormes manos. Sam casi siempre le ganaba. Aunque a veces jugaba contra adversarios más difíciles.

A las 07:00, Sam efectuó una inspección del barco. Odiaba caminar, pero insistía en ello porque necesitaba el ejercicio. También ayudaba a mantener la disciplina a bordo. Sin las inspecciones y los entrenamientos, la tripulación acabaría muy pronto convirtiéndose en una pandilla de civiles holgazanes. Debían ser mantenidos bajo una férrea disciplina, acostumbrados a ver a sus superiores cuando estaban de servicio.

—Mando un barco impecable —se enorgullecía a menudo Sam—. Al menos, la tripulación es impecable, nadie ha sido encontrado todavía borracho cuando estaba de servicio.

La inspección no tuvo lugar aquella mañana. Sam fue llamado a la timonera porque el radio operador había recibido un mensaje del *Minerva*. Antes de que Sam pudiera tomar el ascensor, la pantalla de radar había detectado un objeto acercándose por encima de las montañas desde el lado de babor.

El dirigible apareció descendiendo del brillante cielo como fuera un huevo plateado puesto por el sol. Para la sorprendida gente del suelo, pocos de los cuales habían visto o siquiera oído hablar de una aeronave antes, era un monstruo aterrador. Sin duda algunos creyeron que se trataba de una nave de los misteriosos seres que los habían despertado de la muerte. Algunos pocos quizá incluso lo contemplaron con una mezcla de temor y alegría, seguros de que era inminente una revelación.

¿Cómo había encontrado el *Minerva* al *Mark Twain* tan fácilmente? El gran barco remolcaba un enorme globo en forma de cometa que se elevaba por encima de las montañas y que transportaba un transmisor de gran potencia. Hardy, el piloto del *Minerva*, conocía la localización general del barco por el mapa del Río en su mesa. Durante sus años de viaje, el *Mark Twain* había enviado constantemente datos por radio que habían permitido a los de Parolando trazar su ruta. Además, al localizar el barco, el piloto del *Parseval* había enviado un mensaje dándole al *Minerva* una localización aproximada.

Habiendo conseguido localizar también al Rex, el capitán del *Minerva* sabía que el barco de Juan Sin Tierra estaba casi en línea recta hacia el este en relación con el barco de Sam. El Rex estaba a tan sólo 140 kilómetros de distancia del otro barco, si esa línea era trazada tan recta como la espalda de un oficial prusiano. Siguiendo el Río, sin embargo, Sam debería recorrer quinientos setenta mil kilómetros antes de conseguir llegar a donde estaba ahora el Rex.

Greystock, hablando por el transmisor en la góndola de control, pidió permiso para sobrevolar el *Mark Twain*.

—¿Por qué? —la voz de Sam era inexpresiva por el transmisor.

Para saludarte —dijo el inglés—. Además, así tú y tu tripulación podréis echarle una mirada de cerca al dirigible que va a destruir al Rey Juan. Y, para ser sinceros, a mis hombres y a mí nos gustaría ver de cerca tu espléndido barco.

Hizo una pausa, y luego añadió:

—Puede que sea nuestra última oportunidad.

Esta vez fue Sam quien hizo una pausa. Luego, sonando como si estuviera conteniendo las lágrimas, dijo:

—De acuerdo, Greystock. Puedes pasar junto a nosotros, pero no por encima de nosotros. Llámame paranoico. Pero me pone la carne de gallina tener a una aeronave transportando cuatro grandes bombas directamente encima de mi cabeza. ¿Qué ocurriría si se soltaran accidentalmente?

Greystock hizo una mueca de disgusto y sonrió salvajemente al otro hombre en la góndola.

—No es posible que pueda ocurrir nada —dijo.

—¿Sí? Eso fue lo que dijo el comandante del Maine antes de irse a la cama. No, Greystock, haz como digo.

Greystock, obviamente disgustado, respondió que obedecería.

—Daremos una vuelta alrededor vuestro y luego iremos al trabajo.

—Buena suerte en eso —dijo la voz de Sam—. Sé que sois gente valerosa que no puede...

Pareció incapaz de completar la frase.

—Sabernos que es posible que no volvamos —dijo Greystock—. Pero pienso que tenemos unas excelentes posibilidades de pillar al Rex por sorpresa.

—Yo también espero que sí. Pero recordad que el Rex tiene dos aeroplanos. Primero tenéis que alcanzar la cubierta de vuelos para evitar que puedan despegar.

—No necesitas advertírnoslo —elijo Greystock fríamente.

Hubo otra pausa, más larga que las anteriores.

La voz de Sam surgió más fuerte del altavoz.

—Lothar von Richthofen está aquí para saludaros. Desea volar al lado vuestro y daros sus bendiciones personales. Es lo menos que puedo hacer por él. He tenido que discutir constantemente para impedirle que os diera escolta en vuestra misión. Le gustaría participar en el ataque.

»Pero nuestro aeroplano tiene un techo de sólo tres mil quinientos metros. Eso lo hace tan susceptible a las corrientes descendentes de la cima de las montañas. Además, tendría que llevar un tanque de combustible extra para el regreso.

—Le dije que tú podrías proporcionarme el combustible necesario de tu propia nave, Greystock —interrumpió la voz de Lothar—. Podría regresar.

—¡Ni pensarlo!

Greystock miró hacia abajo a través de la ventanilla delantera. Estaban recogiendo el globo cautivo, pero se necesitarían unos buenos veinte minutos antes de completar la maniobra.

El gigantesco barco era una belleza, una cuarta parte más largo que el Rex y mucho más alto. Jill Gulbirra había afirmado que el *Parseval* era el más hermoso y el mayor artefacto de todo el Mundo del Río. La Tierra nunca había tenido nada igual a él. Pero Greystock pensó que este barco, por usar una frase de Clemens, «se llevaba la cinta azul por una buena milla».

Mientras Greystock observaba, un aeroplano subió por un ascensor hasta la cubierta de vuelos mientras un grupo de hombres preparaba una catapulta.

El robusto hombre miró con ojos fríos a su alrededor en la góndola de control. El piloto, Newton, un aviador de la Segunda Guerra Mundial, estaba en su puesto. Hardy, el navegante, y Samhradh, el primer oficial irlandés, estaban en la escotilla de babor. Había otros seis hombres a bordo, situados en las tres góndolas motoras.

Greystock se dirigió a la cabina de las armas, la abrió, y sacó dos de las pesadas pistolas Mark IV. Eran revólveres de acero de cuatro tiros que utilizaban cartuchos de duraluminio con balas de plástico calibre .69. Sujetó una por la culata con la mano izquierda; la otra, al revés. Sin dejar de mirar a los dos hombres en la escotilla de babor, fue a situarse detrás de Newton. Hizo bajar el extremo de la pistola que sostenía en su mano derecha contra la parte superior de la cabeza de Newton. El piloto se derrumbó de su silla y cayó al suelo.

Greystock adelantó rápidamente su mano izquierda y desconectó el transmisor con un gesto del pulgar. Los dos hombres se volvieron al oír el sonido del impacto del metal contra el hueso. Se inmovilizaron, contemplando la totalmente inesperada escena.

—No os mováis —dijo Greystock—. Ahora... poned vuestras manos en vuestras nuca.

—¿Qué pasa, hombre? —dijo Hardy, con ojos desorbitados.

—Quédate donde estás.

Hizo un gesto con la pistola, señalando hacia un pequeño armario.

—Poneos los paracaídas. Y no intentéis engañarme. Puedo disparar fácilmente contra vosotros.

Samhradh se puso a tartamudear, su rostro pasando del pálido al rojo.

—¡Tú... tú... eres un bas-bastardo! ¡Un trai-traidor!

—No —elijo Greystock—. Un leal súbdito del Rey Juan de Inglaterra. —Sonrió—. Aunque he recibido también la promesa de que seré el segundo al mando en el Rex cuando le entregue esta aeronave a Su Majestad. Eso aseguró mi lealtad.

Samhradh miró por la escotilla posterior. La acción en la góndola de control era visible desde las góndolas motoras.

—Hace poco salí por espacio de media hora —elijo Greystock—, a comprobar los motores con los mecánicos, ¿recordáis? Ahora todos ellos están bien atados, de modo que no podrán seros de ninguna ayuda.

Los dos hombres cruzaron la góndola, abrieron el armario y empezaron a ponerse los paracaídas. Hardy dijo:

—¿Y Newton?

—Podéis ponerle su paracaídas y echarlo antes de saltar vosotros.

—¿Y los mecánicos?

—Deberán correr el riesgo.

—¡Morirán si resultas derribado! —exclamó Samhradh.

—Mala suerte.

Cuando los dos hombres se hubieron ajustado sus paracaídas, arrastraron a Newton hasta el centro de la góndola. Greystock, apuntándoles con las pistolas, retrocedió mientras lo hacían. Luego pulsó el botón que abría la portilla de plexiglás a babor. Newton, gruñendo, semiinconsciente, fue empujado hacia el borde. Samhradh tiró de la anilla de su paracaídas en el momento que caía. Un momento más tarde, el irlandés alto. Hardy hizo una pausa con una pierna fuera de la escotilla.

—Si alguna vez volvemos a cruzarnos, Greystock, te mataré.

—No, no lo harás —dijo Greystock—. Salta antes de que decida asegurarme que nunca tengas esa posibilidad.

Conectó de nuevo el transmisor.

Clemens estaba aullando:

—¿Qué demonios ocurre ahí arriba?

—Tres de mis hombres echaron a suertes quién abandona el dirigible —dijo Greystock tranquilamente—. Decidimos que la nave necesitaba ser aligerada un poco. Es mejor así; vamos a necesitar toda la velocidad que sea posible.

—¿Por qué infiernos no me dijiste nada? —dijo Clemens—. Ahora tendré que parar los motores para pescarlos del agua.

—Lo sé —elijo Greystock, en un susurro casi inaudible.

Miró por la escotilla de babor. El *Minerva* había adelantado ahora al Mark Twain. Sus cubiertas estaban llenas de gente mirando al dirigible. El aeroplano, un monoplano monoplace de alas bajas, estaba en la catapulta, que estaba siendo orientada de cara al viento. El globo cautivo seguía siendo

recogido. Greystock se sentó ante el panel de control. Al cabo de pocos minutos había hecho descender el dirigible por debajo de los cien metros sobre el Río. Entonces le hizo dar la vuelta, se dirigió directamente hacia el barco.

La enorme embarcación blanca estaba parada en medio de sus cuatro juegos de paletas girando sólo lo suficiente como para mantener su estabilidad. Habían bajado una enorme lancha de su lado de babor, por la parte trasera, y ahora estaba dando la vuelta al barco para recoger a los paracaidistas que se debatían en el agua.

Ambas orillas estaban llenas de espectadores, y al menos un centenar de embarcaciones navegaban a vela o a remo hacia los tres paracaidistas.

De la catapulta surgió un chorro de vapor, y el monoplano salió disparado de la cubierta. Su fuselaje y sus alas brillaron plateados a la luz del sol cuando empezó a subir hacia la aeronave.

La voz de Clemens gruñó por el transmisor:

—¿Qué malditos infiernos estás haciendo ahora, John?

—Sólo estoy dando la vuelta para asegurarme que mis hombres están a salvo —dijo Greystock.

—¡De todos los mentecatos! —chirrió Clemens—. ¡Si tus sesos fueran aumentados diez veces, seguirían cabiendo en el culo de un mosquito! ¡Eso es lo que ocurre por intentar hacer una capa de visón del ano de un cerdo! ¡Le dije a Firebrass que no dejara un dirigible en manos de un barón medieval! «Greystock es el más torpe, arrogante e indigno de confianza de todos los tipos de hombre que puedas encontrar», le dije «¡Un noble medieval!» ¡Jesús en bicicleta! Pero no, él argumentó que tú tenías potencialidades, ¡y que sería un interesante experimento ver si podías amoldarte a la Era Industria!

—Tómalo con calma, Zam —retumbó la voz de Joe Miller—. Zi le dicez todaz eztaz cozaz, va a negarze a atacar el barco de Juan.

—¿Acazo te he preguntado zi te acoztabaz con tu tía? —respondió Sam burlonamente—. Cuando necesite el consejo de un paleoantropo, ya lo pediré.

—No tienez por qué insultar a tuz amigoz zólo porque eztez loco, Zam —dijo Miller—. ¿No ze le ha ocurrido penzar a Zu Majeztad que tal vez Greystock tenga otraz ideaz? ¿Qué quizá ezté de acuerdo con eze culoazno de Rey Juan?

Greystock maldijo. Aquel peludo coloso de aspecto cómico y aires simiescos era mucho más listo de lo que parecía. Sin embargo, en toda su furia, era probable que Clemens lo ignorara.

Por aquel entonces el dirigible, el morro inclinado diez grados hacia abajo con respecto a la horizontal, se dirigía directamente hacia el barco. Su altitud era ahora de treinta metros, descendiendo.

El aeroplano de von Richthofen pasó zumbando a menos de quince metros. Hizo un saludo con la mano a Greystock pero parecía desconcertado. Debía haber estado escuchando la conversación por la radio, por supuesto.

Greystock pulsó un botón. Un cohete salió silbando de su alojamiento bajo la góndola motora delantera de babor. El dirigible ganó altitud al verse aligerado del peso del misil. Escupiendo fuego por la cola, el largo y delgado tubo serpenteó hacia el avión plateado, su localizador de calor del morro husmeando los gases de escape del aparato. El rostro de Richthofen no era visible, pero

Greystock pudo imaginar su expresión de horror. Tenía seis segundos para saltar de la cabina y tirar de la anilla de su paracaídas. Aunque escapara, tendría suerte si a aquella altura se le abría a tiempo.

No, no pensaba saltar. En vez de ello, había hecho un brusco giro sobre un ala y se había dirigido directamente hacia el agua. Ahora estaba enderezándose justo encima de la superficie. Entonces estalló el cohete. Misil y aeroplano desaparecieron en una bola de fuego.

Por aquel entonces, en la cubierta de vuelos se estaba disponiendo frenéticamente otro aeroplano para ser catapultado. El equipo que recogía el globo cautivo, desconcertado por las sirenas y los silbatos y la repentina actividad frenética, dejó de tirar de su peso muerto. Greystock confió en que no tuvieran la presencia de ánimo de dejarlo libre. El gran aerostato sería un estorbo cuando el barco intentara maniobrar rápidamente.

A través del transmisor llegaban débilmente el aullar de sirenas y la voz de Clemens, casi tan aguda como las propias alarmas.

El barco empezó a adquirir velocidad y a girar al mismo tiempo. Greystock sonrió. Había esperado que el Mark Twain le presentara su costado. Apretó un botón, y el dirigible, liberado del peso de dos pesados torpedos, saltó hacia arriba. Greystock accionó los elevadores para hundir más el morro de la nave, y puso los controles a velocidad máxima.

Los torpedos golpearon el agua con un chapoteo. Dos estelas espumearon tras ellos. El transmisor aulló con la voz de Clemens. El gigantesco barco dejó de girar y avanzó en ángulo hacia la orilla izquierda. De sus cubiertas brotaron cohetes. Algunos de ellos trazaron un arco hacia los torpedos y estallaron inmediatamente después de tocar la superficie del agua. Otros partieron hacia el dirigible.

Greystock maldijo en francés normando. No había sido lo bastante rápido. Pero los torpedos seguramente alcanzarían el barco, y si lo hacían, las órdenes del Rey Juan habrían sido cumplidas.

Pero él no deseaba morir. Él tenía su propia misión.

Quizá hubiera debido arrojar las bombas cuando estaba pasando por encima del barco. Este había modificado su rumbo cuando él había intentado pasar directamente por encima, y no había querido cambiar el rumbo del dirigible demasiado bruscamente. Hubiera tenido que neutralizar antes a la tripulación y luego haberle dicho a Clemens que iba a acercarse más la aeronave para que todo el mundo pudiera verla bien.

Mientras pensaba en todo esto, había pulsado automáticamente el botón que soltaba todos los cohetes. Partieron en dirección a los misiles del barco, sus detectores de calor enfocados a las toberas de los del barco, del mismo modo que los cohetes del barco estaban enfocados a las toberas de sus misiles.

Las explosiones de cohetes contra cohetes sacudieron la aeronave. Una gran nube de humo se formó ante ella, velando el barco. Cuando consiguió salir de la oscuridad y el humo estaba casi encima del Mark Twain.

¡Por las heridas de Dios! ¡Un torpedo acababa de fallar la parte trasera de estribor del barco, pero el segundo iba a darle de lleno! ¡No, no le daba! ¡Había golpeado de lado contra el costado del barco, y había sido desviado! ¡El Mark Twain había escapado de algún modo a los dos proyectiles!

La voz de Clemens estaba aullando ahora, ordenando que no se dispararan más cohetes. Temía

que la aeronave pudiera estallar, y, arrastrada por el viento, caer en llamas sobre el barco.

El globo cautivo, tirando de su cable de plástico, flotaba Río abajo, ascendiendo al mismo tiempo.

Clemens había olvidado que la aeronave aún no había soltado sus bombas.

El segundo aeroplano, un anfibia biplaza, partió a sus pies. Su piloto alzó una frustrada mirada hacia él. Estaban demasiado cerca el uno del otro y él iba demasiado aprisa para hacer un viraje y disparar contra él sus ametralladoras delanteras. Pero el tirador en la carlinga tras el piloto estaba haciendo girar sus ametralladoras en redondo. Una de cada diez balas podía ser trazadora, cargada con fósforo. Una sola de ellas en una cámara de gas sería suficiente para prender el hidrógeno. El *Minerva* estaba a tan sólo ciento cincuenta metros del Mark Twain y acercándose rápidamente. Sus motores funcionaban a toda potencia. Esto, más un viento de quince kilómetros soplando por la cola, quería decir que el barco no podría de ninguna forma apartarse a tiempo.

Si tan sólo pudiera dejar caer las bombas antes de que las balas trazadoras impactaran. Quizá el tirador fallara su blanco. Cuando consiguiera hacer girar completamente sus armas, el aeroplano podía estar ya demasiado lejos.

El costado del barco se hacía más grande por momentos. Aunque el dirigible no fuera alcanzado por las trazadoras, estaba tan cerca del barco que las bombas podían hacer estallar ambos aparatos.

Calculando el momento de llegada del *Minerva* sobre el barco de paletas, ajustó el mecanismo que soltaría las bombas con un movimiento de su muñeca. Luego se levantó de su asiento y se dirigió hacia la escotilla abierta. No tenía tiempo de ponerse el paracaídas. Además, estaba demasiado cerca del agua para que se abriera a tiempo. Mientras caía, fue golpeado por una oleada de aire como el soplo de un colosal ventilador. Giró, inconsciente, incapaz siquiera de pensar en cómo había perdido su puesto de segundo bajo las órdenes de Juan Sin Tierra. O sus planes de librarse de Juan y quedarse con el mando del Rex Grandissimus para él.

Peter Frigate se había embarcado en el Abigarrado una semana después del séptimo Día de Año Nuevo después de la Resurrección. Veintiséis años más tarde, estaba todavía en la goleta. Pero estaba empezando a sentirse cansado y desanimado. ¿Llegaría alguna vez la nave a las fuentes del Río?

Desde el día en que subiera a bordo, había pasado, a estribor, 810.000 piedras de cilindros. Eso significaba que había viajado un millón trescientos mil kilómetros.

Había iniciado su viaje en la zona ecuatorial, y había sido preciso un año y medio para alcanzar las regiones árticas, avanzando no como vuela un pájaro sino como se arrastra una serpiente. Si el Río hubiera estado tan recto como una regla, el barco hubiera estado allí en menos de seis meses, quizá en cinco. Pero era más retorcido que las promesas de la campaña de un político después de las elecciones.

La primera vez que el barco llegó al ártico, justo antes de que el Río girara de nuevo definitivamente para su recorrido hacia el sur, Frigate había propuesto que siguieran hacia el norte a pie. Las montañas polares no estaban a la vista, pero debían estar relativamente cerca. Tentadoramente cerca también.

Farrington había dicho:

—¿Y cómo por cien mil diablos piensas escalarlas?

Y había señalado hacia la lisa verticalidad de la piedra hacia el norte. Allí su altura era superior a los tres mil quinientos metros.

—En un globo.

—¿Estás chiflado? El viento sopla hacia el sur aquí. Nos enviaría lejos de las montañas polares.

—El viento de superficie quizá. Pero si el sistema meteorológico es el mismo aquí que en la Tierra, los vientos polares superiores deben soplar hacia el nordeste. Una vez el globo hubiera subido lo suficiente como para entrar en esa corriente, variaría de rumbo, nos llevaría hacia el polo.

»Entonces, cuando llegáramos a las montañas que se supone rodean el supuesto mar, descenderíamos. No tendremos la suerte de poder cruzar sobre esas montañas en el globo, si son tan altas como dicen.

Farrington se había puesto pálido al oír la proposición de Frigate.

Rider, sonriendo, dijo:

—No sabía que al Frisco Kid no le gustaba ni la idea de un viaje aéreo.

—¡No es cierto! —dijo Martin, con ojos llameantes—. Si un globo pudiera llevarnos hasta allí, yo sería el primero en subir a él. ¡Pero no puede! De todos modos, ¿cómo mierda íbamos a arreglárnoslas para construir un globo, aunque pudiéramos viajar en uno?

Frigate tuvo que admitir que no podían. Al menos, no en aquella zona. Construir un globo y llenarlo con hidrógeno era imposible. No había allí los materiales necesarios. Ni en ningún otro lugar, por lo que él sabía.

Sin embargo, había otro método que valla la pena tomar en consideración. ¿Por qué no un globo de aire caliente que llevara una cuerda hasta la parte superior de la montaña?

Mientras hablaba, sin embargo, se echó a reír. ¿Cómo podían fabricar una cuerda de tres mil quinientos metros de longitud, una cuerda lo suficientemente fuerte como para que no se rompiera bajo su propio peso? ¿Qué tamaño debería tener el globo necesario para alzar esa enorme masa de cuerda? ¿Uno tan grande como el Hindenburg?

¿Y cómo lo harían para asegurar la cuerda a la cima de la montaña?

Sonriendo, Frigate propuso enviar a un hombre en el aerostato que llevara la cuerda. Podría bajar una vez estuviera arriba y asegurar el globo.

—¡Olvidalo! —dijo Farrington.

Frigate se sintió feliz de hacerlo.

El Abigarrado prosiguió su navegación hacia el sur, el viento a sus espaldas, su tripulación feliz de alejarse de aquella fría y deprimente zona. Había alguna gente de la Edad de Piedra viviendo allí, pero en su tiempo habían vivido en las regiones árticas de la Tierra. No habían conocido nunca nada mejor.

A partir de entonces, la goleta había cruzado el ecuador y entrado en la región polar sur nueve veces. En este momento, estaban de nuevo en la zona ecuatorial.

Peter Frigate estaba hastiado de la vida a bordo. Y no era el único. Las escalas en la orilla se estaban haciendo cada vez más largas últimamente.

Un día, mientras tomaba su almuerzo en tierra, Frigate experimentó dos fuertes impresiones en una rápida secuencia. La primera fue lo que le ofreció su cilindro. Durante años había estado deseando obtener mantequilla de cacahuete y un plátano al mismo tiempo. Ahora, al abrir el cilindro, halló la realización de su sueño.

Una de las tazas de metal de los compartimientos estaba llena con una suave y deliciosa mantequilla de cacahuete. En una bandeja se divisaba la encantadora forma amarilla de un plátano.

Sonriendo, babeando, relamiéndose por anticipado, peló la fruta y sumergió uno de sus extremos en la mantequilla de cacahuete. Casi canturreando de alegría, mordió la combinación de sabores.

Valla la pena haber resucitado sólo por la comida.

Un momento más tarde, vio que se le acercaba una mujer. Era muy atractiva, pero fue lo que llevaba lo que le hizo desorbitar los ojos. Se puso en pie y, hablando en Esperanto, se acercó a ella.

—*Pardonu min, sinjorino*. No he podido evitar el observar este sorprendente brazalete. ¡Parece de cobre!

Ella bajó la mirada, sonriendo, y dijo:

—*Estas brazo*.

Aceptó el cigarrillo que él le ofrecía murmurando un «Dankon», y lo encendió. Parecía ser muy amable. Demasiado, pareció pensar una persona. Frunciendo el ceño, un hombre gigantesco y muy moreno se acercó a ellos.

Frigate se apresuró a asegurar que su interés se centraba en su brazalete y no en ella. El hombre pareció aliviado; la mujer decepcionada. Pero se alzó de hombros con resignación.

—Procede de Río arriba —dijo—. Costó cien cigarrillos y dos cuernos de pez cornudo.

—Sin mencionar algunos favores personales por su parte —dijo el hombre.

—Oh, Emil, eso fue antes de que me fuera contigo —protestó la mujer.

—¿Sabe usted de dónde procede? —dijo Frigate—. Quiero decir, ¿dónde está hecho?

—El hombre que me la vendió procedía de Nova Bohemujo.

Frigate ofreció al hombre un cigarrillo, y eso pareció calmar la tensión. Emil dijo que Nueva Bohemia era un estado más bien grande a unas novecientas piedras de cilindro Río arriba. La mayoría de sus habitantes eran checos del siglo XX. La minoría estaba compuesta por algunas antiguas tribus galas, con, por supuesto, el habitual uno o dos por ciento de gente de cualquier tiempo y lugar.

Hasta hacía tres años Nueva Bohemia había sido pequeño, sólo uno de los muchos pueblos galo-eslavos de aquella zona.

—Pero su jefe, un hombre llamado Ladislav Podebrad, inició un proyecto hará unos seis años. Creía que debía haber tesoros minerales, especialmente hierro, profundamente enterrados en el suelo. Su gente empezó a excavar en la base de la montaña, e hicieron un enorme y profundo hoyo. Gastaron mucho pedernal y hueso. Ya sabe lo resistente que es la hierba.

Frigate asintió. La hierba parecía haber sido diseñada para resistir la erosión. Sus raíces se hundían muy profundamente y se entremezclaban. De hecho, no estaba seguro de que no fuera una sola planta, un único organismo extendiéndose a ambos lados del Río y quizá por debajo de él. Y sus raíces eran tan resistentes como una cota de malla.

—Se necesitó mucho tiempo para llegar debajo de la hierba, y cuando lo consiguieron, no había nada tras ella excepto tierra. Prosiguieron, y después de otros sesenta metros, llegaron a una capa de roca. Creo que piedra caliza. Casi estuvieron a punto de abandonar entonces. Pero Podebrad, que es algo así como un místico, les dijo que había tenido un sueño acerca de que había grandes cantidades de hierro debajo de la roca.

—Por supuesto —dijo la mujer—, no te veo a ti trabajando en esa forma.

—Tú tampoco harías muy buen papel.

Frigate no les calculó mucho tiempo de seguir juntos, pero no dijo nada. Podía equivocarse. Había conocido parejas como aquella en la Tierra que se apuñalaban verbalmente a cada instante desde el matrimonio hasta la muerte. Por alguna razón patológica, se necesitaban mutuamente.

Hacia tres años, el sueño de Podebrad y el duro trabajo habían dado frutos.

Habían llegado a una inmensa reserva de minerales: hierro, sulfato de zinc, arena, carbón, sal, plomo, azufre, e incluso algo de platino y vanadio.

Frigate parpadeó y dijo:

—¿Quieres decir en capas, en estratos? Pero no pueden encontrarse naturalmente en esa forma.

—No —dijo Emil—. Al menos, el hombre le dijo a Marie que no estaban así. Lo que dijo, y he oído a otros de Nueva Bohemia contar lo mismo, es que parecía como si un gigantesco camión los hubiera ido echando.

»Quiquiera que hizo este mundo habla arrojado todo aquello allí, ya sabe, como con un gigantesco bulldozer. Luego había colocado la roca encima, luego la tierra, y finalmente la hierba.

Podebrad había empezado a sacar el mineral, de hecho aún lo seguía extrayendo. Toda su gente estaba armada ahora con armas de acero. Y Nueva Bohemia se había extendido de sus doce kilómetros originales a sesenta kilómetros por ambos lados del Río.

Sin embargo, esto no se había conseguido a través de la conquista. Los estados vecinos habían

solicitado ser absorbidos, y Podebrad les había dado la bienvenida. Había riqueza suficiente para todos.

Mientras tanto, otros estados cercanos habían iniciado sus propios proyectos de perforación. Habían trabajado durante tres años, pero no habían conseguido más que sudor, herramientas estropeadas, y decepción.

El emplazamiento original de Podebrad parecía ser el único que contenía minerales. A menos que los otros depósitos, como Emil los llamaba, estuvieran enterrados aún más profundamente.

Emil señaló hacia las colinas.

—Nuestro propio país tiene un agujero de sesenta metros de profundidad. Pero ahora están volviendo a llenarlo. La capa rocosa es dolomita. Podebrad tuvo suerte. La suya era blanda piedra caliza.

Frigate les dio las gracias y se marchó excitadamente. Como resultado de aquello, el Abigarrado anclaba junto a la capital de Podebrad once días más tarde.

La tripulación olía ya Nueva Bohemia medio día antes de llegar a sus límites meridionales. Los humos de azufre y carbón apestaban toda la zona.

Altas murallas de tierra habían sido erigidas a lo largo de las orillas. Por todos lados se veían armas de acero, incluyendo pistolas de chispa. El Río era patrullado por cuatro grandes barcos de paletas movidos a vapor, cada uno de los cuales llevaba dos cañones, y por un gran número de barcos más pequeños con ametralladoras.

La tripulación del Abigarrado estaba asombrada. También algo deprimida. El hermoso valle había sido saqueado. A lo largo de donde alcanzaba la vista habían desaparecido el aire puro y el cielo azul y las verdes llanuras y colinas.

Nur le preguntó a uno de los habitantes si había sido necesario estropear todo el paisaje y construir todas aquellas armas.

—Hemos tenido que hacerlo —dijo el hombre—. Si no lo hubiéramos hecho, entonces otros estados hubieran intentado robarnos nuestro mineral. Y se hubieran lanzado a conquistas violentas. Nosotros hacemos las armas para defendernos.

»Por supuesto, también hacemos otros artefactos. Comerciamos con ellos, y así obtenemos más tabaco, licor, comida, y adornos que podemos usar.

El hombre palmeó su sobresaliente barriga.

Nur sonrió.

—Los cilindros proporcionan lo suficiente para las necesidades de cualquier persona, y algunos lujos también —dijo—. ¿Por qué destrozar el país y hacer que hieda para conseguir más de lo que necesitáis?

—Acabo de decirte por qué.

—Hubierais hecho mejor volviendo a tapar el agujero —dijo Nur—. O no haberlo horadado desde un principio.

El hombre se alzó de hombros. Entonces, pareciendo sorprenderse, se acercó a Rider.

—Oye, ¿tú no eres Tom Mix, la estrella de cine?

—No, amiko —dijo Tom, sonriendo—. Ha habido gente que me ha dicho que me parezco un poco

a él, sin embargo.

—Te vi... esto... lo vi cuando fue a París durante su tournée europea. Yo estaba en viaje de negocios, y estaba entre la multitud y te aclamaba... a él, por supuesto... mientras desfilaba sobre su caballo Tony. Fue un gran día para mí. Tom era mi actor preferido de westerns.

—El mío también —dijo Tom, y se alejó.

Frigate llamó al capitán y al primer contraamaestre a un lado.

—Pareces muy excitado, Pete —dijo Martin Farrington—. Debes estar pensando en lo mismo que Tom y yo hemos estado discutiendo hace apenas un minuto.

—Bien, ¿y qué es ello? —dijo Frigate.

Martin miró de reojo a Tom y sonrió.

—¿No lo supones? Estábamos hablando, sólo especulaciones, ya sabes, de lo bueno que sería si tuviéramos uno de esos pequeños barcos de vapor.

Frigate se mostró sorprendido.

—¡No es en eso en lo que estaba pensando! ¿Qué pretendéis, robarlo?

—Algo así —dijo Tom, arrastrando las palabras—. Ellos siempre podrán construir otro. Estábamos pensando en lo mucho más rápido que podríamos ir Río arriba con uno de esos barcos a paletas.

—Aparte de la ética del asunto —dijo Frigate—, podría ser peligroso. Supongo que estarán custodiados durante la noche.

—Mira como habla de ética —dijo Martin—. Tú robaste tu lanza y tu arco y tus flechas, ¿recuerdas?

El rostro de Frigate enrojeció.

—No fue exactamente un robo. Había hecho las armas yo mismo. Me pertenecían.

—Fueron robadas —dijo Martin. Desplegó una de sus encantadoras sonrisas maravillosas y le dio una palmada en el hombro a Frigate—. Pero no necesitas enfadarte por eso. Tu necesidad era mayor que la del estado, y tomaste algo que podía ser fácilmente reemplazado. Nosotros estamos en la misma situación. Necesitamos ir Río arriba con mayor rapidez.

—Sin mencionar que lo haríamos mucho más confortablemente —dijo Tom.

—¿Queréis correr el riesgo de resultar muertos?

—¿Piensas presentarte voluntario? No quiero ordenar a nadie que lo haga. Si no te atreves, no habrá ningún problema, siempre que mantengas la boca cerrada, ¿comprendido?

—¡No es eso! —dijo Frigate, sintiendo que volvía a enrojecer—. ¡No estoy objetando porque tenga miedo! Escuchad, lo haré, si es necesario. Pero lo que tengo en mente es otra cosa. Es algo que podría llevarnos hacia el norte muchísimo más rápidamente que un barco de vapor.

—¿Quieres decir que este Podebrad nos construiría una lancha rápida? —dijo Martin—. ¿Un yate a vapor?

—No, no es eso tampoco. Pienso en algo para ir Río arriba. ¡Ir por encima!

—Que me aspen —dijo Tom—. ¿Quieres decir un avión?

Tom parecía ansioso. Martin se puso pálido.

—No, eso no funcionaría. Quiero decir, un avión podría llevarnos mucho más aprisa. Pero

deberíamos aterrizar varias veces y conseguir combustible, y no hay forma de conseguirlo ni de fabricarlo. No, estoy pensando en otro tipo de vehículo aéreo.

—No estarás pensando en un globo.

—Claro, ¿por qué no? Un globo. O mejor aún, un dirigible.

A Tom Rider le gustó la idea.

—¡No! —dijo Farrington—. ¡Es demasiado peligroso! No confío en esos frágiles sacos de gas. Además, hay que utilizar hidrógeno, ¿no? ¡El hidrógeno se incendia con sólo chasquear los dedos!

Hizo chasquear los dedos.

—Además, son presa fácil de los vientos fuertes y las tormentas. Y por otro lado, ¿dónde piensas encontrar a un buen piloto de dirigibles? Puede que los pilotos de aviones sean fáciles de conseguir, aunque personalmente sólo he conocido a dos. Además, nosotros tenemos que formar parte de la tripulación, y eso significa que tenemos que ser entrenados. ¿Y si no servimos para ello? Y hay otra razón...

—¿Un ataque de hígado?, dijo Tom, sonriendo.

Martin enrojeció, y sus manos temblaron.

—¿Qué te parecería si te hiciera saltar unos cuantos dientes?

—No sería la primera vez —dijo Tom Rider—. Pero tómatelo con calma, Frisco, sólo estaba intentando pensar en algunas otras razones por las que no pudiéramos hacerlo. En cierto modo, intentaba ayudarte.

Frigate sabía que Jack London nunca había sentido ningún interés por volar. Y sin embargo, un hombre que había vivido tan aventureramente, que siempre había sido valeroso, y que era tremendamente curioso al mismo tiempo, hubiera debido sentirse ansioso por montar en una de esas nuevas máquinas volantes.

¿Era posible que le tuviera miedo al aire?

Podía ser. Más de una persona que parecía no temerle a nada en el mundo se sentía aterrada ante la idea de abandonar la superficie. Era uno de esos condicionamientos de la naturaleza humana, por el que nadie debía sentirse avergonzado.

Sin embargo, Martin podía sentirse avergonzado de evidenciar miedo.

Frigate se admitió a sí mismo que en ocasiones había sentido ese tipo de vergüenza. La había superado a veces, pero aún le habían quedado muchos residuos. No temía admitir un miedo si había algún motivo racional para sentirlo. Revelar su miedo si sus bases eran irracionales era más difícil de aceptar para él.

La reacción de Farrington tenía algo de lógica. Podía ser peligroso, incluso quizá estúpido, subir a un dirigible en condiciones inevitablemente inciertas.

Nur y Pogaas fueron llamados para oír la nueva idea de Frigate. Frigate procedió a explicarles cuáles podían ser los peligros.

—Pese a todo, considerando el tiempo que ganaremos, es más eficiente, más económico, ir en dirigible. Realmente, considerando el tiempo necesario para un dirigible contra el tiempo que necesitaría un barco, encontraréis que es mucho más peligroso el barco.

—¡Maldita sea, yo no le tengo miedo al peligro! ¡Me conoces mucho mejor que eso! Se trata tan sólo que...

La voz de Martin se esfumó.

Tom sonrió.

—¿De qué te estás riendo? —dijo Farrington—. ¡Te pareces a una mofeta comiendo mierda!

Pogaas también sonrió.

—No hay necesidad de excitarnos ahora —dijo Tom—. Primero tenemos que ir a ver lo que ese gran manitú. Podebrad, puede hacer por nosotros. Lo más probable es que no quiera construirnos un dirigible. ¿Por qué debería hacerlo? Pero vayamos hasta su casa y veamos qué tiene que decir al respecto.

Nur y Pogaas tenían otros asuntos más importantes que hacer, de modo que el capitán, el primer contramaestre y el marinero caminaron hacia un enorme edificio de piedra caliza que uno de los transeúntes les señaló.

—Supongo que no hablaréis en serio acerca de robar uno de los barcos de vapor dijo Frigate.

—Eso depende —respondió Tom.

—Nur no querrá intervenir en eso —dijo Frigate—. Y algunos de los otros tampoco.

—Entonces quizá lo hagamos sin ellos —dijo Tom.

Se detuvieron ante la casa de Podebrad, que se erguía en la cima de una colina, su puntiagudo techo de bambú tocando casi las ramas inferiores de un alto pino. Los guardias los hicieron pasar a una sala de recepciones. Un secretario les escuchó atentamente, luego desapareció durante un minuto. Al regresar, les dijo que Podebrad los vería dentro de dos días, después de la comida.

Decidieron ir a pescar el resto del día. Rider y Farrington capturaron algunas «percas» listadas, pero pasaron la mayor parte del tiempo planeando cómo apoderarse de un barco de vapor.

Ladislav Podebrad era pelirrojo y de mediana estatura, muy ancho y musculoso, cuello de toro, labios delgados, mandíbula masiva. Aunque sus rasgos eran formidables y su comportamiento glacial, permitió que la entrevista durara más de lo que los tres habían esperado. Incluso se sintieron satisfechos de ella, aunque no tanto como esperaban.

—¿Por qué tienen tanta prisa por alcanzar el Polo Norte? He oído hablar de esa Torre que se supone está en medio del mar al otro lado de infranqueables montañas. No sé si creer esa historia. Pero parece posible. Quizá, incluso probable.

»Este mundo puede haber sido originalmente construido por Dios. Pero es evidente que unos seres humanos, o algo similar a ellos, han remodelado la superficie de este planeta. Es evidente también, para mí al menos, como científico, que nuestra resurrección ha sido ocasionada por medios físicos, a través de la ciencia, y no por una intervención sobrenatural.

»Por quién, no lo sé. Pero la Iglesia de la Segunda Oportunidad tiene una explicación que suena en cierto modo lógica. Aunque les faltan muchos datos y no poseen la menor certeza.

»De hecho, tengo la impresión de que la Iglesia conoce mucho más que cualquier otro acerca de este asunto, si puedo expresarlo de este modo.

Tabaleó sobre la mesa con unos dedos largos y finos, mientras todos permanecían en silencio. Frigate, observándole, pensó que no se correspondían con su rechoncho físico y con sus anchas y gruesas manos.

Podebrad se alzó y se dirigió hacia el armario, lo abrió, sacó un objeto. Mostró entre sus dedos un hueso en espiral de un pez cornudo.

—Todos ustedes saben lo que es esto. Los de la Segunda Oportunidad lo llevan como símbolo de su fe, aunque yo personalmente preferiría que mostraran más conocimientos sobre los que apoyar su fe. Pero si tuvieran más conocimientos, entonces no necesitarían la fe, ¿no creen? A este respecto son como todas las demás religiones, terrestres o del Mundo del Río.

»Sin embargo, sabemos que hay una vida después de la muerte.

»O quizá, debiera decir, había una vida después de la muerte. Ahora que la gente ya no resucita después de morir, ya no sabemos qué esperar. Ni siquiera la Iglesia tiene respuesta a la cuestión de por qué las traslaciones han cesado de repente. Especula que, quizá, la gente ha tenido tiempo suficiente para salvarse, y que ya no hay razón para proseguir con las resurrecciones.

»Si uno no ha sido salvado ya, es inútil que espere salvarse a estas alturas.

»Realmente, no sé cuál pueda ser la verdad.

»Caballeros, yo fui un ateo en la Tierra, un miembro del Partido Comunista checoslovaco. Pero aquí encontré a un hombre que me convenció de que la religión no tiene nada que ver con lo racional. Al menos, sus fundamentos, las bases de su existencia, no lo tienen.

»Una vez se produce el acto de fe, por supuesto, se busca luego la racionalización, su justificación pseudológica. Sin embargo, ni Jesús ni Marx, ni Buda ni Mahoma, ni los hindúes ni los confucianistas, ni los taoístas ni los judíos, supieron ver el mundo después de la muerte. Cometieron más errores respecto a este mundo que respecto al otro en el cual nacimos.

Se encaminó hacia el escritorio, se sentó tras él y colocó el hueso en espiral sobre su superficie.

—Sinjoroj, hoy iba a anunciar mi conversión a la Iglesia de la Segunda Oportunidad. Y a anunciar también mi dimisión como jefe del estado de Nova Bohemujo. Algunos días más tarde, iba a embarcarme Río arriba para viajar hasta Virolando, que, me han asegurado, existe realmente. Y allí pensaba preguntarle al líder y al fundador de la iglesia, La Viro, algunas cosas. Si él me las respondía satisfactoriamente, a incluso si admitía que no conocía todas las respuestas, iba a ponerme bajo su jurisdicción. Hubiera ido donde él me dijese, hubiera hecho lo que él me ordenase.

»Pero si mi información es correcta, y no tengo razones para creer que mis informadores sean unos mentirosos, Virolando se halla a millones de kilómetros de distancia. Iba a tomarme más de la mitad de una vida terrestre llegar hasta allí.

»Y ahora, aparecen repentinamente ustedes con una proposición. Algo que me sorprende no haber pensado por mí mismo antes. Quizá porque realmente estaba más interesado en el viaje que en su final.

»Los viajes son siempre más fructíferos en el descubrimiento de uno mismo que en el descubrimiento de todo lo demás ¿no es cierto? Quizá fue por eso por lo que lo obvio se me escapó.

»Sí, caballeros. Puedo construir un dirigible para ustedes.

»Sólo hay una condición. Tienen que llevarme a mí también.

Tras un largo silencio, Farrington dijo:

—No veo cómo podríamos decirle que no, Sinjoro Podebrad. Y creo que hablo por todos nosotros.

Frigate y Rider asintieron.

—Realmente, no nos deja otra elección. No es que tenga nada en contra de que venga con nosotros. De hecho, me agrada. Sólo que... bien, ¿qué ocurrirá si no encontramos a ningún hombre experimentado en dirigibles? Seríamos unos locos si nos fuéramos ahí arriba sin saber cómo se maneja el aparato o sin disponer de alguien que sí lo sepa.

—Por supuesto. Pero va a tomar mucho tiempo construir la aeronave. A menos que podamos encontrar algunos ingenieros que sepan como diseñar el aparato, o al menos puedan calcular sus especificaciones, deberemos empezar desde cero.

»Mientras tanto, podemos buscar un piloto. Aunque son muy raros, en algún lugar a lo largo del Río, dentro de un radio de dos mil kilómetros en ambas direcciones, se hallará el hombre al que estamos buscando.

»O quizá deba decir puede hallarse. De hecho, las posibilidades de que lo encontremos están más bien en contra.

—Yo practiqué el vuelo en globo —dijo Frigate—. Y he leído multitud de libros acerca de los aparatos más ligeros que el aire. Subí a un dirigible para dos cortos vuelos. Claro que eso no me hace un experto, por supuesto.

—Quizá tengamos que entrenarnos nosotros mismos, Sinjoro Frigate. En cuyo caso, cualquier conocimiento nos será de una buena ayuda.

—Por supuesto, eso ocurrió hace mucho tiempo. He olvidado gran parte de las cosas.

—No es que inspire confianza precisamente, Pete —dijo ásperamente el Frisco Kid.

—La confianza viene con la experiencia —dijo Podebrad—. Ahora, caballeros, empezaremos inmediatamente. Demoraré el anuncio de mi conversión hasta que la nave esté preparada para despegar. Ningún miembro de la Iglesia, nadie que predique la total resistencia pasiva, puede ser jefe de este estado.

Frigate se preguntó cuán profunda era la conversión del hombre. Le parecía que cualquiera que creyera realmente en los dogmas de la Iglesia lo proclamaría inmediatamente. Sin importarle cuáles fueran las consecuencias.

—Tan pronto como termine nuestra conferencia, tomaré las disposiciones necesarias para iniciar la producción de hidrógeno. Creo que el mejor método, considerando los minerales disponibles, será por reacción de ácido sulfúrico diluido y zinc. Nuestra industria de ácido sulfúrico ha estado funcionando durante algún tiempo. Fuimos afortunados descubriendo platino y vanadio, aunque no en grandes cantidades.

»Hubiera deseado poder fabricar aluminio, pero...

—Las aeronaves Schüte-Lanz estaban hechas de madera —dijo Frigate—. De todos modos, un dirigible no necesita mucha madera.

—¡Madera! —dijo Farrington—. ¿Pretendes meterme en un dirigible de madera?

—La única madera estará en la quilla y en la cabina —dijo Frigate—. La envoltura puede ser construida a partir de la membrana intestinal del pez dragón.

—Eso requerirá mucha pesca dijo Podebrad. —Se puso en pie—. Voy a tener que trabajar mucho hoy. Pero les veré de nuevo, caballeros, mañana en la comida. Podremos discutir esos detalles entonces. Mientras tanto, buenas tardes.

Farrington, con aire grave, se dirigió a Rider mientras abandonaban el edificio.

—Si me lo preguntas, ¡todo esto es una locura!

—A mí me suena a magnífico —dijo Tom—. A decir verdad, empiezo a estar cansado de tanta vela.

—¡Si, pero podemos matarnos mientras estamos dando vueltas por ahí intentando cómo aprender a volar en esa maldita cosa!

»¿Y qué ocurrirá si no encontramos a nadie para manejarla? ¡Habremos perdido un montón de tiempo!

—Eso no suena propio de un hombre que conducía a la gente por los rápidos de White Horse en Alaska, una y otra vez, sólo para ganarse unos cuantos dólares. O al hombre que pirateaba ostras...

Se puso pálido. Rider y Farrington se habían detenido, y sus rostros eran duros.

—He oído un montón de historias acerca del Yukon —dijo Farrington lentamente—, pero nunca he oído hablar nada de los rápidos de White Horse. Ni a ti tampoco. ¿Has estado espiando?

Frigate inspiró profundamente.

—¡Infiernos, no necesito espiar! —dijo—. ¡Os reconocí la primera vez que os vi!

Repentinamente, Rider estaba tras él, y Farrington llevaba su mano a la empuñadura de su cuchillo de pedernal.

Rider habló en un tono bajo y monótono.

—De acuerdo: quienquiera que seas, simplemente camina delante mío. Directamente al barco. Y no intentes ninguna travesura.

—¡No soy yo quien anda de incógnito! —dijo Frigate—. ¡Sois vosotros!

—Simplemente haz lo que te digo.

Frigate se alzó de hombros e intentó sonreír.

—Es evidente que vosotros dos estáis haciendo mucho más que simplemente ocultar vuestras auténticas identidades. De acuerdo, adelante. Pero no pretenderéis matarme, supongo.

—Eso depende —dijo Rider.

Caminaron bajando la colina y cruzando la llanura. En el muelle, el único miembro de la tripulación presente era Nur, que estaba hablando con una mujer. Rider le dijo:

—Ni una palabra, Pete. Y sonríe.

Frigate, mirando directamente al pequeño moro, hizo una mueca. Esperaba que Nur se diera cuenta de que pasaba algo raro... era tan sensible a las expresiones. Pero Nur sólo lo saludó con la mano. Cuando estuvieron en la cabina del capitán, Frisco cerró la puerta y obligó a Frigate a sentarse en el borde de un banco.

—He estado con vosotros veintiséis años —dijo Frigate—. ¡Veintiséis! Y nunca he dicho a nadie

cuáles eran vuestros auténticos nombres.

Farrington se sentó en el sillón tras su escritorio. Jugueteadando con su cuchillo, dijo:

—Eso parece contra la naturaleza humana. ¿Cómo puedes haber mantenido la boca cerrada durante tanto tiempo? ¿Y por qué?

—Especialmente por qué —dijo Rider. Permanecía de pie junto a la puerta, con un estilete de pez cornudo en la mano.

—Era evidente que vosotros no deseabais ser reconocidos, por una parte. Así que, siendo amigo vuestro, no dije nada... aunque admitiré que me he preguntado a menudo el porqué de tanto secreto.

Farrington miró a Rider.

—¿Qué piensas, Tom?

Rider se alzó de hombros.

—Cometimos un error —dijo—. Simplemente hubiéramos debido echarnos a reír. Admitir quienes éramos e inventar alguna historia para justificar el porqué ocultamos nuestros nombres.

Farrington dejó el cuchillo y encendió un cigarrillo.

—Sí. Esto es fácil de decir ahora. ¿Qué hacemos?

—Tras toda esta misteriosa escena, Pete debe estar convencido de que tenemos algo que ocultar.

—Ya lo ha dicho.

Rider enfundó su estilete y prendió también un cigarrillo. Frigate se preguntó si no sería ya el momento de intentar la fuga. Sus posibilidades de éxito eran pocas. Aunque ambos hombres eran bajos, eran muy fuertes y rápidos. Además, intentar escapar le haría parecer culpable.

¿Culpable de qué?

—Eso está mejor —dijo Tom—. Olvida salir huyendo. Relájate.

—¿Con vosotros dos pensando en asesinatos?

Rider se echó a reír.

—Después de todos estos años deberías saber que somos incapaces de matar a sangre fría —dijo—. Incluso a un extraño. Y sentimos aprecio hacia ti.

—Bien, si yo fuera quien pensáis que soy, sea quien sea, ¿qué haríais?

—Iniciar una buena disputa a fin de no tener que matarte a sangre fría, calculo.

—¿Por qué?

—Si no eres realmente Peter Frigate, entonces tú sabrás.

—¿Quién otro podría ser, infiernos?

Hubo un largo silencio. Finalmente, Farrington aplastó su cigarrillo en un cenicero clavado a la mesa.

—El asunto, —Tom dijo—, es que ha estado con nosotros mucho más que cualquiera de nuestras mujeres. Si fuera uno de Ellos, ¿cómo habría permanecido por ahí durante tanto tiempo? Especialmente puesto que afirma que nos reconoció el día mismo en que nos conocimos.

»Hubiéramos sido embarcados esa misma noche, si fuera uno de Ellos.

—Quizá —dijo Tom—. No sabemos ni una cuarta parte de lo que está pasando. Una octava parte, quizá. Y lo que sabemos puede ser una mentira. Quizá nos tomen por unos Incautos.

—¿Ellos? ¿Embarcados? —dijo Frigate.

Martin Farrington miró a Tom.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo—. No hay ninguna forma de identificarles. Somos estúpidos, Tom. Hubiéramos debido contarle una gran mentira. Ahora no nos queda más remedio que decirle toda la verdad.

—Si es uno de Ellos, ya la sabe —dijo Rider—. Así que no podremos contarle mucho que ya no conozca. Excepto acerca del Etico. Y si es un agente, entonces no hubiera sido puesto tras nuestro rastro a menos que Ellos sospecharan que hemos sido contactados por Él.

—Sí, nos hemos precipitado. Demasiado, creo. ¿Sabes?, si Pete es un agente, ¿por qué nos ha sugerido lo del dirigible? ¿Desearía un agente que llegáramos hasta la Torre?

—Eso es cierto. A menos...

—Adelante, dílo.

—A menos que haya algo que no funcione, y esté tan a oscuras como nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Escucha, Tom, últimamente me he pasado muchos ratos pensando, cuando hubiera debido estar durmiendo o fornicando. He estado pensando en que está ocurriendo algo misterioso. No quiero decir lo que nos dijo el Etico. Me refiero a este asunto de que repentinamente ya no haya más resurrecciones. ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que quizá su interrupción no sea parte del plan original... sea cual sea éste?

—¿Quieres decir que alguien le arrojó una llave inglesa a la maquinaria? ¿Y que hizo saltar un fusible y dejó a todo el mundo a oscuras?

—Sí. Y los agentes ya no saben lo que ocurre más de lo que podamos saber tú y yo. Lo cual quiere decir que Pete, aquí, es un agente. Y simplemente está intentando volver a casa.

—¿Quieres decir que puede habernos descubierto pero que no puede hacer nada al respecto? ¿Y que por eso nos ha acompañado durante todo el camino? ¿Y ha propuesto esa idea del dirigible porque esto lo ayudará, a él, no a nosotros, a ir más rápido?

—Algo así.

—De modo que estamos peor que antes. Pete puede ser uno de ellos.

—Si lo es, es como yo digo. No vamos a decirle nada que ya no sepa.

—Sí, pero él puede decirnos a nosotros mucho. ¡Mucho!

—¿Piensas usar la fuerza con él? ¿Y si realmente es Frigate?

—No lo haría de ningún modo. No a menos que supiera que la apuesta era muy alta. Oh, infiernos, ni siquiera entonces.

—Simplemente podemos levar anclas y dejarlo atrás —dijo Farrington.

Tom sonrió torcidamente.

—¿Sí? —dijo—. Te gustaría eso, ¿verdad? No tendrías que confiar tu temblorosa carne y tu aporreante corazón a una aeronave.

—Cada vez estás más cerca de volverme loco, Tom.

—De acuerdo. No volveré a decir nunca más una palabra sobre ese tema. Además, sé que no hay ni un hueso cobarde en tu cuerpo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? Recuerda, si seguimos con nuestra navegación, cuando

lleguemos al Polo Norte, si llegamos algún día, Pete puede haberlo resuelto ya todo.

—Oh, infiernos —dijo Farrington—. ¿Cómo puede ser uno de Ellos? Son superiores a los seres humanos, ¿no? Y puedo asegurar que Pete no es ningún superhombre. No te ofendas, Pete.

Tom miró a Frigate con ojos entrecerrados.

—Puede estar pretendiendo ser sólo humano. Pero no creo que nadie pueda mantener una fachada así durante veintiséis años.

—Tú siempre has hablado demasiado.

—Mira quien habla, el Viejo Jefe Corre-a-contárselo-a-todo-el-mundo en persona.

Farrington encendió otro cigarrillo. Rider siguió su ejemplo, y luego dijo:

—¿Quieres uno, Pete?

—Estáis intentando matarme con humo —dijo Frigate. Extrajo un puro de su bolsa de bandolera—. Creo que también necesito un trago.

—Todos lo necesitamos. Tom, haz los honores. Luego se contaremos todo. ¡Dios, vaya alivio!

—«Era una noche oscura y tormentosa» —dijo Tom. Sonrió al darse cuenta de que imitaba deliberadamente la clásica frase inicial de las historias de fantasmas—. Jack y yo...

—Sigue con el Martin, Tom. ¿Recuerdas? Incluso en privado.

—De acuerdo, pero tú eras Jack entonces. De todos modos, ya nos conocíamos, aunque todavía no éramos buenos amigos. Nuestras cabañas estaban cerca la una de la otra, ambos éramos marineros en una chalupa patrullera de la marina de un señor de la guerra local.

»Una noche, cuando yo estaba fuera de servicio, durmiendo en mi cabaña, me desperté de pronto. No era el rayo y el trueno los que me habían despertado, sin embargo. Fue un golpe en mi hombro.

»Al primer momento pensé que era Howardine, mi mujer. ¿La recuerdas, Kid?

—Era una belleza —dijo Martin a Frigate—. Una escocesa pelirroja.

Frigate se agitó.

—Preferiría que fuerais al fondo del asunto.

—De acuerdo, nada de florituras entonces. No era ella, puesto que estaba profundamente dormida. Entonces el resplandor de un relámpago me mostró una oscura silueta inclinada sobre mí. Empecé a levantarme, mientras mi mano buscaba bajo la almohada mi tomahawk. Pero no pude moverme.

»Supongo que estaba drogado o bajo un encantamiento de alguna clase. Pensé: ¡Oh, oh! Ese tipo ha venido a por mí, y de algún modo me ha paralizado, y va a dar buena cuenta de mi pobre alma.

»Naturalmente, me despertaría al día siguiente en algún otro lugar, pero no me seducía la idea de marcharme de allí.

»Entonces un par de relámpagos me mostraron con mayor detalle la silueta del tipo. Me quedé estupefacto. No asustado, sino estupefacto. Su cuerpo estaba cubierto por una gran capa negra. ¡Y la cabeza! No tenía cabeza. Quiero decir, estaba cubierta por un globo, como una pecera. Estaba tan oscuro que no podía ver su cara. Pero de algún modo él podía verme a mí.

»Si bien no podía moverme, si podía hablar. Dije:

»—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

»Hablé lo suficientemente alto como para despertar a Howardine, pero ella no se movió durante toda la conversación. Imagino que estaba drogada también, pero más que yo.

»El desconocido habló con una voz profunda, respondiéndome en inglés:

»—No tengo mucho tiempo, así que no entraré en muchos detalles. Mi nombre no importa. En cualquier caso, tampoco puedo decírtelo porque ellos pueden encontrarte y desenrollar tus recuerdos.

»Me pregunté qué significaría aquello de desenrollar mis recuerdos. Todo el asunto estaba empezando a parecerme extraño. Sabía que no estaba soñando. Hubiera preferido estarlo.

»—Si lo hicieran, sabrían todo lo que he dicho y hecho aquí —dijo el hombre—. Es como tomar una película de tu mente. También pueden borrar lo que quieren que no recuerdes, y tú no lo recordarás. Pero si hicieran eso, volvería a hablar contigo.

»—¿Quiénes son ellos? —pregunté.

»—La gente que reestructuró este planeta y que os resucitó —dijo—. Ahora escucha, y no hables

hasta que yo haya terminado.

»Ya me conoces, Kid. No acepto órdenes de nadie. Pero aquel tipo hablaba como si todo el mundo fuera un rancho de su propiedad y yo simplemente uno de sus peones. De todos modos, ¿qué otra cosa podía hacer yo?

»—Ellos —dijo— viven en la Torre situada en el centro del mar del Polo Norte. Puede que hayas oído rumores al respecto. Algunos hombres han conseguido incluso cruzar las montañas que rodean el mar.

»En aquel momento hubiera podido preguntarle si era él quien había dejado caer aquella larga cuerda para trepar al risco y había horadado aquel túnel para ellos. Pero por aquel entonces yo aún no conocía esa historia.

»—Pero no han entrado en la Torre —prosiguió—. Uno de los del grupo, sin embargo, murió cuando cayó de la montaña al mar. Fue trasladado de nuevo al Valle.

Tom hizo una pausa.

—Me pregunto cómo sabía todo esto. Debía tener algún medio. Prosiguió hablándome.

»—Pero los otros no fueron resucitados. Ellos... no importa.

—Así —dijo Tom, sonriendo—, no lo sabía todo acerca de los egipcios. No sabía que uno había escapado. O, si lo sabía, no me lo decía por alguna razón. De todos modos, me inclino por la primera hipótesis. Claro que... nunca se sabe.

»De todos modos, el desconocido prosiguió:

»La rapidez de la comunicación verbal en el Valle es sorprendente. Creo que le llamáis el rumor. El hombre que cayó de la montaña contó su historia tras ser trasladado, y ésta se esparció por todo el valle. Dime, ¿has oído la historia alguna vez?

»—No hasta ahora —dije.

»—Bien, indudablemente la oirás en el futuro. Vas a ir Río arriba, y seguramente encontrarás alguna u otra de sus distorsionadas formas. Su esencia es cierta.

»Hizo una pausa, mirándome fijamente.

»—Seguramente te habrás preguntado más de una vez por qué habéis sido resucitados de entre los muertos y colocados aquí.

»Asentí, y él dijo:

»—Mi gente, los Éticos, han hecho esto puramente como un experimento científico. Os han puesto a todos vosotros aquí, han mezclado las razas y las naciones de distintas épocas, únicamente para estudiar vuestras reacciones. Para registrarlas y clasificarlas.

»Su voz alcanzó un agudo tono de gran indignación.

»—¡Luego, una vez os hayan sometido a todos a su experimento, una vez os hayan llenado con las esperanzas de una vida eterna, cancelarán el proyecto! ¡Moriréis, para siempre! ¡No habrá más resurrecciones para vosotros! ¡Os convertiréis en polvo, seréis polvo eternamente!

»—Eso parece terriblemente cruel —dije, olvidando que no me había dado permiso para hablar.

»—Es inhumanamente cruel —dijo—. ¡Porque poseen el poder de proporcionaros la vida eterna! Al menos, duraría lo que durara vuestro sol. Más aún, porque siempre podríais ser transportados a otro planeta con un sol vivo. ¡Pero no! ¡No van a hacer eso! ¡Dicen que no merecéis la inmortalidad!

»—Eso es completamente no ético —dije—. En este caso, ¿cómo se llaman a si mismos los Éticos?

»Aquello pareció detenerlo por un momento. Luego dijo:

»—Porque piensan que seria no ético permitir a una especie tan miserable e indigna que viviera eternamente.

»—No tienen una muy buena opinión de nosotros —dije.

»—Yo tampoco —respondió el desconocido—. Pero las buenas o malas opiniones de la humanidad, basadas en consideraciones de masa, no tienen nada que ver con los aspectos éticos del asunto.

»—¿Cómo puedes querer a alguien a quien desprecias? —dije.

»—No es fácil —respondió—. Pero nada auténticamente ético es fácil de hacer. De todos modos, estamos perdiendo el tiempo.

»Brilló una luz azulada, y a su resplandor pude ver que había sacado su mano derecha de debajo de su capa. En torno a su muñeca había un aparato un poco más grande que un reloj de pulsera, que era el que emitía la luz azulada. No podía ver lo que había en su esfera, pero estaba hablando suavemente, como una radio puesta a un nivel muy bajo.

»No pude oír lo que decía, pero me sonaba como un idioma extranjero que no hubiera oído nunca. Y la luz azulada me mostraba el globo que cubría la cabeza del desconocido, que era negro y parecía como de cristal. Su mano era grande, ancha, pero con dedos largos y finos.

»—Mi tiempo se está acabando —dijo, y volvió a ocultar su mano bajo la capa, y la cabaña quedó de nuevo a oscuras, excepto algún relámpago de tanto en tanto.

»—No puedo explicarte por qué te he elegido —dijo—, pero si puedo decirte que tu aura muestra que eres un buen candidato para el trabajo.

»¿Qué es un aura?, pensé. Sabía lo que significaba según el diccionario, pero tenía la sensación de que en este caso significaba algo distinto. ¿Y qué trabajo?, pensé.

»Repentinamente, como si hubiera estado leyendo mis pensamientos, su mano volvió a emerger de su capa. La luz azulada era brillante, muy brillante, tan brillante que casi no podía verle a él. Pero ahora podía ver sus dos manos, y retiraron el globo de su cabeza. Creí ser capaz de ver al menos algunos rasgos de su cara. Pero todo lo que pude ver fue el gran globo encima de su cabeza. No el globo de cristal, porque este lo sujetaba a un lado. La cosa que había encima de su cabeza giraba, resplandeciendo en varios colores, y era tan brillante que era lo único que podía ver. Lanzaba como unas prolongaciones de tanto en tanto, seudópodos que se agitaban y luego se retraían de nuevo a la girante esfera.

»No me importa admitir que me asusté. Bueno, realmente no me asusté, sino que me maravillé. Era como ver a un ángel cara a cara, y no es una vergüenza sentir temor ante un ángel.

—Lucifer era un ángel —dijo Frigate.

—Sí, lo sé. He leído la Biblia. Y también a Shakespeare. Quizá no haya ido mucho a la escuela, pero me he cultivado por mí mismo.

—No estaba insinuando que fueras un ignorante —dijo Frigate.

Martin resopló.

—¿Acaso vosotros dos creéis realmente en ángeles? —dijo.

—Yo no —dijo Tom—. Pero realmente parecía uno de ellos. De todos modos, no creo que esa aura sea visible normalmente. Imagino que me la mostró por medio de esa cosa que llevaba en su muñeca. Repentinamente desapareció, y el resplandor azulado desapareció también inmediatamente. Demasiado pronto para que yo pudiera ver su rostro. Entonces otro relámpago hizo destacar su silueta, y vi que estaba volviendo a colocarse el globo de cristal sobre su cabeza.

»Así supe lo que él quería decir por un aura. Imaginé por lo que había dicho que yo también poseía una. Y que era invisible.

—La próxima vez afirmarás que eres un ángel —dijo Martin.

Tom no le hizo el menor caso. Prosiguió:

—Entonces el desconocido me dijo:

»—Tú puedes, debes, ayudarme. Deseo que te dirijas Río arriba, hacia la Torre. Pero primero debes decirle a ese Jack London lo que ha ocurrido aquí esta noche. Y debes convencerle de que le estás diciendo la verdad. Y conseguir que te acompañe.

»Hizo una pausa, como para remarcar sus siguientes palabras.

»—Pero bajo ninguna circunstancia le diréis a nadie que he hablado contigo prosiguió—. A nadie. Nosotros los Éticos somos pocos, y muy pocas veces nos aventuramos fuera de la Torre. Pero mis enemigos tienen agentes entre vosotros. No muchos, comparados con vosotros. Pero están disfrazados como resucitados, y estarán buscándome. Algún día quizá sospechen incluso que he reclutado ayuda entre los habitantes del Río. Así que intentarán descubriros. Si lo consiguen, os llevarán a la Torre, desenrollarán vuestros recuerdos, los leerán, y borrarán las partes relativas a mí. Y os devolverán al valle.

»Un relámpago iluminó de nuevo brevemente su figura.

»—London tiene también un aura-tigre. Debes convencerle de que vaya contigo. Dile que vendré a veros de nuevo a los dos, y que entonces creerá. Y entonces sabréis mucho más de todo este asunto.

»Se levantó y dijo:

»—Hasta entonces.

»Lo vi a la luz de otro relámpago que iluminó su negra silueta, la capa, y el globo. Estaba empezando a preguntarme si me habría vuelto loco. Intenté alzarme pero no pude. Tras casi media hora, la parálisis cedió, y salí afuera. La tormenta ya había terminado, las nubes empezaban a dispersarse. Pero no pude ver ningún indicio de él.

Martin tomó el relevo de la historia. Tom había acudido a él a la mañana siguiente y le había hecho prometer que guardaría silencio acerca de lo que iba a decirle. Martin no supo si creerle o no. Lo que le convenció de que no estaba mintiendo era que no había ninguna razón para que Tom se inventara un relato tan fantástico.

El incidente había ocurrido, pero ¿no sería una broma de alguien desconocido?

Tom pensó en ello y luego se preguntó si quizá el propio London fuera el desconocido, gastándole una mala pasada. Luego se dieron cuenta muy pronto de que ni ellos ni nadie que conocieran podía haber fabricado el globo ni el otro instrumento que había utilizado. ¿Y cómo podía nadie crear aquella aura resplandeciente?

De todos modos, el Frisco Kid estaba empezando a ponerse nervioso. Le gustaba la idea de construir un barco y partir a la aventura. Fuera cierta o no la historia, les proporcionaba un incentivo, un significado a sus vidas. Tom sentía del mismo modo. La Torre se convirtió para ellos en una especie de Santo Grial.

—Me sentí como un miserable abandonando a Howardine sin una palabra. Las cosas no le iban tan bien al Kid con su mujer, una muchacha alta y un poco basta con la que siempre se estaba peleando, no sé qué había visto en ella, así que no sintió el menor remordimiento dejándola.

»Partimos Río arriba a lo largo de un par de centenares de piedras, y luego empezamos a construir nuestra goleta. Llegó Nur, y nos ayudó en la construcción. Es el único miembro original de la tripulación, aparte nosotros.

Tom, llevándose un dedo a los labios, se dirigió silenciosamente hacia la puerta. Escuchó por un momento, con el oído pegado a ella. Luego la abrió de un golpe.

El pequeño moro, Nur el-Musafir, estaba escuchando al otro lado.

Nur no pareció ni sorprendido ni asustado. Dijo, en inglés:

—¿Puedo entrar?

—¡Ya lo creo que entrarás! —rugió Tom. Pero no hizo ningún gesto para meterlo dentro, de todos modos. Algo en el moreno hombrecillo prometía fuertes represalias si era atacado.

Nur entró. Farrington, echando chispas, se puso en pie.

—¿Estabas escuchando?

—Obviamente.

—¿Por qué? —preguntó Tom.

—Porque, cuando los tres entrasteis en el barco, pude ver por vuestras expresiones que algo malo ocurría. Peter estaba en peligro.

—Gracias, Nur —dijo Frigate.

Tom Rider cerró la puerta.

—Necesito otro trago —dijo Martin.

Nur se sentó sobre un arcón. Martin se sirvió un whisky doble. Tom dijo:

—¿Lo has oído todo?

Nur asintió.

—¡Hubiera sido mejor que nos hubiéramos puesto en cubierta con un megáfono y se lo hubiéramos dicho a todo el mundo! —aulló Martin.

—¡Por el amor del cielo! —dijo Tom—. ¡Ahora tenemos otro problema entre manos!

—No tenéis más necesidad de matarme a mí de la que teníais de matar a Peter —dijo Nur. Sacó un cigarro de su bolsa de costado y lo encendió—. He oído a vuestras mujeres decir que iban a volver pronto. Así que no tenemos mucho tiempo.

—Es un tipo frío, ¿eh? —dijo Tom a Martín.

—Como un agente experimentado.

Nur se echó a reír.

—No —dijo—. Más bien como alguien que ha sido elegido por un Etico.

Hizo una pausa.

—Podéis quedaros mirándome así. Pero hace mucho tiempo que hubierais debido preguntaros por qué me había unido vosotros desde un principio, y por qué me había quedado con vosotros en un viaje tan tedioso y agotador.

Martin y Tom abrieron al unísono sus bocas.

—Sí —dijo Nur—, sé lo que estáis pensando. Si yo fuera un agente, pretendería ser uno de los reclutas de los Éticos. Creedme, no soy un agente.

—¿Cómo podemos saber que no lo eres? ¿Puedes probarlo?

—¿Cómo sé yo que los agentes no sois vosotros dos? ¿Podéis probarlo?

El capitán y el primer contramaestre se quedaron sin habla.

—¿Cuándo habló contigo el misterioso extraño? —dijo Frigate—. ¿Y por qué no le dijo a Tom que tú también estabas en esto?

Nur se alzó de hombros.

—Se me apareció poco después de su visita a Tom. No sé exactamente cuándo. Con respecto a la segunda pregunta, no conozco la respuesta.

»He llegado a sospechar que el Etico pudo no decirme la verdad. Podía estar mintiendo en el sentido de contarte solamente una parte de la auténtica situación. Por qué, no lo sé. Pero me siento intrigado.

—Quizá lo que debiéramos hacer sería dejar a esos dos detrás —dijo Martin.

—Si lo hacéis —dijo Nur—, Peter y yo tomaremos la vía expreso, y estaremos en la Torre mucho antes que vosotros.

—Está parafraseando la canción de Bobby Burns, esa que tu cantas tan a menudo —dijo Tom a Martin.

Martin gruñó.

—No pueden ser agentes de los enemigos de tu visitante, Tom —dijo—. De otro modo, nos hubieran atrapado hace mucho tiempo. Así que tenemos que creerles. Aunque sigo sin comprender por qué el Etico no nos habló de Nur.

Tom propuso un brindis a la salud de la recién formada pandilla, y bebieron. Entonces oyeron a las mujeres en cubierta. Los hombres estaban riendo de uno de los chistes de Martin cuando las mujeres entraron en la cabina, pero habían tenido tiempo de concertar una reunión más tarde en las colinas.

Al día siguiente se reunieron con Podebrad, que les presentó a su equipo de ingenieros. Se lanzaron inmediatamente a discutir las características del dirigible.

Frigate observó que deberían construirlo de acuerdo con su objetivo. Si sólo pretendían llegar cerca de las fuentes, iban a necesitar una aeronave lo suficientemente grande como para llevar consigo el combustible suficiente para llevarlos hasta allí. Tenía que poseer un techo de más de cinco mil metros. Si pretendían pasar por encima de las montañas y circunvolar el mar polar, entonces tenían que construir uno cuyo techo fuera de diez mil metros.

Todo ello, por supuesto, si las historias acerca de su altura eran ciertas. Nadie lo sabía con certeza.

Iba a tomar mucho tiempo el diseñar y construir un dirigible rígido para el largo y alto vuelo. Requeriría una tripulación mucho más numerosa y, en consecuencia, mucho más entrenamiento. A grandes altitudes, los motores necesitarían más potencia. Además, los vientos allí serían probablemente mucho más fuertes que los de superficie. Demasiado fuertes. El zepelin tendría que llevar reservas de oxígeno para el personal y los motores. Aquello haría la carga mucho más pesada. Y estaba el problema del posible congelamiento de los motores.

Sería ideal si pudieran utilizar motores a chorro. Esos, sin embargo, eran ineficientes a baja altitud y a poca velocidad. Las aeronaves no podían utilizarlos a menos que ascendieran a grandes alturas. Desgraciadamente, no disponían de los metales necesarios para construir un reactor.

Podebrad replicó fríamente que un dirigible rígido quedaba eliminado. Estaba interesado tan sólo en el tipo pequeño no rígido. Podría cruzar las montañas manteniéndose a una altura de cuatro mil metros. Sabía que las montañas ascendían en algunos puntos hasta los seis mil metros. El vehículo

podía simplemente bordearlas hasta que llegara a aquellas de menor altura.

—Eso requerirá más combustible, puesto que hará el viaje más largo —observó Frigate.

—Obviamente —dijo Podebrad—. La nave deberá ser lo suficientemente grande como para estar preparada para eso.

Resultaba claro que Sinjoro Podebrad era el jefe. Al día siguiente se inició el Proyecto Aeronave. Fue completado en ocho meses, cuatro menos de los calculados. Podebrad era un buen dirigente.

Nur le preguntó a Podebrad cómo iban a encontrar Virolando sin mapas.

El checo respondió que había hablado con varios misioneros que eran originarios de allí. Según sus relatos, Virolando estaba cerca de la región ártica en la cual iniciaba su curso el Río. Se hallaba a unos cincuenta mil kilómetros aproximadamente de las fuentes, y no iba a ser difícil de identificar desde el aire, puesto que se hallaba a orillas de un gran lago con una forma parecida a una clepsidra, y contenía exactamente cien altas espiras de roca, de modo que era imposible confundirlo con otro lago.

Naturalmente, a menos que tuviera algún duplicado en cualquier otro sitio.

Más tarde, Frigate dijo:

—Tengo mis dudas acerca de su conversión a la Segunda Oportunidad. Todos los miembros que he conocido hasta ahora eran muy calurosos, muy compasivos. Este tipo podría darle lecciones de congelación a una nevera.

—Quizá sea un agente —dijo Nur.

Los otros se ensombrecieron ante aquel pensamiento.

—De todos modos, si lo fuera —dijo Nur—, ¿no desearía construir un zepelin que pudiera alcanzar grandes alturas para sobrevolar las montañas polares?

—No creo que una aeronave pueda subir tan alto —dijo Frigate.

Fuera lo que fuese, lo que no podía negarse a Podebrad era la eficiencia. Aunque fracasó en encontrar pilotos para el dirigible, tenía suficientes ingenieros como para construir una docena de aparatos. Y decidió que los pilotos se entrenarían por sí mismos.

Fueron escogidas tres tripulaciones completas, a fin de que, si alguna persona abandonaba por cualquier motivo, siempre se dispusiera de reemplazos. Fue durante el entrenamiento en tierra cuando Frigate, Nur, Farrington, Rider y Pogaas empezaron a tener sus dudas. Ninguno de ellos sabía mucho sobre motores, lo cual significaba que debían recibir también entrenamiento. ¿Por qué los utilizaba Podebrad, cuando disponía de experimentados ingenieros y mecánicos?

Había planeado una tripulación de sólo ocho personas. Pero, según su promesa, los cinco del Abigarrado serían asignados a la primera tripulación. Podebrad iría en cada vuelo de ensayo, aunque ostensiblemente sólo como observador.

Frigate estaba nervioso cuando emprendió su primer vuelo, pero su experiencia con globos le ayudó a superar aquel momento.

Uno tras otro, la tripulación fue entrenándose. Luego el gran dirigible semirígido emprendió varios vuelos de prueba de seiscientos kilómetros ida y vuelta. Pasaron por encima de cuatro cordilleras de montañas, lo cual les permitió conocer valles que nunca antes habían visto, pese a

estar prácticamente en la puerta de al lado.

La noche antes del gran vuelo, las tripulaciones asistieron a una gran fiesta dada en su honor. La tripulación del Abigarrado, menos las mujeres del capitán, el primer contramaestre, y de Frigate, estaba allí. Las mujeres se habían puesto furiosas, comprensiblemente, por haber sido dejadas de lado. Aunque ya habían tomado otros amantes, no habían olvidado a sus anteriores compañeros de cabina.

Nur había llegado a Nueva Bohemia sin mujer, de modo que no tenía que preocuparse en este aspecto.

Poco antes de medianoche, Podebrad envió a todo el mundo a casa. El despegue se produciría inmediatamente antes del amanecer, y la tripulación tenía que estar en pie mucho antes. El grupo de Farrington se retiró a una cabaña cerca del gran hangar de bambú y, después de charlar unos momentos, todos se durmieron. Habían esperado que Podebrad anunciara su renuncia y su partida en la fiesta. Pero era obvio ahora que esperaba a hacerlo cuando estuviera en el dirigible.

—Quizá tema ser linchado —dijo Martin.

Frigate fue el último en dormirse o, al menos, así lo supuso. Martin podía estar pretendiendo que dormía. Aunque no había evidenciado ningún temor, seguía sin gustarle en absoluto el volar.

Frigate dio vueltas y vueltas en la cama, demasiado tenso como para dormirse. El sueño siempre cuesta en llegar la noche antes de acontecimientos importantes, como le había ocurrido en las vísperas de los partidos de fútbol u otras competiciones. Demasiado a menudo, el insomnio se había transformado en cansancio al día siguiente, y así no había podido dar de sí todo lo necesario. La preocupación de no rendir lo suficiente se había traducido efectivamente en no rendir lo suficiente.

Además, habiendo tripulado aviones en las Fuerzas Aéreas del ejército de los Estados Unidos cuando era joven, y globos en su edad madura, sabía los peligros con los que podía enfrentarse.

Se despertó de un ligero sueño al oír el rugir de motores y el girar de hélices.

Saltó de la cama, abrió la puerta, y miró fuera. Aunque sólo podía ver bruma, supo que aquel ruido sólo podía tener una fuente.

Le tomó un minuto escaso despertar a los otros. Vestidos sólo con sus faldellines, y echándose gruesas y largas toallas sobre los hombros, echaron a correr hacia el hangar. Varias veces tuvieron que sortear cabañas, y tropezaron y estuvieron a punto de caer a menudo. Finalmente, cuando llegaron a la parte alta de la pendiente de las llanuras, sus cabezas estuvieron fuera de la bruma.

A la brillante luz de las estrellas, vieron lo que habían temido.

Había hombres y mujeres por todos lados, vitoreando soñolientamente. Ellos habían sido quienes habían soltado las cuerdas de amarre del gran dirigible. Ahora, hecho su trabajo, contemplaban como el vehículo se alzaba lentamente. De pronto fue soltado el lastre de agua, empapando a varios de ellos. Más rápidamente ahora, la aeronave en forma de cigarro se elevó, el morro vuelto hacia el Río. Las luces de la cabina, situadas bajo la larga quilla triangular que recorría toda la parte baja de la nave, resplandecían. Pudieron ver el perfil de Podebrad a través de una ventanilla.

Gritando, maldiciendo, corrieron hacia el dirigible. Pero sabían que ya no podían hacer nada para impedir su partida.

Farrington agarró una lanza apoyada contra el lado del hangar, y la lanzó. Quedó muy corta, y casi

estuvo a punto de herir a una mujer. Se dejó caer al suelo y golpeó la hierba con los puños.

Mix saltaba y gritaba y agitaba los puños.

Nur agitó la cabeza.

Pogaas lanzó maldiciones en su idioma nativo. Frigate sollozaba. Por culpa de él, los otros habían malgastado nueve meses. Si no hubiera pensado en el dirigible, ahora estarían como mínimo cincuenta mil kilómetros más cerca de su destino.

Lo peor de todo era que habían vendido el Abigarrado. No por nada. Por quinientos cigarrillos y mucho alcohol y algunos favores personales.

Más tarde, se sentaron sombríamente cerca de una piedra de cilindros, aguardando a que su descarga llenara sus cilindros. Los nuevoboheimos eran una parlanchina multitud a su alrededor, discutiendo y maldiciendo a su perdido jefe.

La ex tripulación del Abigarrado y del dirigible permanecía en silencio. Finalmente, Martin Farrington dijo:

—Bien, siempre podemos recuperar mi barco robándolo.

—Eso no sería honesto —dijo Nur.

—¿Qué quieres decir con no ser honesto? No estaba pensando en tomarlo simplemente sin pagar por él. Devolveremos exactamente lo mismo que ellos pagaron.

—Nunca van a aceptar el trato —dijo Tom.

—¿Y qué van a poder hacer al respecto?

Hubo un reflujo de actividad, que les hizo callar por un momento. Un hombre había anunciado que el consejo había elegido ya al nuevo jefe del estado. Era el segundo de Podebrad, Karel Novak. Hubo algunos vivas, pero la mayor parte de la gente se sentía demasiado deprimida como para expresar muchas emociones.

—¿Por qué suponéis que nos habrá hecho eso? —dijo Martin—. Eramos tan buenos tripulantes para el dirigible como cualquier otro, y él nos lo prometió.

—La verdad —dijo Frigate, sintiendo que iba a rompersele la voz— es que yo no era tan buen piloto como Hronov y Zeleny. Podebrad sabía que si me rechazaba, vosotros organizaríais un infierno. Así que simplemente se fue sin nosotros.

—¡El sucio rastrero! —dijo Tom—. Pero no es eso. Tú eres bastante bueno.

—Nunca lo sabremos —dijo Martin—. Escuchad, ¿pensáis que Podebrad pueda ser un agente? ¿Y que de alguna forma supo lo que éramos y por eso nos dejó atrás, chasqueados?

—Lo dudo —dijo Nur—. Podría ser un agente. Quizá originalmente pretendiera construir un barco de vapor lo suficientemente rápido para ir Río arriba. Entonces llegamos nosotros y le pusimos una abeja dentro del sombrero: el dirigible. Pero al final fuimos nosotros quienes resultamos picados.

—Si era un agente, ¿cómo descubrió lo que éramos?

Frigate alzó la cabeza.

—¡Eso es! Quizá alguna de las mujeres a las que dejamos os oyeron en alguna ocasión hablar de ello. Algunas veces erais más bien descuidados cuando hablábais en vuestra cabina. Quizá Eloise o Nadja os oyeron hablar en sueños. En venganza, se lo dijeron todo a Podebrad, y él decidió que no

tenía ningún interés en llevarnos con él.

—Ninguna de ellas hubiera podido mantener la boca cerrada durante mucho tiempo —dijo Tom—. Hubieran perdido el aliento sacándonos el resto de la verdad.

—Nunca lo sabremos —volvió a decir Martin, agitando la cabeza.

—¿Sí? —dijo Tom—. Bien, si alguna vez me encuentro con Podebrad, le partiré el cuello.

—Primero, yo le partiré las piernas —dijo Farrington.

—No, yo deseo construir una casa de seis plantas —dijo Frigate—. Con una sola ventana, en la planta superior. Entonces lo ejecutaremos de una manera típicamente checa. Defenestración.

—¿Y qué es eso? —dijo Tom.

—Arrojarlo por la ventana.

—Las fantasías de venganza constituyen un buen método para aliviar la cólera —dijo Nur—. Sin embargo, es mejor no sentir la necesidad de la venganza. Lo que necesitamos ahora es actuar, no echar vapor por las orejas.

Frigate se puso rápidamente en pie.

—¡Tengo una idea! Nur, ¿te ocuparás de mi cilindro por mí? Voy a ir a ver a Novak.

—¡Tú y tus ideas! —gruñó Farrington—. ¡Ya nos han metido en bastantes problemas! ¡Vuelve aquí!

Frigate siguió caminando.

Lentamente, mayestáticamente, el *Parseval* avanzaba por encima del abismo. Su morro alzado, sus propulsores en ángulo agudo. El viento que brotaba por el agujero se desviaba hacia abajo al golpear contra el borde superior del cañón, y el dirigible tenía que evitar ser dominado por la corriente descendente. Cyrano tenía que calcular exactamente el impulso, manteniendo la aeronave a la misma altitud, apuntada hacia el centro del orificio en forma de arco. Un ligero error podía dar como resultado que la gran nave se estrellase contra el borde del cañón y se partiera en dos.

Jill pensaba que, si ella fuera el capitán, no hubiera corrido el riesgo de entrar por allí. Hubiera sido mejor rodear la montaña, buscando alguna otra entrada. Sin embargo, eso significaba usar mucho más combustible. Luchando contra aquellos fuertes vientos, los motores ya debían estar quemando el suficiente combustible como para comprometer su regreso a Parolando. Quizá la nave no pudiera alcanzar nunca ni siquiera al *Mark Twain*.

Cyrano estaba sudando, pero sus ojos brillaban y su expresión era tensa. Si estuviera asustado no tendría ese aspecto. Jill tenía que admitirse que, después de todo, era el mejor en una situación así. Sus reflejos eran los más rápidos, y el pánico no lo inmovilizaría. Para él, aquello debía parecerse mucho a un duelo con espadas. El viento atacaba; él paraba el ataque; el viento contraatacaba; él contraparaba.

Ahora estaban metiéndose en las espesas nubes que brotaban del agujero.

De pronto, estuvieron al otro lado.

Aunque seguían cegados por la niebla, podían ver las señales del radar. Ante ellos había un mar, a un kilómetro por debajo. A su alrededor estaba el gran círculo de la montaña. Y al frente, en el centro del mar, a cincuenta kilómetros de distancia, había un objeto que se alzaba enormemente sobre el agua, aunque las montañas que lo rodeaban lo hacían parecer enano.

Cyrano, observando el tubo de rayos catódicos del panel, dijo:

—¡Admirad la Torre!

El operador del radar, sentado ante su equipo en el lado de babor, confirmó su existencia.

Firebrass ordenó que el dirigible ascendiera a tres mil metros. Los propulsores no podían dar todo su empuje para elevar rápidamente el aparato porque tenían que luchar con los vientos.

Sin embargo, mientras ascendían, observaron que el viento disminuía. Cuando la nave hubo alcanzado la altitud deseada, pudo avanzar casi horizontalmente. Ahora su velocidad estimada con respecto al suelo era de unos ochenta kilómetros a la hora. A medida que se acercaban a la Torre, fueron ganando velocidad.

El cielo era ahora más brillante que en el crepúsculo, iluminado a la vez por el débil sol y los racimos de masas estelares.

Ahora los radares podían barrer todo el mar y alcanzar la cima de la pared más distante. La masa de agua casi circular tenía casi cien kilómetros de anchura. La pared opuesta se alzaba a la misma altura que la que tenían más cerca.

—¡La Torre! —estalló Firebrass—. ¡Tiene casi dos kilómetros de alto! ¡Y dieciséis de ancho!

Hubo una interrupción. El ingeniero jefe, Hakkonen, informó que se estaba formando hielo en el

casco. Esto no ocurría sin embargo en las ventanas de la sala de control, puesto que estaban hechas de plástico resistente al hielo.

—Desciende a mil quinientos metros, Cyrano —dijo Firebrass—. El aire es más cálido allí.

El Río, entrando en el mar, seguía arrastrando consigo mucho calor después de su paso por las regiones árticas. Las aguas desprendían parte de este calor, de modo que la temperatura a mil quinientos metros era de dos grados sobre cero. Pero, a mayor altitud, el aire saturado de humedad se convertía en una trampa de hielo.

Mientras el dirigible perdía altura, el operador del radar informó que la cara interior de las montañas no era tan lisa como la exterior. Había innumerables orificios y salientes, como si los creadores de la montaña no hubieran considerado necesario pulimentar el interior.

La estrecha cornisa descrita por Joe Miller había sido detectada por el radar. Conducía desde la cima de la montaña hasta el fondo. Había otra estrecha cornisa que proseguía casi al nivel del mar, terminando en una abertura de unos tres metros de ancho por dos de alto.

Nadie hizo ningún comentario al respecto. Pero Jill se preguntó en voz alta por qué habría sido practicado el gran orificio por el cual había penetrado el dirigible.

—Quizá esté destinado a sus naves aéreas, si poseen alguna —dijo Firebrass—. Podría ser usado para evitar el tener que sobrevolar la montaña.

Aquella parecía una razón tan buena como cualquier otra.

—Quizá —dijo Piscator—. De todos modos, el destello de luz que tanto sorprendió a Joe Miller no pudo provenir de los rayos del sol pasando a través del orificio. En primer lugar, el agujero está siempre cegado por ese flujo de nubes. En segundo lugar, aunque los rayos del sol hubieran pasado a través de él, no hubieran podido iluminar la cima de la Torre. Joe dijo que la niebla se despejó momentáneamente. Pero ni siquiera así hubieran podido los rayos alcanzar la parte superior de la Torre. Y aunque lo hubieran hecho, él no estaba en línea recta con los rayos y la Torre. Observaréis que la cornisa no avanza lo suficiente como para situarse en alineación.

—Quizá ese rayo de luz procediera realmente de la nave que vio un minuto más tarde —dijo Firebrass—. Estaba descendiendo, y quizá sus motores tuvieran que emitir algún tipo de energía, en alguna forma, para comprobar su velocidad de descenso. Joe pensó que eran los rayos del sol.

—Es posible —dijo Cyrano—. O quizá la luz era una señal de la Torre. De todos modos, si bien la Torre es lo suficientemente grande como para ser vista por Joe, y éste se hallaba en un punto elevado en esa cornisa como para ver un objeto situado a cincuenta kilómetros de distancia, ¿cómo pudo ver un objeto mucho más pequeño, el aparato aéreo?

—Quizá no fuera tan pequeño —dijo Firebrass.

Guardaron silencio durante un momento. Jill intentó calcular el tamaño de una aeronave que pudiera ser vista a esa distancia. No podía decirlo con exactitud, pero pensó que al menos debería tener un kilómetro de diámetro.

—Prefiero no pensar en eso —dijo Cyrano.

Firebrass le ordenó que hiciera dar al dirigible una vuelta en torno al mar. El radar indicaba que los lados de la torre circular eran lisos y sin aberturas, excepto algunos orificios a unos doscientos cincuenta metros por debajo de la cima.

Había una diferencia entre la altura exterior de la Torre y la interior. Dentro, bajo unas paredes de doscientos cincuenta metros de altura, estaba la lisa superficie de un campo de aterrizaje de unos dieciséis kilómetros de anchura.

—Esas aberturas al fondo de la pared están ligeramente más abajo que el centro —dijo Firebrass—. Deben ser para que la humedad pueda salir por los orificios.

Lo más interesante, sin embargo, era la única protuberancia en el «campo de aterrizaje». Estaba situada en un extremo, al sur —todas las direcciones desde el centro de la Torre eran el sur—, y era una semiesfera con un diámetro de dieciséis metros y una altura de ocho.

—Si no es una entrada, me como mi taparrabo —dijo Firebrass. Agitó la cabeza—. Sam se sentirá decepcionado cuando oiga esto. No hay forma de que nadie pueda penetrar en la Torre excepto por el aire.

—Aún no estamos dentro —murmuró Piscator.

—¿Eh? Sí, lo sé. Pero no vamos a dejarlo ahora. Escuchad, todo el mundo. Sam ordenó que efectuéramos tan sólo un viaje de exploración. Creo que intentar penetrar en esta Torre entra dentro de la definición de explorar.

Firebrass estaba siempre dinámico, pero ahora todo su cuerpo parecía temblar y su rostro estaba iluminado como si todos sus nervios se hubieran convertido repentinamente en transmisores de luz. Incluso su voz temblaba por la excitación.

—Debe haber armas defensivas, manuales o automáticas, ahí abajo. La única forma de descubrirlo es probar. Pero no deseo arriesgar la nave más de lo necesario.

»Jill, voy a ir ahí abajo con un pequeño grupo en un helicóptero. Tú te quedarás a cargo de la nave, es decir serás el capitán, aunque sólo sea por poco tiempo. Pase lo que pase, habrás cumplido con tu ambición.

»Mantendrás la nave a unos mil metros encima de la parte alta de la Torre y a unos mil metros de distancia de ella. Si a nosotros nos ocurriera cualquier cosa, regresarás con el dirigible junto a Sam. Es una orden.

»Si veo algo sospechoso, daré la alarma. Entonces te marcharás inmediatamente y dejarás que yo me las arregle como pueda. ¿Comprendido?

—Sí, señor —dijo Jill.

—Si ese domo es una entrada, puede que tenga un sistema mecánico o electrónico de Sésamo Ábrete. Puede que no. No creo que ellos piensen que podemos llegar desde aquí arriba. No creo que haya nadie dentro. O quizá sí, y simplemente estén esperando a ver lo que hacemos antes de entrar en acción. Esperemos que no.

—Me gustaría ir contigo, capitán —dijo Cyrano.

—Tú te quedarás aquí. Eres nuestro mejor piloto. Ventrás tú, Anna, y Haldorson, que puede pilotar un helicóptero, y también Metzinger, Arduino, Chong, y Singh. Es decir, si se ofrecen voluntarios.

Obrenova telefoneó a los otros en sus puestos, y respondieron que se presentaban más que voluntarios.

Firebrass informó a la tripulación de los descubrimientos del radar a través del sistema general

de transmisiones. Les explicó también que un grupo iba a aterrizar sobre la Torre dentro de poco.

Apenas había terminado cuando recibió una llamada de Thorn. Firebrass escuchó durante un minuto, luego dijo:

—No, Barry, tengo ya suficientes voluntarios.

Colgó el teléfono.

—Thorn estaba muy ansioso por venir conmigo —dijo a los demás—. Parecía muy decepcionado cuando le dije que no. No creí que esto fuera tan importante para él.

Jill telefoneó a la sección del hangar y le dijo a Szentes, el oficial jefe de mantenimiento, que preparara el helicóptero número 1.

Firebrass estrechó la mano de todo el mundo en la sala de control excepto Jill. Le dio un fuerte abrazo. Ella no estuvo segura de si le gustó. Parecía tan poco oficial, y además era tan parecido a un abrazo de adiós. ¿Tenía Firebrass alguna duda acerca de las posibilidades de retorno? ¿O simplemente ella estaba proyectando sus propias ansiedades sobre él?

Fuera cual fuese la verdad, se veía sometida a conflictivas emociones. Le molestaba que la tratara de forma distinta a los demás, aunque se sentía reconfortada de que se mostrara especialmente afectuoso con ella. Era extraño que no sufriera ninguna úlcera: estaba abocada a tantos y tan frecuentes sentimientos contradictorios. Pero nunca había oído de nadie que sufriera de úlceras en este mundo. Las tensiones mentales y nerviosas parecían manifestarse únicamente en sus formas psíquicas. Sus alucinaciones, por ejemplo.

Un momento más tarde, ella ya no era la única excepción. Cyrano le había pedido a Piscator que ocupara su puesto por un minuto. Luego se había levantado y había abrazado al capitán, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Mi querido amigo, no debes mostrarte tan triste! ¡Puede haber peligro ahí, pero no hay por qué tener miedo! ¡Yo, Savinien de Cyrano de Bergerac, estaré a tu lado!

Firebrass se soltó, palmeó al francés en el hombro, y se echó a reír.

—¡Hey, no quiero que nadie piense que algo puede ir mal! ¡No estaba diciendo adiós, sino hasta pronto! ¡Infiernos! ¿Acaso no puedo...? Oh, ¡está bien! No, Cyrano, vuelve a tu puesto.

Sonrió, sus dientes muy blancos en su oscuro rostro, y les hizo un gesto con la mano.

—¡Hasta pronto!

Anna Obrenova, con aspecto muy pensativo, le siguió. Metzinger, con expresión muy grave y teutónica, salió tras ella.

Jill dio órdenes inmediatamente para que la nave se colocara en la posición que Firebrass había ordenado. El *Parseval* empezó a descender en círculo. Cuando se hubo hundido en la niebla, sus focos fueron conectados. Aunque potentes, sólo podían penetrar unos ciento cincuenta metros. El dirigible tomó posición, inmovilizándose en su lugar, su morro apuntando al viento, su velocidad exactamente compensada con la fuerza del viento. Cuatro túneles de luz se sumergían en la niebla, pero no mostraban nada excepto nubes de color gris oscuro. La torre estaba delante y más abajo, invisible, aunque parecía radiar una ominosidad vacía, seudópodos que se extendían para aferrar la nave.

Nadie habló. Cyrano prendió un puro. Piscator se inmovilizó detrás del operador del radar y

observó los barridos de los osciloscopios. El radio operador estaba pendiente de sus diales, recorriendo todo el espectro de frecuencias. Jill se preguntó qué era exactamente lo que esperaba encontrar.

Tras lo que parecía una hora pero eran tan sólo quince minutos, Szentes llamó a la capitana pro tempore. La compuerta inferior estaba abierta, el helicóptero estaba con los motores calentados, listo para despegar en un minuto.

Szentes parecía preocupado.

—Hay un pequeño problema, Miz Gulbirra, y por eso la he llamado antes del despegue. Thorn apareció e intentó discutir con el capitán para que lo llevara con él. El capitán le dijo que volviera a su puesto.

—¿Lo hizo?

—Sí, señor. El capitán me dijo que la llamara a usted para que se asegurara. Thorn no puede haber tenido tiempo todavía de regresar a la sección de cola.

—Muy bien, Szentes. Me encargaré de ello.

Cortó la comunicación, y maldijo en voz baja. Allí estaba, comandante de la nave desde hacía tan sólo quince minutos, y enfrentada ya a un problema disciplinario. ¿Qué demonios le ocurría a Thorn?

Sólo había una cosa que hacer. Si ignoraba el comportamiento de Thorn, podía perder el control de la nave, el respeto de la tripulación.

Telefoneó a la sala de control auxiliar en la parte inferior la estructura de cola. Salomo Coppename, un surinamés, segundo oficial de cola, respondió.

—Arreste al señor Thorn. Haga que lo conduzcan a su cabina bajo guardia, y asegúrese de que queda una guardia montada ante su puerta.

Coppename debió preguntarse qué ocurría, pero no hizo ninguna pregunta.

—Y llámeme tan pronto como esté allí.

—Sí, señor.

Una luz roja en el panel de control dejó de parpadear. La compuerta inferior acababa de ser cerrada. El radar captó el blip del helicóptero N° 1 descendiendo en dirección a la cima de la Torre.

Una voz surgió de pronto por la radio.

—Aquí Firebrass.

—Le captamos claro y definido —dijo el radio operador.

—Estupendo. Nuestra audición es también de cinco sobre cinco. Estoy disponiéndome a aterrizar a un centenar de metros del domo. Nuestro radar funciona perfectamente, de modo que no debe de haber ningún problema. Espero que la pared bloquee la mayor parte del viento cuando aterricemos.

Jill, ¿estás ahí?

—Sí, capitán.

—¿Qué has hecho con Thorn?

Jill se lo contó, y Firebrass aprobó.

—Eso es lo que yo hubiera hecho. Le preguntaré por qué estaba tan ansioso de venir con nosotros cuando vuelva. Si... si no vuelvo, por alguna razón, interrógalo tú. Pero manténlo bajo guardia hasta que este asunto de la Torre haya terminado.

Jill ordenó a Aukuso que conectara la radio con el sistema general de comunicación. No había razón alguna para que todo el mundo no pudiera escuchar.

—Ahora estamos descendiendo. El viento es más débil ahora. Jill, yo...

—¡La compuerta inferior se está abriendo! —Exclamó Cyrano.

Señaló con el dedo a una parpadeante luz roja en el panel.

—*Mon Dieu!*

Volvió a señalar, esta vez hacia el parabrisas de la sala de control.

No era necesario. Todo el mundo en la sala de control pudo ver la llameante bola que había aparecido repentinamente en el oscuro grisor.

Jill gimió.

—¡Capitán! —dijo Aukuso a voz en grito—. ¡Vuelva, capitán!

No hubo respuesta.

El intercom estaba sonando.

Moviéndose lentamente, como si el aire fuera una masa de filamentos pegajosos, Jill giró el conmutador a la posición ABIERTO.

—¡Señor, Thorn acaba de robar el otro helicóptero! —dijo Szentes—. ¡Pero creo que he cazado a ese hijo de puta! ¡He vaciado mi pistola contra él!

—¡Lo tengo en la pantalla! —dijo Cyrano.

—¡Szentes, ¿qué ha ocurrido?!

Luchó por salirse de la masa de espesura en la que se estaba ahogando. Tenía que recuperarse, ser de nuevo rápida en el análisis y la decisión.

—El oficial Thorn abandonó el hangar tal como ordenó el capitán. Pero volvió a él tan pronto como el helicóptero hubo despegado, y llevaba consigo una pistola. Nos hizo entrar en el compartimento de los víveres, y cortó el intercom. Entonces nos encerró dentro. Olvidó que allí también están almacenadas las armas. O quizá pensó que estaría fuera antes de que nosotros lográsemos salir.

»Fuera como fuese, hicimos saltar la cerradura, y salimos fuera en tromba. Por aquel entonces él estaba ya en el helicóptero y despegando de la plataforma. Disparé contra él justo en el momento en que atravesaba la compuerta. Los otros dispararon también. Señor, ¿qué está ocurriendo?

—Lo comunicaré a la tripulación tan pronto como lo sepa —dijo Jill.

—¿Señor?

—¿Sí?

—Hay algo curioso. Thorn estaba llorando durante todo el tiempo que nos obligó a meternos en el compartimento de los víveres, incluso cuando dijo que dispararía contra nosotros si intentábamos detenerle.

—Está bien, corto —dijo Jill, y devolvió el intercom a la posición CERRADO.

El operador del equipo de infrarrojos dijo:

—El fuego sigue ardiendo, señor.

El operador del radar, pálido bajo su oscura pigmentación, dijo:

—Ese fuego es el helicóptero, señor. Se halla en la zona de aterrizaje de la Torre.

Jill miró a través de la niebla. No podía ver nada excepto las torbellineantes nubes.

—Tengo al otro helicóptero —dijo el hombre del radar—. Se dirige hacia abajo. Hacia la base de la Torre.

Un momento más tarde, añadió:

—El helicóptero está en la superficie del mar.

—Aukuso, llame a Thorn.

La sensación de embotamiento estaba recediendo ahora. Aún se sentía confusa, pero ya era capaz de descubrir algún orden en el caos.

Tras un minuto, Aukuso dijo:

—No contesta.

Según el radar, el helicóptero anfibio estaba flotando ahora en el mar, a treinta metros de la Torre.

—Sígalo intentando, Aukuso.

Firebrass estaba probablemente muerto. Ahora ella era la capitana, se había cumplido su ambición.

¡Dios! ¡No lo quería de este modo!

Sombríamente, llamó a Coppename y le dijo que acudiera a la sala de control para hacerse cargo de las obligaciones de primer oficial. Alexandros sería el primer oficial de cola.

—Cyrano, tendremos que ocuparnos de Thorn más tarde. Ahora tenemos que descubrir qué le ha ocurrido a Firebrass... y a los otros.

Hizo una pausa, y luego añadió:

—Tenemos que aterrizar en la cima de la Torre.

—Seguro, ¿por qué no? —dijo Cyrano.

Estaba pálido y mantenía las mandíbulas apretadas. Pero parecía controlarse perfectamente a sí mismo.

El *Parseval* avanzó entre las nubes, el radar tanteando adelante y atrás. Había una poderosa corriente ascendente en torno a la Torre, pero perdió su fuerza tan pronto el dirigible estuvo por encima de ella.

Los proyectores de la parte inferior del dirigible lanzaron sus rayos hacia abajo, barriendo el opaco metal gris de la enorme superficie. Los de la sala de control podían ver las llamas, pero no podían distinguir el helicóptero en sí.

Lentamente, la aeronave se deslizó más allá de donde estaba el fuego. Ahora sus propulsores estaban nivelados para dirigir el coloso hacia abajo.

Tan suavemente como le fue posible, el piloto lo condujo en una línea descendente. Bajo condiciones ideales, no hubiera debido de haber viento. Sin embargo, los miles de agujeros de drenaje a lo largo de la base de la pared permitían una brisa de ocho kilómetros por hora. Esto, en la escala Beaufort, era una ligera brisa. Un ligero viento en el rostro. Hojas agitándose. Las aspas de un ventilador moviéndose ligeramente.

Cualquiera lo consideraría despreciable. Pero la gran superficie que presentaba la flotante nave era fácilmente empujada por aquella brisa si ninguna fuerza propulsora la contrarrestaba. El dirigible sería arrastrado contra una de las paredes a menos que se hiciera algo para detener su deriva.

Desgraciadamente, no había torre de amarre. Además, no podía llevarse el aparato hasta un contacto directo con el campo de aterrizaje. Al contrario del Graf Zeppelin y del Hindenburg, el *Parseval* no disponía de una góndola de control colgante con un tren de aterrizaje para impedir que la parte de cola de la estructura rozara contra el suelo cuando aterrizara. Puesto que la sala de control del *Parseval* estaba en el morro, la nave no podía aterrizar sin recibir daños en el alerón de cola.

Sin embargo, había cuerdas almacenadas a bordo. Estaban ahí en previsión de que tuviera que efectuarse algún aterrizaje en las llanuras a lo largo del Río. Serían lanzadas a la gente en el suelo y ésta, esperaban, ayudaría trabajando como tripulación de tierra.

Jill dio algunas órdenes. Cyrano hizo girar la nave de costado al viento. Durante varios kilómetros permitió que el viento, que era decreciente, empujara la nave hacia la pared. Por aquel entonces era obvio que el viento estaba soplando del otro lado ahora, teniendo como fuente las más cercanas aberturas.

Cuando el radar señaló que el morro estaba a medio kilómetro de la pared, invirtió los propulsores a baja velocidad. La aeronave se detuvo, y la compuerta inferior se abrió.

Fueron soltadas las cuerdas y, en grupos de cuatro, cincuenta y dos hombres descendieron por ellas. A medida que cada grupo tocaba el suelo, la nave perdía peso y aumentaba su flotabilidad. Reluctantemente, Jill ordenó que fuera soltado algo de hidrógeno de las cámaras. Aquella era la única forma de equilibrar la flotabilidad, aunque odiaba malgastar gas. Luego habría que soltar lastre para recuperar el equilibrio.

Otras cuerdas fueron arrojadas desde el morro y la cola. Los hombres en el suelo las sujetaron y se colgaron de ellas, ayudando con su peso a la estabilización.

Cyrano dejó entonces que la aeronave derivara hacia la pared, los propulsores parados. Antes de que el morro tocara la pared, los propulsores se pusieron de nuevo en marcha, y el dirigible se detuvo.

Dos hombres corrieron hacia la pared y comprobaron el viento en las aberturas. A través de sus walkie-talkies, verificaron que el viento que surgía de ellas era lo suficientemente fuerte como para impedir que la nave chocara de costado contra la pared.

Otros hombres descendieron por las cuerdas, y hubo que soltar más hidrógeno por las válvulas. Esos añadieron su peso los tripulantes que sujetaban las cuerdas de popa. Otros se apresuraron a ayudar a los hombres en el morro. Tras arrastrar al *Parseval* lentamente hasta que su morro casi tocó la pared, pasaron las cuerdas a través de los tres orificios, el del morro y los dos de la pared, utilizando garfios largos para sujetar las cuerdas por el exterior y luego hacerlas entrar por el otro orificio tirando de ellas. Fueron atadas, y la cola fue soltada para que derivara hasta que el dirigible quedó paralelo a la pared. Entonces las cuerdas de cola fueron atadas también del mismo modo.

La nave flotaba ahora a unos veinte metros de distancia de la pared.

Jill no esperaba que se produjera ningún cambio en el viento. Si esto se producía, los daños podían llegar a ser considerables. Un roce de la nave contra la pared podía arrancar los instrumentos de transmisión y los propulsores del lado de babor.

Se dejó caer una escalerilla desde la compuerta inferior. Jill y Piscator abandonaron rápidamente la sala de control, caminaron a toda prisa por la pasarela, y bajaron la escalerilla. El doctor Graves estaba aguardándoles, su maletín negro en la mano.

El helicóptero se había estrellado a unos treinta metros del domo. Con sus llamas como faro guía, se apresuraron a través de la niebla hacia allá. El corazón de Jill latía cada vez más fuerte a medida que se acercaban a los restos. Parecía imposible que el vigoroso, impetuoso Firebrass pudiera estar muerto.

Yacía a unos metros de la llameante masa, allá donde el impacto lo había arrojado. Los otros estaban aún en el aparato, el cuerpo calcinado de uno de ellos sentado aún en su asiento.

Graves le tendió su lámpara a Piscator y se inclinó sobre el cuerpo. El humo se mezclaba con la

niebla y traía hacia ellos el mareante olor a gasolina y carne quemadas. Jill sintió que iba a vomitar.

—¡Mantén la luz quieta! —exclamó Graves.

Jill obedeció, obligándose a sí misma a mirar al cadáver. Sus ropas habían sido arrancadas por la explosión; su piel estaba chamuscada de la cabeza a los pies. Pese a las quemaduras, sus rasgos eran aún reconocibles. No debía haber estado mucho tiempo entre las llamas. Quizás había sido arrojado por la explosión antes de que el aparato se estrellara. La caída podía ser la causa de la destrucción de parte de su cráneo.

Jill no podía ver por qué el doctor tenía que examinar el cuerpo. Estaba a punto de decírselo cuando éste se puso en pie. Tendió su mano, con la palma abierta, hacia ella.

—Mira eso.

Ella acercó la lámpara a la mano. El objeto era una esfera del tamaño de la cabeza de un fósforo.

—Estaba en la parte delantera de su cerebro. No sé qué infiernos pueda ser.

Después de secarlo y limpiar la sangre, dijo:

—Es negro.

Envolvió la pequeña bola en un paño y la metió en su bolsa.

—¿Qué quieres hacer con los cuerpos?

Jill miró a la aún llameante masa de retorcido metal.

—No sirve de nada malgastar nuestra espuma para apagar el fuego ahora —dijo con voz inexpresiva. Observó a los hombres que la habían seguido—. Peterson, lleve el cuerpo de vuelta al dirigible. Envuélvalo primero. El resto síganme.

Unos pocos minutos más tarde se detenían ante el domo. Los proyectores del dirigible habían sido conectados, enfocados hacia allí, y lo hacían parecer como el fantasma de un igloo esquimal. Utilizando su lámpara, Jill vio que el domo estaba hecho del mismo metal gris que la Torre. Parecía ser una continuación del metal de la propia Torre. Al menos, no había ninguna señal de soldadura, ninguna unión. Era como si fuera una burbuja surgida en su superficie.

Los demás permanecían un poco retirados del arco que formaba su entrada, aguardando a que ella decidiera qué hacer. Sus luces revelaban una abertura como una caverna. A unos diez metros de distancia, las paredes de la burbuja se curvaban hacia el interior, formando como un corredor de tres metros de ancho por dos y medio de alto. Las paredes eran de la misma sustancia gris. A su final, a unos treinta metros más allá, el pasillo mostraba un brusco recodo. Si había alguna entrada al interior de la Torre, tenía que estar inmediatamente después de ese recodo.

Justo encima de la abertura había dos símbolos, ambos en altorrelieve. El superior era un semicírculo, y mostraba los siete colores primarios. Debajo había un círculo dentro del cual podía verse una cruz ansada, el ankh egipcio.

—Un arcoíris encima del emblema de la vida y la resurrección —dijo Jill.

—Perdón —dijo Piscator—. La cruz dentro del círculo es también el círculo astrológico-astronómico de la Tierra. Sin embargo, en ese símbolo la cruz es una cruz simple, no una cruz ansada.

»Y ese arco iris en un símbolo de esperanza. Y, si recuerdas el Antiguo Testamento, es el signo de la alianza entre Dios y Su pueblo. También evoca la olla de oro al final del arcoíris, la Ciudad de Esmeraldas de Oz, y muchas otras cosas.

Piscator se la quedó mirando curiosamente.

Ella permaneció silenciosa durante un minuto, abrumada por una admiración y un miedo que no sabía si podría superar.

—Voy a entrar —dijo luego—. Tú espera aquí, Piscator. Cuando llegue al final del pasillo, te haré una seña para que entres tú también. Es decir, si no hay ningún problema.

»Si me ocurriera algo, no sé el qué, tú y los hombres volved a la nave lo más rápido que os sea posible. Y despegad inmediatamente. Es una orden.

»Tú serás el capitán. Coppename es un buen hombre, pero no posee tu experiencia, y tú eres el hombre más centrado que conozco.

Piscator sonrió.

—Firebrass ordenó que no aterrizaras si le ocurría algo a él. Sin embargo, tú aterrizaste. ¿Crees que iba a dejarte en una situación peligrosa?

—No deseo poner en peligro la nave. O las vidas de casi un centenar de hombres.

—Veremos. Actuaré como crea que exige la situación. Tú no harías otra cosa. Y además, está Thorn.

—Cada cosa a su tiempo —dijo ella.

Se volvió y caminó hacia la entrada. Al acercarse, jadeó.

Una débil luz acababa de iluminar el pasillo.

Tras vacilar algunos segundos, prosiguió. Cuando pasó bajo el arco, se vio inmersa en una repentina y brillante luz.

Jill se detuvo. Piscator dijo:

—¿De dónde proviene esta luz?

Jill se volvió.

—Lo ignoro —dijo—. No parece haber ninguna fuente. Mira. No arrojo sombra.

Se volvió otra vez y siguió andando lentamente. Y entonces se detuvo de nuevo.

—¿Qué ocurre? —dijo Piscator—. Tú...

—Que me condene si lo sé. ¡Parece como si estuviera andando en una jalea cada vez más espesa! ¡No puedo respirar, y tengo que luchar para dar otro paso!

Inclinándose hacia la palpable pero invisible barrera como si estuviera luchando contra un fuerte viento, consiguió dar otros tres pasos. Entonces, jadeante, se detuvo.

—Debe ser algún tipo de campo. No hay nada material aquí, pero me siento como una mosca atrapada en una tela de araña.

—¿Es posible que el campo esté afectando los cierres magnéticos de tu ropa?

—No lo creo. Si fuera así, los cierres tirarían de la ropa, y no noto nada de eso. Lo probaré, de todos modos.

Sintiendo una cierta vergüenza ante la idea de desnudarse delante de cincuenta hombres, soltó los cierres magnéticos. La temperatura del aire estaba apenas por encima del punto de congelación. Temblando, castañeteando los dientes, intentó abrirse de nuevo camino en el denso elemento. No consiguió alcanzar un centímetro más allá de donde había logrado llegar antes.

Se inclinó para tomar de nuevo sus ropas, notando que eso podía hacerlo con facilidad. La fuerza

actuaba tan sólo en sentido horizontal. Tras retroceder dos pasos y sintiendo que la fuerza disminuía, volvió a ponerse sus ropas.

De nuevo fuera de la entrada, dijo:

—Inténtalo tú, Piscator.

—¿Crees que voy a tener éxito allá donde tú fracasaste? Bueno, siempre vale la pena experimentar.

Desnudo, entró. Ante la sorpresa de Jill, no pareció afectado por el campo. No, al menos, hasta que llegó a unos pocos metros de la curva. Allá dijo que empezaba a encontrar dificultad.

Avanzó más y más lentamente, forcejeando, respirando tan pesadamente que ella podía oírle.

Pero alcanzó la curva, y allí se detuvo para recuperar el aliento.

—Hay un elevador abierto al final. Parece ser la única forma de bajar.

—¿Puedes llegar hasta él? —preguntó Jill.

—Lo intentaré.

Avanzando como un actor en un film a cámara lenta, siguió caminando. Y desapareció tras el recodo.

Pasó un minuto. Dos. Jill penetró en el corredor tanto como pudo.

—¡Piscator! ¡Piscator!

Su voz resonó extrañamente, como si el corredor poseyera unas propiedades acústicas peculiares.

No hubo respuesta, Pese a que, si él estaba justo al otro lado de la curva, debía haberla oído.

Gritó una y otra vez. Sólo le respondió el silencio.

No había nada que pudiera hacer excepto regresar a la entrada y dejar a algún otro intentarlo.

Los hombres fueron entrando de dos en dos para ahorrar tiempo. Algunos consiguieron avanzar algo más que ella; otros menos que ella. Todos abandonaron sus ropas, pero eso no pareció ayudarles mucho.

Jill utilizó el walkie-talkie para ordenar a los hombres que se habían quedado en el dirigible que acudieran a hacer un intento. Si uno de los cincuenta y dos había podido hacerlo, quizá uno de los cuarenta y uno que quedaban en la nave tuviera también éxito.

Primero, sin embargo, todo el mundo excepto ella debía regresar a la nave. Partieron en tropel, figuras fantasmagóricas en la débilmente iluminada niebla. Nunca se había sentido tan sola en toda su vida, y había conocido muchas horas de negra soledad. La niebla apretaba húmedas manos contra su rostro, que parecían querer congelarlo en una máscara de hielo. La pira funeraria de Obrenova, Metzinger, y los demás, ardía aún intensamente. Y allí estaba Piscator, en algún lugar al otro lado del recodo. ¿En qué situación se hallaba? ¿Era incapaz de ir hacia adelante y hacia atrás? Regresar no le había sido difícil ni a ella ni a los otros hombres. ¿Por qué él no era capaz de retroceder?

Pero ella ignoraba qué otros obstáculos podía haber más allá de aquel sombrío corredor gris.

Se murmuró a sí misma el verso de Virgilio: *Facilis descensus Averni*, es fácil el descenso al Averno.

¿Cómo continuaba? Tras tantos años, le resultaba difícil recordar. Si este mundo tuviera tan sólo libros, material de referencia.

Entonces lo recordó.

Es fácil el descenso al Averno. Noche y día, las puertas de la Muerte permanecen abiertas. Pero regresar, volver sobre los pasos al aire libre. Tal es el obstáculo, tal es la tarea.

El único problema real con esa cita era que no resultaba apropiada. Había sido muy difícil alcanzar las puertas, imposible para todos excepto uno. Y regresar —excepto para uno— había sido fácil.

Conectó el walkie-talkie.

—Cyano. Aquí la capitana.

—¿Sí? ¿Qué ocurre, mi capitana?

—¿Estás llorando?

—Sí, naturalmente. ¿Acaso no quería mucho a Firebrass? No me siento avergonzado de mi dolor. No soy un frío anglosajón.

—Eso no importa ahora. Serénate. Tenemos trabajo.

Cyano sorbió sus lágrimas.

—Lo sé —dijo—. Y estoy preparado. No encontrarás un hombre inferior al de antes. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Sabes que tienes que ser relevado por Nikitin. Deseo que traigas veinticuatro kilos de explosivo plástico.

—Sí. Te he oído. Pero no pretenderás volar la Torre.

—No, sólo la entrada.

Pasó media hora. Los hombres del dirigible habían salido, los que estaban fuera habían entrado. Fue un proceso largo, puesto que por cada hombre que salía uno tenía que entrar inmediatamente. Efectuarlo de este modo, por turnos, retrasaba todo el proceso, pero era necesario. Cuarenta y ocho personas abandonando la nave al mismo tiempo hubieran desequilibrado su flotabilidad. El dirigible se hubiera elevado demasiado, dejando el final de la escalerilla fuera del alcance de los que estaban en el suelo.

Finalmente, vio sus luces y oyó sus voces. Les explicó lo que había ocurrido, aunque todos ya lo sabían. Luego les dijo o que tenían que hacer, qué era lo que esperaba de ellos.

El resultado fue que nadie pudo ir tan lejos como Piscator.

—Muy bien —dijo Jill.

El explosivo plástico fue aplicado contra el exterior del domo, opuesto a un punto situado a la mitad del corredor. Le hubiera gustado instalarlo en el punto de unión de la parte de atrás del domo y la pared de la torre. Pero temía que el explosivo abriera un agujero en el domo y matara a Piscator.

Se retiraron hasta el dirigible, y el especialista en explosivos pulsó el botón de un transmisor. El estallido fue ensordecedor, aunque el plástico había sido aplicado al lado del domo más alejado de ellos. Corrieron hasta allá, se detuvieron, tosiendo por el humo. Cuando el aire se aclaró, Jill miró al domo.

No había sufrido el menor daño.

—Me lo temía —se dijo a sí misma.

Antes le había gritado a Piscator que no intentara salir hasta después de la explosión. No había obtenido respuesta. Tenía el presentimiento de que el hombre no estaba en las inmediaciones, aunque un presentimiento no es una certeza.

Jill penetró de nuevo en el domo tan rápido como le fue posible. No notó ninguna fuerza que se opusiera a la larga pértiga con un garfio en su extremo que esta vez había traído consigo. Con su ayuda, pudo llevar una prenda de ropa lastrada con metal hasta el extremo del corredor. De modo que el campo no era una barrera para los objetos inanimados.

Si dispusieran de un periscopio lo suficientemente largo como para alcanzar el final del corredor, podrían ver al otro lado del recodo. Sin embargo, no había ningún periscopio entre el material auxiliar de a bordo.

No se sintió desanimada por esto. Había un pequeño taller mecánico a bordo del *Parseval*. Podía construirse un carrito con ruedas que pudiera llegar hasta el extremo del corredor. Podía atarse una cámara a su parte delantera, y la cámara podía ser activada por un radiotransmisor.

El jefe de mecánicos calculó que podía construir el «artefacto» en una hora. Jill le dijo que lo hiciera, y luego ordenó a tres hombres que montaran guardia en el domo.

—Si aparece Piscator, comuníquenlo por radio.

Regresó al dirigible y telefoneó al taller mecánico.

—¿Pueden realizar su trabajo mientras estamos en vuelo? Es posible que nos agitemos un poco.

—No importa, señor. Bueno, sólo un poco, pero nos las arreglaremos.

El proceso de desamarrar la nave y despegar tomó quince minutos. Nikitin llevó al *Parseval* por encima de la Torre, y luego lo hizo descender hacia su base. El radar indicaba que el helicóptero

estaba ahora contra la base de la Torre. Aunque el mar no era violento, sus olas eran cortas y picadas, y probablemente habían arrojado el aparato contra la Torre. Sin embargo, con un poco de suerte, los daños serían mínimos.

Aukuso llamó de nuevo a Thorn por radio, sin éxito.

Debido a las corrientes ascendentes junto a la torre, era imposible acercar el dirigible al helicóptero. Nikitin lo pilotó acercándolo a la superficie y manteniéndolo contra el viento. La compuerta inferior fue abierta, y tres hombres en un bote hinchable con un motor fuera borda fueron bajados. Se dirigieron hacia la Torre, guiados por el hombre del radar desde la nave.

Boynton, el oficial al mando, fue informando a medida que actuaban.

—Nos hallamos ahora junto al helicóptero. Está golpeando contra la Torre, pero sus flotadores han impedido que las palas resulten dañadas. Los flotadores tampoco parecen dañados. Vamos a tener un trabajo infernal con este mar picado. Seguiré informando dentro de un minuto.

Dos minutos más tarde, su voz regresó.

—Propp y yo estamos ahora en el helicóptero. ¡Thorn está aquí! Está en medio de un mar de sangre, parece como si hubiera recibido una bala en el lado izquierdo del pecho, y algunos fragmentos se le han clavado también en el rostro. Pero está vivo todavía.

—¿Hay alguna abertura o entrada de alguna clase en la Torre?

—Espere un minuto. Tengo que encender un proyector. Esas lámparas no son lo bastante intensas... No, no hay nada excepto metal liso.

—Me pregunto por qué amerizaría aquí —dijo Jill a Cyrano.

El francés se alzó de hombros.

—Supongo que quizá tuvo que posarse rápidamente antes de perder el conocimiento —dijo.

—¿Pero dónde pensaba ir?

—Hay muchos misterios aquí. Deberíamos ser capaces de aclarar algunos de ellos si aplicamos ciertos métodos de persuasión a Thorn.

—¿Tortura?

El largo y huesudo rostro de Cyrano estaba grave.

—Eso sería inhumano y, por supuesto, el fin nunca justifica los medios. ¿O esta afirmación es una falsa filosofía?

—Yo nunca podría torturar a nadie, y no permitiría que nadie lo hiciera por mí.

—Quizá Thorn quiera darnos voluntariamente su información cuando se dé cuenta de que no podrá ser libre hasta que o haga. Aunque realmente no lo creo mucho. Parece más bien testarudo.

La voz de Boynton les llegó de nuevo:

—Con su permiso, Miz Gulbirra. Voy a traer de vuelta el helicóptero. Todo parece funcionar bien. Mis hombres pueden llevar de vuelta a Thorn en el bote.

—Permiso concedido —dijo Jill—. Si es operable, llévelo hasta el techo de la Torre. Nosotros iremos allá más tarde. Al cabo de diez minutos el operador del radar informó que el helicóptero estaba despegando, Boynton añadió que todo estaba funcionando perfectamente.

Dejando a Coppename al cargo, Jill bajó al hangar. Llegó a tiempo para ver cómo el ensangrentado cuerpo de Thorn era izado desde el bote. Aún estaba inconsciente. Siguió a los

camilleros hasta la enfermería, donde Graves se hizo cargo inmediatamente de él.

—Está en estado de shock, pero creo que podré sacarlo de ésta. Por supuesto, no puedes interrogarlo ahora.

Jill apostó dos guardias armados a la puerta y regreso a la sala de control. En aquellos momentos el dirigible estaba elevándose, dirigiéndose de nuevo hacia la cima de la Torre. Media hora más tarde, el *Parseval* estaba de nuevo flotando sobre el campo de aterrizaje. Esta vez, se situó a doscientos metros del domo. Su morro estaba orientado contra el ligero viento, y sus propulsores giraban lentamente.

Al cabo de poco tiempo, la pequeña vagoneta construida por los mecánicos era bajada a la superficie. Tras ser arrastrada hasta la entrada, fue llevada hasta tan adentro como dos hombres pudieron llegar. Luego, largas pértigas preparadas por los mecánicos fueron utilizadas para empujar la vagoneta más hacia el fondo. A medida que eran necesarias les iban siendo añadidas extensiones a las pértigas. Poco después, la parte delantera de la vagoneta se apoyaba contra la pared del fondo.

Después de tomar seis fotografías, la vagoneta fue traída hacia el exterior mediante una larga cuerda. Jill extrajo ansiosamente las grandes placas, que habían sido reveladas electrónicamente en el momento de la exposición.

Miró a la primera.

—No está aquí.

Se la tendió a Cyrano. Este dijo:

—¿Qué es eso? Un pasillo corto y una especie de portal al extremo. Parece como si hubiera un ascensor más allá, ¿no? Pero... no hay cabina, y tampoco cables.

—No creo que Ellos tengan que depender de algo tan primitivo como cables —dijo Jill—. Pero es evidente que Piscator pasó a través del campo y que tomó el ascensor.

—¿Pero por qué no ha vuelto? Tiene que saber que estamos preocupados.

Hizo una pausa, y luego dijo:

—También debe saber que no puede quedarse para siempre ahí.

Sólo quedaba una cosa que hacer.

Dio la orden de amarrar de nuevo la nave. Una vez hecho esto, reunió a toda la tripulación en el hangar. Las fotografías fueron pasadas de mano en mano, mientras Jill les explicaba en detalle todo lo que había ocurrido.

—Aguardaremos aquí una semana si es necesario. Después de eso, tendremos que irnos. Piscator no se quedaría voluntariamente ahí abajo tanto tiempo. Si no está de vuelta dentro de un plazo de veinte horas podremos suponer que ha sido detenido por Ellos... O quizá ha sufrido un accidente y ha resultado muerto o herido. No hay forma de saberlo. No podemos hacer nada excepto esperar durante un periodo de tiempo razonable.

Nadie pensaba en abandonar a Piscator en aquellos momentos. Pero resultaba evidente que no les gustaba la idea de permanecer siete días en aquel frío, oscuro, húmedo y ominosamente silencioso lugar. Se parecía mucho a acampar en la parte de fuera de las puertas del infierno.

Por aquel entonces, el helicóptero N° 1 había dejado de arder. Un equipo de trabajo se dedicó a recuperar los cadáveres y a investigar las causas de la explosión. Los mecánicos comprobaron el otro helicóptero por si había algún daño en los flotadores y reemplazaron el parabrisas y la portezuela de babor acribillados por las balas.

Una guardia de tres hombres estaba apostada a la entrada del domo. Jill iba a dirigirse al comedor de oficiales cuando recibió una llamada del doctor Graves.

—Thorn sigue inconsciente, pero se está recuperando. He examinado también lo que quedó del cerebro de Firebrass. No puedo hacer mucho porque no dispongo de microscopio. Pero juraría que la pequeña esfera negra estaba unida al sistema neural en la parte delantera del cerebro. He considerado la posibilidad de que fuera un objeto extraño que se hubiera clavado allí por la fuerza de la explosión. Pero los mecánicos me han dicho que no hay nada así en el equipo del helicóptero.

—¿Quieres decir que crees que esa esfera estaba implantada quirúrgicamente en su cerebro?

—No ha quedado suficiente parte frontal del cráneo como para afirmarlo categóricamente —dijo Graves—. Pero voy a examinar los cerebros de los otros también. De hecho, voy a hacer una autopsia completa a todas las víctimas. Eso va a tomar tiempo, especialmente porque he de vigilar también a Thorn.

—¿Te das cuenta de las implicaciones de esa esfera? —dijo Jill, intentando impedir que su voz temblara.

—He estado pensando bastante en ello. No sé qué infiernos significa, pero es importante. Jill, me he pasado efectuando autopsias durante años aquí, simplemente para mantenerme en forma. Y nunca he encontrado nada fuera de lo ordinario en más de un millar de cadáveres.

»Pero te diré una cosa. Creo que sé por qué Firebrass insistió en obtener radiografías de los cráneos de su tripulación. Estaba buscando a la gente con esferas negras sobre, o en, su cerebro.

»Y te diré algo más. Creo que se apresuró a arrojar el cadáver de Stern al Río porque sabía que Stern tenía una de esas bolas en su cerebro.

»Es como dijo Alicia, ¿no?: “Misterioso y misterioso”.

Con su corazón latiendo fuertemente y su mano temblando, Jill cortó el intercom.

Firebrass era uno de Ellos.

Un momento más tarde volvió a llamar a Graves.

—Firebrass dijo que nos contaría por qué deseaba obtener nuestras radiografías. Pero nunca lo hizo, o a mí, al menos. ¿Te dijo algo a ti?

—No. Le pedí que me explicara, y me contestó simplemente que tenía trabajo y que ya me lo diría en otra ocasión.

—Entonces no sabes si Thorn tiene o no una esfera en su cabeza. Si muere, hazle rápidamente la autopsia, doc.

—Lo haré. De todos modos, puedo abrirle el cerebro sin esperar a que muera. Aunque no ahora. Primero he de esperar a que se recupere.

—¿Eso no lo matará? Sabía que podía abrirse el cráneo en operaciones, pero ¿puedes poner al descubierto el cerebro de Thorn?

—A mí no va a hacerme ningún daño.

Pasaron veinticuatro horas. Jill intentó mantener ocupada a la tripulación, pero había muy poco que hacer excepto una limpieza innecesaria. Hubiera deseado haber traído algunas de las películas hechas en Parolando. Excepto hablar, jugar a las damas, al ajedrez y a las cartas o echar los dados, había muy pocas ocupaciones para ellos. Jill organizó períodos de ejercicios para cansarlos un poco, pero no podía prolongarlos indefinidamente, y eran tan aburridos como el no hacer nada.

Mientras tanto, la oscuridad y el frío parecían meterse hasta en los huesos. Y el pensamiento de que debajo de ellos podían estar aquellos misteriosos seres que habían construido aquel mundo para ellos era algo que ponía los nervios de punta. ¿Qué estaban haciendo Ellos? ¿Por qué no salían?

Y por encima de todo, ¿qué le había ocurrido a Piscator?

Cyrano de Bergerac parecía hallarse especialmente afectado. Sus largos silencios y obvias meditaciones podían ser causadas por la muerte de Firebrass. A Jill, sin embargo, le parecía que existía algo más que le preocupaba.

El doctor Graves le pidió que acudiera a su consulta. Cuando entró en ella, lo encontró sentado al borde de su escritorio. Silenciosamente, le tendió su palma. En ella había una pequeña esfera negra.

—Todos estaban tan quemados que ni siquiera podía determinar el sexo por observación externa. Obrenova era la más baja, sin embargo, así que hice primero la autopsia al cadáver más pequeño. Encontré eso casi de inmediato. No te comuniqué enseguida porque antes deseaba examinar a todos los demás.

—Ella era la única que lo tenía.

—¡Ya son dos!

—Sí. Y eso me hace preguntarme acerca de Thorn.

Jill se sentó y encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

Escucha —dijo Graves—. El único licor que hay a bordo está en mi botiquín. Es sólo para usos médicos, pero creo que necesitas algo de medicina. Y sé que yo también la necesito.

Mientras sacaba una botella, ella le contó lo de la discusión que había oído entre Thorn y Obrenova.

Él le tendió una taza de líquido púrpura.

—¿Así que crees que se conocían de antes de llegar a Parolando? —preguntó.

—No lo sé. No sé lo que significa nada de esto.

—¿Y quién lo sabe? Excepto Thorn quizá. ¡Salud! —Jill bebió el reconfortante y afruitado licor.

—No hemos encontrado nada sospechoso en los apartamentos de ninguno de ellos —dijo—. Ni de Firebrass, ni de Obrenova, ni de Thorn.

Hizo una pausa, y luego añadió:

—Hay una cosa, significativa no por su presencia sino por su ausencia. Como el perro que no ladra en la historia de Sherlock Holmes. El cilindro de Thorn no estaba ni en su helicóptero ni en su cabina. He ordenado sin embargo un registro más minucioso del helicóptero.

»Me dijiste hace algunas horas que Thorn estaba consciente ahora. ¿Puede ser interrogado?

—No durante un cierto tiempo. Te aconsejo que esperes hasta que esté más recuperado. Ahora, si no desea hablar, simplemente puede pretender quedarse dormido.

El intercom sonó. Graves accionó el conmutador.

—¿Doctor? Aquí el contramaestre Gogswell. Desearía hablar con el capitán.

—Aquí la capitana —dijo Jill.

—¡Capitán, acabamos de encontrar una bomba en el helicóptero N° 2! Es un explosivo plástico. Parece pesar unos dos kilos, y el detonador está conectado a un receptor de radio. La hemos encontrado en el interior del depósito de armas y municiones de la parte de atrás.

—No hagan nada hasta que yo llegue ahí. Deseo verla antes de que sea retirada.

Se puso en pie.

—No creo que exista ya ninguna duda de que Thorn colocó una bomba en el helicóptero de Firebrass. Los que están investigando las causas del accidente no han podido detectar el origen de la explosión, pero su jefe dijo que creía que podía haber sido una bomba.

—Sí —dijo Graves—. La cuestión es saber por qué Thorn haría eso.

Jill se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de llegar a ella.

—¡Dios mío! Si Thorn colocó bombas en ambos helicópteros, pudo haber escondido alguna en el dirigible también.

—No encontraste ningún transmisor cuando registraste su cabina —dijo el doctor—. Aunque quizá escondiera uno, o varios, en otros lugares de la nave.

Jill alertó inmediatamente a todo el personal. Tras darle a Coppename órdenes para que organizara equipos de búsqueda, se dirigió al hangar. La bomba estaba allí donde el jefe había dicho. Se puso de rodillas y la observó con ayuda de una linterna. Luego abandonó el aparato.

—Desarme el detonador y el receptor. Ponga el plástico en el depósito de explosivos. Llame al oficial de electrónica y dígame que me gustaría saber a qué frecuencia está sintonizado el receptor. No, espere. Le llamaré yo misma.

Deseaba asegurarse de que aquel experimento se efectuara en una habitación radioeléctricamente protegida. Las distintas bombas —si existían— podían haber sido instaladas al mismo tiempo, pero Thorn habría ajustado el receptor de cada una para que respondiera a su propia longitud de onda. Era preciso no correr riesgos.

Tras asegurarse de que Deruyck, el oficial electrónico, comprendía por qué debía utilizar una

habitación protegida, se dirigió a la sala de control. Coppename estaba en el intercom, escuchando los informes de los equipos de búsqueda.

Cyrano estaba en el asiento del piloto, mirando al panel como si la nave estuviera en pleno vuelo. Alzó la vista hacia ella cuando entró.

—¿Está permitido preguntar qué fue lo que el doctor Graves encontró?

Hasta ahora, ella no había ocultado nada a la tripulación. Creía que tenían derecho a saber tanto como ella misma.

Cyrano no dijo nada durante un largo rato después de que ella terminara de hablar. Sus largos dedos tamborilearon sobre el panel mientras miraba hacia arriba, como si hubiera algo escrito sobre su cabeza. Finalmente, se puso en pie.

—Creo que es necesario que tú y yo tengamos una pequeña charla. En privado. Ahora, si es posible.

—¿Con todo esto que está pasando?

—Podemos ir a la sala de derrota.

La siguió, y cerró la puerta tras ellos. Jill se sentó y prendió otro cigarrillo. Él se puso a pasear arriba y abajo, las manos tras su espalda.

—Es evidente que Firebrass, Thorn y Obrenova eran agentes de Ellos. Me resulta difícil de creer el caso de Firebrass. ¡Era tan humano! Pero es posible que Ellos sean humanos también.

»Sin embargo, ese ser que se llamaba a sí mismo un Etico dijo que ni ellos ni sus agentes eran violentos. Detestaban, aborrecían la violencia. Pero Firebrass podía ser muy violento; seguro que no actuaba como un pacifista. Y luego está el incidente con el recién llegado Stern. Por lo que tú me dijiste, parece que fue Firebrass quien lo atacó, no Stern quien atacó a Firebrass.

—No sé de qué estás hablando —dijo Jill—. Sería mejor que empezaras por el principio.

—Muy bien. Te diré algo que prometí mantener en secreto. No suelo romper mi palabra, de hecho, ésta es la primera vez que lo hago. Pero puede que le diera mi palabra a alguien que es mi enemigo, mi enemigo secreto.

»Hace dieciséis años de eso. ¡Cuánto tiempo ha pasado ya, y sin embargo qué reciente parece! Por aquel tiempo yo estaba en una zona en la que la mayoría de la gente eran de mi propio tiempo y país. En la orilla derecha tan sólo, por supuesto. La izquierda estaba poblada por salvajes de piel muy oscura. Indios que habían vivido en la isla de Cuba antes de que Colón la descubriera, aunque creo que sus habitantes jamás llegaron a saber que su país había sido conquistado. Eran muy pacíficos, y tras algunos forcejeos y dificultades iniciales, nuestra zona estaba tranquila y en paz.

»Mi propio pequeño estado estaba, de hecho, mandado por el gran Conti, bajo cuyas órdenes había tenido el honor de servir en el asedio de Arras. Allí fue donde recibí un golpe de espada en la garganta, la segunda de las heridas importantes que me convencieron, junto con todos los demás horrores y miserias que había visto en la guerra, de que Marte era el más estúpido de los dioses. Además, me alegró sobremanera encontrar allí también a mi buen amigo y mentor, el merecidamente famoso Gassendi. Fue, como sin duda sabrás, quien se opuso al infame Descartes y rehabilitó a Epicuro, cuya física y moral presentó tan espléndidamente. Sin mencionar su influencia en Molière, Chapelle y Dehénault, todos ellos, incidentalmente, buenos amigos míos. Él fue quien les persuadió

de traducir a Lucrecio, el divino atomista romano...

—Vayamos al asunto. Dame sólo los hechos escuetos.

—A decir verdad, citando más o menos a otro romano...

—¡Cyrano!

—Muy bien. Vayamos al asunto. Era a última hora de la noche. Yo estaba profundamente dormido al lado de mi bienamada Livy, cuando fui despertado bruscamente. La única iluminación era la luz nocturna que penetraba por los barrotes de madera de nuestra ventana abierta. Una enorme figura estaba de pie junto a mí, una masa negra con una tremenda cabeza redonda como una calcinada luna. Me senté en la cama, pero antes de que pudiera alcanzar mi lanza, que tenía siempre a mi lado, la figura habló.

—¿En qué idioma?

—¿Eh? En el único que yo dominaba bien por aquel entonces, mi lengua nativa, el más hermoso de todos los idiomas de la Tierra. Aquel ser no hablaba un francés demasiado correcto, pero lo entendí.

»—Savinien de Cyrano II de Bergerac —dijo, llamándome por mi nombre completo.

»—Tienes una ventaja sobre mí, señor —dije yo. Aunque mi corazón latía fuertemente y sentía la más intensa necesidad de orinar, me comporté admirablemente. Por aquel entonces podía darme cuenta, aún en aquella oscuridad apenas mitigada por la luz de las estrellas, que aquel ser no era abiertamente beligerante. Si llevaba alguna arma, la mantenía escondida bajo su gran capa. Aunque siempre he sido un tanto distraído, no pude dejar de preguntarme por qué Livy, que siempre tenía un sueño ligero, no se había despertado. Seguía durmiendo, roncando suave y adorablemente.

»—Puedes llamarme como quieras —dijo el ser—. Mi nombre no es importante en este momento. Y si te estás preguntando por qué tu mujer no se ha despertado también, déjame decirte que es debido a que me he asegurado que no lo hiciera. ¡Oh, no! —se apresuró a añadir cuando, furioso, intenté ponerme en pie—. No ha sufrido el menor daño. Ha sido drogada, y despertará por la mañana sin ni siquiera un dolor de cabeza.

»En aquel momento me di cuenta de que, al menos en algún grado, yo también había sido drogado. Mis piernas no me obedecían, aunque, sorprendentemente, no las sentía doloridas ni entumecidas. Simplemente, no conseguía hacer que se movieran. Naturalmente, me sentí furioso por las libertades tomadas sobre mi persona, pero no había gran cosa que pudiera hacer al respecto.

»Entonces el desconocido tomó un asiento y se sentó junto a mí.

—Escucha, y luego decide por ti mismo si vale la pena haberme escuchado —dijo.

Y me contó la más sorprendente historia, Jill, como nunca habrás oído en tu vida. Me dijo que era uno de los seres que nos habían resucitado. Se llamaban a sí mismos los Éticos. No iba a entrar en detalles acerca de sus motivos ni de dónde procedían ni nada parecido. No tenía bastante tiempo para ello. De hecho, si era atrapado, por su propia gente, ¿entiendes?, lo iba a pasar mal también él.

»Yo sentía deseos de hacerle muchas preguntas, por supuesto, pero cuando abrí la boca me dijo que me mantuviera callado y escuchara. Iba a visitarme de nuevo, dijo, quizá más de una vez. Entonces respondería a la mayor parte de mis preguntas. Mientras tanto, yo tenía que comprender una cosa: no habíamos sido devueltos a la vida para vivir eternamente. Eramos tan sólo los sujetos de un experimento científico, y cuando el experimento hubiera terminado, nosotros terminaríamos también. Moriríamos por última vez, para siempre.

—¿Qué tipo de experimento?

—Bueno, era más que un simple experimento. Era también un proyecto histórico. Su gente deseaba reunir datos sobre historia, antropología, y así. Estaban interesados también en descubrir qué tipo de sociedades formaríamos los humanos cuando nos encontráramos tan mezclados. ¿Cómo iba a cambiar la gente bajo determinadas condiciones?

»Dijo que muchos grupos habían sido dejados a sus propios medios para que se desarrollasen sin interferencia alguna de su gente. Pero algunos serían influenciados, algunos sutilmente, otros por métodos directos. El proyecto tomaría mucho tiempo, quizá varios cientos de años. Entonces se daría el finit al proyecto, y también el finit a nosotros. Volveríamos al polvo... para siempre.

»—Esto no me suena ético, señor —le dije—. ¿Por qué tienen que negarnos lo que ellos poseen... la vida eterna?

»—Es debido a que no son realmente éticos —me respondió—. Pese a la alta opinión que tienen de sí mismos, son crueles, como son crueles los científicos que torturan animales en pro del avance de la ciencia. Pero ellos tienen sus justificaciones, su racionalización. Compréndelo, el científico está haciendo algo bueno, está siendo ético en un cierto sentido. Es cierto que, como resultado de este proyecto, algunos de vosotros pasaréis a ser inmortales. Pero sólo unos pocos.

»—¿Y cómo? —le pregunté.

»Entonces me habló de esa entidad que los de la Iglesia de la Segunda Oportunidad llaman el ka. ¿Sabes lo que es, Jill?

—He asistido a varias de sus conferencias —dijo Jill.

—Entonces conoces todo lo relativo al ka y al akh y a todo lo demás. Esta persona dijo que la teología de los de la Segunda Oportunidad era parcialmente cierta. Principalmente porque uno de los Éticos había visitado al hombre que ellos llaman La Víro y había originado así la fundación de la Iglesia.

—Siempre creí que no era más que otra historia que se habían inventado esos visionarios —dijo Jill—. No les concedí más crédito que el que les concediera en su tiempo a los delirios de los profetas de la Tierra. Moisés, Jesucristo, Zaratustra, Mahoma, Buda, Smith, Eddy, toda la pandilla de débiles mentales.

—Yo tampoco —dijo Cyrano—. Sin embargo, cuando estaba muriéndome, me arrepentí. Pero eso fue tan sólo para hacer a mi pobre e infeliz hermana y a mi amigo Le Bret felices. Además, una conversión en el lecho de muerte no podía hacerme ningún daño. Y, a decir verdad, me asustaban los fuegos del infierno. Después de todo...

—Tu condicionamiento infantil.

—Exactamente. Pero ahí estaba un ser que decía que había algo muy parecido al alma. Y yo tenía una prueba positiva de que existía una vida después de la muerte. De todos modos, no podía dejar de preguntarme si no estaría siendo blanco le una burla. ¿Y si este hombre era simplemente uno de mis vecinos, pretendiendo ser un visitante de los dioses sólo para reírse un poco? Si le creía, entonces igual al día siguiente todos se reían de mí. ¡De Bergerac, el racionalista, el ateo, engañado completamente por este cuento fantástico!

»Pero... ¿quién podía hacerme esto a mí? Yo no conocía nadie que tuviera ni motivo ni medios

para una tal broma. ¿Y esa droga que hacía que Livy siguiera durmiendo y mis piernas estuvieran paralizadas? Nunca había oído hablar de una droga así. Además, ¿de dónde podía haber sacado un bromista esta esfera que rodeaba su cabeza? Había la luz suficiente como para ver que era negra y opaca. Y sin embargo...

»Y entonces, como si él se diera cuenta de mi falta de fe, el desconocido me tendió una gafas de un material que no pude identificar.

»—Ponte esto frente a tus ojos —dijo—. Y mira a Livy.

»Lo hice, y dejé escapar una exclamación de sorpresa. Un poco por encima de su cabeza había un globo de varios colores. Brillaban esplendorosamente, como iluminado desde el interior. Giraba y se retraía y se expandía y emitía como unas prolongaciones de tanto en tanto, como unos tentáculos de seis lados, y luego estos tentáculos se contraían hacia el globo otros brotaban en su lugar.

»El desconocido tendió su mano y me dijo que dejara caer en ella las gafas. No lo dijo, pero era evidente que no deseaba que yo lo tocara. Obedecí, por supuesto.

»Las gafas desaparecieron bajo su capa, y entonces dijo:

»—Lo que has visto es el wathan. Esa es la parte inmortal en ti. —Y luego añadió: He elegido a unos cuantos de vosotros para que me ayudéis a luchar contra este monstruoso crimen que mi gente está cometiendo. Os he escogido a causa de vuestros wathans. Como podrás ver, podemos leer los wathans tan fácilmente como vosotros podéis leer un cuento infantil. El carácter de una persona es reflejado en su wathan. Quizá no debiera decir reflejado, puesto que el wathan es el carácter. Pero no tengo tiempo de explicártelo. El asunto es que tan sólo una pequeñísima fracción de la humanidad alcanzar el final, el estadio último deseado, la wathanidad, a menos que a la humanidad se le conceda mucho más tiempo.

»Entonces me esbozó lo que los de la Segunda Oportunidad exponen con todo detalle. Que el wathan no realizado de una persona muerta vaga eternamente por el espacio, conteniendo todo lo que es humano pero inconsciente. Sólo el wathan completamente evolucionado posee consciencia. Y este estadio es alcanzado tan sólo por aquellos que consiguen una perfección tica en su vida. O la casi perfección, como mínimo.

—¿Qué? —dije yo—. ¿La perfección ética última es vagar como un fantasma por el espacio, para rebotar contra las paredes del universo como una pelota cósmica, de un lado para otro, y ser consciente de este terrible estado e incapaz de comunicarse con nadie excepto consigo mismos? ¿Es este un estado deseable?

»—No debes interrumpirme —dijo el desconocido—. Pero te diré esto. El ser que alcanza la perfecta wathanidad o akhididad, va más allá. No se queda en este mundo. ¡Va más allá!

»—¿Y dónde —pregunté— está ese más allá?

»—Ir más allá significa ser absorbido por el Superwathan. Ser uno con la única Realidad. O Dios, si deseas darle ese nombre a la Realidad. Convertirse en una de las células de Dios y experimentar el eterno e infinito éxtasis de ser Dios.

»Estaba medio convencido, por aquel entonces, de que tenía que vérmelas con un panteísta loco. Pero dije:

»—¿Y esa absorción significa la pérdida de la individualidad de uno?

»—Sí —dijo—. Pero entonces te convertirás en el Super wathan, Dios. Cambiarás tu individualidad, tu autoconciencia, por la del Ser Supremo, lo cual no es una pérdida. Es el mayor logro posible, el logro definitivo.

»—¡Es horrible! —exclamé—. ¿Qué tipo de monstruoso juego es el que Dios juega con Sus criaturas? ¿Cómo puede ser la vida después de la muerte, la inmortalidad, mejor que la propia muerte? ¡No! ¡Esto no tiene sentido! Hablando con lógica, ¿por qué el wathan, el alma, tuvo que ser creada? ¿Qué sentido tiene una creación en la que la mayor parte de los wathans van a despreciarse, como si fueran moscas pululando sólo para ser comidas o atrapadas por un matamoscas? Y esos wathans que sobrevivirán, como dices tú. ¿Qué significado tiene alcanzar casi la perfección, la santidad si quieres, sólo para ser engañado? No, si no he de ser inmortal, prefiero seguir siendo yo, Savinien de Cyrano de Bergerac. No quiero esa inmortalidad espúrea, esa existencia como una célula anónima y descerebrada del cuerpo de Dios. ¡Sin nombre ni cerebro!

»—Como la mayoría de los de tu raza, hablas demasiado —dijo el desconocido—. Sin embargo... —Vaciló, y luego dijo—: Hay una tercera alternativa, una que te gustará. No pensaba decírtela... y no lo haré, ahora. No tengo tiempo, ni es el mejor momento. Quizá la próxima vez. Debo marcharme rápidamente. Pero antes se trata de tu lealtad y de tu ayuda. ¿Estás conmigo?

»—¿Cómo puedo prometer mí apoyo cuando no sé aún si vale la pena apoyarte? ¡Por lo que sé, tú puedes ser el mismísimo Satán!

»Rió huecamente y dijo. —Tú eres uno de los que negaron tanto a Dios como al Diablo. No soy el Diablo ni nada análogo a él. De hecho estoy a tu lado, al lado de la engañada y sufriente humanidad. No puedo probártelo. No ahora. Pero piensa en esto. ¿Se han acercado a ti mis colegas? ¿Han hecho algo excepto traerte de vuelta de entre los muertos para una finalidad que no han condescendido a decirte? ¿No te he elegido a ti entre varios miles de millones para que colabores en esta secreta lucha? ¿Tú y otros once? ¿Por qué tú y no otro? Te lo diré. Porque sé que tú eres uno de los pocos que pueden ayudarme. Porque tu wathan me dice que tú estarás de mí parte.

»—¡Entonces, esto es predestinación! —dije—. Y yo no creo en la predestinación.

»—No, no existe tal cosa, excepto en un sentido que no llegarías a comprender o que te resultaría difícil aceptar. Y todo lo que puedo decirte de momento es que estoy a tu lado. Sin mi, tú y la mayoría de los tuyos estais condenados. Tienes que tener fe en mí.

»—Pero —exclamé—, ¿qué podemos hacer un pobre puñado de seres humanos? Tenemos que enfrentarnos a superhombres con superpoderes.

»Él respondió que los doce no podríamos hacer nada sin un amigo en su campo. Él era ese amigo. Los doce deberíamos reunirnos y viajar hasta el Polo Norte, hasta la Torre en medio del mar. Pero deberíamos hacer esto por nosotros mismos. Él no podía llevarnos hasta allí. No podía decirme por el momento por qué no.

»—Tengo que actuar lenta y cuidadosamente —dijo—. Y tú debes prometerme no revelar a nadie esta conversación. A nadie excepto a los doce que he elegido. Hacer lo contrario significaría ser detectado por un agente. Eso daría como resultado que te serían borrados todos tus recuerdos de tus encuentros conmigo. Y yo me vería abocado a un peligro aún mayor.

»—¿Pero cómo reconoceré a esos otros? —dije—. ¿Cómo sabré quiénes son ellos o ellos quién

soy yo? ¿Dónde están ahora?

»Mientras le hacía estas preguntas, me sentía maravillado y exaltado a la vez. ¡Uno de los seres que nos habían devuelto de la muerte y que habían construido este mundo estaba solicitando mi ayuda! ¡Yo, Savinien de Cyrano de Bergerac, que soy simplemente un ser humano, aunque consciente de mis talentos, había sido elegido entre varios miles de millones!

»Él conocía a su hombre, sabía que no sería capaz de resistirse a este desafío. Si hubiera podido ponerme en pie, hubiera cruzado espadas con él —caso de disponer de espadas— y hubiera sellado mi lealtad con un brindis... caso de haber vino disponible.

»—¿Harás lo que te pido? —me dijo.

»—¡Naturalmente! —le respondí—. ¡Tienes mi palabra, y nunca me vuelvo atrás en ella!

»Jill, pasaré por alto los demás detalles de nuestra conversación. Excepto... me dijo que debía comunicarle a Sam Clemens que debía buscar a un hombre llamado Richard Francis Burton. Era uno de los elegidos. Y que debíamos aguardar durante un año en Virolando hasta reunirnos todos. Si alguno no se presentaba, entonces debíamos seguir adelante los demás. Y volveríamos a tener noticias de él, el Extraño, en un próximo futuro.

»Me dio indicaciones para encontrar a Clemens, que estaba aproximadamente a diez mil leguas Río abajo. Clemens estaba construyendo un gran barco con el mineral de un meteorito. Yo sabía quién era Clemens pese a que yo había muerto ciento ochenta y un años antes de que él naciera. ¿Después de todo, no era su esposa terrestre la que estaba durmiendo ahora en mi cama? Le dije esto al desconocido, y se echó a reír y me dijo:

»—Lo sé.

»—¿No será esto muy embarazoso para mí? —dije yo—. ¿Y especialmente para Livy? ¿Querrá admitirme a bordo de su enorme barco el gran Clemens en esta situación?

»—¿Qué es más importante para ti? —dijo él con un cierto grado de impaciencia—. ¿Una mujer, o la salvación del mundo?

»—Eso depende de mis sentimientos hacia la mujer —le respondí—. Objetiva y humanamente, no hay discusión. Soy humano, pero no soy objetivo.

»—Entonces ve y averigua qué ocurre —dijo—. Quizá esta mujer te prefiera a ti.

»—Cuando Cyrano arde de amor —dije—, su fuego no puede apagarse con una orden.

»Entonces se puso en pie y me dijo:

»—Nos veremos —y desapareció. Me arrastré como pude con mis brazos, tirando de mis inútiles piernas tras de mí, hasta la puerta, y la abrí. No había el menor signo de él. A la mañana siguiente, le anuncié a Livy que estaba hastiado de aquel lugar. Deseaba viajar, ver este maravilloso mundo nuevo. Ella dijo que estaba cansada de viajar. Pero si yo me marchaba, ella vendría conmigo. Así que partimos. Ya conoces el resto.

Jill experimentaba una extraña sensación de irrealidad. Creía la historia de Cyrano, pero ésta le hacía sentir como fuera una actriz en un escenario, cuyos decorados ocultaban algo aterrador. Y nadie se había encargado de comunicarle su papel.

—No, no conozco el resto. ¿Qué ocurrió entre tú y Clemens? ¿Qué sabía él que tú ignorases? ¿Y cuántos de los otros elegidos por el Etico se unieron a vosotros?

—Clemens fue visitado dos veces por el Etico. Clemens lo llama X o el Misterioso Extraño.

—En una ocasión escribió un libro titulado El misterioso Extraño. Una historia muy triste y amarga, abrumadoramente pesimista. El Extraño era Lucifer.

—Me habló de ella. No obstante, no sabía mucho más que eso. Excepto que aquel X había desviado de alguna forma un meteorito de modo que cayera allá donde Clemens pudiera contrarío.

—¿Te das cuenta de la energía necesaria para eso?

—Me lo explicaron. De todos modos, Sam rompió la palabra dada al Extraño. Le contó a Joe Miller y a Lothar von Richthofen su existencia. Dijo que no podía evitar el contárselo.

Y había también dos más. Un gigante salvaje de pelo rojizo, un hombre llamado John Johnston. Y... ¡Firebrass!

Ella casi dejó caer su cigarrillo.

—¡Firebrass! ¡Pero él...!

Cyrano asintió.

—Exactamente. Parece ser uno de esos agentes que el Etico mencionó pero no explicó. Nunca volví a ver al Etico, así que no obtuve ninguna respuesta a mis muchas preguntas. Pero creo, aunque no puedo estar seguro, que se hubiera sorprendido mucho de saber que Firebrass proclamaba ser uno de los doce. Quizá Firebrass fuera un espía. Pero eso no explica a Thorn y Obrenova.

—¿Añadieron Johnston o Firebrass algo a tus conocimientos?

—¿Sobre el Etico? No, Johnston fue visitado sólo una vez. Firebrass, por supuesto, no era uno de los doce elegidos. Dudo que el Etico supiera que era un agente. ¿Cómo hubiera podido saberlo, a menos que él mismo se hubiera deslizado bajo otra apariencia entre nosotros? Lo cual quizá sí hizo. Pero si sabía que Firebrass era un agente, tuvo alguna razón para no decírnoslo.

»Lo que me preocupa, entre otras muchas cosas, es que el Etico no haya vuelto a visitarnos.

Jill se envaró en su asiento.

—¿Puede ser Piscator un agente?

Cyrano dejó de caminar arriba y abajo, alzó los hombros y las cejas, y abrió los brazos con las palmas de sus manos extendidas hacia arriba.

—A menos que regrese, puede que no lleguemos a saberlo nunca.

—Motivaciones, contramotivaciones, contracontramotivaciones. Engranajes dentro de engranajes dentro de engranajes —dijo Jill—. Maya hace descender siete velos de ilusión entre nosotros y ellos.

—¿Qué? Oh, estás refiriéndote al concepto hindú de ilusión.

—No creo que Piscator sea un agente. Si lo fuera, no me hubiera dicho nada acerca de sus sospechas de que estaba tramándose algo oscuro y misterioso.

Una llamada a la puerta les sobresaltó.

—¡Capitán! Aquí Greeson, jefe del Equipo de Búsqueda Tres. Todas las zonas de esta sección han sido registradas excepto el cuarto de derrota. Podemos volver luego.

—Adelante, pasen —dijo Jill, levantándose.

Y, dirigiéndose a Cyrano:

—Hablaré contigo más tarde. Hay mucho que desentrañar, demasiadas preguntas.

—Dudo que yo tenga alguna respuesta.

Habían transcurrido tres períodos de veinticuatro horas. Los muertos habían sido enterrados en el mar, sus cuerpos envueltos en telas, parecidos a momias egipcias mientras eran deslizados por una de las aberturas. Mientras Jill permanecía en medio de la niebla iluminada por los proyectores contemplando desaparecer los cuerpos, uno por uno, a través del arco en la base de la pared, calculó el tiempo de su caída. No era insensibilidad lo que la movía a enfrascarse en el ejercicio mental. Era costumbre, y también un modo de levantar una barrera contra el horror de la muerte.

La muerte era algo real ahora; la esperanza de resurrección en este mundo había desaparecido. La muerte parecía ser más omnipresente que nunca, y siempre amenazadora en este lugar con sus fríos y húmedos vientos y sus oscuras y torbellineantes nubes. Sólo tenía que caminar unos pocos pasos entre la niebla, y se hallaría fuera del alcance de la vista y el oído de todos los seres vivientes y sus esfuerzos. Ni siquiera podía ver sus pies ni el metal sobre el que se apoyaban.

Si se inclinaba en una abertura y sacaba su cabeza fuera, ni siquiera podía oír el frío y mortal mar estrellándose contra la Torre. Estaba demasiado lejos. Todo estaba demasiado lejos, incluso aunque estuviese tan sólo a unos pocos metros de distancia.

Era realmente un lugar desolado. Se sentiría feliz cuando lo abandonaran.

Hasta este momento, Piscator no había regresado. Cada vez tenía menos esperanzas de que lo hiciera. Bajo ninguna circunstancia hubiera estado tanto tiempo voluntariamente en la Torre. O bien estaba muerto, o gravemente herido, o prisionero. En cualquier caso, los de fuera no podían hacer nada por él, y la propuesta espera de siete días parecía ahora demasiado larga. Por ello, Jill había anunciado a la tripulación que la aeronave despegaría al término de un período de cinco días.

Recibieron la noticia con evidente alivio. Como ella, sus nervios estaban tensos al máximo, a punto de saltar. Debido a ello, se había visto obligada a cambiar los turnos de guardia de cuatro horas junto al domo por otros de dos horas. Algunos de los guardias empezaban a sufrir alucinaciones, veían formas fantasmales entre la niebla, oían voces procedentes del corredor. Un hombre había disparado incluso contra lo que creyó que era una enorme forma corriendo hacia él desde la niebla.

La primera búsqueda en la nave no había hallado ni bombas ni transmisores. Temiendo que la tripulación no hubiera cubierto cada centímetro cuadrado, y deseando también mantener a los hombres ocupados, ordenó otra búsqueda. Esta se extendió también a la superficie exterior del dirigible. Los hombres subieron al lomo del aparato y recorrieron toda la pasarela, paseando sus lámparas por los dos costados. Otros barrieron con sus luces todo el exterior de las estructuras de cola.

No fue localizada ninguna bomba.

Jill no se sintió aliviada. Si Thorn había planeado desde un principio ocultar explosivos, podía haber situado alguno en el interior de una cámara de gas. Si lo había hecho, les había ganado la mano, puesto que no había ninguna forma de penetrar en las cámaras sin vaciar antes el irremplazable hidrógeno. Era cierto que para accionarlas necesitaba un transmisor, pero se trataba de un objeto pequeño. Podía incluso ser camuflado como alguna otra cosa.

Este pensamiento la llevó a una tercera búsqueda en la cual todos los mecanismos pequeños o artefactos eléctricos a bordo fueron inspeccionados para asegurarse de que eran realmente lo que pretendían ser. Todos eran lo que se suponía que eran, pero la idea de que podía existir un transmisor camuflado como alguna otra cosa contribuyó al nerviosismo general.

Naturalmente, mientras Thorn fuera mantenido dentro de la enfermería, no podía tener a mano ningún transmisor oculto. Se había colocado una cerradura en la puerta de la enfermería, y siempre había dos guardias en el interior y dos en el exterior.

Jill habló con Cyrano respecto a otro problema.

—Sam se va a poner tremendamente furioso cuando oiga que no va a poder hacer nada ni siquiera si llega hasta aquí. No hay forma de alcanzar la cima de la Torre desde la superficie del mar. Y aunque lograra lo imposible, seguiría sin poder hacer nada para poder entrar. Es posible que uno o más de los miembros de su tripulación sean capaces de entrar en la Torre, si consiguen llegar hasta aquí arriba. Pero aún entonces, ¿qué garantía tenemos de que no les ocurrirá lo mismo que pueda haberle ocurrido a Piscator?

—Sea lo que sea —dijo Cyrano tétricamente. Se sentía casi tan encariñado con el japonés como con Firebrass.

—¿Te habló también Firebrass del láser oculto en el Mark Twain?

Cyrano pareció volver a la vida.

—¡Ajá! ¡Qué estúpido soy! ¡El láser! Si, Firebrass me habló de él, por supuesto. ¿Por qué habría de decírtelo a ti y no a mí? ¡Le hubiera obligado a besar a un cerdo bajo la cola si hubiera procedido así!

—Bueno, es posible que este metal resista incluso a un rayo láser. Pero no lo sabremos hasta que no lo intentemos, ¿verdad?

El francés se hundió de nuevo rápidamente en su depresión.

—¿Pero qué piensas hacer con respecto al combustible? No podemos volar hasta el barco de Clemens, tomar el láser, volver hasta aquí, y luego regresar a Parolando o al barco. No tenemos suficiente combustible para todo esto.

—Tomaremos el láser de Sam y luego iremos a Parolando repostar, y después regresaremos aquí.

—Eso representa mucho tiempo. Pero es lo único que podemos hacer. Sin embargo, ¿qué pasará si ese cabeza dura de Clemens no nos permite usar el láser?

—No sé cómo pueda negarse —dijo Jill lentamente—. Es la única forma que tenemos para entrar en la Torre.

—Oh, si, cierto. Pero con esto estás diciendo que la lógica y Clemens van de acuerdo. Clemens es humano, lo cual significa que no es en absoluto lógico. En fin, ya veremos.

Jill estaba tan exaltada con esta idea que ya no veía ninguna razón para seguir esperando más a Piscator. Si estaba herido o había sido hecho prisionero por algún artilugio mecánico o por seres vivos, no iban a poder liberarlo sin el láser. Pero primero, pensó, Thorn tenía que ser interrogado. Tras ordenar a Copenname que aguardara hasta que ella volviera, se dirigió a la enfermería con Cyrano. Thorn estaba sentado en la cama. Su pierna derecha estaba atada con un grillete, unido por medio de una cadena a la propia cama.

No dijo nada cuando entraron, y Jill permaneció silenciosa también por un momento, mientras lo estudiaba. Su firme mandíbula estaba encajada; su mentón, más agresivo; sus ojos azul profundo entrecerrados. Parecía tan testarudo como el propio Lucifer.

—¿Vas a decirnos exactamente todo lo ocurrido? —dijo Jill.

Thorn no respondió.

Jill se había asegurado que nadie le dijera nada acerca del desastre del helicóptero hasta que ella hablara con él.

—Sabemos que tú hiciste estallar esa bomba. Mataste a Firebrass y a Obrenova, a todos los que iban en el helicóptero.

Los ojos de Thorn se abrieron del todo, pero su expresión no cambió. ¿O había una ligera sonrisa en la comisura de sus labios?

—Eres culpable de asesinato con premeditación. Puedo hacerte fusilar, y es probable que lo haga. A menos que me lo cuentes todo.

Aguardó. Él sostuvo firmemente su mirada.

—Sabemos lo de las pequeñas esferas en los cerebros de Firebrass y Obrenova.

Aquello pareció alcanzarle, golpear algo sensible dentro de él. Su piel palideció, e hizo una mueca.

—¿Hay también una esfera en tu cerebro?

Gruñó, y dijo:

—Fui sometido a la prueba de los rayos X. ¿Crees que Firebrass me hubiera aceptado a bordo si hubiera habido alguna?

—No lo sé —dijo Jill—. Aceptó a Obrenova. ¿Por qué hubiera debido aceptar a Obrenova y no a ti?

Thorn se limitó a agitar la cabeza.

—Mira. Si es necesario, ordenaré a Graves que te levante la tapa de los sesos y le eche una mirada a tu cerebro.

—Será una pérdida de tiempo —dijo él—. No tengo ninguna de esas cosas en mi interior.

—Creo que estás mintiendo. ¿Cuál es la finalidad de esa esfera?

Silencio.

—Tú lo sabes, ¿verdad?

—¿Adónde te dirigías cuando robaste el helicóptero? —intervino Cyrano.

Thorn se mordió el labio y luego dijo:

—Supongo que no habréis podido entrar en la Torre.

Jill vaciló. ¿Debía decirle lo de Piscator? ¿Le daría esto a él alguna clase de ventaja? No podía imaginar cuál podía ser, pero tampoco era capaz de localizar el emplazamiento de ninguna pieza de aquel rompecabezas.

—Un hombre entró —dijo.

Thorn se estremeció, y se volvió aún más pálido.

—¿Uno? ¿Quién era?

—Te lo diré si tú me cuentas todo lo demás.

Thorn inspiró profundamente, y luego dejó escapar el aire con lentitud.

—No diré nada más hasta que estemos en el *Mark Twain*. Hablaré con Sam Clemens. Hasta entonces, ni una palabra. Podéis abrirme el cráneo si queréis. Pero será algo cruel, que puede matarme, y totalmente innecesario.

Jill hizo una seña a Cyrano para que fuera con ella a la habitación contigua. Cuando estuvieron fuera del alcance de Thorn, dijo:

—¿Hay algún aparato de rayos X a bordo del *Mark Twain*?

Cyrano se alzó de hombros.

—No lo recuerdo —dijo—. Pero podremos saberlo apenas estemos en contacto por radio con el barco.

Regresaron a los pies de la cama de Thorn. Él los miró fijamente durante un minuto. Obviamente, en su interior se desarrollaba una lucha. Finalmente, como si se odiara a sí mismo por tener que hacer la pregunta, dijo:

—¿Ha regresado el hombre que pudo entrar?

—¿Es eso muy importante para ti?

Pareció como si Thorn fuera a decir algo. Finalmente, sólo sonrió.

—Muy bien —dijo Jill—. Vamos a reunirnos con el barco. Hablaré contigo cuando llegemos allí, a menos que antes cambies de opinión.

Las comprobaciones del equipo de la nave duraron una hora. Las cuerdas fueron soltadas y metidas en el dirigible. Los guardias y los que sujetaban las cuerdas subieron a bordo. Con Cyrano en el asiento del piloto, el *Parseval* se elevó, sus propulsores girados hacia arriba para darle un impulso ascendente adicional. Fue arrojada una cierta cantidad de lastre de agua para compensar la pérdida del hidrógeno. Las corrientes ascendentes que rodeaban la Torre elevaron la nave más de lo deseado, de modo que Cyrano tuvo que hacer descender de nuevo el dirigible antes de orientarlo hacia el gran agujero por el que habían entrado.

Jill permanecía junto al parabrisas, mirando fijamente la niebla.

—Hasta pronto, Piscator —murmuró—. Volveremos.

El viento impulsó la nave a través del orificio, escupiéndola fuera, como dijo Cyrano, como si fuera un trozo de comida escupido por la boca de un gigante. O, añadió, como si fueran un niño ansioso por nacer, arrojado del seno de una madre deseosa de librarse de su carga de nueve meses.

A veces, el francés se pasaba con sus metáforas y comparaciones.

El aire limpio y el brillante sol y la verde vegetación les hicieron sentir deseos de ponerse a cantar. Cyrano, sonriendo, dijo:

—¡Si no estuviera de servicio, me pondría a bailar! No siento el menor deseo de regresar a ese tétrico lugar.

Aukuso había empezado a transmitir llamadas al barco tan pronto como hubieron ganado altura. Sin embargo, pasó una hora antes de que informara que había entrado en contacto con el *Mark Twain*.

Jill empezó a informar de lo ocurrido a Sam Clemens, pero fue interrumpida por una furiosa descripción del traidor ataque de Greystock. Quedó anonadada, pero empezó a impacientarse ante la excesivamente larga y detallada narración de Sam. Su barco no había resultado seriamente dañado;

lo que ella tenía que decir era mucho más importante.

Finalmente, él se tranquilizó.

—Ya he descargado la mayor parte de mi bilis, por el momento al menos. Pero, ¿por qué está hablándome usted? ¿Dónde está Firebrass?

—No me ha dado la oportunidad de decir dos palabras seguidas —dijo ella. Y le describió con detalle los acontecimientos desde el momento en que la aeronave había penetrado por el agujero en la montaña.

Ahora fue el turno de Sam de sentirse anonadado. Sin embargo, excepto algunas explosivas maldiciones, no hizo ningún comentario hasta que ella hubo terminado.

—¿Así que Firebrass está muerto, y usted cree que era uno de Ellos? Quizá no lo fuera; Jill. ¿No se le ha ocurrido pensar que esa esfera negra pudo haber sido implantada en un pequeño número de nosotros con finalidades científicas? ¿Que quizá tan sólo uno de cada mil o diez mil la lleva? No sé qué finalidad podría ser. Quizá transmitir ondas cerebrales que Ellos puedan grabar para utilizarlas en algún tipo de experimento científico. O podría ser utilizada por Ellos para mantener un control sobre ciertos sujetos preseleccionados.

—No había pensado en eso —dijo ella—. Me gustaría pensar que tiene usted razón, porque odio imaginar que Firebrass pudiera ser uno de Ellos.

—Yo también. Sin embargo, lo más importante ahora es el que una expedición desde el suelo es inútil. Construí esos dos barcos para nada. Bueno, no realmente para nada. Hay que decir algo acerca de la vida a bordo. Permite lujos que uno no puede conseguir en ningún otro lugar... excepto en el Rex, por supuesto, y es la forma más rápida de viajar, aunque realmente ya no tenemos ningún sitio definido donde ir. Pero no he olvidado al Rey Juan. Voy a atraparlo y hacerle pagar todo lo que me ha hecho.

—Se equivoca usted en una cosa, Sam —dijo Jill—. Creo que podemos entrar en la Torre. Todo lo que necesitamos es el láser.

Pareció como si Sam se atragantara.

—¿Quiere decir que... que Firebrass se lo contó? ¡Por qué, ese idiota, ingrato, sin principios... oh! ¡Le advertí que no dijera una palabra a nadie! ¡Él sabía lo importante que era mantenerlo en secreto! Ahora todo el mundo en la timonera lo sabe. Han oído cada palabra que ha dicho usted. Tendré que hacerles jurar que no lo revelarán a nadie, ¿y qué seguridad tengo de que no va a escapárseles? ¡Si Firebrass estuviera aquí, lo estrangularía con una mano y le metería mi cigarro por el culo con la otra!

Se tranquilizó un poco.

—Al menos, hubiera podido aguardar a estar aquí para decírmelo. ¡Por lo que sé, los radioescuchas de Juan han estado interceptándonos durante años! ¡Pueden haber imaginado como funcionan nuestros interferidores y haber captado todas nuestras palabras, complacidos como cerdos que acaban de descubrir un montón fresco de mierda de vaca!

—Lo siento —dijo Jill—. Pero era necesario mencionarlo. Tenemos que hacer los arreglos necesarios para tomar el láser o tomar tierra. Necesito el láser. Es el único medio que tenemos de penetrar en la Torre. Sin él, todo nuestro trabajo, la muerte de varias personas habrá sido en vano.

—Y yo necesito cortar a rodajas a Juan y a su barco. Es mi arma secreta, doblemente garantizada para conseguir una rápida victoria.

Intentando dominar la irritación en su voz, Jill dijo:

—Piense en ello, Sam. ¿Qué es más importante, vengarse del Rey Juan o resolver el problema de este mundo, descubriendo por qué estamos aquí y quién lo hizo?

»Además, no hay ninguna razón por la que no pueda conseguir ambas cosas. Le devolveremos el láser una vez lo hayamos usado.

—¡Como si quieren irse al infierno y volver! ¿Quién me asegura que van a regresar? La próxima vez pueden ser atrapados por esa gente. Pueden estar aguardando dentro, divertidos como ratones tras una pared riéndose del gato, si no consiguen llegar hasta ellos. Pero cuando empiecen ustedes a cortar con ese láser, ¿cree que van a quedarse simplemente sentados en sus sillas y dejar que lleguen hasta ellos?

»Los atraparán, del mismo modo que hicieron con Piscator. ¿Y entonces qué? Además, por lo que sabemos, el metal de la Torre puede ser resistente incluso a un rayo láser.

—Cierto. Pero debemos intentarlo. Es la única forma en que podemos conseguir entrar.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Tiene usted la lógica y el derecho de su parte, si esto sirve para ganar en una discusión. Además, soy un hombre razonable. ¡Tiene usted el láser!

»Pero, y este es un gran pero, como le dijo la reina de España a Dan Sickles: ¡primero tiene que encargarse por mí del Podrido Juan!

—No entiendo lo que quiere decir.

—Quiero decir que deseo que efectúe una incursión sobre el *Rex*. Envíe a un grupo en el helicóptero por la noche y atrape a Juan. Prefiero tenerlo ante mí vivo, pero si no puede atraparlo con vida, ¡mátelo!

—¡Esto es estúpido e inmoral! —dijo Jill—. Podemos perder el helicóptero y todo el grupo incursor en una aventura inútil y vanagloriosa. Aún sin contar las vidas, no podemos permitirnos correr el riesgo de perder el helicóptero. Es el único que tenemos.

Sam había estado respirando pesadamente, pero aguardó hasta que recobró el aliento. Habló suavemente, fríamente.

—Es usted quien se está mostrando estúpida ahora. Si Juan es quitado de la circulación, no tendré ninguna razón de enfrentar mi barco con el *Rex*. Piense en las vidas que serán salvadas. Por lo que sé, su segundo de a bordo puede hacerse cargo del barco y yo le desearé buena suerte. Todo lo que deseo es que Juan no escape después de todos los crímenes que ha cometido y siga enorgulleciéndose de conservar ese hermoso barco por el que trabajé y sudé y comploté y sufrí agonías de muerte. ¡Sin olvidar que él intentó hundir este barco también!

»Quiero ver a ese miserable de pie ante mí y poder decirle exactamente a la cara lo que es. Eso es todo. Prometo que no voy a matarlo ni a maltratarlo, si es eso lo que la preocupa. ¡Rayos y truenos! ¿Por qué debería hacerlo?

»Y cuando le haya dicho todo lo que pienso de él, la más gloriosa avalancha verbal que haya recibido nadie desde el alba de los tiempos, algo que convertirá a Jeremías en un tímido, entonces lo depositaré en la orilla y me marcharé con el barco a toda prisa. Por supuesto, es posible que decida

depositarlo entre caníbales o esclavistas de cilindros.

»Se lo prometo, Jill.

—¿Y si tenemos que matarlo?

—Entonces deberé superar mi decepción.

—Pero no puedo ordenar a mis hombres que se arriesguen en una misión tan peligrosa.

—Ni pido que lo haga. Simplemente solicite voluntarios. Si no puede conseguir los suficientes, lástima. No podrá tener el láser. Sin embargo, no anticipemos penuria de héroes. Si conozco alguna cosa, Jill, es la naturaleza humana.

—¡Yo me sentiré muy honrado alistándome, Sam! —gritó Cyrano.

—¿Eres tú, Cyrano? Bien, tengo que admitir que tú no has sido uno de mis amigos preferidos. Pero si vas, te deseo buena suerte. De todo corazón.

Jill se sintió tan sorprendida que por un momento no fue capaz de hablar.

Ese era el hombre que no hacía mucho había dicho que consideraba a Marte, el dios de la guerra, como la más estúpida de las deidades.

Cuando recuperó la voz, dijo:

—¿Por qué haces esto, Cyrano?

—¿Por qué? ¿Acaso olvidas que yo también estaba en el No Se Alquila cuando Juan y sus piratas se apoderaron de él? Casi estuvieron a punto de matarme. Quiero tomarme mi venganza, ver la expresión de su rostro cuando se dé cuenta de que el atrapado se convierte en atrapador, de que el pirata es pirateado.

—Esto no es ninguna guerra, enorme e impersonal, iniciada por codiciosos imbéciles locos de gloria a quienes no les importa cuántos miles de hombres resultarán masacrados, mutilados, enloquecidos, muertos de frío, de hambre, de enfermedades; cuántos niños y mujeres morirán; cuántas mujeres serán violadas o dejadas sin maridos o hijos.

»No, esto es algo personal. Conozco al hombre contra quien voy a luchar en esta pequeña y completamente justificada guerra. Y así piensa también Clemens, que aborrece la guerra tanto como yo.

Jill no discutió con él. En aquel momento, le daba la impresión de ser un niño pequeño. Un niño retardado. Todavía deseaba jugar a la guerra, pese a haber visto sus miserias y sus horrores.

No podía hacer nada excepto aceptar la propuesta de Sam. No tenía por qué obedecerle, puesto que él no tenía forma alguna de hacer cumplir sus órdenes. Pero si quería el láser, y realmente lo quería, no le quedaba más remedio que efectuar la incursión.

Su última esperanza de que no se presentaran los suficientes voluntarios murió apenas hizo la primera llamada. Había suficiente gente como para llenar tres helicópteros si hubieran estado disponibles.

Quizá, pensó, se habían sentido tan frustrados en la Torre que deseaban una acción violenta contra un enemigo al que pudieran ver, contra el que pudieran luchar. Pero realmente no lo creía.

Clemens tenía razón. Conocía la naturaleza humana. La naturaleza humana masculina, al menos. No, no era justo. La naturaleza de algunos hombres.

Siguió una hora de discusiones. Durante ellas, Cyrano dijo que conocía perfectamente la

disposición interior del Rex. Clemens cortó finalmente la comunicación, no sin antes asegurarse de que le serían comunicados los resultados de la incursión tan pronto como regresase el helicóptero.

—Si regresa —dijo Jill.

Los torpedos parecían avanzar directamente hacia ellos, pero Sam dio órdenes de hacer girar el barco a toda la potencia de sus motores. Un minuto más tarde, un observador a proa informó que los torpedos habían fallado por muy poco. El dirigible se cernía sobre ellos, avanzando rápidamente, como si tuviera intenciones de estrellarse contra la timonera. Sam aulló una orden para que fuera disparada una segunda andanada de cohetes. Antes de que la orden pudiera ser obedecida, la aeronave estalló.

Cuatro bombas estallando simultáneamente hubieran debido reventar todas las escotillas, desgarrar el casco del barco. De hecho, algunas escotillas saltaron en pedazos o fueron arrancadas hacia el interior hiriendo a algunas personas. El barco, inmenso y pesado como era, se estremeció. Sam fue lanzado contra la cubierta junto con todos los demás excepto el piloto, que estaba sujeto a su silla. Byron cayó inconsciente cuando un panel de plástico del parabrisas le golpeó directamente el rostro.

Sam se puso en pie mientras el humo penetraba en la sala de control, cegándole, haciéndole toser. Un hedor acre lo rodeaba. No podía oír nada; durante un minuto estuvo completamente ensordecido. Tanteó entre el humo y llegó hasta el panel de control. Conocedor de cada dial, palanca y botón, se aseguró que el barco seguía todavía su rumbo... si los mandos aún funcionaban. Luego soltó el ensangrentado e inconsciente cuerpo de Detweiller de su sillón y lo depositó en el suelo. Cuando se hubo sentado en el sillón ya podía ver de nuevo. La aeronave, o lo que había quedado de ella, estaba en el agua. Sus fragmentos estaban esparcidos a lo largo de centenares de metros cuadrados, algunos aún ardiendo. Brotaba humo de todos ellos, pero por aquel entonces el barco estaba ya fuera de la humareda. Enderezó el rumbo Río arriba. Tras conectar el piloto automático y asegurarse de que funcionaba correctamente, fue a estribor para comprobar los daños.

Joe estaba diciendo algo, con la boca enormemente abierta y gesticulando furiosamente. Sam se llevó un dedo a la oreja para indicar que no podía oírle. Joe siguió gritando. Su cuerpo mostraba un centenar de cortes.

Más tarde, después de que todo el mundo se hubiera calmado, Sam llegó a la conclusión de que tan sólo una de las cuatro bombas debía haber estallado. La fuerza de su explosión hubiera debido hacer estallar a las otras tres, pero seguramente no había ocurrido eso.

Nadie había resultado muerto, aunque había bastantes heridos. Afortunadamente, la explosión no había hecho estallar también los cohetes almacenados a bordo.

Detweiller era el herido más grave, pero al tercer día ya estaba en pie y caminando normalmente. El barco seguía aún cerca de la orilla, anclado en las proximidades de la piedra de cilindros que les había proporcionado el desayuno. Una amplia pasarela tendida entre el barco y la orilla permitía a la tripulación ir tranquilamente de uno a otra y a la inversa. Los daños estaban siendo reparados, y la tripulación iba por turnos a tierra. Sam decidió que aquél podía ser un buen momento de hacer más alcohol y pólvora. Se hicieron arreglos para intercambiar tabaco y algo del whisky y vino proporcionados por los cilindros de la tripulación por madera y líquenes de la zona.

Von Richthofen estaba muerto. Los únicos supervivientes del *Minerva* eran Samhradh y Hardy,

puesto que Newton se había ahogado estando aún inconsciente. Sam lloró cuando el cuerpo del alemán, envuelto en un saco lastrado, fue arrojado al Río. Siempre había sentido un gran aprecio hacia aquel bullicioso y alegre hombre.

—Sé por qué Greystock hizo esto —dijo Sam—. Juan Sin Tierra le hizo una oferta a la que no pudo resistirse. Y el cerdo por partida doble casi estuvo a punto de conseguirlo. Creo que Greystock era un hombre cruel, como todos los de su clase, pero no pienso que fuera desleal. Además, si lees tu historia... tú, Marc, no tú, Joe... verás que todos los nobles medievales eran célebres por su felonía. Su dios era el Oportunismo, no importa cuántas iglesias edificaran para mayor gloria de la Iglesia y de Dios. Todos tenían la misma moral que una hiena.

—No todos —dijo de Marbot—. Estaba William Marshal de Inglaterra. Él nunca cambió de lado.

—¿No sirvió a las órdenes del Rey Juan? —dijo Sam—. Tenía que tener un estómago fuerte para continuar con él. De todos modos, Juan lo ha intentado una vez y casi estuvo a punto de lograrlo. Eso me preocupa: ¿cuántos otros saboteadores puede haber preparado? Ahora comprenderéis por qué he insistido siempre en dobles guardias en todos los puntos vulnerables. Y cuádruples en el arsenal y la santabárbara.

»También es por eso por lo que ordené que todo hombre a bordo, y también toda mujer, informaran de cualquier conducta sospechosa que vieran. Sé que esto ha hecho sobresaltarse a mucha gente. Pero hay que ser realistas.

—No me eztraña que tengaz tantaz pezadillaz, Zam. Yo no me preocupo por todaz ezaz cozaz.

—Es por eso por lo que yo soy el capitán y tú solamente un guardaespaldas, Joe. ¿Acaso no te preocupas por protegerme?

—Cumpro con lo que conzidero ez mi deber y me preocupo zolamente por el mucho tiempo que paza entre laz comidaz.

Unos pocos minutos más tarde, el oficial jefe de comunicaciones informó que habían entrado en contacto con el *Parseval*. Tras hablar con Gulbirra, Sam tuvo la impresión de que estaba andando sobre un campo de minas. Traiciones, mentiras, frustración, inseguridad, confusión, y falsas informaciones, estaban aguardando para estallar bajo sus pies.

Fumando como un dragón aunque el puro le supiera a amargo, caminó arriba y abajo. Por lo que sabía, sólo dos personas en el barco compartían con él secreto de X... Joe Miller y John Johnston. Eran, o habían sido, ocho los que sabían del desconocido: Miller, Johnston, él, Firebrass (ahora muerto), de Bergerac, Ulises (que había desaparecido hacía mucho), von Richthofen (ahora muerto) y Richard Francis Burton. El ser al que Clemens llamaba X o el Misterioso Extraño (cuando no el bastardo o hijo de puta) le había dicho que había elegido a doce para alcanzar la Torre polar. Se suponía que X debía regresar a los pocos días y proporcionarle a Sam más información. Hasta ahora no lo había hecho.

Quizá los otros Éticos lo hubieran atrapado finalmente, y ahora estuviera... ¿dónde?

Sam les había contado a Miller y a von Richthofen todo referente al Extraño. Esto dejaba a seis contactados por X que le eran desconocidos a él. Aunque era posible que todos se hallaran en aquel barco. ¿Por qué X no les habría dado a cada uno una señal o una palabra clave de reconocimiento mutuo? Quizá eso era lo que pensaba hacer, pero había sido retardado. Las acciones de X eran tan

difíciles de prever como los ferrocarriles mexicanos.

Cyrano había sido quien le había hablado de Burton. Sam no sabía dónde estaría Burton, pero sabía quién era. Los periódicos habían estado llenos con sus hazañas en vida de Sam. Y Sam había leído su Narración personal de un peregrinaje a El-Medinah, Primeros pasos en África Oriental, Las regiones de los lagos del África Central, y su traducción de Las mil y una noches.

Además, Gwenafra lo había conocido personalmente, y le había contado a Sam todo lo que recordaba de él. Tenía sólo siete años aproximadamente cuando había sido resucitada por primera vez. Richard Burton la había tomado bajo su protección, y había viajado con él en un barco Río arriba durante un año. Luego había resultado ahogada, pero nunca había olvidado al orgulloso y curtido hombre.

Greystock también había estado con él. Pero ni Greystock ni éste Gwen sabían del Extraño. ¿O era Greystock un agente?

Aquel hombre, Burton. En la Tierra había conducido una expedición para descubrir las fuentes del Nilo. Aquí, estaba apasionadamente involucrado en alcanzar las fuentes del Nilo, aunque por una razón muy distinta. De Bergerac había contado que el Etico le había dicho que, si encontraba a Burton, era probable que Burton pretendiera haber perdido su memoria acerca de todo lo referente a los Éticos. Clemens le había contestado que él lo conocía mejor que eso, y que entonces Burton tendría que explicar por qué estaba pretendiendo sufrir amnesia. Muy curioso.

Luego estaban Stern, Obrenova, y Thorn. Y Firebrass. Sus papeles eran tan clandestinos como los de X y sus colegas.

¿En qué lado militaban?

Necesitaba ayuda para desenredar la madeja de aquel loco tapiz. Era el momento de una conferencia.

Al cabo de cinco minutos, estaba encerrado en su cabina con Joe y John Johnston. Johnston era un hombre corpulento, de enorme osamenta y poderosos músculos. Su rostro era agradable aunque bastante modelado; sus ojos, de un sorprendente color azul; su pelo, rojo brillante. Aunque era más alto que la mayoría, parecía pequeño al lado del titántropo.

Sam Clemens les comunicó las noticias. Johnston no habló al principio, pero el montañés era de la clase de hombres que hablan solamente cuando tienen algo realmente importante que decir. Joe dijo:

—¿Qué significa todo esto? ¿Quiero decir, esa puerta por la que solamente Pizcator pudo pasar?

—Lo descubriremos por Thorn —dijo Sam—. Por ahora lo que más me preocupa es Thorn y el resto de su sucio grupo.

—¿Crees realmente que Greystock era un agente de los Éticos? Creo que esa mofeta era simplemente uno de los hombres del Rey Juan.

—Podía serlo, y ser también al mismo tiempo un agente —dijo Sam.

—¿Cómo? —retumbó Joe Miller.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? De todos modos, querrás decir por qué. Eso es realmente lo que le dijo el ladrón a Jesús mientras este estaba siendo clavado en la cruz. ¿Por qué?

»Eso es lo que debemos preguntarnos. ¿Por qué? Si, yo creo que Greystock pudo haber sido un

agente. Simplemente se puso de acuerdo con el Rey Juan porque las finalidades de este coincidían con sus propias finalidades.

—Pero los agentes de Ellos no usan la violencia —dijo Johnston—. Al menos, eso es lo que me dijiste que te dijo X.

»No sólo odian la violencia, sino que ni siquiera les gusta tocar a los seres humanos.

—No, yo no dije eso. Yo dije que la violencia no era ética para los Éticos. Al menos, según X. Pero no sé si estaba mintiendo. Por lo que puedo decir, podía ser el Príncipe de las Tinieblas, el cual era, si recuerdas tu Biblia, el Príncipe de los Mentirosos.

—¿Entonces qué estamos haciendo? —dijo Johnston—. ¿Por qué estamos siguiendo sus órdenes?

—Porque no sé si estaba mintiendo. Y sus colegas no han tenido la cortesía o la decencia de hablar conmigo. No tenemos otra elección. Además, dije que X parecía más bien reluciente a acercarse demasiado. Como el abolicionista que aireaba después su casa cada vez que tenía a un negro a cenar.

Pero no he dicho nunca que los agentes fueran también brahmanes. Thorn y Firebrass evidentemente no lo eran. No sé.

De todos modos, Joe tiene una buena nariz para X. Entró en una ocasión en mi cabaña inmediatamente después de que X se fuera. Y dijo que olía a alguien no humano.

—Apeztaba diferente que Zam —dijo Joe, sonriendo—. Lo que no quiere decir que Zam apezte mejor.

—Erez gracioso, ¿eh? —dijo Sam—. De todos modos, Joe no ha vuelto a oler a nadie como aquél. Así que supuse que los agentes eran de origen humano.

—Zam fumaba puroz todo el tiempo —dijo Joe—. No podía oler nada en medio de toda eza apeptozidad.

—Ya basta con eso, Joe —dijo Sam—. O te voy a hacer subir a patadas a un platanero.

—¡Nunca vi un platanero en mi vida! Ni siquiera un plátano hazta que vine aquí y mi cilindro me dio uno para dezayunar. ¡No zupe qué hacer con él!

—Volvamos —dijo Johnston.

Las cejas de Sam se curvaron como los lomos de sendas orugas.

—¿Volvamos adónde?

—Volvamos al asunto.

—Oh, sí. Sea como sea, estoy seguro de que hay agentes a nuestro alrededor. El barco puede estar infestado de ellos. La cuestión es: ¿de quién son? ¿De X, o de los otros? ¿O de ambos?

—No parecen haber interferido demasiado —dijo Johnston—. No con el barco, al menos. Pero cuando nos acerquemos a las fuentes...

—No sé qué clase de interferencias puedan producirse. Aunque él nunca lo dijo, es seguro suponer que X horadó ese túnel y dejó esa cuerda para Joe y sus amigos egipcios. Pero no hay ninguna prueba de que los otros estén particularmente en contra de que nosotros, pobres terrestres, lleguemos a la Torre. Parece que simplemente no nos están facilitando las cosas. Aunque, de nuevo, ¿por qué no?

»Además, ¿qué pasa con Ulises? Apareció en el momento preciso y nos salvó cuando estábamos

luchando contra von Radowitz. Me dijo que era uno de los doce elegidos por X. Al principio supuse que era X quien lo había enviado. Pero no, Ulises dijo que el suyo era una Etica. Así pues, ¿hay algún otro de ellos metido en esto? ¿Otro renegado que es aliado de X? Le pregunté sobre ella, y simplemente se echó a reír. No quiso decirme nada.

»Pero quizá la mujer no fuera amiga de X. Quizá era una Etica que había oído algo de lo que estaba ocurriendo. Y que nos envió a Ulises simplemente para observar, un agente que había adoptado la identidad del histórico Ulises.

»Digo esto porque me encontré con dos micénicos que habían estado realmente en el sitio de Troya. Al menos, ellos afirmaban haber estado. Hay tantos impostores en el Río, ya sabéis. Ambos dijeron que Troya no estaba allá donde Ulises dijo que estaba. Me había dicho que Troya estaba mucho más al sur en Asia Menor de lo que decían los arqueólogos. Los dos griegos dijeron que estaba allá donde todo el mundo dijo siempre que estaba. Cerca de Hissarlik, Turquía. Bueno, ellos no identificaron la ciudad y el país bajo esos nombres, por supuesto. Ni siquiera existían en sus días.

»Pero dijeron que Troya estaba cerca del Helesponto, allá donde más tarde se levantaría Hissarlik. Así que, ¿qué opináis de todo ese embrollo?

—Si ese tipo griego era un agente —dijo Johnston—, ¿por qué diría una mentira como ésa?

—Quizá para convencerme de que era quien decía que era. El Ulises original. No era probable que encontráramos a alguien que pudiera llamarle mentiroso. Entre otras cosas, porque no pensaba quedarse el tiempo suficiente como para que se presentara esa oportunidad.

»Y hay otra cosa. Los eruditos de mi tiempo decían todos que el caballo de madera de Troya era un mito. La historia era tan creíble como las promesas de la campaña de un político. Pero Ulises dijo que había habido efectivamente un caballo de madera, y que había sido este caballo el que había permitido a los soldados griegos penetrar en la ciudad.

»Pero eso quizá podía ser también una mentira destinada a mí. Diciéndome que los eruditos estaban todos equivocados, sonaba como si realmente hubiera estado allá. Cualquiera que pueda pararse frente a mí, mirarme directamente a los ojos, y decirme que los eruditos tienen la cabeza llena de aserrín y de cagadas de ratón, porque él ha estado allí y en cambio ellos no, me convence. Los expertos se han pasado toda la vida en busca de un Paso al Noroeste, navegando en medio de una tormenta de nieve con un sextante, sin saber siquiera si el bauprés está a proa o a popa.

—Al menos, lo intentaban —dijo Johnston.

—También lo intentaba el eunuco en el harén del jeque. Me gustaría tener alguna idea de lo que está pasando. Estamos en aguas profundas, como le dijo Holmes a Watson.

—¿Quiénes eran ezoz tipoz? —dijo Joe.

El gigantesco montañés gruñó. Sam dijo:

—De acuerdo, John, lo siento. Esperaba al menos poder encontrar algún hilo que poder seguir en medio de toda esta maraña. ¡Infiernos, ni siquiera podemos encontrar un cabo!

—Quizáz Gwenaфра pudiera ayudarte un poco —dijo Joe—. Ez una mujer, coza que zupongo ya habráz notado, Zam. Tu decíaz que laz mujerez pueden ver cozaz que loz hombrez no pueden debido a zu intuición. Y ella no ez tonta. Puede que hace tiempo ze haya dado cuenta ya que tú le eztáz ocultando algo. En ezte momento debe eztar mordiéndoze laz uñaz en el zalón de oficialéz. Ziempre

hace lo mismo cada vez que tú tienes una conferencia sobre cosas que luego no le cuentas.

—No creo en la intuición de las mujeres —dijo Sam—. Sólo están culturalmente condicionadas a observar distintos esquemas de acción y lenguaje, distintos gestos e inflexiones de aquellos que observan los hombres. Son más sensitivas a algunas sutilezas debido a su condicionamiento.

—A fin de cuentas es lo mismo —dijo Joe—. ¿Qué importa cómo lo llames? Yo digo que estamos dándonos de cabezas contra la pared. Es el momento de que intervenga otro jugador en esta partida de póker.

—Las squaws hablan demasiado —dijo Johnston.

—Según tú, todo el mundo habla demasiado —dijo Sam—. De todos modos, Gwen es tan lista como cualquiera de los que estamos aquí, más lista quizá.

—Todo el mundo acabará enterándose de esto —dijo Johnston.

—Bien, si piensas en ello —dijo Sam—, ¿por qué no tendría que saberlo todo el mundo? ¿No es cosa de todo el mundo?

—El Extraño debe tener sus razones para desear que esto se mantenga en secreto.

—¿Pero son buenas razones? —dijo Sam—. Por otra parte, reconozco que, si lo voceáramos a los cuatro vientos, dentro de poco tendríamos a toda una multitud intentando alcanzar el Polo Norte. La Fiebre del Oro del 49 sería una ridiculez a su lado. Habría centenares de miles de personas deseando alcanzar la Torre. Y un millón merodeando por los alrededores para ver qué podían sacar de todo el asunto.

—Votemos con respecto a Gwen.

—¿Has oído hablar alguna vez de una mujer en un consejo de guerra? Lo primero que intentará será meter a todo el mundo bajo sus enaguas.

—Las mujeres ya no llevan enaguas —dijo Sam—. De hecho, no llevan mucha cosa encima, como sin duda habrás observado, para que puedan meterse a un hombre debajo de ello.

El voto fue dos contra uno. Johnston dijo:

—De acuerdo. Pero haz que mantenga sus piernas cruzadas cuando se siente, Sam.

—Ya he luchado bastante para conseguir que cubriera sus pechos —dijo Sam—. Es algo irremediable. Pero no es culpa suya. Casi todo el mundo se baña desnudo. Así que, ¿qué diferencia hay si es un poco descuidada respecto a cuántos centímetros cuadrados de carne deja al descubierto?

—No es la carne, es el pelo —dijo Johnston—. ¿A ti no te importa?

—Estoy acostumbrado a ello. Después de todo, viví casi en la misma época que tú. Pero yo no pasé mi vida entre los indios de las montañas Rocosas. Llevamos aquí treinta y cuatro años, John, en un planeta donde incluso la Reina Victoria se pasea por ahí con unas ropas que le hubieran causado un ataque al corazón seguido de diarrea si las hubiera visto llevar por alguien frente al palacio de Buckingham. Ahora la desnudez parece algo tan natural como dormirse en la iglesia.

Gwenafra, advertida por Sam, llevaba un taparrabo debajo de su falda. Se sentó en una silla y escuchó con los ojos muy abiertos mientras Sam explicaba por qué había sido admitida en el consejo.

Tras haber escuchado a Sam hasta el final, permaneció sentada en silencio por un momento, sorbiendo una taza de té. Luego dijo:

—Sabía más de lo que tú creías. Has hablado mucho en sueños. Sabía que me estabas ocultando algo muy importante. Eso me dolió mucho. De hecho, pensaba decírtelo, Sam. Pensaba exigirte que me dijeras lo que estaba ocurriendo. De otro modo, estaba dispuesta a abandonarte.

—¿Y por qué no lo dijiste? No tenía ni idea de tus sentimientos al respecto.

—Porque suponía que debías tener una muy buena razón para mantenérmelo oculto. Pero habíamos llegado a un punto en el que ya no podía soportarlo más. ¿No te has dado cuenta de cuán a menudo discutíamos últimamente?

—No me había pasado por alto. Pensaba que simplemente era una racha de mal humor por tu parte. Uno de esos misterios de las mujeres. Pero este no es lugar para discutir nuestros asuntos privados.

—¿Cuál es el lugar, entonces? Sé que yo hubiera dicho algo si tu te hubieras mostrado tan irritable. De todos modos, las mujeres somos tan misteriosas como una mina de estaño. Todo lo que tienes que hacer es llevar contigo una linterna a los lugares oscuros, y verlo todo. Pero a los hombres les gusta pensar que las mujeres son eternamente misteriosas. Lo cual ahorra a los hombres el problema de hacer preguntas, que siempre les ocupa un poco de tiempo y esfuerzos.

—Las eternas locuaces, entonces —dijo Sam—. Te tomas tanto tiempo en llegar al fondo de un asunto como en sorber el líquido de una botella vacía.

—Los dos habláis demasiado —dijo Johnston, con el ceño fruncido.

—¡No es lo mismo! —dijo ella, mirando furiosamente a Johnston—. Pero tienes razón. Quizá haya una cosa que podáis considerar como una clave al misterio de la Torre. Y es: ¿qué tipo de persona era Piscator?

—¿Eh?, hummm —dijo Sam—. Entiendo lo que quieres decir. ¿Por qué fue él capaz de entrar en la Torre mientras que los otros no pudieron? Bien, por una parte, puede que fuera un agente. Pero si los agentes pueden pasar a través de la barrera, ¿por qué no haría lo mismo Thorn?

»Además, ¿por qué Thorn debería utilizar el *Parseval* para llegar a la Torre? Los Éticos y sus agentes poseen sus propios medios de transporte, algún tipo de máquina volante.

—No lo sé —dijo Gwenafra—. Centrémonos en Piscator. ¿En qué era diferente de los demás? No podía ser un elemento físico, digamos las ropas, lo que daba la clave para la entrada. Todos lo probaron desnudos, aunque sólo Piscator logró penetrar.

»También había una diferencia entre cuán lejos podían llegar los unos con respecto a los otros. ¿Eran los elementos del carácter lo que hacía que algunos pudieran avanzar más que los otros?

—Necesitaríamos una computadora para hacer la estadística —dijo Sam—. De todos modos, Gulbirra conoce a los hombres del dirigible. Puede describirnoslos cuando llegue aquí, Claro que para hacer un trabajo científico, necesitaríamos saber la distancia exacta que pudo avanzar cada uno.

Y eso habría de ser comparado con el carácter de cada persona. Nadie tomó medidas allí, por lo que sé.

—Entonces consideremos tan sólo a Piscator.

—Era uno de esos samurais —dijo Johnston.

—No creo que la raza tenga nada que ver con el asunto —dijo Sam—. Hasta ahora no hemos descubierto ningún agente mongólico, aunque supongo que debe haber montones de ellos. Consideremos esto. Thorn no deseaba que Firebrass y Obrenova penetraran en la Torre. Así que los hizo saltar a sangre fría, sin mencionar a los inocentes que iban con ellos. Quizá, sin embargo, Thorn no sabía que Firebrass era un agente. Si lo sabía, consiguió a dos por el precio de uno.

—Quizá hubiera más de dos... —dijo Gwen—. No, sólo dos tenían esas bolitas negras en sus cabezas.

—¡Por todos los barbos saltarines! ¡No lo hagas más complicado de lo que es!

—Si esos dos hubieran podido entrar —dijo Gwen—, entonces habiéramos podido comparar sus caracteres con el de Piscator.

—Yo he estado mucho con Firebrass, y me olía completamente como cualquier otro ser humano. Eze Etico dejó un olor detrás de él cuando visitó a Zam. No era humano. Piscator sí era humano, aunque olía como huelen los asiáticos. Yo puedo distinguir los distintos tipos de pueblos debido a sus dietas.

—Pero tú nunca has encontrado a nadie que oliera no humano —dijo Sam—. Así que no sabemos si los agentes son no humanos. Seguramente tienen todo el aspecto de seres humanos.

—No, pero debía haber muchos de ellos a mi alrededor —dijo Joe—. Y aunque nunca he oído a nadie que no fuera humano, si hubiera habido alguno lo hubiera detectado en seguida. De modo que los agentes tienen que ser humanos.

—Podría ser —dijo Johnston—. Parece que aquí el muchacho piensa que si un no terrestre puede parecer en todos los aspectos una persona auténtica, entonces también puede oler como una persona auténtica.

Joe se echó a reír y dijo:

—¿Por qué no ponemos una nota en el gran salón? *Todoz los Eticoz y agentez a bordo por favor prezéntenze al capitán Clemenz.*

Gwenafrá había estado impacientándose y frunciendo el ceño desde hacía rato. Dijo:

—¿Por qué todos estáis intentando eludir la cuestión que he planteado? ¿Qué hay acerca de Piscator?

—Quizá seamos como el enano del circo que descubrió los zapatos del gigante bajo la cama de su mujer —dijo Sam—. Tenemos miedo de preguntar.

»Muy bien. Yo no tuve mucha relación con el caballero de Cipango. Se presentó unos dos meses antes de que el Mark Twain partiera. Según todos los informes, era una persona muy tranquila y en la que se podía confiar. Ni tímida ni reservada, simplemente no agresiva. Parecía llevarse bien con todo el mundo. Lo cual, según mis cuentas, lo hace sospechoso. Sin embargo, no era un hombre que dijera sí a todo. Recuerdo que tuvo una discusión con Firebrass acerca del tamaño de la aeronave que había que construir. Él creía que sería mejor construir un dirigible pequeño. El final de la

discusión fue que Piscator dijo que seguía pensando que tenía razón. Pero puesto que Firebrass era el jefe, haría lo que él dijera.

—¿Poseía alguna peculiaridad? —quiso saber Gwenafra.

—Estaba loco por la pesca, pero eso no lo considero una excentricidad. Pero, ¿por qué me lo preguntas a mí? Tú lo conociste.

—Sólo deseaba obtener otro punto de vista —dijo ella—. Cuando Gulbirra venga aquí, le preguntaremos acerca de él. Debe conocerlo mejor que nosotros.

—No olvidez a Zyrano —dijo Joe—. Él lo conozía también.

—Joe adoraba a Cyrano —dijo Sam—. El francés tenía una nariz más grande que la suya. Hacía que Joe se sintiera como en casa.

—Ezo ez una mentira. Ninguno de vozotroz pigmeoz tenéiz una nariz de la que podáiz zentiroz orgullozoz. Me guztaba Cyrano, aunque él y tú oz entendiéraiz como doz hienaz machoz en celo delante de una hembra encantadora.

—No está mal la comparación —dijo Sam friamente—. De todos modos, ¿qué es lo que piensas tú de Piscator, Gwen?

—Radiaba una especie de, ¿cómo lo llamáis? No magnetismo animal, puesto que no había nada sexual en ello. Sólo un cálido atractivo. Te caía bien automáticamente. Sabía congeniar con todo el mundo, incluso con los estúpidos. Pero sabía librarse de ellos siempre que le interesaba de la manea más elegante.

»No creo que fuera, ¿cuál es la palabra?, un fundamentalista o un musulmán fanático. Decía que el Corán debía ser comprendido alegóricamente. Decía también que la Biblia no debía ser leída literalmente. Podía citar largos pasajes de ambos libros, vosotros lo sabéis bien. Hablé con él un cierto número de veces, y me sorprendí cuando me dijo que Jesús era el profeta más grande después de Mahoma. Dijo también que los musulmanes creían que la primera persona en entrar en el cielo era María, la madre de Jesús. Tú me dijiste que los musulmanes odian a Jesús, Sam.

—No, dije que odian a los cristianos. Y viceversa.

—No, no dijiste eso. Pero no importa. Para resumir, Piscator me impresionó como un hombre bueno y sabio. Pero había algo más que eso en él. No sé como describirlo.

»Quizá fuera que parecía estar en este mundo y sin embargo no formar parte de él.

—Creo que entiendo lo que quieres decir —dijo Sam—. De alguna forma era moralmente, o quizá mejor decir espiritualmente, superior.

—Nunca hablaba o actuaba como si creyera que lo era. Pero si, eso parecía ser.

—Me hubiera gustado conocerlo mejor.

—Estabas demasiado ocupado construyendo tu barco, Sam.

Frigate no volvió a la cabaña hasta una hora antes de la cena. Cuando Nur le preguntó dónde había estado, dijo que había aguardado todo el día para ver a Novak. Finalmente, la secretaria de Novak le había dicho a Frigate que tendría que volver al día siguiente. Novak le reservaría un minuto o dos por la mañana.

Frigate parecía disgustado. Aguardar en la cola le hacía ponerse muy impaciente. Que hubiera aguardado durante tanto tiempo significaba que estaba profundamente decidido. Pero se negó a decir qué tenía en mente hasta que hubiera hablado con Novak.

—Si él dice que sí, entonces os lo diré.

Farrington, Rider y Pogaas le prestaron poca atención. Estaban demasiado ocupados discutiendo medios de recuperar el Abigarrado. Cuando le preguntaron si les ayudaría, Frigate dijo que aún no lo sabía. Nur se limitó a sonreír y dijo que él aguardaría hasta que los demás hubieran pensado realmente en los aspectos éticos de lo que pretendían hacer.

Nur, como siempre, sabía más acerca de lo que estaba pasando que los demás. Fue él quien les dijo, justo antes de que salieran de la cabaña para ir a buscar el desayuno, que la discusión era meramente académica. El Abigarrado había sido cargado con artefactos para comerciar por sus nuevos propietarios, y partiría Río abajo inmediatamente después del desayuno.

Martín estalló.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Tenía miedo de que hicierais algo desesperado, como intentar apoderaros del barco a plena luz del día, ante centenares de testigos. Nunca lo hubierais conseguido.

—¡No somos tan estúpidos!

—No, pero sí sois tan impulsivos. Lo cual es una forma de estupidez.

—Muchas gracias —dijo Tom—. Bien, quizá sea mejor así. Siempre he mostrado mis preferencias hacia una de esas patrulleras a vapor. Pero primero debemos reunir la antigua tripulación y encontrar a alguien que reemplace a las mujeres. Esto va a tomar tiempo y mucha planificación.

Hubo algunos retrasos, sin embargo. Un hombre de las oficinas del gobierno acudió y les dijo que tenían que trabajar para el estado como todos los ciudadanos o irse. Frigate estaba ausente cuando ocurrió esto. Volvió sonriendo ampliamente, y no pareció afectado en absoluto por las noticias.

—¡He conseguido convencer a Novak!

—¿Convencerle de qué? —dijo Farrington.

Frigate se sentó en una silla de bambú y encendió un cigarrillo.

—Bien, primero le pregunté si estaba dispuesto a construir otro dirigible para nosotros. No esperaba que dijera que sí, por supuesto, y no lo hizo. Dijo que tenía intención de construir otros dos dirigibles... pero no para nosotros. Serían usados como patrulleros y en caso de guerra, si es que se producía alguna guerra.

—¡Quieres que robamos su dirigible! —dijo Farrington. Aunque se había puesto furioso cuando Podgebrad les había abandonado, más tarde se había sentido aliviado por ello. Lo había negado, pero

resultaba obvio que se alegraba de no tener que volar en la aeronave.

—No. Ni Nur ni yo creemos que seáis capaces de robar la propiedad de otro, aunque os guste tanto hablar de ello. Vosotros fantaseáis demasiado. Además, Nur y yo no queremos tener nada que ver con robos.

»Después de que mi primera proposición fuera rechazada, hice la segunda. Novak murmuró hms y hms, y finalmente dijo que aceptaría mi sugerencia. No le requeriría ni los materiales ni el tiempo que habían requerido el dirigible. Se sentía en cierto modo culpable porque habíamos sido engañados, y pensaba que ayudándonos un poco nos compensaría en cierta forma.

»Además, Novak está interesado en los globos. Su hijo era un aficionado a ellos.

—¡Globos! —dijo Martin—. ¿Todavía sigues con esa loca idea?

Tom pareció interesado.

—Pero no sabemos nada de los vientos que hay por encima de las montañas —dijo—. Podemos ser arrastrados hacia el sur.

—Es cierto. Pero estamos un poco al norte del ecuador. Si los vientos de las capas superiores de la atmósfera son aquí parecidos a los de la Tierra, lo más probable es que seamos arrastrados hacia el norte y hacia el este. Una vez pasadas las zonas de calmas tropicales, el asunto cambia. Pero tengo en mente un tipo de globo que podrá llevarnos hasta la zona ártica.

—¡Esto es una locura! ¡Una locura! —dijo Martin, agitando la cabeza.

—¿Te niegas a colaborar?

—Yo no he dicho eso. Yo también he estado siempre un poco loco. Además, no creo que los vientos vayan a sernos favorables. Deberíamos volver a lo práctico y construirnos otro barco.

Farrington estaba equivocado, y probablemente sabía que estaba expresando simplemente un deseo. El aire, a la altitud en que flotarían, soplaba hacia el nordeste.

Sin embargo, cuando los demás supieron el tipo de globo que Frigate proponía construir, todos protestaron vehementemente.

—Sí, ya sé que nunca ha sido intentado, excepto sobre el papel —dijo Frigate—. Pero es nuestra posibilidad de intentar algo único.

—Sí —dijo Martin—. Pero sabes que Julio Verne propuso esa idea en 1862. Si era una buena idea, ¿por qué nadie la intentó nunca?

—No lo sé. Yo la hubiera intentado en la Tierra si hubiera tenido el dinero necesario. Mirad. Es la única forma de poder recorrer con seguridad distancias considerables. Si utilizamos un globo convencional, podremos sentirnos afortunados si recorremos cuatrocientos o quinientos kilómetros. Eso sigue representando un millón de kilómetros de viaje por la superficie. Pero con el Julio Verne, y un poco de suerte, podemos recorrer todo el camino hasta las montañas polares.

Tras mucha discusión, los otros terminaron por aceptar que podían intentar aquel plan. Pero cuando se inició el proyecto, Frigate empezó a mostrarse intranquilo. A medida que se acercaba el momento de la partida, se volvía cada vez más nervioso. Algunas pesadillas sobre globos le mostraron lo profundas que eran sus aprensiones. Pese a todo, a los demás no les expresó otra cosa que una gran confianza.

Julio Verne había propuesto en su novela Cinco semanas en globo una idea que parecía

realizable... aunque peligrosa. En su libro funcionaba, pero Engate sabía que la realidad fracasaba a menudo en su intento de darle diplomáticamente la razón a la literatura.

El globo fue construido, y la tripulación realizó una docena de vuelos de prácticas. Estos, ante la sorpresa de todo el mundo, especialmente Frigate, no evidenciaron más que algunos problemas menores. Sin embargo, todos los vuelos de entrenamiento se realizaron a bajas altitudes, que mantenían al aerostato por debajo de las cimas de las montañas que emparedaban el Valle. Subir por encima de ellas representaba alejarse a distancias considerables de Nueva Babilonia, lo cual hacía imposible su regreso antes de que estuvieran preparados para el vuelo final.

La tripulación tendría que efectuar el auténtico entrenamiento cuando se aventurara en la estratosfera.

El doctor Fergusson, el héroe de Verne, había construido un globo basado en el hecho de que el hidrógeno, cuando es calentado, se expande. Este principio había sido utilizado en 1785 y en 1810 con desastrosos resultados. El imaginario calentador de Verne, sin embargo, era mucho más científico y poderoso, y funcionaba... sobre el papel. Frigate poseía una tecnología mucho más avanzada que la de la época de Verne, y había efectuado algunas modificaciones en el sistema. Cuando el globo estuvo terminado, pudo afirmar que era en realidad el primero de su tipo. Estaban haciendo historia.

Frisco dijo con mucha vehemencia que nadie había plasmado la idea de Verne porque nadie hasta entonces había sido lo bastante loco. Aunque en el fondo estaba de acuerdo con él Frigate no dijo nada. Aquél era el único tipo de aerostato que podía recorrer las inmensas distancias que debían ser atravesadas. Ahora no iba a echarse atrás. Demasiadas veces, en ambos mundos, había iniciado algo y luego no se había visto con fuerzas de seguir adelante. Incluso si resultaba muerto, iba a continuar hasta el final.

El hecho de que su testarudez matara también a los demás era lo que le preocupaba. De todos modos, todos conocían los peligros. Nadie había sido obligado a ir con él.

El despegue final se produjo según lo previsto justo antes del alba. Las luces de arco y las antorchas resplandecían en medio de la enorme multitud que ocupaba la llanura. La envoltura del globo, pintada con aluminio, flotaba como una arrugada piel de salchicha colgando de un invisible gancho.

El Julio Verne, en aquel estado del vuelo, no se correspondía con la idea que podía tener un profano de un globo, una esfera completamente expandida. Pero a medida que ascendiera iría hinchándose gracias al calor aplicado y a la decreciente presión del aire a su alrededor.

Se pronunciaron los discursos y se hicieron los brindis. Tom Rider observó que Frisco utilizaba un recipiente dos veces más grande que los demás. Dijo algo acerca del «valor por la botella», pero no lo suficientemente fuerte como para que Frisco pudiera oírlo. Cuando Frisco entró en el vehículo, estaba sonriendo y agitando alegremente la mano hacia los espectadores.

Peter Frigate completó la pesada final. Hasta entonces, todo se había limitado a asegurarse de que el peso —envoltura, gas, red, suspensión, lastre, cesta, equipo, víveres, aeronautas— fuera ligeramente inferior a su fuerza de ascensión. El Julio Verne era el primer aerostato en el cual el peso de despegue era ligeramente superior al empuje de ascensión del gas.

La cabina que colgaba bajo la bolsa de gas tenía forma de calabaza, y su casco era una aleación de magnesio formando doble pared. En su centro había una estructura en forma de L, el vernier. Dos delgadas tuberías de plástico salían por dos orificios de la cabina sobre sus cabezas. Estos orificios estaban cuidadosamente sellados para impedir que se escapara el aire de la cabina.

Desde allí, las tuberías de plástico seguían hacia arriba más allá del herméticamente sellado cuello de la envoltura.

Sus extremos estaban unidos a dos tubos de aleación ligera que subían hasta distintas alturas en su interior. Uno era más largo que el otro; los extremos de ambos estaban abiertos.

La tripulación había estado muy charlatana antes de embarcar. Ahora miraron a *Frigate*.

—Cierren la compuerta principal —dijo éste, y el ritual del despegue se inició.

Frigate comprobó una válvula y dos llaves de paso fijadas al vernier. Abrió una pequeña trampilla en un lado cerca de la parte superior de la estructura en forma de L. Ajustó otra llave de paso hasta que oyó un ligero silbido. Este procedía de una estrecha boquilla al extremo de un tubo de acero en el compartimiento superior.

Prendió un encendedor eléctrico con punta de aluminio y lo acercó al horno. Una pequeña llama hizo pop en el extremo de la boquilla. Giró la llave de paso para incrementar la llama, ajustó otras dos para regular la mezcla de oxígeno e hidrógeno que alimentaba la antorcha. La llama empezó a calentar la base del ancho cono de platino situado justo encima de ella.

El extremo inferior del tubo más largo que penetraba en el globo estaba unido al vértice del cono. A medida que el calor se expandía en el cono, el hidrógeno ascendía, penetrando en el globo y haciendo que éste se expandiera también. El hidrógeno más frío de la mitad inferior del globo, ayudado por un efecto de succión, fluía a la extremidad abierta del tubo más corto dentro de la envoltura. Descendía por este tubo hasta la parte lateral del vernier, junto al cono. Allí era calentado y ascendía de nuevo, completando así el circuito.

Uno de los compartimientos en la base del vernier era una batería eléctrica. Era mucho más ligera e infinitamente más potente que la batería utilizada por Fergusson en la novela de Verne. Descomponía el agua en sus elementos, hidrógeno y oxígeno. Esos fluían a compartimientos separados, y luego se dirigían a una cámara de mezcla, donde el oxidrógeno era enviado a la antorcha.

Una de las modificaciones de *Frigate* al sistema de Verne era una tubería que conducía de la cámara de almacenamiento del hidrógeno a la tubería más corta. Abriendo dos llaves de paso, el piloto podía permitir que el hidrógeno de la cámara de almacenamiento fluyera al interior del globo. Era una medida de emergencia a utilizar tan sólo para reemplazar el hidrógeno que pudiera fugarse del interior del globo. Cuando se hacía esto, la antorcha debía ser apagada, puesto que el hidrógeno es altamente inflamable.

Pasaron quince minutos. Luego, sin ningún movimiento apreciable, la cabina se elevó del suelo. *Frigate* cerró la antorcha unos pocos segundos más tarde.

Los gritos de los espectadores se hicieron menos audibles, luego desaparecieron. El enorme hangar se encogió y se convirtió en una casa de muñecas. Por aquel entonces el sol había iluminado la montaña, y las piedras a lo largo del Río tronaron como una descarga de artillería.

—Es nuestra salva de honor de mil cañonazos —dijo Frigate.

Nadie se movió ni dijo nada durante un rato. El silencio era tan intenso como en el fondo de una profunda cueva. Sin embargo, las paredes de aleación de la cabina no poseían cualidades aislantes del sonido. Cuando el estómago de Frisco dejó oír un quejido, resonó como un distante trueno.

Un ligero viento estaba soplando ahora, empujando al globo hacia el sur, apartándolo de su meta. Pogaas asomó la cabeza por una portilla abierta. No había ninguna sensación de movimiento, puesto que el globo viajaba a la misma velocidad que el viento. El aire en torno al casco era tan inmóvil como si se hallara en una habitación cerrada. La llama de una vela colocada encima del vernier hubiera ardido verticalmente recta.

Aunque había montado en aerostatos muchas veces antes, Frigate siempre se sentía presa de éxtasis durante los primeros minutos de vuelo. Ninguna otra forma de volar —ni siquiera el vuelo libre— le producía la misma sensación. Se sentía como un espíritu incorpóreo, libre de las trabas de la gravedad, de las preocupaciones e inquietudes de la carne y de la mente.

Era una ilusión, por supuesto, ya que la gravedad sujetaba al globo con sus garras, jugaba con él, y podía aplastarlo contra el suelo en cualquier momento. Y las preocupaciones e inquietudes no tardaban mucho en volver a él. Y entonces hacían trabajar tanto a su cuerpo como a su cerebro.

Frigate agitó la cabeza como un perro saliendo del agua, y volvió al trabajo que debía ocupar al piloto de un globo atareado durante la mayor parte del vuelo. Comprobó el altímetro. Mil ochocientos metros. El variómetro o estatoscopio indicaba que el índice de ascensión estaba incrementándose a medida que el sol calentaba el gas dentro de la bolsa. Tras comprobar el almacenamiento de O y H y verificar que las cámaras estaban llenas, desconectó la batería del agua. Por el momento, no tenía nada que hacer excepto vigilar el altímetro y el variómetro.

El valle se estrechaba bajo ellos. Las negroazuladas montañas, salpicadas de enormes manchas de líquenes gris verdosos y gris azulados, se alejaban. Las brumas que enmarcaban el Río y las llanuras iban desapareciendo tan rápidamente como ratones que han oído la noticia de que hay un gato por las inmediaciones.

Estaban siendo arrastrados hacia el sur a una velocidad creciente.

—Estamos perdiendo terreno —murmuró Frisco. Sin embargo, habló tan sólo para aliviar la tensión nerviosa. Los globos sonda habían demostrado que el viento estratosférico soplaba en dirección norte.

—Última oportunidad de fumar un cigarrillo —dijo Frigate. Todo el mundo excepto Nur encendió uno. Aunque fumar era algo prohibido en todos los globos anteriores al Julio Verne, estaba permitido a bajas altitudes. No tenía sentido preocuparse por quemar un poco de tabaco cuando había presente una llama.

Ahora el globo se había elevado por encima del valle, y se asombraron ante la vista de más de uno al mismo tiempo. Allí estaban, hilera tras hilera. A su izquierda estaban los valles —en realidad anchos y profundos cañones— por los que habían pasado en el Abigarrado. Y a medida que seguían ascendiendo, el horizonte parecía huir como si les tuviera miedo. Frigate y Rider hablan visto este fenómeno en la Tierra, pero los demás estaban maravillados. Pogaas dijo algo en swazi. Nur murmuró:

—Es como si Dios estuviera desplegando el mundo como si fuera un mantel.

Frigate cerró todas las portillas, y abrió el suministro de oxígeno y conectó un pequeño ventilador que absorbía el anhídrido carbónico y lo retenía en una capa de material absorbente. A dieciséis kilómetros de altitud, el Julio Verne entró en la tropopausa, el límite entre la troposfera y la estratosfera. La temperatura fuera de la cabina era de setenta y tres grados bajo cero.

Entonces el viento contrario se apoderó del aerostato y le hizo girar ligeramente sobre si mismo. A partir de aquel momento, a menos que encontraran un viento opuesto, tendrían la impresión de estar en un tiovivo que se moviera muy lentamente.

Nur reemplazó a Frigate en el puesto de piloto. Pogaas fue el siguiente, y Rider hizo la tercera guardia. Cuando Farrington se hizo cargo del pilotaje, había perdido ya su nerviosismo. Estaba al control, y esto marcaba toda la diferencia. Frigate recordó cómo Farrington había descrito en uno de sus libros su gran exultación cuando, a la edad de dieciséis años, se le había permitido hacerse cargo del timón de una goleta con mal tiempo. Tras observarlo algunos minutos ante la rueda, el capitán se había ido abajo. Farrington era el único hombre en cubierta, la seguridad del barco y de la tripulación estaba en sus manos. Había sido una experiencia extasiante que nunca había sido superada en una vida llena de peligrosas aventuras.

Sin embargo, tan pronto como Frigate lo relevó, perdió su sonrisa, y pareció tan tranquilo como antes.

El sol seguía ascendiendo, y con él el Julio Verne. El globo estaba cerca ahora de su equilibrio de presión, lo cual quería decir que la excursión había terminado. Puesto que su boca estaba cerrada herméticamente, en vez de estar abierta como en los globos comunes, seguiría subiendo hasta que la dilatación fuera excesiva. En este punto la cubierta podía rasgarse, y entonces la caída hasta el suelo sería tan rápida que apenas les permitiría rezar un responso por sus propias almas. Pero se habían tomado medidas contra esto.

Frigate comprobó el altímetro y luego hizo girar un tambor metálico instalado sobre su cabeza. Estaba atado por una cuerda a una válvula de madera en el cuello del globo. Se abrió, soltando algo de gas. El globo descendió. Pronto volvería a ascender de nuevo, sin embargo, lo cual quería decir que habría que soltar más gas. Si el globo descendía demasiado, habría que encender de nuevo la antorcha a intervalos, y también cerrar la antorcha y alimentar el globo con más hidrógeno.

Era preciso un juicio sereno y preciso para saber exactamente cuánto gas había que soltar y cuánto reemplazar. Extraer demasiado hidrógeno significaba caer demasiado aprisa. Una excesiva cantidad de hidrógeno significaba que el aparato podía llegar a ascender más allá de su equilibrio de presión. Una válvula de seguridad en la parte alta del globo soltaría automáticamente gas en caso necesario para prevenir el estallido del globo si la válvula no se había helado, pero entonces, seguramente, el globo se volvería demasiado pesado.

Además, el piloto debía estar atento a las inesperadas corrientes cálidas de aire. Esas podían elevar el Julio Verne demasiado rápido y llevarlo por encima de su altura máxima con relación a la presión. Un repentino enfriamiento podía precipitar el aparato hacia abajo.

El piloto podía, en esa última circunstancia, ordenar que fuera arrojado lastre, pero esto podía dar como resultado un movimiento de yo-yo. Y si perdía todo su lastre, se encontrarían en problemas.

La única forma de perder rápidamente altitud era soltar más gas. Lo cual significaba que el quemador podía no ser capaz de expandir el hidrógeno con la suficiente rapidez.

Nadie sabe los problemas que yo he visto, podría ser su canción.

Sin embargo, el día pasó sin ninguna emergencia de esas que crisan los nervios. El sol se puso, y el Julio Verne, con su hidrógeno enfriándose, empezó a descender. El piloto tuvo que encender el quemador lo suficientemente como para volver a elevarlo de nuevo, y luego mantener el aparato por encima de la tropopausa. Los que no estaban de servicio se acurrucaron bajo gruesas ropas y durmieron como pudieron.

Ser la única persona despierta de noche resultaba algo espectral. La iluminación era débil. La luz de las estrellas penetraba por las portillas, pero ésta, junto con algunas pequeñas luces encima de los medidores y diales, no era suficiente como para que uno se sintiera cómodo. El casco de aleación amplificaba cualquier ruido: el golpe de una mano contra el suelo cuando alguien se daba la vuelta y dejaba caer un brazo; Pogaas murmurando en swazi; Frisco rechinando los dientes; Rider roncando suavemente como un caballo; el ventilador zumbando.

Cuando Frigate encendió la antorcha, la repentina explosión y el subsiguiente rugir despertaron a todo el mundo de su sueño. Luego fue su turno de arrebujarse bajo las ropas, de dormir, de ser despertado momentáneamente por la antorcha o por una pesadilla o por la sensación de caída.

Llegó el amanecer. Los tripulantes se levantaron a distintas horas, utilizaron el sanitario químico, bebieron café o té instantáneos, y comieron de las provisiones reservadas de los cilindros, suplementadas con pan de bellotas y pescado seco. Los desechos del sanitario no fueron evacuados. Abrir una escotilla a aquella altitud significaba una caída posiblemente fatal de la presión del aire, y cualquier pérdida de peso incrementaba la flotabilidad.

El Frisco Kid, cuyos ojos estaban mejor entrenados en el cálculo de la velocidad del suelo, opinó que estaban avanzando a unos cincuenta nudos.

Antes del mediodía, el globo se vio atrapado por un viento que lo impulsó hacia el sur durante varias horas antes de hacer girar el aparato de nuevo hacia el nordeste. Al cabo de tres horas se encaminaban hacia el sur de nuevo.

—Si esto sigue así vamos a estar moviéndonos en redondo siempre —dijo Frigate sombríamente—. No entiendo esto.

Más tarde, aquella tarde, regresaron al rumbo deseado. Frigate dijo que debían descender hasta los vientos superficiales y probar suerte allí. Estaban lo suficientemente lejos del norte como para que los vientos se dirigieran en líneas generales hacia el nordeste.

Tras apagar el quemador, el gas fue enfriándose lentamente. El Julio Verne descendió primero lentamente, luego a mayor velocidad. Nur conectó el quemador unos pocos minutos para comprobar su descenso. A trece kilómetros de altura, el viento aflojó, empujándoles en dirección contraria, la no deseada. También hizo girar al aparato en dirección contraria a la de antes. Nur lo hizo seguir descendiendo hasta unos dos mil metros por encima de las montañas. Ahora avanzaba en un ángulo con relación a los valles, que estaban alineados paralelamente al norte y al sur en aquella zona.

—¡Estamos yendo de nuevo hacia el nordeste! —dijo alegremente Frigate.

Al mediodía del tercer día fueron arrastrados por un viento estimado de unos veinticinco

kilómetros por hora. Sólo el Julio Verne podía haber conseguido esta hazaña. Cualquier otro tipo de globo no hubiera podido ascender hasta la estratosfera o descender hasta los vientos superficiales sin perder demasiado gas en la maniobra.

Abrieron las portillas para dejar penetrar el tenue fresco aire. Las corrientes ascendentes y descendentes les causaban una cierta incomodidad, principalmente por los cambios de presión del aire. Tenían que estar deglutiendo constantemente para aliviar sus tímpanos. Al anochecer, las corrientes se hicieron menos violentas.

Al día siguiente, a media tarde, se vieron sorprendidos por una tormenta. Farrington estaba de piloto cuando las negras nubes debajo de ellos parecieron subir bruscamente a su encuentro. Por un momento, la tormenta pareció mantenerse lo suficiente por debajo. Pero empezaron a surgir zarcillos que treparon por el aire como los tentáculos de un pulpo. Al momento siguiente, el propio cuerpo del pulpo pareció saltar hacia ellos. Y se hallaron envueltos en una oscuridad cebrada por relámpagos. Al mismo tiempo, empezaron a girar como pulgas en una peonza.

—Estamos cayendo como un ladrillo —dijo Frisco calmadamente. Ordenó que fuera arrojado algo de lastre, pero el globo siguió cayendo. Los relámpagos estallaban cerca, inundando el aparato con una luz que hacía aparecer todos sus rostros de color verde. Los truenos resonaban en la cámara de los ecos que era la cabina, y sus oídos les dolían terriblemente. La lluvia entró en tromba por las abiertas portillas y cubrió el suelo, añadiéndose a la humedad.

—¡Cerrad las portillas! ¡Tom y Nur, arrojad el saco de Lastre número Tres!

Corrieron a obedecerle. Sentían sus cuerpos ligeros, como si la cabina estuviera cayendo tan rápidamente que les hiciera flotar.

Otro rayo cercano les arrojó luz y miedo. Todos vieron una negra roca debajo, la plana cima de una montaña ascendiendo hacia ellos.

—¡Dos Sacos Número Dos!

Nur, mirando por una de las portillas, dijo muy alto pero muy calmadamente:

—¡Los sacos no caen mucho más aprisa que nosotros!

—¡Dos Número Uno más!

Otro tremendo relámpago sacudió el aire en sus inmediaciones.

—¡No vamos a conseguirlo! —gritó Frisco—. ¡Otros dos Número Uno! ¡Preparados para arrojar todo el lastre!

El borde de la cabina golpeó contra el borde de la cima de la montaña. La cabina se agitó, lanzando a toda la tripulación al suelo. Las momentáneamente flojas cuerdas de sustentación se tensaron de nuevo, y la tripulación, que estaba intentando ponerse en pie, volvió a caer de nuevo en confuso montón. Afortunadamente, el salvaje tirón no rompió las cuerdas.

Ignorando sus heridas, volvieron a ponerse en pie y miraron por las portillas. Oscuridad, excepto las débiles luces interiores. Otro rayo. Estaban demasiado cerca del lado de la montaña, y la corriente descendente estaba empujando todavía el globo. Las puntiagudas copas de gigantescos árboles de hierro ascendían hacia ellos como erizadas jabalinas.

Era demasiado tarde para conectar el quemador. Su efecto sería despreciable en el poco tiempo que les quedaba antes del impacto. Además, la colisión con la cima de la montaña debía haber

aflojado las uniones de los tubos. Si era así, una chispa podría convertir el interior de la cabina en un horno.

—¡Todo el lastre! —aulló Frisco.

Repentinamente estuvieron fuera de las nubes, pero la oscuridad era ahora un intenso grisor. Aunque podían ver lo suficiente como para discernir las copas de los árboles girando inmediatamente debajo de ellos.

Frisco abandonó su puesto para ayudar a los otros a arrojar los sacos y los contenedores del agua. Pero antes de que nadie pudiera arrojar nada, antes de que Nur pudiera pulsar un botón para soltar el lastre, la cabina chocó contra las ramas superiores de un árbol de hierro. De nuevo fueron arrojados por el suelo. Impotentes, oyeron espantosos crujidos. Pero las ramas resistieron, primero inclinándose, luego enderezándose, y lanzaron la cabina hacia arriba contra la envoltura del globo.

Volvió a caer, fue atrapada de nuevo por las casi irrompibles ramas. Sus ocupantes fueron arrojados en confuso montón, como si fueran dados agitados dentro de un cubilete.

Frigate estaba golpeado, arañado por todas partes, conmocionado. Sin embargo, estaba lo suficientemente lúcido como para pensar en el daño que debían estar sufriendo los tubos de plástico atrapados y golpeados violentamente entre cabina y globo.

Si... ¡oh, Dios, haz que no suceda!... si los tubos se soltaban del globo... si las puntas de las ramas agujereaban su envoltura... la cabina caería al suelo... a menos que quedara sujeta por las ramas o sus cuerdas se enredaran entre ellas.

No. La cabina estaba ascendiendo ahora.

¿Había resistido el globo? ¿Para ascender en dirección al Río? ¿O para golpear contra el lado de la montaña y su envoltura rasgarse contra los salientes de la roca?

Mientras la tormenta estaba en su apogeo, la aeronave surgió procedente del norte por encima de la montaña. Los relámpagos, la única iluminación, rasgaban el cielo. El radar barría el valle por encima de las copas de los árboles, a través de las espiras de roca, cruzando el Río y centrándose en el gran barco. El detector pasivo del radar indicaba que el radar del barco no estaba operando. Después de todo, el barco estaba anclado, ¿y para qué usar el radar si no era esperado ningún enemigo?

La enorme compuerta de la panza de la nave se abrió. El helicóptero, asentado sobre una plataforma, empezó a hacer girar sus palas. En su interior había treinta y un hombres. Boynton a los controles, de Bergerac a su lado. Armas y cajas de explosivos apiladas en la parte de atrás.

Tan pronto como los motores estuvieron calientes, Boynton hizo la señal. Szentes, el conamaestre a cargo de la maniobra, escuchó por los micrófonos de su casco, recibiendo el informe de último minuto sobre el viento. Luego alzó una pequeña bandera arriba y abajo. ¡Adelante!

El helicóptero se alzó dentro del enorme hangar, avanzó lateralmente saliendo de la plataforma, colgó sobre la abertura, con las luces del hangar destellando en las puntas de las girantes palas. Luego se dejó caer como una piedra, y de Bergerac, mirando hacia arriba por el parabrisas, vio la colosal nave emerger en medio de las negras nubes y luego desaparecer.

Cyrano sabía que el planeador biplaza sería lanzado dentro de un minuto. Bob Winkelmeier estaría a los controles; James McParlan sería el pasajero. Winkelmeier era un graduado de West Point, un aviador que había sido derribado por un Zero durante un vuelo de exploración sobre una isla al norte de Australia. McParlan había sido famoso en los años 1870. Un detective de Pinkerton, se había infiltrado en los Mollie Maguires, una organización secreta terrorista de mineros irlandeses en Pensilvania. Bajo el nombre de James McKenna, había conseguido penetrar muy profundamente en la banda, escapando por poco a ser descubierto y muerto en multitud de ocasiones. Como resultado de todo ello, los Maguires habían sido arrestados, diecinueve de ellos fueron colgados, y los propietarios de la mina continuaron explotando a sus empleados.

Winkelmeier y McParlan se posarían en el Río, donde hundirían su planeador. Más tarde, si tenían oportunidad, se enrolarían a bordo del *Rex*. Habría vacantes, puesto que era dudoso que el grupo incursor pudiera dar su golpe sin matar a algunos de los tripulantes del *Rex*.

Como Sam Clemens les había dicho a los dos:

—El Podrido John no tiene el monopolio de los agentes dobles. Llegad hasta él, muchachos, captando su confianza. Es decir, si la incursión fracasa. Quizá no tengáis que hacerlo. Pero conozco su escurridizo carácter. Es el poste engrasado por el que el mono no puede subir.

»De modo que, si se sale de ésta, os uniréis a su tripulación. Y entonces, cuando llegue el Armagedón, volaréis su barco. Será como si Gabriel hubiera situado a dos ángeles disfrazados de demonios en el Infierno.

El helicóptero se sumergió entre las nubes. Los rayos abrían chasqueantes el mundo, deslizándose como una llameante espada entre tierra y cielo. Los truenos hacían resonar la bóveda celeste. La lluvia golpeaba contra los parabrisas, enturbiando la visión. El radar del aparato, sin embargo, tenía

localizado al barco, y al cabo de dos minutos las luces de su blanco aparecieron débiles allá abajo. Boynton hizo deslizar el helicóptero en un ángulo de cuarenta y cinco grados en dirección al barco, luego lo dejó caer hasta que estuvo cerca del Río. A toda velocidad, mientras los relámpagos rasgaban la tela de la noche, avanzó a un metro por encima de la superficie del agua. Ahora las luces de la timonera y de los muelles se hacían más grandes y brillantes.

Bruscamente, el helicóptero se elevó de nuevo, descendió en vertical sobre la cubierta de vuelos, se detuvo suspendido unos instantes, y se posó. Se tambaleó ligeramente cuando sus ruedas entraron en contacto con la superficie. Se inmovilizó, las palas silbaron al disminuir su velocidad, y sus portezuelas se abrieron de golpe.

Cuando de Bergerac pisó la cubierta, los motores ya se habían parado. Boynton estaba ayudando a los hombres a salir por su lado; Cyrano estaba ordenando a un hombre que aún estaba en el aparato que sacara las cajas de bombas.

Cyrano alzó la vista hacía la cubierta superior de la timonera. Por ahora, nadie parecía estar mirando hacia afuera por su escotilla de estribor, no había sonado ninguna alarma. Su suerte era aún mejor de lo que habían esperado. Increíblemente, no había centinelas. O, si los había, no se habían dado cuenta de nada de lo que estaba ocurriendo. Quizá se sentían muy seguros en aquella zona. Una buena parte de la tripulación debía estar en tierra. Y los centinelas puede que no estuvieran en sus puestos, dormidos, borrachos o haciendo el amor.

De Bergerac sacó su pistola Mark IV y palmeó la empuñadura de su espada.

—¡Seguidme!

Cinco hombres echaron a correr tras él. Otros dos grupos se dirigieron hacia los puestos que les habían sido asignados. Boynton se quedó en el helicóptero, preparado para poner el motor en marcha en el momento adecuado.

La cubierta de vuelos era una extensión de la parte superior del texas. El francés corrió hacia la timonera, los pies de sus hombres resonando contra su superficie de roble. Al llegar a la entrada de la segunda cubierta de la timonera, hizo una pausa. Ahora alguien estaba gritando algo por la escotilla abierta de la cabina de pilotaje, arriba. Cyrano lo ignoró y cruzó el umbral. Los otros le siguieron hacia arriba por la empinada escalerilla. Antes de que el último hombre hubiera entrado, sonó un disparo. Cyrano miró hacia abajo.

—¿Algún herido? —gritó.

—¡Estuvo a punto de darme a mí! —dijo el hombre que iba inmediatamente detrás de él, Cogswell.

Estaban empezando a sonar alarmas arriba, y de lejos les llegó el sordo mugir de una sirena. Al cabo de pocos segundos se le unieron otras sirenas.

La segunda cubierta era un corredor brillantemente iluminado flanqueado por cabinas en la que debían alojarse los oficiales jefes y sus mujeres. Posiblemente Juan Sin Tierra debía estar en la cabina de la izquierda, justo debajo de la escalerilla que conducía hacia arriba al puente o a la sala de pilotaje. Clemens había planeado quedarse esa cabina, puesto que era la más grande, y no era probable que Juan hubiera tomado otra más pequeña.

Había cuatro puertas a cada lado del pasillo. Una de ellas se abrió apenas de Bergerac apareció

en él. Un hombre asomó la cabeza. De Bergerac apuntó la pistola contra él, y el hombre cerró de golpe la puerta.

Rápidamente, actuando tal como había sido planeado, cada uno de los seis hombres tomó un artilugio de su cinturón. Todos ellos habían sido preparados por el taller mecánico hacía apenas una hora, y dos de ellos llevaban uno extra. Eran cortas barras de duraluminio con largas y sólidas puntas de acero en cada extremo. Clavadas a martillazos en el roble, entre el lado de la puerta y la mampara, impedirían que cualquier persona en la cabina pudiera abrir la puerta antes que, como se había planeado, Juan y sus secuestradores se hubieran ido.

Llegaban gritos y maldiciones desde el interior de las cabinas. Un hombre intentó abrir la puerta a empujones mientras Cogswell estaba martilleando. Cogswell soltó el martillo y disparó por la estrecha abertura, sin preocuparse de si acertaba al hombre o no. La puerta se cerró, y terminó rápidamente su trabajo.

A estas alturas, Juan debía estar informado ya vía intercom de que el barco estaba siendo atacado. Pero el ruido en el corredor debía haber sido suficiente de todos modos como para informarle de que los invasores estaban allí. No necesitaba que el estampido de la pistola se lo dijera.

Tres hombres tenían que rodear la cabina de pilotaje y entrar en ella por la escalerilla delantera. Sin embargo... oh, sí, ahí venía uno de los guardias de la timonera. Asomó un pálido rostro por la esquina de la entrada, en la parte de arriba de la escalerilla que conducía al corredor. Empezó a salir de su escondite, sujetando con las dos manos una pesada pistola calibre .69. No llevaba armadura.

—*Peste!*

Aunque Cyrano odiaba herir al hombre, al que no había visto nunca antes, apuntó y disparó.

—*Quelle merde!*

Había fallado, la bala de plástico había astillado la madera a un lado del hombre. Algunos fragmentos debieron alcanzarle, de todos modos, porque gritó y se echó hacia atrás, soltando su pistola y llevándose las manos a la cara.

Cyrano no era un excelente tirador. Pero mejor así, se dijo a sí mismo. Si la bala había dejado fuera de combate por un tiempo al hombre, sin causarle demasiado daño en vez de matarlo, el efecto era aún más deseable.

Llegaban gritos y disparos de la cabina de pilotaje. Eso podía significar que los tres hombres habían subido por la escalera de proa y ahora estaban ocupándose de la guardia.

Se lanzó hacia la puerta de la cabina en la que tenía que estar Juan. Era inútil pedir a su ocupante que saliera con las manos en alto. Fuera lo que fuese el ex monarca de Inglaterra y la mitad de Francia, no era ningún cobarde.

Por supuesto, entraba dentro de lo posible que no estuviera a bordo esta noche. Podía hallarse en tierra, comiendo, bebiendo y persiguiendo mujeres.

Cyrano sonrió cuando, al llegar junto a la puerta, probó el picaporte. Estaba cerrada por dentro. Así pues, el capitán del Rex estaba en casa, aunque no recibía.

Una voz de hombre gritó en Esperanto:

—¿Qué ocurre?

Cyrano sonrió. Era la voz de barítono del Rey Juan.

—¡Capitán, estamos siendo atacados! —gritó.

Aguardó. Quizá Juan cayera en la trampa, pensando que era la voz de uno de sus hombres, y abriera la puerta.

Sonó una explosión, seguida por una bala que le hubiera alcanzado si se hubiera situado frente a la puerta. No era una de esas balas de plástico que se hubieran hecho pedazos contra el roble. Era una preciosa bala de plomo, e hizo un agujero de respetable tamaño.

Hizo un gesto a uno de sus hombres, y este extrajo un pequeño paquete de explosivo plástico de una pequeña caja. Cyrano permaneció a un lado mientras su colega, Sheehan, acuclillado, apretaba el explosivo contra la cerradura y sobre las bisagras.

El Astuto Juan atravesó la madera con otra bala. Esta iba baja, y alcanzó a Sheehan en la frente, justo encima de los ojos. Cayó hacia atrás y quedó tendido inmóvil en el suelo, con la boca muy abierta.

—*Quel dommage!*

Sheehan había sido un buen compañero. Era triste que su sermón funeral quedara reducido a un «¡Qué lástima!».

Por otra parte, no hubiera debido ser tan descuidado situándose en la línea de fuego.

Cogswell apartó un poco el cadáver, arrastrándolo, tomó el cable eléctrico y la batería, y retrocedió rápidamente, desenrollando el hilo. Afortunadamente, Sheehan había insertado el fulminante en el plástico, ahorrando así unos cuantos segundos. Todo había que hacerse a gran velocidad, cualquier segundo podía significar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Cyrano se retiró hasta la esquina, se aplastó contra la mampara, apartó la cabeza, y se llevó los dedos a los oídos, abriendo la boca al mismo tiempo.

Aunque no podía verle, podía imaginar a Cogswell asegurando un extremo del hilo al terminal de la batería, luego tocando el otro con el otro extremo del hilo.

La explosión lo sacudió y lo dejó medio sordo. Nubes de acre humo llenaron el corredor. Tosiendo, tanteó su camino por la pared, tocó el marco de la ahora abierta puerta, vio confusamente la destrozada puerta sobre el cadáver de Sheehan, y estuvo dentro de la cabina.

Entró dejándose caer al suelo y rodando luego hacia un lado, una maniobra que resultó torpe debido a la enfundada espada que llevaba al cinto.

Se puso de nuevo en pie junto a algo que parecían las patas de una cama. Casi directamente encima suyo, una mujer estaba gritando. ¿Pero dónde estaba Juan Sin Tierra?

Una pistola ladró. Cyrano vio su resplandor a través del humo, y se lanzó ciegamente en aquella dirección. Sus manos rodearon un torso desnudo, y el hombre al que había sujetado cayó de lado. Hubo un gruñido, un aleteante brazo golpeó a Cyrano en la cabeza sin causarle daño, y luego el hombre se relajó.

Cyrano había sacado su daga y la apoyaba contra la garganta de su contrario.

—¡Haz un solo movimiento, y te corto el cuello!

No hubo respuesta. ¿Estaba el otro inmovilizado por el terror, o estaba fingiendo?

La otra mano de Cyrano trepó por un hombro, a lo largo de un cuello, y palpó una cabeza. El otro

no se movió. Oh. Pegajosidad. Juan, si era Juan, se había golpeado la cabeza y estaba inconsciente.

Cyrano se puso en pie, tanteó la pared, y encontró el interruptor. La luz mostró una amplia estancia, lujosamente decorada y amueblada según la moda del Mundo del Río. El humo estaba disipándose, revelando a una mujer muy hermosa y casi desnuda de rodillas en medio de la cama. Había dejado de gritar y estaba mirándole con unos ojos azules muy abiertos.

—Métase bajo las sábanas y quédese allí, y no recibirá ningún daño, mademoiselle. De Bergerac no hace la guerra a las mujeres. A menos que intenten matarle.

El hombre tendido en el suelo era bajo y muy musculoso y de pelo leonado. Sus azules ojos estaban abiertos, y estaba murmurando algo. En unos pocos segundos recobraría por completo el sentido.

Cyrano se volvió y comprendió por qué Juan había disparado una segunda vez su pistola. Hoijes yacía de espaldas en el suelo, el pecho destrozado.

—*Mordioux!*

Debía haber corrido inmediatamente tras él cuando le vio entrar por la destrozada puerta. Y Juan, viendo su silueta recortada contra la luz del corredor, había disparado contra ella. Indudablemente él, Cyrano, no había recibido ningún disparo porque el humo era todavía demasiado denso como para ser visto.

Dos de sus hombres habían muerto ya. Quizá hubiera algunos más en otro lugar. Deberían quedarse allí, puesto que habían decidido que cargar los cuerpos de las víctimas retrasaría la retirada.

¿Dónde estaban los otros? ¿No había entrado nadie más tras él?

¡Ah, allí estaban Cogswell y Propp!

Algo duro le golpeó, alzándolo y derribándolo de espaldas, lanzándolo contra la pared. Cayó de bruces y quedó tendido allí, mientras sus oídos campanilleaban y su cabeza parecía expandirse y colapsarse, expandirse y colapsarse, como un acordeón. Más nubes de denso humo inundaron la habitación, haciendo que sus ojos lloraran y obligándole a toser violentamente.

Pasó algún tiempo antes de que pudiera ponerse de rodillas, y más tiempo aún antes de conseguir mantenerse en pie. Entonces comprendió que había estallado una bomba en el corredor. ¿Había sido arrojada desde la cabina del piloto? Quienquiera que lo hubiera hecho, había conseguido matar a Cogswell y Propp. Y había estado a punto de matar a Savinien de Cyrano II de Bergerac.

Juan estaba de rodillas ahora, tambaleándose, mirando fijamente al frente mientras tosía. Había una pistola en el suelo al alcance de su mano, pero no parecía ser consciente de su presencia.

¡Oh, ahora el maldito habla extendido su mano para agarrar su culata!

Carente de su pistola y de su daga, Cyrano desenvainó su espada. Avanzó unos pasos, y bajó su hoja triangular como una maza contra la nuca de Juan. Juan cayó de bruces y quedó tendido, inmóvil.

La mujer estaba tendida boca abajo sobre la cama, tapándose los oídos con las manos y temblando violentamente.

Cyrano se tambaleó por entre el humo, tropezando casi con el cuerpo de Propp. Se detuvo cuando alcanzó la puerta. Su sentido del oído iba regresando poco a poco, pero los disparos en el corredor sonaban aún débiles. Se dejó caer de rodillas y asomó cautelosamente la cabeza. El humo estaba

siendo despejado por la corriente de aire hacia la escalerilla ascendente. Había un cuerpo tendido al pie de esa escalerilla. Evidentemente, alguien de la cabina de pilotaje, quizá el que había arrojado la bomba. Al otro extremo del corredor había dos hombres agachados, disparando a través de la entrada. Eran dos del grupo incursor, Sturtevant y Velkas.

Otros dos hombres, con el rostro ennegrecido por el humo, estaban descendiendo por la escalerilla. Reagan y Singh. Debían haber limpiado la cabina de pilotaje y estaban acudiendo a ayudar a los secuestradores. Su ayuda era necesaria, por supuesto.

Cyrano se puso en pie y les hizo una seña. Dijeron algo, pero no pudo oírles. Aquella bomba debía haber sido potente. Había dejado el corredor hecho un caos.

Reagan y Singh entraron en la cabina y sujetaron el flácido cuerpo de Juan. Cyrano les siguió tras envainar su espada y recargar sus pistolas. La mujer continuaba ocultando su rostro entre las sábanas y manteniendo las manos contra sus oídos. No ver el mal, no oír el mal.

Al salir de la cabina, vio que Sturtevant y Velkas habían desaparecido. O se habían ido... o habían sido eliminados. Reagan y el gigantesco sikh, arrastrando a Juan, la cabeza colgando, los pies rozando el suelo, estaban casi en la puerta.

Velkas reapareció, seguido por tres hombres, y les gritó algo. Siguieron adelante mientras Velkas le hacía señas a Cyrano de que se apresurara.

Poniendo su boca junto al oído de Cyrano y gritando, Velkas se hizo entender. Algunos de los hombres de Juan se habían parapetado tras una ametralladora a vapor y la estaban utilizando. Pero sus espaldas quedaban al descubierto desde la cabina de Juan.

Corrieron de vuelta a la cabina y miraron por una de las portillas. A la derecha había una plataforma que se extendía por encima del borde de la cubierta de vuelos. Sobre ella estaba montado el grueso barril de un arma a vapor. Dos hombres estaban detrás de su parapeto, haciendo girar el arma para apuntarla hacia el helicóptero.

A su izquierda, bajo ellos, estaban Sturtevant y los otros dos arrastrando a Juan. Estaban también en la línea de tiro del arma.

Cyrano abrió la gran escotilla cuadrada, apoyó su pistola contra el reborde, y disparó. Un segundo más tarde, el arma de Velkas atronó en su oído, ensordeciéndole aún más.

Vaciaron sus pistolas. A aquella distancia era imposible precisar la puntería. Las pistolas Mark IV utilizaban preciosas balas de plomo, pero las cargas necesarias para impulsar aquellos misiles del calibre .69 causaban un enorme retroceso. Además, el viento, aunque ligero, había de ser compensado.

Las primeras dos ráfagas fallaron. Luego el que manejaba la ametralladora cayó de costado y el otro hombre, tras reemplazarle, cayó pocos segundos más tarde. Ninguno de los dos había sido alcanzado por un impacto directo. La protección podía haber hecho que las balas rebotaran. No importaba. El efecto era el mismo.

Por aquel entonces, Sturtevant y los hombres que arrastraban a Juan estaban a medio camino en la cubierta. Las palas del helicóptero estaban girando, pero Cyrano no podía oírlos. Aunque hubiera recuperado la audición, las sirenas de alarma hubieran ahogado cualquier otro ruido.

Cyrano agarró el brazo de Velkas y le hizo acercarse. Gritando en su oído, le dijo que fuera a la

ametralladora de vapor y mantuviera a raya a cualquiera que intentara atacar. Hizo un gesto hacia los hombres armados que acababan de surgir de una compuerta al extremo de la cubierta.

Velkas asintió y echó a correr hacia la puerta.

Cyrano miró de nuevo por la escotilla. Los grupos enviados a hacer volar los motores de las paletas y la santabárbara no estaban a la vista. O bien seguían en su trabajo, o habían sido interceptados y estaban intentando abrirse camino.

Corrió escalerilla arriba a la cabina de pilotaje. Había cuerpos tendidos en el suelo. Uno de sus hombres, dos de los de Juan. Las luces relucían en sus rostros grisazulados, en sus ojos fijos, en sus bocas abiertas.

Cortó las sirenas de alarma y miró por las ventanillas delanteras. No había nadie en las cubiertas de proa, excepto un cuerpo tendido a los pies de la escalerilla que descendía por la parte delantera de la cabina de pilotaje y otros varios cadáveres cerca de la proa.

El barco estaba amarrado a un bien iluminado muelle, mucho más grande y bien equipado que los que podían encontrarse habitualmente a lo largo del Río. Quizá había sido construido por la tripulación del Rex, después de que su capitán decidiera dar un largo descanso en tierra a sus hombres. O quizá eran necesarias reparaciones importantes.

No importaba. Lo importante era que los incursores habían tenido la suerte de encontrar el barco mantenido solamente por algunos guardias y unos pocos oficiales. Juan había decidido pasar la noche a bordo, otro elemento de suerte, aunque no para él.

Sin embargo, todo el tumulto había alertado a los que estaban en la orilla. Estaban saliendo a grupos de las cabañas de la llanura y de los fortines de la empalizada. Las luces del barco mostraban el frente de la multitud corriendo hacia el muelle. Muchos de ellos eran miembros de la tripulación, puesto que llevaban armas de metal.

No había entrado en su plan apartar el barco del muelle, pero no era mala idea. Cyrano, sabiendo que el barco sería invadido por una abrumadora multitud dentro de uno o dos minutos, pasó a la acción. Se sentó en el asiento del piloto, conectó los motores, y sonrió al ver brillar las luces de Encendido. Hasta ahora no había estado seguro de que pudiera disponer de energía para los motores. Después de todo, para asegurarse de que el barco no fuera robado, Juan podía haber hecho desconectar los controles.

Rezó para que precisamente ahora sus hombres no hicieran saltar los motores. De ser así, el barco quedaría inmovilizado, y él y sus compañeros no podrían alcanzar a tiempo el helicóptero.

No había tiempo de soltar amarras. Lástima, pero la potencia de los grandes motores eléctricos era inmensa.

Tiró hacia atrás de las largas palancas metálicas, una a cada lado de él, y las ruedas de paletas empezaron a girar hacia atrás. Primero se movieron lentamente, demasiado lentamente para partir las cuerdas. Tiró de las palancas tan hacia atrás como le fue posible, haciendo que las ruedas giraran a toda velocidad.

Las enormes cuerdas de amarre se tensaron. Pero, en vez de partirse, arrancaron los extremos de los pilotes verticales a los que estaban atadas, llevándoselos con el barco.

Por un momento, los pilotes resistieron. La gente en el muelle se echó hacia atrás, mientras

algunos saltaban el espacio que separaba el muelle del barco. Con un enorme chasquido que pudo oírse incluso por encima de sus gritos y de los disparos que sonaban a popa, los pilotes cedieron.

Desprovisto de sus apoyos, la parte frontal del muelle se ladeó, precipitando a la mayoría de los que estaban encima al agua. Sólo un hombre consiguió agarrarse al barco sin caer. El Rex retrocedió rápidamente, arrastrando consigo los pilotes al extremo de las gruesas cuerdas. Cyrano, riendo, pulsó un botón del panel, y los silbidos del vapor ulularon burlonamente riéndose de aquellos que se habían quedado en la orilla o habían caído al agua.

—¡Esto te va a gustar, Juan! —gritó—. ¡No solamente te hemos secuestrado a ti, sino también a tu barco! ¡Eso es justicia!

Empujó hacia adelante la palanca de estribor, y el gran barco giró Río abajo. Lo enderezó en mitad de la corriente y colocó el piloto automático. Con sus sonares calculando la profundidad y la distancia de ambas orillas, podía mantener el rumbo exactamente en el centro del Río a menos que se hallara en curso de colisión con algún objeto grande. En este caso giraría para evitarlo.

El hombre que había saltado al barco corrió cruzando la cubierta y desapareció de la vista. Medio minuto más tarde apareció subiendo la escalerilla que conducía a la siguiente cubierta. Sin duda se dirigía a la cabina de pilotaje.

En aquel momento, la lluvia cesó.

Cyrano se dirigió hacia la puerta y vació su pistola contra el hombre mientras este corría por la cubierta. El hombre se ocultó tras un saliente, asomó la cabeza y disparó contra Cyrano. La bala que llegó más cerca se estrelló a media altura en la escalerilla.

Cyrano echó una ojeada por la ventanilla de proa. El helicóptero se hallaba aún en la cubierta de vuelos. Juan y sus tres captosres estaban ahora en su interior. Cuatro hombres estaban corriendo por cubierta hacia el texas. Bajó la ventanilla y se inclinó hacía afuera, haciéndoles gestos de que era el quien había puesto en marcha el barco. Se detuvieron y le devolvieron sus señales, sonriendo, y luego echaron a correr hacia el helicóptero.

En el extremo más alejado de la cubierta algunos hombres estaban disparando todavía contra el helicóptero desde una compuerta. Pero sus balas de plástico de gran calibre eran arrastradas por el viento, y la mayoría de ellas caían en cubierta o se perdían. Cyrano no pudo determinar cuántos eran los que disparaban, pero tuvo la impresión de que no podían ser más de tres o cuatro.

Por supuesto, podía haber otros en la cubierta inferior, luchando contra los hombres del grupo de demolición.

Y en aquel momento el barco se estremeció, y una gran nube de humo brotó de la parte de babor de la timonera.

El estallido fue seguido casi inmediatamente por otro. Este surgió del lado de estribor, una explosión mucho más potente que la otra. Fragmentos de metal surgieron por entre el humo, cayendo sobre las cubiertas, algunos cerca del helicóptero. Las nubes se disiparon rápidamente, sin embargo, revelando un gran agujero justo al lado de la rueda de paletas de estribor.

Las luces se apagaron, luego se encendieron de nuevo cuando entró en funcionamiento el sistema de emergencia. Con los motores parados, el barco empezó a girar lentamente, su proa moviéndose hacia la orilla derecha. Ahora estaba derivando, aunque podían transcurrir muchos kilómetros antes

de que chocara contra la orilla.

Sturtevant estaba de nuevo fuera del helicóptero, haciéndole señas a Cyrano de que se apresurara.

Cuatro hombres aparecieron por el lado derecho de la cubierta de velos. Otros dos aparecieron subiendo por la escalerilla de babor.

Cyrano maldijo. ¿Esos eran los únicos supervivientes del grupo de explosivos?

Pequeñas nubes de humo surgieron de la compuerta donde los defensores habían estado disparando contra el helicóptero. Uno de sus hombres cayó. Los otros empezaron a disparar fuego de cobertura mientras dos de ellos recogían al caído y lo llevaban hacia el helicóptero. Uno de los hombres cayó y no pudo volver a levantarse. Fue recogido por otros dos hombres. El otro herido fue echado a los hombros de un camarada, que lo cargó tambaleándose por el peso hasta el helicóptero.

Cyrano corrió hacia el otro lado de la timonera. Aquel maldito tipo que había conseguido subir a bordo apareció por un momento, cruzando la cubierta bajo él. No llevaba su pistola, lo cual significaba que la había desechado una vez descargada. Llevaba una espada en su mano derecha.

Captó un movimiento cerca del pie de la escalerilla que conducía de la timonera hasta la cubierta de abajo. Uno de los hombres que había creído muertos estaba vivo. Y estaba pidiendo ayuda por señas. Debía haber visto el rostro de su jefe por la ventanilla.

Cyrano no vaciló. Las órdenes eran dejar atrás a los muertos, pero nadie había dicho nada de abandonar a los heridos. En cualquier caso, hubiera prescindido de tal orden. Parecía que no había ningún peligro inmediato para el helicóptero. Los pocos defensores que quedaban no podían cruzar la cubierta de velos sin exponerse al fuego de aquéllos que estaban en el helicóptero. Por supuesto, podían tomar otro camino, subir por una escalerilla cerca del aparato. Pero él, Cyrano, podía recoger a aquel pobre herido y llevarlo hasta el helicóptero antes de que los hombres de Juan llegaran hasta allí.

Descendió la escalerilla tan rápidamente como pudo, saltándose los peldaños, deslizando sus manos por el pasamanos. Por aquel entonces Tsoukas había conseguido apoyarse sobre sus manos y rodillas. Le colgaba la cabeza, y estaba temblando.

Cyrano se arrodilló a su lado.

—Tranquilo, amigo. Estoy aquí.

Tsoukas gruñó algo y se derrumbó de bruces en medio de un charco de sangre.

—*Mordioux!*

Tomó el pulso a Tsoukas.

—*Merde!*

Estaba muerto.

Pero quizá el otro aún estuviera vivo.

Se levantó y se dio la vuelta, al tiempo que llevaba la mano a la culata de su enfundada pistola. Allí llegaba aquel hombre solitario, un valiente pero también un estorbo. ¿Por qué no se había caído al agua y había ahorrado a Cyrano la molestia de matarle y a sí mismo el irreparable daño de ser muerto?

—¡Ayyy!

Su pistola estaba vacía; había olvidado recargarla. Y no había tiempo de recoger una del suelo, de utilizar una de las pistolas caídas junto a los muertos. De hecho, apenas tenía tiempo de desenvainar su espada e impedir que el valiente tipo lo atravesara.

Boynton tendría que esperarle unos cuantos segundos más. Serían suficientes para desembarazarse de aquel obstáculo.

—*En garde!*

El hombre era un poco más bajo que él. Pero, así como Cyrano era delgado como un estoque, aquella estúpida persona era tan gruesa como el mango de una hacha de guerra. Sus hombros eran anchos, su pecho poderoso, sus brazos gruesos. Tenía un rostro oscuro de aspecto árabe y rasgos imponentes, aunque sus labios eran demasiado finos, y sus brillantes ojos negros y su blanca sonrisa le daban el aspecto de un pirata. Llevaba tan solo un faldellín enrollado en torno a la cintura.

Con esas muñecas, pensó Cyrano, su antagonista podía ser un excelente espadachín... si tenía la habilidad de dominar sus músculos.

Pero con un estoque lo más importante no era la fuerza, sino la rapidez, y esto era otro asunto.

Tras los primeros segundos, Cyrano se dio cuenta de que, fueran cuales fuesen las aptitudes del hombre con la espada, nunca antes había cruzado su hoja con alguien como él.

Las paradas, ataques, avances y retrocesos, fintas y contrafintas de Cyrano, eran bloqueadas sin dificultad. Afortunadamente, aquel diablo no era superior a él en rapidez. De otro modo, ya se hubiera visto atravesado.

El otro debía saber también, sin embargo, que estaba luchando con un maestro. Pese a lo cual seguía sonriendo, despreocupado en apariencia, aunque tras la salvaje máscara de su rostro debía estar formulando la certeza de que iba a morir si se volvía una fracción de segundo más lento en reflejos y seguridad.

Pero el tiempo estaba de parte del otro hombre. No tenía ningún lugar adónde ir, nada que hacer excepto luchar, mientras que Cyrano tenía que alcanzar pronto el helicóptero. Boynton tenía que saber que Cyrano estaba aún vivo, puesto que Sturtevant lo había visto en la timonera. Debía estar preguntando qué lo retenía.

¿Aguardaría unos cuantos minutos más, tras lo cual, al ver que su jefe no aparecía, pensaría que estaba muerto por alguna ignorada razón? ¿Despegaría entonces? ¿O enviaría a alguien a investigar?

No había tiempo para pensar en tales cosas. Aquel diablo estaba contraatacando a cada una de sus maniobras, del mismo modo que Cyrano estaba contraatacando a las suyas. Estaban en tablas, aunque ningún duelo como aquél podía quedar en tablas. Las hojas atacando y defendiendo llameaban casi, siguiendo un cierto ritmo.

¡Oh! Dándose cuenta de esto, el contrincante había roto el ritmo. Una vez se establece un ritmo, un espadachín tiene tendencia a continuar inconscientemente la secuencia de movimientos. Aquel hombre casi sin parangón había vacilado ligeramente, esperando que Cyrano siguiera el ritmo y así poder lanzarse a fondo.

Había subestimado a aquel hombre. Cyrano se ajustó a aquella décima de segundo de intervalo, librándose así de una herida seria. Pero la punta de la espada del otro llegó a rozar ligeramente la parte alta de su brazo derecho.

Cyrano retrocedió y lanzó una finta, que fue parada. Pero no completamente. El hombre recibió también una ligera herida en su brazo.

—A vos el honor de la primera sangre —dijo Cyrano en Esperanto—. Y es, evidentemente, un honor. Ningún otro hombre había conseguido hacer esto.

Era una estupidez malgastar el aliento que tan desesperadamente necesitaba en una conversación. Sin embargo, Cyrano era tan curioso como el gato callejero al que se parecía.

—¿Cuál es vuestro nombre?

El hombre no dijo nada, aunque en cierto modo podía decirse que su espada hablaba por él. Su punta era más rápida que la lengua de una verdulera.

—¿Es posible que hayáis oído hablar de Savinien de Cyrano de Bergerac!

El hombre moreno se limitó a sonreír más fieramente, y atacó a Cyrano con más fuerza. Aquel tipo no parecía impresionarse por un nombre, por grande que fuera. Ni tenía intención de malgastar energías hablando. Por supuesto, era posible también —aunque no mucho— que no conociera el nombre de Bergerac.

Alguien gritó. Quizá se debiera a esta distracción, o tal vez a la impresión de descubrir quién era el que se enfrentaba a él. Fuera cual fuese la razón, la reacción del hombre no fue tan rápida como hubiera debido ser. Utilizando la finta inventada por Jarnax, Cyrano atravesó con su hoja el muslo del hombre.

Pese a todo, la punta de su adversario se clavó profundamente en el brazo derecho de Cyrano. Su espada resonó contra el suelo.

El hombre cayó, pero intentó alzarse sobre una rodilla para defenderse. La sangre manaba abundantemente por su pierna.

Cyrano, oyendo el ruido de pasos, miró a su alrededor. Ahí estaban Sturtevant y Cabell, pistola en mano.

—¡No disparéis! —gritó.

Los dos se detuvieron, sus armas apuntadas contra el otro hombre.

Cyrano recogió su espada con la mano izquierda. El brazo derecho le dolía abominablemente; la sangre resbalaba por él como de un pellejo de vino recién horadado.

—Quizá este combate hubiera terminado de otro modo si no hubierais interrumpido —dijo Cyrano.

Al otro hombre parecía dolerle mucho la herida, aunque procuraba no demostrarlo. Sus negros Ojos ardían como si fueran los del propio Satán.

—Arrojad vuestra espada, señor, y curaremos vuestra herida.

—¡Vete al diablo!

—Muy bien, señor. Pero os deseo una pronta curación.

—Vámonos, Cyrano —dijo Cabell.

Por primera vez, Cyrano oyó los disparos. Procedían del lado de babor, lo cual significaba que los defensores se habían abierto camino hasta una posición más próxima al helicóptero.

—El helicóptero ha sido alcanzado varias veces —prosiguió Cabell—. Y tendremos que correr en medio de su fuego para alcanzarlo.

—Muy bien, Richard —dijo Cyrano. Señaló al walkie-talkie que Sturtevant llevaba sujeto a su cinturón—. Mi querido amigo, ¿por qué no le dices a Boynton que venga hasta este lado? Así podremos subir en una relativa seguridad.

—Sí. Hubiera debido pensar en ello.

Cabell ató un trozo de tela arrancado de uno de los cadáveres en torno a la herida del brazo del francés. La piel de su contrincante tenía un color grisáceo, y sus ojos habían perdido todo su fuego. Mientras el helicóptero descendía cerca de ellos, Cyrano se inclinó hacia adelante y, usando su espada, retiró la otra de la mano de su enemigo. Este no dijo nada; tampoco se resistió cuando Cyrano ató un trozo de tela en torno a la herida de su muslo.

—Vuestros camaradas se encargarán de vos apenas lleguen —dijo Cyrano.

Corrió hacia el aparato y subió a él. Boynton despegó antes de que la puerta estuviera completamente cerrada, remontando oblicuamente el Río. Juan, aún completamente desnudo, estaba derrumbado en un asiento de la segunda fila. Cyrano, mirándole, dijo:

—Dadle algunas ropas. Luego atadle las manos y los pies.

Miró hacia abajo. Había como una veintena de hombres en la cubierta de vuelos. ¿De dónde habían surgido los otros? Estaban disparando hacia arriba, sus armas llameando como luciérnagas en celo. Pero no tenían la menor posibilidad de alcanzar a su blanco. ¿Acaso no sabían que su capitán estaba a bordo, que podían alcanzarle también a él? Aparentemente no.

Algo le golpeó en la nuca. Estaba flotando en algún lugar en un oscuro verdor, mientras lejanas voces decían cosas peculiares. El horrible rostro del maestro de escuela de su infancia, el cura del pueblo, gravitaba ante él. El brutal hombre había golpeado a menudo a su alumno, flagelándole salvajemente con una vara cuerpo y cabeza. A la edad de doce años, Cyrano, desesperado, loco de rabia, había atacado al cura de la parroquia, derribándole, pateándole, y golpeándole con su propia vara.

Ahora sus rasgos simiescos, cada vez más grandes, flotaron a través de él. Y empezó a recuperar sus sentidos.

Boynton estaba chillando:

—¡No puedo creerlo! ¡Ha escapado!

Cabell estaba diciendo:

—¡Me ha clavado el codo en las costillas, y luego ha golpeado a Cyrano en la cabeza!

El helicóptero estaba inclinado de modo que pudieran ver hacia abajo a través de la todavía abierta puerta. Un proyector del barco iluminó brevemente el aún desnudo cuerpo del rey. Sus brazos se agitaban en un esfuerzo por mantenerse a flote. Luego Juan desapareció en las tinieblas.

—¡No puede haber sobrevivido! —dijo Boynton—. ¡Es una caída de al menos treinta metros!

No podían bajar y asegurarse. No sólo estaban disparando contra el helicóptero; algunos estaban corriendo ahora hacia la batería de cohetes. Aunque no había ninguna posibilidad de que los disparos de las pistolas pudieran alcanzar el aparato, los cohetes rastreadores del calor serían inevitables a menos que Boynton llevara el helicóptero a una distancia segura.

Sin embargo, Boynton no era un hombre que se asustara fácilmente. E indudablemente estaba furioso de que su prisionero hubiera escapado.

Ahora estaba dirigiendo el helicóptero no alejándose, sino hacia el barco. Avanzaba en línea recta hasta que estuvo a unos cien metros de la batería de cohetes. Entonces soltó los cuatro cohetes que llevaba el aparato, que partieron escupiendo llamas por sus colas.

La batería estalló en una enorme bola de fuego y una nube de humo, y cuerpos y trozos de metal volaron hacia todos lados.

—¡Eso los detendrá! —exclamó Boynton.

—¿Y si les diéramos unas cuantas ráfagas? —dijo Sturtevant.

Cyrano parecía como atontado.

—¿Qué? Oh, ¿utilizar la ametralladora? No, vayámonos lo antes posible. Si hay algún superviviente, puede poner en funcionamiento otra batería de cohetes, y entonces estamos perdidos. Hemos fracasado en nuestra misión y hemos perdido demasiados hombres valientes como para arriesgarnos más.

—No hemos fracasado —dijo Boynton—. De acuerdo, no traemos vivo a Juan, pero está muerto. Y pasará mucho, mucho tiempo antes de que el barco pueda volver a funcionar.

—Crees que Juan está muerto, ¿eh? —dijo Cyrano—. Me gustaría creerlo. Pero no aseguraré que está muerto hasta que vea personalmente su cadáver.

Gimiendo de dolor, la tripulación del Julio Verne comprobó rápidamente sus heridas. Tres tenían costillas que les dolían tan horriblemente que no estaban seguros de que no estuvieran rotas o astilladas. Frigate creía que los músculos de su cuello estaban dislocados o seriamente distendidos. A Tex y a Frisco les sangraba la nariz, y la rodilla de este último le dolía como un infierno. La frente de Pogaas estaba despellejada y sangraba. Sólo Nur se había librado de heridas.

Había poco tiempo para preocuparse de sí mismos. El globo estaba ascendiendo ahora, pero derivaba alejándose de la montaña. Las nubes de la tormenta estaban desapareciendo tan rápidamente como ladrones que han oído la sirena de la policía. Afortunadamente, el sistema de luces aún funcionaba. Frisco podía ver los instrumentos de vuelo. Nur tomó una linterna, y él y Frisco aplicaron un líquido muy fluido a las uniones de los tubos. Nur, tras examinarlos con una lente de aumento, informó que no podía apreciar burbujas. Aparentemente, el hidrógeno no se escapaba.

Nur abrió la trampilla superior, y él y Pogaas subieron al anillo de sustentación. Mientras el swazi dirigía el rayo de luz de la linterna, Nur trepó por las cuerdas como un mono. No pudo llegar lo bastante cerca del cuello del globo como para aplicar una pasta. Pero informó que la envoltura parecía estar apretada en torno a la entrada de los tubos.

Frisco oyó aquello con escepticismo.

—Sí, parecen estar bien. Pero no podremos estar realmente seguros hasta que aterricemos y desinflamos el globo.

—Mientras tengamos una flotabilidad positiva —dijo Frigate—, seguiremos en el aire. No creo que debamos aterrizar hasta que encontremos los vientos polares. Esto deberla ocurrir mañana, si hemos calculado correctamente la distancia que hemos recorrido. Si bajamos al suelo, podemos perder el globo. Por una parte, no sabemos cómo reaccionarán los habitantes locales. En los primeros días de la aerostática terrestre, un cierto número de globos fueron destruidos por campesinos ignorantes y supersticiosos cuando los aeronautas aterrizaron en zonas rurales. Los campesinos creían que el globo era cosa del diablo o un vehículo de unos magos malignos. Podemos ir a parar entre gente así.

Frigate admitió que se sentía muy intranquilo viajando sin lastre. Sin embargo, en caso de necesidad, siempre podían desprenderse del sanitario químico y arrojarlo por la borda. Por supuesto, podían hallarse en una situación que no les diera tiempo de hacer esto.

El Julio Verne se elevó por encima del valle, y el viento lo empujó a buena velocidad hacia el nordeste. Al cabo de una hora perdió mucha de su fuerza, pero el vehículo siguió avanzando en la dirección correcta. También seguía ascendiendo progresivamente. Frigate ocupó el puesto de piloto a los cinco mil metros de altitud. Para parar la ascensión, fue soltando hidrógeno poco a poco. Cuando empezó a descender, encendió el quemador. A partir de entonces, el piloto iba a estar atareado intentando mantener el globo dentro de la zona de los dos mil metros perdiendo tan poco gas como fuera posible y manteniendo el quemador al mínimo.

El cuello y hombro de Frigate le dolían enormemente. Esperaba con ansiedad el momento de ser relevado para poder meterse bajo las ropas y relajarse. Un trago de alcohol no le haría ningún daño y

aliviaría el dolor.

Hasta ahora el viaje había sido más bien duro y laborioso, algún peligro de esos que te encogen el estómago y mucho aburrimiento. Se sentiría feliz cuando efectuaran el último aterrizaje. Entonces los acontecimientos del viaje empezarían a adquirir la pátina de la aventura divertida. A medida que pasara el tiempo, adquirirían una aureola dorada, y todo parecería maravilloso. La tripulación podría contar historias exageradas, haciendo que sus peligros parecieran incluso más espeluznantes de lo que realmente habían sido.

La imaginación era el gran embaucador del pasado.

De pie junto al vernier, con la única iluminación de la fría luz de las estrellas y las luces de los instrumentos, con todo el mundo dormido menos él, Frigate se sentía solitario. Mitigando la soledad, sin embargo, estaba el orgullo. El Julio Verne había batido el récord de vuelos en globo sin escalas. Desde su despegue hasta este punto, había flotado aproximadamente cinco mil kilómetros. Y cubriría mucha más distancia aún —si todo iba bien— antes de verse obligado a tomar tierra.

Y todo aquello había sido conseguido por cinco aficionados. Excepto él mismo, ninguno había visto un globo en la Tierra. Sus propias cuarenta horas en globos de aire caliente y treinta en globos de gas no lo convertían en un veterano aeronauta. Había pasado ya más tiempo en este vuelo que en todos sus vuelos en la Tierra.

La tripulación había efectuado un viaje que hubiera hecho historia de haberse producido en su planeta nativo. Sus rostros hubieran aparecido en las pantallas de televisión de todo el mundo, hubieran sido homenajeados y festejados, hubieran podido escribir libros de los que se hubieran hecho películas, los derechos de autor les hubieran hecho millonarios.

Aquí, sólo unas pocas personas iban a conocer nunca lo que habían hecho. E incluso un pequeño número de ellas se negarían a creerlo. Y menos aún llegarían a saber si el viaje había terminado o no con la muerte de todos los miembros de la tripulación.

Miró por la portilla. El mundo era brillante luz estelar y oscuras sombras, los valles como reptantes serpientes en orden de marcha. Las estrellas estaban silenciosas, los valles estaban silenciosos. Tan inmóviles como las bocas de los muertos.

Era una macabra comparación.

Tan silenciosos como las alas de una mariposa. Recordó los veranos en la Tierra de su infancia y juventud, las flores de muchos colores del jardín de la parte de atrás de su casa, especialmente los girasoles, oh, los altos y dorados girasoles, los cantos de los pájaros, los sabrosos olores de la cocina de su madre flotando hasta su nariz, rosbif, pastel de cerezas, su padre tocando el piano...

Recordó una de las canciones favoritas de su madre, una de las favoritas de él mismo también. A menudo la había cantado suavemente mientras estaba de guardia por la noche en la goleta. Cuando lo hacía, veía mentalmente un débil resplandor allá a lo lejos delante de él, un resplandor como una estrella, una luz que parecía viajar delante de él, guiándole hacia algún lugar desconocido pero sin embargo deseable.

*Brilla, brilla, pequeña luciérnaga,
brilla, brilla, pequeña luciérnaga.*

*Condúcenos, haz que podamos llegar
allá donde la dulce voz del amor nos llama.*

*Brilla, brilla, pequeña luciérnaga,
brilla, brilla, pequeña luciérnaga.
Ilumina el camino adelante, arriba,
¡y condúcenos para que podamos llegar al amor!*

De pronto se dio cuenta de que estaba llorando. Lloraba por las cosas buenas que habían sido o habían podido ser, por las cosas malas que habían sido pero no hubieran debido ser nunca.

Secándose sus lágrimas, hizo una comprobación final y despertó al pequeño moro para su guardia. Se arrastró bajo sus ropas, pero su cuello y su hombro le impidieron conciliar el sueño. Tras intentar en vano sumergirse en el bendito olvido, se levantó para hablar con Nur. Prosiguieron una conversación que llevaban manteniendo, día y noche, durante años.

—En varios aspectos —dijo Nur—, la Iglesia de la Segunda Oportunidad y los sufíes concuerdan. Los de la Segunda Oportunidad, sin embargo, poseen algunos términos técnicos en algún modo distintos que pueden conducirte a pensar que cada uno se refiere a cosas distintas.

»La meta final de los de la Segunda Oportunidad y los sufíes es la misma. Ignorando las diferencias de tecnologías, ambos proclaman que el yo individual debe ser absorbido por el yo universal. Es decir, por Alá, Dios, el Creador, el Real, llámalo como quieras.

—¿Y esto significa que el ser individual queda aniquilado?

—No. Absorbido. Aniquilación es destrucción. En la absorción el alma individual, el ka o brahmán, pasa a ser parte del yo universal.

—¿Y eso significa que el individuo pierde su consciencia de sí mismo, su individualidad? ¿Que deja de ser consciente de su existencia como tal?

—Sí, pero pasa a formar parte del Gran Yo. ¿Qué es la pérdida de la consciencia de si mismo como individualidad comparada con el logro de la consciencia de si mismo como Dios?

—Eso me hace estremecer horrorizado. Es igual que estar muerto. Una vez dejas de ser consciente de ti mismo, estás muerto. No, no puedo comprender por qué los de la Segunda Oportunidad o los budistas o los hindúes o los sufíes piensan que este estado es deseable.

»Sin autoconsciencia, el individuo se halla efectivamente muerto.

—Si tú hubieras experimentado ese éxtasis con la experiencia de los sufíes en un estado de desarrollo, el tránsito, comprenderías. ¿Puede una persona ciega de nacimiento verse henchida por el éxtasis cuando aquellos que poseen el don de la vista están contemplando una gloriosa puesta de sol?

—Eso es exactamente —dijo Frigate—. Yo he tenido experiencias místicas. Tres.

»Una fue cuando tenía treinta y seis años de edad. Estaba trabajando en una acería. En los pozos térmicos. Allí grandes grúas toman los enormes lingotes de los moldes donde ha sido echado el metal en fusión. Una vez endurecidos, los lingotes en proceso de enfriamiento son trasladados a pozos alimentados por gas que los mantienen calientes. De allí son llevados a la laminadora.

»Cuando trabajaba en los pozos, imaginaba que los lingotes eran almas. Almas perdidas en las llamas del purgatorio. Eran purificadas en las llamas por un cierto tiempo, luego trasladadas al lugar donde eran comprimidas, adoptando la forma necesaria para ir al cielo. Del mismo modo que los grandes rodillos de la laminadora aplastaban los lingotes, modelándolos, empujando las impurezas hacia los bordes de los lingotes, que luego eran cortados, así las almas eran modeladas y purificadas.

Sin embargo, esto tiene poco que ver con el tema de la conversación. ¿O sí?

»De todos modos, un día estaba junto a la enorme puerta abierta del gran edificio de los pozos de recalentamiento, descansado un momento. Estaba mirando al exterior, a los raíles que conducían a los hornos. No recuerdo en qué estaba pensando. Probablemente en que estaba cansado de trabajar en aquel lugar extremadamente caliente en un trabajo duro para tan poca paga. Probablemente también estaba preguntándome si alguna vez llegaría a convertirme en un escritor de éxito.

»Todas mis historias habían sido rechazadas, aunque había recibido unas cuantas notas de los editores animándome a proseguir. Burnett, por ejemplo, el editor de una revista de gran prestigio

aunque pagara muy poco, Story, había estado a punto en dos ocasiones de comprar mis relatos, pero las dos veces su mujer no estuvo de acuerdo con él y finalmente fueron rechazados.

»Fuera como fuese, ahí estaba yo, contemplando la fealdad de la acería, incapaz de producir pensamientos agradables y especialmente ningún estado místico.

»Me sentía deprimido, muy deprimido. Y las vías que llenaban el patio, el grisáceo polvo de metal que lo cubría todo, el enorme y horrible edificio de plancha que albergaba los hornos, el humo que arrastraba el viento casi a ras de suelo, el acre olor del humo, todo conducía a un humor depresivo.

»Y entonces, repentinamente, inexplicablemente, todo pareció cambiar. En un flash. No quiero decir que la fealdad se convirtiera en belleza. Era tan gris y desagradable como antes.

»Pero, de algún modo, tuve la repentina sensación de que el universo era correcto. Y todo estaba y estaría bien. Había un sutil cambio en mi perspectiva. Déjame plantearlo de esta forma. Era como si el universo estuviera compuesto por un número infinito de ladrillos de cristal. Esos ladrillos eran casi, aunque no completamente, invisibles. Podía ver sus contornos, aunque eran fantasmales.

»Los ladrillos habían sido apilados de tal modo que sus superficies no encajaban. Como si Dios hubiera sido un albañil borracho. Pero ahora, con este sutil cambio, los ladrillos se habían movido, y sus superficies encajaban entre sí. El orden había sido restaurado. El orden y la belleza divinos. El edificio cósmico ya no era una estructura mal construida, sólo apta para ser derruida por los inspectores de zona cósmicos.

»Me sentí exaltado. Por un momento, estaba mirando la estructura básica del mundo. Más allá del yeso que había sido puesto por encima para hacer que las paredes parecieran lisas y uniformes.

»Sabía, sabía, que el universo era correcto. Y que yo era correcto. Es decir, mi lugar en el mundo era correcto. Encajaba. Aunque yo era un ser vivo, era sin embargo uno de esos ladrillos, y estaba alineado en su lugar correcto.

»Es más, de pronto fui consciente de que siempre había estado alineado. Hasta aquel momento había pensado que yo estaba fuera de lugar, desnivelado con respecto a los demás ladrillos. ¿Pero cómo podía ser así, si todas las piezas, los ladrillos, estaban desalineados?

»Ese era mi error. Todo estaba en su lugar. Era mi visión, mi comprensión, lo que estaba deformado. Llámalo aberrado si quieres.

—¿Y cuánto duró ese estado? —preguntó Nur.

—Unos pocos segundos. Pero me sentí muy bien, incluso feliz, después. Al día siguiente, sin embargo, recordé la revelación... pero su efecto había desaparecido. La vida volvía a ser como antes. El universo era de nuevo una estructura edificada por un constructor incompetente o borracho. O quizá por un contratista malicioso y estafador.

—Sin embargo, había momentos...

—¿Y las otras experiencias?

—La segunda debería ser desechada. Fue provocada por la marihuana, no por mí mismo. Ya sabes, debo haber fumado quizá media docena de cigarrillos de marihuana en mi vida. Fue a lo largo de un solo año, 1955, poco antes de que las drogas se pusieran de moda entre las generaciones más jóvenes. En aquel tiempo, la marihuana y el hach estaban confinados principalmente a los grupos

bohemos en las grandes ciudades. Y a los negros y chicanos de los ghettos.

»Ese incidente en particular se produjo en Peoria, Illinois. Mi esposa y yo nos habíamos reunido con una pareja de Nueva York, unos tipos del Greenwich Village... Te explicaré más tarde lo que significa eso... y ellos nos hablaron de probar la marijuana. Me hizo sentir incómodo, casi intranquilo, tener eso a mi alrededor. Tuve visiones de agentes de narcóticos reventando la puerta y entrando, arrestándonos, metiéndonos en la cárcel, el juicio, la sentencia, la condena. La desgracia. ¿Y qué iba a ocurrirles a nuestros hijos?

»Pero el alcohol había disuelto mis inhibiciones, y probé un porro, como lo llamaban, entre otras cosas.

»Tuve problemas para inhalar el humo y conservarlo en mis pulmones, puesto que nunca había probado ni siquiera el tabaco aunque tenía treinta y siete años. Pero lo hice, y no ocurrió nada.

»Más tarde, aquella noche, tomé lo que había quedado del porro y lo terminé. Y esta vez sentí repentinamente que el universo estaba compuesto por cristales disueltos en una solución.

»Pero percibí un cambio sutil. Repentinamente, los cristales en la sobre saturada solución fueron precipitados. Y se dispusieron todos en una especie de hermoso orden, hilera tras hilera, como ángeles preparándose para un desfile.

»Sin embargo, esta vez no había la sensación, como la otra, de que el universo era correcto, de que yo tenía un lugar en él, y de que ese lugar era el correcto. De que no podía ser de otra forma.

—¿Y la tercera vez? —dijo Nur.

—Yo tenía cincuenta y siete años, y era el único pasajero en un globo de aire caliente sobrevolando los campos de maíz de Eureka, Illinois. El piloto acababa de apagar el quemador, de modo que no había ningún ruido excepto un revolotear de unos faisanes que el rugir del quemador había hecho alzarse de un campo.

»El sol se estaba poniendo. La brillante luz del atardecer se estaba volviendo gris. Yo estaba flotando como sobre una alfombra mágica impulsado por una ligera brisa que ni siquiera sentía. Ya sabes que puedes encender una vela en la cesta de un globo en mitad de un fuerte viento, y la llama arderá tan recta y firme como si estuvieras en un cuarto sin la menor ventilación.

»Y repentinamente, sin la menor advertencia, tuve la sensación como si el sol se hubiera alzado por encima del horizonte. Todo estaba bañado por una brillante luz, ante la que había que entrecerrar los ojos para ver cualquier cosa.

»Pero no lo hice. La luz procedía de dentro. Yo era la llama, y el universo estaba recibiendo mi luz y mi calor.

»En un segundo, quizá más, la luz desapareció. No fue disminuyendo y apagándose. Simplemente se desvaneció. Pero por otro segundo la sensación de que el mundo era correcto, de que, no importaba lo que ocurriera, a mí o a cualquier otro o al mismo universo, sería algo bueno, permaneció en mí.

»El piloto no notó nada. Aparentemente yo no estaba expresando mis sensaciones. Y esa fue la última vez que experimenté algo así.

—Aparentemente —dijo Nur—, ¿esos estados místicos no tuvieron ninguna influencia en tu comportamiento ni en tus reacciones?

—¿Quieres decir si me volví mejor a causa de ellos? No.

—Los estados que describes —dijo Nur— son parecidos a lo que nosotros llamamos tajalli. Pero tu tajalli es una imitación. Si hubiera dado como resultado un estado permanente, por autodesarrollo en el camino correcto, entonces hubiera sido un auténtico tajalli. Hay varias formas de tajallis falsos o inútiles. Tú experimentaste una de ellas.

—¿Lo cual significa —dijo Frigate que soy incapaz de experimentar la auténtica forma?

—No. Al menos, experimentaste una cierta forma de él.

Permanecieron en silencio durante un rato. Frisco, arrebuñado bajo un montón de ropas, murmuró algo en su sueño.

Repentinamente, Frigate dijo:

—Nur, por algún tiempo me he estado preguntando si me aceptarías como discípulo.

—¿Y por qué no me lo has preguntado?

—Temía ser rechazado.

Hubo otro silencio. Nur comprobó el altímetro y puso en marcha el vernier durante un minuto. Pogaas apartó las ropas que lo cubrían y se puso en pie. Encendió un cigarrillo, y el resplandor de su encendedor puso extrañas luces y sombras en su rostro. Pareció por un momento como la cabeza de un halcón sagrado tallado en diorita negra por los antiguos egipcios.

—¿Y bien? —dijo Frigate.

—Siempre has pensado que eras un buscador de la verdad, ¿no es cierto? —dijo Nur.

—No un buscador constante. He derivado mucho, flotando de un lado para otro como un globo.

La mayor parte del tiempo me he tomado la vida tal como era o parecía ser. Ocasionalmente, he hecho determinados esfuerzos por investigar o incluso practicar esta o aquella filosofía, disciplina o religión. Pero mi entusiasmo cedía muy pronto, y lo olvidaba. Bueno, no completamente. A veces surgía de nuevo un antiguo entusiasmo, y me dirigía de nuevo hacia aquella meta deseada. La mayor parte del tiempo, sin embargo, no he hecho más que flotar en los vientos de la pereza y la indiferencia.

—¿Te sentías imparcial?

—Intentaba ser intelectualmente imparcial, incluso cuando mis emociones me inflamaban.

—Para conseguir la auténtica imparcialidad, necesitas liberarte al mismo tiempo de las emociones y del intelecto. Es evidente que, aunque te enorgulleces de la falta de prejuicios, los tienes. Si te tomara como discípulo, tendrías que ponerte absolutamente bajo mi control. No importa lo que pida, deberás hacerlo inmediatamente. Sin pensar.

Nur hizo una pausa.

—Si te pidiera que saltaras fuera de esta cabina, ¿lo harías?

—¡Infiernos, no!

—Ni yo te lo pediría. ¿Pero si te pidiera que hicieras algo que intelectual o emocionalmente fuera equivalente a saltar fuera de esta cabina? ¿Algo que tú consideraras como un suicidio intelectual o emocional?

—No lo sé hasta que me lo pidas.

—No te lo pediré hasta que crea que estás preparado. Por supuesto, si llegas a estarlo alguna vez.

Pogaas había estado observando por una de las portillas. Lanzó un gruñido y luego dijo:

—¡Hay una luz ahí afuera! ¡Y está moviéndose!

Frigate y el-Musafir se reunieron con él. Tex y Frisco, despertados por sus excitadas voces, se pusieron en pie y miraron soñolientos por otra portilla.

Una forma alargada, a casi la misma altitud que el globo, se silueteaba contra el brillantemente estrellado cielo.

—¡Es un dirigible! —dijo Frigate.

De todas las cosas que había visto en el Mundo del Río, aquella era la más extraña y la más inesperada.

—Hay luces cerca de la proa —dijo Rider.

—No puede ser de Nueva Bohemia —dijo Frigate.

—Entonces hay algún otro lugar donde pueden hallarse metales —dijo Nur.

—¡A menos que haya sido construido por ellos! —dijo Farrington—. Puede no ser una aeronave, sino tener simplemente su apariencia.

Una de las luces cerca del morro del aparato empezó a parpadear. Tras mirarla durante un minuto, Frigate dijo:

—¡Es código Morse!

—¿Qué está diciendo? —preguntó Rider.

—No conozco el código Morse.

—¿Entonces cómo sabes que es Morse?

—Por la longitud de las pulsaciones. Largas y cortas.

Nur abandonó la portilla para regresar junto al vernier. Lo cortó, y entonces el único sonido que quedó en la cabina fue la pesada respiración de sus ocupantes. Observaban todos la enorme forma de siniestro aspecto girar y avanzar directamente hacia ellos. La luz siguió parpadeando. Nur encendió la antorcha durante unos veinte segundos. Cuando volvió a apagarla, regresó junto a la portilla. Pero de pronto se detuvo, y dijo secamente:

—¡Qué nadie haga ningún ruido!

Se volvieron para mirarle. Dio unos pocos pasos, y apagó el ventilador que absorbía el anhídrido carbónico.

—¿Por qué haces todo esto? —dijo Frisco.

Nur se dirigió rápidamente hacia el vernier.

—¡Creo que he oído un silbido! —dijo.

Miró a Pogaas.

—¡Apaga ese cigarrillo!

Nur se agachó para colocar su oído contra la unión del tubo de llegada al cono dentro de la caja.

Pogaas tiró el cigarrillo y alzó el pie para aplastarlo.

Jill Gulbirra escuchó el informe de la incursión de boca de Cyrano antes de que el helicóptero llegara al hangar. Quedó abrumada por las bajas, y se enfureció de que la misión hubiera sido incluso tomada en cuenta. Parte de su rabia era contra sí misma. ¿Por qué no había discutido más firmemente con Clemens?

Sin embargo... ¿qué otra cosa podía haber hecho? El láser era el único medio posible de penetrar en la Torre. Clemens no lo entregaría a menos que la incursión fuera llevada a cabo.

Una vez el helicóptero hubo aterrizado, ordenó que el dirigible abandonara el valle. Giró su morro hacia el sudoeste, poniendo rumbo al Mark Twain. Cyrano acudió a la enfermería a que le curaran sus heridas, luego se presentó a la sala de control. Jill recibió un informe completo, tras lo cual se puso en contacto con el barco.

Clemens no se mostró tan feliz como hubiera sido de esperar.

—¿Así que creéis que el Podrido Juan está muerto? ¿Pero no estáis seguros en un cien por cien?

—Sí, me temo que así es. Pero hemos hecho todo lo que usted pidió, así que supongo que nos entregará el RL.

RL era el nombre clave para el rayo láser.

—Tendréis el RL. El helicóptero podrá recogerlo en la cubierta de vuelos.

—OVNI a estribor, señor —dijo el oficial de radar—. Aproximadamente a nuestra misma altura. Clemens debió haberlo oído, puesto que dijo:

—¿Qué ocurre? ¿Un OVNI?

Jill ignoró su voz. Por un momento pensó que la pantalla de radar estaba mostrando dos objetos. Luego comprendió.

—¡Es un globo!

—¿Un globo? —dijo Clemens—. ¡Entonces no son Ellos!

—Quizá se trate de otra expedición a la Torre —dijo Cyrano en voz baja—. ¿Nuestros desconocidos colegas?

Jill dio órdenes de enfocar un proyector hacia ellos y utilizarlo como transmisor Morse.

—Aquí el dirigible *Parseval*. Aquí el dirigible *Parseval*. Identifíquense. Identifíquense.

Le dijo al radio operador que enviara también el mismo mensaje. No hubo respuesta ni por la radio ni por la óptica.

—Diríjase directamente hacia el globo —le indicó a Nikitin—. Intentaremos echarle un vistazo desde más cerca.

—*les, kapitano*.

El ruso, sin embargo, se sobresaltó, y señaló hacia una parpadeante luz roja en el panel de control.

—¡La compuerta del hangar! ¡Está abriéndose!

El primer oficial se lanzó hacia el intercom.

—¡Hangar! ¡Hangar! ¡Aquí Coppename! ¡Está abriendo usted la compuerta?

No hubo respuesta.

Jill pulsó el botón de alarma general. Las sirenas empezaron a mugir por toda la nave.

—¡Aquí la capitana! ¡Aquí la capitana! ¡Dependencias de la tripulación! ¡Dependencias de la tripulación!

La voz de Katamura, un oficial de electrónica, respondió.

—¡Sí, capitán! ¡Le escucho!

—Envíe inmediatamente hombres al hangar. ¡Creo que el oficial Thorn ha escapado!

—¿Crees realmente que es él? —dijo Cyrano.

—No lo sé, pero parece probable. A menos que... alguien más...

Llamó a la enfermería. No hubo respuesta.

—¡Es Thorn! ¡Maldita sea! ¿Por qué no instalé un control de apertura de seguridad en la compuerta del hangar?

En rápida secuencia, ordenó a dos grupos que se dirigieran al hangar, y un tercero al hospital de la nave.

—Pero Jill —dijo Cyrano—, ¿cómo pudo escapar? No está recuperado de sus heridas, y está custodiado por cuatro hombres, y está atado a su cama, y la puerta está cerrada con cerrojo, ¡y los dos hombres de dentro no tienen la llave!

—¡No es un hombre ordinario! ¡Tendría que haberle encadenado las manos también! ¡Pero me pareció innecesariamente cruel!

—Quizá el helicóptero no haya sido reaprovisionado de combustible.

—Eso sería una negligencia por parte de Szentes. No confíes en ello.

—La compuerta ha acabado de abrirse —dijo Nikitin.

La voz de Graves llegó por el intercom.

—¡Jill! Thorn...

—¿Cómo logró salir? —restalló Jill.

—No estoy seguro de los detalles. Yo estaba sentado en mi oficina, comprobando las existencias de alcohol para fines médicos. De pronto oí un estrépito infernal. Gritos, algo estrellándose contra algo. Me levanté, pero Thorn estaba en la puerta. Un trozo de cadena rota colgaba de su tobillo. ¡Tuvo que romperla con sus manos desnudas!

»Cargó contra mí, lanzándome hacia un lado con tanta fuerza que perdí el conocimiento al chocar contra la pared. Tardé un minuto en recobrar me. Ni siquiera podía ponerme en pie. ¡Había arrancado con sus manos el intercom de la pared! ¡Con sus manos desnudas! Intenté ponerme en pie, pero no pude. Me había atado las manos a la espalda y mis tobillos entre sí con los cinturones de los dos guardias. Hubiera podido matarme también, le hubiera sido fácil partirme el cuello. ¡Todavía me duele allá donde me agarró! Pero me dejó vivo, he de decirlo en su favor.

»Finalmente conseguí liberarme y dirigirme a la enfermería. Los cuatro guardias estaban en el suelo. Dos aún estaban vivos pero seriamente heridos. Todos los intercoms estaban rotos. La puerta estaba cerrada con llave, y las pistolas y cuchillos de los guardias de fuera habían desaparecido. Yo aún estaría ahí dentro si no fuera un experto en abrir cerraduras y aquella cerradura no fuera practicable. Entonces corrí hacia el intercom más próximo...

—¿Cuánto tiempo hace que se soltó?

—Veinticinco minutos.

—¿Veinticinco minutos?

Se sintió desmayar. ¿Qué había estado haciendo Thorn durante todo aquel tiempo?

—Ocúpese de esos hombres —dijo, y cortó la comunicación.

Miró a Cyrano.

—Debe disponer de un transmisor oculto en algún lugar, no sé dónde —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—No puedo estar segura. Pero ¿qué otra cosa pudo demorarle todo este tiempo? ¡Nikitin, descendamos a nivel del suelo! ¡Tan rápido como sea posible!

La voz de Katamura le llegó por el intercom.

—Capitán, el helicóptero ha salido.

Cyrano maldijo en francés.

Nikitin conectó el intercomunicador general e informó a la tripulación que la nave iba a emprender una maniobra peligrosa. Todo el personal debía sujetarse donde le fuera posible.

—Cuarenta y cinco grados, Nikitin —dijo Jill—. A toda velocidad.

El operador del radar informó que el helicóptero estaba en su pantalla. Se dirigía hacia el sur y hacia abajo a máxima velocidad, con una inclinación de cuarenta y cinco grados respecto a la horizontal.

En aquel momento, el suelo de la sala de control se había inclinado pronunciadamente hacia abajo. Todos se apresuraron a sujetarse en las sillas clavadas al suelo. Jill se sentó junto a Nikitin. Le hubiera gustado sentarse en la silla del piloto, pero incluso en estas circunstancias lo prohibía el protocolo. Sin embargo, no importaba que no estuviera a los controles. El ruso era capaz de dirigir el aparato hasta el suelo tan rápido como era posible. El trabajo de ella sería comprobar que no lo hiciera demasiado rápido.

—Sí Thorn tiene un transmisor —dijo Cyrano—, puede utilizarlo ahora mismo si quiere. ¿Por qué no lo hace? Nadie se lo puede impedir.

Aunque estaba pálido y tenía los ojos muy abiertos, le dirigió una sonrisa a Jill.

Jill desvió la vista de Cyrano a los indicadores del panel de control. La nave avanzaba paralelamente al valle, de modo que no había problema con respecto a las cimas de las montañas. El valle parecía estrecho, pero estaba ensanchándose rápidamente a medida que descendían. Había algunas luces ahí abajo, fogatas a cuyo alrededor debía haber centinelas o rezagados de alguna fiesta nocturna. Las nubes que habían traído la lluvia se habían disipado rápidamente, como hacían casi siempre. El cielo constelado de estrellas arrojaba una pálida luz al espacio entre las dos montañas. ¿Había alguien de ahí abajo mirando hacia ellos? De ser así, debían estarse preguntando qué era ese enorme objeto y por qué estaba descendiendo tan rápidamente.

No demasiado rápidamente, para su gusto.

Cyrano estaba en lo cierto. Si Thorn pretendía hacer estallar una bomba, podía haberlo hecho ahora. A menos... a menos que prefiriera aguardar a que la nave hubiera aterrizado. Después de todo, no había matado a Graves, y hubiera podido matar a los otros dos guardias.

Manteniendo un ojo filo en el panel de las pantallas de radar, llamó al hangar.

Szentes respondió.

—Estábamos todos en nuestras dependencias —dijo—. No hay ninguna guardia en el hangar.

—Lo sé —dijo ella—. Sólo dígame... rápidamente... ¿qué ocurrió?

—Thorn asomó su cabeza por la puerta. Nos apuntó con una pistola. Luego arrancó el intercom, y nos dijo que iba a cerrar la puerta. Dijo que había una bomba colocada de modo que estallaría si intentábamos abrir la puerta. Luego la cerró. No sabíamos si debíamos creerle, pero nadie se atrevió a comprobar si estaba mintiendo o no. Luego el oficial Katamura abrió la puerta. No había ninguna bomba; Thon había mentido. Lo siento, capitán.

—Hizo usted lo que debía.

Le dijo al radio operador que transmitiera la situación al Mark Twain.

A mil metros de altitud, ordenó a Nikitin alzar los propulsores de modo que hicieran dar a la nave un salto hacia arriba, al tiempo que alzaba el morro tres grados. La inercia seguiría haciéndoles caer pese al efecto de freno de los propulsores. Al cabo de un minuto ordenaría alzar el morro diez grados. Esto frenaría aún más la caída, nivelando la nave.

¿Qué ocurriría cuando la nave se enderezara a los mil metros? Si se nivelaba a esa altura. Era someterla realmente a un gran esfuerzo, pero conocía las capacidades del *Parseval* casi tanto como las suyas propias.

¿Debía hacer que la nave tomara tierra? No había forma de amarrarla, y el hidrógeno habría de ser expulsado si no quería que volviera a elevarse cuando la tripulación la abandonara. De otro modo, algunos de los hombres no podrían salir a tiempo, y serían alzados con el aparato.

¿Pero y si Thorn no tenía ningún transmisor? ¿Y si no había ninguna bomba? Perderían la nave inútilmente.

—¡Demasiado aprisa! ¡Demasiado aprisa! —dijo Nikitin.

Jill estaba ya inclinada hacia adelante para pulsar el botón que descargaría mil kilos de agua de lastre. Pulsó el botón, y unos pocos segundos más tarde la nave se elevó bruscamente.

—Lo siento, Nikitin —murmuró. No había tiempo que perder.

El radar indicaba que el helicóptero estaba al norte de ellos, a trescientos metros de altitud. ¿Estaba aguardando Thorn para ver lo que iban a hacer? Si era así, no tenía intención de hacer estallar la bomba si se estrellaban al tomar tierra o abandonaban la nave.

¿Qué debía hacer ella? Pensó que cualquier alternativa hacía chirriar sus dientes. No podía soportar la idea de dañar o perder aquella belleza. La última aeronave.

La seguridad de la tripulación, sin embargo, era lo primero.

—Ciento cincuenta metros de altitud —dijo Nikitin.

Los propulsores fueron orientados directamente hacia arriba y mordieron el aire a toda velocidad. Las montañas eran acantilados negros a ambos lados; el Río destellaba con chispas de luz estelar a babor; las llanuras se deslizaban bajo ellos a toda velocidad.

Había casas ahí abajo, frágiles estructuras de bambú llenas de gente, la mayoría de los cuales debían estar durmiendo. Si el dirigible aterrizaba en la llanura, aplastaría a centenares de ellas. Si se incendiaba, quemaría aún muchas más.

Jill ordenó a Nikitin situarse sobre el río.

¿Qué podía hacer?

De la gente a lo largo del Río que permanecía despierta por cualquier razón, unos cuantos alzaron la vista hacia el cielo constelado de estrellas. Quienes lo hicieron vieron dos objetos recortados contra el fondo, uno mucho más grande que el otro. El más pequeño estaba compuesto por dos esferas, una debajo de la otra, la más grande encima. El objeto mayor era largo y con forma de grueso cigarro.

Avanzaban la una hacia la otra, la más pequeña emitiendo una débil luz por la esfera inferior, la otra arrojando intensos chorros de luz. Uno de esos chorros parecía encenderse y apagarse a períodos rítmicos de tiempo.

De pronto, el objeto mayor hundió su morro, y cayó rápidamente. Cuando estuvo cerca del suelo, emitió un ruido extraño.

Muchos no reconocieron la forma de ninguno de los dos objetos. Nunca habían visto ni un globo ni un dirigible. Algunos habían vivido cuando los globos ya eran conocidos, aunque muchos de ellos habían visto tan sólo ilustraciones o fotografías de ellos. Pero la mayoría de este grupo jamás habían visto u oído hablar de una aeronave excepto en ilustraciones de lo que se esperaba conseguir en el futuro.

Una muy pequeña minoría reconocieron el objeto mayor que ahora estaba descendiendo como un dirigible.

Fuera cual fuese su conocimiento, muchos echaron a correr para despertar a sus parejas y amigos o para hacer sonar la alarma general.

Por aquel entonces algunos habían visto el helicóptero, y eso causó aún más curiosidad y aprensión.

Los tambores empezaron a sonar; la gente, a gritar. Todo el mundo estaba despierto ya, y las casas empezaban a ser evacuadas. Todos miraban hacia arriba y se interrogaban.

Las preguntas y los gritos se convirtieron en un gran alarido cuando uno de los objetos voladores estalló en llamas. Gritaron y gritaron mientras caía, arrastrando tras de sí una brillante estela de fuego naranja, como la gloria de un ángel caído.

Tai-Peng llevaba solamente un atuendo de hojas de árbol de hierro y flores de enredadera. Con una copa de vino en su mano izquierda, caminaba arriba y abajo, improvisando poemas con la facilidad del agua fluyendo colina abajo. Un poema que brotaba en la sincopada lengua de la dinastía T'ang, sonando a los no chinos como dados en un cubilete. Luego los traducía al dialecto local del Esperanto.

Gran parte de las sutilezas y referencias se perdían en la traducción, pero quedaba retenido lo suficiente como para hacer que los oyentes estallaran en risas y lágrimas.

La mujer de Tai-Peng, Wen-Chin, tocaba suavemente una flauta de bambú. Aunque normalmente la voz de Tai-Peng era fuerte y chillona, la controlaba para esta ocasión. En Esperanto era casi tan melodiosa como la flauta. Sus ropas eran utilizadas únicamente en estas ocasiones, combinando las hojas listadas en verde y rojo con las flores listadas también en rojo, blanco y azul. Flores y hojas se agitaban como felinos enjaulados mientras caminaba arriba y abajo.

Era alto para un hombre de su raza y época, el siglo VIII después de Cristo, y sus hombros eran anchos y sus brazos y piernas musculosos. Su largo pelo resplandecía al sol del atardecer; arrojaba reflejos como un oscuro espejo de jade. Sus ojos eran grandes y de color verde pálido, brillantes, un hambriento tigre... pero herido.

Aunque era descendiente de un emperador a través de una concubina, estaba alejado nueve generaciones de él. Su familia inmediata habían sido ladrones y asesinos. Algunos de sus abuelos estaban en las tribus de las colinas, y era de esa gente salvaje de quien había heredado sus feroces ojos verdes.

El y su audiencia estaban en una alta colina desde la que se dominaba toda la llanura. El Río, y las tierras del valle al otro lado hasta las montañas, podían verse también. Sus oyentes, más borrachos aún que él, aunque ninguno había bebido demasiado, formaban una media luna. Esto dejaba una abertura por la que él pudiera entrar y salir. A Tai-Peng no le gustaban las barreras de ninguna clase. Las paredes le hacían sentirse intranquilo; los barrotes le volvían loco.

Aunque la mitad de la audiencia eran chinos del siglo XVI después de Cristo, los otros eran de aquí y de allí, un poco de todas partes.

Tai-Peng dejó de componer, y recitó un poema de Chen TzuAng. Primero, afirmó que Chen había muerto unos pocos años antes que él, Tai-Peng, naciera. Aunque Chen era rico, había muerto en prisión a la edad de cuarenta y dos años. Un magistrado lo había encarcelado con la única finalidad de apoderarse de la herencia de su padre.

Los hombres de negocios están orgullosos de su habilidad y astucia.

Pero en el Tao aún tienen mucho que aprender.

Están orgullosos de sus explotaciones,

Pero no saben lo que ocurre en sus cuerpos.

¿Por qué no aprenden del Maestro de la Oscura Verdad,

Que contempla todo el mundo desde una pequeña botella de jade?

*Cuya resplandeciente alma estaba libre de Tierra y Cielo,
Y cabalgando en el Cambio penetró en la Libertad.*

Tai-Peng hizo una pausa para vaciar su copa y tenderla para que volviera a ser llenada.

Uno de los componentes del grupo, un negro llamado Tom Turpin, dijo:

—No hay más vino. ¿Qué te parece un poco de alky?

—¿No hay más néctar de los dioses? ¡No deseo vuestro bárbaro jugo! ¡Embota, allá donde el vino enaltece!

Miró a su alrededor, sonrió como un tigre en plena estación de caza, y alzó a Wen-Chun y entró con ella en brazos en su cabaña.

—¡Cuando se acaba el vino, es el momento de empezar con las mujeres!

Las brillantemente coloreadas hojas y flores cayeron al suelo, mientras Wen-Chun pretendía debatirse. Tai-Peng parecía como un ser surgido de los antiguos mitos, un hombre planta raptando a una hembra humana.

Los otros se echaron a reír, y el grupo empezó a disolverse antes de que Tai-Peng hubiera cerrado la puerta de su cabaña. Uno de ellos rodeó la colina hacia su propia cabaña. Una vez dentro, atrancó la puerta y bajó las cortinas de bambú y piel de todas las ventanas. Se sentó en un taburete a la luz del crepúsculo. Abrió la tapa de su cilindro, y se quedó un rato contemplando su interior.

Un hombre y una mujer pasaron cerca de su puerta. Estaban hablando del misterioso acontecimiento que había ocurrido hace menos de un mes, Río abajo. Un enorme monstruo ruidoso había surgido de encima de las montañas occidentales en plena noche y se había posado en el Río. Los valientes, o más bien estúpidos, habitantes del lugar se habían dirigido en sus botes hacia él. Pero se había hundido en las aguas antes de que pudieran llegar a sus proximidades, y no había vuelto a emerger.

¿Era un dragón? Algunos decían que nunca habían visto dragones. Se trataba, sin embargo, de escépticos de los degenerados siglos XIX y XX. Todo el mundo menos los tontos sabían que los dragones existían. Por otra parte, podía tratarse de una máquina volante de los seres que habían construido aquel mundo.

Se decía que algunos habían visto, o habían creído ver, una figura de aspecto humano alejándose a nado del lugar donde el dragón se había hundido.

El hombre en la choza sonrió.

Pensó en Tai-Peng. Aquel no era su auténtico nombre. Sólo el propio Tai-Peng y algunos otros sabían cuál era. Su nombre adoptivo significaba «El Gran Fénix», una clave de su auténtico nombre, puesto que a menudo se había vanagloriado en su vida terrestre de ser precisamente eso.

Tai-Peng y él se habían conocido hacía mucho tiempo, pero esto el otro no lo sabía.

El hombre en la choza pronunció una palabra clave. Instantáneamente, la parte exterior del cilindro se iluminó. La luz no brillaba igual en toda la superficie. Contra el metal gris había dos grandes círculos, uno a cada lado del cilindro. Dentro de cada círculo, que representaba un hemisferio del planeta, había miles de delgadas, retorcidas y brillantes líneas. Intersectaban muchos pequeños círculos resplandecientes. Todos estaban vacíos excepto uno. Este englobaba un llameante

pentagrama, una estrella de cinco puntas.

Cada círculo, excepto el que contenía la estrella, emitía destellos intermitentes de luz.

El esquema era un mapa no hecho a escala. Las líneas eran los valles, y los círculos indicaban hombres y mujeres. El tipo de pulsación de cada uno era un código de su identidad.

Clemens y Burton, entre otros, habían oído decir a X que había elegido tan sólo a doce para que le ayudaran. Había doce veces doce símbolos en las líneas, sin contar la estrella en el círculo. Ciento cuarenta y cuatro en total.

Un cierto número de círculos pulsaban según idéntico esquema. El hombre suspiró, y pronunció una frase código. Instantáneamente, los símbolos que emitían la misma frecuencia de pulsaciones desaparecieron.

Otra frase código. Dos símbolos resplandecientes aparecieron cerca de la parte superior del cilindro.

Sólo setenta reclutas seguían aún con vida. Menos de la mitad de los elegidos.

¿Cuántos quedarían dentro de cuarenta años?

Y de esos, ¿cuántos abandonarían antes de este lapso de tiempo?

Sin embargo, en la actualidad, había muchos no reclutados que sabían de la existencia de la Torre. Algunos de esos incluso sabían de la persona a la que Clemens llamaba el Misterioso Extraño o X. El secreto ya no existía, y algunos que lo habían sabido de segunda mano se sentían tan intensamente motivados como los propios reclutas.

Dada la nueva situación, era inevitable que otros se lanzarían a la conquista de la fortaleza del Polo. Y era posible que ningún recluta consiguiera alcanzar la Torre, mientras que algunos de los no reclutas sí lo hicieran.

Pronunció otra frase código. Los círculos se vieron de pronto acompañados por otros símbolos. Triángulos, un pentagrama sin círculo, y un hexagrama, una estrella de seis puntas. Los triángulos, que pulsaban en grupos de códigos, eran los símbolos de los Éticos de segundo orden, los agentes.

El hexagrama era el Operador.

Habló de nuevo. Un cuadrado de luz apareció en el centro del hemisferio que estaba frente a él. Entonces el esquema fuera del cuadrado se desvaneció. Inmediatamente, el cuadrado se expandió. Era una ampliación de la zona donde se hallaban las tres estrellas y unos cuantos círculos.

Otra frase hizo aparecer unos dígitos luminosos encima del cuadrado. De modo que la estrella de seis puntas estaba a varios miles de kilómetros de distancia Río abajo. El Operador había fracasado en abordar al *Rex*. Pero el segundo barco de paletas tenía que llegar allí, aunque más tarde.

En el valle contiguo hacia el este se hallaba Richard Francis Burton. Tan cerca, y sin embargo tan lejos. Sólo un día de camino en línea recta... si la carne pudiera cruzar como un fantasma la masa de piedra que los separaba.

Burton estaba indudablemente en el *Rex Grandissimus*. Su círculo se había movido demasiado rápidamente a lo largo de su línea como para estar viajando en un barco de vela.

El Operador... ¿qué acción iba a emprender el Operador si conseguía subir al Mark Twain? ¿Revelar una parte de la verdad a Clemens? ¿Toda la verdad? ¿O guardar silencio?

No había forma de decir lo que ocurriría. La situación había cambiado tan drásticamente. Incluso

la computadora en el Cuartel General no era capaz de señalar más que un pequeño porcentaje de las probabilidades.

Por ahora, sólo había un agente a bordo de un barco, el Rex. Al menos diez podían ser enrolados en el Mark Twain, pero era improbable que más de uno lo consiguiera. Si lo conseguía.

Había otros cincuenta alineados entre el Rex y Virolando.

De este total de sesenta, sólo podía identificar a diez. Los que se hallaban más arriba en el escalafón, los jefes de sus secciones.

Todas las probabilidades eran de que no llegara a encontrar nunca a ninguno de los sesenta.

Pero... ¿y si fracasaba en abordar cualquiera de los dos barcos?

Se sintió enfermo.

De alguna forma, lo haría. Tenía que hacerlo.

Pero siendo realista, tenía que admitir también que podía fracasar.

Hubo un tiempo en el que había creído que podía hacer cualquier cosa humanamente posible, y algunas cosas que otros seres humanos no podían hacer. Pero esta fe en sí mismo había ido esfumándose con el tiempo.

Quizá fuera debido a que llevaba demasiado tiempo viviendo entre la gente del Río.

Había tantas personas viajando ahora Río arriba, movidos por un mismo gran deseo. A estas alturas muchos de ellos habían oído la historia de Joe Miller, aunque fuera de centésima boca. Esperaban encontrar la cuerda de toallas con la que poder trepar por el precipicio. Esperaban encontrar el túnel que les permitiría vencer una montaña casi inescalable. Esperaban también hallar la cornisa a lo largo de la cara de la montaña.

Ya no había nada de eso.

No estaba el túnel al final del camino, en la base de la montaña. Se había fundido en lava.

Miró de nuevo a la estrella que no tenía ningún círculo a su alrededor. Muy cerca. Demasiado cerca ya. Tal como estaban ahora las cosas, representaba el mayor peligro.

¿Quién podía saber cómo iba a cambiar la situación?

La pesada voz de Tai-Peng penetró en la cabaña. Estaba fuera, tras haberse revolcado con su mujer, y estaba gritándole algo ininteligible al mundo. ¡Que ruido hacía el hombre en este mundo! ¡Qué torbellino!

Si no puedo sacudir a los dioses allá, al menos organizaré una buena conmoción en el Aqueronte.

Ahora Tai-Peng estaba más cerca, y su discurso podía ser oído claramente.

—¡Como igual que un tigre! ¡Cago como un elefante! ¡Puedo beber trescientas copas de vino en una sentada! ¡Me he casado tres veces, he hecho el amor a un millar de mujeres! ¡Gano a cualquiera en la flauta y el laúd! ¡He escrito poemas inmortales a miles, pero los he arrojado al Río tan pronto como los he terminado y me he quedado mirando el agua, el viento, y los espíritus que se los llevaban a su destrucción!

»¡Agua y flores! ¡Agua y flores! ¡Eso es lo que más amo!

»¡Cambio e impermanencia! ¡Eso es lo que me hiere, me duele, me tortura!

»¡Sin embargo, el cambio y lo efímero de las cosas es lo que hace la belleza! ¡Sin muerte y muertos, ¿puede existir la belleza? ¿Puede existir la perfección?!

»¡La belleza es hermosa porque está condenada a perecer!

»¿O no es así?

»¡Yo, Tai-Peng, pensé una vez en mí mismo como agua que fluye, como flores que se abren!

¡Como un dragón!

»¡Flores y dragones! ¡Los dragones son flores de la carne! ¡Viven en la belleza mientras generaciones de flores nacen y mueren! ¡Florecen y se convierten en polvo! Pero también los dragones mueren; ¡florecen y se convierten en polvo! ¡Un hombre blanco, pálido como un fantasma, con los ojos tan azules como los de un demonio, me dijo en una ocasión que los dragones vivían durante eones! ¡Eones, digo! ¡Durante años, la mente desvariaba pensando en ellos! Y sin embargo... ¡todos perecieron hace millones de años, mucho antes de que Nukua creara a los hombres y las mujeres a partir del barro amarillo!

»¡Con todo su orgullo y belleza, murieron!

»¡Agua! ¡Flores! ¡Dragones!

La voz de Tai-Peng se hizo menos audible cuando se alejó colina abajo. Pero el hombre en la cabaña oyó un pasaje especialmente vehemente:

—¿Qué malvada persona nos trajo de vuelta a la vida y ahora desea que muramos para siempre de nuevo?

El hombre en la cabaña dijo:

—¡Ja!

Aunque los poemas de Tai-Peng hablaban mucho de la brevedad de la vida de los hombres y de las mujeres y de las flores, nunca mencionaban la muerte. Ni nunca antes se había referido a la muerte en su conversación. Sin embargo, ahora estaba hablando claramente de ella, maldiciéndola.

Hasta ahora había parecido tan feliz como un hombre podía ser. Había vivido seis años en aquel pequeño estado, y aparentemente no sentía deseos de abandonarlo.

¿Estaba dispuesto ahora?

Un hombre como Tai-Peng sería un buen compañero en el viaje Río arriba. Era agresivo, inteligente, y un buen espadachín. Si podía ser influido sutilmente para que reanudara el camino que había abandonado...

¿Qué era lo que iba a ocurrir en las siguientes décadas?

Todo lo que podía predecir —por ahora él también no era más que otra de las telas de araña en el oscuro designio—, todo lo que podía predecir era que algunos alcanzarían Virolando y algunos no.

Los más astutos descubrirían un mensaje allí. Algunos de ellos seguramente lo descifrarían. Entre ellos habría reclutas y agentes.

¿Quién llegaría primero a la Torre?

Él debía ser uno de los que lo hicieran.

Y debía sobrevivir a los peligros del viaje. Probablemente el mayor de ellos sería la inevitable batalla entre los dos grandes barcos. Clemens estaba decidido a alcanzar al Rey Juan y a matarlo o capturarlo. Era posible, altamente posible, que ambas naves y sus tripulaciones fueran destruidas.

¡Salvajismo! ¡La imbecilidad del tigre!

Todo debido a aquel frenético deseo de venganza que aferraba a Sam Clemens. Clemens, que

antes había sido el más pacífico de los hombres.

¿Era posible apartar a Clemens de su infantil pasión por la venganza?

Algunas veces estaba de acuerdo con lo que el Operador, en un momento de sombrío humor, habla dicho en una ocasión:

—La humanidad sigue estando atravesada en la garganta de Dios.

Pero... El mal santificará, y el hielo quemará.

Y el Maestro de la Oscura Verdad estaba cabalgando un impredecible Cambio.

—¿Qué...?

Las brillantes líneas y símbolos habían desaparecido.

Por unos breves segundos se quedó mirando el cilindro, con la boca abierta. Luego recitó una retahíla de frases código. Pero la superficie del cilindro siguió gris.

Crispó los puños y los dientes.

Así pues... lo que tanto había temido había ocurrido por fin.

Algún elemento en el complejo del satélite había dejado bruscamente de funcionar. No era extraño. Tras más de un millar de años los circuitos necesitaban una revisión, pero nadie había sido capaz de examinarlos en su momento preciso.

A partir de ahora, ya no podría saber exactamente dónde estaban los otros hombres y mujeres. Ahora él también estaba en la casa de la noche, rodeado de brumas. La desaparición de las luces en el cilindro había dejado una más profunda oscuridad a su alrededor. Se sintió como un cansado y solitario peregrino en una playa abandonada, una sombra entre sombras.

¿Qué era lo que iba a estropearse a continuación? ¿Qué podía estropearse? Por un lado no, seguramente no... Pero si ocurría, posiblemente iba a faltarle tiempo para hacer todo lo necesario.

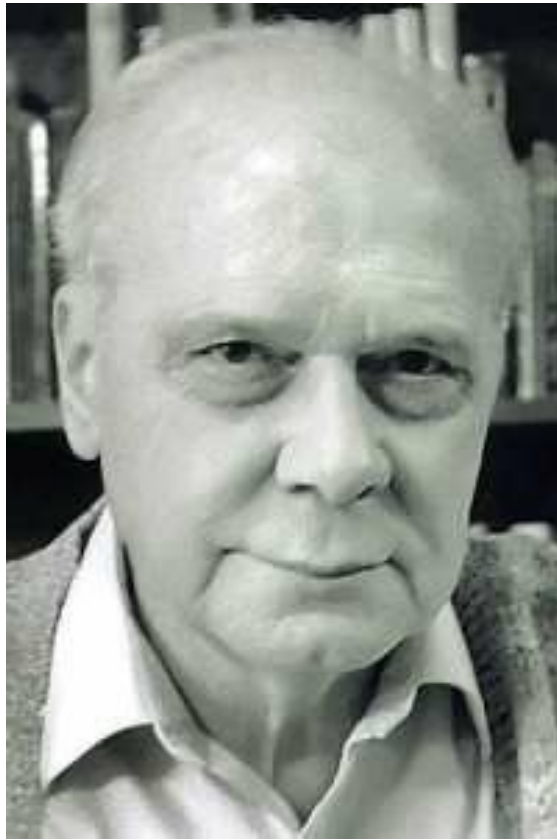
Se puso en pie y envaró los hombros.

Era el momento de irse.

Una sombra entre las sombras, corriendo contra el tiempo.

Como los reclutas y los agentes, como los habitantes del Río, como todas las criaturas sentientes, tendría que fabricarse su propia luz.

Y así sería.



PHILIP JOSÉ FARMER. Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía nacido en North Terre Haute, Indiana, el 26 de enero de 1918 y fallecido en Peoria, Illinois, el 25 de febrero de 2009. Es uno de los autores de género fantástico más importantes del siglo XX y su denominada Edad de Oro de la Ciencia Ficción. Algunas de sus novelas recogen a personajes históricos o incluso a personajes ficticios de otros autores. Así, en su obra aparecen un supuesto hijo de Dorothy (de *El mago de Oz*), Phileas Fogg (de *La vuelta al mundo en ochenta días*), Tarzán, Doc Savage, Sherlock Holmes o Hermann Göring. Este último aparece en la más aclamada serie de Farmer, la serie Mundo del Río, protagonizada por sir Richard Francis Burton (un explorador y orientalista británico del siglo XIX al que se deben las primeras traducciones completas al inglés de el *Kamasutra* y *Las mil y una noches*) y en la que también aparece Alice, personaje central de *Alicia en el País de las Maravillas*. La primera novela de esta serie, *A vuestros cuerpos dispersos* (*To your scattered bodies go*, 1971) se considera la más importante de sus obras y uno de los títulos míticos del género fantástico, y fue merecedora del premio Hugo (el más importante del mundo de género fantástico) en 1972.